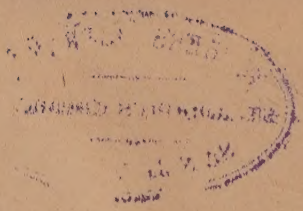


B. de Orozco
Obras Espirituales
1

OBRAS

DE

FRAY ALONSO DE OROZCO

TOMO PRIMERO

FATHERS' LIBRARY,
ST. JOSEPH'S CHURCH,
SAN JOSE, CAL.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

OBRAS

DEL VENERABLE PADRE

FRAY ALONSO DE OROZCO

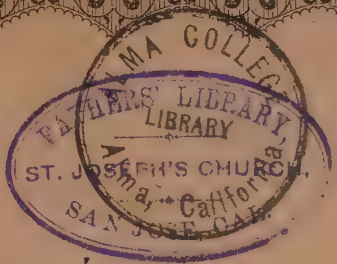
TOMO PRIMERO

ALMA COLLEGE
240.23
LIBRARY
DR6
Alma, California

BARCELONA
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1882

46437

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.



PRÓLOGO

«Las admirables obras que escribió el venerable siervo de Dios fray Alonso de Orozco, de la órden de San Agustin, se imprimieron las más de ellas, durante su vida, en varios tomos, unos de á folio, otros de á cuarto, y algunas en octavo, y todos en diversas partes, como en Salamanca, Alcalá, Madrid, etc., los cuales libros separadamente han corrido por espacio de más de ciento sesenta años con toda estimacion y aprecio de los doctos, grande utilidad y aprovechamiento de los fieles. Los que, aunque separadamente, son de muchos deseados, pero de pocos hallados; por lo cual se ha hecho preciso hacer una impresion completa de todas sus obras, distribuida en siete tomos de á folio, para satisfacer el deseo de muchos devotos y piadosos; para lo cual se debe advertir que los tres tomos los escribió en romance, para utilidad de todos los fieles, en diversos tratados, todos muy útiles, llenos de tanta sazon espiritual, que la recomendacion mayor de estos libros es asegurar al lector que comenzando á leerlos la dificultad que hallará será no saber dejarlos. Los otros cuatro tomos son

latinos y contienen tratados muy agudos y muy útiles para la inteligencia de la Sagrada Escritura, y una exposicion maravillosa de los Evangelios de todo el año, muchos puntos teológicos, escolásticos, tocados con grande agudeza y claridad; las materias dogmáticas defendidas con el mayor esfuerzo, espíritu y eficacia; de modo que, sin ser encarecimiento, se puede llamar á nuestro escritor martillo de los herejes antiguos y modernos, como verdadero hijo de San Agustin, y los que el Padre no vindicó en su tiempo por no haberse suscitado en él la nueva zizaña de herejes modernos, el hijo los ha debelado, lleno de espíritu de Dios y fortaleza, como él mismo lo expresa en algunos prólogos latinos que pone al principio en algunos tratados de esta obra.

Debe notarse que esta impresion se ha hecho sirviendo de originales los impresos antiguos, los cuales, por la incuria de aquellos tiempos, estaban bastante mendaces, siendo preciso corregirlos para esta impresion por algunos de sus originales; de donde puede resultar se halle una ú otra errata, la que va corregida. Este trabajo en haber descuidos en las impresiones de libros experimentó el Venerable viviendo en los que había escrito; y así se vió precisado á hacer nueva recopilacion de todo lo que había escrito hasta aquel tiempo, como él mismo lo dice en la dedicatoria que hace á la serenísima señora doña Juana de Austria, infanta de Castilla y princesa de Portugal, en donde dice así: «No son historias mundanas las que en es»tos libros se tratan, sinó sentencias de la Sagrada Escritura, »de la cual el rey David dice que estimaba más que el oro y »las piedras preciosas. De muchas personas devotas he sido »importunado que hiciese esta recopilacion y juntase todos

»estos libros en un volúmen; parte, porque dándoles el Señor, »con cuyo favor se ordenaron, algun gusto espiritual en ellos, »no los hallaban todos; parte tambien, porque el descuido de »los impresores ha sido grande; y de tal manera los han estra»gado, que cierto yo no los conocía por míos. Por tanto, quise »tomar este trabajo, no pequeño, corrigiéndolos y quitándoles »notables faltas que en ellos había.» En la presente impresion fácilmente advertirá y corregirá el piadoso lector si hallase alguna ligera errata, pues una ú otra que se ha hallado es de las que llaman de «caja de imprenta,» que fácilmente suple cualquiera su defecto.

Obligado de superior precepto, como fué el de la Reina de los ángeles, María Santísima, Señora nuestra, escribió nuestro Venerable estas maravillosas obras. Dícelo él mismo en el cap. IX, lib. III de sus Confesiones por estas palabras: «Morando yo en nuestro monasterio de Sevilla, y estando dur»miendo, ví en sueños á nuestra Purísima Madre la Vírgen Ma»ría, la cual me dijo una sola palabra, y fué: *Escribe*. Fué »tan grande la alegría que sintió mi ánima, que no lo podía »declarar por palabras. Su rostro era tan humilde y junta»mente grave, y los ojos bajos, que ahora escribiendo esto me »parece que la veo. De tal arte se imprimió en mi corazon »aquella dichosa vista. Con esta alegría disperté y dije: ¡Oh »Reina de los ángeles! suplícoos que si esta vision es verda»dera, que me certifiquéis si mandáis que escriba. Tornando »á dormir la misma noche, torné á verla, y díjome: *Escribe*. »Alabéos, Salvador mío, vuestra misericordia tan grande, y dí »gracias á la Señora del mundo, diciendo con Santa Isabel: »¿De dónde merecí yo que la Madre de mi Señor me viniese á

»visitar y á consolar? Luégo puse mano en escribir el libro »del *Vergel de oracion* y *Monte de contemplacion,* y tras »éste otros en romance, que son: *Memorial de amor santo,* »*Regla de vida cristiana*, *Exámen de la conciencia*, *Exer-*»*citatorio espiritual*, *Soliloquios de vuestra Sagrada Pa-*»*sion*, *Victoria del mundo*, *Arte de amar á Dios*, *La Reina* »*Sabá*, *El Epistolario cristiano*, *Un Catecismo*, *Las Vidas* »*y martirios de los dos San Juanes*, y *Victoria de la muerte*, »*Las Vidas de los Santos de nuestra Órden*, y *Las siete* »*palabras que vuestra bendita Madre habló declaradas en* »*siete sermones.* Finalmente escribí en latin: *Todas las fes-*»*tividades de esta Señora del Mundo, Adviento y Cuaresma,* »*con todas las dominicas del año y santoral, Regalis insti-*»*tutio*, y *Sobre los cánticos de Salomon.* Todo esto escribí »por mandato de vuestra Santísima Madre, á quien vos, Señor, »*siendo de doce años obedeciste* y los ángeles se tienen por »dichosos en obedecerla. Suplico á Vuestra Majestad que esta »doctrina sea á gloria vuestra escrita, y para utilidad de las »ánimas con vuestra preciosa sangre redimidas. Y tambien »para honra de vuestra gloriosa Madre, que por vuestra vo-»luntad por dos veces me dijo: *Escribe.*» Despues de escritos estos libros que aquí refiere el venerable siervo de Dios, escribió algunos otros tratados; pues el libro de las Confesiones en que hace memoria de este mandato de María Santísima, Señora nuestra, le refiere los ochenta años de su edad, y el siervo de Dios no murió hasta los noventa y un años.»

Así dice el distinguido *Fray Antonio Guerrero* en el prólogo que encabeza las obras de Fray Alonso de Orozco,

dadas á luz en Madrid, año de gracia MDCCXXXVI, por la provincia de Castilla de la órden de San Agustin.

Dentro de las condiciones de nuestra publicacion no cabía, para conmemorar el fausto acontecimiento de la beatificacion del insigne escritor Orozco, publicar de una vez todos sus libros, y hemos escogido los más notables, cuales son: *El Epistolario* y *La Victoria de la Muerte*, trasladándolos fielmente de la mentada edicion tercera; creyendo que el lector preferirá desde luégo lo más selecto, aunque altere el órden en que están en el original de que nos servimos.

Los editores.

Á SU ALTEZA EL PRÍNCIPE NUESTRO SEÑOR

Muy alto y muy poderoso señor: Cuán grande necesidad tengan los hombres de Dios, no tan solamente la santa fe, que tenemos, nos lo declara, mas áun la centella de la lumbre natural, que el Señor esculpió en nuestra alma, cuando la crió, nos lo enseña. Como los rayos del sol, que cada día vemos, tienen sér y resplandor del mismo sol, que alumbra la tierra y en viniendo la noche, ausentándose, queda oscura y fea, bien así nuestro sér depende de aquel sumo y eterno Sér, nuestro Dios (1), el cual nos crió por su bondad á su imágen y semejanza, y nos redimió por su clemencia, dándonos su sangre, su honra y su propia vida muriendo por nuestras ánimas en lo alto de la cruz; Él es el que nos conserva la salud y la vida que vivimos, el que manda á los ángeles, cielos y elementos que nos sirvan, nos sustenten y amparen. El, finalmente, es quien cada día y cada hora nos pone demanda de amor, de servicios y alabanzas continuas, dando voces á los oidos de nuestra alma y diciéndonos siempre y en todo lugar: Sin mí nada podéis hacer (2). Palabras son estas de gran valor y peso, las cuales piden gran consideracion y áun gran sentimiento. Aviso es que nos da el que es eterna palabra y suma verdad, Jesu-

(1) Gen.. i.
(2) Joan,, xv.

cristo nuestro Señor, para sacarnos de engaño y para que, reconociendo cuán poco somos y podemos, entendamos la gran necesidad que tenemos de tal Rey, Señor de todo lo criado y Padre de misericordias. Abrid los ojos, hijos de Adan, herederos de su culpa, trabajos y miserias; levantad ese entendimiento, hombres que tanto presumís de vosotros mismos, dice el Señor: y tened por entendido que nada valéis y nada podéis sin mi favor, gracia y virtud. Yo soy fuente y minero de todos los dones y mar Océano sin suelo de infinitas perfecciones (1). Yo soy la causa primera que los filósofos hallaron, sin la cual todas las otras causas nada pueden. Yo soy el que todo lo mueve, sin ser movido, y el que pone en todo mano, dando sér y gobernando todo el mundo universo. Por mí los reyes reinan y los príncipes mandan la tierra (2). Yo soy el que con todos tengo cuenta y el que tomaré residencia á todos los grandes emperadores y monarcas de la tierra. Y pues yo les dí los cetros reales, y de mi mano recibieron sus Estados y principados, la razon dice y la justicia lo demanda que yo sea Juez de su residencia. A todos, serenísimo príncipe, habla aquí el Hijo de Dios; á todos quiere persuadir que nada pueden sin el favor suyo y que todos tienen necesidad de su amistad; mas en particular parece que lo há con los grandes señores y príncipes, porque más han de menester al Señor de los señores los que tienen mayor señorío, que no los de menor estado.

Parece esto ser así, porque mayor necesidad tiene de Dios una estrella que no una piedra tosca, y más ha de menester á Dios un ángel para que le conserve en el sér excelente que le dió por naturaleza y por gloria, que no un árbol. Por aquí entenderemos que aunque cada hombre tiene gran necesidad de la amistad de Jesucristo, único y verdadero amigo de los que le sirven y aman, muy mayor necesidad tienen de este poderoso y leal amigo los reyes y poderosos príncipes. Allá dijo el filósofo que la amistad entre los hombres era en gran manera menester. Y dijo muy bien, porque no sólo para el contenta-

(1) Jacob, I.
(2) Prov., VIII.

miento y descanso de los trabajos que esta vida breve y penosa trae consigo, mas áun para recibir consejo en muchos casos arduos, es menester tener amigo sabio, bueno y poderoso. ¿Quién es (veamos) el que todas estas condiciones tiene, sinó el que nos amó hasta dar la vida en la cruz por nuestro remedio? De este favor y amistad tienen muy mayor necesidad los grandes señores, los cuales (aunque nacen señores) no nacen sabios, y por tanto han de recurrir al que es Sabiduría eterna, orando con humildad para que les enseñe lo que han de hacer, cómo han de gobernar su reino, administrar justicia y conservar la república en paz (1). Mucho agradó á Dios Salomon cuando pidió sabiduría, y no riquezas ni venganza de los enemigos; y así se la dió con gran abundancia, aunque él usó mal de ella, ofendiendo á su Rey y Criador en diversas maneras de pecados.

Tambien los grandes príncipes tienen necesidad grande de Dios, porque nacen en pecado y con malas inclinaciones, cuales á todos los hijos de Adan les han caido por herencia; y esto es lo que dijo el Apóstol (2): Todos nacemos hijos de ira. Esta red barredera de la culpa original á nadie exenta, á nadie hace la salva, ántes á todos cautiva y enreda, salvo á la Madre de Dios, á quien la gracia preservó. De aquí es la extrema necesidad que los señores tienen más que otros de la amistad del que es infinita bondad, Cristo Jesus. Y porque, dado que nacen herederos de grandes reinos, son flacos, y toda la carne, segun dice Isaías (3), es heno frágil y lleno de flaqueza, tiene gran necesidad de arrimarse á columna tan firme y apoyarse en roca tan fuerte como es nuestro invencible Dios. En manera que para ser sabios, buenos y virtuosos, poderosos y fuertes, los católicos príncipes, un solo remedio tienen, un arte sutil han de usar, y es tener gran amistad y privanza con el amigo antiguo, que es nuestro Dios y Criador.

De esta amistad de Dios y de esta privanza excelente nació que (4)

(1) III Reg., III.
(2) Ad Eph.
(3) Isaías, XL.
(4) Jud., XIV.

Sanson, juez y gobernador del pueblo de Dios, venciese tantas batallas de los filisteos y ganase tantas victorias. Mas cuando dejó tan sabio y fuerte amigo, ofendiendo á quien tantas mercedes le habia hecho, él fué vencido, preso y maltratado y puesto á una tahona, para que hiciese oficio de animal bruto (1). Con el favor de tan alto Señor, Saul ganó grandes triunfos de los perseguidores del pueblo de Dios; y luégo que fué rebelde á lo que el Señor le mandaba, sintió gran disfavor y le dijo el profeta Samuel (2) que Dios le había privado del reino. Finalmente, el santo rey David, por ser tan amigo de Dios, siendo el menor de sus hermanos, pastor, que andaba en el campo guardando las ovejas de su padre, fué elegido por rey de Israel, desechando Dios á los otros sus hermanos que andaban en el ejército del rey Saul. ¡Oh cosa admirable y digna de memoria inmortal! Aquel bendito niño, el rey Josías (3), de ocho años, comenzó á reinar, y por ser tan católico y tan amigo de Dios, hizo obras maravillosas que admiran todo entendimiento. Quitó ídolos, derribó sus templos y ensalzó la santa fe, y con celo de la honra de Dios restauró y ensalzó el servicio de un solo Dios, Criador y Señor de todo el universo. De aquí es que tan alabado sea este santo rey en la Sagrada Escritura, la cual solamente honra y alaba á cada uno segun el nivel y peso de su virtud y merecimiento.

Para alcanzar y para conservar esta amistad con el Señor de los señores, nuestro Salvador Jesucristo, no es pequeña parte la piedad que Vuestra Alteza manifiesta con los pobres, porque el profeta Tobías dice: la limosna libra de la muerte, y ella destruye los pecados y da posesion de la vida eterna. Tres efectos son estos de gran estima bastantes para hacer á los ricos grandes limosneros. Demas de esto, medio grande es para amar y servir mucho al Señor el cuidado ordinario que Vuestra Alteza cada día tiene en rezar el oficio divino.

(1) I Reg., xiii.
(2) I Reg. xvii.
(3) II, Paral.

Obra tan aceptable al Rey celestial y tan apacible á su divina Majestad, que la demanda Él, llamando á la oracion sacrificio de alabanza. Imitacion es esta de aquel santo profeta rey David, el cual dice en un Salmo (1): Siete veces cada día, Señor, os ofrecí alabanza. Dejo aquí de decir cuán alto sacrificio y cuán gran ejemplo de príncipe católico sea el oir con tanta quietud y devocion el misterio soberano de la misa cada día. Gran confusion es esta para los herejes, y gran edificacion para los fieles, y áun gran alegría para todos los ángeles. Finalmente, añadir á todo lo dicho la lectura de libros santos y buenos, motivo bastante es para que todos alabemos á Dios, que da tal espíritu á Vuestra Alteza. ¿Qué son (veamos) los libros mundanos, destruidores de la castidad, maestros de vanidades, que las costumbres cristianas destruyen, sinó una pestilencia secreta de quien pocos huyen, unas centellas del infierno y brasas sacadas de allá por mano del demonio, padre é inventor de mentiras y profanidades? Avisadamente dijo aquel gran sabio Séneca: Cada uno toma las costumbres conformes á aquel con quien conversa. Es tan grande verdad esta, que no sólo la experiencia nos lo enseña cada día, mas áun de los discípulos de Platon leemos que andaban corcobados porque su maestro lo era y andaba la cabeza baja. Los de la escuela de Aristóteles tartamudeaban, imitando al maestro, que era algo tartamudo, aunque de gran entendimiento. Todos los privados del rey Alejandro andaban inclinada la cerviz á un lado, porque el rey andaba de la misma manera.

De todo lo dicho tenemos que las costumbres se pegan, y áun los meneos del cuerpo se retratan y se pintan por el uso y conversacion.

Pues como tambien seamos hábiles, y, segun dice el filósofo, dentro de nosotros estén plantadas las semillas de las virtudes, tales serán nuestras costumbres cuales fueren las personas y los libros con quien tratamos. Y si dice el Sabio que el que anda en la compañía del soberbio se vestirá de la soberbia, ¿por qué quien trata con el humilde no se vestirá de humildad?

(1) PSALM. XLIX.

Leer un libro santo es conversacion santa, es orar y contemplar, porque como vamos leyendo vamos tambien deseando alcanzar las virtudes que leemos, y el desear es orar á Dios. No hay palabras que puedan dar el debido encarecimiento á la obra tan cristiana como es aborrecer libros mundanos y ocuparse en la lectura de libros buenos. Nuestro Padre San Agustin dice que el regalo del ánima y la fortaleza del espíritu nace de la santa lectura. San Pablo (queriéndonos declarar cuánto estrago hacen los malos libros y las malas palabras) alegó un dicho del poeta Menandro, el cual dice: «Corrompen las costumbres buenas las palabras malas». Luego los libros profanos tóxico son para las vidas y costumbres cristianas. Sabido he Vuestra Alteza hace que le lean, despues de haber rezado el oficio divino, alguna cosa de la Sagrada Escritura, ejercicio santo y muy conforme á lo que Dios mandaba antiguamente (1). El rey tenga el Deuteronomio á su lado y lea en él de noche y de día. Deuteronomio quiere decir ley segunda, porque en aquel libro sumó Moises la ley de Dios. Tambien me han dicho que Vuestra Alteza para el libro que se dice *Regalis institutio*, que yo intitulé á Su Majestad, y áun que algunas veces lee en la reina Sabá, historia de grandes misterios llena, y sin disputa digna de ser leida, pues pasó entre aquella sabia reina y el gran sabio Salomon. Por ver que Vuestra Alteza ha recibido tan gran don de Dios, que gusta de libros buenos, determiné de hacer este Epistolario, en el cual todos los estados de esta santa Iglesia hallen particular epístola que los encamine y avise la obligacion que tienen de amar y servir á Dios. La primera epístola es para Vuestra Alteza, y trata de la gran obligacion que los príncipes católicos tienen de servir al Rey de los reyes, Jesucristo, al cual servir es verdaderamente reinar. Esto podrá hacer Vuestra Alteza sin dificultad, teniendo cuidado de tres cosas. La primera es que se conozca ser mortal y que el señorío y mando pasa como saeta en el aire. Macobrio dice que un hombre fué á consultar con el oráculo de Delphos, y preguntándole qué haría para ser

(1) Deut., xvii.

bienaventurado, fuéle respondido: conócete á tí mismo. Mucho dice esta breve sentencia, y con breves palabras descubre grandes cosas. Conózcase el gran señor que es hijo de Adan, de masa inficionada y de carne flaca vestido. Conózcase, aunque en alta dignidad subido, que está sujeto y que es tributario á muchas penalidades, congojas y desabrimientos anexos al mando y señorío. Un rey de los persas dijo el día de su coronacion: ¡Oh, corona de oro, si supieran los hombre: cuántos cuidados y trabajos traes contigo, aunque te viesen caida en tierra no te levantarían! Del rey Felipe de Macedonia leemos, señor, que mandaba á un paje que cada mañana entrase á él y le dijeses «Rey Felipe, acuérdate que eres hombre». Excelente filosofía era esta, porque á la verdad el olvido de Adan puesto en aquella divinidad y señorío de todo el mundo fué causa de su perdicion y de la nuestra, segun afirma el rey David (1). No se conoció ser hombre, y queriendo ser Dios quedó semejante á los brutos. El no conocerse á sí mismo y ponerse título de Dios hizo al rey de Babilonia llamado Nabucodonosor que fuese echado del reino y que siete años anduviese por los campos, paciendo yerbas en compañía de las bestias. Lo segundo, conviene mucho que Vuestra Alteza persevere en la piedad, limosna de pobres, en la oracion ordinaria y frecuencia de sacramentos, confesion y comunion, medicinas de nuestras almas y colunas firmes, donde reposa nuestro fatigado corazon; no olvidando la leccion santa, que es verjel del alma. Finalmente, Vuestra Alteza tenga por muy averiguado que su ánimo no ha de tener entero contentamiento ni hartura, aunque sea señor de todo lo creado, hasta que reine en el cielo, viendo á Dios. La razon de esto es porque, dado que el ánima es finita, y no es mayor que nuestro cuerpo, pues que está encerrada desde las plantas de los piés hasta lo alto de la cabeza, selló en ella el omnipotente Dios, que la crió, un apetito é inclinacion á bien infinito, y por tanto no hay criatura, ni todas juntas, que basten á llenar

(1) Psal., xxxviii.

una capacidad tan grande que no puede llenar sinó el mismo Dios que crió el alma. ¡Oh, excelencia admirable del hombre! Poco dijo Aristóteles, aunque pensó que decía mucho, cuando queriendo ensalzar la dignidad del hombre le llamó mundo menor. No es sinó mayor que todo el mundo, pues todo lo criado encierra en un rinconcito el alma, teniéndolo todo en nada, riquezas, honras y pasatiempos, amando solamente á Dios, hartura de sus deseos, premio y gloria eterna de sus trabajos. Gran razon tuvo Jeremías cuando dijo (1): Miré la tierra y estaba vacía. ¡Oh, triste del que trabaja para llenar un vacío con otro! Vana y hueca es la tierra y todas las cosas terrenas. ¿Cómo puede hartar y satisfacer la capacidad del alma.

El rey Salomon pasó por todo, y al fin para desengaño de los grandes señores dejó firmado que todo era vanidad y afliccion de espíritu. Planté viñas, dice él, hice verjeles, edifiqué palacios y bosques, ordené capilla de cantores y de cantoras, entendí que todo era vanidad. El Señor selló la lumbre de su rostro en nuestra alma, criándola á su imágen y semejanza, segun nos avisa el profeta David, y no tendrá ella contento y hartura hasta que la selle con el sello de la lumbre de la gloria: allí Vuestra Alteza tendrá contentamiento y hartura; allí hallará guardado el premio de sus trabajos, cuando el Rey de la gloria, Jesucristo, le diere trono en el cielo para perpetuamente reinar, gozando de la vista de Dios. El cual su muy alta y poderosa persona guarde y en su santo amor siempre conserve por largos tiempos. Amen.

Capellan de Vuestra Alteza,

Fr. Alonso de Orozco.

(1) Jere., iv.

PRÓLOGO

AL CRISTIANO LECTOR

Bien veo, cristiano lector, que no puedo dejar de confesar que en estos tiempos nuestros, y en nuestra España, haya Dios por su clemencia usado de amor de padre con nosotros, pues podemos decir con el profeta Isaías (1): «Llena está la tierra de la ciencia del Señor.» Merced no merecida es, y de tanto valor, que nadie le puede dar el debido encarecimiento, que ademas de haber doctrina tan santa, tan útil y tan acertada en los púlpitos, haya tantos libros católicos, tan devotos y de tanta erudicion para que los cristianos gasten bien el tiempo y juntamente tomen aviso cómo han de menospreciar el mundo, cómo han de pelear con sus malas inclinaciones y rendirlas, cómo, finalmente, han de contestar á Satanas, enemigo de Dios y envidioso de la salvacion de los hombres, no veo libro bueno, cuando sale, que no me dé gran alegría, tomando motivo de alabar á Jesucristo, que dió espíritu y fuerza al autor, que le ordenó

(1) Isaías, xi.

para llevar hasta el fin tan santo trabajo, el cual si probasen los que tienen el gusto no tan sano, y se enfadan de ver tantos libros (ó si con aficion pía considerasen la intencion santa de los que escriben), ellos serían más aprovechados y sacarían gran mérito de los trabajos ajenos, porque la caridad, segun dice el Apóstol, no es envidiosa, ántes, á la manera de la abeja, que saca sus panales de los verjeles ajenos, sin hacer daño alguno, el que se goza con las obras buenas de sus prójimos queda rico y muy aprovechado sin perjuicio de otros.

El Señor del mundo, que ha de escudriñar á Jerusalen con candelas, segun nos avisa el profeta Sofonías, sabe muy bien el deseo que cada uno tiene en hacer libros, y él será paga cumplida de los trabajos y vigilias que se han pasado, deseando el provecho de las almas y que el Señor sea conocido y amado, obedecido y servido de sus fieles, por quien con tanto amor él dió su sangre, su honra y su vida, muriendo en una cruz. Un fin (que todos tienen, á lo que yo tengo entendido) es ver desterrados, hundidos y menospreciados tantos y tan malos libros mundanos que cada dia se inventan, se imprimen y se venden tan sin temor de Dios y tan sin vergüenza de los hombres. Y no tengáis, pío lector, á rigor que así lo he dicho, porque estoy cierto que hace tanto mal á las costumbres cristianas, cuanto nadie lo puede saber, sinó las tristes almas que, embriagadas del tóxico y ponzoña, conficionada por Satanas y sus fautores, andan olvidadas de Dios, de su santa ley, y áun de sí mismas. San Pablo dice (1), y así lo

(1) 1 Cor., xv.

confirma la experiencia, que las malas palabras estragan y corrompen las buenas costumbres, porque anda tan perdida la castidad y la honestidad en el pueblo cristiano. ¿De dónde nace tanto estrago en la paciencia y en todas las virtudes, sinó de malas conversaciones y de frecuentar la leccion de libros livianos y mundanos? Remedie Jesucristo tanto daño, y él arranque esta zizaña infernal que el demonio ha sembrado entre el buen trigo, que él con tanto trabajo sembró predicándonos el santo Evangelio.

Catorce libros tenéis ya, católico lector, que de veinte años á esta parte por la gracia divina os he dado. La recopilacion de las seis obras que andan en un volúmen grande, á donde hay la regla de vida cristiana, el exámen de la conciencia, el verjel de oracion, el memorial de amor santo, el regimiento del ánima y el desposorio espiritual. Tambien habéis visto la crónica de nuestra órden y las siete palabras de nuestra Señora y la victoria del mundo y la Reina Sabá, intitulada á Su Majestad la reina nuestra señora. Demas de éstos, que han sido en romance, habéis leido la declamacion de la fiesta de nuestro Padre San Agustin, y otro libro, *Certamen bonum;* y otro intitulado á Su Majestad nuestro señor el rey, que se dice *Regalis Institutio.* Estos tres libros están escritos en latin. Ahora, finalmente, recibid este *Epistolario Cristiano*, á donde hallaréis doce epístolas para todos los estados, y otra que se dice ser de Nuestra Señora, con una exposicion breve. No resta sinó que con aquella piedad y caridad que habéis recibido y leido los otros libros leáis con reposo este y con gran deseo de sacar fruto. Clara cosa es que la leccion santa tiene gran eficacia y obra grandes cosas en el alma. Aquel tesorero de la

reina de Caudacia infiel era, y leyendo en Isaías (1), aunque iba camino, mereció conocer á Cristo Hijo de Dios y ser bautizado por mano de San Felipe. En la conversion admirable de San Agustin le fué dicho de parte de Dios que leyese las epístolas de San Pablo; y allí fué alumbrado de lumbre celestial de nuestra fe. ¿Para qué diré más? Este santo doctor recuenta en sus confesiones que aquel noble caballero Paticiano, y otro que iba en su compañía, llegando á la celda de un religioso en un campo, y leyendo la vida de San Antonio Abad, dejaron la córte del emperador y se entraron en religion. ¡Oh cosa digna de estimar! Entrambos eran desposados y basta para quebrar tan recias cadenas una leccion de buen libro. Con tal ejemplo movidas aquellas siervas de Dios, sus esposas, dejaron el mundo, entrando en un monasterio, tomando por esposo al Rey de los reyes, nuestro Salvador Jesucristo. Ved, católico lector, cuán excelente fruto y cuán rica ganancia sacan las almas cristianas huyendo de libros profanos y leyendo libros santos, que dan luz al entendimiento é inflaman la voluntad para servir y amar á nuestro único y leal amador, Redentor y Señor nuestro, Jesucristo, al cual glorifiquen y alaben todas las criaturas siempre. Amen.

---

(1) Act., viii.

EPISTOLARIO CRISTIANO

PARA TODOS LOS ESTADOS

EPÍSTOLA PRIMERA

AL MUY ALTO Y MUY PODEROSO SEÑOR EL PRÍNCIPE DE CASTILLA DON CÁRLOS

Vos daréis pasto al pueblo de Israel, y vos seréis su príncipe (1).

Esta buena nueva se le dió al santo rey David en Ebron, muy alto y muy poderoso señor, cuando siendo ya muerto Saul, primer rey de Israel, nuestro Dios ordenó que sucediese en el reino este santo varon. Habiéndose juntado los principales del reino, hicieron una plática á David, y dijeron: *Nosotros somos hueso tuyo y carne propia tuya; y ayer y ántes de ayer, cuando reinaba Saul, tú guiabas á Israel* (2). Y á tí te dijo Dios: *Tú apacentarás mi pueblo de Israel y serás prín-*

(1) I Parali., II, 2.
(2) II Reg., V, 2.

cipe suyo. Yo he tomado estas palabras para ordenar esta epístola, que habla con Vuestra Alteza, porque parece sentencia y exhortacion divina, que enseña á cada un príncipe cristiano cuán grande es su dignidad y qué arte ha de tener para bien cumplir con su oficio. Negocio tan importante, que no pesa, ni vale ménos, que ganar perpetuamente el reino celestial, reinando con el Rey de los reyes nuestro Salvador Jesucristo; y áun, si bien se considera, palabras son que, á manera de carta particular, cada un príncipe y señor las había muchas veces de leer, y meditando en estas palabras divinas reconocer por Rey y Señor al Redentor del mundo, de cuya mano los señores y emperadores de la tierra tienen sus cetros y coronas reales recibidas. Este Señor del mundo, Creador del universo, Redentor de nuestras ánimas y vencedor del pecado y del infierno, da voces cada día y cada hora á los oidos de Vuestra Alteza, y dice: «Vos habéis de apacentar mi pueblo cristiano, y vos habéis de ser su príncipe y señor.» No carece de gran misterio haberse llegado los principales del pueblo de Israel en Ebron para la uncion del rey David, al cual hicieron la plática que ya dijimos, para que aceptase el principado que Dios le había dado de su mano. *Ebronite* en hebreo quiere decir *los que pasan:* verdad es que todas las vidas de los mortales pasan con gran furia, y que no hay saeta en el aire que tan apriesa vuele. Por tanto decía el santo Job: *Mis dias pasaron más de corrida que el que corre la posta* (1). ¿Qué es de aquella niñez, que pasó como sueño casi sin sentirla? ¿A dónde está la mocedad, que tan aceleradamente arrebató la muerte, gusano que está como dentro de la madera comiendo de noche y de día hasta que dé con la casa de este cuerpo en tierra? Como la polilla estraga sin ruido la vestidura de la grana fina, así dijo este santo varon que cada uno

(1) Job, ix, 25.

de los hombres se va consumiendo y acabando (1). De notar es que aquella sabia dueña Tecuite, cuando hizo aquella plática tan avisada á David, por la cual perdonó á Absalon, que había muerto á su hermano Amon, no dijo todos moriremos, sinó *todos estamos muriendo, y como el agua nos vamos consumiendo en la tierra, la cual jamas vuelve atras* (2). ¡Oh admirable comparacion que como retrato nos enseña la vida mortal que vivimos! Todos nos morimos: como la candela, que cuanto más arde más se llega á su fin para acabarse y morir, así nuestra vida trabajosa y breve jamas deja de caminar para la sepultura. Cuando estamos á la mesa, cuando dormimos, cuando andamos ó estamos asentados, sin cesar un punto, la muerte se come nuestra vida y es cáncer de pocos entendido, el cual ni tiene remedio ni medicina, porque de piés á cabeza nos tiene cercados. ¿Qué son esos cielos sinó un torno que jamas deja de andar? ¿Y qué es nuestra vida sinó un poco de lana? Así cada un día nos vamos acabando, y fin ha de tener en breve esta vida que tanto amanos y deseamos: pues si todos los hombres pasan por esta medida y peso y deben entrar en cuenta consigo y considerar este camino tan apresurado y breve, so pena de ser gente insensata, y que como brutos se emplean en poquedades de comeres y beberes y deleites, mucho más los grandes príncipes han de levantar su entendimiento, poniendo sus deseos en el cielo, reino glorioso y perpetuo, cuya vida es tan trabajosa y fatigada de negocios, que con gran razon dijo el Sabio: *Todo señorío es vida breve* (3). Esto quiso el Espíritu Santo declararnos siendo en Ebron ungido el rey David, y no en Jerusalen, ni en Bethlehen, donde este buen rey nació.

Dícenle los principales del reino: *Carne tuya somos y hue-*

(1) Job, xiii, 28.
(2) II Reg., xiv, 14.
(3) Eccl., x, 12.

so tuyo. Quieren decir: mira que somos tus hermanos, y así te amaremos y obedeceremos como á hermano mayor; haznos tratamiento cual lo pide la ley de hermandad. San Dionisio en una epístola dice que los sentidos y sensualidad han de obedecer á la razon, como los vasallos al señor, y como los hijos al padre, y como los discípulos al maestro. El oficio del católico rey es el de la razon para con los sentidos, la cual, segun nuestro Padre San Agustin, es un miramiento del ánima que distingue lo falso de lo verdadero y lo bueno de lo malo. El príncipe es el atalaya del reino, el que todo lo ha de mirar y juzgar, castigando á los malos y dando favor á los buenos. A este han de obedecer los vasallos como á señor, imágen y representacion del Señor de los señores, Jesucristo, y á él como hijos á padre han de honrar y servir. Y áun como discípulos bien criados le han de ser en todo lo que Dios no es ofendido, ni el prójimo, obedientes. No podrás hacer rey al que no fuese de tu linaje, mandó Dios á su pueblo. En manera que nuestro inmenso Dios por ley ordenó entre los israelitas, que de su nacion y no algun extranjero fuese levantado por rey. La razon es porque la naturaleza y patria trae consigo un amor natural, por el cual los de un reino y de un lenguaje se tienen ó deben tener amor de hermanos. ¡Oh! ¡cuánto deben estos nuestros reinos loar á Dios por esta singular merced, que no nos gobiernen sinó reyes naturales, los cuales se hayan con nosotros, no como señores rigorosos con sus vasallos, sinó como hermanos con hermanos y como padres con sus hijos! Yo suplico á nuestro Dios que jamas permita por su clemencia que ningun extranjero reine en España, porque aunque hubo malos reyes, y algunos en Israel ofendieron á Dios, no leemos tan gran crueldad como la que el rey Heródes (1), de nacion idumeo, obró, matando tantos millares de niños, por quitar

(1) Matth., II, 16.

la vida al Niño Jesus, Rey y Autor de la vida, á quien aquellos santos reyes magos venían á adorar y á ofrecer oro, incienso y mirra (1). Miren, pues, los príncipes naturales que son hermanos de todos los de su reino, y por tanto les deben tratamiento y amor de hermanos. Esta hermandad representaron en Ebron los príncipes de Israel al santo rey David.

Tambien le significaron la maravillosa eleccion que Dios había hecho, escogiéndole entre todos sus hermanos, para que reinase y gobernase aquel reino, y así dijeron: El Señor te dijo: *Tu serás el que darás pasto á mi pueblo y serás príncipe sobre Israel* (2); ¡dichoso el que de Dios es elegido para príncipe ó prelado, y desventurado el que se hace rey, como aquel maldito de Jeroboan, que puso dos becerros de oro, haciendo idolatrar al pueblo (3)! ¡Malaventurado el que, engañado de Satanas, con rabiosa ambicion procura prelacías y anda agonizando por ellas! Este tal, segun leemos de aquel atrevido rey Ocías, el cual quiso usurpar el oficio de sacerdote, será herido, y con herida afrentosa de la mano de Dios, y con lepra lastimado y echado del pueblo (4). ¡Oh, pestilencial lepra! ¡oh, ambicion infernal, fealdad de las almas, pues haces que parezcan monstruos en los ojos de Dios! ¡Oh, Señor mío y Dios mío! oraba el profeta David (5): *no me pise el pié de la soberbia*, no se señoree de mi ánima la endiablada ambicion. ¡Cuán léjos estaba David de esta maldita pestilencia, cuando guardaba sus ovejas en el campo, y cantaba salmos á Dios, el cual inspiró al profeta Samuel que le enviase á llamar para elegirle por rey de Israel! Esta admirable eleccion le ponen delante los ojos para que no se ensalce, pensando que la dignidad real le

(1) MATTH., II, 1.
(2) PARAL., II, 2.
(3) III REG., XII, 28 y 31.
(4) II PARAL., XXVI, 16.
(5) PSALM. XXXV, 12.

habían dado por sus méritos. Por tanto le dijeron: «A tí te lo dijo Dios que reinases y fueses nuestro príncipe; la voluntad de Dios fué y Él te puso de su mano.»

Decláranle tambien la dignidad grande, y por una metáfora ó similitud excelente le pintan como ha de ser su oficio: «Tú apacentarás mi pueblo de Israel.» Dos títulos le dieron que, aunque parecen diferentes, no lo son. Llamáronle pastor y príncipe. ¡Válgame Dios! ¿qué tiene que ver pastor con rey ó rey con pastor? El uno anda por los campos solitario, apartado de gente, viste tosco sayal, tiene por cama la tierra, come pan duro y vela su ganado porque no se le coma el lobo; el príncipe anda muy acompañado, tiene mesa abundante, y tiene pasatiempos diversos para descansar algo de los trabajos ordinarios y negocios que tanto le aprietan y afligen. ¿Qué similitud, qué semejanza se hallará entre renombres y dignidades tan extrañas? Ahora oigamos con atencion, y veremos cuán gran hermandad y parentesco tienen estos dos nombres: pastor y príncipe. Xenofonte, historiador grave, dijo que el oficio de rey y de pastor todo era uno, y afirmó que no había diferencia alguna. El gran poeta Homero á los reyes de Grecia llamó pastores, y esta sentencia está muy celebrada entre los filósofos. Platon y Aristóteles en sus políticas, que el buen rey es buen pastor. Mas, dejadas las ciencias humanas, inventadas y sacadas de la mina y venero de la ley natural, vengamos á la Sagrada Escritura, revelada divinamente, y hallaremos esta verdad averiguada. Nuestro Dios, segun dice Isaías, pastor llamó al rey de los persas, llamado Ciro, el cual dió libertad al pueblo de Dios, que estaba cautivo en Babilonia, y con muchas riquezas que les dió en merced los envió á su tierra. *Ciro es mi pastor, dijo Dios, y él hará mi voluntad* (1). ¡Oh, palabras dignas de todo encarecimiento y áun merecedoras que

(1) ISAI., XLIV, 28.

todos los reyes cristianos las escribiesen en su corazon! No le llamó emperador, no rey, no príncipe, no monarca, sinó llamóle pastor y suyo, y tan suyo que haría la voluntad de Dios y no la propia. ¡Oh! ¡felicísimo el príncipe cristiano á quien el Señor dice: «Tú eres mi pastor y cumples mi voluntad, obras mis mandamientos y te gobiernas por mi espíritu. Mi pastor es Ciro, de mi mano puesto en el mando y principado, y no tiránicamente le ha poseido. Mi voluntad hará y no la suya.» En sólo este punto consiste la perfeccion y cumplimiento del oficio tan alto de cada un príncipe cristiano que no haga su voluntad propia, sinó la de Dios; no lo que quiere la ley tiránica de la carne, enemiga capital del espíritu, sinó lo que la ley divina ordena y manda. Finalmente, que con el freno fuerte y suave de la razon, alumbrada de fe y acompañada de amor de Dios, no se rinda á sus pasiones, nacidas de la culpa original; ántes, como Sanson, animoso y fuerte caballero de Jesucristo, venza la gula, la ira y la soberbia y todos los otros vicios enemigos mortales del ánima; porque reinando sobre sus sentidos y señoreándose de sí mismo (que es la mayor victoria de todas y el triunfo más glorioso que los cinco que ganó Julio César, emperador de los romanos) sepa regir y gobernar todo su reino. Hará mi voluntad el rey Ciro, dice el Rey de los reyes nuestro Dios, la cual dice San Pablo que es buena, apacible y perfecta (1). Es la regla con que se nivelan todas las voluntades de los ángeles y de los bienaventurados del cielo. Y áun es regla de sí misma, como dicen los teólogos, porque no se regla ni mide como la nuestra con el nivel de la razon (2). La voluntad de Dios es la misma razon, y por tanto, una cosa es buena y bien mandada porque la quiere Dios. No hay que pasar adelante ni que escudriñar en lo que se debe creer y no se puede entender. Esta voluntad de Dios es buena

(1) Rom., XII, 2.
(2) S. Thom., I p., q. 19, art. 1.

en sí misma, porque Dios y su voluntad son una misma cosa esencialmente; luego tanto ha de tener de bondad, segun el filósofo afirma, cuanto tiene de sér. Su Sér es infinito; luego su bondad ha de ser infinita. Es apacible, segun nos dijo San Pablo, porque á quien ya dejó su propio querer y negó por Dios su voluntad, más alegre es y dulce que el panal de la miel. Y así sus mandamientos, divisa y muestra de esta divina voluntad, son alegres para el alma y más suaves que el azúcar á nuestra voluntad, anegada y rendida por su amor. Tiene otra excelencia grande, demas de estas dos ya dichas, esta voluntad de nuestro Dios, que es acabada y perfecta. No se le puede hallar algun defecto, sinó toda es admirable y perfectísima en sí misma. De aquí es que nuestro Salvador, en cuanto hombre, dijo á los Apóstoles en Samaria, suplicándole ellos que comiese, quedando tan fatigado de aquel alto sermon que había predicado á la Samaritana acerca de una fuente: *Sabed que mi comer y beber es cumplir la voluntad de mi Padre celestial* (1). ¡ Oh ! ¡ pluguiese á la divina Bondad que todos los cristianos dijésemos estas palabras con verdad: mi manjar suave, mi mantenimiento dulce, la mesa real donde come mi alma es la voluntad de Dios, el cumplimiento de sus mandamientos y santa ley ! Este es el maná que venía del cielo para que el pueblo de Dios se sustentase, blanco como una nieve; y tenía el gusto y sabor de todos los manjares (2). Mas los malos, que tenían sus deseos en la vileza de los mantenimientos de Egipto, gente apocada y abatida cuales son los pecadores, amadores del mundo y de sus vanidades, no gustaban de aquel delicado y dulce manjar, ántes se quejaban, afirmando que les revolvía el estómago. ¡ Oh, desventurados ! ¡ oh, groseros y abatidos cristianos que teniendo el paladar estragado

(1) JOANN., IV, 7 y 34.
(2) SAP., XVI, 20.

y la boca llena de piel de pecado, se saborean en los vicios y maldades, y no gustan del cumplimiento de la voluntad divina, intimada por su ley santa y mandamientos divinos! Tienen título y son cristianos por el santo bautismo; luz de fe tienen en el entendimiento, y tienen la voluntad presa en Egipto, y son cautivos del tirano Faraon Satanas, cuya voluntad ellos cumplen, menospreciando la de Dios.

Y aunque todo lo dicho sea así, y todos sean obligados á querer lo que Dios quiere y á seguir la voluntad buena, apacible y perfecta de nuestro Dios, los reyes y príncipes, como vice-tenientes del Señor universal en la tierra, son más obligados á nivelar y medir todo lo que piensan, hablan y obran con esta regla, que no puede torcer ni faltar, que es la ley y voluntad de Dios, la cual cumplirá para gran mérito y gloria cada un príncipe cristiano si mirase que es pastor, y que como el pastor apacienta su ganado, le defiende y le rodea, velando de continuo, el buen rey ha de velar y trabajar para administrar justicia y gobernar su reino en paz. Cosa es de notar la pintura tan delicada que los egipcios hacían para declarar el oficio de un rey. Pintaban un cetro real y en lo alto de él un ojo. Claro está que el cetro insignia de rey es, imperio y dominio representa. Y porque ha de velar y no dormir el que es príncipe y gobierna el reino, avisadamente aquellos bárbaros en lo alto del cetro ponían los ojos, cuyo oficio es atalayar y mirar de léjos los enemigos para guardarse de ellos. Un buen pastor decía (1): *de noche huía el sueño de mis ojos*, y no guardaba más que ovejas, animales brutos y de poco valor; ¡cuánto más el príncipe temeroso de Dios ha de velar, guardando ovejas racionales de tan gran precio y estima, que el Hijo de Dios las compró con su sangre preciosa y vida, el cual, para más animar á los reyes cristianos y prelados de su Iglesia que se pre-

(1) GENES., XXXI, 40.

cien del oficio de pastor, siendo majestad infinita se preció de título de Pastor! *Yo soy buen pastor* (dijo nuestro Salvador Jesucristo) *y el buen pastor da su vida por amor de sus ovejas* (1). ¡Oh! ¡Bendígante los ángeles, Señor y gloria nuestra! ¿Qué tiene que ver tu cetro real con el cayado pesado y trabajoso de la cruz, que llevaste en tus hombros por nuestras culpas? ¿Cómo se sufre la vestidura de gloria eterna que gozas y la zamarra grosera de nuestra humanidad, la cual tú te vestiste haciéndote hombre y naciendo de la Purísima Vírgen María, abogada y señora nuestra? Andad, dice el Rey del cielo, que eso todo inventó el amor que os tengo; espánteos y admíreos misterio tan alto y sed agradecidos; siendo ovejas sin malicia, mansas y obedientes á mi santa ley y en todo imitadoras de mis pisadas, pues en todos los trabajos y en todas las virtudes voy delante á manera de buen Pastor que guía su ganado á pastos y dehesas frescas, de yerbas saludables y dulces.

Las ovejas que á tal Pastor siguen, tan sabio y tan fuerte, no es posible que se pierdan ni que tengan peligro del lobo infernal. Mas los herejes, que por su soberbia andan fuera del rebaño de esta única y santa Iglesia romana, perdidos andan y andarán, pues no conocen el silbo del buen pastor Jesucristo. Este silbo ó voz suave es el santo Evangelio, del cual dijo Elías: *En el silbo del aire delgado allí está el Señor* (2). Silbo, voz delicada de Cristo es la doctrina evangélica, por la cual nuestras almas se alegran y se animam y toman esfuerzo para pelear con el mundo, carne y demonio. Voz delicada es, que penetra hasta el corazon, porque siendo ley de amor suave en las entrañas ha de tener su asiento y trono. Así dijo San Pablo: *que la gracia divina era derramada en nuestros corazones por mano del Espíritu Santo* (3). ¡Oh, liberalidad admira-

(1) Joan., x, 11.
(2) III Reg., xix, 12.
(3) Rom., v, 5

ble! ¡ oh, largueza inefable de Dios, que con tanta abundancia nos comunicó el tesoro de su gracia, que diga el Apóstol que la derramó! San Bernardo dice sobre aquella palabra de los Cánticos: *Vuestro nombre es aceite derramado* (1): Mirad, hermanos, que este nombre de Jesus, el cual es como aceite que alumbra la vista y ablanda las postemas duras, se dice que derramado, mas no perdido, porque aunque derramó toda su sangre en la coluna siendo azotado y en la cruz siendo enclavado y alanceado, los corazones cristianos y devotos cada día y hora se aprovechan de aquella bendita y preciosa sangre, inflamándose en amor de Aquel que tanto nos amó, que siendo nuestro Pastor, dió su vida para que nuestra muerte muera, y nosotros quedemos herederos en el cielo, donde vivamos vida eterna. De aquellos elefantes del rey Antíoco se lee en los Macabeos (2) que con ver la sangre de moras y uvas se embravecían y tomaban fuerzas para pelear más animosamente. ¡ Oh, elefantes de Cristo! ¡ oh, mártires gloriosos, vírgenes y confesores bienaventurados! ¿ quién os dió brío y fuerza para hollar el mundo y sus honras y para menospreciar los falsos regalos que esta loca carne pide, sinó mirar la sangre de Aquel que es Dios y Hombre, Jesucristo, nuestro buen Pastor? Aquí pongamos los ojos, cristianos; aquí nuestro corazon contemple siempre, porque (como dice San Pedro) con tal pensamiento armados no desmayemos en las batallas y reencuentros de esta vida peligrosa.

A este soberano Pastor mire Vuestra Alteza siempre, el cual vino de lo alto del cielo á tomar la oveja perdida en sus hombros, que es todo el género humano, para reducirla al aprisco y manada de los ángeles, haciéndola bienaventurada si ella de ingrata y desconocida no se quisiere perder. No le

(1) CANT., I, 3.
(2) MACHAB., VI, 34.

faltaban ovejas al que tenía noventa y nueve allá en el desierto, que es el cielo empíreo, en el cual tiene millares de millares de ángeles, segun dice Daniel; rico era y sin necesidad de esta ovejuela flaca y sarnosa, que es el hombre, lleno de roña de pecado, en el cual es concebido; mas su clemencia fué tan grande que parece que le iba la vida y el estado en no dejar perder al hombre (1). ¡Oh, Santo Dios! ¡qué espantoso negocio es ver lo que Cristo padeció é hizo por el hombre! Los querubines se admiran y los serafines enmudecen considerando misterio tan profundo. Dió su sangre, dió su honra y áun dió su vida por esta oveja; y finalmente, asimismo se le dió en pasto y manjar cuando se consagró é instituyó en el santísimo Sacramento del altar. En manera, que Él es el Pastor que nos guarda y defiende y el Pastor que nos alegra, deleita y da vida. Y lo que sobre todo admira es que las ovejas comen y mudan las yerbas en sí; mas este divino manjar quédase entero Dios y Hombre glorificado, mudándonos en Él y haciéndonos un espíritu por amor consigo. Y esta es aquella gran promesa: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, quédase en mí y yo me quedaré en él* (2). Acuérdese Vuestra Alteza de estas palabras cuando para su consuelo y para edificacion nuestra y ejemplo las fiestas principales se confiesa y comulga. Y pida con toda humildad y confianza que esta palabra de rey cumpla el Señor, porque aquí se le pide todo y no hay más que demandar. Mi Dios y Señor, Rey soberano y Criador del mundo, firmadme la merced prometida, dado que yo no lo merezco. Quédeme yo en Vos por amor, fe y esperanza; y quedaos Vos en mí por gracia; alumbrad mi entendimiento, pues sois luz eterna; inflamad mi voluntad (¡oh, caridad y fuego que simpre ardéis!) y fortaleced mi esperanza para que á Vos ame sobre todas las

(1) Daniel, vii, 10.
(2) Joann., vi, 57.

cosas, en Vos espere, dando de mano todo lo criado, y finalmente, á Vos solo sirva, Rey de gloria y premio de los que os aman de todo corazon.

Esta virtud, entre otras muchas, deseo yo que Vuestra Alteza imitase en Cristo, buen Pastor: la clemencia y piedad, la cual (segun dijimos) movió al Señor del mundo á que nos viniese á salvar, tomando oficio de pastor. Ya en el libro *Regalisi nstitutio*, dirigido á Su Majestad, habrá Vuestra Alteza visto como son menester todas las virtudes morales y teologales para que el cristiano sepa regir su monarquía propia, que es saber gobernarse á sí mismo; y de esto trata todo el primer tratado. *Mas como diga Salomon que la clemencia es la que fortalece y asegura el trono* (1) ó silla real, con grande cuidado los príncipes se han de desvelar en ser clementes. Título de gran estima es aquel que la Sagrada Escritura da á los reyes de Israel en decir que eran clementes y no crueles (2). A esto nos obliga más el Evangelio, que es todo un olor suave de clemencia, que no á los antiguos aquella ley de rigor escrita en piedra áspera y dura: y si así es, segun el rey Salomon ahora dijo, que la clemencia fortalecía el trono real, luego el rigor y la severidad en los castigos le pone en peligro y en aventura de caer. Vemos claramente esto en Roboam, hijo heredero de Salomon: al cual como viniesen los principales del reino á suplicar que los desagraviase de los tributos pesados que su padre les había impuesto, él tomó consejo, y no el de los viejos, sinó el de los mozos de poco saber y de poca experiencia; y respondióles con aspereza y sin piedad: *Mi padre os azotaba con cordeles; pues yo os azotaré con escorpiones.* Respuesta fué tan sin clemencia que bastó para cuasi perder el reino, porque de doce tribus solamente le quedaron dos, la tribu de Judá

(1) Prov., xx, 28.
(2) III Reg., xxvi.

y Benjamin. Y las otras diez tiguieron al maldito Jeroboan, que levantó aquellos ídolos en Samaria. ¡Oh! ¡cuántos males excusaran y qué de pecados cesaran si Roboam respondiera con blandura y clemencia! Y áun cuánto daño se hizo á sí mismo, perdiendo la mayor parte del reino, de donde entendemos que la clemencia en el rey, no sólo es bien y riqueza para los vasallos, mas áun es gran tesoro para el príncipe que es clemente, pues de todos es amado, obedecido y servido.

Esta virtud, segun afirma nuestro padre San Agustin (1), es por la cual los romanos poseyeron cuasi todo el universo. Tenían por ley muy usada, segun aquel gran poeta dice de los romanos, perdonar á los que se sujetaban al Impero romano, y conquistar y destruir á los pertinaces y soberbios. Esta admirable virtud dice Séneca que es la que enfrena el ánima, para que use de benignidad con su enemigo, cuando más la ira se enciende en el corazon. Y Tulio dijo la misma sentencia (2), loando esta excelente virtud. Es finalmente la que conserva el título y posesion de nuestra ánima y trae consigo gran tranquilidad. Y áun es muy cercana parienta de la caridad, segun dice Santo Tomás, y por tanto muy preciosa y de gran valor. Verdaderamente admira cuánto los gentiles, con no tener por guía más de la razon natural, se preciaron de esta virtud. De Neron cuenta Séneca en el primer libro que hizo de clemencia, que habiendo de firmar una sentencia para que matasen unos ladrones, como se la pusieron en la mano, con gran gemido dijo: ¡Oh! ¡quién nunca supiera escribir! Esto fué al principio de su imperio, cuando él era bueno y virtuoso, que despues cruelísimo fué: y él martirizó á San Pedro y á San Pablo y á muchos millares de mártires. Y áun fué tan desatinado que puso fuego á Roma por ver desde una

(1) San Agustin, lib. *de Civit. Dei.*
(2) Lib. II, Rethor.

torre alta como ardía : luego no es todo uno comenzar y acabar bien siendo gran señor. Saul (1), bien comenzó á reinar, pero su fin fué desventurado, y él mismo se mató en la guerra, viendo que la victoria era de los filisteos. Y castigóle así Dios porque fué rebelde á lo que Dios le mandaba (2). Salomon virtuosamente comenzó á reinar, mas al fin fué idólatra. Y aquella hija de Faraon fué causa de su mala vejez. San Agustin y San Basilio dicen que se condenó. ¡ Oh soberano juicio de Dios, que el que edificó templo tan rico para honra del Criador del mundo y recibió tan excelente sabiduría de mano de Dios estando durmiendo, este mismo edificase templos á Satanas para honra de la vanidad de los ídolos! Teman, teman los reyes cristianos, y si quieren agradar á Dios, y que Él les haga crecidas mercedes, huyan de este vicio feo y asqueroso que á tan gran ceguedad trujo á Salomon y tambien al fuerte Sanson y tengan gran recato, velando sobre sí mismos. Y siendo leales al honrado matrimonio (pues así le llama el Apóstol), y persuadiéndose que no ha nacido otra mujer en el mundo, sinó la que Dios á cada un príncipe dió de su mano, huyan la lujuria.

De aquella palabra sola que dijo Neron (á la verdad muy de notar), deseando no saber escribir, por no firmar la sentencia de muerte contra aquellos ladrones, compuso aquel filósofo, Séneca, su maestro, dos libros excelentes, loando la excelencia y dignidad de la gran virtud de la clemencia : la cual Marco Marcelo, cuando daba combate á la ciudad de los siracusanos, enseñó llorando por el daño que allí se hacía y por los muchos que allí morían. Con esta gran virtud Julio César movido no llamaba á sus caballeros otro nombre sinó hermanos, segun escribe Suetonio. Mas al fin todo esto es cifra pequeña,

(1) I Reg., xxiii, 1.
(2) III Reg., iii, 1.

si levantamos los ojos y consideramos la gran clemencia del Rey de los cielos, Jesucristo, nuestro Señor, cuya piedad fué tan grande que cuando vió llorar á Santa Marta y á su hermana la Magdalena, gran amadora de Dios, Él tambien lloró, compadeciéndose de su angustia y soledad por la muerte de su buen hermano Lázaro. Poderoso era y omnipotente Dios para dársele resucitado, como luégo lo hizo, mas quiso primero enseñar su clemencia llorando, y despues enseñar su omnipotencia resucitándole; y porque ya que no podemos imitarle en el poder le imitemos en la piedad y misericordia. ¡Oh cosa admirable! Cuarenta años ántes y más que castigase á la lenidad de Jerusalen por tan gran delito como hizo crucificando al Señor del mundo en aquella procesion de tanta solemnidad y alegría, cuando fué recibido con cantares y ramos, este mismo Señor, alegría de los ángeles, lloró y lamentó el azote que les había de enviar. Y note Vuestra Alteza que habiendo muchas veces entrado en aquella ciudad no lloró hasta aquel día cuando le confesaron y pregonaron rey de Israel. Para que entiendan los reyes que cuando se encargan de su reino tambien han de poner sobre sus hombros los trabajos de sus súbditos, sintiéndolos y llorándolos como trabajos propios. En el libro de la Reina Sabá, dirigido á Su Majestad la reina nuestra señora, que ahora ha salido, se trata esto más por extenso y es paso digno de toda consideracion guardar Cristo el llanto para aquel día que le aceptaban por rey. Cuando el rey de los persas era elegido perdonaba en señal de clemencia todos los tributos que en todo el reino se debían á la corona real. Los egipcios cuando coronaban su rey le ponían una cadena de oro á la garganta con muchas piedras preciosas, y esta era la insignia de rey, como ahora entre los cristianos lo es la corona real: llamaban á aquella cadena verdad, y poníanle en la mano las leyes con que había de regir, escritas en ocho libros. Gran filosofía hay aquí, y sabiamente los egipcios echaban cadena á la garganta á su rey; pues el príncipe que ha de regir un reino

de tantos es esclavo cuantos tiene debajo de su dominio. ¡Oh! ¡qué prision tan grande tener cuenta que se haga justicia al pobre y al rico, al caballero y al pastor, oir á unos y á otros, esperar sus quejas y peticiones, no volver el rostro á importunidades de pobres! ¿A quién no pone terror? ¿Y quién no querría más traer una azada todo el día y cavar la tierra de sol á sol?

Sospechas tengo que desear mandar y gobernar nace de mirar este negocio de léjos, y no de cerca, ó por mejor decir, resulta de no mirarlo con ojos abiertos. Cuando llamó el rey Alejandro muchos pintores muy primorosos y preguntóles si sabrían hacer un cuerpo conforme á una cabeza y rostro que había dejado el gran pintor Apeles por acabar cuando murió, respondieron que sí, porque confiaron de su propio ingenio. Mas cuando sacó aquella figura tan delicada y miraron de cerca el negocio, desmayaron y respondieron al contrario de lo que ántes á ojos cerrados habían afirmado. Tales son los que agonizan y se desvelan por prelacías y mandos; miran de léjos y no de cerca un negocio tan arduo, una sujecion tan continua y una prision tan pesada, con la cual se ha de cumplir, so pena de no hacer el oficio, y áun so pena de tener gran cuenta con Dios. Llamaban verdad á aquella cadena, y está bien dicho, porque la verdad ha de resplandecer en el rey, siendo muy enemigo de mentira y de engañadores que que informan falsamente. De aquí es que el rey Asuero (1) mandó crucificar al traidor de Aman, aunque muy favorecido y querido suyo, porque falsamente acusó al pueblo hebreo, y sacó provisiones, para que en un día todos los de aquella nacion muriesen. La reina Esther sacó de engaño al rey, y el pueblo inocente fué libre, y el malsin y zizañador puesto en una cruz. ¡Oh! ¡si tal castigo diesen los príncipes á los que

(1) Esther, xvi, 17.

no tratan verdad, destruyen famas ajenas y murmuran de vivos y muertos! quien desengaña al rey es la humilde Esther, figura de la oracion, en la cual Dios da luz á los reyes de lo que han de ordenar y hacer. Alabo mucho á Dios que Vuestra Alteza reza cada día el oficio divino, imitando á aquel gran rey David, el cual afirma que siete veces en el día alababa á Dios. Persevere, señor, en ejercicio tan santo, porque la oracion es escuela de todas las virtudes, reposo de los trabajos cuotidianos, consulta con Dios de gran fruto, regalo del alma cristiana y pascua muy alegre del corazon. Y porque la verdad es virtud que no puede ser sola, en tanto que Cristo se llamó camino, verdad y vida, está bien que aquella cadena se llamase verdad. A Pitágoras preguntó uno: díme, filósofo: ¿en qué se podrá más un hombre parecer á Dios? Él respondió: Será muy semejante á Dios y se parecerá mucho el que en todo guardare verdad. ¡Oh sentencia más de cristiano que de filósofo! ¡Y cuán léjos andan en estos tiempos de este saludable consejo los enemigos de la verdad, los que tienen cumplimiento de palabras, y no responden con obras viendo en necesidad á sus prójimos! Lloraba esto un profeta, y decía: no hay verdad en la tierra (1).

Finalmente, los egipcios daban los libros de las leyes al rey el día de su eleccion, porque no ha de ser el regimiento del reino segun el juicio de cada uno, sinó conforme á justicia y segun las leyes disponen. No olvidó Dios este negocio cuando mandó que el rey de Israel tuviese la Biblia á su lado y leyese en ella siempre para que conforme á la ley que Dios tenía dada administrase justicia (2). Todo aquello legal y lo que era ceremonial ya cesó, y nuestro Salvador, muriendo en la cruz, dijo: *Ya es acabado* (3), porque allí se acabó nuestra reden-

(1) Osseæ., iv, 1.
(2) Deut., xvii, 18 y 19.
(3) Joan., xix, 30.

cion tantos mil años deseada por los patriarcas y profetas. Acabáronse todas las profecías que hablaban de su muerte, sin quedar una, hasta darle á beber hiel y vinagre, segun lo había dicho el rey David (1). Acabóse finalmente la ley vieja, que era sombra, y así cesó venida la luz y la verdad, que es el santo Evangelio. Esto significó San Juan, cuando dijo: *La ley fué dada por Moises, y la gracia y la verdad fué hecha por Cristo* (2). Luego el libro de la ley de Dios, que el príncipe ha de leer y tener á su lado, la Sagrada Escritura, es testamento viejo y nuevo, dejado lo legal y ceremonial, que ya, como dice el apóstol, es veneno y mata el ánima. Sumónos toda la ley nuestro Redentor, y como sabiduría del Padre, en dos mandamientos cifró todos los profetas y la ley; el primero y mayor mandamiento es: *Amarás á Dios con todo el corazon, con toda el ánima y con toda la memoria* (3). No pone limitacion ni tasa en el amar á Dios, porque la deuda es infinita, pues el bien es infinito, al cual somos obligados á amar. San Bernardo dice así: *La causa de amar á Dios es el mismo Dios, y la manera de amarle es sin tasa ni medida.* Significó esto delicadamente nuestro Dios, cuando mandó á Moises (4) que pusiese una tabla de oro sobre el arca del Testamento, y díjole qué largura y anchura había de tener, mas no le avisó de la altura que le había de dar. Para amar al prójimo y para amar al enemigo tasa hay, porque el Señor dice que le amemos como á nosotros mismos. Para amar á Dios, que es la altura de la tabla de oro, no hay tasa; hemos de amar hasta más no poder, pues al que amamos es infinita bondad. La razon dice, y la justicia así lo pide, que cada cosa sea tanto amada cuanto es buena; luego el que es bondad infinita, nuestro

(1) PSALM. LXVIII, 22.
(2) JOAN., I, 17.
(3) MATTH., XXII, 37.
(4) EXOD., XXV, 17.

Dios, infinitamente debe ser amado. Bendito sea el que se paga esta deuda de amor que se le debe amándose infinitamente (1). Que nosotros somos tan pobres, que aunque todo el amor de todos los hombres y áun de los ángeles se junte, siempre sera finito, y por tanto no será bastante paga para Dios, que es digno de ser infinitamente amado. Tiene por bien este Señor clementísimo que amemos al prójimo por su respeto, y este amor ha de ser con tasa y medida, amándole como á nosotros mismos. Quiere decir: que amemos á nuestro prójimo para que goce de Dios, así como nos debemos amar á nosotros mismos para tan santo fin. De arte que aquella palabra, así como á tí mismo, no quiere decir sinó similitud, no grandeza de amor (2). Aquí se cumplió aquella profecía de Isaías: *En aquel dia hará el Señor abreviacion y consumacion* (3). Despues que se abrevió Dios, haciéndose hombre, que fué la mayor obra que jamas fué ni será, razon era que abreviase la ley y la acabase obrándola: y así la abrevió en dos mandamientos, y la obró Él mismo, que es acabarla ó perfeccionarla. Y áun cuando se iba á morir, en la última cena la abrevió más, y dijo (4): *Este es mi mandamiento, que os améis unos á otros como yo os amé.* De aquí es que San Pablo diga: *Que el que ama al prójimo ha cumplido la ley* (5), porque es imposible que haya amor de Dios sin amor del prójimo, ni amor del prójimo sin amor de Dios. Una rueda vió Ezequiel que estaba dentro de otra rueda, y el espíritu estaba en entrambas ruedas (6). En aquella rueda grande y mandamiento grande, que es el amor de Dios, está encerrada otra rueda menor, que es el amor

(1) S. Thom., 2. 2, q. 27, artic. 5.
(2) S. Thom., 2. 2, q. 26, artic. 4.
(3) Isai., xxviii, 22.
(4) Joann., xv, 12.
(5) Rom., xiii, 8.
(6) Ezech., i, 16 y 21.

del prójimo, y en la una rueda y en la otra está el Espíritu Santo.

Todo lo dicho se ha tratado para que el príncipe cristiano considere estas dos leyes ó preceptos por los cuales los ciudadanos del cielo se rigen. Allá no hay otras leyes sinó amor de Dios y del prójimo, y con ellas han de ser regidos los reinos de la tierra : con tales leyes suaves se ha de regir á sí mismo el que es señor para que le cuadre el nombre excelente de rey. San Basilio, declarando aquella palabra de un salmo: *No será salvo el rey por mucho poder*, dice así : «Poco le aprovecha su guarda ó ejército, sus riquezas y armas ; la gracia divina es por la cual ha de ser salvo y libre de sus enemigos en la tierra, y por ella y por el cumplimiento de los mandamientos de Dios alcanzará la salud de la gloria.» Y dice más : «El que es señor de sus pasiones y tiene mando sobre sí mismo, este corazon se llama y es rey, porque no puede faltar aquella verdad dicha de la eterna verdad, Cristo: *El que hace pecado, siervo y cautivo es del pecado* (1).» ¡Oh! ¡válgame Dios, qué lástima es ver un gran señor que manda y rige á todos si es cautivo de sus pasiones, anda aherrojado y prisionero de sus deleites, prohibidos por la ley de Dios! Verdad es que nuestro Dios ordenó este universo, como el que compone una arpa y la templa, en la cual hay voces bajas y altas, y así da melodía y suave música con una discordia concorde de voces diversas. De la misma manera quiso que hubiese en el mundo ricos y pobres, sabios é ignorantes, grandes y pequeños. No fuera la mano tan graciosa y útil para obrar, si las de todos fueran iguales. Monstruo fuera un hombre sin piés y sin manos, dado que tuviera cabeza. De manera que fué gran providencia divina que hubiese reyes ; y así dice él : *Por mi reinan los reyes, y los príncipes tienen mando* (2). San Pablo dice : *Que re-*

(1) JOAN, VIII, 34.
(2) PROV., VIII, 15.

siste á la órden de Dios el que desobedece al poderoso que rige la república (1). El príncipe es capitan en su ejército, y por cuyo consejo se da la batalla y se gana la victoria. Es como cabeza en los miembros, aunque el mejor de ellos, puesto en el más alto lugar para bien de toda la república. La cabeza tiene ojos, oidos y lengua, y así el buen rey ha de oir agravios de pobres y remediarlos. Ha de ser lengua de los mudos, que por sí no saben hablar. Que bien dijo un sabio: «El rey es alma del cuerpo; con él andan los piés, obran las manos y vive el reino vida pacífica.» Finalmente, el rey David llama dioses de la tierra á los reyes, porque tienen las veces de Dios (2) y le deben imitar, defendiendo su reino y la Iglesia, segun dice San Bernardo en una epístola (3), y escribiendo á Ludovico, rey de Francia, dice: Que entónces los reinos se conservarán en paz, cuando los reyes obedecieren los mandamientos de Dios y de la Iglesia romana (4). ¡Oh, santo Dios! ¡qué de ojos ha de tener el que ha de mirar por todo un reino! ¡qué vista de águila es justo que tenga el que ha de ver tanto ganado! ¡qué hombros tan fuertes quien tal carga ha de llevar sobre sí! ¡Y cuán poco ha de holgar el que ha de ganar descanso para todos sus vasallos. Saul, primer rey de Israel (5), elegido por Dios, tenía tan altos hombros, que excedía en grandeza á todo el pueblo, segun nos dice el Espíritu Santo, para que se entienda que el que tiene mayor dignidad que todos lleva mayor carga que todos, y por tanto ha de ser mejor y más fuerte que todos.

Un remedio tiene este oficio tan dificultoso y trabajoso, el cual es oir atentamente aquel consejo del rey y dechado de re-

(1) Rom., xiii, 12.
(2) Psalm. lxxxi, 1,
(3) Epist. 244.
(4) Epist. 2.
(5) Reg., x, 1.

yes, David (1): *Ea, reyes, entended y sed enseñados los que juzgáis la tierra; servid al Señor con temor y alegraos en Él con temblor.* Entended la gran carga que tenéis y la cuenta que al soberano Rey Cristo habéis de dar. Aprended para que seáis buenos jueces y á nadie hagáis agravio. Gozaos en Dios y temed sus juicios, que es poderoso para castigaros si no le amáredes y sirviéredes guardando sus mandamientos. Con este temor Salomon no pidió á Dios larga vida, no riquezas ni mayor reino, sinó prudencia para gobernar aquel pueblo de Israel que Dios le había dado y así lo alcanzó con tal recelo (2): Moises suplicaba á Dios que despues de sus días proveyese de un sucesor que tuviese espíritu, porque no anduviese el pueblo desmandado como ovejas sin pastor. Y así Dios se lo firmó, proveyendo de aquel varon excelente, Josué, que dió la posesion al pueblo de Israel y les dividió la tierra de promision. De aquí tendrán entendido los príncipes que, sirviendo ellos á Dios y suplicando con humildad al Rey de los reyes, Jesucristo, que les dé sabiduría bastante para cumplir con tan gran oficio, se la dará con mano franca, y les dará tambien sucesores que, conforme á la voluntad de Dios, rijan en paz y justicia sus reinos. Y áun para poder sufrir una carga tan pesada es menester frecuentar la oracion, que, como dijimos, ha de ser consulta ordinaria. Jamas leemos de David que emprendiese alguna victoria ni diese batalla sin primero ir al tabernáculo ó á la oracion, en la cual Dios le decía su voluntad y lo que había de hacer. Trae tantos desabrimientos el mandar, que sin la dulzura de la oracion no se pueden llevar. Y áun los sacramentos santísimos, confesion y comunion, debe frecuentar el príncipe católico si no quiere desmayar en el golfo de tantos negocios. En el uso de los cuales, no sólo el alma recibe gran ri-

(1) PSALM. II, 10 y 11.
(2) III REG., III, 9.

queza de virtudes y gracias sacadas con aquellos vasos divinos, mas áun los cristianos con tan gran ejemplo se dispiertan á hacer tan admirables obras. Admírame aquel hecho de Diocleciano, emperador, el cual, viendo acabado el tiempo de su eleccion, jamas se pudo con él acabar que tornase á tomar el cargo importuno del imperio. Aurelio, emperador, viéndose tan trabajado con el cargo, jamas le vieron el rostro alegre derramándose en alegría vana en tanto que gobernó el imperio. Bien clara y manifiesta cosa es la que tratamos, pues en nuestros días vimos al católico é invictísimo emperador nuestro, señor Cárlos, dejar en vida el imperio, que ordinariamente otros dejan á más no poder en la muerte; negocio bien nuevo, de gran ejemplo y para gloria de Dios. No dejaré de decir aquí lo que muchas veces dijo este poderoso emperador, viéndose apretado con muchos y grandes negocios: ¡Oh! ¡pluguiera á Dios que yo no fuese más de un pobre soldado! ¡Válgame Dios, qué olas tan terribles combatían aquel pecho tan cristianísimo, y qué tempestades padecía un tan generoso corazon cuando tales palabras decía! Y bien prueba ser esto así haberse retraido al monasterio de San Jerónimo de Yuste, en aquel desierto donde gloriosamente acabó su cristianísima vida. No quiero hacer de epístola libro que á Vuestra Alteza dé hastío. Solamente concluiré haciéndome una suma breve de lo que aquí se ha dicho.

En esta epístola se ha tratado aquella uncion del rey santo y profeta David, la cual se hizo en Ebron, siendo allí llegados los principales del reino. Los cuales le dijeron: *Carne somos tuya y hueso tuyo, y á ti te dijo Dios: tú apacentarás mi pueblo de Israel y serás su príncipe.* Ebron quiere decir el que pasa, y segun esta interpretacion hebraica, todos los reyes del mundo son elegidos en Ebron, pues pasa tan en posta el mundo y corre, ó por decir mejor, vuela más que el águila nuestra vida mortal. Solamente están en su sér y en peso y valor las cosas eternas, en las cuales el buen rey ha de poner sus deseos

y felicidad, imitando al rey David, que como el ciervo desea fuentes de agua dulce y clara (1). Deseaba beber en aquella fuente divina, mar océano sin suelo, nuestro Dios, en cuya vision y fruicion consiste nuestra bienaventuranza, acabada la peregrinacion trabajosa de esta vida. Será, pues, grande aviso y documento primero para los príncipes cristianos que se acuerden que este Ebron, mundo transitorio, es donde reciben el estado alto que tienen y que la vida mortal va como saeta en el aire volando. Por tanto, no han de tener los señores estima de sus honras, ni riquezas, ni pasatiempos, sinó darlos ya como acabados, pues tan presto han de tener fin. ¡Oh! ¡pluguiese á Dios que este documento se meditase continuo, y como Moises, tomasen los grandes señores la serpiente por la cola, que es el fin de todo lo que da placer y contento en esta vida! Porque luégo saldrían de engaño, hallándose con vara en la mano, quiero decir, que vivirían vida recta y cristiana y áun harían penitencia para ganar el reino eterno del cielo.

El segundo aviso que de lo dicho se saca es que los principales del reino se llamaron hermanos del rey David. Luego el príncipe en su reino hermano mayor es de todos, y así debe ser obedecido y amado de todos. Cosa es digna de admiracion que los etíopes elegían rey tomando el más santo sacerdote que tenían, y tanto le amaban, que si por algun caso ó enfermedad perdía una mano ó un ojo, luégo ellos se sacaban un ojo ó se cortaban una mano en señal de compasion que tenían á su rey. Y áun cuando él moría se mataban muchos en aquel día, para que con tal seña declarasen el grande amor que tenían á su príncipe. No alabemos estos extremos de aquellos bárbaros, ni se deben imitar, pues nuestra ley santa lo prohibe; mas queremos por estos ejemplos enseñar cuánto deben los cristianos amar y honrar á su rey. Y no es mucho que los

(1) Psalm. xli, 1.

príncipes llamen á sus vasallos hermanos y los traten como á tales, pues el Rey de los cielos llamó á sus Apóstoles amigos y les quitó el nombre de siervos. Y áun despues de resucitado dijo á las Marías: Decid á mis hermanos que ya resucité (1). ¡Oh, clemencia inefable! ¡oh, humildad excelente! El Criador del mundo, el emperador de los ángeles llama hermanos á unos pobres pecadores. ¿Quién no se bajará de hoy más y se humillará (aunque gran monarca sea) teniéndose por hermano y tratando como hermanos á los que son sus súbditos? Esto es lo que dijo San Pablo avisadamente: vosotros todos sois hermanos; ¡desdichado el que de esta hermandad no goza! El tercer documento que aquí hemos de sacar es que los reyes tienen el poder de mano de Dios y son retrato y representacion de Dios. Por tanto, se le dijo á David el día que fué ungido en Ebron: A tí te dijo Dios que fueses nuestro pastor. Los reyes cristianos que no poseen por tiranía sus reinos, ministros son de Dios y vireyes suyos. Y así han de entender que tienen superior á quien han de dar cuenta, y bien estrecha, de la dignidad y oficio que tienen. Y áun tendrán doblada cuenta delante del único Rey nuestro Salvador Jesucristo. Una de su vida propia, otra de la gobernacion que hicieron y de la justicia que administraron. De aquí es lo que está escrito: *Juicio riguroso se hará de los que presiden y gobiernan* (2). Por el tanto que son reyes se obligan á oir agravios y dar favor á los pobres, que no tienen otro amparo en la tierra sinó el de su católico rey. Oblíganse á despachar negocios sin dilaciones que se puedan excusar, y finalmente, ha de castigar á los malos y honrar y hacer mercedes á los buenos. De Alejandro, rey de Macedonia, leemos que, viniendo una mujer anciana á recontarle cierto agravio, respondióle que no había lugar. Vino otro día y respondióle lo mismo. Ella con gran

(1) JOANN., XV, 15; XX, 17.
(2) SAP., VI, 6.

razon y ánimo varonil díjole: Rey Alejandro, si no quieres oir no quieras ser rey. Lastimóle tanto esta palabra al sabio príncipe, que dice Plutarco que luégo se detuvo, la oyó é hizo justicia; y de ahí adelante con alegría oía á todos. Gran obra de misericordia es ésta y limosna muy acepta á Dios que el príncipe cristiano consuele á los afligidos y los oiga. Salomon, rey de Israel, cuando mandó dividir aquel niño, sobre quien litigaban aquellas dos mujeres, él mismo se sentó á conocer de la causa, y así Dios le alumbró para que se declarase cuál era la verdadera madre de aquel niño.

El cuarto documento es que el príncipe entienda que es pastor en todo su señorío, y tal título se le dió en aquella eleccion al rey David: «Tú has de apacentar al pueblo de Israel», le dijeron los caballeros principales del reino. En este título se declara el gran trabajo que está disfrazado en la dignidad real, pues el oficio pastoril no es de regalo, sinó de gran cuidado y solicitud. Este mismo nombre puso Dios al rey Ciro, cuando dijo por Isaías: *Ciro es mi pastor y él cumplirá mi voluntad* (1). No hará lo que él quiere, sinó lo que yo le mandare: el norte y guía de sus obras será mi querer, sujetando su voluntad á la mía. Esto es aquello que para gran alabanza del rey David dijo Dios: *Hallé un varon conforme á mi corazon; desvelaráse en cumplir mis mandamientos, y áun será piadoso y usará de clemencia con sus perseguidores Saul y Absalon. Sabrá perdonar injurias como yo, que espero al pecador y le perdono cuando se convierte á mí* (2). Gran documento es este y muy principal. Vuestra Alteza le note y le obre. Pastor ha de ser el rey cristiano que vele y defienda sus ovejas, que ni Satanas las destruya, ni los herejes las estraguen y degüellen. Xenofonte, filósofo, una cosa sola quería del rey, y

(1) Isai., xliv, 28.
(2) I Reg., xiii, 14.

es que ame á sus vasallos. Y tenía razon, porque si los ama los defenderá, y no solamente no les hará mal agraviándolos, mas áun les hará bien. Pastor ha de ser que guíe su reino; reloj concertado para que ande en concierto su señoría; espejo grande en quien se miren todos, y no ha de tener polvo de pecado, porque ya no sería claro espejo. Sol que todo lo rodea, alumbra y alegra, el cual si se eclipsare, luégo se oscurece todo el reino, y queda como en tinieblas. Y porque es sol que anda muy alto no se puede jamas esconder, como dice bien Plutarco; por tanto, ha de ser visto á donde quiera que anduviere. Y si él pensare esconderse ó disimularse, engaño será, y no pequeño. No sólo el pueblo mira y juzga las palabras y obras de su príncipe, mas áun con temeraria osadía se entromete muchas veces en hablar y juzgar de sus interiores pensamientos é intenciones, dado que son reservadas sólo á Dios. Aquí es menester gran paciencia, y considerar que, como dijo Alejandro, cosa real es y clara insignia del animoso y prudente rey, cuando obrare bien oir mal sin turbacion alguna. Sentencia es esta más de cristiano que de filósofo.

Es el quinto documento, que el príncipe cristiano para ser buena guarda de su reino ha de velar sobre sus ovejas y no dormir. Gran figura era aquella que usaban los egipcios para pintar el oficio del rey, dibujando un cetro con un ojo en lo alto. El cetro declaraba la dignidad real, y la vista en lo alto de él significaba que es atalaya y vela de todo el reino, que ha de velar para que los otros duerman y reposen teniendo paz. El rey David dijo hablando de Dios (1): *Mirad, hermanos, que no dormirá ni dormitará el que guarda á Israel.* Tal ha de ser el buen príncipe imitador de nuestro Dios, que no duerma ni dormite, ni haya descuido grande ni pequeño, por el cual corra peligro el reino. No vieran la estrella aque-

(1) Psal. cxx, 4.

llos santos reyes magos, si durmiendo los hallara. Velaban y contemplaban el cielo, y teniendo por cierta la profecía de Balan, que á su tiempo nacería la estrella de Jacob, Mesías verdadero, deseaban y con gran cuidado esperaban aquella estrella celestial, guía y señal de la natividad del Rey omnipotente Jesucristo (1). Siguieron aquella estrella con gran fe, amor y confianza de ver al Señor del mundo, trayendo ricos tesoros de oro, incienso y mirra: porque la fe acompañada de caridad no sabe estar ociosa jamas. Esta los sacó de sus reinos y tierra, y los puso en cuidado de ofrecer parias al nuevo rey, nacido pobre para enriquecer nuestras almas de riquezas celestiales. Y como sabios varones, no manifestaron al traidor de Heródes sus riquezas, sinó al niño Jesus y á su gloriosa madre. ¡Oh! ¡si los grandes señores velasen, orando á Dios, cómo verían la luz del cielo, que los guiaría hasta Bethlehen! ¡Oh! ¡si no abriesen sus tesoros á Heródes, á este mundo tirano, á sus faustos y gastos superfluos! ¡Si todo se gastase en hospitales, iglesias, pobres, cárceles y monasterios, ofreciendo al Redentor del mundo lo que él dió tan liberalmente para remedio y amparo de pobres! Sigan, pues, la estrella de la santa fe; busquen con amor al Rey celestial; ofrézcanle oro siendo limosneros, que le hallarán ya, no en Bethlehen, la que era figura, sinó en la casa de pan, que es el cielo, donde con admirable hartura le gozarán los señores que se señorearon de sus pasiones, se extrañaron de su propia tierra, caminando como peregrinos por este mundo. Y finalmente, imiten la fe, amor y liberalidad con los pobres de estos santos reyes magos, perseverando toda la vida en buscar á Cristo Jesus, Rey soberano y Señor de todo lo criado.

El sexto documento es que el príncipe católico traiga por guarda la misericordia y la verdad, como lo dice el rey Salo-

(1) MATTH., II, 1 et seq.

mon (1), y se precie de clemente, porque la clemencia fortalece el trono real. Esta era la fama de gran honra, que áun hasta los infieles trataban de ella, diciendo á voces: *Los reyes de Israel son clemientes* (2). Esta clemencia es una virtud que se allega mucho á la caridad, y por tanto se ha de estimar mucho y trabajar con todas las fuerzas de alcanzarla; cuyo oficio es moderar las penas á los delincuentes (3), así como es propio de la mansedumbre moderar la ira. En esta virtud resplandeció el emperador Neron al principio de su imperio, en tanto que habiendo de firmar una sentencia para matar á unos ladrones, con gran gemido dijo: «¡Oh! ¡quién no supiera escribir!» Sobre las cuales palabras Séneca compuso dos libros excelentes de esta virtud admirable. Mas dejados los infieles, que tanto se preciaron de esta gran virtud, dechado tienen los reyes cristianos más perfecto á quien mirar, pues nuestro Rey, Cristo Jesus, clemencia infinita, lloró en Jerusalen cuando le cantaban los niños y le alababan como á Mesías verdadero rey de Israel. Y la causa de su llanto era porque aquella ciudad desconocida había de ser destruida por Tito y Vespasiano, como ingrata y perseguidora de su Rey y Señor. Guardó este llanto el Señor para el día en el cual le aceptaban por su rey, para enseñar á los príncipes cristianos que cuando toman el cetro real se obligan á compadecerse de los trabajos de sus vasallos, y han de llorar con los que lloran sus aflicciones y angustias. Todo esto podrá ver Vuestra Alteza en la virtud de nuestro Salvador Jesucristo, si no cesare de orar y se ejercitare en el uso de los sacramentos, confesiones y comunion, medicinas de nuestras ánimas y remedio de nuestras flaquezas y desmayos. Y podrá decir con San Pablo: *Todo lo puedo en*

(1) Prov., xx, 28.
(2) III Reg., xx, 31.
(3) S. Thom., 2. 2, quæst. 157, art. 1.

Aquel que me da virtud y me esfuerza (1). Plegue á la divina Majestad que de tal manera se saque fruto de esta epístola y documentos, que siendo pastor de la mano de Dios escogido, encamine Vuestra Alteza sus ovejas á los pastos del cielo, para que con ellas goce de aquel reino perdurable de la gloria. Amen.

EPÍSTOLA SEGUNDA

PARA UN OBISPO DE LAS INDIAS

ENSEÑA CUÁN PERFECTO HA DE SER UN PRELADO

¿ Quién pensáis que será el siervo fiel y prudente, el cua puso Dios que rija su casa, para que dé á los fieles á su tiempo el trigo por medida (2)?

Pregunta es esta, reverendísimo Padre, que nuestro Salvador Jesucristo, Pastor soberano, hace hablando con cada uno de los cristianos, en la cual con gran brevedad pone cinco condiciones, que ha de tener el buen prelado, porque ningun obispo ignore las grandes virtudes y perfecciones que para tan alta dignidad ha de tener. Ha de ser, lo primero, fiel ministro. Lo segundo, conviene que sea siervo de Dios. Lo tercero, ha de tener gran prudencia. Lo cuarto, ha de elegir Dios y ponerle de su mano en la silla episcopal. Lo quinto, ha de ser liberal repartidor, dando á los súbditos, á su tiempo, el trigo por medida. No sé á quién no admira oficio tan dificultoso, que tantas condiciones ha de tener. Y áun no sé tampoco quién es el hombre tan temerario, tan sin consideracion de esta imá-

(1) PHILIP., IV, 13.
(2) MATTH., XXIV, 45.

gen tan perfecta, la cual el Señor del mundo de su mano pintó, que de hoy más desee ser prelado. Parece en estas palabras que el Rey del cielo, Jesucristo, nuestro Dios, dió un retrato de sí mismo, y como excelente pintor se dibujó con su propia mano. Él fué fidelísimo en todo al Eterno Padre, que le envió, en tanto que á voces dijo á sus perseguidores, que le calumniaban, aquel excelente milagro cuando sanó al hombre sordo y mudo y le libró del demonio, que le atormentaba: *Yo no busco mi gloria, sinó honro mi Padre, que me envió* (1). Palabras de profundísima humildad y que confunden nuestra altivez y presuncion. No busco mi estima propia, sinó deseo que mi Padre Eterno sea conocido, honrado y alabado. Por esta honra del Padre quiso ser preso, azotado, coronado de espinas y crucificado entre dos ladrones. ¡Oh! ¡cuán olvidada tenía su propia honra quien tendía los brazos á tanta ignominia y deshonra como fué ser muerto en cruz y entre malhechores! Y no sólo enseñó gran fidelidad honrando en todo al Padre celestial, mas áun manifestóse gran siervo suyo, y tal, que dijo con el profeta David (2): *Yo soy siervo vuestro é hijo de vuestra sierva*, mi santa Madre y Vírgen María. Como siervo trabajó treinta y tres años en esta penosa vida, pobre y perseguido, desde que nació en Bethlehen hasta que murió para matar nuestra muerte. Mucho trabajó Jacob y mucho sirvió á Laban en el oficio de pastor (3), aumentándole su hacienda y ovejas, y al fin dióle á Lía en lugar de Raquel. Mas ¿qué tiene que ver el servicio del que era sombra y figura, con el que nuestro Jacob, el figurado, hizo al Padre? Si Jacob trabajó siete años por Lía, nuestro Redentor sirvió treinta y tres años por esta amada esposa su Iglesia. Y si despues añadió otros siete, al fin quedó con la vida, rico y honradamente casado.

(1) JOANN., VIII, 49 y 50.
(2) PSALM. CXV, 16.
(3) GENES., XXIX, 1 y sig.

En manera que le costó el casamiento hambre y sed y muchas vigilias, segun el mismo Jacob lo encareció, mas ni derramó gota de sangre ni le costó la vida. ¡ Oh, Rey del cielo! ¡qué servicio tan costoso el vuestro! Pues luégo á los ocho días en la santa circuncision padecisteis tan gran tormento y disteis vuestra preciosa sangre en rehenes de la mucha que daríades en vuestra pasion, hasta vuestras entrañas, estando en lo alto de la cruz, donde vuestro corazon divino fué abierto con una lanza, y luégo salió sangre y agua, preciosísimos licores para nuestra salud. ¿ Qué diremos de su excelente prudencia, con la cual á los doce años se quedó en Jerusalen, sin entenderlo su sagrada Madre ni el santo José, y fué hallado despues de tres días sentado entre los doctores de la ley en el templo, los cuales estaban admirados, segun dice San Lúcas (1), considerando su prudencia y las delicadas respuestas que daba acerca del cumplimiento de las profecías y de la venida del Mesías? Con este mismo saber se vino, siendo de treinta años, al Jordan, y mandó al gran Bautista que le bautizase; y luégo se fué al desierto, donde ayunó y peleó con el demonio y le derribó valerosamente. Finalmente, acabado aquel largo ayuno, eligió los doce Apóstoles y setenta y dos discípulos; predicó el reino de Dios, llamando á penitencia á los pecadores; hizo grandes y muchos milagros, y tales, que todos los que seguían su doctrina daban voces y decían: *El profeta famoso se ha levantado entre nosotros y ya Dios ha visitado á su pueblo* (2). No hay palabra ni obra que este Señor del mundo obró que no sea una divisa excelente de su admirable prudencia.

La cuarta condicion del buen prelado no le faltó á nuestro Salvador, porque no se tomó Él la dignidad, sinó el Padre le

(1) Luc., II, 46.
(2) Luc., VII, 16.

puso en ella. *Yo soy constituido y hecho rey, de la mano del Padre, sobre Sion, monte santo de Él, y predico su mandamiento*, dijo el profeta David (1) en nombre de este Señor, lo cual San Pablo pondera delicadamente y dice: *No se santificó Cristo á sí mismo para ser pontífice; llamado fué como Aaron* (2). Adelante se ha de declarar esta autoridad; quédese ahora así. Finalmente, cumplió con la última condicion, siendo gran limosnero, y dando á sus ovejas pasto á su tiempo y sazon. Pues el pan bendito de su doctrina y milagros, y áun la mesa que por dos veces puso en el desierto á tantos millares de gentes que le seguían, declaran y manifiestan cuán magnífico era en dar y con qué mano franca repartía sus misericordias á todos los que las querían recibir.

Hemos visto en el gran pastor Cristo las cinco condiciones que Él pide á cada un pastor de su Iglesia. El fué fiel siervo, prudente, enviado del Padre al mundo para rey nuestro, y repartidor franco de sus misericordias; y tal quiere que sea el que tiene cargo de ánimas: luego quien desea prelacía ó (lo que es peor) la procura por rodeos y tercerías, bien manifiesta su ignorancia y poco saber, pues mirando de léjos lo que ama, lo aborrecería, si como avisado mirase de cerca este negocio, que es ser prelado. Cuando Alejandro llamó á los más famosos pintores de su reino y les dijo: «Decidme: ¿sabréis hacer un cuerpo para una cabeza que pintó el gran pintor Apeles y murió sin acabar aquella imágen?» todos dijeron que sí y que darían muy buen recaudo á la obra que se les mandaba hacer. El rey mandó sacar la cabeza, y como los pintores la vieron, admiráronse, y como desmayados de ver cosa tan primorosa, luégo se desdijeron, manifestando que su habilidad no subía tan alto y que no se obligarían á hacer un cuerpo que viniese para

(1) Psalm. II, 6.
(2) Hebr., V, 5.

con aquella cabeza que Apeles había pintado. De esta manera les acaece á los que, tocados de la pestilencia de la ambicion, desean ser prelados: plegue á nuestro Dios no sea para su perdicion: miran de léjos el negocio de la dignidad que aman, ó por mejor decir, no le miran. Allá dijo Quintiliano, tratando de los afectos, que los que aman no valen para jueces cosa alguna, porque el amor quita la vista, y de esta manera la ambicion ciega el entendimiento, para que no vea la verdad. ¡Oh! ¡si mirasen los que agonizan por mandar, á qué se obligan, qué peligros hay y qué trabajos! Entendido tengo que huirían de lo que buscan y aborrecerían lo que tanto aman. Miren, miren con aviso como el pintor del mundo, Jesucristo, pinta aquí una cabeza de su Iglesia ; contemplen bien que se obligan á sacar un cuerpo conforme á la cabeza tan excelente, que es el mismo Cristo, como dice San Pablo. Consideren que han de ser fieles siervos de Dios, prudentes y de la mano del Señor proveidos, y sobre todo, gente de gran caridad, piadosos y limosneros, padres de huérfanos y de pobres (1). Sacó el Señor el retrato del buen Pastor cuando dijo (2): *Vosotros sois luz del mundo, sal de la tierra, lámpara puesta en lo alto del candelero*, que es la dignidad episcopal, *y ciudad sobre monte asentada*. Todo esto fué el Señor en su Iglesia, y quiere que, á su imitacion, los prelados tengan todos estos títulos y obras que corresponden á tales nombres. Los Santos, como miraban de cerca esta imágen tan acabada y perfecta, temían de las prelacías y áun huían de ellas. Por tanto, dice nuestro padre San Agustin *que avisadamente se retraía de las ciudades donde había sedes vacantes, recelándose no le eligiesen por obispo* (3). Y al fin lo hubo de ser, porque Dios así lo ordenó

(1) Ephes., I, 22.
(2) Matth , v, 13, 14 y 15.
(3) S. Aug., IX.

para gran mérito de su siervo y para gran utilidad de la santa Iglesia romana.

Quiero ahora, Padre reverendísimo, proseguir el intento comenzado, para que mejor se entienda cuán acabado y cuán perfecto varon ha de ser el que aceptare la prelacía, porque, como nota Santo Tomás, la religion es camino para llegar á la perfeccion (1), y con desear esto el religioso y procurarlo tiene cumplido con su vocacion; mas el que ha de ser obispo ha de ser varon perfecto y nada le ha de faltar; y es sentencia muy de notar esta, muy católica y no ménos espantosa, que yo no sé á quien no hace temblar. Y para que esta perfeccion y virtudes se hallen en el buen prelado, pone él á Cristo por cuestion, y como cosa que trae consigo no pequeña dificultad, dice así: *¿Quién pensáis que es el fiel siervo y prudente, al cual el Señor puso para que gobierne su casa?* En la Sagrada Escritura la pregunta trae consigo misterio y dificultad. Despues que el Eclesiástico dijo: *Bienaventurado el varon que no caminó tras el oro, ni puso su esperanza en los tesoros del dinero;* añadió luégo: *¿Quién es éste y le loaremos?* Quiere decir: que son tantos los que aman las riquezas y se desvelan en ganarlas, y tan pocos los que las menosprecian, siendo pobres de espíritu, que se podrían contar como á dedo los que las tienen en lo que ellas valen y merecen. A este tal varon apostólico que con San Pablo dijere: *Todo lo estimo como estiércol, porque gane á mi Redentor Jesucristo* (2), se le da título de gran honra y valor y se dice bienaventurado. ¿Quién es éste y le loaremos como gran varon y victorioso? Así diremos que nuestro Salvador, Sabiduría eterna, el cual mirando con ojos de Dios, no solamente lo pasado y presente, sinó todo lo que había de acaecer hasta que se acabe el mundo, conociendo que

(1) S. Tom., 2, quæst. 186, art. 8.
(2) Philip., III, 8.

no todos los prelados de su santa Iglesia habían de ser perfectos, teniendo todas las condiciones que para tan excelente oficio pone cuestion y dificultad negocio tan arduo, y como respondiéndose él, pinta al vivo las virtudes de un buen pastor. Sabía bien su divina Majestad que siempre hubo pastores mercenarios, y por nuestros pecados algunos ha de haber, los cuales aman la honra de la dignidad y el fruto que sacan de las ovejas, y tienen poca cuenta con la salud y remedio de las almas. Este tal dice el Señor *que ve venir el lobo y huye, desamparando las ovejas, porque no es más de jornalero* (1), que busca su provecho propio, su estima y su regalo. Mas el que es fiel, y no mercenario, guarda las ovejas que tanto Cristo ama, que dió su sangre y vida por ellas, apacéntalas y defiéndelas, aunque sea á costa de su honra y áun de su vida.

En dos cosas principalmente se manifiesta fiel un criado con su señor: la primera en que le sirva con diligencia, la segunda en que nada se le pegue á las manos de la hacienda de aquel á quien sirve. Luego en decir nuestro Salvador que el prelado sea fiel, declara que ha de ser solícito pastor y que no ha de ser interesado. De lo primero, que es diligencia en velar sobre las ovejas el prelado, dice San Pablo: *El que es prelado tenga solicitud* (2). ¡Oh! ¡válgame Dios, que mucho dijo el Apóstol no más que en dos palabras! El que tiene cargo no se descuide, vele con gran solicitud: que pues el lobo robador, Satanas, no duerme, y pues con tanto cuidado, segun dice San Pedro, cerca las almas, buscando á quien trague, no es razon que el prelado se duerma (3). *Mirad que ni dormirá ni dormitará el que es guarda de Israel* (4), dijo el profeta David, hablando del que es guarda principal de los hombres, nuestro

(1) JOAN, X, 12 y 13.
(2) ROM., XII, 8.
(3) I PETRI., V, 8.
(4) PSALM. CXX, 4.

Dios. Y á éste ha de imitar quien es ayudador y ministro de Dios en su Iglesia: ni ha de dormitar, ni dormirá. No ha de tener descuido pequeño ni grande, porque si el piloto se duerme en el tiempo de tempestad en gran peligro queda la nao y los que van en ella; y áun si el que es centinela ó velador en la guerra se durmiere, la victoria será de los enemigos. ¿Qué quiere decir obispo en el griego, sinó el que mira desde lo alto de la dignidad episcopal? Pues si éste no fuere fiel atalaya, no resta sinó que la nave se hunda y pierda en el mar bravo de las tentaciones y olas terribles de este mundo, y que los enemigos se entren por el real, haciendo estragos en las almas, no velando el que recibió oficio de velador. Esto quiso significar el Señor cuando reprendió á San Pedro en el Huerto y le dijo: *Simon: ¿y duermes?* (1). ¡Oh, Rey del cielo! ¡que todos tres dormían cuando Vos velábades, orando al Padre en aquel huerto con gran congoja y agonía! Pues todos se han dormido, á todos reprended y con todos lo habed, y no con uno. Andad, dice el Señor, que aunque el descuido sea uno en todos, la culpa es mayor en el prelado, por la obligacion que tiene al oficio que se le encargó (1). Y porque yo mandé las llaves de mi Iglesia á San Pedro, como á Vicario mío y cabeza de todos los apóstoles, y mandé pagar tributo por Mí y por él, declarándole por superior; por tanto, le reprendo á él, como al que tiene mayor culpa y mayor cuenta para conmigo. *Velad y orad para que no entréis en tentacion*, les dijo luégo, no para que no seáis tentados, que esto mucho os conviene y gran bien está ahí encerrado, sinó para que no os entréis en la red ó lazo que el tentador os tiene armado, para que de léjos veáis y conozcáis las astucias del tentador.

San Bernardo declarando aquella palabra de la Esposa:

---

(1) Marc., xiv, 37.
(2) Matth., xvi, 29.

Levantaréme y cercaré la ciudad, yendo por los barrios y por las plazas, buscando al que ama á mi ánima; busquéle y no le hallé; y encontráronme los veladores de la ciudad (1). Dice este santo doctor en un sermon grandes cosas á este propósito: y cierto aquel sermon 76, y el que luégo se sigue, habían todos los prelados de tener delante de sus ojos. Pone allí grandes avisos, y áun da ásperas reprensiones á los prelados que no solicitan y velan sobre la ciudad, que es la Iglesia. Y si esta epístola no fuera en romance, yo trajera aquí algunas sentencias espantosas que este glorioso santo escribe. Vuestra señoría lea aquellos dos sermones, que son cosa muy de ver. Baste aquí entender que los veladores de la ciudad hallaron al alma, que andaba á buscar á Cristo; porque el oficio principal del prelado este es: *Bienaventurado es el que hallare el Señor velando*, nos dice el mismo Señor (2). Y si á cada cristiano le va la vida en estar en vela, para cuando el Señor llamare á la cuenta que le hemos de dar en la muerte, ¿cuánto más al prelado le importa velar siempre en oracion, pues ha de dar dos cuentas espantosas? La una es de su conciencia, y la otra de cada una de las ánimas de las cuales se hizo cargo. Y aunque es verdad que si el Señor no guardare la ciudad por demas velan los que la guardan, como lo afirma el Profeta real (3), no por eso tiene excusa el prelado no siendo diligente en su oficio, á lo cual es obligado. Y no le vienen mal estos nombres á la Iglesia: ciudad, esposa y ovejas; porque es aquella ciudad nueva, que vió descender del cielo San Juan, vestida y ataviada como esposa (4). Por tanto ¡oh pastores! velad y guardad esta Jesusalen santa; y pues que es esposa, honradla y ataviadla de virtudes, enseñando con palabras y ejemplo de

(1) S. Bernardo. Ser. 76, Cant. 3.
(2) Luc., xii, 37.
(3) Psalm. cxxvi, 1.
(4) Apoc., 21, 2.

buena vida. Y pues se llama manada de ovejas, dadles pasto, y repartidles limosna, y sustentadlas de este patrimonio de Cristo. Esta es la doctrina de San Bernardo sobre los Cánticos. ¡Oh! ¡dichosos los prelados de quien dice Isaías: *Que sobre los muros de Jerusalen, puestos de la mano de Dios para guardas, no cesan de noche y de dia* de orar y alabar á Dios (1)! Estos mejor que Jacob, pastor de Laban, podrán decir al tiempo de la cuenta que el gran Pastor y Mayoral, Cristo, ha de pedir. *Huia el sueño de mis ojos y atormentábame el hielo y calor* (2). Aquel fiel pastor solicitaba las ovejas de su suegro con tanto trabajo y cuidado, no siendo más que brutos animales y de poco valor; ¿y no velará el prelado por la salud y remedio de las ánimas, que valen la sangre y vida del Hijo de Dios? A esta fidelidad conviene que sea solícito el prelado, no solamente en guardarlas y velar, acompañándolas y asistiendo á su oficio, mas áun conviene que vaya á buscarlas. Quiero decir, que por su persona las visite y examine cómo viven; no basta que por terceros haga esto, sinó que diga como Dios dijo: *Yo descenderé y veré si el clamor de los de Gomorra, que sube y suena en mis oidos, es verdadero ó no* (3). Yendo David á visitar á sus hermanos venció á Goliat, y se le prometió casamiento muy honrado con Micol, hija del rey Saul (4). ¡Oh! ¡qué gran servicio hace á Dios el prelado que personalmente visita á sus hermanos! ¡Qué de victorias gana contra Satanas, enemigo mortal de los cristianos! ¡Qué de amistades hace en los pueblos donde entra! ¡Qué de pecados remedia públicos y secretos! Cierto es cosa admirable considerar lo que la Santa Escritura, no sin gran misterio, dice: y es que San Pedro sanaba los enfermos con la sombra, lo cual de ningun otro Após-

(1) Isai., lxii, 6.
(2) Gen., xxxi, 40.
(3) Gen., xxxi.
(4) I Reg., xviii y sig.

tol leemos (1); para que por aquí entendamos que la sombra del pastor, su presencia y autoridad, sombra es que sana muchos enfermos, remedia muchos pobres y áun remedia muchos males. Su sombra es de tanta virtud, que asombra á los malos, castigándolos, y da refrigerio á los afligidos, que son buenos y virtuosos. ¡Oh santo Dios! ¡cómo habíamos de llorar y sentir la ausencia larga de los prelados que no andan con sus ovejas! ¡Oh! ¡cuántos pecados se cometen por falta de esta saludable sombra! Vemos esto á la clara en aquella ausencia que hizo Moises (2) no más de cuarenta días, apartándose del pueblo de Israel, cuando Dios le mandó que subiese al monte Sinaí, para darle la ley. Él dejó á su hermano Aaron, varon santo y buen provisor; mas como el pueblo ingrato ¡oh Dios! le apretó tanto que les diese dioses, para que fuesen su guía, temiendo la ira del pueblo, rindióse como flaco, habiendo de dar primero la vida que condescender á tan gran maldad como el pueblo pedía. Mas cuando Moises vino reprendió ásperamente á su hermano, é hizo tan gran castigo, que en un día mató casi veinte y tres mil hombres de los que habían idolatrado. De esta historia espantosa entenderán los prelados el gran daño que nace de no andar con sus ovejas. ¡Oh, temeroso negocio! Llamó el Rey del cielo á Moises, que fuese como á Córtes, para ordenar las pragmáticas y ley por donde había de vivir el pueblo, y en aquellos breves días se apartó el pueblo de Dios. ¿Qué espera el prelado que, no llamado de Dios, sinó de su interes, deja su obispado, no cuarenta días, sinó un año y muchos años? De manera que, si bien lo miramos, la gran traicion que el pueblo hizo en la ausencia de Moises se remedió con la venida de este santo varon, porque con celo de la honra de Dios les quitó aquel be-

(1) Actor., v, 15.
(2) Exod., xxxii, 1 y sigs.

cerro infernal y le hizo polvo, y matando muchos de los delincuentes, los demas se volvieron á Dios, haciendo penitencia. Por lo cual se entiende bien claro todo lo que hemos dicho ser grandes los daños que de la falta del pastor nacen en el pueblo, y grandes los provechos y bienes que encamina su presencia. Miren los prelados bien lo que en este santo Concilio Tridentino se les manda acerca de la residencia que deben tener en sus prelacías, que si no fuere por causa muy justa, para gran bien de su Iglesia ó por grave enfermedad, no se ausente de sus ovejas más de cuatro meses. Y es muy de notar una palabra que allí se escribe, encomendando mucho este negocio tan grande, pues saben que no residiendo están en pecado mortal. No sé yo qué más se pudo encarecer este negocio que decir palabra tan espantosa. Llora con gran razon este daño el gran profeta Zacarías, y dice así (1): *¡Oh, pastor! ¡oh, ídolo que dejas tu ganado!* En llamándole pastor le llamó ídolo, que quiere decir estatua; y da razon porque le baja tanto; y es porque desampara su ganado y no le solicita. Decidme: ¿de qué le sirven los ojos, pues no ve sus ovejas? ¿De qué le aprovechan los oidos no oyendo el balido de su ganado y agravios que padece? ¿Cómo diremos que tiene piés el que no anda visitando las ánimas que tiene á su cargo? ¿Qué le aprovecha tener manos, si no da limosna á los pobres y huérfanos? ¿La lengua, de qué le aprovecha, pues ni predica, ni confiesa, ni da doctrina á los que son súbditos? ¡Oh, pastor, y juntamente ídolo, que así huyes de tu ganado!

Pues áun hay mayor daño que el que Zacarías ha dicho, porque el mal prelado más dañoso es en la Iglesia que si fuese ídolo; y el ídolo no come ni viste; mas el prelado, que tiene mesa como de rey, hace banquetes, convidando los ricos, lo cual prohibe nuestro Salvador en el Evangelio (2): el que

(1) Zach., xi, 17.
(2) Luc., xiv, 12.

viste las paredes y olvida los pobres desnudos, costoso ídolo es y gran juicio tendrá delante del Juez universal, Jesucristo. *¡Ay de los pastores que se apacientan á sí mismos! ¿Por ventura las ovejas no son apacentadas de los pastores* (1)? Queja es y amenaza que Dios hace por Ezequiel, harto espantosa para los que son prelados y no tienen cuidado sinó de sus regalos. Mas el buen obispo, que tiene solicitud y celo, acompaña sus ovejas, va delante de ellas con vida santa y ejemplo virtuoso, enseñándoles el camino del cielo, y sabe el nombre de cada una de ellas, como el Señor lo afirma por San Juan. Este tal es fiel pastor, que hace su oficio conforme á la voluntad del Señor del ganado, Cristo Nuestro Señor.

Lo segundo en que ha de ser fiel cada un prelado es que en todo dé la honra á Jesucristo, no usurpando para sí la gloria que solamente se debe dar al que es bondad infinita, nuestro Dios. Aquí es menester gran aviso y áun gran virtud y favor de Dios, para que en todo y por todo glorifique á Dios, no alegrándose cuando es honrado de los hombres. De aquí es que San Dionisio (2) dice ser estado perfecto el de los obispos y el de los sacerdotes, porque como varones acabados han de estar tan llenos de la caridad y amor de Dios, que no quepa en su alma el polvo de la gloria vana del mundo. A los prelados, como á perfectos, se dijo á la letra: *De tal manera resplandezcan delante de los hombres vuestras buenas obras, que den gloria á vuestro Padre celestial* (3). Quiere el Señor decir que el flaco de tal manera dé limosna, que la mano siniestra no sepa lo que hace la mano derecha. Escóndase, pues entiende su flaqueza, y huya de la vanagloria, que es una leona brava que destruye muchas almas. Mas el pastor, como ya per-

(1) Ezeq., xxxiv, 2.
(2) S. Dionis., *de Eccl. jerar.*, c. 5.
(3) Matth., v, 16.

fecto y gran gigante, obre de tal arte que sea ejemplo para todos, teniendo celo de la honra de Dios en las oraciones, ayunos y obras pías que hiciere, olvidando su propia estima. Verdad es que esta vanagloria no es siempre pecado mortal (1), salvo cuando contradice á la caridad y el hombre pospone la gloria de Dios por la suya propia. Y así dijo nuestro Salvador á los fariseos y doctores de la ley: *¿Cómo podéis creer, pues queréis ser honrados unos de otros y no queréis la gloria que sólo Dios da* (2)? Y de los mismos soberbios otra vez dijo: *Amaron más la gloria de los hombres que la de Dios* (3). Por tanto, será cosa muy segura decir siempre con el rey David: *No á nosotros, Señor, sinó á vuestro nombre dad la gloria* (4). A Vos se dé en todo alabanza; á Vos glorifiquen los que fueren testigos de nuestras buenas obras; á Vos, como á Bondad infinita, den gracias todos los hombres y no á nosotros, porque cuando hiciéremos todo lo que somos obligados á hacer, Vuestra Majestad nos manda que digamos: *Siervos somos sin provecho* (5). Gran filosofía era aquella, y cierto admira que tan alto haya subido la ley natural en los romanos. Acostumbraban el día que daban triunfo á alguno á poner un esclavo en el carro triunfal, y hería con la mano al triunfador, diciéndole: Conócete que eres mortal. Esta sentencia decían los griegos que había venido del cielo. ¡ Oh, palabra breve y de gran virtud ! ¡ Oh, sentencia digna de estar impresa en los corazones de los reyes y emperadores de la tierra, y engastada en la memoria de cada un cristiano, mayormente de quien tiene prelacía ! Porque á los que tienen mando más guerrea este vicio tan perverso. Hombre mortal, terron de tierra, conócete

(1) S. Thom., 2. 2, q. 113, art. 3.
(2) Joan., v, 44.
(3) Joan., xii, 43.
(4) Psalm. cxiii, 9.
(5) Luc., xvii, 10.

quién eres: *¿por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza?* dice el Eclesiástico (1). ¡Oh, tierra! ¡Bájate, polvo inconstante! ¡mira no te arrebate el aire de la gloria vana! Esta consideracion tenían todos los santos siempre delante de los ojos, humillándose en su propia consideracion; y hablando consigo decían: Conócete á tí mismo. De aquí es que en ley de naturaleza el santo Job dijese: *Semejante soy al pávilo quemado y á la ceniza* (2). Y el patriarca Abrahan, queriendo hablar con Dios, decía: *Hablaré con mi Señor, aunque soy polvo y ceniza* (3). Y el rey santo, David, da voces: *Yo gusano soy y no hombre, oprobio del pueblo y abatimiento de los hombres* (4). Grande era la humildad de estos amigos de Dios y grande el conocimiento que tenían de sí mismos, y por tanto, no cabía en ellos aire de vanagloria. ¿Qué diré de aquel vaso de eleccion robado al tercero cielo San Pablo? Él se llama el menor de los Apóstoles (5), y áun nómbrase hijo abortivo y el mayor y principal de los pecadores, con el cual nuestro Redentor manifestó toda su paciencia, esperándole, llamándole y convirtiéndole milagrosamente. Lo primero que San Bernardo aconseja al Papa Eugenio es que se considere á sí mismo (6), porque nada vale saber el hombre todas las cosas si no se conoce á sí mismo. Y San Basilio (7), tratando aquellas palabras que Dios dijo á Moises: mira y considérate á tí mismo, en toda una excelente homilia enseña cómo el prelado se ha de mirar y conocerse. Mira, dice este santo doctor, que dijo Dios: Yo enviaré cazadores y los cazarán sobre todos los montes. Ten

(1) Eccl., x, 9.
(2) Job, xxx, 19.
(3) Gen., xviii, 27.
(4) Psalm. xxi, 7.
(5) II ad Cor., xii, 2.
(6) Lib. 1 *de consi.*
(7) S. Basil., 3.

aviso, prelado, que no huya la caza; no se espanten las ánimas de tí; pastor eres, mírate y conócete, que tu oficio es buscar la oveja que anda perdida y apartada de Dios, y á la que está enferma, cúrala. Y cuánto mal venga á cada uno de no humillarse y conocerse, declaró el Esposo en los Cánticos: *Si no te conoces ¡oh la más graciosa de las mujeres! sal y vete tras las pisadas de tus ganados* (1). El mayor y más terrible castigo que uno puede dar á su esposa es echarla de su casa. Y por tanto, Cristo amenaza al ánima presuntuosa que busca la honra y alabanzas de los hombres, y no la honra de Dios en sus obras, y dícela que se vaya de su casa real. ¡Afrenta grande y espantoso tormento! De aquí nace otro engaño, y es que habiendo de seguir pisadas y ejemplos de los santos, dará en oficio bajo y grosero, que es ser pastora, siguiendo sus sentidos é inclinaciones malas, nacidas del pecado original, lo cual es ser esclava el alma de este tirano cruel, que es el cuerpo. Todo este mal remedia el conocimiento propio y lo poco que vale el hombre, y lo mucho que ha recibido de Dios, y sin haberlo merecido. Pregunta el Apóstol San Pablo á cada un presuntuoso y dice: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿por qué te glorías* (2)? Quiere decir: entra en cuenta, hombre, contigo mismo y hallarás que todos los bienes de naturaleza y de gracia, y los temporales, todos son joyas de aquel sumo Bien y Criador nuestro, Jesucristo. De tu cosecha tienes el pecar, el caer como flaco, y de esto te habías de afrentar. ¿De la ropa ajena con que andas vestido por qué te jactas, pues todo es cuenta que has de dar al Padre magnífico que te enriqueció con sus dones, para que le amases y alabases en todo? A los mismos conrintios dice: *El que se gloria, gloríese en el Señor* (3). Gran virtud tiene la palabra ya dicha, y espa-

(1) Cant., I, 8.
(2) I Cor., IV, 7,
(3) I Cor., I, 31.

da es con que se derriba el soberbio tentador Satanas, cuando nos tienta de soberbia; y luégo habíamos de decir: ¡Miserable de mí! ¿qué tengo que no sea recibido de mi Dios? Y si es recibido, ¿de qué me tengo que gloriar? Antes debo temer la cuenta estrecha que tengo de dar del bautismo santo que recibí y del sér natural que se me ha dado tan noble, y de los bienes temporales, y áun de los años, días y horas que mi Dios me concedió de vida. Mas en esta segunda sentencia nos da licencia el Apóstol que nos gloriemos, con tanto que sea en el Señor; que nos alegremos de tener tal Dios, tan poderoso, tan liberal, tan amoroso de los hombres, que se hizo hombre por ellos y dió su sangre y vida por redimirlos; tan piadoso en perdonar al que le llama de corazon y tan paciente en esperar al que le ofende para que haga penitencia. ¡Oh! ¡dichoso el que se gloría en tal Señor, alabándole y glorificándole en todas las cosas sin cesar! En la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad, en la alta dignidad y en la abyeccion y menosprecio. Que bien dijo el profeta David: *Las hijas de Sion alégranse en su Rey* (1). Las doncellas de Sion son las almas que con pureza de fe, de amor y de esperanza sirven á esta santa Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. Y porque Sion quiere decir atalaya, está bien dicho que esta santa Iglesia romana solamente en la tierra es atalaya de donde contemplamos las cosas eternas, menospreciando las temporales. Consideremos la justicia divina, que atormenta á los condenados en el infierno; y áun las almas que no pagaron acá sus deudas enteramente aflige Dios en el purgatorio, hasta que de allí vuelen al cielo. Estas hijas de Sion no se han de gozar en las cosas terrenas; no han de tomar vano contentamiento en las alabanzas de los hombres, como los hipócritas engañadores de sí mismos; mas conviene que se alegren en su rey, que se

(1) PSALM. CXLIX, 2.

gocen y tomen gran contentamiento en Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los señores. Tal era la alegría y gloria que la Vírgen, singular Madre de Dios, recibió cuando, siendo loada Santa Isabel, respondió: *Mi ánima engrandece al Señor, y gozóse mi espíritu en mi Dios Salvador* (1). Con estas humildísimas palabras hacen los siervos de Dios retraer al soberbio demonio cuando los tienta de vanagloria, y destierran léjos todo pensamiento altivo y alabanza humana: Mi ánima engrandece y alaba al Señor, y mi espíritu se goza y gloría en Dios, Criador y Salvador mío, Cristo Jesus.

Una de las cosas que un siervo de Dios más teme es la vanagloria, y por eso más se alegra con el estado bajo que con el alto y honroso. Sabe muy bien el ánima que ama á Dios que como el pez vive en el agua escondido, así el corazon humilde tiene paz y gran seguridad en el encerramiento y donde nadie ó cuasi nadie le mira. ¡Oh! ¡qué avisadamente decía San Bernardo: humildad honrada pocas veces se halla! Espantosa cosa es considerar á Adan en aquel estado tan alto y en aquel imperio, cuando era señor del mundo y todo le servía y obedecía, cuán presto cayó y lo perdió todo, estimando en poco el mandamiento de Dios, y tan fácil de guardar, pues tenía por suyo todo el paraíso, plantado de tantos árboles y tan excelentes, y no le fué prohibido sinó sólo uno. Da la razon el rey David, y es: *porque se vió en gran honra, se cegó y quedó comparado á los brutos* (2). ¡Válgame Dios! Si en aquel estado de inocencia la honra grande fué como vino recio, que desvanece la cabeza del que lo bebe, en este estado de culpa, en la cual todos nacemos, ¿quién no temerá la dignidad y honra que le dan los hombres? Con gran razon decía el real Profeta: *Temeré el dia alto* (3). No dice que temerá la persecucion de

(1) Luc., I, 47.
(2) Psalm. xlviii, 21.
(3) Psalm. lv, 4.

Saul, que aquel día bajo era, y de trabajo; no la guerra que le hizo Absalon, su hijo, sinó el día de la dignidad real, el día próspero y honroso le ponía temor y le hacía temblar, porque de aquella altura se despeñó él pecando contra Dios. Cosa es de notar que más fuerte fué Job en el muladar, llagado de piés á cabeza, injuriado de sus amigos, perseguido de su mujer, que Adan en el paraíso con tanta honra y prosperidad. Parece esto claro, pues Adan salió del paraíso llorando y vencido del demonio, y el santo Job quedó victorioso y cantó alabanzas al Señor, diciendo: *Si los bienes recibimos de la mano del Señor, ¿por qué los trabajos no los sufriremos dándole alabanzas* (1)? De donde entendemos cuánto bien y cuán seguro camino es el trabajo y abatimiento para ganar el cielo, y cuán peligroso es el estado de honra, pues allí nuestros padres primeros se perdieron. Huye como de ponzoña la lisonja y los lisonjeros, dice San Bernardo, escribiendo á Eugenio Papa (2), porque sabéte que todo hombre primero pone el buen vino en la mesa y despues que están los convidados embriagados, con la lisonja que es vino dulce, ó por mejor decir, tósigo suave, luégo da el vinagre acedo. Esto es lo que Dios dijo á su pueblo: *Avísote, pueblo mío, que los que te llaman bienaventurado, esos te engañan* (3). Con tales avisos exhortado el prelado amigo de Dios, cierra los oidos á las sirenas encantadoras, pesándole de oir alabanzas y lisonjas, y como fiel siervo del Señor, cuanto más es honrado y alabado mayor martirio siente. Y llaméle mártir, porque la Escritura dice: *Como el oro es probado en el fuego, así es atormentado el varon en la boca del que le alaba* (4). Bien le llamó varon fuerte y animoso, no niño flaco, no muñeco, que se ceba de las

(1) Job, II, 10.
(2) Lib. IV, *de Consi.*
(3) Isaias, III, 12.
(4) Prov., XXVII, 21.

alabanzas traidoras de los hombres. Varon ha de ser, gigante fuerte, el que, ni se afrenta en las injurias, ni tampoco se gloría en la prelacía siendo honrado. Y porque esto es de varon animoso y heroico, con mucha razon pregunta nuestro Salvador y dice: *¿ Quién piensas que es el fiel siervo y prudente, al cual puso el Señor para regir su casa?* (1).

Entendido ya como esta fidelidad está en dos cosas, que sea solícito el prelado en la gobernacion de sus ovejas, y en visitarlas frecuentemente y en no apartarse de ellas, echando la carga propia en hombros ajenos; y tambien que sea leal á Jesucristo, no usurpando la gloria para sí, sinó dándola á cuya es, y gloriándose en su Rey y Señor, que es Dios. Y será bien pasar adelante y tratar la segunda condicion que ha de tener el buen prelado.

Ha de ser siervo de Dios demas de ser leal y fiel provisor del Señor. El más alto título en la casa real de Jesucristo, salud y gloria nuestra es, porque San Gregorio dice que servir á Dios es reinar. Mucho abraza este nombre: siervo de Dios; el que sirve á Dios tiene gran señorío y posee admirable imperio, es señor de sus pasiones, gobierna con gran libertad sus sentidos, ejercita virtuosamente las potencias de su ánima, tiene todas las criaturas debajo de los piés y al Criador solo sobre su cabeza, al cual ama sobre todas las cosas. Preciábase y honrábase de este gran título el profeta David, y con ser tan valeroso y victorioso rey, estimaba en más ser siervo de Dios (2). ¡Oh, Señor! ¡que yo soy vuestro siervo é hijo de vuestra sierva! Como si dijera: en nada tengo la corona real, y en nada estimo que todos me llamen rey, porque en fin sueño es y breve todo lo que en esta vida pasa; lo que alegra mi alma, y lo que llena mi deseo solamente es amaros y serviros, cumpliendo vuestros santos mandamientos; por tanto, esta será mi dignidad, mi

(1) Matth., xxiv, 45.
(2) Psalm. cxv, 16.

honra y mi gloria : preciarme de siempre serviros y nombrarme vuestro siervo. San Pablo, escribiendo á los romanos (1), ni se llama doctor, ni vaso de eleccion; no apóstol, no profeta, sinó llámase siervo de nuestro Salvador y Maestro, Jesucristo. No había cosa más aborrecida entre los romanos que la sujecion y condicion baja de los siervos; todo su intento, sus guerras y trabajos iban encaminados á un fin, y era ser señores y mandar todo el mundo. Y para derribar su presuncion y darles á entender la alta dignidad del soberano Rey de los reyes, Cristo, gloríase de llamarse siervo de tan altísimo Señor. La Reina del cielo y Señora del mundo, de este glorioso renombre y título se glorió, cuando dijo el sí para la más alta dignidad que ninguna criatura tiene en el cielo ni en la tierra. *Aquí está la sierva del Señor; cúmplase en mí lo que vos, ángel Gabriel, de parte de Su Majestad habéis prometido* (2). ¡Oh palabras humildísimas, oracion de gran virtud! La cual acabada, el Hijo de Dios en un instante fué hecho hombre para remedio y redencion de los hombres : ¡dichosa el ánima que en todo tiempo y negocio da esta respuesta á Dios: Señor mío, Vos me criasteis á vuestra imágen y similitud; Vos me comprasteis, no con oro, ni plata, sinó con vuestra sangre preciosa y con darme vuestra vida en la cruz! Sierva vuestra soy ; todo lo que soy os debo, Rey mío ; hágase en mí vuestra santa voluntad. Si queréis que tenga salud ó enfermedad, si pobreza ó riqueza, si mandáis que sea honrado ó abatido, cúmplase en mí vuestra dulce, santa y perfecta voluntad. En breves palabras el santo rey David resumió, como gran siervo de Dios, esta excelente oracion, que nuestra alma mil veces al día mental y vocalmente había de hacer : Señor, enseñadme á hacer vuestra voluntad, porque Vos sois mi Dios. Todo sois Vos mío, y yo todo vuestro ; no tengo yo á donde

(1) Rom., I, 1.
(2) Luc., I, 38.

ir, sinó á Vos, Criador y Padre mío; declaradme qué queréis que haga, que desde luégo renuncio mi voluntad; y el título por donde pido tan gran favor no es porque yo lo merezca, sinó porque soy vuestra criatura y Vos mi Criador y Señor, y porque la justicia pide que el siervo viva, no á su voluntad, sinó conforme á lo que quiere y manda el Señor. A Vos vengo huyendo como á verdadero Padre; enseñadme, Rey mío, á hacer vuestra voluntad y negar la mía.

El buen siervo muchas condiciones ha de tener, y una de las principales es esta: que no tenga voluntad, porque si el siervo hace lo que quiere ya no se dirá siervo, sinó señor. Con verdad nos confunde mucho á los que tenemos nombre de siervos de Jesucristo ver la gran sujecion que un esclavo comprado por cincuenta ducados, y por ménos, tiene al que le compra. Mándale trabajar de noche y de día, dale de comer tasadamente, azótale cuando quiere, échale hierros á los piés y á la garganta, y áun hiérele en el rostro. Todo esto hace con libertad, que nadie le va á la mano, ni es parte, porque dió unos pocos de dineros por él. ¡Oh, cristiano! ¡Oh, siervo del rey celestial, Cristo! Por reverencia de tan soberano emperador te ruego que mires cúyo siervo eres y qué le costaste cuando te compró, para que ya no tengas querer, ni contradigas á la divina voluntad de tal Señor, tan poderoso, tan sabio, tan bueno y tan magnífico para sus siervos. Oye á San Pablo, y verás lo mucho que debes á tu Señor y Redentor (1): No sois vuestros, hermanos corintios, porque comprados sois con gran precio; *glorificad y traed al Señor en vuestro cuerpo*. Admirable doctrina es esta y gran espíritu y sentimiento demanda: tratemos algo de ella, porque es una suma de nuestra cristiandad y perfeccion. No eres tuyo, hermano mío cristiano; ajeno eres, y dueño tienes; y porque no eres

(1) I Cor., vi, 20.

tuyo no puedes pensar lo que tú quisieres, sinó lo que quiere aquel gran Señor de todo el mundo, Cristo Jesus. Y de aquí es que Él mismo te avisa por San Mateo, y áun te reprende como á los que le perseguían, y dice: *¿Por qué pensáis maldades en vuestro corazon* (1)? Los ojos de Dios principalmente miran al corazon, y así dice Él por David: *Yo escudriño los corazones y las renes* (2). Quiere decir que tiene gran cuenta para juzgar las intenciones y deseos de los hombres; y que dará premio á los que tienen santos pensamientos, y tormentos á los que consienten maldad dentro de su ánima. Acá los señores conténtanse con el siervo ó esclavo que haga lo que se le manda; pero sólo aquel absoluto Señor nuestro Dios tiene jurisdiccion sobre los deseos del alma. Estemos, pues, entendidos de que no somos nuestros áun para el pensamiento, y por tanto le quiere Dios para sí. Tampoco somos nuestros para hablar. Aviso es que el Señor nos da, para que la lengua, leona brava, se encierre y se ate. *De toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el dia del juicio.* Llama aquí palabra ociosa la que se habla sin provecho del que la dice ó del que la oye. En manera que aquella palabra es perdida, que ni á mí ni al prójimo trae provecho. ¡Oh, ley santa! ¡Oh, ley perfecta y delicada, que no solamente tiene cuenta con las obras, mas áun con los pensamientos y palabras! Note aquí el cristiano y mire con vigilancia qué riguroso juicio se hará de las palabras dañosas, de las maldiciones y murmuraciones, de los juramentos y blasfemias, cuando el juez piadoso nos da aviso que nos guardemos de hablar palabras ociosas y sin provecho. Para en descargo de estas palabras ociosas recibe el Señor las oraciones y los sermones que se oyen con deseo de aprovechar, los buenos consejos que damos, y finalmente, la confesion vocal y sacramen-

(1) Matth., ix, 4.
(2) Psalm. vii, 10.

tal que hacemos. En manera que no somos nuestros para pensar, hablar, ni obrar lo que nuestra voluntad mala quiere, sinó lo que manda en su ley el que nos crió y compró para su servicio, Cristo Nuestro Señor.

Ahora veamos lo que costamos al Señor, que nos rescató; dice el Apóstol que dió gran precio. Y así es verdad, porque cuando un rey compra una heredad, ó compra un caballo, no mira tanto á lo que vale cuanto al amor que le tiene y al contentamiento que le da aquella compra. ¡Oh, mi Dios! ¡cuánto os alargasteis en comprarme! ¡Oh! ¡cuánto amor manifestasteis en la redencion del mundo, pues por poseer esta heredad, que es el hombre, abristeis vuestros tesoros y empleasteis en nuestra redencion vuestro caudal! Disteis toda vuestra sangre y vuestra honra muriendo en la cruz, y para dejarnos heredados en la vida y gloria del cielo pusisteis vuestra vida, siendo verdadero hijo de Dios. ¡Oh, Rey del cielo! ¡cuánto os debe nuestra alma! Pudiérades sin tanta costa salvar á los hombres con solamente nacer en Bethlehen, ó con una gota de sangre de muchas que nos disteis en vuestra santa circuncision. Bastara para el remedio del mundo el mérito de un ángel ó de un santo, aceptándole Vos para este efecto. ¡Oh, inefable caridad! Alábente todas las criaturas, que así me amaste, criatura vil y fea por la culpa, que no quisiste que siendo tú nuestro Criador fuese otro nuestro Redentor. ¡Oh, celoso amador, que porque yo te ame de todo corazon me diste todo tu amor y me compraste por tan caro precio! Allá cantan en el cielo siempre los bienaventurados, segun lo oyó San Juan en su Apocalípsis, representando y agradeciendo tan inefable merced, y dicen: Redimístenos, Señor, en tu sangre, y librástenos de toda lengua, y de todo pueblo, y de toda nacion, é hicístenos reino para nuestro Dios (1). Este mismo cantar frecuen-

(1) Apoc., v, 9.

ten nuestras almas, alabando y glorificando á tan liberal Señor, el cual nos redimió dándonos su vida y su bendita sangre, y de cautivos que ántes éramos nos hizo señores y reyes, y reino del eterno Padre. ¡Oh, hermanos! ya concluye el Apóstol: *gratifica á Dios y tráelo en tu cuerpo* (1). Aquí da dibujo San Pablo de un perfecto siervo del Señor: el gratificarle es obra del ánima que cree, ama y espera en el Criador y Redentor, que tan lealmente le amó; el traer á Dios en el cuerpo es que nuestros sentidos y carne anden en todo mortificados, desnudándonos del hombre viejo, heredado de Adan, y vistiendo el hombre nuevo, que es el espíritu de las virtudes y obras santas que nos manda la ley que profesamos. Que finalmente, como el mismo Apóstol en otra parte dijo: *Traigamos de piés á cabeza vestida la mortificacion de Jesucristo, para que resplandezca en nosotros su vida* (2). ¡Oh! ¡bendito el cristiano que es litera de Jesucristo, en quien mora Él por fe y caridad! Con cuyos ojos mira el Señor al pobre, con cuya lengua habla Cristo (como el Apóstol afirma de sí mismo), y en cuyos piés va el Rey soberano á las cárceles, hospitales y á los templos. Y finalmente, bienaventurado el siervo de Dios cuyas manos son manos de Cristo, repartiendo limosnas y obrando obras pías. Y desventurado el cristiano que es litera del Antecristo, cuyos ojos, piés y manos manda Satanas, obrando pecados y escándalos para su condenacion. Sed agradecidos, cristianos; servid al que treinta y tres años os sirvió, siendo Señor de todo lo criado; traedle como á gran Señor en vuestro corazon y sobre vuestros hombros, sirviéndole todo el hombre interior y exterior, ánima y cuerpo. Y pues, como dice San Agustin (3), el Hijo de Dios tomó la manera más conveniente para nuestro remedio, y no la que bastara perdo-

(1) I Cor., VI, 20.
(2) II Cor., IV, 10.
(3) S. Aug., lib. XIII de Tri.

nándonos sin padecer tan grandes dolores, trabajos y muerte, reconozcamos tan gran beneficio, sirviéndole con nuestra voluntad y con todo lo que podemos y somos. Gran razon tuvo San Dionisio en decir que es más excelente la naturaleza humana que la angélica, pues no redimió el Hijo de Dios á los ángeles, sinó á los hombres. Y es aquí de notar que, presupuesta la presciencia divina y que Dios ordenó que si pecase el hombre primero sería el mundo redimido á costa de la vida y sangre de su Hijo, necesario fué que con tal precio fuésemos comprados, y no bastaba otra manera de redencion sinó esta. Y esto quiso decir el Señor, cuando despues que resucitó dijo: *Convenia que Cristo padeciese y que así entrase en su gloria* (1). Y otra vez declaró este secreto, diciendo: El Hijo de la Vírgen va á padecer, conforme á lo que está determinado de Él (2). A la letra alegó aquí aquella presciencia divina, segun la cual ordenó, por grandes respetos, que el mundo fuese redimido á tan gran costa y no de otra manera (3).

La segunda condicion que ha de tener el siervo de Dios, si ya ha negado su voluntad y resignádola en las manos de Dios, es que sirva con alegría al Señor. Esta alegría nace de amor ferventísimo con que aman á Dios sus amigos: y así dijo el Apóstol *que el fruto del espíritu es paz y gozo* (4). No hay gente sosegada en esta vida que goce de paz verdadera y de alegría, sinó los siervos de Dios; los demas en batalla continua viven, y sus malos deseos son tiranos que les atormentan el corazon. *Serviréis á dioses ajenos, que no os darán descanso de noche ni de día*, dice Dios (5). ¡ Oh, loco ! ¡ oh, desatinado el cristiano que sufre tal infierno y por dar contento á sus sen-

(1) Luc., ult., 26.
(2) Luc., IX, 22.
(3) S. Thom., 3. p., q. 46, art. 2.
(4) Ad Gal., V, 22.
(5) Jerem., XVI, 13.

tidos pasa por tales tormentos un año y muchos años! Mas nuestro Dios, Señor omnipotente, da gran sosiego al que le sirve, anda alegre y contento, y nada le falta, porque dentro de su ánima posee al Criador del mundo y riqueza de los ángeles. A esta alegría persuade el profeta David á los siervos de Dios, y dice así: *Servid al Señor con alegría.* No pesadamente ni con tristeza hagáis servicio á tan gran Señor, que nada ha menester, ni tiene necesidad de vuestros servicios. Acá los señores de la tierra sufren mucho á sus criados, mayormente si son criados viejos, porque los han menester, y no pueden vivir sin su servicio; de manera que la necesidad muchas veces los hace pacientes; mas nuestro soberano Rey no nos sufre por necesidad, sinó por su inmensa caridad. Esta le hace que sea longánime, paciente y muy misericordioso con nosotros. Quiere nuestro servicio por nuestro propio provecho y mira mucho al rostro á sus siervos, considerando con qué alegría oran, con qué contento ayunan, dan limosna y hacen cualquiera buena obra. San Pablo dice: *Hermanos, no por vía de necesidad, ni tampoco con tristeza hagáis las obras pias que hacéis, porque el Señor ama al que da con alegría* (1). Verdad es que cada un cristiano, y más el que es prelado, tiene muchas desgracias y pesadumbres en esta vida por donde tenga tristeza; mas el grande amor de Dios con todo puede; y en fin, de esta fuente tan caudalosa nace la alegría, áun en los grandes trabajos. Y aunque por una parte el siervo de Dios reciba tristeza, por causa de estar ausente de su Señor en esta peregrinacion donde vive, por otra parte tiene tanta alegría de ver que al Amado siempre le va prósperamente, y que Dios es su gloria misma, su alegría y su riqueza infinita, que apénas todo lo demas le da fatiga ni angustia. Y esto quiso decir el Apóstol á los filipenses: *Gozaos en el Señor siempre, y otra vez*

(1) II Cor., ix, 7.

os digo que os gocéis (1). Y en otra parte dijo: *Siempre os gozad, orad sin intervalo, y en todas las cosas haced gracias á Dios.* Quiere decir: sea vuestra alegría continua en el servicio de Dios, porque al que amáis de todo corazon, que es Jesucristo, siempre le va prósperamente (2). Segun que es Dios, es alegría suma de sí mismo, y da gozo de gloria á los ángeles y á los santos en el cielo; y segun que es hombre, ya resucitó glorioso y reina á la diestra del Padre; y pues así es, gozaos en el Señor siempre en las prosperidades y en las adversidades.

Cuán santo y cuán siervo de Dios ha de ser el obispo, amonéstalo San Pablo cuando dice: *Conviene que el obispo sea tan perfecto, que no haya cosa que reprender en él; templado en su comer y beber, adornado de virtudes, prudente, honesto, piadoso para los peregrinos y huéspedes, doctor y sabio* (3). Gran dibujo, y muy al vivo, saca aquí el Apóstol de la perfeccion de un prelado, y en tal retrato habían de poner los ojos todos los prelados de la Iglesia. A un obispo su discípulo, llamado Timoteo, escribió esta instruccion de prelados; y otra vez cuasi por las mismas palabras tornó á escribir á Tito, obispo y discípulo suyo. Decir que no haya que reprender en el obispo es declarar que ha de ser muy acabado y perfecto. Por tanto, la santa Iglesia ordenó que del estado de religioso pueda ser promovido para obispo, porque es subir á estado más perfecto, y si no fuera esto así, no se hiciera tal estatuto, porque descender de estado más perfecto á ménos perfecto no es lícito. De aquí es que San Gregorio dijo que el prelado ha de ser más perfecto en sus obras que los súbditos, y en la contemplacion más acabado. Y el mismo doctor afirma que ha de hacer tanta ventaja el obispo á los súbditos, cuanto hace el pastor á

(1) PHILIP., IV, 4.
(2) I THESS., V, 17.
(3) I TIM., XXX, 1 y sig.

las ovejas que guarda en el campo. Por aquí entenderán los prelados cuán perfectos y sin falta de alguna virtud han de ser, y cuán angélica vida ha de ser la suya.

Esta gran perfeccion declara ahora San Pablo, y dice que el prelado use de pobre mesa. Grandes cosas dijeron los santos doctores acerca de esta materia, y con gran razon trataron tanto de ella. Amóla tanto el Pastor de los pastores, Cristo Señor nuestro, que parece que sobre aviso la escogió, y se preció de ella por hacerla amable, y que sus Apóstoles la siguiesen y la quisiesen mucho, y los sucesores apostólicos, que son los prelados, se preciasen de pobres. Pobre quiso nacer el Rey del cielo, y de Madre pobre, aunque más rica de dones espirituales que los ángeles. Eligió lugar pobre donde naciese en un diversorio; y los ángeles, por señas de pobreza, dijeron á los pastores que le hallarían reclinado en un pesebre y en paños pobres envuelto. Con pobreza vivió en el mundo, y Él dijo á un mancebo que le quería seguir: *Hermano, las raposas tienen cuevas y los pájaros tienen nidos donde acogerse y descansar, y yo no tengo donde reclinar mi cabeza* (1). Quiso decir el Señor: que era tanta su pobreza, que siendo su trono el cielo, no quiso tener casa en la tierra. Esta pobreza siguió tan por el cabo, que dice San Lúcas (2) que la purísima Vírgen, su Madre, le puso, en fajándole, en el pesebre, porque no había lugar en aquel diversorio donde ponerle. ¡Oh, soberano Señor, Criador del cielo y de la tierra! ¡hasta dónde ha llegado vuestra pobreza, pues os falta tierra donde seáis reclinanado! ¿Quién nació de los pobres tan necesitado en el mundo que le faltase suelo donde ser puesto? ¡Oh, hijos de Adan! ¡oh, amadores de la riqueza! contemplad á vuestro Rey, y reprended ya vuestra avaricia. Pondera el Apóstol esta pobreza

(1) Luc., IX, 58.
(2) Luc., II.

de Cristo, y dice: *que como fuese rico hízose pobre, para que con su pobreza nosotros fuésemos ricos* (1). Para que los Apóstoles se ejercitasen en pobreza, el Señor del mundo los dejaba haber hambre. Y es cosa de notar que un sábado, dice el Evangelio, que pasando por una sembrada, de pura hambre que tenían, cogieron espigas y con las manos las quebrantaban, comiendo los granos de ellas. ¡ Oh, aves celestiales, que es este vuestro manjar para volar más alto á las cosas eternas! No pedimos tan gran abstinencia á los prelados, sucesores de estos grandes varones, sinó decimos que su mesa sea más pobre que rica, más religiosa que mundana.

San Gregorio en una epístola dice, hablando con un obispo (2): «Los convites entónces con verdad son ordenados en ley de caridad, cuando á la mesa no se habla mal de alguno y hay leccion santa, y no se da al cuerpo más que lo que ha menester.» Tres cosas dice aquí este santo doctor, que cada un prelado había de guardar: que no haya murmuracion; y así Posidonio, escribiendo la vida de nuestro Padre San Agustin, dice que estaban unos versos escritos en la pared: «El que hablare mal de los ausentes, entienda que no es digno de comer en esta mesa.» Lo segundo, dijo San Gregorio, que haya leccion santa para manjar del alma; y así lo usan muchos buenos prelados en nuestra España, haciendo siempre leer la Biblia en tanto que comen. Lo tercero, da aviso San Gregorio que la mesa sea tasada, y que al cuerpo se le dé lo necesario, y no lo que es superfluo. El bienaventurado San Jerónimo, declarando el Eclesiastes, habla con los obispos, y dice que no basta que se parezcan á los apóstoles en el hablar, sinó que les han de imitar en la conversacion y en la abstinencia. Tambien San Crisóstomo, declarando la epístola de San Pablo,

(1) II Cor., VIII, 9.
(2) Epist. 37, lib. 2.

enviada á Timoteo, obispo, dice así (1): «Osadamente lo digo, que á los prelados no se les debe sinó el comer comun y el vestir.» Conforme á esto, dice la santa Iglesia que la mesa de los prelados sea ejemplar y no superflua; y á la verdad con gran razon es así mandado, porque en todo el prelado sea ejemplo á los cristianos. Y ahora tambien en el santo Concilio Tridentino (2), que para tan gran bien de la Iglesia romana se ha celebrado, demas de ser cosa antigua, como parece en el Concilio Cartaginense, se manda á los obispos que tengan gran vigilancia en que su mesa sea moderada.

No negamos que la pobreza por sí sola no sea de poco valor, pues en la caridad está la perfeccion cristiana: y así de Abrahan, que era rico, se lee en el Génesis (3) que era varon perfecto y gran amigo de Dios. Mas al fin la pobreza en vestir y comer, en menospreciar las riquezas y toda abundancia excelente, instrumento es para alcanzar la perfeccion, segun lo persuade muy bien Santo Tomás (4). La cabeza de la Iglesia, San Pedro, dijo á un tullido á la puerta del templo. *Ni tengo oro ni plata; mas lo que poseo yo te lo daré. En el nombre de Jesucristo levántate y anda* (5). Y luégo se levantó sano aquel pobre. ¡Oh! ¡bienaventurado el prelado que tan pobremente vivía y así lo tenía todo dejado por Cristo! ¡Qué tal sería su vestir y su comer, pues nada poseía en la tierra! ¡Oh! ¡qué buen discípulo del gran Pastor, Cristo!

Tambien dice el Apóstol que el obispo ha de ser adornado de virtudes, que son el atavío del alma que contenta mucho á los ojos de Dios. No hay estrella en el cielo tan graciosa, ni hay luna ni sol tan admirables como una ánima adornada de

(1) San Chris., hom. 15.
(2) Concil. Trid., ses. 25, cap. 1.
(3) Genes., xiii, 2.
(4) S. Thom., 2. 2, quæst. 186, art. 4.
(5) Act., iii, 6.

todas las virtudes teologales y morales. La fe perfecta, la esperanza, la caridad ferviente, ¿qué son, sinó unos rayos de aquella divina luz, que es Dios, los cuales hacen más hermosa el ánima que el sol á todo el mundo? La prudencia, fortaleza, templanza y justicia, piedras preciosas son que, esmaltadas en el ánima, dan mayor resplandor que los diamantes, rubíes y esmeraldas. Y porque el prelado ha de ser varon perfecto conviene que sea vestido de todas las vestiduras de las virtudes, y que una no le falte. Todo esto representaban aquellas diversas maneras de vestiduras que Dios mandó á Moises (1) que hiciese, para que el sacerdote entrase á ofrecer incienso en el *Sancta Sanctorum*. Si Dios lo ordenara, una sola vestidura que tomara de piés á cabeza el Sumo Pontífice bastara; mas como iba el negocio y representacion tan adelante, mandó que no con una, sinó con muchas vestiduras se vistiese; tambien aquellas doce piedras preciosas que lleva en el pecho con los nombres de las doce tribus escritos: las vestiduras y las piedras preciosas eran atavío del Pontífice, y así todas las virtudes han de adornar al buen prelado.

Dijo más, que ha de ser el obispo prudente y avisado (de esta virtud se dirá adelante); ha de ser honesto y piadoso. ¡Oh! ¡cuánta pureza ha de tener en el alma y en el cuerpo el que ha de ser perseguidor de los distraidos y mundanos que viven vida de brutos, dando rienda á sus vicios! *El sacerdote* dijo Malaquías *que es ángel del Señor* (2): luego ha de ser su vida limpia y pura, imitada á la de los ángeles. Que bien dijo San Jerónimo en una epístola: «Vivir en la carne y no segun la carne, más es obra angélica que humana: no bastan las fuerzas naturales para alcanzar tan gran victoria: gracia divina es menester, sin la cual no se vence este tirano cuerpo.» Y por tanto, dijo bien el Sabio: *No puedo ser continente si Dios no*

(1) Exod., xxviii, 4.
(2) Malach., ii, 7.

me da este don (1). Salomon con todo su saber, David con su gran santidad, Sanson con sus fuerzas prodigiosas, dieron gran caida por descuidarse de llamar é invocar á Dios en tan terrible batalla como padece la castidad. Ha de ser el prelado honesto en su corazon, en su mirar y hablar, y en todo ser un espejo de castidad y mortificacion, y tenga aviso que el demonio ha de poner gran fuerza y levantar muchas tentaciones para que caiga; mas nuestro Dios, que dió fuerzas al casto José para huir de la gitana (2) y dejarle la capa en las manos, dará á sus siervos favor para salir con victoria de cualquiera batalla que se ofrezca.

Finalmente dice San Pablo: *que el prelado sea piadoso*, porque esta piedad con los huéspedes, peregrinos y pobres, dice nuestro Padre, *que es la suma de toda la vida cristiana:* excede al ayuno, á la disciplina y al cilicio, porque aunque todo esto es bueno y santo: *la piedad y misericordia*, dice San Pablo (3), *aprovecha para todas las cosas. Bienaventurados son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (4). Gran título dió el Señor á los cristianos piadosos: mal mirado será quien tal nombre menospreciare. Y si son bienaventurados los misericordiosos y han de gozar de Dios; los crueles con sus prójimos, que tienen con que remediarlos y no tienen cuenta sinó de aumentar estos bienes terrenos, ¿qué esperan, sinó desventura y tormentos eternos? Grandes cosas nos ha dicho el Apóstol que ha de tener el siervo de Dios que está puesto por prelado: nótese mucho que todas las encierra este nombre, que nuestro Salvador da al que Él levanta á tan gran dignidad, llamándole siervo, ademas de haber dicho que ha de ser leal y fiel. Quien quisiere ver esta materia más cum-

(1) Sap., VIII, 21.
(2) Genes., XXXIX, 12.
(3) I Tim., IV, 8.
(4) Matth., V, 7.

plidamente lea á San Gregorio (1), quien habla divinamente y da grandes avisos á los prelados, porque como sabio y santo pasó por la experiencia de todo.

Cuán devoto y contemplativo ha de ser orando en lo alto del monte, como otro Moises, y pidiendo perdon á Dios, no sólo por sus pecados, mas áun por los de todo su pueblo, enséñalo San Gregorio, cuando dice: «Ha de ser el pastor hermano de sus ovejas por compasion, y ha de subir y volar sobre todos en contemplacion (2).» Y nuestro Padre dice tambien que por la carga del oficio no ha de dejar la suavidad de la contemplacion. Aquellos santos animales que vió Ezequiel (3) alas tenían y manos debajo de las alas. Tal ha de ser el prelado, que vuele en la oracion y contemplacion, y tenga manos para responder á la vida activa. Primero aconseja Salomon que el prelado y predicador (4) beba de su cisterna ó pozo, y que despues comunique al pueblo lo que Dios le ha comunicado á él. ¡Oh! ¡cuánto va en esto para que acierte á hacer su oficio! El rey David confiesa que amaba en gran manera la ley de Dios, y que todo el día meditaba en ella (5). No estorba la oracion los negocios, ántes les da gran favor y luz. Por tanto, el Rey de los cielos se iba muchas veces á orar al Monte Olivete, y despues bajaba á predicar, para que los prelados imiten tan excelente Maestro (6). Pues el celebrar frecuentemente cuánta luz da y espíritu para llevar carga tan pesada, saben los obispos siervos de Dios, que cada día dicen misa. Finalmente, el buen prelado ha de ser como otro Ajoth, de quien por gran excelencia dice la Escritura (7) Sagrada que peleaba con la mano izquierda

(1) S. Greg., lib. 2, *Pastor.*, cap. 1.
(2) S. Greg. in *Pastor.* Vide S. Thom., 2. 2, q. 135, art. 2.
(3) Ezech., I, 18.
(4) Prov., V, 15.
(5) Psalm. CXIII, 47, 48 y 97.
(6) Marc, VI, 31.
(7) Jud., III.

como con la derecha. ¡ Oh gran amigo de Dios el obispo que tan diestro es en su oficio, que cumple con la vida activa y con la contemplativa, haciendo de los trabajos, que son la mano siniestra, mano derecha y diciendo con el Apóstol (1): *Todo lo puedo en aquel que me da favor y fuerzas, Cristo mi Redentor!*

Ahora pone el Señor la tercera condicion del buen prelado, y es que sea prudente. Si el obispo es fiel, como la primera condicion enseñó, y es siervo de Dios, conforme á lo que la segunda condicion ha declarado, conviene que sea prudente, porque tal le pide nuestro Redentor que sea el que es prelado. De esta excelente virtud dijeron grandes cosas los filósofos y la llamaron reina y guía que ordena todas las otras virtudes; y con razon, porque sin prudencia la fortaleza es temeridad y vicio; sin prudencia, la templanza es reprensible; y sin prudencia, la justicia no es justicia, sinó tiranía y crueldad. Esta virtud principalmente conviene á los que tienen mando, para que sepan ordenar las cosas avisadamente á provecho de los que son regidos. Y por esto el Señor dice aquí (2) que el prelado sea prudente. Y el filósofo reprende á los que dijeron que la prudencia no trata sinó del provecho propio. Esto es contra la razon natural, la cual enseña que el bien comun es más excelente que el particular (3). Y áun contradice á la caridad, la cual habla y dice con San Pablo (4): *No busco lo que para mí es útil, sinó lo que sea provechoso á todos.* En manera que la prudencia, no sólo mira al provecho propio, mas tambien al comun. Y de aquí es que se le dan tres obras: aconsejar, mandar y juzgar. Nuestro Padre dijo (5): *Que la prudencia es co-*

(1) Philip., iv, 13.
(2) Matth., x, 15,
(3) S. Thom., 2. 2, quæst. 47, art. 10.
(4) I Cor., x, 33.
(5) S. August., lib. LXXXIII.

nocimiento de lo que se ha de desear y de lo que se ha de huir y amar. Y San Isidoro en sus etimologías dice, que prudente quiere decir el que ve de léjos. De donde se entiende claro que esta virtud pertenece al entendimiento y no á los sentidos, los cuales únicamente sienten lo presente como groseros y toscos. Encomendó esta gran virtud nuestro Salvador á sus apóstoles (1), como á príncipes que habían de gobernar su Iglesia, cuando les dijo: *Sed prudentes como la serpiente y tened la sinceridad de la paloma*. En lo que ha de ser imitada la serpiente es, que sobre todo trabaja de guardar la cabeza y ponerla en seguro. En tanto que si no halla más de un agujero pequeño cuando van tras ella, allí mete su cabeza y tiene poca cuenta con el cuerpo, aunque se quede fuera. Bien así el prelado y cada un cristiano, si tiene prudencia, ha de imitar el instinto natural de la culebra, que siente que le va la vida en guardar la cabeza. Nosotros en todas las cosas que obramos, pensamos ó hablamos, miremos por la honra de Cristo, salud y vida, como la daban los mártires, y con alegría, con tanto que la fe y amor que tenemos con Jesucristo no peligre. ¡Cuán al reves la hacen los pecadores! Lástima es: quieren más sus intereses y honras que la estima y honra que se le debe á Cristo, Rey y gloria nuestra. Estas son aquellas quejas que Él hace á los prelados y á todos los cristianos que le ofenden: *Si yo soy vuestro Padre, ¿á dónde está mi temor* (2)? Gran demanda es esta y gran justicia pide tal Padre, que sea amado y honrado, y gran razon es que tal Señor y Majestad sea temida de los hombres.

No sin gran razon se determinó en el Concilio Cartaginense que el que ha de ser obispo sea examinado primero si es prudente (3), porque sobre tal solar ha de asentar tan gran ofi-

(1) S. Thom., 3. p., q. 47, art. 1.
(2) Malach., 1, 6.
(3) Dist. 23, C. *qui Epis.*

cio y dignidad. A esta prudencia pertenece no creer toda informacion, sinó examinar la verdad, imitando al omnipotente Dios, que con saberlo todo dijo de los de Sodoma (1): *Yo iré y veré si el clamor que sube delante de mí es así ó no.* De notar es que dijo *veré*, porque á la vista se ha de creer y no al oido muchas veces. En manera que el buen prelado ha de decir como Santo Tomás, el apóstol: Si no viere y tocare, no creeeré. Él lo dijo sin tener razon, pues era obligado á creer la resurreccion del Señor de oidas, teniendo tantos y tales testigos: el prelado con gran justicia en las cosas graves dirá lo que él dijo, y así lo debe poner por obra. La Escritura dice: *Que el que cree presto es de corazon leve y sin peso* (2), y en este caso que tratamos tiene gran verdad. Nuestro Dios llamó á Adan y le oyó ántes que le sentenciase; con el malvado de Caín hizo lo mismo (3). De donde entendemos que oir la parte es de ley natural y divina. En la parábola del siervo malo, que destruía la hacienda de su señor, dice nuestro Salvador que su señor le llamó, y le dijo: *¿Qué es lo que me dicen de ti? Da cuenta de tu mayordomía* (4). Es tan gran doctrina esta, y la ha menester tanto el prudente prelado, que sin ella hará muchas cosas que le pese de haberlas hecho. No sin gran causa nos dió Dios una lengua para hablar, y no un oido, sinó dos, porque con el uno oigamos al que se queja y con el otro al acusado.

Ha de ser prudente en castigar, habiendo hecho la probanza con diligencia. *El pecado público*, dice San Pablo (5), *hase de castigar públicamente, porque sea ejemplo á otros y se enmienden.* La culpa que es en secreto secretamente se ha de remediar

(1) Gen., xi.
(2) Eccles., xix, 4.
(3) Genes., iii, 9.
(4) Luc., xvi, 2.
(5) I Tim., v, 24.

y no como el cirujano imprudente, que siendo la herida pequeña, la hace él grande, de donde se le sigue la muerte al herido. Ha de hacer una mezcla de vino y aceite, como aquel samaritano sabio, tan loado en el Evangelio, para que ni todo sea rigor ni tampoco tanta misericordia que el malo se haga atrevido, mirando siempre que haya más de aceite que de vino; quiero decir, que sea más la piedad que la justicia, imitando á Dios, del cual dice David: *Longánime y paciente es el Señor y en gran manera misericordioso* (1). Y en otro salmo dice: *Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras* (2). Y por tanto está escrito: *La misericordia ensalza el juicio* (3). Finalmente, ha de ser tan prudente, que en perdonar sea madre y en castigar sea padre, que castiga con caridad y celo de la honra de Dios y con provecho de las ánimas. Y es mucho de notar que está mandado y hecho estatuto, que primero sea amonestado el que peca y despues sea castigado. Y cuando la órden del Evangelio acerca de la correccion fraterna se ha de guardar, el sabio prelado lo ha de tener muy sabido: y cuán gran martirio sea para los prelados este negocio del castigar, no hay quien lo pueda significar por palabras. Ha de haber gran oracion primero, y decir muy de corazon con el rey David: *Enseñadme, Señor, á hacer vuestra voluntad* (4). La oracion sola basta para entender si se ha de remediar lo mal hecho, disimulando ó castigando.

Tambien ha de ser prudente en el gobierno de su casa, porque el Apóstol dice que ésta es señal que uno es para obispo, si sabe bien regir su casa. San Bernardo dice al Papa Eugenio (5): Trabaja por saber las costumbres de los de tu

(1) Psal. cii, 8.
(2) Psal. cxliv, 9.
(3) Jacob., ii. 13.
(4) Psal. cxlii, 10.
(5) I Tim., v, 4.

casa. Han de ser honestos en hábito y en conversacion, y que en todo representen la bondad de su Señor. *¿ Quién de los suyos, y mayormente de sus criados, no tiene cuidado, no guarda la lealtad que debe y es peor que infiel* (1)? Esto no se ha de entender que el Apóstol hablase solamente de la provision temporal que se les ha de dar, sinó áun de la doctrina y correccion que los señores y prelados son obligados á dar á sus súbditos. La Reina Sabá (2) se admiró, siendo extranjera, de ver el órden y gran concierto que tenían en palacio los criados del rey Salomon, segun ya declaramos en aquel libro, dirigido á Su Majestad la reina nuestra señora. ¡Válgame Dios! Si en la casa real de Salomon había tanto concierto, y como católico señor tenía tan bien criados á los que le servían, la casa de un prelado que ha de ser espejo de virtud á los cristianos, ¿qué recogida, qué devota y qué acabada en virtudes ha de ser? Los discípulos, dice Séneca, representan la ciencia y virtud del maestro. Y así diremos nosotros que los criados de la casa dan muestra y son divisa de quién son los señores á quien sirven. Mucho va en este negocio, y por tanto no se debe descuidar el prelado en él : porque San Pablo dice, que no solamente es digno de muerte el que hace la maldad, sinó tambien el que la consiente (3). Y el señor ó prelado que pasa por los pecados de sus criados ya los consiente, pues no los castiga. Diga, pues, cada un señor y prelado con el rey David, *No morará en mi casa el que obra soberbia* (4). Quiere decir: no será mi siervo el que no fuere siervo de Dios, y al que obrare maldad, quebrantando la ley del Señor, yo le despediré de mi casa, y no comerá de mi pan, si corregido no se quisiese enmendar.

(1) Sup., 8.
(2) III Reg., x, 7.
(3) Rom., I, 32.
(4) Psalm. c, 7.

Pues demas de esto, qué prudencia ha de tener el prelado en dar los beneficios, mayormente los que son con cargo de ánimas, no se puede bien con palabras decir. San Pablo encomienda mucho á un obispo su discípulo (1) que no luégo ponga las manos aprobando por hábil y por bueno á alguno. No ha de mirar á parentesco, no á favor, no á servicios, que sería simonia: mire con gran aviso que no posponga al más digno, por el digno, que es injusticia y gran pecado; y aunque esto no sea caso de restitucion, como lo es cuando se da al indigno dejando al que es digno, á lo ménos es ofensa de Dios. No tampoco mire á la nobleza, porque lo que dice el estatuto, que de esto habla, presupone que siendo noble ha de tener lo demas, que es ciencia y vida virtuosa. Haga oracion con San Pedro, cuando se hizo la eleccion de San Matías; y diga cuando ha de proveer algun beneficio: Señor, Vos que conocéis los corazones, enseñad á quién queréis de estos para este beneficio (2). Primero ayunó nuestro Salvador y oró cuarenta días, que eligiese apóstoles y discípulos; y era quien es, Sabiduría infinita: para que aprendan los prelados á proveer de ministros por oracion y no por importunaciones. San Bernardo dice hablando con los prelados (3): «No déis lo que es santo á los perros.» Será prudente el prelado que imitare al Apóstol de los apóstoles, Cristo, el cual importunado por su tía, mujer santa y hermana de la purísima Madre de Dios, y siendo primos hermanos San Juan y Santiago, no les concedió el primado de los asientos que pedían. ¡Oh! ¡qué buen pastor el que dijere: No me conviene á mí daros lo que pedís; no cumple á mi salvacion, pues no sois dignos, otorgar lo que demandáis; no son bienes de mi patrimonio estos, sinó de la Iglesia, y ganados con la sangre y vida de mi Redentor, Jesucristo!

(1) I Tim., v, 22.
(2) Act., i, 94.
(3) S. Bernardo, epist. 153.

¡Qué prudencia, qué fortaleza y qué celo ha de haber para hacer esto! Todos lo entienden, mas no todos lo obran. Perdone Jesucristo y remedie el daño que la Iglesia padece en no distribuir los prelados los beneficios con gran miramiento y justicia. De San Gregorio leemos (1) que buscaba de lejanas tierras varones santos y hábiles para que le ayudasen en su oficio. Esta admirable virtud ha de aprenderse en la escuela de la oracion, á donde todas las virtudes se aprenden; y por tanto, dijo el Sabio (2): *Templanza y prudencia enseña Dios; y justicia y virtud tambien.* Por aquí entenderá el prelado á quién ha de tener por maestro en todo; y áun de esta sentencia se entiende que la prudencia es virtud particular, dado que da la mano y ayuda á todas las otras virtudes morales, segun Santo Tomás enseña (3).

La cuarta condicion del buen prelado que nuestro Salvador enseña es que sea puesto de mano de Dios. *¿Quién pensáis que es el siervo fiel y prudente, el cual puso el Señor para que gobierne su familia* (4), que es esta Iglesia? Cosa es de notar aquello de San Pablo (5): *Que nuestro Salvador Jesucristo no se tomó por sí mismo aquella dignidad altísima de Sumo Pontífice y Cabeza de todos los predestinados, sinó el Eterno Padre le dió aquella gran dignidad, siendo llamado, así como lo fué Aaron.* Por tanto concluye San Pablo: *Nadie tome por su mano la dignidad y prelacia, si no fuere elegido y llamado por Dios.* Aquel se toma la mitra que la procura por sí ó por otros. ¡Ceguedad grande que no puede ser mayor! Ya dijimos al principio que desear mando nace de mirar de léjos el terrible trabajo, y juntamente peligro, que hay en e

(1) S. Greg., epist. 181.
(2) Sap., VIII, 7.
(3) S. Thom., 2. 2, q. 47, art. 5.
(4) Matth., XXIV, 45.
(5) Hebr., V, 4, 5, 6 y 7.

mando. Ahora añadiremos otra razon y es que, el que quiere tener mando es muy pobre de virtudes. ¡Oh! ¡válgame Dios, si esta monarquía tan grande como Dios encargó á cada uno de nosotros gobernásemos como debemos, cuán léjos estaría nuestro pensamiento de mandar á nadie! ¡Oh! ¡si rigiésemos este entendimiento, contemplando á Dios y á sus obras! ¡Si le empleásemos en considerar los tesoros celestiales que el Señor nos tiene prometidos y merecidos con su sangre preciosa, si cumpliéramos su santa ley! Si esta memoria se emplease en lo dicho, y si esta voluntad siempre amase á Dios y aquellas honras y riquezas del cielo, yo fiador, que ni por pensamiento pasase el cristiano á buscar mando en la tierra. Pues el arrabal de estos sentidos, ¿cómo los hemos sujetado, poniéndolos debajo del yugo de la razon? De esta grande pobreza y miseria interior en que ha quedado el hombre, resulta querer señorío y mando sobre otros hombres. Así leemos de esos tristes herejes que por ser obispos los sacó Satanas de esta unidad santa de la Iglesia romana. Arrio y Maniqueo, y otros muchos de estos soberbios, por su mano se hicieron prelados, imitando al rey de los soberbios, el demonio, que en el cielo se atrevió á igualarse con Dios, deseando ser semejante á Él por señorío y soberbia, no queriendo tener honra y gloria de la mano del Criador. ¡Oh! ¡triste del que por este camino sube á ser prelado! que para su perdicion de estos se se queja nuestro Dios y dice: «Ellos reinaron, y no de mi mano; fueron principales y yo no lo supe.» Quiere decir: ellos se subieron á la dignidad como gente loca, y siendo superiores yo no los aprobé. Y por Jeremías (1) se torna á quejar: «Los pastores han pecado contra mí.» Y Ezequiel dice: *El agua que turbaban con los piés bebían las ovejas* (2). Turba el

(1) Jerem., II, 8.
(2) Ezech., xxxiv, 19.

agua con los piés el prelado que tiene buena doctrina y mala vida. Una palabra habían de pedir todos los cristianos á Dios, y orando con humildad cada día, suplicarle que la cumpla, y es que Él dijo: «Yo os daré pastores segun mi corazon.» ¡Oh, Señor! hacednos esa merced; dad á vuestra Iglesia prelados conforme á vuestra santa volutad: no que amen la prelacía, sinó que la lleven por cruz: no que gusten de la honra y regalos, sinó que apacienten vuestras ovejas, mirándolas y remediándolas, pues os costaron vuestra sangre. Levantad, Señor, varones apostólicos, gente de celo y espíritu, los cuales con doctrina y vida santa nos lleven tras sí mismos á las cosas espirituales, olvidando todo lo que es mundo.

«Considero el grado alto de la dignidad, dice San Bernardo (1) al Papa Eugenio, y temo la caida.» Y el mismo Santo, escribiendo á los cardenales, dice así: «¿Quién es el que por su parecer toma obispado? Temerosa carga es, no sólo para los hombros de los hombres, sinó áun para los ángeles.» La primera cuenta que Cristo ha de pedir á cada prelado es: «Díme, hermano, ¿cómo entraste á esta dignidad?» Pregunta que hizo al mal vestido que se fué á la mesa y bodas reales. Díme, prelado, ¿por qué vía? ¿ha sido por favores? ¿Por qué camino subiste? ¿Por qué méritos y santidad? Y si no tenías vestidura de caridad, ¿cómo te encargaste de mis ovejas? ¿No sabes que examiné tres veces á San Pedro si me amaba (2), y áun si me amaba más que los otros apóstoles, y entónces le entregué el cargo de estas mis ovejas? Ha de retraer á los hombres de toda ambicion mirar el gran peligro que tiene el estado de honra. El ángel cayó del cielo y quedó condenado para siempre. Adan estando en tanta honra en el paraíso se cegó y no entendió y quedó semejante á bruto, como lo dice

(1) S. Bernardo, epist. 236.
(2) Joan, xxi, 15, 16.

David (1). ¡Oh cosa temerosa el estado honrado, pues ni el ángel ni el hombre estuvieron seguros en él, sin tener dentro de sí inclinacion á pecar! ¡Oh, pecador de tí, hijo de Adan, masa inficionada de culpa, concebido en pecado original! ¿qué buscas? ¿qué deseas? Queriendo ser cabeza no vales para piés. Y si San Pablo dice *que el que desea el obispado desea buena obra* (2), nuestro Padre responde que le puso nombre de obra y no de honra. Desear aprovechar las ánimas y encaminarlas á Dios cosa excelente es y obra angélica. Mas desear la honra del obispado y las riquezas, esto malo y perverso es (3): mayormente que en el tiempo que San Pablo esto dijo: el primero que era preso, azotado y muerto por la fe era el pastor (4); de manera que el desear entónces ser obispo era con gran caridad desear martirio. Que bien dijo nuestro Padre: «La dignidad superior, sin la cual no puede ser regido el pueblo (5), aunque sea administrada como conviene, no es lícito desearla.» Tres cosas hay en el obispado, segun nota Santo Tomás (6): la primerala dignidad; la segunda la honra y riquezas; la tercera el aprovechar á las ánimas; y solamente la última se ha de desear y es caridad desearla: querer ó amar las dos cosas primeras es vanidad.

Una duda bien dificultosa se ofrece aquí, y es: si será bien, cuando Dios lo ordena y le es mandado á alguno que sea obispo, no aceptarlo. Porque, segun hemos declarado, el peligro es grande, y tan grande que apénas se puede decir. Y áun vemos que Moises no quería ir á libertar al pueblo de Is-

(1) Psalm. xlviii, 13.
(2) I Tim., iii, 1.
(3) S. Aug., lib. 19, *de Civit.*, c. 19.
(4) S. Greg. in *Pastoral.*
(5) S. Aug., lib. *de Civit.*, c. 19.
(6) S. Thom., 2. 2, quæst. 185, art. 2.

rael, diciéndoselo Dios (1), y con todo esto, suplicaba que enviase á otro. Jeremías, siendo santificado ántes que nacido, decía que no sabía hablar enviándole á predicar (2). Y áun nuestro Padre dice (3) que muchos santos varones en su tiempo eran presos por no querer aceptar las prelacías y obispados que les mandaban servir. Con esto dice San Jerónimo en el prólogo sobre San Márcos, que este santo varon se cortó un dedo pulgar porque no le compeliesen á ser sacerdote: luego será bien del todo huir la prelacía, aunque le fuere mandado que la acepte. Aquí se ha de tener gran aviso y tener una regla que, así como es tentacion del demonio y pecado grave desear con ambicion el obispado, podría alguno pecar mortalmente resistiéndole con porfía cuando entiende que Dios lo ordena así. La razon de esto es porque la porfía en lo que manda el superior contradice á la humildad, por la cual nos sujetamos á los mayores, y tambien porque contradice á la caridad, la cual nos obliga á aprovechar á nuestros prójimos; en manera que aunque, segun la voluntad propia, hemos de querer y desear nuestro aprovechamiento espiritual, segun la voluntad de los mayores, hay obligacion á que se entienda en aprovechar á nuestros hermanos en aquello que Dios ordena que sus siervos aprovechen en su Iglesia. Y esto es lo que nuestro Padre San Agustin dice en el libro de la Ciudad de Dios (4): La contemplacion busca la caridad de la verdad, y la ocupacion justa recibe la necesidad de la misma caridad. Y San Gregorio, en su pastoral, dice que aquella humildad es verdadera que no es porfiada para aceptar lo que es útil á los prójimos. Concluye San Agustin: que si nadie manda que se reciba la prelacía, que hará bien el siervo de Dios en darse á la vida contempla-

(1) Exod., III, 11.
(2) Jer., I, 6.
(3) San Aug., epist. 204.
(4) Lib. X, cap. 9.

tiva; mas si es mandado que sufra la carga por amor de Dios, obedezca con humildad; aquí parece el amor del Pastor supremo, Cristo, en el celo que alguno tiene de ayudar á las almas que se salven (1). Y por tanto, cuando Nuestro Señor preguntó á San Pedro si le amaba, luégo le enseñó en qué más le serviría y enseñaría aquel amor ser verdadero; mandándole ser prelado y que apacentase las almas con doctrina y con ejemplo de santa vida (2). El glorioso San Gregorio, en su pastoral, dice (3): Que el que tiene dones de Dios y no acepta el cargo, que se los quitará el Señor, porque no se los dió para él solo, sinó para provecho de su Iglesia, y el tal se declara que no ama á Cristo. Y pues, segun se mandaba en la ley, no quiere resucitar hijos á Cristo difunto, que convirtió á pocos viviendo, llamaráse descalzo de un pié, pues no amó á su prójimo, al cual pudiera remediar siendo prelado. Grande doctrina es la de estos santos y mucho se ha de notar, porque tenían espíritu de Dios y querían dar ánimo á los que con demasiado temor podrían resistir á la voluntad de Dios, que los llamaba á la prelacía para que en ella hagan mucho fruto. Y es de notar una sentencia de San Crisóstomo; y tambien es de temer, que el prelado no tendrá excusa, dado que Dios le haya elegido, si no hace su oficio, como no la tuvo Saul, que maravillosamente fué elegido por rey en Israel y se condenó. Ni la tuvo Moises, llamado de Dios á voces (4) desde la zarza para aquel oficio, y así fué castigado, que no entró en la tierra de promision porque dudó cuando le mandó Dios herir la piedra con una vara, y que de allí saldría agua para que bebiese el pueblo. Sea, pues, la conclusion que cuando su conciencia no le acusa de pecado mortal, y es mandado tomar la dignidad, y sien-

(1) San Thom., 2. 2, q. 185, art. 2.
(2) Joan., xxi, 15 y 16.
(3) San Greg., 3 p. Past., cap. 5.
(4) Núm. xx, 12.

te en sí tener letras y ciencia para poder gobernar y dar doctrina, y juntamente con esto se aconseja ¡con personas tales que sin interes le aconsejarán lo que más es agradable á Dios; este tal con humildad haga sacrificio de sí mismo, tome sobre sí esta cruz pesada de prelado. Y aunque es verdad que San Bernardo respondió á uno que le mandaban ser obispo: Hermano, no sé qué te diga, sinó que lo encomendaré á Dios; creo sin falta que este santo no conoció partes en aquella persona pnra aconsejarle que lo aceptase. Mas yo, sin escrúpulo alguno, cuando Su Majestad á Vuestra Señoria nombró para este oficio, habiéndole encomendado mucho á Dios, ose dar consejo que dijese que sí; porque, loado sea nuestro Dios, me consta de su buena doctrina y celo que tuvo treinta años ha que pasó á Nueva España para remedio de muchas ánimas, pues pasan de veinte mil indios los que ha bautizado por sus manos; y demas de esto, los obispados de esta tierra son muy á la manera de la primitiva Iglesia, cuando el trabajo era grande y el provecho temporal poco; y áun paréceme que ya Dios lo ha manifestado en esta tempestad de la mar, por la cual su navío se ha vuelto á San Lúcar, y espantados los sacerdotes que llevaba Vuestra Señoría para que le ayudasen, le han dejado; que á la verdad, Jesucristo le quiere para grandes trabajos, á los cuales ha de corresponder grande gloria. Porque San Pablo dice: Cada uno recibirá premio segun su trabajo. Sabe Dios lo que yo he sentido con esta nueva. Vuesta Señoría se anime; y pues San Pablo, vaso de eleccion, pasó por mayores naufragios, y era quien era, señal es que nuestro Redentor se sirve de esta afliccion y que al fin dará buen suceso á este camino. Y yo confío en Dios que esta eleccion ha sido de su mano y que dará su gracia para que sea fiel y siervo y de su mano levantado á esa dignidad, ó por mejor decir, pesada cruz, aunque con gran merecimiento.

La quinta y última condicion que Cristo pone es que el prelado reparta á su tiempo el trigo por medida á los súbdi-

tos (1). Aquí entendemos dos maneras de limosna: una del trigo celestial y pan regalado de las ánimas, que es la palabra divina; y otra limosna del trigo y pan, que es la limosna remedio de pobres: y cuánta obligacion tenga el prelado á lo uno y á lo otro, hemos ahora de declararlo. En el Concilio que se celebró en Sevilla (2) se manda que en presencia del obispo no se atreva el sacerdote á predicar, porque el propio predicador es el obispo; y dado que no tenga tanta elocuencia, ni talento para predicar, tienen gran autoridad sus palabras como de padre, y llevan gran fuerza para persuadir á la virtud y reprender el vicio; y al fin, acá lo vemos, que es más útil al niño la leche de la propia madre que la del ama. Por tanto decía San Pablo á un obispo discípulo suyo: *Predica la palabra divina, reprende y arguye con toda paciencia* (3). Y esto le encarga que haga muchas veces con oportunidad y sin ella. Aquí parece que da el Apóstol un arte breve para predicar. Hase de predicar la Sagrada Escritura y no invenciones, ni tampoco donaires: y así dijo el Señor á sus apóstoles: *Predicad el Evangelio á toda criatura* (4). Dad esa buena nueva al mundo, que ya Dios es hecho hombre y redimió el mundo, y el cielo está abierto al que creyere é hiciere penitencia. ¡Oh! vanos y miserables los que dicen como algunos del pueblo de Israel: hablamos cosas apacibles; *no nos digáis de esas cosas celestiales, que no las gustamos; algunos donaires con que nos alegremos queremos oir* (5). Mas el predicador de espíritu ha de huir de toda palabra ociosa, y más en tan grave lugar y trono de Cristo, como lo es el púlpito. En manera que predicar la palabra divina es tratar el Evangelio y

(1) MATTH., II, 45.
(2) Concil. II, Hisp. anno 630.
(3) II TIM., IV, 2.
(4) MARC., ult., 15.
(5) ISAI., XXX., 10.

los profetas con gravedad y discrecion, exhortando á las virtudes y enseñando á imitar al Rey del cielo, Jesucristo, cuya vida ha de ser un espejo donde se miren los cristianos. Enseña tambien San Pablo (1) que el prelado reprenda á los malos, representándoles la fealdad de los vicios y la enemistad que Dios tiene con el pecado, pues murió en la cruz para destruirle, amenazando con las penas del infierno, para que á lo ménos por temor dejen de pecar, que es principio para pasar adelante y hacer penitencia. A Isaías dijo Dios que levantase la voz á manera de trompeta (2) y que declarase al pueblo sus pecados. Y está bien dicho, porque la trompeta tiene voz áspera y espanta, y tal ha de ser la reprension, que espante y saque sangre al pecador olvidado de Dios. Aquellas dos trompetas de plata, que mandó Dios hacer (3) para llamar al pueblo al sermon y tambien para juntarle cuando había de pelear con los bárbaros, representaban al predicador que trata la Sagrada Escritura, en la cual exhorta á la guerra contra Satanas, mundo y carne; y llama para el cielo las almas, y dice con San Pablo: *Hermanos, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de lo alto y no las de la tierra* (4): y porque en el sermon hay buenos y malos, el discreto predicador ha de hacer como aquel sabio samaritano, mezclando aceite con vino, predicando misericordia y justicia, porque ni los malos desesperen como Júdas, ni los buenos aflojen en el camino de la virtud. Y áun podríamos decir que no sin misterio se dijo á Isaías que levantase la voz á manera de trompeta, la cual se tañe con la boca y tiénese con la mano, para significarnos que la palabra divina se ha de predicar y obrar, todo el hombre quiere entero. *El que obrare y enseñare, este tal será grande en*

(1) II Tim., iv, 2.
(2) Isai., lviii, 1.
(3) Núm., x, 2 y 3.
(4) Colos., iii, 1.

el reino de los cielos (1), dijo Nuestro Señor hablando con los prelados. De aquellos que reedificaban á Jerusalen leemos que la una mano tenían en la espada y la otra en la obra. ¡Oh, misterio grande! Si los samaritanos en aquel tiempo resistían la restauracion y reparos de Jerusalen (2) no ménos ahora los demonios y el mundo pelean contra los prelados y predicadores, que edifican á Jerusalen la celestial con predicacion y con ejemplo de vida: cumple, pues, tener la una mano en la espada, que es la palabra divina, que así la llamó San Pablo, y tambien entender en obrarla, para que tenga eficacia la doctrina. De aquí es lo que dice San Gregorio en una epístola (3): Propio es al obispo tratar siempre del oficio de la predicacion, pensando con gran temor aquella palabra del Señor: *Negociad en tanto que vengo* (4). Aqueste negocio hacemos, dice este doctor, viviendo santamente y predicando al pueblo. Y San Bernardo escribiendo á Eugenio, Papa, dice así: En dos mandamientos se suma tu oficio, que es de buen ejemplo y doctrina; y si quieres añade lo tercero, que es oracion, la cual alcanza de Dios lo uno y lo otro. ¡Oh! ¡plegue á la divina bondad que no se diga de algunos prelados aquello del Profeta: son perros mudos que no pueden ladrar! Dejan la predicacion cuando eran obligados á ejercitarla; ocúpanse en otros negocios de ménos valor, y dejan el negocio principal, que es dar doctrina. Jector, aunque gentílico, dió un gran consejo á Moises, y dale ahora á cada un prelado. *Tú entiende en las cosas de Dios, y para esotros negocios pon ministros que teman á Dios, en los cuales haya verdad y que aborrezcan la avaricia* (5). ¡Qué buenas condiciones estas para los ministros de justicia y para

(1) MATTH., IV, 19.
(2) NEEMIC., IV.
(3) S. Greg., epist. 39, lib. 2.
(4) LUC., XVI, 13.
(5) EXOD., XVIII, 19, 20, 21 y 22.

los que han de ser vicarios, provisores ó curas! ¡Cuán gran amenaza hace Dios á los prelados que no dan doctrina al pueblo ni proveen quien la dé! Declaró Ezequiel: *Si el velador viere venir la espada y no tocare la bocina, y el pueblo no se guardare y alguno muriere, yo pediré la sangre de éste al vedor* (1). Obispo velador ó mirador de lo alto quiere decir. Pues si éste viere que la espada de la justicia de Dios viene sobre el pecador, y no le avisare predicando, pedirá el Señor la perdicion de aquella alma al prelado que no le avisó. Con qué fuego de caridad se ha de predicar para que mueva los afectos de los oyentes, baste lo que dice Quintiliano, que la victoria de la predicacion consiste en los afectos (2). La doctrina se da para que entiendan; los afectos hacen que quieran obrarla. Y Ciceron dijo que la suma de la oratoria está puesta en que el que predica se mueva á sí mismo, para que mueva á los oyentes. Por tanto se dice de aquel gran predicador Elías (3) que subió como un fuego y que sus palabras ardían como hacha encendida. Este es gran don de Dios, y no tiene más de un maestro, que es el Espíritu Santo, el cual vino en forma de fuego sobre los apóstoles para que sus palabras abrasen en amor de Dios á todos los oyentes. Este es el trigo que ha de repartir el buen prelado, enseñando el camino del cielo á las ánimas y alimentándolas con este maná celestial muchas veces, y que no se diga aquello: Los niños pidieron pan y no había quien se lo partiese (4).

La segunda limosna que ha de repartir el buen prelado es que con gran solicitud consuele los pobres, viudas y huérfanos. En aquella primera condicion del prelado, en la cual nuestro Salvador dice que ha ser fiel, dijimos algo de la limosna.

---

(1) Ezech., xxxiii, 4.
(2) Quintil., lib. 6 *de Oratore*.
(3) III Reg., xx, 33.
(4) Tren., iv, 4.

Claro está que á todos los cristianos, y mayormente á los prelados, se dice: *Si en lo que era ajeno no fuisteis fieles, lo que es vuestro ¿ quién os lo dará* (1)? Llama aquí el Señor ajenos los bienes temporales; porque, como el Apóstol nos avisa, *nada trajimos á este mundo y nada hemos de llevar de él* (2). El oro, la plata y todo lo que es terreno aquí lo hallamos y aquí se ha de quedar. Ajeno es, pues en la muerte con sólo una mortaja y siete piés de tierra nos han de contentar. Nuestro es el reino de los cielos, nuestra la gracia divina, que nos la ganó Cristo con su sagrada muerte, si como ingratos no nos hacemos indignos de ella. Pues dice ahora el Señor: venid acá, hombres mal mirados y escasos: si lo que es ajeno, que aunque no queráis lo habéis de dejar para otros en la muerte, no repartís á los pobres, las riquezas de gracia y de gloria, que son vuestras, porque yo os las gané, ¿ quién os las dará ? Y dado que esto es así en cada un fiel, los bienes que tiene el prelado son más ajenos que no los que tiene el seglar, porque San Jerónimo, declarando á Isaías, dice que los bienes eclesiásticos son de los pobres (3). La misma sentencia dice nuestro Padre escribiendo á Bonifacio. Y San Pablo, entendiendo cuánta dificultad hay en ser liberales con los pobres los ministros de la Iglesia, dijo (4): Pregúntase aquí quién se hallará fiel entre los que son dispensadores. Verdad es que de los bienes de su patrimonio no se trata aquí, que de éstos señor es y libre para darlos á quien quisiere, gastándolos en servicio de Dios; ni tampoco hablamos de lo que ha menester para sí y para su familia; mas lo que resta de los pobres es. Y porque en las obras morales, segun dice Aristóteles, no se puede dar cierta regla puntualmente, el prelado que declinare alargándose más en

(1) Luc., xvi, 12.
(2) I Tim., vi, 7.
(3) San Hier. sup. Isai , cap. 3.
(4) I Cor., iv, 2.

dar limosnas, aquel merece más con Dios y asegura más la buena cuenta que ha de dar delante del supremo Juez, nuestro Salvador Jesucristo. Y es de notar que los prelados que favorecen las fábricas de las iglesias con sus limosnas, entendiendo que son pobres, hacen obra muy acepta á Dios; y cuando al presente no hay pobres muy necesitados, loable cosa es hacer depósitos de pan y dineros para adelante cuando vengan años caros; mas habiendo gran falta en los presentes, mejor es remediarlos y no pensar en mañana, como Cristo aconseja. Esta es doctrina del glorioso Santo Tomás y de gran valor para sosegar la conciencia.

Debajo de este título de pobres entran los parientes que tienen necesidad y se han de remediar, mas no enriquecer, segun San Ambrosio dice. Cuán fuera de esta doctrina será dejar mayorazgos, ni edificios, ó sepulcros suntuosos de los bienes de la Iglesia, bien claro se entiende. ¡ Oh ! ¡ bienaventurado el que imita á San Sixto, que los tesoros de la Iglesia dejó á los pobres ! Y ¡ dichoso el ministro fiel que sigue el ejemplo de San Lorenzo, el cual con tanta diligencia los distribuyó ! Y por tanto, canta la Iglesia de este glorioso mártir aquello del salmo de David (1): *Repartió y dió á los pobres y su justicia persevera en el siglo del siglo*, que es para siempre. Aquel santo varon Tobías lo aconsejó á su hijo y había cada un prelado de ponerlo por obra. Hijo, dice aquel profeta, no vuelvas el rostro á algun pobre. Quiere decir: á todos da, sea poco ó sea mucho. No había de ir pobre desconsolado jamas sin llevar algun remedio; porque muchas veces dando poco y deseando dar mucho, el que da queda más humilde y con gran merecimiento delante de Cristo, el cual estimó y loó más los dos cornados de la viuda, en aquella ofrenda del templo, que no los preciosos doblones de los ricos, que no con tanta caridad ofre-

(1) Psalm. cxi, 9.

cieron (1). ¡Oh, santo Dios! ¡cómo se le van los ojos al Rey del cielo tras nuestras limosnas, aunque pobres! ¡Oh! ¡en cuánto estima lo que de sí es poco, si se da con gran amor de Dios! Manifiesta esta verdad el mismo Señor cuando dice, que un vaso de agua fría dado por su amor no será sin merecimiento. Aquí declaró por limosneros á los pobres y no solamente á los ricos; porque ¿quién hay que no tenga un jarro de agua que dar? Por aquí entenderán los buenos limosneros qué mérito y qué premio se dará á quien da la vestidura al pobre, y al que saca al preso de la cárcel, redime los cautivos, visita los hospitales y se ejercita en obras de misericordia, pues una jarra de agua tiene premio delante del Señor.

Concluye nuestro Redentor sagrado su plática con los prelados, y dice: *Bienaventurado el siervo que cuando viniere el Señor le hallare de esta manera obrando* (2), y que fuere tal ministro en la Iglesia, que sea fiel en todo, sea siervo y amigo de Dios, sea prudente y avisado, y que no se puso en la prelacía, sinó que Dios le puso de su mano sin pensarlo ni quererlo él. Finalmente, bienaventurado será si partiere el trigo por medida, predicando con espíritu el Evangelio y tambien siendo limosnero y padre de pobres. Quiero, Padre reverendísimo, dar fin á esta epístola con aquellas palabras de tan gran humildad que el gran varon y santo dijo en el fin de su pastoral (3): Usurpé para mí el oficio de la aguzadera, que da filo y aguza el hierro y ella nada vale para cortar, que en fin es piedra tosca. Pinté un hombre hermoso declarando las condiciones del buen prelado, y quédome yo pintor feo. Guié á los otros á la perfeccion y púselos en puerto seguro, y quédome yo en mitad del golfo de los pecados. Aquel santo varon lo dijo con humildad y yo lo digo con verdad. Vuestra Señoría

(1) Luc., xxi, 2 y 3.
(2) Luc., xxii, 43.
(3) San Gregorio.

reciba mi deseo; y aunque todo esto que yo aquí he traido sabe mejor que yo lo sé sentir, le suplico, por amor de Jesucristo, lea esta epístola, y se sirva de ella como de memorial entre sus muchas y santas ocupaciones. Cuya reverendísima persona Él guarde, y en su gracia siempre prospere para remedio de esas ánimas, compradas con la sangre y vida de nuestro Salvador Jesucristo. Amen.

EPÍSTOLA TERCERA

PARA UN SEÑOR DE VASALLOS DE ESTE REINO

Que Vuestra Señoría desee saber lo que tanto importa al servicio de Dios y al cumplimiento de ese estado, en que Dios por su misericordia le puso, gran señal es que Dios ha tocado su corazon, y que de ese señorío de la tierra le quiere su divina Majestad dar otro perpetuo en el cielo. Haberme tantas veces escrito sobre esta demanda no me ha sido pequeño motivo para loar á Dios, y tambien me ha puesto en algun cuidado para dar alguna satisfaccion á tan pía demanda y tan santo deseo; y para que por mejor órden procedamos en esta epístola, y para que mejor la memoria pueda guardar estos avisos, la cual en gran manera se favorece con el concierto de lo que se dice, parecióme que Vuestra Señoría era uno de aquellos caballeros que, inspirados del Espíritu Santo, vinieron á San Juan Bautista, el cual predicaba la penitencia en la ribera del Jordan, y la pregunta que hicieron, deseosos de salvarse, fué: Varon santo, ¿qué haremos? (1). Palabras de gran

(1) Luc., III, 10.

humildad y obediencia, las cuales el apóstol San Pablo dijo á nuestro Salvador en aquella admirable conversion suya. Cuando el Rey de los cielos, Cristo Jesus, descendió de la diestra del Padre y vino á la tierra, y con su palabra divina habló con este gran apóstol, y le convirtió, él, ya rendido y dejada su propia voluntad, dijo: Señor, ¿qué quereis que haga? (1). Esta es la pregunta de aquellos caballeros, y la misma suena en las cartas que Vuestra Señoría me ha escrito. El Santo Bautista nos da la respuesta, y á la verdad llena de doctrina para todos los señores: A nadie matéis y á nadie engañéis, y contentaos con vuestros salarios (2). ¡Oh! ¡válgame Dios, qué doctrina tan excelente, cuán fácil de obrar y cuán breve para jamas olvidar cada un cristiano! Tres avisos ó reglas son de gran estima, declarémoslas y óiganse con atencion. Y aunque verdad es que para cada un señor puede mucho aprovechar la epístola primera, que en este libro va ordenada para Su Alteza nuestro señor el príncipe, no será sin fruto que en esta epístola los señores de vasallos lean los avisos como han de cumplir con su estado.

A nadie lastiméis ni matéis. En esta palabra el santificado Bautista refiere aquel mandamiento que naturaleza escribió en el ánima de cada uno; y refirióle nuestro Salvador cuando dijo: *Lo que no queréis que hagan con vosotros los hombres, no lo obréis con ellos* (3). ¿Quién hay que quiera ser maltratado de otro, herido ó lastimado? Pluguiese á la divina Bondad que los cristianos mirasen esta ley tan suave y yugo tan dulce, que bien creo que luégo renunciarían las leyes del mundo, trabajosas y tiránicas, segun las cuales quieren para sí lo que no quieren para sus hermanos. Quieren ser bien trata-

(1) Act., ix, 6.
(2) Luc., iii, 11 y 14.
(3) Matth., vii, 12.

dos y que nadie les toque á la ropa, y por nada echan mano á la espada y se vengan sin órden ni concierto alguno. No sé dónde está aquella doctrina del cielo, venida y dada por el Señor del mundo: *Si alguno te diere una bofetada, ofrécele el otro carrillo* (1). No quiere decir el Señor (como nuestro Padre nota) que digamos al que nos dió una bofetada: hermano, dadme otra; que esto no sería bien hecho, porque no es lícito despertar ó convidar á que alguno ofenda á Dios. Lo que nuestro soberano Maestro nos quiere enseñar es que tengamos por su amor tan gran paciencia y estemos tan señores de la pasion brava de la ira contra el que nos injurió, que si otra bofetada nos diesen, tengamos ánimo para sufrirla por servicio del que tantas, por remediarnos, sufrió de aquellos crueles sayones en su bendita pasion. ¡Oh, mi Dios! ¡cuán pocos siguen esta enseñanza divina, y cuán pocos cristianos gustan de esta paz y reposo de la conciencia! Vemos cada día por nada matarse los cristianos, y por una palabra que llevó el aire en un punto andar enemistados todo el año, y trabajar con gran cuidado cómo se quitarán unos á otros la vida que el Señor les dió para que le sirviesen é hiciesen penitencia de sus pecados. Remedie Dios tanto mal como con nuestros ojos vemos entre cristianos, mayormente por dar lugar á la ira.

Es aquí de notar qué excelencia tiene la ley de Dios, pues asienta en todos los estados y los guía al cielo. Había dicho San Lúcas que vino á San Juan todo el pueblo estando en la ribera del Jordan bautizando y predicando penitencia, y persuadió tan admirablemente con la palabra acompañada de santa vida, que derribados á sus piés con dolor de sus pecados, decían: ¿qué haremos? ¡Oh, palabra divina! ¡Oh, cuchillo de dos filos! (segun te llama San Pablo) ¡qué virtud y eficacia tienes en los que sin pasion te oyen, y con deseo de apro-

(1) MATTH., V, 39.

vechar atentamente te gozan! Venidos ya rendidos los del pueblo dicen: Varon santo, ya deseamos servir á Dios, al cual ántes ofendíamos: sujetamos desde luégo nuestra voluntad, y rogámoste que nos enseñes qué quiere Dios que hagamos de hoy en adelante. Por aquí entenderá el cristiano cuán poca contricion de sus pecados lleva cuando va á confesarse y se pone á los piés del confesor, pues no se sujeta del todo al parecer de aquel vicario de Cristo, restituyendo luégo y satisfaciendo, segun el padre de confesion, á quien eligió por su guía, le manda. Esta gente gran obediencia enseñaba, pues ya renunciaba su voluntad y se resignaba en manos dé este santo varon, el cual les dijo: El que tiene dos vestidos de uno al que no tiene qué vestirse, y de los manjares haga lo mismo. Dice aquí Orígenes que como no se puede servir á dos señores, no se pueden sustentar sin gran cuidado dos vestiduras. Por tanto aconseja San Juan que tenga el cristiano libre el corazon, y que sirviendo á la necesidad, para la cual bastaba una vestidura, remedie con la otra al pobre, porque se guarde de servir á la superfluidad. Enséñales que de los manjares tambien repartan, porque bastando un manjar para sustentar la vida, el otro sobra y débese repartir al pobre. Nota aquí San Basilio que por esta doctrina se nos declara que somos obligados á repartir limosna de lo sobrado, y pues Dios nos lo dió todo, que demos al necesitado de lo que Él por su bondad con tanta largueza nos dió. Llegaron los publicanos y dijeron lo mismo: ¿qué haremos? Dice el santo varon: no demandéis más de lo que está ordenado. Quiere decir: cobrad lo que se os debe y no tratéis de otros cohechos. Aquí se sigue ahora como llegaron los caballeros de guerra que los romanos tenían puestos para defender el reino, y dijeron á San Juan: ¿qué nos mandas que hagamos? Hase de advertir que á nadie dijo que dejase su oficio, porque cada un estado de aquellos es lícito camino del cielo, y la ley suave de Cristo á todos da favor y con todos se mide, y ésta es gran excelencia de nuestra san-

ta ley. Al doctor que preguntó á nuestro Salvador qué haría para entrar en la vida eterna, le fué respondido: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos* (1), ó como dice San Crisóstomo, habló con tanta blandura San Juan porque no sintió de esta gente espíritu y devocion para tomar más seguro estado y asegurar más su salvacion. Bueno es el estado del casado, mejor el del continente y más perfecto el de la religion, que es estado apostólico; mas no para todos es mejor el más perfecto estado, sinó para quien le quiere y desea de voluntad y le llama Dios para él.

Es, pues, lo primero que ha de hacer el caballero no ser vengativo, no herir á nadie con ira, porque, segun dijimos, nuestro Salvador nos amonesta muchas veces á que le imitemos, teniendo paciencia y sufriendo agravios por su amor, pues por nuestra salud tanto sufrió él. San Pablo dice *que la paciencia es hija de la caridad*, porque el amor de Dios sufrido es (2). Luego de aquí entenderemos cuánto amamos á Dios y al prójimo, pues tan poco sufrimos. Cosa es admirable á cuánta perfeccion nos quiere subir Nuestro Redentor, pues nos dice que seamos perfectos como nuestro Padre celestial, *el cual manda al sol que alumbre cada dia á los buenos y á los malos, y tambien manda á las nubes que lluevan sobre los justos y pecadores* (3). ¡Oh! ¡bendito sea tal Padre de misericordias, que no quita la racion de palacio al turco, ni al moro, ni al hereje, ni al mal cristiano, que le ofende sin vergüenza y sin temor! El que sigue sus pasiones, sus rencores y venganzas, no es hijo de tal Padre por imitacion, sinó hijo de Satanas el cual es homicida desde el principio del mundo, pues mató á nuestros padres primeros en el paraíso, y áun degolló

(1) MATTH., XIX, 17.
(2) I COR., XIII, 4.
(3) MATTH., V, 45.

á todos nosotros sus hijos, si el Rey del cielo, Jesucristo, no nos diera la vida muriendo por nosotros en la cruz. A este mal padre, ó por mejor decir, padrastro, imitaban los fariseos y sacerdotes, persiguiendo al Señor (1) y deseándole matar. A esta gente mala imitan los cristianos que no saben perdonar, sinó vengarse, hiriendo y quitando la vida á otros cristianos. Y como el Redentor del mundo haya declarado que si no perdonáremos que el Padre celestial no nos perdonará nuestros pecados, bien parece, cuán fuera de juicio andan los que no perdonan las nonadas que de sus prójimos padecieron, á trueque que Dios les perdone sus grandes y enormes pecados. Una gran alabanza leemos en la Sagrada Escritura del rey David, y es que se llama varon segun el corazon de Dios. ¡Válgame Dios! David ¿no pecó y cayó en adulterio y homicidio, lo cual fué contra la voluntad de Dios? Pues ¿cómo se le dá este título? ¿Sabéis por qué? David fué piadoso y supo perdonar grandes agravios: perdonó dos veces á Saul, rey de Israel, su perseguidor, y le pudiera matar y no quiso (2). Perdonó á su hijo Absalon, que se desterró de Jerusalen: y áun perdono á su caballero Semei cuando le maldecía, y mandó que no le tocasen. ¡Oh, varon segun la voluntad y condicion de Dios, hecho al molde de su corazon, pues tan propio es á Dios el perdonar, y este santo rey tanto imitó á Dios perdonando! Y de aquí es que una vez orando dijo: *Señor, acordaos de David y de sus mansedumbres* (3). Aquí en breve ofreció al Señor los grandes sacrificios que le había hecho, perdonando y sufriendo por su amor estos perseguidores que he dicho. Y es de notar que no alegó ayunos, no oraciones, no cilicio ni otras asperezas de penitencia, que este santo pro-

(1) Joan, v, 16.
(2) I Reg., xxvi, 12.
(3) Psalm. cxxxi, 1.

feta hacía, como parece en sus salmos; sinó alegó lo que sobre todo agrada á Dios, y es imitar á Su Majestad, perdonando y no vengándonos de nadie: *Las misericordias de Dios son sobre todas sus obras*, segun dijo este santo rey (1); y aunque en Dios resplandezca la justicia, castigando los malos, más parece que se esmera en la misericordia, pues ella revoca la sentencia dada en la sala y audiencia de la justicia del mismo Dios. Dice la justicia, y muy justamente: el ánima que pecare morirá (2). Responde la misericordia cuando el pecador apela doliéndose de sus pecados, haciendo penitencia, revocando la sentencia de la justicia, y dice: *En cualquiera día que gimiere el pecador, no me acordaré de sus pecados, vivirá vida y no morirá* (3). Todo esto vemos platicado en David cuando pecó, á quien luégo dijo el profeta Natan, en confesando su pecado: *El Señor ha traspasado tu culpa; no morirás* (4). Lo mismo en Ezequías, rey, cuando se volvió á la pared y lloró, al cual Isaías dijo como el Señor le había oido y que le otorgaba quince años de vida, y tambien salud cual la deseaba. Y finalmente, en la conversion de San Pablo, de San Mateo y de la bendita Magdalena (5). Todas estas son muestras muy claras, para que entendamos cuánto nuestro Dios se precia de ser misericordioso y de persuadirnos con palabras y obras á que imitemos á tan piadoso Padre.

Síguese lo segundo, que el gran Bautista aconsejó á aquellos caballeros, que deseaban salvarse: No hagáis calumnia á alguno. El que anda fingido y armado sobre malicia, este se llama calumniador: acá solemos llamar este vicio astucia, por

(1) Psalm. cxliv, 9.
(2) S. Thom., 1 p., q. 21, art. 3.
(3) Ezeq., xii, 21.
(4) II Reg., xviii, 13.
(5) Act., ix, 6.

la cual el cristiano debajo de color de buenas palabras, hace daño á su prójimo. Los filósofos en lumbre natural condenaron la astucia, y en sus éticas Aristóteles dice mucho mal de ella y siempre se entiende en mala parte (1). San Pablo dijo que no ignoraba él las astucias de Satanas. En manera que el astuto discípulo es del demonio, y de él aprenden todos los astutos á ser calumniadores de sus hermanos. *No andamos en astucia*, dice el Apóstol á los corintios (2). Quiere decir, con sinceridad andamos y muy á la clara, porque al cristiano le es muy propio andar como hijo de luz. Este pecado es muy aborrecible á Dios; y los hombres justos le abominan en gran manera. Y si Salomon dice que conviene que á los pequeños se les dé astucia, quiere decir aviso y hase de entender en buena parte, como este nombre prudencia se toma en buena parte y en mala: mas la astucia en rigor pecado es, y de ella usan los hijos de este siglo para sus intereses con daño del prójimo (3). De esta astucia nace el engaño, ejecutor de la misma astucia, lo cual todo se prohibe en esta palabra: á nadie hagáis calumnia, no seais engañadores, ni useis de falsedades.

El tercer aviso es: contentaos con vuestros salarios, Quiere aquí decir San Juan: de tal arte medid vuestros gastos, y tasad vuestro comer y vestir, que alcance á igualar con el recibo de vuestro acostamiento. Presupónese aquí que el salario era bastante, que el Imperio romano daba á estos caballeros, que estaban como en frontera para defensa del reino de Israel; y por tanto, que pusiesen freno á su avaricia y no buscasen por vía de fuerza lo que con buena conciencia no podían llevar. Uno de los grandes daños que pasa entre cristianos es que los señores no entienden tanto en dar á sus criados y oficiales lo que

(1) *Eth.*, 6, c. 6.
(2) II Cor., IV, 2.
(3) S. Thom., 2. 2, q. 55, art. 3.

han menester, cuanto en tener aparato de muchos que los acompañen y sirvan. Y es gran lástima, que como los salarios son cortos, dan ocasion que los sirvientes se aprovechen de la hacienda de los señores. Pluguiese á Dios que tuviesen diez personas y no veinte, porque teniendo lo que han menester no los necesitarían á hacer lo que no querrían hacer. Esta es gran cristiandad y gran prudencia; y los que quieren agradar á Dios y no á los ojos mundanos miran mucho este negocio. ¡Oh! dirán algunos señores: con su voluntad aceptó este salario; cumplido tengo pagándole. No basta, porque la necesidad le compelió á pasar por aquel pobre partido, en manera que casi fué no voluntario aquel concierto, y á más no poder. Y por esto no tienen licencia los criados para entregarse en la hacienda de sus amos; pero la caridad cristiana más ha de mirar á la necesidad que tiene el que sirve que al pacto que por palabras concertó. No sé qué diga en este caso, que hallamos señores que dan limosna como gente cristiana, y esto en cantidad, y toman más gusto en darla á los extraños que á sus criados ó vasallos pobres. Plegue á Dios que no sea alguna causa que la limosna hace allí más ruido, suena más en los oidos del mundo, y ménos cuando se da al criado ó vasallo. Deberían mirar los que así lo hacen que la Esposa en los Cánticos dice: *Haber el Amado ordenado en ella la caridad, cuando la llevó el Rey de la mano á la bodega del vino* (1). San Bernardo dice que esta bodega es la santa Iglesia y el vino abundante el amor de Dios. Y así el Espíritu Santo vino el día de Pentecostes en sóla una casa de Jerusalen y no en más. Descendió en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, que estaban en aquel cenáculo de Sion (2) donde el Hijo de Dios celebró la primera misa que se dijo en el mundo, y aquí fueron todos los discí-

(1) Cant., II, 4.
(2) Act., II, 3 y 4.

pulos embriagados de aquel dulce y santo vino, que dice Zacarías *que engendra vírgenes* (1) *y puras conciencias*. ¡Oh! si esta caridad estuviese concertada en nosotros, ¡cuán poco respeto tendríamos á que en limosnas fuese la trompeta del mundo delante, como aquellos hipócritas fariseos, dice nuestro Redentor! ¡Oh! ¡cómo miraríamos á quien más somos obligados y no á quien más lo agradece en esta vida! Lima sorda quiere el Señor que sea nuestra limosna, y que la mano siniestra no sepa lo que hace la mano derecha (2). Quiere decir nuestro Salvador en esta metáfora, que no lleve algun siniestro el bien que hacemos, no respeto del mundo, no fin bajo, considerando al que recibe por ganarle la voluntad, sinó por amor de Dios y para gloria suya.

Luego gran aviso es este que aquí da San Juan Bautista á los caballeros que le demandaban regla de vivir. Díceles que se contenten con lo que les viene de su renta ó salario, y que midan su gasto con lo que puedan llevar y no con el aparato del mundo. Y áun declárales que de aquí quede para dar limosna á los pobres, en la cual, segun hemos declarado, ha de haber órden, dando primero á quien somos más obligados (3). Y pues en la caridad es justo que haya órden, tambien ha de haber concierto en las obras pías que hace la caridad. El Señor, que todo este universo crió con tanto concierto y niveló estos elementos con tan admirable órden, dispuso estos cielos con tal artificio: ¿cuánto más era razon que ordenase en el alma cristiana la mejor hacienda y más rico tesoro que tiene el hombre, que es el amor? Nuestro Padre dice: mi amor es mi peso y con él voy donde quiera que voy. Nuestro valor y precio el amor de Dios y del prójimo es, y cuanto más amamos pesa-

(1) Zach., ix, 17.
(2) Matth., vi, 3.
(3) S. Thom., 2. 2, q. 26, art. 1.

mos más y valemos más en los ojos de Dios; y áun cuanto más el ánima ama, más obra para la gloria de Dios, y más ordenadamente hace todas sus obras, no teniendo atencion á la honra mundana, pestilencia que mata el ánima.

Todo lo dicho ha de ser regla y aviso para que los señores de vasallos hagan cristianamente su oficio, y con hacer lo que deben, ganen el señorío verdadero y perpetuo del cielo. No hieran ni lastimen á nadie por vía de venganza ni de pasion, ni usen de su poder desordenadamente. El tirano rey Acab, por consejo de Jezabel, su mujer, idólatra, mandó matar al varon justo Naboth, sobre un falso testimonio; mas su fin del rey era tomarle una viña (1), la cual él no había querido dar, para que se hiciese de ella una huerta. ¡Oh! ¡cuánto trabaja el demonio por hacer de nuestra alma huerta de pasatiempos y regalos, siendo ella viña del santo Naboth, Cristo, Redentor nuestro! Plantas son y cepas de su mano plantadas las tres potencias del ánima, entendimiento, voluntad y memoria, de las cuales quiere el Señor, que las plantó, fruto de fe, esperanza y amor. Pues los cinco sentidos corporales, ¿qué son sinó cepas que han de ser cultivadas y labradas con cuidado para que se empleen en servicio y alabanzas de nuestro Dios? *¡Oh, viña mia escogida, que yo te planté!* dice Dios; *esperé que llevases dulces uvas y diste agraces desabridos* (2). Otra traduccion dice: diste por fruto espinas. Así lo hizo la ingrata sinagoga cuando puso corona de espinas en la cabeza al Rey del cielo, nuestro Salvador. Habíale de dar gracias y alabarle por tantas mercedes que le había hecho, dándole doctrina tan alta, y sanándole sus enfermos, y resucitándole sus muertos; y ella le dió tormentos y muerte de cruz. Estas espinas le tornan á dar los pecadores, no viviendo como buenos cristianos, sinó

(1) III Reg., xxv, 10.
(2) Isai, II, 2.

blasfemando y maldiciendo y quebrantando la ley tan excelente de su divina Majestad. Todo esto es muestra que el demonio ha hecho de la viña de Cristo huerta, plantando florecillas de honra mundana, y prado de heno que presto se seca, como los deleites brutales. Mas el buen cristiano se ha de hacer fuerte, resistiendo al demonio, y, si menester es, dar la sangre y la vida ántes que ofender á Jesucristo.

Fué tirano aquel rey Acab en hacer cosa tan cruel, y así la que se lo aconsejó, aunque reina, murió la muerte despeñada de una ventana y comida de perros, estando ella muy ataviada y contenta mirando los que pasaban (1). Y si el rey Acab no hubiera hecho penitencia, Dios ejecutara en él su justicia, segun había hecho la amenaza por su profeta. Teman, teman los señores de la tierra al omnipotente Señor de todo lo criado, nuestro Dios, y miren cómo tratan sus vasallos, y entiendan que tienen dueño, y que responderá por ellos y castigará con rigor á los que les hicieren agravio. Ejemplo es este que hemos dicho de la rigorosa justicia que hizo Dios de la reina Jezabel, y áun la hiciera del rey Acab si no se remediara con la penitencia, para que los grandes señores teman la espada de Dios y no hieran ni maten á los que han de hacer tratamiento de hermanos, segun el mandamiento de Dios. Muy otra cuenta es el castigo que se da conforme á justicia, que este es acto de virtud y meritoria obra, cuando va delante el celo de la honra de Dios y se hace á fin de que el malhechor se enmiende, ó que en él tomen otros ejemplo y se retraigan de hacer mal.

Y áun se ha de tener un gran aviso, y es que debajo de sombra ó color de bien de república no se haga venganza de alguno. Quiero decir, que el demonio ha enseñado un arte muy sutil á los hombres vengativos, y es que debajo de color y

(1) IV Reg., IX, 34 y sig.

nombre de justicia venguen sus razones y mala voluntad. Tal fué aquel maligno de Caifas, que con atrevimiento y desvergüenza se levantó en aquel concilio desventurado; en aquél se trató la muerte del inocentísimo Cordero de Dios, Jesucristo. Dijo, pues, este blasfemo infernal: Vosotros nada sabéis y nada pensáis; conviene que un hombre muera para que todo nuestro pueblo no sea destruido. Aquí entendamos que nuestro Salvador tuvo votos en su favor y que aquel fariseo docto, Nicodemus, discípulo oculto, y Gamaliel y otros, algunos desapasionados y aficionados á la doctrina santísima del Señor, y admirados de sus milagros, defendieron la inocencia de Cristo, y dijeron que en ninguna manera se tratase de su muerte. Y contra éstos dice el enemigo de la verdad, Caifas, pontífice, que son ignorantes y que no saben lo que dicen. ¡Oh soberbia, que siempre fuiste mal criada, atrevida y descomedida! Guárdeos Dios del soberbio mando, que él piensa que lo sabe todo siendo ignorante, y contradice á los sabios, no con razones, que no las tiene, sinó con afrentas. Y aquí ha de tener gran cuidado el prelado y el que tiene señorío (si teme á Dios), que por ningun caso afrente á nadie. Esto puede la humildad, la cual siempre mira á todos como á hermanos; mas el soberbio echa fuego por la boca, á todos quiere poner debajo de los piés. Y de aquí es que este mal pontífice debajo de bien de comunidad escondía su malicia apasionada, queriendo vengarse de Cristo y quitarle la vida. La cual el Señor del mundo quería dar, no sólo por aquel rincon pequeño del reino de Israel, sinó por todo el mundo (como avisadamente lo nota San Juan); de manera que Caifas no es acabado: hijos tiene herederos de su maldad y los tendrá hasta que se acabe el mundo. Y estos son los que, teniendo mando, persiguen á sus hermanos, y porque no pueden al descubierto llevar adelante sus venganzas, fingen algun color de celo (aunque falso), al cual llama San Pablo celo sin ciencia (1). Y por este

(1) Rom., x, 2.

camino hacen sus hechos y ponen las manos en sus hermanos, no sin gran ofensa de Dios, el cual los entiende y les dará su pago á su tiempo y día, como le dió á Caifas y al falsario Júdas.

Mas han de advertir los señores que no hagan calumnia, esto es, segun ya dijimos en esta epístola, que anden muy á la clara, sin doblez y sin cautela. Escrito está del varon que tiene dobleces que será inconstante en todos sus caminos. Esta es gran pena y tormento que su propia malicia le da. No hay más cruel verdugo en esta vida que la fatiga que da el pecado y traicion al que la sigue; en nada tiene reposo, nien cosa alguna halla descanso: anda como rueda en continuo movimiento, sin saber de un momento de paz. Por tanto dijo de los malos el rey David: *A la redonda y como en cerco andan los malos* (1). Pero el que tiene sinceras entrañas, el que no sabe usar de astucia con su prójimo, éste goza de gran paz, anda reposado y vive contento. Paz grande tienen, Señor, los que aman vuestra ley y nada les escandaliza ni espanta. Esta es aquella paz que dijo el Apóstol, tan poderosa y de tanta excelencia, que excede y sube más que todos los sentidos. Levántase sobre todo lo visible, y sube el ánima al gusto de las cosas eternas é invisibles. Que bien dijo nuestro Padre: la paz es tranquilidad de órden y serenidad del alma. ¡Oh! ¡triste del pecador desordenado en sus palabras, deseos y obras! Pues se hace indigno de esta paz celestial, miserable de la conciencia tenebrosa y oscurecida de la tiniebla de la culpa, que esta no gozará de esta serenidad y luz de paz. Cosa es de notar cuánto Dios ama esta sinceridad y llaneza de corazon, y cuánto aborrece á los astutos y que son calumniadores de sus prójimos. Vemos esto manifiestamente en aquella alabanza que el mismo Dios hizo á aquel su gran amigo Job: *¿Has visto*

(1) Psalm. xi, 9.

á mi siervo Job, el cual es simple, recto y temeroso de Dios, y con vigilancia se aparta del mal (1)? Esto dijo nuestro Dios á Satanas, enemigo de los hombres, el cual había rodeado toda la tierra. Grandes son los títulos que el Señor da al varon justo Job y muy de notar (2). Llámale justo, que es un nombre de gran excelencia, el cual encierra en sí todas las virtudes. Aristóteles, hablando de la justicia, dijo que era una virtud universal que abraza á las otras virtudes cardinales: fortaleza, templanza y prudencia. Por tanto diremos que llamar á uno justo en la Sagrada Escritura es darle toda la honra y estima que se le puede dar. Es justo: luego no le falta cosa alguna ni le sobra, ni tiene de más ni de ménos, porque si le faltase ó le sobrase algo ya no sería justo: verdad es que á Dios se le da este título por excelencia y á sus amigos por participacion. *Justo sois, Señor, y recto es vuestro juicio*, dijo el rey David (3): porque Dios de tal arte es justo, que es la misma justicia y la regla y nivel por donde se ha de medir la justicia y la santidad de cada uno. Esto significaba aquel peso del santuario con que se pesaban los perfumes y dones que se habían de ofrecer á Dios (4). Peso y pesas tenía el vulgo para sus tratos; mas Dios por su peso quería que pasase lo que se le había de dar. ¡Oh, santo Dios! ¡cuán otro es el peso del mundo que el peso de Dios; qué falso el juicio de los hombres y qué verdadero el juicio de Dios, eterna y suma verdad! El mundo tenía por santos á los fariseos y sacerdotes; y nuestro Rey de gloria, Cristo, los condenó y llamó falsarios hipócritas. El mundo llamaba bienaventurado al rico avariento y desdichado al bendito pobre Lázaro llagado; mas el recto juicio de Dios al ricó condenó para el infierno y al justo Láza-

(1) Job, 1, 8.
(2) Job, 1, 7.
(3) Psalm. cxviii, 137.
(4) Levit., v, 15.

ro llevaron los ángeles al seno de Abrahan con gran honra. De aquí tenemos en cuán poco debemos tener los juicios vanos del mundo tonto y ciego, y en cuanto debemos estimar el juicio de Dios, el cual sólo es acertado. Quien quisiere ver los juicios perdidos del mundo y su ceguedad, lea la *Victoria del mundo*, que aunque es libro pequeño, allí puse los engaños de este gitano engañador. Quien canoniza á este santo varon es Dios, el cual le hizo justo, y por tanto no hay que dudar (1). Dice más, que es temeroso de Dios, no con temor servil, sinó filial, porque esta es regla cierta, que cuanto más un hijo ama á su padre, tanto más teme de enojarle. Y tales son los justos, los cuales, como aman mucho á Dios, se desvelan y trabajan de servirle y de agradarle, guardando su santa ley. Dice tambien el Señor que este varon santo era sin doblez, sincero y sin malicia, de entrañas sanas y puras, cuales las tienen los siervos de Dios; de donde nacía que huía del mal, apartábase de pecado y de toda ocasion de culpa.

Hasta aquí hemos tratado las condiciones que han de tener los caballeros y señores, segun el consejo de San Juan Bautista: no han de ser vengativos ni hacer engaño á alguno. Ahora se sigue la tercera condicion harto esencial. Contentaos con vuestros salarios, no queráis más de lo que de justicia os viene (2). La ley cristiana dulce es y nada es grave, y basta para entender esto considerar quién da la ley, que es Dios, suavidad infinita y dulzura eterna. *Suave sois Vos, Señor, y manso*, dice el profeta David, hablando con nuestro soberano Dios; tanto tiene Dios de dulzura, cuanto tiene de sér; y como es su sér infinito, forzadamente ha de ser fuente de suavidad infinita, y por ser tan suave, todo lo ordenó con suavidad y blandura admirable. Quiso que hubiese señores y vasallos, grandes y pequeños, pobres y ricos en el mundo. Y como la

(1) Job, I, 8.
(2) Luc., III, 14.

mano es más graciosa y áun más provechosa teniendo los dedos unos mayores y otros menores, y áun las estrellas del cielo no son iguales, así en los estados diversos resplandece la Providencia divina, su saber y su bondad. Los piés sustentan el cuerpo y los ojos guían á los piés, para que no tropiecen y se lastimen; y este es el oficio de los señores, encaminar la república, serle vista, y enseñarla que tenga concordia y paz y que nadie haga agravio á su prójimo. Y pues el Señor del mundo hablando de los predicadores dijo que el trabajador es digno que le den su salario (1), ¿por qué los señores y príncipes, por tanto trabajo como tienen de espíritu en administrar justicia y en conservar la paz, no merecen sus rentas, alcabalas y tributos de manos de sus vasallos? Y no sólo la razon demanda esto, mas el Rey del cielo en su Evangelio lo dijo y determinó, cuando aquellos discípulos tentadores que enviaron los fariseos, acompañados con los criados de Heródes, preguntaron al Señor si era lícito dar el censo ó tributo al emperador César, á quien el reino de los hebreos por sus pecados era tributario (2), Nuestro Salvador, con aquella clemencia admirable, y con la paciencia tan acostumbrada que siempre sufrió las injurias para enseñarnos á sufrir, aunque los llamó hipócritas tentadores, declarando que entendía sus pensamientos y traiciones, puso los ojos en nosotros, los cristianos, y respondió para nuestra enseñanza y dijo: *Enseñadme el dinero del tributo que pagáis.* El cual visto preguntó: ¿Cúya es esta imágen y este sobrescrito que tiene á la redonda? Ellos respondieron: es del emperador César. Ahora, pues, dijo Cristo Señor nuestro, dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. ¡Oh, Sabiduría eterna! ¡Oh, Bondad soberana, que no sólo con vuestra ley evangélica concer-

(1) Luc., x, 7.
(2) Matth., xxii, 17.

táis la república espiritual de las ánimas, sinó áun ordenáis y dais leyes para que la vida humana viva en paz y sosiego, sujetando los hombres á sus mayores y mandando que les hagan servicio y no les nieguen el tributo con tanta razon debido! Es aquí de notar que el pueblo hebreo daba sus primicias y diezmos á Dios, que lo mandaba así, para que los ministros del Templo, sacerdotes y levitas tuviesen alimentos bastantes. Y no obstante esto, manda el Rey de los reyes, Cristo, que den tributo al emperador que gobernaba y regía aquel reino. La razon es porque dar lo temporal el vasallo á su señor no estorba que el alma sirva y ame á su Criador. Y aunque es verdad que ellos como interesados no preguntaban sinó de lo temporal, Nuestro Señor mezcló lo espiritual en su respuesta, enseñándonos que en todas las cosas representemos y nos acordemos de Dios. Y si al señor terrenal se le debe servicio y tributo, porque nos rige y defiende de los enemigos, ¿cuánto más lo debemos todo lo temporal y espiritual á quien lo dió todo y es Señor de todo, nuestro Dios? A la misma sentencia y determinacion que Cristo dió en el servicio que se debe á César, responde San Pablo: *Mirad que á nadie seáis deudores, y amaos los unos á los otros; pagad á todos lo que les debéis, y dad honra, tributo y alcabala á quien la debéis* (1). Miren aquí los cristianos no carguen su conciencia, y aunque no se la pidan por no saberlo, paguen la alcabala y los tributos acostumbrados á su rey y á los señores que los gobiernan y rigen.

De estos señores habla ahora el gran Bautista, y les dice que se contenten con lo que de derecho les viene, que no pongan tributos nuevos, sinó que con lo acostumbrado se satisfagan. Censura hay que pone el Papa en este caso, y es razon que sea temida. Midan los señores sus gastos con sus rentas, moderen sus mesas, cazas y trajes y no tengan ocasion de afligir

(1) Rom., xiii, 7 y 8.

á sus vasallos, porque si el gasto demasiado son cincuenta mil ducados y el recibo es la mitad, menester es desollar y sacar sangre á los pobres. ¡Oh! ¡qué daños nacen de no seguir los señores este documento que San Juan les da! Ellos viven alcanzados y empeñados y en gran peligro de su alma, y los vasallos andan afligidos, aherrojados y desesperados. Cosa es muy de notar aquella demanda que los principales del reino de Israel pidieron al rey Roboan, hijo de Salomon. En muriendo Salomon, tercer rey de Israel, dieron peticion al hijo diciendo: Rey, sabe que tu padre nos impuso yugo gravísimo; haznos merced que lo disminuyas tú. Él oyólos y respondió: De aquí á tres días venid por la respuesta. Él tomó consejo con los viejos, los cuales le aconsejaron prudentemente: Rey, consuélalos y haz lo que te piden. Entró en consejo con los mozos y diéronle contrario parecer; y así respondió con gran aspereza al tercero día al pueblo. De donde resultó que de doce tribus que poseía Salomon, su padre, se rebelaron las diez y no quedaron sujetas á Roboan más de dos tribus, la de Judá y la de Benjamin (1). Claramente entendemos de aquí que Salomon, inventor de tantos pasatiempos superfluos, como él lo dice en su Eclesiastes, concluyendo que sus bosques, viñas, verjeles, estanques y cazas, todo era vanidad y afliccion de espíritu (2), él mismo se necesitó para poner yugo terrible de nuevos tributos á sus vasallos; y como el hijo quiso seguir las pisadas del triste de su padre, no le pareció bien el consejo tan sabio de los viejos, sinó el de los mozos, que por darle contento le aconsejaron mal, y así permitió Dios que cuasi todo el reino se le perdiese. De aquí sucedió otro mayor daño, que aquel malaventurado de Jeroboan hiciese aquellos dos becerros de oro en Samaria, para que fuesen adorados y nadie de

(1) III Reg., XII, 4, 5, 6, 7 y 8.
(2) Eccles, I, 2.

las diez tribus subiese al templo de Jerusalen á adorar y sacrificar al verdadero Dios de Israel (1).

¡Oh, avaricia maldita! ¡Oh, pestilencia abominable! ¡Cuán bien dijo el Apóstol de tí: *Los que quieren ser ricos, caen en la tentacion y en el lazo del demonio* (2)! Dos cosas dijo el Apóstol en las cuales los avarientos dan de manos en la tentacion y en el lazo. La tentacion es hacerse esclavos de los bienes terrenos, que es vileza grande y bajeza que decir no se puede, y tambien caen en el lazo de Satanas, dando en una desesperacion espantosa, así como lo vemos, por ejemplo, en Júdas, el cual con sus manos se ahorcó, siendo verdugo de sí mismo (3). Y si con las manos tomó los treinta dineros, por los cuales vendió á nuestro Tesoro y Redentor, con las mismas tomó la soga y se colgó el desventurado. Tal fin tienen los que su fidelidad ponen en la ganancia miserable de las riquezas, queriendo á costa de sangre de sus prójimos adelantarse en trajes, banquetes y en otras divisas mundanas, condenadas por ley de Dios. *¡Ay de vosotros que sois ricos en Sion, y confiáis en el monte de Samaria!* dice Dois (4). Y nuestro Salvador tambien los llora cuando dice: *¡Ay de vosotros los ricos, que aquí tenéis vuestra consolacion!* (5). Notablemente los declaró quién eran. Gente loca, que en estas cosas momentáneas paran y ponen su contentamiento y su fin. No los que tienen riquezas son miserables y dignos de condenacion eterna, que las riquezas no son malas, pues Dios las crió, ántes son instrumento y medio para ganar el cielo gastándolas en obras pías y remediando pobres. Por tanto, dijo el Señor *que*

(1) III Reg., XII, 28 y 31.
(2) I Tim., VI, 9.
(3) Matth., XXII, 50.
(4) Amos., VI, 1.
(5) Luc., VI. 24.

atesorásemos en el cielo tesoros incorruptibles (1). De aquí es lo que San Pablo dice, *quien tiene riquezas sea como si no las tuviese* (2); no haga caso de ellas ni ponga sobre ellas su felicidad. Bernardo escribe al Papa San Eugenio así: De lo que toca á las riquezas, no escribo, porque sé que las estimas como pajas. Muchos cristianos hay á quien Dios ha hecho esta merced, que no estiman los bienes de esta vida más de para sustentar su casa y familia, y lo demas reparten liberalmente y lo dan á pobres huérfanos y hospitales. Estos, no solamente, segun el aviso de San Juan, se contentan con lo que es suyo y es su propia hacienda y renta, mas de esto bien ganado son liberales, y reparten francamente con los necesitados. ¡Oh, gente dichosa! ¡oh, bienaventurados varones, que ponen los piés sobre las riquezas de este mundo, amando de corazon los bienes eternos, que jamas han de faltar! Estos, dice el Apóstol, *que usan de este mundo como si no usasen de él*, pasan como peregrinos que van á Jerusalen la celestial, madre nuestra y reina libre de los tributos de esta triste vida. Estos, finalmente, son los que, como el rey santo David, dan voces y dicen cada día y cada hora: *Peregrino soy como todos mis padres* (3). ¡Oh, gran confusion nuestra! Aquellos santos Padres iban como peregrinos en seguimiento de Cristo, prometido en la ley; y nosotros cristianos, habiéndose Dios humanado y peregrinado treinta y tres años en este mundo, áun no acabamos de salir de Egipto, menospreciando el mundo, caminando para la tierra santa y prometida á los predestinados, que es el cielo. Que bien dijeron Cleofas y su compañero á nuestro Redentor en aquel camino del castillo de Emaus: *¿Vos solo sois peregrino en Jerusalen, y no sabéis las cosas que han*

(1) MATTH., VI, 20.
(2) I COR., VII, 20.
(3) PSALM. XXXVIII, 13.

pasados en estos días? (1). Como peregrino se les apareció el Señor, porque peregrinaban en la fe y dudaban de la resurreccion de Cristo, segun dice nuestro Padre. Y áun parecióles peregrino, porque en verdad lo fué viviendo en esta vida. Como peregrino nació en el diversorio de Bethlehem, y luégo peregrinó en Egipto, retrayéndose del tirano Heródes. Como peregrino respondió á un mancebo que le quería seguir por respeto de interes. Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo tienen nidos, y yo no tengo donde reclinar mi cabeza (2). Y así fué que estando en la cruz no tuvo los brazos de su santa Madre para sentar su bendita cabeza cuando espiró. San Juan dice, que inclinó la cabeza para dar el espíritu al Padre mas esto fué estando colgado en la cruz (3).

A este santo peregrino sigan los señores de la tierra, imitando al santo rey David, que aunque era poderoso y gran señor, ni le detenía el estado, ni le ocupaban los bienes de este mundo, ni bastaba cosa criada para que su alma no volase con alas de fe y de amor, deseando poseer aquella ciudad gloriosa y celestial Jerusalen. Los que allí moran ya por firme esperanza, cumpliendo la ley de Dios, son los que llama San Pablo ciudadanos celestiales y domésticos de la casa de Dios (4). Y bien se llaman ciudadanos del cielo, pues dado que sus cuerpos están en la tierra, sus corazones y deseos moran en la gloria, ciudadanos son del cielo, porque ya gustan la suavidad de Dios, en cuya comparacion la dulzura de la miel es nada. Y áun gozan de una libertad y privilegio grande, que hechos á un espíritu por amor á su Criador, huellan y tienen en nada las honras, riquezas y pasatiempos vanos, que los mundanos vecinos de Babilonia con tanta agonía buscan y desean. ¡Oh,

(1) Luc., xiv, 18.
(2) Matth., viii, 20.
(3) Joan., xix, 30.
(4) Ephes., ii, 19.

gente animosa, gente fortísima, que no beben de las aguas de este mundo derribados en tierra, sinó con la mano á tasa, y con falta, porque sean dignos de gozar de la victoria, que el figurado Gedeon, Cristo, nos ganó contra los madianitas, demonio, mundo y carne! Estos quiebran sus cántaros castigando sus cuerpos, peleando contra sus malas inclinaciones nacidas del pecado y de tal manera pelean, que rinden su carne á su espíritu. De aquí es que resplandezca la lumbre de fe y de amor que estaba escondida, obrando obras santas, para ejemplo de los cristianos y para gloria del Padre celestial, segun nuestro Redentor lo manda en el santo Evangelio (1).

Verdad es que estos tres avisos eran bastantes para que cada un señor fuese buen cristiano y guardase la ley de Dios, segun el gran Bautista predicó á los caballeros en la ribera del Jordan (2). No herir á alguno, no usar de calumnia con su prójimo y ser contento el señor con sus rentas ordinarias y tasar sus gastos conforme á ellas, negocio grande es y gran servicio se hace á Dios. Mas porque los ejemplos valen mucho y mueven mucho, y sirven de dechados para sacar grandes virtudes, paréceme poner aquí un retrato en quien contemplen y un espejo excelente en quien se miren y se remiren los señores de la tierra; y es la historia de aquellos dichos reyes Magos, á los cuales debemos todos imitar, y más particularmente deben tomar por maestros á estos bienaventurados reyes los que son del mismo estado y tienen señorío en la tierra.

Grandes son los documentos y muy provechosos los avisos que de esta admirable historia, segun la escribe San Mateo, sacan los doctores santos. Tomaremos con brevedad algunos, aunque en el capítulo quinto del libro de la reina de Sabá notamos algo de lo que aquí se dirá con ménos palabras. Dice, pues, el Evangelista santo: *que como fuese nacido Jesus, rei-*

(1) MATTH., V, 16.
(2) MARC, I, 1.

nando Heródes, que vinieron los Magos á Jerusalen, partiendo de las partes orientales (1). Notad el cuándo nuestro Salvador nació para nuestro amparo y remedio: no en tiempo que reinaba David, rey justo; no cuando Ezequías, varon santo, ni cuando el famoso rey Josías tenía el cetro de Israel, el cual de ocho años hizo obras espantosas, derribó templos de ídolos, persiguió á los idólatras y ensalzó con ánimo varonil y generoso la santa fe y adoracion de un solo verdadero Dios; no quiso el Hacedor del mundo nacer cuando reinaban estos católicos y santos reyes, sinó cuando el tirano Heródes reinaba, bestia cruel, segun parece, en la crueldad que hizo matando tantos millares de niños para matar (si pudiera) un solo Niño, Jesus, Rey y Señor de todo lo criado, en lo cual entendemos la gran clemencia y bondad del que nacía para nuestra redencion; pues no por méritos del rey cruel que reinaba, ni por los de los hombres venía al mundo, sinó por su caridad inmensa. Desmerecido tenía el mundo por sus muchos y grandes pecados tan soberana merced, y no sólo no había méritos en los hombres para que Dios se humanase y naciese hecho hombre, mas había grandes deméritos. Todo lo dicho afirma elegantemente San Pablo: *Apareció la benignidad y la humanidad de nuestro Salvador y Dios: no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sinó por su misericordia nos hizo salvos* (2). Cuando Adan pecó, pareció luégo allí la justicia y rigor de Dios y dió voces contra los transgresores de su santo mandamiento, como acá la justicia va corriendo tras algun ladron para ajusticiarle; y así ellos se escondieron, y la causa que Adan dió fué haber oido la voz temerosa de Dios en medio del paraíso (3). Dice, pues, ahora el Apóstol: ¡Oh, hermanos cristianos! ¡oh! ¡dichoso el siglo nuestro! La benigni-

(1) MATTH., II, 1.
(2) TITO, III, 4.
(3) GEN., III, 9 y 10.

dad, la clemencia y la humildad de Dios ya andan hermanadas y unidas; ya la voz de leon que sonó en el paraíso terrenal es vuelta en voz de cordero; ya llora y gime nuestros pecados el Niño Jesus, Dios y Señor nuestro, el cual ántes que se hiciese nuestro hermano hacía llorar y gemir á los pecadores, castigándolos por sus pecados; ya, finalmente, como lo profetiza Isaías, *viven y conversan en paz el lobo y el cordero, y el cordero y el leon y la oveja mansa* (1). Quiero decir, que Dios omnipotente, leon bravo para castigar á los malos y hombre manso y piadoso, andarían hermanados, y de tal manera unidos, que dice San Juan: *el Verbo divino se ha hecho carne*, háse vestido de nuestra humanidad (2). En manera que siendo una sola persona la persona divina, hay en Cristo sér de verdadero Dios y sér de verdadero hombre. Y porque salgamos de engaño, y no pensemos ser cosa merecida haberse Dios hecho hombre y venir al mundo, avísanos ahora el Apóstol, y dice: No se nos ha hecho esta singular merced, hermanos, por las obras que hemos hecho, sinó por su misericordia admirable; nos ha enriquecido viniéndonos á redimir, tomando nuestras culpas sobre sus hombros y haciéndose sacrificio nuestro, para satisfacer al Padre por todas las maldades del mundo. ¡Oh! ¡cuánto debemos á tan piadoso Señor, y cuán ingratos le somos! ¡Oh! ¡qué cuenta tan rigorosa nos espera en la muerte y en el final juicio, mayormente á los cristianos, que tenemos recibida la preciosa joya de la fe y no vivimos conforme á lo que creemos! Por su gran caridad vino, como el buen Pastor, á buscar esta oveja perdida, que es el linaje humano. A padecer vino hambre y sed, dolores y muerte, para matar nuestra doblada muerte corporal y espiritual, dejándonos herederos en la vida eterna. Bendita sea su clemencia y su amor infinito; no parece sinó que de industria quiso nacer

(1) Isai., xi, 6.
(2) Joan, i, 14.

en tiempo de este mal rey, para ser luégo perseguido y padecer tantas muertes cuantos niños murieron en aquel reino por quitarle la vida á Él; y digo que padeció tantas muertes, porque aunque era niño tierno y de pocos días, era Dios eterno y entendía la terrible persecusion y pasaba por ella; y no sólo en cuanto Dios la sabía, mas segun que hombre padeció grandes trabajos en la muerte de aquellos bienaventurados niños. La razon es porque su alma santísima era bienaventurada y veía á Dios, y por tanto aquel niño, Jesus, era más sabio que Salomon ántes que naciese, y en los brazos de su sagrada Madre tenía cuenta con el gobierno de los ángeles en el cielo, y con todo el universo. Y como dice Salomon *que el que añade ciencia tambien aumenta el dolor* (1); y así vemos que siendo dos personas atribuladas ó perseguidas igualmente, más siente la tribulacion el que más vivo juicio tiene. ¡Oh, Niño Jesus! ¿qué sentían tus entrañas piadosas cuando los carniceros crueles arrebataban por fuerza los niños de los brazos y pechos de sus madres, haciéndolos pedazos allí delante de los ojos de las que con tanto dolor los parieron? ¡Oh! ¡cuántas madres fueron heridas y tambien murieron porque no querían dar sus niños á los verdugos! Todo esto, Señor mío, sabíades como Dios y como hombre y lo sentíades en el corazon, viendo una batalla tan cruel movida contra Vos. Y si estábades ya en Egipto, presente érades segun que Dios y vuestra santísima ánima en aquel espejo voluntario, que es el Verbo, del cual gozaba por beatífica vision, todo lo miraba y contemplaba, y con gran sentimiento se compadecía de los niños que padecían y de las madres y padres, que para su extraño dolor miraban un espectáculo tan nuevo en el mundo y tan lastimero. Cada niño sentía gran dolor cuando la espada le hería, cada madre gemía y lloraba, y cada un padre hacía lo mismo; y así cada uno

(1) Eccle., I, 18.

padecía la parte que le cabía de esta persecucion. Mas Vos, mi buen Jesus, á manera de mar Océano que se bebe todos los ríos, todos los trabajos y aflicciones de los padres y de los hijos que morían, recibíades en ese delicado y tierno corazon, y para todo y para más había en Vos amor y paciencia. Entenderemos todo lo dicho por una palabra que el Redentor del mundo dijo á sus Apóstoles, consolándolos y esforzándolos á padecer: *El que á vosotros os menosprecia á mi menosprecia* (1). Es decir, vuestros trabajos no son tan vuestros, que no sean tambien míos por el grande amor que os tengo. De aquí es que siendo vosotros honrados me honran á mí, y siendo vituperados me injurian á mí, y áun siendo azotados siento yo los azotes, y siendo vosotros martirizados me martirizan á mí. El padre padece en sus hijos, y Cristo era Padre de aquellos niños, y áun era Criador y Señor; la cabeza se compadece de los miembros, los mira y llora sus dolores. Luego siendo el Salvador cabeza de todos sus predestinados, sintió y lloró la afliccion terrible de aquellos niños. Mucho debe ser provechosa la tribulacion, pues el Señor del mundo no quiso nacer en el tiempo que reinaban reyes santos en Israel, los cuales deseaban y pedían su venida y le adoraran, sirvieran y trataran como á su Señor y Redentor. A todo esto dió de mano y menospreció todo regalo y buen tratamiento, queriendo nacer reinando este mal hombre Heródes, verdugo de niños y carnicero de inocentes. ¡Oh! ¡cuán léjos andamos de esta doctrina y enseñanza! ¿Quién no ama el buen tratamiento? ¿Quién, finalmente, no quiere ser amado de todos, acatado y honrado? Este tal que amare la tribulacion y se saboreare en la persecucion, un espíritu es con Cristo, discípulo suyo es, y áun hijo heredero del cielo le diremos. Este tal podrá decir con San Pablo: *Vivo, mas no vivo yo; vive en mi mi Redentor Jesucris-*

(1) Luc., x, 16.

to (1), amador de los trabajos, persecuciones y aflicciones, que tanto el mundo aborrece y la carne flaca tanto huye. Mas porque adelante se tratará en otra epístola del gran fruto que hay en los trabajos de esta vida, sigamos ahora nuestros santos reyes. Nació nuestro Salvador reinando Heródes; nació cuando Él quiso y cuando convenía que naciese todo el bien del mundo. Reinando el mal rey nos nació *el Rey de los reyes y Señor de los señores* (2), como le nombra San Juan. No sólo para que se declare su inmensa bondad y misericordia, y el ningun merecimiento que había en el mundo para dignamente recibir tan alta merced; mas para que nos manifestase que desde niño amó la cruz y se abrazó con ella, siendo perseguido desde la cuna, y con tan brava persecucion como hemos contado. En lo cual nos quiso persuadir lo que no queremos acabar de entender, y si lo entendemos no lo amamos, y es, que lo mejor de esta vida y donde más ganancia se saca no es ser honrado el cristiano, prosperado y de todos servido, sinó al contrario, ser maltratado por amor de Dios, abatido y perseguido (3). A éste llama el Evangelio bienaventurado y le manda que se alegre, porque grande es su premio, no en la tierra, donde todo vale poco y dura poco, sinó en el cielo, donde todo es eterno y precioso.

Nacido el Señor en el tiempo de Heródes, vinieron los Magos á Jerusalen. Muy poco nos va para la historia tratar aquí cuántos eran ó de qué tierra vinieron. Quien con sus ojos los ha visto en la ciudad de Colonia nos afirma que son tres, y fueron mártires gloriosos, y por tales son sus santos cuerpos muy estimados y visitados de los cristianos. Y está bien que fuesen tres, pues venían á dar el homenaje y ofrecer parias á Dios verdadero, trino en persona y uno en esencia. Tres hijos

(1) GALAT., II, 20.
(2) APOC., I. 5.
(3) MATTH., V, 12.

tuvo Noé, los cuales despues del diluvio poblaron el mundo: Sem, Cham y Jafet: y por tanto los tres Magos, siendo primicias de toda la gentilidad, manifestaron que todo el mundo había de recibir el santo Evangelio y que Cristo había de ser adorado y conocido por Redentor de los hombres. Estos son figurados en aquellos tres varones fuertes del ejército del rey David, las cuales con gran ánimo rompieron por el ejército de los contrarios y entraron en Bethlehen y sacaron agua de la cisterna que en aquella ciudad había y trajéronsela á David (1). Bien así estos santos varones, gigantes animosos por la fe y amor que tenían de Cristo, rompieron por todo, y no temiendo á Heródes ni su turbacion, entraron en Bethlehen y gustaron de la fuente de agua de vida, Cristo Jesus, de la cual deseaba el real profeta David beber, cuando dijo: *Hubo mi ánima sed de la fuente de agua viva, cuando vendré y me presentaré delante el rostro de mi Señor* (2). El rostro del Padre Eterno es su Hijo, y así dijo Él á San Felipe: *El que me ve á mí ve á mi Padre* (3). Y delante de este Señor del mundo se presentaron estos santos reyes, no temiendo el poder del tirano rey Heródes, porque el que ama de todo corazon á la Majestad divina no teme el poder finito y flaco de los gusanos de la tierra. De dónde vinieron es cosa dudosa. Unos dicen que de muy léjos, de Caldea y de Sabbá y de Arabia. Y así dice David: *Los reyes de Tarso y Dalais, Labernan y los reyes de Arabia y de Sabbá traerán dones* (4). Y segun esto podremos decir con San Agustin que dos años ántes que naciese nuestro Salvador les apareció la estrella, y en aparejarse para la partida y en venir tardaron hasta que á los trece días despues de nacido el Señor le adoraron en Bethlehen. La mis-

(1) II Reg, xxiii, 15 y 16.
(2) Psalm. xli.
(3) Joan., xiv, 9.
(4) Psalm. lxxi, 10.

ma sentencia es de San Crisóstomo declarando á San Mateo. Otros dicen que vinieron de más cerca, y que eran de la nacion y linaje de Balan, el cual profetizó esta estrella que nacería de Jacob (1). Quiere decir, que el Redentor del mundo, luz eterna, nacería del linaje de Jacob, y él enviaría su estrella como embajador que llamase á estos sabios varones, como á la verdad los llamó y guió hasta Bethlehen. Esta opinion sigue San Jerónimo. Y segun esto en trece días, con diligencia, pudieron llegar á Bethlehen sin milagro. Y que diga el evangelista que vinieron de Oriente no contradice á esto, porque aquella tierra de Balan está al Oriente, respecto de Jerusalen y Bethlehen. Bástenos tener entendido lo que el santo Evangelio dice, y si lo demas fuera menester, el Evangelista no lo callara; y pues no dijo cuántos eran ni de qué reino ó reinos vinieron, no era necesario que lo supiésemos. Este es estilo de la Sagrada Escritura, no curar tanto de menudencias cuanto de la verdad de la historia, que nos recuenta para informacion de nuestra santa fe y reduccion de nuestras vidas.

Llamarlos Magos San Mateo es decir que eran sabios y no que eran encantadores, como ahora llamamos á los magos en nuestra España. Los griegos llaman filósofos y nosotros llamamos sabios á los letrados: los latinos los llaman sapientes, y los caldeos los llaman magos, y tambien los egipcios les dan este nombre. De aquí es que los magos de Faraon, hombres de letras, fueron llamados para contradicer á Moises, como la Escritura nos avisa (2). Estos eran grandes filósofos y astrólogos, y como se daban á la contemplacion de las estrellas, y no á bajezas de tratos y vicios feos de la tierra, en ese mismo ejercicio que usaban les reveló Dios este altísimo misterio. Y como allí los magos de Faraon en la tercera señal que les

(1) Núm., xxiv, 17.
(2) Exod., vii, 11.

faltó su saber y su poder, qué fué hacer mosquitos, dieron voces y confesaron ser aquel el dedo de Dios, que obraba en las maravillas que hacía Moises (1); así, aquí estos sapientísimos varones, olvidados de sus reinos y letras, dan voces por Jerusalen, preguntando por el Rey y Señor nuestro, Cristo, para adorarle (2). Levantemos ahora el entendimiento y consideremos con que admiracion y encarecimiento dice San Mateo: *Mirad que unos sabios vinieron de las partes de Oriente á Jerusalen.* Calló el título real, porque las profecías se le dan. El rey David reyes les llama, segun ahora oimos. Isaías tambien dice: *Andarán las gentes en tu lumbre y los reyes en el resplandor de tu nacimiento* (3). ¡Oh! ¡válgame Dios! qué suave música y concertada armonía es lo que dicen los profetas y los evangelistas! Uno de los más excelentes argumentos de nuestra santa fe es el concierto grande de las Escrituras, Testamento viejo y nuevo, porque ellos son los dos querubines de oro que miraban al propiciatorio, y con tal primor los mandó Dios poner, que se mirasen uno á otro como grandes hermanos y amigos, que no quita el uno los ojos del otro (4). De oro fino es toda la Escritura santa, preciosa es y un mismo Espíritu Santo la ordenó. Y áun bien tienen los dos Testamentos nombre de querubin, que segun San Dionisio quiere decir plenitud de ciencia. Míranse el uno al otro, porque el santo Evangelio glosa es del Testamento viejo; aquélla es la figura y ésta es lo figurado. Por tanto el Evangelio calló la dignidad real de estos santos varones porque David é Isaías la habían declarado. De donde la santa Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, da voces con estas profecías, llamándoles reyes en la fiesta solemnísima de la Epifanía. Aunque otras veces, siguien-

(1) Exod., viii, 17, 18 y 19.
(2) Matth., ii, 2.
(3) Isai., lx, 3.
(4) Exod., xxv, 19.

do á San Mateo, los llama tambien Magos. Y es de notar que más los honró el Evangelio en llamarlos sabios que no si los llamara reyes, porque más vale y en más se ha de tener el saber y ciencia que no el poder. Los señores nacen reyes, mas no sabios: en manera que la ciencia se ha de trabajar y no heredar. Platon decía que era bienaventurada la república que era regida por varon sabio. Y porque en aquellos tiempos era muy usado que los sabios reinasen, echó mano San Mateo de lo más principal, que es la sabiduría, y llamólos sabios.

Aquella admiracion notemos ahora, que es cierto que es un encarecimiento admirable: *Mirad y considerad que vinieron unos Magos de Oriente á Jerusalen* (1). ¿Qué ponderáis, evangelista santo? ¿Qué hay que nos admire aquí? ¿El misterio soberano que nuestro Dios obró naciendo en Bethlehen hecho hombre nos dijiste con palabras comunes, y lo que obraron unos hombres decís con encarecimiento? Estemos atentos, que pues nos llama el Espíritu Santo, y dice que tengamos atencion, gran misterio hay aquí á la letra. Esta es una gran reprension contra los sacerdotes de la ley, doctores y fariseos, los cuales estando tan cerca de Cristo, no dos leguas, no le fueron á adorar y á servir, y estos reyes extranjeros, nacidos en la gentilidad, vinieron con gran trabajo y costa de Oriente, con tan gran fe, á servir y adorar al Mesías y Rey de Israel. Declaró esta gran negligencia el mismo Señor cuando les dijo una vez predicando: *Que la reina Sabá se levantaría contra ellos el dia del juicio y los condenaría, la cual vino de los extremos de la tierra á Jerusalen para oir hablar al sabio rey Salomon* (2): y ellos, teniendo delante al *más sabio que Salomon*, al que es sabiduría del Eterno Padre, no le querían oir ni seguir su santa doctrina. El centurion con su gran

(1) Matth., II, 2.
(2) Luc., XI, 31.

fe confundió la incredulidad de los hebreos, al cual alabó Cristo y dijo *que no había hallado tanta fe en Israel* (1). No entra en esta cuenta la fe de la purísima Reina del cielo, ni la de los Apóstoles. La Cananea tambien fué gran reprension para esta gente incrédula; por tanto alabó mucho nuestro Salvador su gran fe (2). De manera que la gran fe de los gentiles sirvió de reprension y castigo para los hebreos, pertinaces y duros en creer la venida del Redentor del mundo. De aquí es que con admiracion dice San Mateo: Mirad que los Magos vinieron de Oriente, y entraron en Jerusalen, buscando al Rey de los reyes, Cristo, para adorarle y para servirle.

Y áun habló admirándose en esta obra, porque aunque nuestro Dios hace obras grandes por nosotros, no parece que las encarece tanto. Obra era admirable é incomprensible hacerse Dios hombre, y en dos palabras la representó San Juan, diciendo: *El verbo divino se hizo carne* (3). Así aquí San Mateo como de paso dijo: *Siendo nacido Jesus en Bethlehen de Judá*. Y cuando recontó la venida de estos reyes, ponderólo y llamó á gran atencion. Precia Dios lo poco que hacemos, porque conoce nuestra flaqueza, y hasta una jarra de agua dada en su nombre dice que nos pagará con premio eterno. Lo mucho que Él hace no lo vende con muchas palabras, ni lo engrandece la milésima parte de lo que ello merece. ¡Oh! digamos así: ¿Qué corazon exagera el venir á adoraror á Cristo gente poderosa y generosa? Porque como son tan libres, tan criados á su voluntad, tan poderosos para seguir y efectuar sus malas inclinaciones y apetitos estragados, es gran maravilla que gente tan ocasionada para buscar el mundo y seguirle ande en busca de nuestro Salvador, le adore y sirva como á Señor y Criador suyo. Mirad, y con ojos abiertos lo conside-

(1) M., VIII, 16.
(2) MATTH., XV, 22 y 28.
(3) JOAN., I, 14.

rad, que estos varones, sabios y grandes señores, vinieron en busca del único Señor y Criador del mundo. Con gran razon lo ponderó el Evangelista, enseñado por el Espíritu Santo, y bien merecía ser tan encarecido.

Venir de Oriente no carece de misterio, porque de allí sale el sol cada día para alumbrar la tierra y dar fin á la noche oscura y ciega. Pues así convenía que el principio de la fe de la gentilidad, cuyas primicias eran estos reyes, saliese de Oriente, como nota San Juan. La fe santa luz es que alumbra y encamina las almas al cielo, figurada en aquella columna de fuego que guiaba á los hijos de Israel por el desierto, hasta que entraron en la tierra de promision, que era el fin de su jornada. Y es de notar que de día les hacía sombra, porque no les enagenase el sol, y de noche era fuego que les alumbraba y enseñaba el camino. ¡Oh, fe santa! ¡Oh, soberana columna del cielo dada á los cristianos! Tú eres nube que templas el calor demasiado y lumbre que alumbras nuestra alma. En las prosperidades y honras nos humillas, enseñándonos que demos gloria á Dios y que no presumamos; y en las adversidades y trabajos nos abres los ojos, para que no tropecemos ni caigamos caminando por el destierro de esta vida peligrosa. ¡Oh, cosa admirable! De Oriente parten estos dichos reyes y á Oriente buscan. Porque el Profeta Zacarías, hablando de Cristo Señor nuestro, dijo: *Mirad un varon, que se llama el que nace* (1). Cristo nuestro Salvador, varon fortísimo se llama el que nace, porque segun que es Dios nace en eternidad del Padre, Dios de Dios, y lumbre de lumbre eterna, igual á Él en poder, saber, bondad y deidad. Esto es lo que el mismo Señor dijo por San Juan: *Yo y mi Padre una cosa somos* (2), una misma cosa en esencia y deidad, mas Él es Padre y yo soy su

(1) ZACH., VI, 12.
(2) JOAN., X, 30.

Hijo. Nace, pues, del Padre celestial, y tambien nace de la Vírgen Santísima su Madre, segun que es hombre concebido por obra del Espíritu Santo: luego bien le asienta el nombre que le dió Zacarías diciéndole que Él es el Oriente ó el que nace: y así como naciendo del Padre, que le engendra por vía de entendimiento, de sustancia, nace sin alguna corrupcion ni agravio del Padre, convenía que naciese de su purísima Madre sin agravio de su virginidad.

Noten aquí los señores, pues, que esta divina historia es tan suya, y habla particularmente con ellos, que dice San Mateo: venir estos reyes de Oriente quiere decir que partieron de léjos. San Lúcas dice: *los pastores vinieron de cerca* (1). Esteban unos pastores en aquella region y campos de Bethlehem, velando y guardando su ganado, y á ellos vino el ángel y les dijo: *Yo os doy nueva muy alegre para todo el pueblo, porque hoy os es nacido el Salvador Cristo y Señor* (2); y luégo esa noche vinieron á adorarle á Bethlehen. Y áun dice más San Lúcas *que vinieron aprisa* (3). ¡Oh, pobres dichosos! alegraos, tened paciencia y dad gracias á Dios, que estáis cerca de Cristo, pobre en Bethlehen y en un diversorio nacido. Alegraos, que sin riquezas, ni aparato de mundo, iréis como los pastores corriendo al cielo. *Bienaventurados los pobres de espíritu, por que de ellos es el reino de los cielos*, dijo de vosotros este Rey celestial, si le amáis y servís: A vosotros vienen los ángeles á consolaros y daros alegres nuevas cada día, y ahora porque escrito está que Dios conversa y habla con los humildes y pobres. ¡Oh, pobreza santa, tan amada del Hacedor del mundo, tan estimada que contigo nace, contigo vive treinta y tres años, y contigo muere en la cruz desnudo el que viste los cielos de estrellas, los campos de flores diversas y las aves cubre de plumas: con-

(1) Luc., II, 8.
(2) Luc., II, 10.
(3) Luc., II, 16.

tigo, finalmente, es sepultado el que tomó sepulcro ajeno, porque en todo quedase canonizada y estimada de los buenos cristianos, amadores de Cristo, Padre de los pobres! A los pastorcitos, olvidados del mundo, pobres, y no estimados de los hombres, envía el Señor de los ángeles su ángel embajador de la más excelente nueva que jamas oyó el mundo, porque estaban cerca, en aquella region de Bethlehen, cerca por pobreza y humildad, y así vinieron luégo, y con gran presteza y alegría: mas los señores parten de léjos y así tardan en venir á Bethlehen. ¡Oh! ¡qué léjos están los palacios ricos y dorados de aquel diversorio donde nació todo nuestro bien, Cristo! ¡Cuán léjos la cama delicada y blanda y rica, del pesebre duro donde la Vírgen santa reclinó al Rey de la gloria! Muy léjos andan los trajes mundanos, las invenciones, que cada día se inventan de aquellas pobres mantillas y fajas con que está envuelto el que viste á los ángeles de gloria! ¡Léjos están, finalmente, las danzas y fiestas ricas y cantares vanos de las lágrimas y gemidos que en aquel portal de Bethlehen nuestro Señor dió gimiendo nuestros pecados! Mas aunque esto sea así, no desmayen los señores; estrella tienen de Cristo; síganla. Fe tienen de la mano del Redentor impresa en el ánima; mírenla siempre; y conforme á la luz y tan excelente norte, que faltar no puede al que la sigue, piensen y hablen y obren obras cristianas. Digan, digan con el santo rey David: *Señor, en vuestra lumbre veremos la lumbre* (1). Dios mío, con la lumbre de fe que nos habéis dado veremos la lumbre eterna, que sois Vos, cuya centella de luz revelada es la santa fe que tenemos. Caminen todos los señores con estos benditos reyes, sigan su estrella, que los alumbra y enseña á ejercitarse en obras pías y santas, que al fin de la jornada, acabada esta vida, verán y adorarán al Señor omnipotente, Cristo Jesus.

(1) Psalm. xxxv, 10.

Llevando esta estrella, guía celestial, delante, entraron en Jerusalen, y el pregon que dieron y lo que á voces decían era: *¿A dónde está el que es nacido Rey de los hebreos? Vimos su estrella en Oriente y hemos venido á adorarle* (1). Dice San Agustin, admirándose de estos excelentes reyes: Manifiestan y juntamente preguntan, buscan y creen estos sabios varones; dan nueva en Jerusalen que ya es nacido Cristo, y preguntan el lugar donde está para verle y adorarle. Y para autorizar su buena venida, y que sepan que con gran causa han salido de sus tierras, declaran el mensajero del cielo, que los ha llamado para venir á adorar al nuevo y excelente Rey de Israel: *Vimos su estrella en Oriente y le venimos á adorar*. Nuestro Padre San Agustin dice que no era alguna estrella del cielo, sinó que la novedad del parto virginal fué causa que apareciese nueva estrella á los reyes. Esto se prueba ser así porque estotras estrellas están léjos de la tierra y esta estaba cerca. Todas las otras estrellas muévense desde Oriente á Occidente despues que Dios crió el cielo y las dió este órden, y la estrella de los Magos movíase de Septentrion hacia el Mediodía, porque Persia respecto á Jerusalen tiene este asiento. Demas de esto las estrellas se ven de noche y no de día, y esta era vista así de día como de noche. Finalmente, las otras estrellas, sin tener respeto á rey ni emperador en la tierra, van con gran priesa al paso de su cielo, que no hay saeta en el aire que lleve tanta velocidad; y esta andaba cuando los reyes andaban y detenía-se cuando ellos paraban. Y así dice San Mateo: *que en saliendo de Jerusalen la tornaron á ver, y que iba delante de ellos hasta enseñarles la casa donde estaba el Niño Jesus* (2). Los que dicen que era el mismo ángel que apareció á los pastores, el cual resplandecía á manera de estrella, no dicen mal, por-

(1) Matth., II, 2.
(2) Matth., II, 9.

que se movía con razon y conforme á cosas que enseñaba tener entendimiento. Mas lo que Santo Tomás dice ser más probable es que fué criada de nuevo para este efecto y podía regirla un ángel, como entendemos que gobernaba aquella columna de fuego, que guiaba é iba esperando á los hijos de Israel en el desierto (1). Y bien está que naciendo Cristo parezca luz y fuego en el cielo, porque su reino ha de consumir todos los reinos de la tierra, y el imperio de este Señor jamas tendrá fin, como Daniel lo profetizó y el ángel Gabriel lo declaró á nuestra Señora en Nazareth.

De aquí tendrán entendido los que vanamente miran los planetas y ponen no sé qué fortuna ó hados, diciendo que la constelacion ó planeta en que alguno nació es causa de sus trabajos y áun de sus pecados, esta es blasfemia grande y áun más que gitanería. Todo lo gobierna Dios con su providencia, como dice el Sabio, y un pajarito no cae en el lazo sin la voluntad del Padre celestial, segun afirma nuestro Salvador en el Evangelio (2). En manera que todos los trabajos nos vienen de mano de Dios, que es Padre y nos castiga para que no nos perdamos; por tanto dijo el santo Job: *Si los bienes recibimos de la mano del Señor, ¿porqué no recibiremos los males y tribulaciones* (3). Démosle gracias por todo; volvámonos á Él cuando nos aflige, porque la tribulacion buena es, pues nos hace buenos siendo malos ó nos hace mejores siendo buenos. Y porque nuestro Dios crió al hombre libre y señor de sí mismo no se puede entender que haya estrella en el cielo que le compela á que haga mal ni bien. Mala y áun maldita sería la estrella que compeliese al ánima para que ofendiese á Dios, Criador de todas las estrellas. Esta razon es de San Juan Crisóstomo y es muy excelente. Nuestro Dios crió todas las cosas,

(1) Exod., xiii, 21.
(2) San Thom., 1, p., q. 20, art. 2.
(3) Job, ii, 10.

y habiéndolas criado las miró y dióles su bendicion, y eran todas en gran manera buenas; luego ningun planeta basta, ni puede compeler al libre albedrío, ni ser causa del pecado que alguno hace. Otra razon hay por que los agoreros y miserables que vanamente afirman haber hado se deben confundir. La Sagrada Escritura persuade y amenaza que nos apartemos del pecado y hagamos penitencia; si no fuésemos libres para lo uno y para lo otro ¿para qué los profetas y los Evangelios y toda la Escritura persuaden á esto? Luego desatino es de los priscilianistas y el de los desventurados que ponen hado. Teman los tales aquella amenaza que el rey David contra ellos pone: *Destruiréis, Señor, á todos los que guardan y siguen las vanidades por demas* (1). Miran los planetas y constelaciones del cielo, las señales del rostro y de las manos, vana y locamente y sin utilidad alguna, sinó con grande ofensa de Dios y daño de sus conciencias. Destruirálos el Señor, condenándolos para el infierno, si no hicieren penitencia.

Dos cosas (si bien lo consideramos) entendieron estos gloriosos varones en la vista de esta estrella. La primera, que el Rey soberano, Cristo, era nacido. La segunda, que como gran Señor los llamaba que le viniesen á visitar y adorar.

Devota contemplacion es la que algunos dicen, que dentro de la misma estrella vieron una señora de gran refulgencia con un niño en los brazos, más gracioso que el sol, y roboles esta vista de tal arte los corazones, que luégo determinaron (inspirándoselo el Señor) de salir de sus reinos y venir á visitar, á servir y adorar á tan alto y admirable Rey. Todo esto es posible; mas la manera como fué no la sabemos con certeza, más de lo que aquí nos dice el Santo Evangelio, y es que vieron la estrella del Niño Jesus, Rey de los hebreos, y que

(1) PSALM. XXX, 7.

vinieron á adorarle (1). Es aquí de advertir *como los cielos recuentan la gloria de nuestro Dios*, segun dijo David (2). Ya callaban los profetas y hablaban los cielos. Un ángel del cielo avisó á los pastores de este profundo misterio, y una estrella llamó á los reyes Magos: todos son embajadores del cielo, porque el que nació en Bethlehen el Señor del cielo es. En el pesebre estaba reclinado y resplandecía en el cielo, como pondera en un sermon San Agustin. Esta diversidad de llamamientos tiene misterio, segun nota San Gregorio. A los pastores, como á gente que adoraba á Dios, háblales un ángel bienaventurado, dando razon del admirable misterio y natividad de Cristo, y á los Magos, que eran idólatras, llámalos como á gente muda, como por señas, con la estrella. ¡Oh, clemencia soberana de Nuestro Señor! ¡cómo responde á las inclinaciones de los hombres! Estos reyes sabios trataban del cielo y de sus estrellas, y así los llamó por estrella. De aquí es que el Señor del mundo ordenase tantos estados en su Iglesia para que cada uno siga á lo que se inclina más para servir á Dios y por aquel camino le halle. Si quiere ser casado, séalo en buen hora; sea leal en la vocacion que sigue y cumpla los mandamientos y se salvará. Si quiere ser continente más libertad tendrá para servir á Dios (como dice San Pablo) y más gozará en el cielo con Cristo (3). Si le place ser eclesiástico, santo estado es, sígale y cumpla con tan gran oficio, que gran premio tendrá. Y si, finalmente, lo quiere todo dejar por Cristo y entrar en una religion reformada, obra apostólica hace en sacrificarse á Dios, dando la fruta y el árbol juntamente al Señor. Y porque unos se inclinan á más estrecha vida que otros, hay órdenes mendicantes y hay Cartuja, para que tome lo que más le agrada y á lo que más se inclina, ó por mejor decir, siga aquello

(1) Matth., II, 2.
(2) Psalm. XVIII, 1.
(3) I Ad Cor., VII, 32.

á que más el Espíritu Santo le mueve. Y esto quiso decir Ezequiel cuando dijo: *Que aquellos santos animales iban á donde el ímpetu del espíritu los llevaba* (1). Por aquí entenderán los padres cuán mal hacen en violentar la voluntad é inclinacion buena de sus hijos, siendo llamamiento de Dios lo que ellos desean seguir. Vanles á la mano que no entren en religion, pareciéndoles que les entierran el día que les dan el hábito; y de la misma manera los lloran, bien como padres de la carne y no del espíritu, el cual cría Dios de nada, dándole su imágen y similitud. Otras veces para dar mayor casamiento á una hija llevan, á pesar suyo, la otra á ser monja. Esto ya no se puede hacer sin caer en excomunion mayor despues del santo Concilio Tridentino, el cual pone censuras contra los tales. Puédenselo rogar y persuadir blandamente, y merecen con Dios en esto por ser el más perfecto de los estados la religion. Mas compeler á las doncellas ni viudas que sean religiosas, no sólo es pecado mortal, mas el que lo hace está excomulgado anatema. A los hijos varones cosa santa es y meritoria inducirlos á que sean religiosos. Por tanto, dice Santo Tomás que nuestro Salvador decía: *Dejad venir á los niños, dejadlos que se vengan á mí, porque de estos es el reino de los cielos* (2). A San Juan Evangelista sacó (siendo mozo) de las bodas de Caná para su apostolado, segun San Jerónimo y San Agustin dicen; y éste fué el más amado y más regalado de Cristo, en tanto que le dió su pecho en la cena para que reposase (3). Y áun á este santo y vírgen le dió la mejor pieza que tenía cuando murió en la cruz, dándole por madre su propia y sagrada Madre. Llamó, pues, el Señor á estos santos reyes por aquello á que ellos eran inclinados, miraban al cielo, contemplaban el movimiento de las estrellas, llamólos y convirtiólos

(1) Ezech., 1, 12.
(2) S. Thom., 2, q. 189, art. 4.
(3) Joan., xxi, 20; xix, 27.

mediante una estrella, segun ya hemos declarado. ¡Oh, dichosos varones, dice San Leon, Papa, que áun no habéis visto á Cristo y ya ponéis la vida á peligro por Él, nombráis rey en tierra ajena, reinando Heródes! Mirad que parece atrevimiento grande. Dirán ellos lo que la Esposa en los Cánticos: *Fuerte es como la muerte el amor* (1). Amamos tanto á este Señor que nos llama, que una y mil muertes padeceremos por su servicio y amor. No tememos al poder terreno los que creemos y amamos de corazon al Rey del cielo.

Y es de notar que este título de Rey la gentilidad se lo dió siempre á Cristo y la sinagoga trabajaba por quitárselo. Aquí le llaman Rey de los hebreos, y Pilatos mandó escribir este título en lo alto de la cruz, en tres lenguas, hebraica, griega y latina (2), las cuales se usaban por todo el universo, para que se declarase que todas las naciones del mundo habían de adorar y sujetarse á la ley de nuestro Salvador. Y áun dando voces los perseguidores, y suplicando á Pilatos que no se escribiese aquel título real así él, como enojado, dijo que no quería, sinó que como lo había escrito se había de quedar. ¡Oh! ¡cosa admirable! cuando Pilato se le enseñó azotado y con una púrpura vestido y coronado de espinas, con una caña por cetro en la mano, dió voces, segun dice San Juan, y dijo: Veis aquí á vuestro Rey. Entonces le negaron., y dijeron: *No tenemos á otro rey sinó á César* (3). Por donde entendemos que la fe de la gentilidad había de ser grande y leal, y la infidelidad de la sinagoga espantosa, pues negó á su propio Rey y Señor Cristo, Jesus. Esta es aquella terrible amenaza que el Señor les hizo cuando les dijo: *En verdad que os ha de ser quitado el reino y se dará á una gente que hará fruto con él* (4).

(1) CANT., VIII, 6.
(2) LUC., XXIII, 38.
(3) JOAN., XIX, 15.
(4) MATTH., XXI, 43.

Esta gente dichosa es la gentilidad, de la cual se pobló esta santa Iglesia romana, única esposa del Rey del cielo, Cristo: á la cual dió el reino de la Escritura Sagrada, los sacramentos y la gracia, y el poder para absolver de los pecados que tienen los sacerdotes. Honró la gentilidad con título de Rey al Señor, y Él dió título de reina á ella, honrándola en la tierra, para honrarla perpetuamente en la gloria. *¡ Oh, Rey mío y Dios mío!* decía David (1); y así lo diré yo. ¡Oh, buen Jesus; siempre sin cesar Vos reinad en mi corazon, y no tenga el tirano Satanas ni el mundo algun dominio en mi alma. Vos mandad mi entendimiento, regid mi voluntad con vuestro santo amor, y emplead mi memoria con la consideracion y acuerdo de vuestros beneficios, creacion, redencion, conservacion y glorificacion que de vuestra divina mano recibir espero; mis sentidos todos Vos los gobernad y mandad, porque la vanidad no los lleve tras sí. Vivid Vos en mí para que yo viva en Vos amándoos de todas mis entrañas y corazon, Majestad infinita, Señor y Rey de todo lo criado.

Mas como la soberbia tiene costumbre de ser sola y de enseñorear y mandar, Heródes, rey, túrbase al oir la tal nueva, y espántale la pregunta de estos santos reyes, los cuales no le buscaban á él, sinó al nuevo Rey nacido, Señor y Rey de aquel reino.

Antes que tratemos de la turbacion de este mal rey será bien considerar que, llegando á vista de aquella famosa ciudad de Jerusalen, perdieron de vista la estrella que los guiaba y los consolaba por todo aquel camino tan largo, y ahora que entran en Jerusalen ven turbado á Heródes y á todos los principales de la ciudad (2). Veis aquí una tribulacion sobre otra y un desconsuelo sobre otro. ¡Oh, Cristo Jesus! ¡oh piadoso Señor! ¿qué quiere decir esto? Los sacasteis de su tierra y

(1) PSALM. V, 3.
(2) MATTH., II, 3.

ellos vienen á serviros y adoraros; y ahora en tan gran peligro parece que los dejáis, faltándoles la guía del cielo y viendo turbado á Heródes y á toda la ciudad. Entendamos esto: jamas Dios desampara á los suyos que de Él confían; firmado lo tiene de su mano y jamas faltará su divina promesa: *Con el justo estoy en la tribulacion; yo le libraré y le glorificaré* (1). El mundo pone en grandes trabajos á los suyos, mételos en grandes peligos, y como traidor déjalos burlados y desampáralos. Nuestro Dios es leal amigo, y tan fidelisimo, que dice el Apóstol (2): *Que no consiente que seamos tentados más de lo que con su gracia podemos sufrir, y saca de la tentacion fruto.*

Muchas razones hay por que la estrella se les escondió. La primera es para que entendamos que cuando buscáremos los favores de la tierra, justamente nos ha de faltar el favor del cielo. Y de aquí es que reprende muchas veces Dios á su pueblo, porque confiaba en el cayado de caña cascada de Egipto (3). Este mundo Egipto es tenebroso, y todo el favor de los hombres no sube de caña vana y cascada, pues sus riquezas y deleites y honras tan en un punto perecen. Pierden los Magos de vista el favor que traían, mirando la estrella, cuando buscan el favor del rey Heródes para adorar y ver al Rey del cielo. O digamos así, que sin culpa alguna de estos santos reyes, la estrella se ausentó, ordenándolo así nuestro Salvador. Lo primero, porque faltando aquella guía entrasen en Jerusalen y despertasen aquella gente dormida, los doctores de la ley y sacerdotes. Los cuales, viendo que la profecía de Jacob era cumplida, pues ya no reinaba alguno del linaje de Judá, sinó Heródes, que era de nacion idumeo, y áun tambien las setenta hebdómadas de años que dijo Daniel eran ya acabadas, entendiesen ser ya venido el Mesías prometido y deseado por los

(1) Psalm. xc, 15.
(2) I ad Cor., x, 13.
(3) Isai., xxxvi, 6.

profetas. Lo segundo, porque la revelacion entónces será de Dios y cierta cuando se confirmare por la Sagrada Escritura. Por tanto, San Pedro cuando en su epístola dice que oyó la voz del Padre en la transfiguracion y con sus ojos vió aquel admirable misterio luego dijo: *Mas mirad que tenemos más firme palabra en la profecía y hacéis bien en poner los ojos en ella, así como el que mira una lámpara encendida que está en un lugar oscuro* (1). Mucho es de notar aquí esto que San Pedro dice, probando aquella verdad y revelacion ser así con la escritura de David, el cual en un salmo dice en persona del Padre que habla con su Hijo nuestro Salvador Jesucristo: *Mi hijo eres tú y yo te engendré hoy* (2). Pues para que la revelacion hecha á los Magos por la estrella se confirme por la profecía de Micheas, fáltales la estrella cuando entran en Jerusalen. Y parece esto así, porque habiendo hablado la profecía (3) y dicho que en Bethlehen había de nacer Cristo, les volvió á parecer la estrella y fué delante de ellos. Así parece que calló la señal del cielo, en tanto que hablaba la profecía, haciéndole acatamiento y reverencia. Tambien diremos que desapareció la estrella, que significa la lumbre natural, cuando la Escritura Santa, que representa la fe, hablaba. Porque es bien que nuestro entendimiento se rinda y que la razon ponga silencio cuando habla la señora y reina, que es la fe. Esto es lo que dijo San Pablo: *Cautivad vuestro entendimiento en el servicio de Cristo* (4). Por esto la soberbia de los infieles va adelante, y la pertinacia de los herejes cada día crece, porque no sujetan su flaco entendimiento á nuestra santa fe. Documento de gran estima es el que da San Agustin: *Hermanos, entendamos, y vuele nuestro entendimiento en tanto que podemos, y cuando*

(1) II Petr., 1, 17 y 19.
(2) Psalm II, 7.
(3) Mich., v, 2.
(4) II Cor., x, 5.

más no pudiéramos, creamos. No hay más que decir para nuestra humildad y aprovechamiento acerca del negocio admirable del creer. Nuestra razon natural y nuestro entendimiento, pues Dios nos lo dió, escudriñen con humildad y contemplen las obras de Dios, tiendan las alas cuanto pudieren, mas á donde les falten las fuerzas trábense de la fe. Aquellos santos animales iban á más volar; mas en oyendo la voz que sonaba de lo alto del firmamento, dice Ezequiel que bajaban las alas (1). En sonando la Sagrada Escritura, voz de Dios, coja sus alas nuestro entendimiento, cierre los ojos la razon y de lugar á la santa fe, como aquí lo hizo la estrella cuando hablaba la profecía de Micheas.

Túrbase Heródes con la alegre nueva que traen los santos reyes. Preguntémosle el por qué, y díganos él la causa de su turbacion. ¿Dí, tirano, de qué te turbas? ¿Un niño recien nacido te pone miedo? Mira, desventurado, que este Rey celestial viene á dar y no á tomar. Señor del universo es, y no quiere tu rinconcillo adonde reinas. Rey es, mas no segun los reyes de este siglo: en los corazones viene á reinar por fe y por amor. No viene á ser honrado con púrpura, ni con cetro de oro, ni con corona de pedrería preciosa. Viene á ser vituperado, para honrarnos, y á ser burlado como Rey, para merecernos el reino celestial. No hay de qué haber envidía, aunque le llaman Rey los Magos, porque su cetro ha de ser una caña hueca, representadora de nuestras vanidades, y por las cuales viene á padecer. Su vestidura real una púrpura vieja ha de ser; su corona, dolorosa y de espinas, para darnos la guirnalda de rosas en la gloria que jamas se secarán. Y porque su reino es eterno y jamas tendrá fin le pondrán la corona en su delicada cabeza, fijada como con clavos, que tales eran aquellas espinas, y no como las coronas de los emperadores y reyes

(1) Ezech , 1, 24.

de la tierra, que un cierzo de la muerte las derriba. ¿Qué te espanta, triste soberbio? ¿Qué tienes, ó qué sientes? ¡Ah! dice Heródes, que mi mala conciencia me atormenta. Este reino tengo tiranizado; el que es nacido es Rey natural; temo que me desposeerá á mí y á mis herederos; por tanto, no puedo tener un momento de paz.

¡Oh soberbia infernal! ¡oh ambicion satánica, atormentadora de los que te aman y siguen! Tenía el príncipe Aman todo el favor del mundo con el rey Asuero; mandaba la casa y el reino: y porque un hebreo no le adoraba, hincando las rodillas cuando entraba en palacio, no tenía sosiego, ni comía, ni bebia, ni dormía sin tormento. En tanto, que se quejó en su casa, y no lo pudo sufrir (1). ¿No miráis qué tributaria es la soberbia? ¿Qué niñerías le afligen y qué nonada le atormenta? Tal era este mal rey: sus pensamientos le rasgaban las entreñas, y sin por qué, su falso temor le atormentaba el corazon. San Pablo dice que la conciencia de los malos les da reprension y les arguye (2). ¡Oh, fiscal riguroso, la mala conciencia, gusano, que dice Isaías *que áun en el infierno atormenta y jamas morirá* (3), si aquí no le ponen el cuchillo de la penitencia! El Señor nos libre de turco tan cruel; y no sólo él se turbó, mas áun toda la ciudad. Esta fué mayor maldad, porque los hebreos obligacion tenían á gozarse con su Rey y Mesías nacido, que ellos tanto deseaban, mas por dar contento al rey manifestaron turbacion. Es muy antigua esta triste lisonja, y querer agradar á los señores, dado que sea contra razon: Dios lo remedie.

Es de notar qué medio busca este traidor Heródes, para sosegar su pasion y fatiga: llamó á los doctores de la ley, para que le digan dónde ha de nacer el Mesías. Ellos respondieron,

(1) ESTHER, III, 1 y 5; V, 13.
(2) I COR., VIII, 12.
(3) ISAI., LXVI, 14.

segun la profecía de Michéas, que en Bethlehen de Judea, no en Bethlehen de la tribu de Zabulon (1). Miren aquí los señores y príncipes cuánta necesidad tienen de letrados y en cuánto lo han de estimar. De Alejandro leemos que cuando daba alguna batalla á alguna ciudad nada quería del despojo, sinó que le guardasen los filósofos que cautivasen, porque era muy amigo de sabios. En aquel gran trabajo en que se vió el rey Asuero, cuando la reina Vasti no quiso obedecer á su mandamiento, luégo consultó con sus sabios el negocio, y allí se determinó que fuese desechada por rebelde y que no fuese más reina, y así fué elegida en su lugar la humilde y sierva de Dios Esther (2). Faraon, cuando aquellos sueñosde las siete vacas gruesas, que se comían las siete flacas, y de las siete espigas fértiles que destruían las otras siete, gran congoja tenía (3), y para salir de ella llamó sus sabios, y como no entendiesen el secreto, fué llamado José, y él declaró significar aquellas visiones los siete años abundantes que habían de venir y los siete de hambre que habían luégo de suceder. Por tanto, fué muy honrado y hecho virey de todo el reino de Egipto. Lo mismo leemos del rey Nabucodonosor, cuando en sueños vió aquella estatua espantosa, que tenía la cabeza de oro, los pechos y brazos de plata, el vientre de metal y las piernas de hierro, y la mitad de los piés de lodo (4). Espantado de esta vision, llamó los sabios de Caldea, y no sabiendo el secreto, Daniel, profeta de Dios, se lo declaró, y por este servicio le hizo de los principales gobernadores de su reino. Todos estos infieles, en sola razon fundados, enseñan á los católicos príncipes y señores á tener personas sabias en todas las facultades, y áun tener entendido que los salarios mejor

(1) Matth., v, 2.
(2) Esther, i, 12, 13, 15 y 17.
(3) Genes. xli, 2, 5, 6, 8, 26 y 27.
(4) Dan., ii, 32, 33 y 34.

empleados son en letrados, porque Salomon dice *que la multitud de los sabios es salud de toda la tierra* (1). Mucho es de notar que no dijo que daban salud, sinó que ellos son la salud. Son los que administran justicia para paz de la república, y los que dan sosiego á las conciencias de los cristianos, que es el mayor tesoro que hay en la tierra. Mas como la araña ponzoñosa, dado que coma de una cosa, vuelve lo que come en ponzoña, y la abeja de la misma flor hace su panal de miel dulce: así Heródes, animal ponzoñoso por su gran malicia, de esta profecía santa sacó mayor ira y braveza contra el Niño Jesus, mas los reyes, abejas santas, de la misma profecía de Michéas tomaron aviso, siendo certificados que hallarían al nuevo Rey nacido en Bethlehen. En aquella ciudad nació David, el que venció al gigante Goliat, á quien nadie osaba acometer, y en la misma ciudad convenía que naciese el David figurado fortísimo, Cristo, el cual había de desterrar y destrur al fuerte armado Satanas y ganarnos la victoria para vencerle en su virtud nosotros cada día.

Oida la respuesta de los doctores de la ley, llamó Heródes en secreto á los reyes santos, y con diligencia les preguntó qué tanto tiempo había que habían visto la estrella. Pensaba el traidor sacar el tiempo de la natividad del Niño Jesus, certificándose de él, cuando vieron su estrella, para que conforme á la edad que entendiese tener el Niño sagrado, hiciese matar todos los niños de aquella tierra. Notemos aquí tres maneras de gentes que andan buscando al Niño Jesus, Salvador nuestro: porque tantas maneras de cristianos hay y no más. Heródes le busca para matarle; los doctores de la ley le buscanban escrito, y conténtanse con hallarle pintado y dibujado por la Escritura; los Magos bienaventurados le buscan para servirle y adorarle. Los malos cristianos que ofenden al Señor

(1) Sap., vi, 26.

búscanle con el entendimiento, creyéndole, y echan el cuchillo á las inspiraciones santas, y áun quitan la vida de gracia á Cristo, por la cual vive en nuestra alma. Y estos son imitadores del cruel Heródes, de los cuales dijo el Apóstol: *Dicen que creen en Dios y con las obras le niegan* (1). Esta es lástima grande, que áun hasta hoy tenga herederos Heródes y que haya entre cristianos imitadores de su espantosa crueldad. Y áun podríamos decir, que son peores que Heródes, porque aquel desventurado buscó á Cristo, mas no le halló ni le mató. *Estos*, dice San Pablo, *crucifican otra vez en sí mismos á Cristo* (2). Los que le buscan escrito son los letrados, que no buscan sinó cosas de entendimiento, para su mayor perdicion. Aristóteles dice en sus éticas que por saber no somos buenos, sinó por amar y obrar la virtud. ¡Oh, sabios! temed y temblad; no os acaezca como á Urias, que llevaba las letras reales y carta de David, y no debía llevar poco contento con ellas, y dentro llevaba la sentencia de su muerte, mandando á Joab, capitan, que le pusiese en la parte más peligrosa de la guerra, y así con efecto murió (3). Poco valen las letras, sin la virtud y bondad que enseñan las mismas letras, ántes sirven de mayor juicio contra los que las saben, como vemos en estos sabios de la ley. Alegaron la profecía y no se aprovecharon de ella. Enseñaron la fuente á los caminantes, y ellos murieron de sed. Mas los santos reyes, á quien imitan los buenos cristianos, buscaron á Cristo, perseverando, y adoráronle y ofreciéronle dones. Bienaventurados los cristianos que á estos varones santos imitan, y desventurados los que son discípulos de Heródes é hijos herederos de estos sabios de la ley. San Jerónimo dice que fueron traidores en declarar la profecía divina al rey tirano y extranjero, pues entendido tenían

(1) Tit., I, 6.
(2) H. VI, 6.
(3) II Reg., II, 14 y 15.

que había peligro: y así los castigó Dios, que tambien les mató sus hijos, como los de los seglares. Tambien pecaron, porque no dijeron toda la profecía, sinó la mitad. No sólo Michéas dijo que el Mesías nacería en Bethlehen, mas luégo declaró que era Dios (1). Y su nacimiento es de los días de eternidad, dijo luégo. Y dice Crisóstomo que si esto le dijeran que tuviera miedo Heródes de perseguir al que era Dios, y que cesara de la persecucion que hizo despues, martirizando tantos niños.

¡Oh, santo Dios! ¡qué cosa tan antigua es tener los señores y reyes pocos en su casa que les digan las verdades! tráenlos engañados con falsas informaciones, y por ganarles la voluntad, si les dicen alguna verdad, callan la media, como estos perversos doctores hicieron con Heródes. Esto es gran lástima de verdad, y hemos de suplicar á Dios que lo remedie, que va mucho en ello. El profeta Elías, excelente consejero, á la clara dijo su pecado al rey Acab, y le declaró ser él quien turbaba el reino de Israel, dando mal ejemplo en idolatrar (2). El profeta Natham arguyó al rey David del adulterio de Bersabé y de la muerte de Urias, caballero suyo leal, al cual hizo matar sin razon alguna (3). Finalmente, aquel gran predicador, voz del Verbo, San Juan Bautista, verdad entera dijo al incestuoso Heródes que viviendo su hermano Felipe le tenía tomada su mujer (4). Con gran comedimiento se lo dijo, porque así se ha de hablar con los príncipes: mira, rey, que no te es lícito poseer la mujer de tu hermano. A gran peligro se puso, pues de aquí nació la persecucion, la cárcel y el martirio; mas al fin el santo varon hizo su oficio y dió ejemplo á todos los consejeros, predicadores y confesores de los grandes

(1) Miçh., v, 2 y 3.
(2) II Reg., xviii, 18.
(3) II Reg. xii, 7.
(4) Marc., vi, 17 y 18.

señores que así lo hagan. A los que sin respeto de interes ni de pretension de honra, y en los príncipes que les dicen la verdad en todo, les aconsejan lo que les cumple á sus ánimas, á éstos habían de amar y éstos habían de ser los más bien tratados y mejorados. La verdad dulce es, si no halla llaga para dar dolor, así como lo vemos en el vino fuerte que bebido es sabroso y en la herida hace dar gritos. El que quiera hallar gusto en la verdad tenga el paladar sano, porque si le tiene lleno de llagas el vino puro le ha de amargar, el cual de su naturaleza es sabroso. Así amargó la verdad á Heródes y determinó de matar al Niño Jesus, y el otro Heródes degolló á San Juan.

Sabido ya el tiempo cuando los Magos vieron la estrella, díceles el traidor (1): *Andad y adorad al niño y venios por aquí á informarme para que yo vaya y le adore.* ¡Oh, hipócrita engañador! dice nuestro Padre: fingía devocion y daba filo á la espada para quitar la vida al Señor del mundo; mas al fin, como dice el Sabio: No hay sabiduría ni hay poder contra el Señor; y así le aprovechó poco su traicion á este rey cruel, pues no salió con lo que deseaba.

Salen de Jerusalen los santos reyes, alegres de la buena informacion que llevan por la profecía de Micheas, y á la salida de Jerusalen tórnales á parecer la estrella que se les había escondido ántes, y alegráronse con gran gozo en gran manera. Tres veces dice una cosa San Mateo queriendo declarar la alegría que les dió la vista de la estrella en esta salida de Jerusalen: *Alegráronse, y con gozo grande, y en gran manera.* ¡Oh, excelencia de los goces celestiales, que no se pueden hablar! La retórica de Tulio es muda y toda lengua criada es tosca para decir los sentimientos del espíritu que Dios comunica á los que le aman y le buscan de entrañas y corazon. El santo rey David quiso decir algo y quedó admirado, no pu-

(1) MATTH., II, 8.

diéndose declarar. *¡Oh! ¡cuán grande es la dulcedumbre vuestra, Señor, la cual escondisteis á los que os temen!* (1). Llámala grande y no dijo cuán grande era, porque puédese sentir y no decir. Enviónos á la experiencia y sentimiento de ella. *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (2). Suplicadle que se os dé á gustar, porque más os dirá su gusto suave en un momento que un ángel en muchos años que os predicase. ¡Oh, alegría falsa del mundo, cuyo fin, segun dijo Salomon y la experiencia enseña, es tristeza y luto! Quédaste en el arrabal de estos toscos sentidos; no pasas á lo interior del alma; regálase la carne flaca y atormentas la conciencia, desvaneciéndose como humo: que bien dijo el santo Job: *La alegría del hipócrita es á manera de punto; pasa como rayo que cae del cielo y mata las almas* (3). Pequeño es el gozo mundano y breve es; no sé quén le ama; el gozo del espíritu es grande y es muy durable, porque aquí se comienza en esta vida y en la que esperamos de gloria se perfecciona y jamas cesará perpetuamente. Alegráronse los Magos, y con gran alegría y en gran manera, porque tales son los gozos que del cielo nos vienen, grandes y de gran excelencia. De aquí es que diga San Pablo: *Hermanos, gozaos en el Señor; y otra vez digo que os gocéis y gozaos siempre* (4). La alegría de amistad que tenemos gozándonos que Dios sea quien es, omnipotente, bondad infinita, sabiduría eterna, glorioso é inmortal, jamas compadece mezcla de tristeza, porque al Señor que amamos nada le puede suceder por donde peligren sus riquezas. Por esto nos dijo el Apóstol: Gozaos en el Señor siempre, y otra vez os digo que os gocéis. Tal era el gozo de estos santos varones, tan grande y tan

(1) Psalm. xxx, 20.
(2) Psalm. xxxiii, 9.
(3) Job, xx, 5.
(4) Philip., iv, 5.

excelente, fundado en Cristo, al cual amaban y deseaban adorar con gran fe y amor.

Enseñóles la estrella la casa donde estaba nuestro Salvador (1). San Bernardo y San Agustin dicen que era el diversorio donde nació. ¡Oh, fe admirable que nada te escandaliza! *Entran estos santos varones y encuentran al niño Jesus con su santa Madre, y derribados por tierra adoráronle.* ¡Oh, Madre de Dios! que sin vos no le hallaron los pastores; sin vos tampoco le adoran los reyes, porque entiendan los cristianos que vos sóis la intercesora y la abogada para con nuestro soberano Rey y Señor. Alábenos todos los ángeles, pues tanto os engrandeció el que os eligió para su madre; todas las criaturas os loen, que así remediasteis el daño que hizo Eva dándonos la muerte, pues vos nos disteis hecho hombre al que es vida eterna. Postrados en tierra adoran al Señor y Criador de la tierra, porque esta crianza les ha enseñado la santa fe venida del cielo, á donde dice San Juan: *Que aquellos viejos y los veinte y cuatro, y todo el ejército del cielo, se postran delante del trono de Dios y del Cordero Cristo Jesus* (2). ¡Oh, benditos reyes, que piedrecita pequeña, que ha venido de lo alto del monte, cortada sin manos, os ha herido en los piés y os ha humillado! El Hijo de Dios. nacido de la Vírgen singular, monte alto de admirables virtudes y perfecciones, os ha derribado en tierra; su humildad profunda os ha humillado. Vueltos sois en polvo, como la estatua del rey Nabucodonosor. Ya no hay sabiduría delante del que es sabiduría del Padre; no hay estima de linaje delante del que es Hijo de Dios, ni hay fortaleza de mundo viendo la virtud del Padre Eterno en pobres pañales. ¡Oh, mi buen Jesus! ¡oh, piedrecita pequeña y de infinita virtud! hiérenos en los piés de nuestros pensamientos altivos; derriba nuestra presuncion de hoy más,

(1) MATTH., II, 9.
(2) APOCAL., IV, 10.

para que, conociendo nuestra flaqueza, nos humillemos y postrados delante tu Majestad te adoremos, en compañía de los cortesanos del cielo y de estos reyes bienaventurados.

Y es de notar que no pára el negocio en ceremonias, aunque santas y de gran merecimiento; postrándose y adorándole, abren sus tesoros y ofrécenle dones, oro, incienso y mirra. El Señor del mundo, que mandó en su ley que ningun hebreo se presentase delante de Él sin ofrecer alguna cosa, este mismo les inspiró que le trajesen estos dones para remedio de la pobreza de su santa Madre y suya. Es aquí mucho de notar que estos sabios reyes no manifestaron sus riquezas en la corte de Heródes, sinó en la del Rey de los reyes, Cristo, ni áun dijeron que le traían alguna ofrenda, sinó que le venían á adorar: porque sepa el cristiano callar las limosnas que hace y no dar pregon con ellas, lo cual prohibe el Evangelio, diciendo que es oficio de hipócritas y gente vana. No sepa tu mano siniestra lo que hace tu mano derecha, dice nuestro Salvador. No haya siniestro alguno en tu buena obra; no apetito de gloria vana ni de que los hombres te estimen. Calla y haz la limosna escondidamente, y el Padre celestial, que pone los ojos en tan santas obras, te la pagará con premio eterno; y si fuese pública la limosna tu intencion sea escondida; dala por amor de Dios. De manera que ni lo dijeron, ni hicieron muestra de los tesoros que traían, hasta que vieron á Cristo pobre. No podemos negar sinó que en esta corte hay personas temerosas de Dios y que ejercitan con gran fe los sacramentos, confesion y comunion, y tambien hacen limosna á hospitales, monasterios pobres y á personas vergonzantes: y sea Dios loado que con nuestros ojos lo vemos. Estos tales abren sus tesoros á Jesucristo, pobre en sus pobres, el cual, aunque está á la diestra del Padre y reina en el cielo y en la tierra, cada día dice en el Evangelio: Lo que disteis á uno de mis pequeñuelos á mí me lo disteis y lo pagaré y tendré cuenta con cada blanca que por mi amor disteis á los pobres; éstos son gente dichosa y

andan en la corte de Cristo y adóranle por su Rey, y sírvenle, cumpliendo sus santos mandamientos; mas no los que no tienen otro fin sinó hacer banquetes, jugar los diez mil ducados y veinte mil. ¡Oh robo cruel, que no tienes castigo en la tierra! Tendrásle del cielo y en breve. Estos en la corte de Heródes andan y á él manifiestan sus riquezas para su condenacion y terrible juicio, y lo que es peor, que habiéndose de afrentar de lo que es ofensa de Dios y escándalo para los cristianos, ántes se honran, pareciéndoles grandeza y gran honor que sepan todos un desvarío tan grande. Están toda la noche en vela, con gran atencion en su juego, puestos los ojos en aquellas malditas imágenes; y como gente embriagada y fuera de juicio, no sienten el tiempo. ¡Oh, maitines de Satanas, donde hay tantos juramentos y blasfemias, pasando las diez y doce horas en tan vano ejercicio: y otro día, fiesta, la misa mayor les cansa, acabándose tan presto; y si hay sermon y se predica la palabra divina, remedio y salud de las almas, huyen de él! *¡Oh, hijos de los hombres!* dice David: *¿hasta cuándo sois pesados de corazon? ¿por qué amais la vanidad y buscáis la mentira* (1). Corazon pesado y de piedra tienen estos: porfiando en sus locuras, aman la vanidad y andan en busca de la falsedad. Piensan ganar, pierden el tiempo, la hacienda de sus hijos, y áun pierden el alma. No lo hicieron así estos prudentísimos reyes, ántes en la corte de Heródes callaron sus tesoros (2), y en la del Señor del mundo con franca mano ofrecieron oro, confesándole Rey; incienso, declarándole ser Dios; mirra, manifestándole que era mortal y que había de morir y ser ungido con mirra su sagrado cuerpo, y sepultado para resucitar glorioso y triunfador del pecado, del nundo y del infierno.

(1) Ps. IV, 3.
(2) MATTH., II, 11.

Hemos de ofrecer á Cristo, Rey y Señor nuestro, cada día, y áun muchas veces al día, no oro, ni incienso, ni mirra, sinó, como dice San Gregorio, lo significado por aquellos dones. Todo nuestro saber y entendimiento, que es oro de altos quilates é incienso de continua oracion y consideracion por los muchos beneficios que recibimos : y tambien le hemos de dar mirra, mortificando nuestra carne por aspereza de penitencia, representando en nuestro cuerpo la mortificacion de nuestro Salvador, y resplandeciendo en nosotros la vida y virtudes de Jesucristo, segun lo amonesta San Pablo (1). Aquí nos quedemos en Bethlehen con Cristo; casa de pan es y de hartura, donde el pan vivo, que descendió del cielo, quiso nacer para nuestro remedio y para sacarnos de miseria y de hambre, y para darnos hartura de gracia y de gloria.

Nos ha detenido esta divina historia. Vuestra Señoría lo considere y lea muchas veces, que pues es crónica de tales señores, bien es que por espejo la tengan los príncipes de la tierra. Miren su gran fe en buscar y servir al Rey del cielo, y á su imitacion sean limosneros. Visiten presos y cárceles, sean escasos para el fausto del mundo y francos para los pobres. De este arte serán señores en la tierra, y acabada la vida tendrán señorío y reino perpetuo en el cielo, el cual á Vuestra Señoría dé Jesucristo, Rey de los reyes. Amen.

EPÍSTOLA IV

PARA UN SACERDOTE

Los labios del sacerdote guardan la ciencia y buscarán la ley de su boca, porque es ángel del Señor (2).

(1) II Cor., iv, 10.
(2) Malach., ii, 7.

Escribísme, señor hermano, la nueva dignidad que habéis recibido del sacerdocio, y deseáis que yo os avise con una carta, para dignamente ejercitar tan admirable oficio, y oblígame á ello la sangre y parentesco, y mucho más vuestro santo deseo. Plega al Señor que me dé á mí su favor, para que mi flaqueza y rudeza puedan medianamente satisfacer á demanda tan justa y tan útil. El profeta Malaquías en las palabras que oisteis, Padre, con harta brevedad pinta delicadamente un sacerdote. Dice lo primero, que sea sabio y avisado y un libro vivo de la ley de Dios: y lo segundo llámale ángel del Señor del mundo y no le llama hombre. El que lo uno y lo otro tuviese, había cumplido con la dignidad excelente del sacerdocio. Viniendo á tratar de lo primero, que es la ciencia, es cosa de notar, y por tal la pondera santo Tomás, que al rey manda Dios en su ley que aprenda la ciencia de la ley, y no á los sacerdotes. ¡Válgame Dios! el rey ó príncipe cristiano tiene por oficio mandar y ordenar lo temporal, y á éste se manda que aprenda de los sacerdotes y que tenga el libro de la ley en su mano, y que lea en él, y á los sacerdotes no dice que aprendan ciencia (1). Responde el angélico Doctor, que por ser cosa tan anexa y propia al sacerdote la ciencia no se le mandó que la aprenda (2). Al rey sí, porque su gobernacion ha de ser, no lo espiritual, sinó lo temporal, salvo si no presumiese, como el rey Ozia, para su daño, usurpar el oficio de sacerdote (3). ¡Oh, cosa admirable y ejemplo que todos los príncipes cristianos habían de tener en su memoria! Determinó aquel rey atrevido ofrecer incienso á Dios en su altar, y sale el sacerdote Azarías y ochenta sacerdotes con él, y dícenle: Rey, mira que este no es tu oficio, sinó de los hijos de Aaron. Sal fuera del santuario, que te castigará Dios. Él, enojado, ame-

(1) Deut., xvii, 18.
(2) S. Thom., 2. 2, q. 16, art. 2.
(3) II Par. xxvi, 16, 18, 19, 20 y 21.

nazaba á los sacerdotes, y no quiso salir: hiérele luégo allí Dios con lepra en la frente, y espantado, sintiendo el azote que Dios le daba, salió corriendo, y desterrado del pueblo toda su vida: tuvo aquella lepra en manera que hubo de reinar su hijo Joathan por él, áun en vida del padre. ¡Oh! ¡cuánto le valiera á este rey tomar el consejo de los sacerdotes y tener respeto á tan gran dignidad y oficio como Dios les dió! aunque aquel sacerdocio era no más de sombra, y el nuestro es la luz y lo figurado: y si por no obedecer al sacerdote de aquel tiempo el rey Ozia perdió la salud y el reino, ¿qué espera el príncipe ó cualquiera otro cristiano si fuere rebelde á la obediencia del Sumo Pontífice, ó á sus vicarios, prelados y sacerdotes? De manera que manda Dios que el maestro que enseña al rey sea el sacerdote, porque el sacerdote presupone ciencia, para que sepa hacer su oficio y distinguir entre lepra y lepra. Esto es, saber juzgar la diferencia que hay entre pecado venial y mortal, lepra que inficiona el alma y la mata. Así dijo Dios: *El alma que pecare morirá* (1).

Cosa es de notar qué solicitud tenían los romanos en este negocio. Doce personas de las principales enviaban á Etruria para que allí aprendiesen cómo habían de sacrificar á sus infernales ídolos. Escogían los nobles y ricos, porque el sacerdocio no viniese á ser tenido en poco y porque sin respeto de intereses hiciesen su oficio; y acá en nuestro sacerdocio admirable hay algunas veces tanto descuido, que se hallan algunos sacerdotes con poco saber y pocas letras. Teman, y muy de veras teman los tales aquella amenaza de Dios: *Porque tú menospreciaste la ciencia, yo te privaré que no uses del oficio y que no me ofrezcas sacrificio* (2). Terrible sentencia es esta para los ignorantes que osan recibir tan alta dignidad, que á los ángeles admira. En esto habían de tener gran cuidado los

(1) Ezech., xviii, 20.
(2) Osseæ, iv, 6.

prelados, pues es cosa de tan gran valor y precio, examinando por sus personas con todo rigor á los que se han de ordenar y estimando en nada todo favor cuando es inhábil el ordenando; y si queremos saber qué ciencia ha de saber el sacerdote, ésta es la ley de Dios, por la cual el Señor declara su santa voluntad y el camino por donde los fieles se han de salvar. Por tanto, se escribe en el Deuteronomio: *Esta es vuestra ciencia y entendimiento delante de los pueblos* (1). Quien la ley de Dios sabe todo lo sabe, dado que no sepa los movimientos de los cielos, ni las matemáticas, ni artes liberales. Esta ciencia encargó Dios tanto, como cosa de gran valor, que no sólo dijo que la supiesen, sinó mandó que usasen de ella y que la conservasen. Cuanto á lo primero que es recibida, tenemos escrito: *Las palabras que yo te hablo hoy ponlas en tu corazon* (2). Quiere decir: Recibe esta sabiduría celestial, y porque es doctrina amorosa, trata y enseña amor santo, asiéntala en su lugar, que es el corazon. La esmeralda ó rubí fino, pide la razon que se le dé el engaste del mejor metal, que es el oro. Así la más excelente ciencia, que es la ley de Dios, demanda las entrañas y el corazon para que allí se imprima; y porque no basta saber esta delicada ciencia manda luégo que usemos de ella, y dice: *Meditarla has sentado en tu casa, andando por camino, cuando duermes y cuando te levantas.* No quiere decir que durmiendo meditemos en la ley de Dios, que no es posible, sinó que cuando el cristiano se va á dormir contemple primero la ley santa en que vive y dé gracias al Señor, que se la dió, teniendo siempre recato que por pensamiento, palabra ni obra la quebrante, y áun porque (como dice el filósofo) los pensamientos que tratamos en vigilia se nos representan durmiendo, segun la experiencia enseña. Por tanto, debe el cristiano tratar en su corazon velando

(1) Deut., iv, 6.
(2) Deut., vi, 1, 6 y 7.

de la ley de Dios, la cual se le represente áun durmiendo. Finalmente, manda Dios que conservemos esta ley celestial en la memoria, y por tanto dijo: *No te olvides de las palabras que yo te hablo y tus ojos vieron hoy, ni se caigan del corazon en toda tu vida* (1), pues para que el pueblo cristiano reciba esta doctrina venida del cielo, use de ella, meditándola en todo tiempo y lugar, y la conserve en su memoria, menester ha maestro que se la enseñe, y éste no ha de ser ignorante, porque sería, como dijo el Señor, de aquella gente mala que le perseguía: *Ciegos son y guías de ciegos; y si un ciego se atreve á ser guía de otro ciego, forzoso es que entrambos caigan en alguna hoya donde perezcan* (2). Siempre ordenó Dios que hubiese quien enseñase á otros, y no solamente en este tiempo, que por la herencia de la culpa original nos viene la ignorancia por pena y castigo, mas áun en el estado de la inocencia los niños, naciendo con justicia original, no nacieran sabios y fueran enseñados, aunque esto muy fácilmente de otros de mayor edad, en lo que tocaba al servicio de Dios. De manera que, como decimos de los ángeles, que tienen ciencia y no ignorancia, porque pueden saber muchas cosas que no saben, si Dios no se lo revela, así diremos de los niños que nacieran en el paraíso terrenal, si Adan no pecara. Por donde entendemos la gran necesidad que ahora hay de quien enseñe la ley de Dios, y la gran merced que Dios nos hace en que haya en la Iglesia sacerdotes y ministros que nos prediquen la palabra divina.

El glorioso San Basilio, escribiendo á los Neocesarienses y queriéndolos consolar por la muerte de un santo presbítero que se les murió (3), no acaba de llorar la ausencia de aquel sabio y santo sacerdote. Llámale columna de la Iglesia y fun-

(1) Deut., iv, 9.
(2) Matth., xv, 14.
(3) S. Basil., epist. 62.

damento de la verdad y fortaleza de los cristianos de aquella tierra. Dice más: que era un retrato perfecto y una imágen viva de la primitiva Iglesia, y áun dice ser una lámpara de rayos y luz divina en la Iglesia. Todas estas alabanzas merece el ministro de Cristo que oficio tan excelente ejercita en la Iglesia santa romana. Por columna pone Dios á cada un sacerdote en su Iglesia, para que, como fuerte y animoso, dé favor á los flacos, y con paciencia reprenda los pecados y no cese de exhortar con palabra y vida santa á las virtudes. Fundamento es de verdad el sacerdote de Cristo, el cual ha de aborrecer toda falsedad y mentira. Ha de ser una imágen viva del Evangelio, y representar á Cristo en todas las virtudes, paciencia, humildad, misericordia y caridad. A todos los cristianos dijo el Apóstol: *Muertos estáis y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* Mas á los sacerdotes, que han de ser espejo del pueblo cristiano, más les obliga á esto. Han de ser muertos al mundo, á las honras, á la avaricia y á los pasatiempos mundanos, menospreciándolo todo y amando solamente y sirviendo al que con tanto exceso nos amó, que murió para nuestro remedio en la cruz, nuestro Salvador Jesucristo. Y áun no carece de misterio decir el Profeta que los labios del sacerdote han de guardar la ciencia. A donde parece que no se ha de contentar con tener muchos libros hermosamente encuadernados, sinó que ha de ser tan estudioso y leido, que tenga la ciencia en los labios. Ha de ser resoluto en responder á las dudas, pronto para dar salida á los casos de conciencia que se ofrecieren. San Pedro dice: *Que los ministros de la Iglesia estén aparejados para dar razon al que la pidiere de nuestra santa fe;* y este es el oficio del sacerdote (1).

Cuánto ha de ser el recogimiento, cuán continúa la oracion, y estudio para hacer esto, nadie hay que lo ignore. Admí-

(1) I Petri, III, 15.

rame lo que escribe Marco Sabello, de los sacerdotes de aquella gente que llaman panchayos. Viven en gran castidad, vístense de lino y tienen su habitacion junto al templo, y jamas salen del lugar donde moran, y si alguno sale, luégo le matan. Mucho hace y mucho favorece morar en su lugar santo, para darse á la santidad el ministro de Cristo ; y gran parte es para distraerse la compañía de seglares y trato del mundo. Lloraba Jeremías, y muy de veras lloraba, *que las piedras del santuario andaban derramadas por la plazas* (1). Piedras vivas del santuario de Dios son los sacerdotes, los cuales eligió Cristo nuestro Redentor para edificar su Iglesia; y que estas piedras consagradas y dedicadas á Dios se derramen en negocios del mundo, cosa es digna de gran sentimiento y áun de gran llanto.

No podemos negar que todos los fieles sean piedras de este templo vivo, cuyo fundamento principal es Cristo, porque San Pablo así llama á todos los cristianos, más las piedras más excelentes, dice la razon, que han de ser los que tienen más alta dignidad en la Iglesia, como son los sacerdotes. Ellos son los capitanes de este ejército y pueblo cristiano, son la luz á quien han de mirar los flacos para no perderse en este mundo tenebroso, Egipto: y finalmente, ellos son el norte por quien todos los estados se gobiernan, navegando por los estrechos peligrosos de esta vida mortal. En el racional, que cubría los hombros, y venía á dar al pecho del Sumo Pontífice, estaban escritas dos palabras por mandato de Dios : *Verdad y doctrina*. Para que entienda el sacerdote que ha de ser sabio, y que ha de dar doctrina sana y verdadera al pueblo.

A esto parece responder lo que entre los rufianos se usa: todos los sacerdotes traen una tabla en el pecho, y en ella escritos los mandamientos de Dios, declarando por esta insignia

(1) Tren., iv, 1.

que traen la ley de Dios en el corazon y que la aman y cumplen por la obra, y que son maestros que dan doctrina al pueblo. Por esto son muy estimados y tenidos en gran reverencia.

No se contenta Dios con que el sacerdote sea justo y viva vida santa: con esto quiere el Señor que dé doctrina al pueblo, porque á lo uno y á lo otro le obliga el oficio que tiene. De aquí es (como nota en su pastoral San Gregorio) que mandaba Dios que al fin de la vestidura llevase campanitas de oro el sacerdote, y que sonasen cuando entrase en el Sancta Sanctorum, porque no muriese allí. Las vestiduras del sacerdote son las buenas obras, y así dijo el profeta David: *Vuestros sacerdotes, Señor, se vistan de justicia* (1). La justicia, dice San Jerónimo, que encierra todas las virtudes; y porque al buen sacerdote ninguna le ha de faltar, dijo David *que los sacerdotes se vistan de justicia.* A esta vida santa han de estar asidas campanitas de oro, y han de hacer sonido en el templo, porque no muera el sacerdote, negando la doctrina que debe dar al pueblo cristiano. De aquí es lo que Dios dijo á Isaías: *Da voces y no ceses, y la voz ha de ser como de trompeta: levanta en alto tu voz, y declara á mi pueblo sus pecado.* Quiere decir, exhórtalos á penitencia, llámalos que se vuelvan á mí (2). Y el bienaventurado San Pablo dice á otro sacerdote su discípulo: *Predica la palabra divina, oportuna é importunamente; reprende y arguye con toda paciencia* (3). ¡Oh, misterio grande! en aquel superhumeral de Aaroon declaró el Señor cuán sabio ha de ser el sacerdote; no tan solamente mandó Dios que fuese tejido de holanda, que significa la castidad y pureza del alma y del cuerpo; mas había de llevar grana dos veces torcida, porque ha de amar á Dios y al pró-

(1) Psalm. xxxi, 9.
(2) Isaí, lviii, 1.
(3) II ad Tim., iv, 2.

jimo (1). Y demas de esto, habíade ser de oro. que segun San Gregorio, significaba el resplandor de la doctrina que, siendo sabio ha de dar al pueblo. Declarado hemos, en alguna manera, como los labios del sacerdote han ser relicario de ciencia, y la obligacion grande que el oficio le pone á esto, salvo si no quiere tener gran cuenta y juicio delante de Sumo Sacerdote Cristo y Jesus, Juez universal de todo el mundo, al cual todo le es manfiesto, y claro, porque es sabiduría eterna é infinita. Ahora declaramos lo segundo que Malachas dice de la gran dignidad del sacerdocio.

El sacerdote es ángel del Señor. Dice nuestro Padre San Agustin que espíritu es nombre de naturaleza; ángel, nombre de oficio, y es nombre griego, que quiere decir mensajero. De aquí es que uno de los nombres que Isaías da al Mesías es llamarle ángel de gran consejo (2); así escribieron los setenta intérpretes. Y está muy bien dicho, porque el Hijo de Dios fué enviado del Padre para nuestro remedio y redencion, y así lo afirma Él. Es mensajero que le envió el Padre al mundo, y de gran consejo, porque tratándose en la Trinidad el negocio de nuestra salvacion, Él dió consejo contra sí mismo y dijo que Él tomaría nuestra humanidad y padecería treinta y tres años de trabajos terribles, y finalmente daría su sangre, su honra y su vida para nuestro remedio. ¡ Oh, admirable consejo, que á su propia costa nos quisiese salvar, no á costa de un ángel ó de un profeta, sinó á costa de su propia vida! ¡ Oh! digamos que es ángel y de gran consejo, porque todo cuanto predicó y cuanto los evangelistas escribieron es un consejo celestial que nos da el Hijo de Dios, para que aborrezcamos los pecados y amemos las virtudes, huyamos del infierno y queramos, haciendo penitencia, gozar del cielo. Este Señor del mundo, este Ángel y Criador de los ángeles, no se

(1) Exod., xxviii.
(2) Isai., ix, 6.

contentó en tener allá en la gloria tantos cortesanos, tan generosos, sabios y santos celestiales espíritus, sinó que vino al mundo á hacer de hombres ángeles de vida angélica, que fuesen ciudadanos del cielo. Esto es lo que el mismo Señor dijo: *Que en la resurreccion serían, como los ángeles del cielo, gloriosos é inmortales* (1). Y como puso tal órden en el cielo, que unos ángeles fuesen mayores y otros menores, y que unos rijan y que otros sean regidos, así en su santa Iglesia ordenó que unos hombres sean elegidos para sus ministros y que éstos sean medianeros para con Dios. Esta dignidad y oficio admirable es la de los sacerdotes, que orando y ofreciendo el sacrificio del altar por vivos y difuntos, tienen oficio de ángeles (2) y nos ganan grandes tesoros espirituales. ¿Qué diré del poder excelente que les dió nuestro Señor Jesucristo cuando dijo: *Recibid al Espíritu Santo, y los pecados que perdonáredes serán perdonados* (3)? ¡Oh, favor grande de Dios para con los hombres, despues que tomó nuestra hermandad y se hizo hombre y no ántes! Que tengan los confesores la llave del cielo en su mano, y que á su recta sentencia, cuando nos absuelven en la confesion de nuestras culpas, responda luégo la confirmacion de la mano de Dios: ¿qué entendimiento no admira en la tierra y en el cielo oir cosas tan nuevas, tan extrañas y tan excelentes.

Angel del Señor de los ejércitos es el sacerdote, y altísimo es su oficio y su dignidad excede á la de los querubines y ángeles. Admírase San Agustin y dice así: ¡Oh, sacerdote! ¡oh, Padre de Cristo! ¡cuán admirable es tu dignidad! De notar es el nombre que dió al sacerdote, que consagra á Jesucristo, Señor del mundo; el cual en alguna manera se podrá decir padre de Cristo. La Vírgen Santísima es su Madre, y conci-

(1) MATTH., XXII, 30.
(2) AD HEBR., VII, 27.
(3) JOAN., XX, 22 y 23.

biólo una vez en su purísimo y virginal vientre, por obra del Espíritu Santo, y concibióle mortal y pasible, sujeto á hambre, sed y cansancio, dolores y muerte; y esta milagrosa concepcion fué obrada cuando dijo aquellas humildísimas palabras: *Veis aquí la sierva del Señor; cúmplase en mí segun vuestra palabra* (1), ángel Gabriel. Luégo en aquel punto el Verbo, Hijo de Dios, se humanó, y Dios fué hecho hombre para remedio del mundo. Mas cuando el sacerdote celebra y consagra con aquellas cinco palabras, luégo Jesucristo, nuestro Señor, está en aquella bendita hostia, y se presenta debajo de aquellos accidentes de pan, el mismo que está á la diestra del Padre adorado y glorioso, y triunfador de la muerte. *Cristo ya no se muere*, dice el Apóstol, *y la muerte no tendrá más dominio sobre Él* (2). ¡Oh, sacerdote amigo de Dios! contempla tu altísima dignidad y da gracias al que te hizo su ángel, y al que, no teniendo padre en la tierra, sinó en el cielo, se te pone en las manos y se encierra en tu pecho para hacerte grandes mercedes.

De manera que para ser el sacerdote ángel en el oficio medianero entre Dios y el pueblo, tercero que trata amistades entre Dios y los pecadores, aplacando la ira de Señor tan poderoso y tan ofendido, por tanto ha de ser su vida angélica. Quien quisiere ver cuán sin mácula y perfecta ha de ser la vida del sacerdote, lea el sermon treinta y seis que escribe nuestro Padre San Agustin á los presbíteros, y verá allí una regla de excelente doctrina y de grande espíritu. Allí trae aquello de Isaías: *Sed limpios los que lleváis vasos del Señor. A vosotros es dado que conozcáis los misterios del reino de los cielos* (3). Mirad, sacerdotes, que á vosotros dijo Cristo: *Vosotros sois luz del mundo y sal de la tierra, lámpara encendi-*

(1) Luc., I, 38.
(2) Rom., VI, 9.
(3) Isai., I, 16.

da, sobre el candelero levantada, y ciudad asentada sobre monte. Vosotros sois el árbol de la ciencia puesto en medio del paraíso; sois los sucesores de los Apóstoles, rectores de la tierra, ciudadanos de los ángeles y celestiales espíritus; estad limpios, pues tratáis los vasos de Dios, esos santos sacramentos que administráis, y áun sed puros, pues tratáis las almas, vajilla de Jesucristo. Vasos son, no de oro ni de plata, sinó muy más excelentes, por los cuales murió el Hijo de Dios. Dice más este santo doctor: apartaos, sacerdotes, de las cenas y convites donde hay bullicios, porque allí muchas veces hay enojos y turbaciones y otras obras semejantes que no son del espíritu, sinó de la carne. Vosotros sois hijos de Dios, en cuya compañía quiere estar el Criador; sois hijos del muy alto, que tenéis poder para abrir y cerrar el cielo (1). Sed ojos al ciego, piés al cojo, enseñando á los ignorantes y esforzando á los que desmayan en la virtud. ¡Oh, sacerdotes! ¿qué hacemos? ¿por qué dormimos tanto? Temamos, sacerdotes míos, que no nos condenemos con el mundo. Estas y otras muchas cosas habla San Agustin en aquel sermon que alegamos, dignas de tener en la memoria, para que los sacerdotes de Cristo miren con gran aviso la dignidad que tienen y cuán religiosa ha de ser su vida (2). Adelante, en otro sermon, dice: Hijos, mirad que aquella voz de Dios, que suena por el profeta Isaías, á vosotros habla: *Da voces y no ceses; como trompeta levanta la voz y di á mi pueblo sus pecados.* Este es el oficio del sacerdote, dar doctrina al pueblo cristiano; enseñarle á que ame á Dios de todo corazon y de toda su ánima y de toda su memoria, ¡Oh, sacerdotes! sed muy piadosos, pues nuestro Redentor dice: *Lo que disteis á uno de mis pequeñitos á mí me lo disteis* (3). Dad limosna con alegría y con todo lo que podéis. En

(1) MATTH., XVI, 19.
(2) Serm. 64, ad hæres.
(3) MATTH., XXV, 40 y 45.

las oraciones sed muy diligentes, porque el rey David dice que *los ojos de Dios están sobre los justos, y sus oidos abiertos para oir sus ruegos* (1). Si esto hiciéredes, el enemigo huirá de vosotros; el ángel de vuestra guarda os favorecerá. Excelente amonestacion es ésta de nuestro Padre.

No ménos San Jerónimo en aquel diálogo contra luciferanos ensalza mucho la dignidad sacerdotal; no has leido (dice este glorioso santo) lo que nuestro Señor dijo de los sacerdotes: *Vosotros sois sal de la tierra* (2). Así como la sal da gusto y sabor á todo manjar, y ningun mantenimiento es sabroso sin ella, así el sacerdote es sal que saborea todo el mundo y da gusto á las virtudes con su doctrina; mas si la sal, que es el ministro de Dios, se corrompiere ó se desvaneciere por algun pecado mortal, ¿con qué sal se remediará pues es la sal que Dios dejó por remedio de los que pecan? Quiere decir San Jerónimo, declarando ese paso del Evangelio, que como es alto el estado sacerdotal tambien es grande la caida, y por tanto tiene gran dificultad el remedio para que se levante y haga penitencia. La perfeccion y santidad que ha de tener el sacerdote declaró nuestro Dios, como nota San Jerónimo, en mandar que se le diese á Aaron el pecho y brazo derecho del animal que se ofrecía en sacrificio. En el pecho está el corazon, y allí tenía más principalmente el ánima, aunque Platon dijo que en el cerebro. Y para declarar este secreto nuestro Salvador dijo: *Bienaventurados los limpios de corazon* (3). Y tambien manifestó nacer del corazon, como de fuente ponzoñosa, todos los males, hurtos, homicidios y adulterios. Y porque el sacerdote ha de tener pensamientos santos y ciencia de la ley de Dios, mándasele dar el pecho del animal que se ofrecía á Dios. Tambien se le da el brazo derecho para que entienda que ha

(1) PSALM., XXXIII.
(2) MATTH., V, 14.
(3) MATTH., V, 8; XV, 18 y 19.

de tener obras santas, y tales, que no se halle algun siniestro ó flaqueza en ellas. De aquí es que dice San Lúcas que nuestro Salvador *comenzó á obrar y á enseñar* (1). En manera, que dársele el brazo derecho significaba la diferencia que ha de haber de sus obras á las del pueblo comun. Todo esto es del bienaventurado San Jerónimo, en una epístola, y es doctrina admirable que todos los sacerdotes habían de notar y obrar. Y á la verdad, como el Apóstol dice, todo acaecía entónces en figura, y la gracia y la verdad es hecha por Cristo. Por tanto nos obliga á aprovecharnos de esta verdad y luz, so pena de ser ingratos al Señor, que por su inmensa bondad nos la dió.

Cosa es de notar lo que San Cipriano, martir santísimo, escribe en una epístola, de la santidad que debe tener el sacerdote (2). Ya en la ley divina, hermanos, está declarado que puro y santo ha de ser el que va á sacrificar en el altar del Señor, dice este Santo. A Moises avisó Dios y le dijo: *Mira que los sacerdotes se santifiquen cuando se llegan al Señor, porque no los castigue Él* (3). Y otra vez tornó á decir en el Levítico: *El hombre que tuviere macula no se llegue á ofrecer sacrificio ni dones á Dios* (4). Es Dios suma pureza, y así quiere gran santidad en sus ministros. ¿Qué rey hay que de la mano de un leproso recibiese el manjar para comer? ¡Oh! ¡qué delicado tiene el estómago nuestro Dios, pues de la mano de aquel leproso, Caín, no quiso recibir aquel sacrificio, y de la de Abel, varon santo lo recibió! Verdad es que el mal sacerdote y el bueno consagran, y el uno y el otro ofrecen al Padre eterno su Hijo, el cual una vez se ofreció en la cruz, muriendo por los pecados del mundo, siendo él mismo sacerdote y la hostia, como nota San Pablo. Mas aunque es verdad que el

(1) Act., 1, 1.
(2) S. Cipr., lib. 1, epist. 3.
(3) Exod., xix, 24.
(4) Lev., xxi, 17.

Padre mira á su Hijo Jesucristo, aunque ofrecido por manos del ministro malo, no mira al ministro para hacerle mercedes grandes, cuales las hace cada día al sacerdote siervo de Dios; y la razon es porque se llega como Júdas á la mesa real del Señor, habiendo vendido por vil precio, por la vileza del pecado, al Señor que va á consagrar y á recibir en su pecho para su mayor condenacion. *El que indignamente recibe este pan de vida*, dice San Pablo, *juicio come y bebe contra sí* (1). Gran loco sería y digno de gran castigo el que tuviese en su casa escondido un hombre que él mató y convidase á comer al juez á su casa. ¡Oh atrevido! ¡oh desventurado sacerdote! ¿tienes muerto en tu conciencia; tienes cometido pecado mortal, y vaste sin haberle echado á fuera, por la santa confesion y contricion, al santo altar, y metes al Juez sapientísimo y poderosísimo, Cristo, en tu casa? ¿Qué esperas sinó gran castigo de la mano de este universal Juez? Por el profeta Oseas desecha Dios los sacrificios de los malos, amenazándolos con su justicia para que teman. Quéjase el Señor, y con gran razon se queja, diciendo por David: *Si mi enemigo me maldijese, sufriríalo; más tú, que eres mi capitan y mi conocido, y que juntamente á una mesa comias conmigo, y anduvimos en amistad en la casa del Señor, terrible cosa es de sufrir* (2). Quiere decir: si el infiel, ó el hereje, ó el que está en el mundo pecando, me ofendiese, pasaría yo por ello; ¿mas tú, sacerdote que te hice yo capitan de mi ejército cristiano, que te puse en mi Iglesia para guiar y animar á los pecadores que hagan penitencia, que seas malo? ¿Tú, que comes conmigo á mi mesa santa del altar, has de comer manjar de viles animales pecando contra mí? Yo te dí de mi mano el manjar suavísimo más que la miel, que es mi cuerpo y sangre; maná figurado en

(1) I Cor., xi, 29.
(2) Ps. liv, 13, 14 y 15.

aquel que dí á mi pueblo en el desierto: ¿cómo gustas de los manjares de Egipto, ponzoñosos y que matan las almas? El remedio para que los sacerdotes sean los que deben, dice San Cipriano en aquella epístola que alegué, es que miren los prelados á quien eligen para tan alto oficio. Consideren su vida y costumbres primero que le ordenen, y que todo el pueblo dé buen testimonio de él. Para enseñar esto mandó Dios á Moises que delante de todo el pueblo quitase las vestiduras comunes á su hermano Aaron y le vistiese las vestiduras sacerdotales (1). Delante de todo el pueblo ha de ser ordenado el sacerdote, porque si hay en él falta la diga quien quisiere, y si hay virtudes y tiene buena fama lo declaren los cristianos que le conocen. Esta era la costumbre santa que se guardaba en tiempo de San Cipriano cuando algun obispo ordenaba, como él afirma que lo hacía.

Mas aunque el sacerdote sea malo, quiere Dios que sea obedecido, y manda en su ley que el que fuere inobediente que le maten. Su autoridad es de Dios, y quien menosprecia al criado menosprecia al rey, su señor. *No te han menospreciado á tí*, dijo Dios á Samuel, sacerdote, *sinó á mí* (2). Y cuando los hijos de Coree conspiraron contra Moises y fueron rebeldes al sacerdote Aaron, la tierra se abrió, y vivos ellos, y sus tiendas, mujeres, hijos y ganados bajaron al infierno. En el Evangelio dijo nuestro Redentor hablando con sus Apóstoles: *Quien á vosotros oye á mí me oye, y quien os menosprecia á mí me tiene en poco* (3). Quiere decir, dejadme con esos atrevidos, que tienen en poco á mis ministros, que sirven en mi Iglesia: la injuria mía es; yo la vengaré, y vosotros tened paciencia, que yo les daré su pago. ¡Oh! ¡cuánto aviso habían de tener los reyes cristianos y todos los señores de la tierra en

(1) Núm., xx, 6.
(2) II Reg., viii, 7.
(3) Luc., x, 16.

mandar á los que administran justicia que mirasen esta! Y ¡cuánto castigo habían de hacer en los que quebrantan las libertades y privilegios de la Iglesia, y hacen agravio á los ministros de Dios! Si por haber cortado las vestiduras y raido la mitad de la barba aquellos infieles á los criados de David, rey de Israel, les hizo guerra el rey y mató tantos hombres, tomando la afrenta por suya, ¿por qué el Rey de los reyes, Cristo, no castigará á los jueces, que sin temor de Dios y de las censuras que la santa Iglesia tiene puestas, castigan á los eclesiásticos ó religiosos, teniendo ellos propio juez? Temerosa sentencia es la de San Pablo: *No tan solamente son merecedores de muerte los que hacen el mal, sinó los que le consienten* (1). Consentidor es del pecado el señor que ve que su juez maltrata á los ministros de Dios y no le castiga, y como consentidor será con él castigado el que disimula tan gran escándalo. Gran rigor fué aquel del rey Salomon, cuando mandó á Banaya, su caballero, que matase á Joab, el cual huyó al Tabernáculo de Dios y asióse del altar. El caballero, temiendo á Dios, y teniendo reverencia al lugar sagrado, volvió á Salomon y díjole: *Señor, Joab está asido del altar en el Tabernáculo.* Salomon dijo: *mátale allí donde está.* ¡Oh ira de rey, que bien te llamó el Sabio bramido de leon! mas al fin sobre todo se ha de temer la ira de Dios, que puede echar el cuerpo y el ánima en el infierno. Va Banaya y dícele: *Joab, el Rey te manda que salgas del Tabernáculo,* Él respondió: *No saldré de aquí.* Entónces arremetió á él, y allí trabado del altar le mató (2). Él merecía la muerte, porque mató á los dos capitanes de Israel, Abner y Amassa, y áun mató á Absalon contra el mandamiento del rey David; mas no bastaba nada de esto para no tener reverencia al lugar sagrado. Y pues pudiera sacarle por fuerza, que como á traidor no le valía la Iglesia, gran rigor y desacato

(1) Rom., I, 32.
(2) III Reg., II, 25 y sig.

del lugar santo fué mandarle matar allí; y por ventura por esta irreverencia le dejó Dios caer en tantas flaquezas y áun dar de manos en la mayor traicion, que es idolatría. Los romanos tenían en mucho su asilo, y así se salvaban los retraidos homicidas y tenía la justicia gran acatamiento al templo de los dioses de burla, que David llama demonios; ¡y que los cristianos menosprecien los lugares santos y las iglesias sagradas, sacando los que huyen á ellas! Grande ofensa de Dios es. Tengan, pues, los príncipes en mucho los lugares santos y háganlos estimar, y sobre todo reverencíen á los sacerdotes, pues dice Dios: *No toquéis á mis Cristos*, que son mis sacerdotes ungidos. Cuando delante de Anas le fué dada aquella gran bofetada á Cristo Nuestro Señor, Él respondió con gran paciencia: *Si he hablado mal da testimonio del mal que dije; y si hablé bien, ¿por qué me heriste* (1). El mal ministro había dicho: *¿Así respondes al Pontífice?* El Señor había respondido manifestando su inocencia y sin agravio del juez. Ahora da otra vez cuenta como ninguna injuria dijo á Anas. San Pablo, cuando llamó pared blanqueada de fuera á un sacerdote (2), viéndose injuriado con una bofetada, en sabiendo que era sacerdote, respondió: *No sabía yo que era sacerdote.* De manera que el Apóstol y el Señor del mundo tuvieron respeto á los sacerdotes de aquel tiempo, que no eran más que figura del sacerdocio nuestro verdadero, segun nota San Cipriano (3), porque sepamos estimar tan gran dignidad en la tierra, que excede al oficio de los ángeles en el cielo.

Resta ahora que consideremos un sacerdote sabio y santo, ángel del Señor de los ejércitos del cielo, el cual nos alaba San Lúcas, para que entendamos de qué brazos se fía Cristo Señor

(1) JOAN, XVIII, 23.
(2) ACT., XXIII, 2, 3 y 5.
(3) S. Cipr., lib. 4, epist. 8.

del mundo. En aquella historia admirable de la purificacion de Nuestra Señora, más pura que los ángeles, cuando el Niño Jesus fué presentado en el templo de Salomon á los cuarenta días de su gloriosa Natividad, recuenta el Evangelista, *que había un hombre, y que este hombre era justo y temeroso de Dios, que esperaba la consolacion de Israel, y estaba el Espíritu Santo en él* (1). Vamos notando todas estas condiciones, que son como colores diversos que perfeccionan la imágen de un santo sacerdote. No hay duda, aunque el Evangelio lo calle, sinó que Simeon era sacerdote, porque sólo los sacerdotes podían dar bendicion al pueblo en el templo; y pues San Lúcas dice que este varon santo dió la bendicion á Nuestra Señora y á San José, claro está que era sacerdote. Tambien porque de los sacerdotes era recibir los niños que se presentaban en el templo y llevaban su ofrenda conforme á la ley. De manera que si San Lúcas calló el nombre de sacerdote, declaróle diciendo el oficio que ejercitó en el templo, recibiendo al Niño Jesus en sus brazos, de mano de su santa Madre, y dándoles la bendicion acabadas las ceremonias de la ley. Mirad que había un hombre en Jerusalen, dice San Lúcas. Válgame Dios, que maravilla es haber un hombre en Jerusalen, para que se diga con admiracion. Josefo dice que aquella ciudad tenía trescientos mil vecinos, ántes que la destruyesen Tito y Vespasiano, emperadores romanos, despues de la pasion de nuestro Salvador Jesucristo; pues donde había tantos millares de hombres, ¿qué misterio nuevo era haber un hombre? Paréceme esto á lo que se lee de Diógenes, que encendió una hacha en mitad del día, y andaba con ella por la plaza de Aténas, como quien busca alguna joya perdida. Preguntándole los atenienses: ¿qué buscas, filósofo? él dijo busco algun hombre en Aténas. Quiso decir entre tantos hombres, que no

(1) Luc., II, 22 y sig.

viven como hombres, siguiendo sus intereses, sus honras y deleites: busco algun hombre que viva conforme á razon y virtud, lo cual siguen pocos hombres. Un hombre busco, que tenga en nada las riquezas, que estime por cosa de burla las honras, que sea casto, paciente y de todas las virtudes adornado. Tal y muy más excelente varon era este sacerdote Simeon, hombre varonil, virtuoso y en todo acabado. Por tanto con razon se admira y llámanos á atencion el Evangelista y dice: *Mirad que un hombre estaba en la gran ciudad de Jerusalen.* Entre tantos millares de hombres había uno anciano y de gran santidad. San Pablo dice *que el hombre animal no entiende las cosas que son de Dios*, ántes las estima como locura. Y de éstos muchos había en Jerusalen y los hay hoy en el pueblo cristiano: saben bien hacer mal, y no saben obrar bien, como dijo el Profeta. ¡Oh! ¡en cuánto se ha de tener un hombre bueno y santo y qée milagro es en la tierra, pues hay tantos malos y tan pocos buenos! Admírase, pues, el Evangelista, y enséñanos á que nos admiremos, y como por cosa prodigiosa muéstranos un hombre que se halla en la grande ciudad de Jerusalen. Allá Pilatos cuando enseñó al pueblo á Cristo azotado y coronado de espinas, vestido de una púrpura vieja y una caña por cetro en la mano, dijo así á voces: *Véis aquí al hombre.* Miradle bien, que el hombre que me entregasteis es, aunque llagado y desfigurado (1). Este es Jesus Nazareno, el más gracioso que nació entre los hombres; aunque parece leproso y no parece el de ántes, el mismo es. Mirad al hombre, si sois hombres y no bestias crueles; miradle y compadeceos de él. Este es hombre varonil que callando ha padecido tantas llagas é injurias: éste es con verdad hombre, y no muñeca flaca que maldice á quien le persigue, y busca venganza de quien le injurió, segun hacen los hombres flacos. Todo esto quieren

(1) JOAN., XIX, 6.

decir aquellas dos palabras de Pilatos: *Veis aquí al hombre*. A este Señor y Mesías deseaba ver nacido este hombre santo, y así se le vino á las manos en el templo. Gran alabanza es para este bendito sacerdote llamarle hombre, el cual era morador de Jerusalen, que quiere decir vision de paz. Dichoso, dichoso el sacerdote y el cristiano que mora en la vision de la pacífica conciencia, la cual dice el Apostol, *que es nuestra gloria y descanso* (1). Esta es aquella paz que el ángel en compañía de otros ciudadanos del cielo cantaron, en dando la nueva á los pastores de la natividad del Príncipe de paz, nuestro Redentor Jesucristo. Mas no la dan á todos, sinó á los hombres de buena voluntad y deseos; que los de mala intencion y maliciosos no gustan de esta paz celestial. De aquí es lo que dijo Dios por Isaías: *No tienen paz los malos* (2). La maldad les hace la guerra, ellos son verdugos de sí mismos, y carniceros que atormentan sus ánimas: los tales no son vecinos de Jerusalen, ciudad santa, sinó de Babilonia, madre de confusion, cuyo rey es el tirano infernal Satanas. ¡Oh! ¡dichoso el que es morador de Jerusalen, tiene buena conciencia, cumple la ley divina y ama á Dios y al prójimo, porque éste dirá con el rey David: *Nuestros piés estaban firmes en tus plazas* (3)! ¡Oh, Jerusalen! nuestros deseos y amor allá en lo alto del cielo estaban fijados, olvidando todo lo criado y amando al Criador. ¡Oh, madre nuestra Jerusalen! ¡oh, reina y señora, libre de las miserias de esta vida mortal! en tí moramos por deseo, por conversacion espiritual y contemplacion, hasta que nos presentemos viendo por esencia y por gloria á nuestro Criador y Señor, Jesucristo. *¡Oh! ¡cuán gloriosas cosas son dichas de tí, ciudad santa de Jerusalen!* (4). Así como la alegría y gozo de todos

(1) II Cor., I, 12.
(2) Isai., XLVIII, 22.
(3) Psalm. CXXI, 2.
(4) Psalm. LXXXVI, 3.

es tu habitacion, segun de tí nos dice el real Profeta. Y áun por todas tus calles se cantan siempre alleluyas, alabanzas de Dios y alegría perpetua. De esta ciudad, era más vecino el santo Simeon, que no de la de Jerusalen terrena, pues en recibiendo al Niño Jesus en sus brazos suplicó que le dejase partir de esta vida. Y se ha de advertir que nombrarle por su nombre San Lúcas es decir aquello del Eclesiástico: *En mitad de la Iglesia abrió su boca, y llenóle Dios de espíritu de sabiduría y entendimiento, y dióle por herencia nombre eterno* (1). Los títulos y nombres de la tierra, las coronas imperiales y de los reyes, todo pasa en breve. Así decía un Profeta: *¿Adónde están los príncipes que tenían señorío sobre las bestias de la tierra? ¿Qué es de aquellos que jugaban con las aves del cielo? Ellos murieron y otros se levantaron en su lugar. Perdieron sus estados y tambien los títulos de majestad* (2). Mas el que sirve á Dios, tiene nombre en el cielo y en la tierra; rey es, que todo el mundo enseñorea, menospreciándolo todo por Dios, y rey será acabado este destierro, reinando para siempre en el cielo: *Resplandecerán los justos como el sol en el reino de su Padre*, nos dice la suma Verdad, Cristo (3). Finalmente, de este santo varon diremos tambien como de Simon, hijo de Onias: *Este es gran sacerdote, y cerca de él están las coronas de sus hermanos, y es como el cedro plantado el monte Líbano*, por su gran santidad y perfeccion (4).

Otra condicion excelente se sigue ahora y otro título de gran valor: *Este hombre era justo*. ¡Santo Dios! ya una vez le llamasteis hombre; ¿para qué, Evangelista, tornáis á decir que era hombre? Bien le pudiérades llamar justo, sin repetir otra vez aquella palabra.

---

(1) Eccles, xv, 5 y 6.
(2) Baru. iii, 16, 17 y 18.
(3) Matth., xiii, 13.
(4) Eccles., l, 1 y 13.

Mirad que llamarle dos veces hombre declara que no sólo era hombre por naturaleza, sinó que tambien lo era por gracia, la cual perfecciona la naturaleza. El cristiano ha de ser hombre, hombre; hombre animoso y fuerte, hombre más que Hector ni Sanson, porque ha de conquistar un reino eterno y poseerle. San Juan Bautista declaró esto cuando dijo: *Haced penitencia y se os allegará el reino de los cielos* (1). Hacer penitencia es dolerse de sus pecados, confesarlos al confesor, enmendar su vida, vencerse á sí mismo, derribar la soberbia del mundo y pelear varonilmente con sus pasiones, rindiendo su carne al servicio y obediencia del espíritu, como San Pablo dice lo hacía. *Los tales son aquellos animosos* que dijo nuestro Salvador *que arrebatan con violencia el reino de los cielos* (2). Haciendo fuerza á sí mismos y guerreando con Satanas, mundo y carne, ganan la bienaventuranza de la gloria. Acá solemos decir, para significar la fortaleza y ánimo generoso de un caballero: fulano es hombre muy hombre. Y queremos decir que es esforzado, que ha ganado grandes victorias, y que sus ilustres hazañas le dan doblado el nombre de hombre. A los pecadores reprende el Sabio: *¿Hasta cuándo, niños, amáis la niñez?* (3). De manera que hay hombres niños que siguen juegos y poquedades de niños, deleites y vanidades del mundo, los cuales ni moran en Jerusalen ni merecen ser llamados hombres, sinó niños apocados, pues todo su estudio y trato pára en niñerías no dignas de hombres de razon y entendimiento. Entendiendo vamos el misterio del redoblar San Lúcas esta palabra hombre en el santo Simeon. Y no pára aquí, sinó que le llama justo. En una palabra lo dice todo, y no hay más que decir: la justicia dijo el filósofo que era la más excelente virtud, y que no hay lucero tan admirable en el cielo; y dice muy

(1) MATTH., III, 2.
(2) MATTH., XI, 12.
(3) PROV., I, 22.

bien, porque esta virtud está en la voluntad y las otras tres morales se aposentan en la sensualidad, y cuanto sea más excelente aposento el de la justicia, nadie lo ignora. Tambien excede á las otras virtudes morales, porque tienen más noble fin, mira al bien de otro y no al propio del virtuoso, como las otras tres virtudes. De manera que la justicia en algun modo es bien de otro, segun nota Santo Tomás, y áun excede á la virtud de la liberalidad, porque la liberalidad puédese usar con algunos, mas la justicia con todos se debe ejercitar. Excede á la fortaleza, porque esta virtud aprovecha en la guerra y la justicia en tiempo de guerra y de paz. Esta justicia es la que da á cada uno aquello que es suyo y no quiere poseer lo ajeno. De aquí es que somos justos cuando todo lo que obramos bueno lo hacemos á gloria de Dios, el cual dice: *Yo soy Señor y no daré á otro mi gloria.* Y tambien cuando somos piadosos con los pobres, cuyo es todo lo que nos sobra. Nuestro Padre San Agustin á esta virtud de justicia atribuye la limosna en el libro de la Trinidad, y con gran razon (1). Y por tanto condena Dios á los ricos avarientos, que hacen injusticia á los pobres, no dándoles limosna y teniéndolo demasiado, pues como este santo sacerdote servía á Dios y en todo le daba gloria, y era piadoso con pobres, bien le está el nombre de justo; y como á justo le guió el Señor por los caminos rectos que dice el Sabio, y enseñóle el reino de Dios, vió con sus ojos á nuestro Salvador Jesucristo, Rey y reino de los bienaventurados, y no solamente le vió, sinó que le tuvo en sus brazos, que fué admirable favor á ningun sacerdote de aquella ley concedido, sinó á este santo varon. Otra gran virtud de este buen sacerdote pone ahora el Evangelista: y era temeroso. Este temor no era servil, que teme la pena, ni mundano, que es flaco, ni inicial, que con imperfeccion teme la culpa y la pena juntamente; era

(1) Lib. XIV, *de Trinit.*, c. 9.

temor filial, por el cual el buen hijo no teme la pena, sinó la ofensa que podría hacer á su buen padre. Este nace de la caridad; y cuanto más amamos á Dios más tememos el ofenderle; de manera, que el amor de Dios y el temor filial que de él nace andan á un peso y medida, y es tan excelente este temor, que le hay en el cielo, al cual llama David temor santo, que permanece siempre. Finalmente, nuestro Padre dice que este temor es una reverencia y respeto grande que los santos, áun en el cielo, tienen á Dios viendo su majestad y gran poder. De aquí es lo que el santo Job dijo: *Las columnas del cielo temen y tiemblan delante de Dios* (1). San Gregorio, declarando esta sentencia en sus morales, lo entiende de los ángeles, y dice que en aquella contemplacion divina cuanto más conocen á Dios más se admiran de su celsitud y grandeza. De arte que así como el amor caritativo aquí se comienza y en el cielo se perfecciona viendo á Dios, á quien amamos, así el temor santo ó filial en la gloria recibe perfeccion. Este temor es aquel de quien dijo Salomon: *Bienaventurado el varon que siempre está temeroso* (2). Varon y dichoso le llamó, porque este temor no es de niños. ¡Oh, gente apocada, los cuales mandó Dios á Gedeon que diese un pregon para que todos los cobardes se saliesen del ejército como indignos de la victoria contra los madianitas! El temor filial de varones de gran corazon es y de gente bienaventurada. Por este temor se aparta el hombre del pecado, segun dijo Salomon en otra parte, y el santo rey David le llama principio de la sabiduría del Señor. No es justo el que no teme, porque si de sí confía soberbio es. En manera que Simeon era justo porque cumplía la ley de Dios, y era temeroso porque era hmuilde. Dos honras son que jamas se apartan, la santidad y la humildad.

(1) Job, xxvi, 11.
(2) Proverb., xxviii, 14.

Este santo varon, justo y temeroso, tenía grandes deseos, y no de honras ni riquezas de la tierra, no de larga vida, sinó del remedio del mundo. Esperaba con gran afecto la redencion de las ánimas, la que llama aquí San Lúcas consolacion de Israel. Dice aquí San Ambrosio: con gran razon es llamado justo, pues no su interes propio ni su consuelo esperaba, sinó el de todo el mundo. Aquí Israel significa todos los predestinados, para cuyo remedio y consuelo era prometido el Mesías. Y es de notar que este nombre consolacion dió Isaías á Cristo, y así dijo: *Consolaos, consolaos, pueblo mío, esto dice el Señor vuestro* (1), y da la causa adelante de este consuelo. *Mirad que Dios vuestro vendrá con fortaleza y traerá consigo su premio y su obra delante de Él.* Quiere decir: vendrá aquel pastor piadoso á libraros y sacar las ánimas de la boca del leon infernal. Y en otra parte dijo el mismo Dios: *Como cuando la madre regala á su hijo chiquito*, así yo os consolaré; en Jerusalen seréis consolados y veréis, y alegrarse ha vuestro corazon (2). Este consolador esperaron todos los Santos y Padres antiguos, teniendo fe y amando al Mesías que había de venir. Jacob cuando se murió dijo: *Señor, esperaré vuestra salvacion* (3). David en muchos salmos declaró lo mismo. Micheas tambien dijo: *Yo miraré al Señor y esperaré á Dios, mi Salvador; me oirá Dios* (4). Abacuch manifestó esta venida: *Hasta ahora es visto de léjos, y aparecerá en el fin, y no faltará su palabra; si se tardare espérale, porque viniendo viene y no tardará* (5). Con estas promesas divinas esforzado, y como con brasas de fuego celestial su corazon inflamado, de noche y de día suplicaba á Dios que ántes que muriese viese al Reden-

(1) Isai., xl, 1 y 10.
(2) Isai., lxvi, 13.
(3) Genes., xlix, 18.
(4) Mich., vii, 7.
(5) Abac., ii, 3.

tor del mundo. Sabía él muy bien que aquel yugo de la ley vieja era pesado y penoso, y que no sólo por la venida del Mesías las ánimas habían de ser libres del pecado y el cielo abierto para los amigos de Dios, mas que demas de esto se había de dar una ley suave de amor que fuese luz de aquellas sombras y figuras y la verdad de lo que allí significaban aquellas ceremonias y sacrificios; para remedio de tantos trabajos suplicaba y deseaba ver á Cristo, consuelo y gloria de Israel.

Finalmente nos dice San Lúcas *que estaba el Espíritu Santo en este buen sacerdote.* Aquí echa el sello á las excelencias de este santo varon. El Espíritu Santo le hacía justo, temeroso y le ponía tan santo deseo en el corazon, porque Él es la fuente de la santidad, y Él se muda en las ánimas santas y *constituye amigos de Dios*, como afirma el Sabio (1). ¡Oh, Señor, Padre celestial, no quites de mí tu Espíritu Santo! suplicaba con gran instancia el santo rey David. El ánima que no es templo del Espíritu Santo forzadamente ha de ser morada de demonios. San Juan, cuando en espíritu vió caer á Babilonia, luégo dijo que había quedado por morada de los demonios (2). De aquí es que de la Magdalena dice San Márcos que el Señor lanzó siete demonios (3). Por aquí entendemos ser un alma pecadora, un infierno abreviado donde moran los enemigos infernales y la afligen continuamente sin dejarla un momento reposar. Al contrario, el ánima que es templo de Dios en quien mora el Espíritu Santo, es un paraíso abreviado donde el Espíritu Santo mora y da grandes riquezas y regalos á quien le aposenta en su corazon. Si el Arca del testamento, que no era más de arca de madera con aquella vara de Aaron y las tablas de la ley, y el maná, siendo recibida en casa de Obededon, trujo consigo la bendicion de Dios, y en

(1) Sapient., vii, 27.
(2) Apoc., xiv, 8.
(3) Marc., xvi, 9.

tan breve tiempo como tres meses fué rico el que la recibió, ¿qué entenderemos que dará el Espíritu Santo, arca de riquezas infinitas de sabiduría, bondad y misericordía, al cristiano que le aposentare en su alma? Faltan las palabras; es corto todo entendimiento para saber comprender las mercedes que con gran franqueza dé Señor tan poderosísimo al huésped que con humildad y pureza le recibe. Este alto servicio es el que Simeon había hecho á Dios, y por tanto, le declara aquí el Evangelista ser templo vivo del Espíritu Santo. Poseía toda aquella alma santa; el entendimiento era recámara de la fe, la voluntad retraimiento del amor de Dios, y la memoria tenía ocupada la virtud de la esperanza, por la cual confiaba ver á Dios humanado ántes que saliese de esta vida mortal.

Estas prendas y seguro le había dado el Espíritu Santo, que dentro de su alma moraba, respondiéndole conforme á su santo deseo: *que no vería la muerte hasta que viese al que es vida de los ángeles y de todo lo que vive, nuestro Salvador Jesucristo* (1). ¡Oh! si pusiesémos el oido á lo que nos habla Dios; si huyésemos del bullicio del mundo y del ruido de los hombres, ¡cuán grandes cosas oiríamos en el alma de la boca de Dios! Pocos hay que digan con el rey David: *Oiré lo que habla en mi el Señor Dios, porque hablará paz para su pueblo* (2). Siempre trata de paces el que es Príncipe de paz. Jamas cesa de convidarnos á la amistad que perdimos pecando. Nosotros somos los guerreros y los que levantamos lanza contra Dios, desobedeciendo sus mandamientos, y así no gozamos de la suavidad y dulzura de esta paz celestial. La esposa santa, que con gran atencion oyó las respuestas de Dios dentro de su corazon, en oyendo una palabra dice que se le derritió el ánima. El fuego ablanda la cera para que el sello se imprima, y la pa-

(1) Luc., II, 26.
(2) Psalm. LXXXIV, 9.

labra de Dios quita toda dureza de corazon (1), porque es fuego abrasado, segun afirma el profeta David, y así queda más impresa la figura del amado Cristo Jesus. ¡Oh! ¡qué suavidad y blandura sintió este santo varon cuando tan deseada nueva oyó! no morirás hasta que veas al Salvador del mundo, y que no sabemos si diez años ó veinte ántes que el Hijo de Dios viniese al mundo se le dió esta respuesta. ¡Oh! ¡con qué fuego de amor deseaba aquel dichoso día! cada momento le parecía mil años, viendo que se dilataba el cumplimiento de aquella promesa. Qué gemidos y suspiros daría, diciendo aquello de Isaías: *Enviad ese cordero, Señor, y venga á enseñorear la tierra* (2). Y otras veces decía: *¡Oh, Señor, si rompiésedes esos cielos y viniésedes ya!* Estando en estas consideraciones y contemplaciones ocupado, y más inflamada su ánima que nunca, llegó este santo día, cuando la Vírgen singular había de presentar al Niño Jesus en el templo. Y aun que no lo dice el Evangelista, tengo por cierto que tuvo inspiracion del Espíritu Santo. Hoy, siervo mío, verás cumplido lo que deseas y te fué prometido. Hoy verás al ungido del Señor, Rey de Israel. Levántate y véte al templo, que allí gozarás de su vista.

Esto parece dar á entender el Evangelista cuando dice: *Vino en espíritu al templo* (3). Quiere decir, vino movido del Espíritu Santo con fervoroso deseo de ver á quien tanto amaba y deseaba ver. Noten aquí todos los cristianos como han de ir á la Iglesia, para que hallen consuelo para sus ánimas, adorando á Jesucristo en aquella hostia consagrada y en aquel cáliz de nuestro remedio y salud. No ha de ir por ver y ser visto, que es gran vanidad; no para platicar cosas mundanas, que es artificio del demonio, sinó para adorar al Señor, para darle gracias de tantos beneficios. Y finalmente, para pedirle

(1) Cant., v, 6.
(2) Isai., xvi, 1; lxiv, 1.
(3) Luc., ii, 27.

mercedes, perdon de sus pecados y cumplimiento y perfeccion de todas las virtudes. A los que van sin espíritu y por fines malos dice cada día Cristo lo que dijo á los que hacían plaza el templo: *Mi casa es casa de oracion y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones* (1). ¡Oh! ¡qué ásperas palabras, y cómo declaran cuánto enoja al Rey del cielo quien usa mal de la Iglesia y la profana¡ Llámalos ladrones y salteadores, porque hacen de la casa de oracion lonjas, mercado, y por tales serán castigados por la justicia divina. Y es de notar que entónces áun no había arca del Testamento, que era el relicario de Dios; solamente había los sacrificios y el Sancta Sanctorum. Mas nuestros templos son muy otra cosa. Está en ellos realmente presente en aquel santísimo Sacramento nuestro Rey, Criador y Redentor, Jesucristo, el mismo que está á la diestra del Padre, adorado de querubines y ángeles. Él es, y no otro, el que para nuestro remedio y gran consuelo nos viene á visitar en el santo altar, para que en la peregrinacion de esta vida no desmayemos. ¡Oh! ¡con qué espíritu y consideracion, con cuán grande sentimiento había cada cristiano de ir á ver y adorar al que de tan lejanas tierras vinieron á servir los reyes Magos, los pastores y los ángeles del cielo. Miren los que en los templos de Dios son desacatados la mala muerte que murieron los hijos de Helí, por los pecados que hacían en el Tabernáculo del Señor (2).

Y áun los sacerdotes y religiosos tengan aviso y tomen documento de este santo sacerdote y gran religioso; no por solamente costumbre se alleguen al altar ni vayan al coro á las alabanzas divinas. Lleven atencion á la obra tan grande como van á hacer, y en todo representen el espíritu con que van á hacer su oficio. Pronuncien bien lo que dicen, recojan sus pensamientos, llamándose á sí mismos, fijando su corazon en obra

(1) Marc., xi, 17.
(2) I Reg., iv, 11.

tan divina. ¡Oh! ¡cuántas veces dirán algunos estando en el altar y en el coro lo que dijo aquel adversario á nuestro Dios! Preguntóle el Señor: *¿De dónde vienes?* Él dijo: *He cercado la tierra y toda la he andado* (1). Estando alabando á Dios y ofreciéndole sacrificio tan excelente en el altar, muchas veces con el pensamiento cercamos la tierra, y áun el mar, paseamos plazas y calles, dejando con descuido abierta la puerta de nuestro corazon á cada negocio que allí se ofrece. Confúndete, hermano, y pregunta á tí mismo de dónde vienes; y aunque no quieras dirás que has dado una vuelta al mundo, estando allí hablando con el Señor de todo el mundo. Trabajo has de pasar como Abrahan en ojear esas aves importunas que te quieren comer el sacrificio que ofreces á Dios, porque son muy envidiosas de tu bien (2). Mas si perseverares espantándolas, como Abrahan perseveró hasta la tarde, vendrá fuego del cielo, descenderá la gracia divina y favor de Dios que inflamará con su amor tus oraciones y entrañas, y haciéndote señor de tus pensamientos, las aves se irán, se apartarán los bullicios de las imaginaciones vanas y quedará (como el cielo) sereno y claro tu corazon. Para que no te apresures ni te comas las medias palabras en el altar santo y en el coro, mira aquel castigo espantoso que hizo Jepté, juez de Israel, en los de la tribu de Efrain en el paso del río Jordan (3). Cuarenta y dos mil eufratreos murieron por no pronunciar una sola letra, diciéndoles los de Galaat, bando contrario, decid *Scibboleth*. Ellos decían *sibboleth*, no pudiendo pronunciar aquella letra *c*. ¡Válgame Dios! si la falta de una letra costó tantas vidas y fué tan castigada, ¿qué espera el sacerdote que se traga rezando, no una letra, sinó toda la sentencia, y áun el medio verso, pronunciando solamente el principio de él y el fin? Oraba el santo David y

(1) Job, 1, 7.
(2) Gen., xv, 11 y 17.
(3) Jud., xii, 6.

decía: *Señor, sea mi boca llena de vuestra alabanza* (1). No lo hace así el que reza entre dientes y celebra misa de caza. No llena su boca la alabanza de Dios, pues apénas la abre invocando al Señor, y diciendo: Señor, abrirás mis labios y mi boca os alabará. En espíritu vino al templo el santo Simeon, con alegría y gozo espiritual salió de su casa para ir á loar y ver á Cristo, y al mismo Rey y Señor del mundo vamos á loar y adorar cada día nosotros; razon es que vamos cada día con espíritu al templo de Dios, acompañando é imitando á este santo varon, el cual mereció recibir en sus brazos al que sustenta al cielo y la tierra con tres dedos, segun dijo Isaías (2). Esto es lo que dice ahora San Lúcas: *Recibió el justo Simeon al Niño Jesus en sus brazos y alabó á Dios, y dijo: Ahora dejáis, Señor, á vuestro siervo en paz, porque vieron mis ojos vuestra salvacion* (3). Dice muy bien aquí San Agustin: El Niño Jesus se vino al viejo Simeon, porque halló el mundo envejecido. El santo viejo llevaba al Niño, y el Niño santísimo regía al buen viejo. Aquí fué hecho niño inocente el anciano en el Niño Jesus, Salvador del mundo. Así cantó este divino cisne, profetizando grandezas públicamente á todos de la divinidad y humanidad del Salvador. ¡Oh, Niño Jesus y Dios eterno! pues os tengo en mis manos cada día en aquel altar, regid Vos mi alma, mandad mi corazon y en todo sed mi Rey, Pastor y Señor. Renovad con vuestra gracia, buen Jesus, la vejez de mi alma, en culpas envejecida; pues os hicisteis niño, Dios mío, y amáis tanto los niños, poniéndoles las manos sobre la cabeza y dándoles vuestra bendicion, hacedme niño por pureza, por humildad y por menosprecio de todo lo criado, para que de todas mis entrañas ame á Vos, mi Criador. Dadme hastío de esta vida mortal, pesada y peligrosa

(1) Ps. LXX, 8.
(2) Isai., XL, 12.
(3) Luc., II, 28, 29 y 30.

para que gima mi destierro y cada día y cada hora diga: *¡Ay de mi, que mi destierro se me ha dilatado!* (1). Pierda ya el temor á la muerte, deseando gozar de Vos, que sois camino del cielo, verdad que nos sacáis de engaño y vida eterna de los que os sirven y aman.

Conoció este santo varon, como nota Orígenes, que el Señor que tenía en sus brazos venía á renovar el mundo con su amor y gracia y á soltar los presos y á darles libertad de gloria pertetua; por tanto le pide y suplica que le desate de las cadenas pesadas de la carne y sentidos mortales. ¡Oh, cosa admirable! Si tanta virtud tenía la vestidura de Cristo, que tocándola sanó la mujer sanguinaria y (segun dice San Lúcas) sanaban todos los que la tocaban (2), ¿qué pensamos que se le comunicaría al santo Simeon de tener en los brazos al Rey y Señor del mundo? Pequeño fué el servicio que se le hizo al Niño sagrado; mas grandes fueron las mercedes é inefables los tesoros que comunicó á este amigo suyo. Alegróle el alma, dióle gran contentamiento, hízole aborrecer esta vida y que amase la perpetua y celestial. ¡Oh, magnífico en santidad, que obras maravillas! decía Moises hablando con este Señor (3). Liberal en hacer santos, franco en repartir su divina gracia es este soberano Señor. ¡Qué bien contempló las manos de Cristo su Esposa cuando dijo en los Cánticos que eran de oro y labradas á torno y llenas de jacintos! El oro significa su divinidad, y porque tiene manos Dios poderosas y excelentes, se llaman de oro. Están labradas á torno, porque son ligeras y responden presto, haciendo largas mercedes. Y áun porque nada son parciales á todos dan, á todos reparten, y áun á los malos y á los buenos envía su sol cada día y llueve sobre los justos y pecadores. Están llenas de jacintos, que son piedras preciosas de

(1) Ps. CXIX, 5.
(2) Luc., VIII, 44.
(3) Exod., XV, 11.

color de cielo. Quiere decir que siempre da dones de gran valor, jacintos de grande estima, fe, esperanza, caridad, humildad, paciencia, castidad y todas las virtudes. Porque el que es bondad infinita no sabe dar sinó lo que es santo y bueno. Sólo un don ¡oh, Rey del cielo! te pido, el cual á este tu siervo diste, y es que ya todo el mundo tenga yo en nada y diga con el Apóstol: *Deseo ser desatado de las cadenas de esta carne mortal y gozar con mi Redentor Jesucristo* (1). Es aquí de notar cuán magnífico y cuán cumplido es nuestro Dios en sus promesas. Nota nuestro Padre San Agustin que Dios no dijo á Moises que la vara de Aaron llevaría fruto, sinó que reverdecía: y no solamente echó hojas verdes, sinó áun dió flores y almendras, porque se entienda que nuestro Dios da más que promete. Aquí lo vemos en este Evangelio cumplido; habíale prometido el Espíritu Santo á este varon justo que ántes de su muerte vería al Mesías, y vióle y juntamente se le puso en sus brazos. Mucho es ver á Cristo, porque Él dijo: *Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis* (2); mas mayor privilegio es tomarle en sus manos y poseerle. ¡Oh, mundo falsario! ¡Oh, traidor mentiroso! prometes mucho y das poco á tus seguidores: prometes felicidad y bienaventuranza y das miserias, tormento é infiernos. Eres largo en palabras, manco, lacerado y corto en el cumplimiento. *Todo el mundo está asentado sobre traicion*, dijo San Juan; nadie se fíe de él, si no quiere ser engañado (3). Su príncipe Satanas es padre de mentira, y tales han de ser sus promesas. Prometió á Eva que serían como dioses ella y Adan, y dejóles miserables y semejantes á brutos, segun afirma el profeta David (4). Nuestro Rey y Señor, Jesucristo, da más que promete, porque es eter-

(1) PHILIP., I, 23.
(2) LUC., X, 23.
(3) I JOAN., II, 15 y 16.
(4) PS. XLVIII, 13.

na verdad y no puede ser engañado ni tampoco puede engañar á nadie; dar alabanzas á Dios Simeon cuando se vió rico y aposesionado en tan precioso tesoro, es declarar el oficio de los sacerdotes, cuya lengua y corazon siempre han de alabar á Dios por los beneficios suyos y de todo el pueblo cristiano. Por esto dijo San Pablo que el sacerdote, no tan solamente va al santo altar para ofrecer aquel santísimo sacrificio por sus pecados, sinó tambien para alcanzar perdon de las culpas que ha cometido el pueblo (1). *Bendice al Señor, que te crió y te embriagó con todos sus bienes* (2), dijo el Eclesiástico. ¡Oh! ¡qué embriagado sale el buen sacerdote cuando ha recibido aquel sacramento santísimo y bebido aquella dulcísima sangre del Señor! ¡cuán alegre, cuán rica está su alma con tales joyas! Razon es que diga aquello del Salmo: *Bendeciré al Señor en todo tiempo*, de noche y de día, afligido y prosperado, pobre y rico; jamas se me caerá de la boca la alabanza de mi Dios (3).

No carece de misterios haberle tomado en los dos brazos, pues bastara el uno para tomar un niño tan pequeño, de cuarenta días. Nótase aquí su gran devocion, y así dijo con la Esposa cuando tomó al Niño Jesus: *Hacecito de mirra es mi amado para mí; asentarle he sobre mis pechos.* No me será pesada su ley santa, sinó muy ligera de cumplir, pues que es ley de amor; no es haz, ó yugo pesado, como la ley vieja, y por tanto le daré asiento sobre mi corazon. Aquí cumplió lo que el Esposo le mandó: *Ponme como sello ó señal sobre tu corazon* (4). Y tambien sobre tu brazo. Tenía este santo hombre puesto sobre su corazon, amando á Cristo, y deseándole ver ahora le pone sobre su brazo, en el templo, recibiéndole con

(1) Ad Hebr., v, 13.
(2) Eccles., xxxvii, 17.
(3) Ps. xxxiii, 1.
(4) Cant., viii, 6.

gran reverencia y aficion, y áun echóle los brazos, como nota San Buenaventura: porque á Cristo le hemos de servir y amar con todas nuestras fuerzas, con deseos, palabras y obras, y decir con la Esposa: *Ya le tengo; no le dejaré* (1), no le ofenderé, porque no se vaya y me deje desamparada: haréle mil regalos y servicios porque more en mi ánima siempre. Demos las dos manos, y no seamos mancos. El deseo y la obra dos manos son que se ayudan una á otra. La promesa de palabras que hicimos en el bautismo y el cumplimiento de la ley de Dios, dos manos son en que recibimos á Cristo para que Él descanse en nosotros y nosotros en Él. ¡Cósa admirable! los que reedificaban á Jerusalen, contra la voluntad de los samaritanos, una mano tenían en la espada y con la otra obraban; para que entendamos que teniendo la espada de la palabra divina, que así la llama San Pablo, y no dejándola de la mano, hemos de obrar tambien lo que manda Dios: y así se reedifican los muros de Jerusalen la triunfante, á pesar de Samaria, este mundo malo y traidor. Esto es lo que el Señor dijo: *El que obrare y enseñare será llamado grande en el reino de los cielos* (2). No toman sinó con una mano á Cristo los que le creen y no le obedecen, y tales son los que, siendo cristianos, no viven conforme á lo que la fe santa les enseña. Y áun éstos se parecen á los que, como aquellos sacerdotes y doctores de la ley, ponen grandes cargas sobre los hombros ajenos y con el dedo no las quieren tocar; enseñan y predican penitencia y ellos danse á regalos y pasatiempos; no tienen más de la lengua y fáltanles las manos (3). ¿Qué quiere decir mandar Dios que los sacerdotes llevasen el arca y que fuesen delante del pueblo cuando pasaron el Jordan y entraron en la tierra

(1) CANT., III, 4.
(2) MATTH., V, 19.
(3) MATTH., XXIII, 4.

de promision (1), sinó que oficio es de los sacerdotes ser guías de todos los cristianos? Y es de notar (como Ricardo lo pondera delicadamente) que este relicario solamente á los sacerdotes se encomienda, y llevándole ellos se divide el Jordan y se descubre camino para que pase el pueblo (2). El Arca de la amistad, de madera dorada, es la sabiduría humana acompañada é ilustrada de la fe y sabiduría revelada: y bien se llama de paz, ó amistad, pues el Señor dijo á sus Apóstoles, que llevaban esta Arca mística: *Ya no os llamaré siervos, sinó amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os he manifestado.* Llevamos esta Arca cuando contemplamos las cosas eternas y gustamos de las riquezas espirituales. El Jordan, que corre con ímpetu para parar en la mar, es este mundo, que lleva gran priesa para acabarse en la muerte. San Juan dice *que pasa el mundo y su mal deseo* (3), y San Pablo afirma lo mismo: *Pasa la figura de este mundo* (4).

Pues cuando los sacerdotes meten los piés en el Jordan, considerando la brevedad de la vida, de las honras y de las riquezas de acá, huye el agua, cesa la corriente de las vanidades de este engañoso mundo, y menospreciando todo lo visible, dice nuestra ánima con David: Señor, ¿qué tengo yo en el cielo, y qué tengo yo en la tierra que ame, sinó á Vos? Aquí parece el camino y se descubre paso para el cielo, por donde pasen los cristianos, persuadidos por el ejemplo de los buenos sacerdotes, que van delante obrando la ley de Dios. Todo esto concierta con lo que al principio de esta epístola nos dijo el profeta Malaquías, segun ya declaramos. El sacerdote ha de ser sabio y de su boca ha de buscar el pueblo la ley del Señor, y ha de ser ángel y medianero entre Dios y el pueblo.

---

(1) Josué, III, 6.
(2) Ricar., 1 p., c. 1.
(3) I Joann., II, 17 y 1.
(4) Cor., VII, 31.

Plega á la divina bondad, Padre, que Él os dé su espíritu, para cumplir con tan excelente oficio. Leyendo esta epístola podría algo aprovechar vuestra ánima: por tanto, no debéis dejar de mirar estos avisos que estos santos doctores dan. Siendo sabio y juntamente teniendo pureza de ángel, siendo justo y morador de Jerusalen y temeroso de Dios, y teniendo al Espíritu Santo en vuestra alma, como del santo sacerdote Simeon se ha declarado, Jesucristo, sacerdote eterno, se os vendrá á vuestras manos, acompañándoos en todas las obras buenas. Y áun os dará virtud para que podáis decir con el Apóstol: *Todas las cosas estimo como estiércol, porque gané á mi Redentor Jesucristo* (1). Para esto es menester gran cuidado, no cesar la oracion, y frecuentar el altar, celebrando aquel inefable misterio de la misa, precediendo siempre la santa confesion sacramental. Con tales ejercicios, y tan santos, nos dará Cristo sus favores y nos fortalecerá con su gracia, y despues nos dará la gloria eterna.

EPÍSTOLA V.

PARA UN RELIGIOSO

Grande es la obligacion que yo tengo, Padre, para responder á vuestra carta, la cual manifiesta tan santo deseo de saber caminar un camino tan santo, que el Hijo de Dios nos vino á enseñar en la tierra para ganar el reino del cielo, imitando la vida apostólica y viviendo segun los tres santos votos, pobreza, castidad, obediencia, en esta santa religion de nuestro Padre

(1) Fil., III, 8.

San Agustin. Oblígame á escribir esta epístola el doblado parentesco y doblada hermandad de sangre y de espíritu que hay entre nosotros. Verdad es que en el regimiento del alma, al principio que tomasteis el habito escribí una epístola breve, en la cual se declaró, aunque sumariamente, los tres votos que ahora dije. Y en el libro que se dice Crónica de nuestra Orden por treinta y tres capítulos trabajé de dar una instruccion de religiosos. Bien creo que todo esto habéis leido ya. En esta epístola quiero que veáis, Padre, la excelencia del estado que habéis elegido, para el cual nuestro Salvador Jesucristo por su inmensa piedad os llamó. Porque entendiendo la gran merced recibida más cuidado haya de alabar y servir con gran solicitud á quien á esa ánima tan gran favor ha dado. Oigamos ahora al profeta Jeremías atentamente, y nos dirá quiénes son los buenos religiosos que aman y sirven con espíritu fervoroso á su Criador, muertos al mundo y vivos á Dios.

Más blancos son que la nieve y que la leche sus nazareos, y más colorados son que el marfil antiguo, y más hermosos que el zafiro (1). Estas palabras dijo Jeremías, lamentando la destruccion de aquella famosa ciudad de Jerusalen, cuando los caldeos por alto juicio de Dios la saquearon. Lamenta allí la cautividad y la muerte de los sacerdotes y de los religiosos dedicados por particular voto á Dios, los cuales en la ley eran llamados nazareos. Todo el tiempo que duraba el voto que hacían habían de apartarse de muchas cosas: no podían beber vino ni cidra, ni cosa que pudiese turbar el juicio. No tampoco podían comer uvas ni pasas; no se habían de cortar el cabello hasta el fin y cumplimiento del voto, ni habían de poner luto ni llorar sobre muerto alguno, aunque fuesen sus padres (2). Esta era la ley de los nazareos, ordenada de Dios, y

(1) Tren., iv, 7.
(2) Núm., vi, 3 y sig.

tienen grandes misterios estas ceremonias. San Pablo dice: *que todo lo que en aquella ley se mandaba era figura y una sombra de lo que nuestra ley de gracia nos manda* (1). Poco se le daba á Dios que bebiesen vino los nazareos consagrados á su majestad, pues nuestro Redentor, nazareo santísimo y fuente de toda santidad y pureza, hijo de la nazarea su sacratísima Madre, la cual le concibió en la ciudad de Nazareth por obra del Espíritu Santo, bebió vino, como parece en el Evangelio, y áun hizo aquel milagro famoso en Caná de Galilea, volviendo el agua vino por ruego de la Vírgen, Madre suya (2). Luego á más alto fin iban ordenadas estas ceremonias mandadas en la ley. Si nazareos tenía Dios entónces, nazareos tiene ahora, y que van muy más adelante que aquéllos en santidad y en pureza. El voto de aquéllos acabábase en cierto tiempo, y tenía cumplido al fin con ofrecer su sacrificio y con dejar los cabellos que se quemasen en el altar de Dios. Y con tanto cesaba y se acababa el voto que habían hecho, y quedaban libres como ántes. Nuestro voto, y votos, que en la santa religion hacemos los religiosos, no tienen fin en veinte ni en ochenta años, ni se acaban hasta que se acabe la vida. Aquél parece que era como juro al quitar, que redime á voluntad y cuando quiere el que le toma; mas nuestra religion y ofrenda que de nosotros mismos hacemos á Cristo es censo de por vida, de gran valor y estima ante Dios, el cual ha de durar cuanto durare la vida. Pues si aquellos nazareos por dos años ó cuatro que se dedicaban á Dios, guardando aquellas ceremonias, son tan loados, y del pueblo eran tan estimados, ¿cuánto más deben ser tenidos en mucho los nazareos de Cristo, religiosos que viven en las religiones reformadas, sirviendo á Dios todos los días de su vida?

(1) I Cor., x, 6 y 11.
(2) Joan., II, 9.

El quitarles el vino y la cidra no fué porque en las criaturas, que Dios crió, haya mal alguno, pues San Pablo dice *que toda criatura es buena si se recibe dando gracias á quien la crió* (1). El vino suele embriagar á quien se descuida en beberlo, como leemos de Noé, que él plantó la primera viña y lo pagó luégo, que se embriagó con el vino de ella; y porque nada se ha de amar, sinó á Dios y por Dios, hémonos de guardar del vino, que es el amor del mundo, porque no es vino, sinó ponzoña que mata las ánimas. La Escritura santa dice: *que el que quisiere ser amigo de este mundo, que el tal es luégo hecho enemigo de Dios.* Y porque son los hombres muy achacosos, y porque se apartasen de ocasiones de no quebrantar la ley de Dios acerca del vino, que se les prohibía, añade la ley que ni uvas, ni pasas, ni vinagre comiesen. ¡Oh! ¡qué desocasionados quiere Dios que seamos, y que de léjos como á flacos se nos quiten las ocasiones de caer! Jamas se vió que nadie comiendo uvas ni pasas se embriagase, ni tampoco bebiendo vinagre, porque ello con su acedia se defiende para que no se beba en mucha cantidad. Mas porque del dulzor de las uvas ó pasas no se les antojase de beber del vino, que es zumo de uvas, quería Dios que no las comiesen. Así los religiosos cuando ven ocasion (aunque no sea grande) para ofender á Dios han de apartarse y huir. No sin causa dijo el Eclesiástico: *El que menosprecia las cosas pequeñas irá cayendo poco á poco* (2). Y es sentencia muy digna de notar y de temer. ¿Qué es la culpa venial, sinó cama donde se acueste el pecado mortal? Luego en mucho se ha de tener el pecado pequeño, pues dispone el alma para los pecados mayores y mortales. No pecó mortalmente Eva por mirar la fruta vedada en el paraíso, porque Dios no puso el precepto que no mirasen,

(1) I Tim., IV, 4.
(2) Eccles., XIX, 1.

sinó que no comiesen. Miró la fruta y deseóla; llega la serpiente y dícele que coma (1); así vino de lo poco á lo mucho, y del mirar nació el desear y el comer. No afeitarse los nazareos declara aquella cabellera colorada de la Esposa, tan agradable á los ojos de Dios, que la llama y dice ser como púrpura real. Los pensamientos santos y amorosos del alma, las consideraciones que tiene de la pasion y muerte del Hijo de Dios, cabellera es que la adorna y viste de gran hermosura. De aquí es que tanto se afrentase Eliseo, cuando aquellos mozos de Samaria le llamaron calvo; y sintiólo tan de veras, que salieron dos osos de un bosque, y en maldiciéndoles el profeta, como á burladores fueron muertos cuarenta y dos mozos de aquellos mal criados. No lo tomara el santo varon por injuria, si á la verdad no hubiera allí misterios, porque ni le dijeron ladron ni mal hombre, sinó que siendo viejo le llamaron calvo (2). Es gran afrenta para el alma del religioso, que está sin pensamientos santos desataviada, y sin consideraciones de los beneficios de Dios, de las promesas que el Señor hace al que le ama y de la muerte preciosa y sangre que el Hijo de Dios por nosotros ofreció al Padre. Y que Dios tuviese en mucho aquellos cabellos de los nazareos, declárase en mandar que acabando el voto se los quitasen y se ofreciesen en el altar en sacrificio. ¡Oh! ¡bienaventurado el religioso que todos sus pensamientos y todos sus deseos pone en el altar de Dios y los inflama con el fuego del amor divino. Este tal nazareo es más blanco que la nieve y más colorado que el marfil antiguo, y más hermoso que el zafiro (3). Nazareo era Sanson y dedicado á Dios, y en tanto que tuvo cabellera ganó grandes victorias, mató al leon y venció muchos filisteos. Mas cuando le faltó el cabello

(1) GENES., III, 6.
(2) IV REG. II, 23.
(3) TREN., IV, 7.

y Dalila le hizo raer la cabeza, luégo quedó flaco y sin fuerzas y fué preso de sus enemigos (1).

¡ Oh! ¡qué fuerte, qué animoso es el siervo de Dios en tanto que ora y contempla las cosas eternas, olvidando las temporales y perecederas, como lo hacía San Pablo! Derriba al leon Satanas, que anda bramando y cercando las almas para tragarlas ; vence á los filisteos, que son los sentidos, y finalmente, con la virtud divina todos los contrarios vence y de ninguno es vencido el que anda adornado de santos pensamientos siempre. Por gran alabanza dice la divina Escritura *que el pensamiento de los amigos del Señor es acerca del Altísimo* (2). No se bajan á querer cosas viles y momentáneas, no hacen caso de las honras del suelo, pisan las riquezas terrenas y hacen solamente presa en las cosas eternas y en Dios. ¡ Oh cosa admirable ! De un cabello tomó el ángel al profeta Abacuch y le llevó desde Judea á Babilonia para que diese de comer al profeta Daniel, que estaba en el lago de los leones (3); y de un pensamiento santo nos arrebata cada día el ángel que nos guarda y nos lleva y sube sobre todos los cielos, á donde contemplamos la majestad y grandeza de nuestro Criador y Redentor Jesucristo. Bendito sea el que tal virtud y fuerza dió á cada un deseo santo.

Finalmente, mandar Dios que el nazareo no llore sobre su padre ó madre difuntos, es decirnos que los religiosos hemos de estar tan muertos al mundo, tan desviados de todo, que amando de todo corazon á Dios, nada de esta vida nos dé tristeza y dolor cuando nos faltare, aunque sea el amor tan natural cuanto lo es del hijo al padre. Claro está que el dolor nace del amor que se tenía á lo que perdemos, como dice nuestro Padre San Agustin. Luego el que no quiere te-

(1) Judi., xvi, 17.
(2) Sap., v, 16.
(3) Dan., xiv, 35.

ner tristeza y dolor perdiendo lo que es temporal, tenga un aviso, y es que no lo ame. De aquí es lo que dice San Pablo, *que los que usan de este mundo sean como si no usasen de él* (1). Quiere decir, no le amen ni se traben de él, aficionándose á cosa alguna, porque lo que no se posee con amor sin dolor alguno se pierde. Y aunque á todos y para todos los cristianos, nazareos consagrados á Dios, en el santo bautismo se da esta ley, así espiritualmente entendida, más principalmente habla con nosotros, que nos adelantamos y señalamos entre el pueblo cristiano, para que, dejado el mundo, nos empleemos en servir á Jesucristo, Rey y Señor nuestro, que treinta y tres años nos sirvió, trabajando en esta vida, para que muriendo en la cruz y resucitando muramos del todo al mundo y resucitemos con Él. De manera que ya *nadie viva para sí, sinó viva á Dios* (2), segun el Apóstol nos amonesta. Veis aquí, Padre, por qué mandaba Dios que los nazareos no bebiesen vino, queriendo el Señor que nos guardemos del amor apasionado de las criaturas, que embriaga y mata el alma. Quiere que críen cabellera, porque el corazon sin deseos es cosa muerta y fea y descontenta mucho á Jesucristo. Y finalmente, no quiere que lloremos pérdida alguna de lo temporal, aunque sea perder el padre ó la madre, sinó quiere Dios que como gente muerta al mundo estemos tan conformes á la voluntad de Dios en todo, que nos sea dulce lo que Él quiere hacer de nosotros y de nuestras cosas. Esta es perfeccion muy alta, y no es mucho que un religioso trabaje de subir á ella, pues un hombre casado dijo: *Si recibimos de manos del Señor los bienes, ¿porqué no recibiremos los males y trabajos?* (3). Aquel santo Job, pobre y llagado, y puesto en un muladar, llegó á tan excelente virtud que dijese estas pala-

(1) I Cor., vii, 31.
(2) II Cor., v, 15.
(3) Job, ii, 10.

bras para consuelo nuestro y para confusion de los cristianos, que hacen mal rostro á las adversidades y salen de paciencia cuando Dios les toca, enviándoles alguna tribulacion.

Viniendo, pues, á tratar las tres alabanzas que en estas palabras da el profeta Jeremías á los religiosos, podremos con razon decir que el buen religioso es más blanco que la nieve y que la leche por el voto que hace de perpetua castidad. Es más colorado que el marfil antiguo, por el voto de pobreza; y es más hermoso en los ojos de Dios que el zafiro, por el voto de la obediencia. Tres maldades hay en el mundo que afean al alma, y la hacen tan abominable delante del que la crió á su imágen y similitud que la deshecha de sí y da con ella en el infierno para que arda perpetuamente con los demonios, á quien imitó pecando en esta vida y no haciendo penitencia (1). La primera es mal deseo de la carne, que es la lujuria. La segunda mal deseo de los ojos, que es avaricia. La tercera es soberbia de la vida. De estos tres capitales enemigos hablamos en el libro de la reina Sabá, y dijimos que son tres jornadas que se han de caminar hallando estos vicios para entrar en Jerusalen, que es el cielo, y ver al Salomon figurado, Cristo Jesus, Rey de todo lo criado. Y áun en el librito que se dice *Victoria del mundo* declaramos algo de esto; por tanto, en esta epístola no trataré sinó de las tres virtudes que hacen tan gracioso á cada un nazareo, que es el religioso, el cual guarda castidad, obediencia y pobreza voluntaria, armas fortísimas para vencer los tres vicios capitales que nos dijo San Juan que andaban en este mundo, lujuria, avaricia y soberbia. Por la castidad se derriba le desventurada lujuria; por la pobreza apostólica se destruye la avaricia, y por la obediencia la traidora soberbia, la cual se llama soberbia de la vida, porque aunque otros vicios se pasan con la mocedad y desmayan

(1) JOAN., II, 16.

con la vejez, la soberbia es tan gran gigante y como herencia que nos cupo por el pecado de los primeros padres, que áun en la vejez nos persigue, tomando nuevas fuerzas. Y si queremos saber el secreto, bien se deja entender, y es que la soberbia es pecado que presume de hidalgo, vino del cielo empíreo y trájola aquel traidor de Lucifer, tan soberbio que osó ponerse á brazos con su Criador y nuestro, diciendo que había de ser igual á Él. De manera que el pecado de la soberbia es pecado angélico, no villano como la gula, lujuria, avaricia y otros pecados viles y de bajo solar.

De aquí nace que este vicio tienta á todos y á ninguna edad perdona: no al mozo, no al viejo, ni al bueno, ni al malo. Esta nos lleva muchas veces los mejores ingenios y las mejores letras, las mejores obras, ayunos, limosnas y oraciones, como lo vemos claramente en aquel fariseo que oraba en el templo, que comenzando á dar gracias á Dios hizo un inventario de todos sus bienes espirituales, loándose de ellos para su condenacion (1).

¡Oh leona brava! ¡oh soberbia pestilencial que tanto mal haces en el mundo y áun le hiciste en el cielo, derribando tantos millares de ángeles en el profundo del infierno! Roguemos, y muy de corazon le roguemos al Maestro de la humildad, Cristo Jesus, y digamos con el profeta David: *Señor, no me venga el pié de la soberbia* (2). Llamóle pié porque todo lo quiere pisar y hollar; de todos se quiere enseñorear el soberbio.

Y áun llamóle pié, porque es coja la soberbia, cae muy á menudo y no se puede tener. Vi á Satanas, dijo nuestro Redentor, caer del cielo á manera de rayo. Dice que le vió caer porque Él le derribó, porque su maldad y soberbia grande lo

(1) Luc., xviii, 11.
(2) Ps. xxxv, 12.

tenía merecido. Para remedio y medicina de este mal pestilencial, es la obediencia santa que promete el religioso, como adelante veremos en su lugar. Veamos ahora de la castidad.

Uno de los tres votos principales de la religion es prometer castidad perpetua; cosa de gran valor, porque allí prometemos vida angélica, viviendo en carne flaca y mortal. Esta es una lucha recia y batalla continua, á donde el hombre pelea contra su propia naturaleza; y á donde sale vencedor con el favor divino, no de otro, sinó de sí mismo. Aquí resplandece mucho la gracia divina, y se vé á la clara quién es Dios, porque tan recia batalla no se vence en fuerzas y saber propio, sinó con el favor divino. Así dijo, y con gran razon, el Eclesiástico: *No puedo ser continente, si no lo diere Dios* (1). Aquí se nos manifiesta ser este don del cielo, y no ingenio ni virtud de la tierra, pues virtud tan soberana no la alcanzan por sus fuerzas y saber los hombres, sinó por don singular de nuestro omnipotente Dios. Y que agrade mucho á nuestro Señor Jesucristo la pureza de castidad, bastante argumento es haber escogido para su Madre á la purísima Vírgen María y por su ayo al santo José, el cual dice San Jerónimo que fué vírgen. Y por esto el más amado y regalado de todos los apóstoles, San Juan Evangelista, fué recibido en el pecho del Señor en la Cena. Allá dijo el Sabio: *El que ama la limpieza tendrá amistad con el Rey* (2). Así la tuvo, y muy estrecha, con Cristo, Rey de los reyes y Señor de los señores, cada un vírgen de los tres que ahora nombramos, aunque sobre todos fué más amada la purísima Señora del mundo, Vírgen María. Y no se contentó nuestro Salvador con enseñarnos por la obra cuánto amaba la castidad y pureza, segun por ejemplo en lo dicho nos muestra, sinó que de palabra alabó á los que, por

(1) Sap., VIII, 21.
(2) Prov., XXII, 11.

ganar el reino del cielo, se apartan de todo deleite corporal y feo. Y al fin dijo: *Quien puede seguir esta doctrina y consejo sígale.* Dejando á los cristianos libres para que de buen comedimiento y cortesía le hiciesen tan gran sacrificio y no por fuerza de precepto, porque cosa tan ardua y dificultosa no había de quedar sinó, como quedó en el Evangelio, por consejo y para camino de mayor perfeccion. Y como admirablemente nota Santo Tomás, para que nadie desesperase de alcanzar la perfeccion (1) que manda el Evangelio, llamó Cristo á San Pedro siendo casado; mas para enseñar otro camino más excelente sacó á San Juan de las bodas de Caná de Galilea para que perseverase en su virginidad (2). Ni por esto perjudicamos á los que eligen estado de matrimonio. Santa es la castidad de los casados, pues dijo Dios á Abrahan: *Anda delante de mí y sé perfecto* (3). Su perfeccion se tiene la castidad conyugal; mas la castidad de continencia y la virginal muy adelante van, segun dice nuestro Padre San Agustin (4). En manera que como fué condenado por hereje Vigilancio, que igualó las riquezas con la pobreza voluntaria, así fué condenado Joviniano, porque quiso igualar el matrimonio con la virginidad y continencia. San Pablo llamó honrado al matrimonio, y él mismo dijo que el casado está dividido y ha de entender y ocuparse en cosas del mundo, y cómo contente á la mujer: y tambien dijo que la vírgen que no se casa será limpia en el cuerpo y en el espíritu, y tendrá doblada santidad corporal y espiritual (5). Todo esto dijo el Apóstol para dar á cada estado su peso y valor y sublimar el estado de la castidad perpetua en continencia ó virginidad. Y si queremos

(1) S. Thom., 2. 2, q. 186, art. 4.
(2) Joan., II, 1.
(3) Genes., XVII, 1.
(4) S. Aug., lib. *de bono conjugali.*
(5) I Cor., VII, 32, 33 y 34.

ver la excelencia de esta virtud, más angélica que humana, consideremos lo que el Señor respondió á los saduceos, gente perdida y loca, á la pregunta que hicieron: *En el cielo no habrá casados, ántes serán como ángeles de Dios* (1). Luego el voto de castidad perpetua que se hace en la religion, una imitacion es y retrato de la vida inmortal y pura que hemos de vivir en la gloria. A estos ángeles celestiales imitamos siendo castos en el pensamiento, palabra y obra, y áun lo que más se ha de notar es que lo que los ángeles tienen por naturaleza poseen los hombres flacos por gracia divina, y por tanto es el mérito mayor, porque vencemos á nosotros mismos en esta santa pelea. ¡Oh, cosa admirable! Sólo una vez leemos que haya hecho Dios aquel famoso milagro con los tres niños de Babilonia, los cuales siendo echados en el fuego no se quemaron, ni la llama les tocó en las vestiduras, y así espantó á todos y el tirano rey admirado, dijo: *Que veía en el horno otro mancebo cuarto que era semejante al Hijo de Dios* (2). ¡Oh, bendito Hijo de Dios, Jesucristo! ¡cuántos millares de veces cada un día y hora obráis Vos esta maravilla en el ánima, que allí fué obrada en los cuerpos de aquellos tres mancebos católicos, siendo tentados y combatidos! Vos, Padre de misericordia, matáis el fuego de la tentacion con vuestra divina gracia, y saliendo victoriosos cantan alabanzas á Vuestra Majestad, como aquellos mancebos santos cantaron, y dicen: *Bendecid todas las obras del Señor al Señor; loadle y ensalzadle por todos los siglos.* Hasta que se acabe el mundo será estimada de todos y loada aquella hazaña de José el casto, el cual, siendo molestado de aquella gitana, huyó varonilmente y dejóle la capa en las manos (3).

---

(1) MATTH., XXII, 30.
(2) DAN., III, 23, 24 y 92.
(3) GENES., XXXIX, 12.—Vide S. Aug., serm. 16 ad heremi.

¡Oh, varon animoso el religioso que siendo combatido de esta gitana engañadora, nuestra carne, la menosprecia y huye al corazon de Jesucristo, abierto con una lanza para nuestro remedio y consuelo, y desde aquel homenaje tan alto se burla de las niñerías y tentaciones de su carne! Nuestro Padre San Agustin este remedio dice en su Manual que tenía (1). Y es eficacísima medicina para toda tentacion y particularmente para vencer los bríos de la carne. En los Cánticos llama el Esposo paloma á su Esposa y dícele *que se levante y vaya á los agujeros de la piedra* (2). Estas son las llagas del mismo Esposo Cristo, en las cuales está puesto nuestro remedio y descanso. Cada día se nos dice al oido, cuando estamos afligidos ó tentados, aquello del Apocalípsis: *Mira que te di la puerta abierta porque tienes poca virtud* (3). ¡Oh! ¡cuán poco podemos contra este adversario y ladron de casa, nuestro cuerpo mortal; y cuán poco pudo el fuerte Sanson y el sabio Salomon y el santo David contra él, por su fortaleza propia! Nada valemos sinó para caer como gente enferma y flaca. Por tanto nos dejó el postigo de su pecho y corazon abierto Jesucristo, y resucitó con las mismas llagas de piés y manos y costado, para nuestra consolacion y fortaleza. Entrémonos por aquella puerta del perdon de nuestros pecados y de todo el mundo; oremos y digamos con el rey Ezequías: *Señor, fuerza padezco; responded por mi* (4). Guerréame mi enemigo y trabaja por apartarme de Vos; sed mi defensor. Cuando Abimelech puso fuego á una torre donde estababan retraidos sus contrarios, una mujer tomó una gran piedra y quebrantóle la cabeza desde lo alto de la fortaleza. Abimelech, Satanas, despierta las tentaciones muchas veces; y con fuego de mal

(1) S. Aug., lib. Manu., cap. 22.
(2) Cant., II, 10 y 14.
(3) Apocal., III, 8.
(4) Isai., XXXVII, 15.

deseo quiere abrasar el alma y derribarla en pecado. El remedio es que ella se suba á lo alto de la oracion, y con la piedra fortísima Cristo, contemplando su sagrada pasion, quebrante la cabeza al demonio y quede el alma con la victoria.

De notar es que el rey santo David no dijo que era bienaventurado el que no era tentado, sinó dijo: *Que aquel seria dichoso que hiciese pedazos los pequeñuelos niños con la piedra.* (1). Los muchachos pequeños son los pensamientos al principio de la tentacion: y éstos se han de matar luégo segun declara San Jerónimo en una epístola, quebrantándoles las cabezas en la piedra, Cristo, de quien dice el Apóstol: *La piedra que seguia aquel pueblo de Israel era Cristo.* Este será bienaventurado, porque como fuerte gigante peleó y venció con la gracia divina (2).

Aquel traidor de Faraon nos enseña cómo hemos de resistir á este contrario. Él, porque los niños de los hebreos no creciesen y le hiciesen guerra, los mandaba matar, para de esta manera asegurar su reino tiránico (3). Nosotros, aprendiendo de él y usando de su arte, conviene que para no perder la joya de la castidad y ofender á nuestro Dios, matemos los gitanillos, que son los malos deseos, que conquistan la pureza del ánima; porque si crecen, por la negligencia y consentimiento matarán al alma.

Para todo esto es menester gran cuidado y destreza y ser el religioso otro Ayoth, el cual es loado en la Escritura de animoso y peleaba tan bien con la mano izquierda como con la derecha (4). No tan solamente se ha de dar á la oracion, mas áun ha de hacer penitencia, castigando su cuerpo y sujetándole al espíritu; ha de huir ocasiones, tratando poco con mujeres,

(1) Psalm. cxxxvi, 9.
(2) I Cor., x, 4.
(3) Exod., i, 16.
(4) Jud., iii, 15.

aunque sean espirituales; ha de tener gran tiento en el comer: porque este es el linaje de demonios, de quien dijo Cristo Nuestro Señor que no se destierra sinó con ayuno y oracion. San Jerónimo dice que el vino y la mocedad son dos fuegos, y el uno ayuda al otro. Allá San Pablo escribió á Timoteo, su discípulo, que estaba enfermo del estómago, que bebiese un poco de vino (1). Luego por medicina y por necesidad habían de usar los mozos del vino.

Nuestro Padre San Agustin en una de sus reglas dice así: los domingos beban vino los que quisieren, con mi bendicion; mas á los viejos mándenles que lo beban cada día: quiere decir que como la vejez sea enfermedad incurable, que como á los enfermos, por vía de necesidad se lo manden beber á los ancianos Finalmente, el que quiere poseer esta joya celestial de la castidad tenga á su cuerpo por enemigo: y dice Salomon que al enemigo le demos á comer cuando tiene hambre y que le demos á beber cuando tiene sed: así á este enemigo se le den alimentos, no más de para vivir, y no por vía de regalo: enemigo es del alma y el más peligroso. Bienaventurado quien le tratare como enemigo, y no como amigo: como á siervo, y no como á señor. Agar, gitana, es esta carne mortal, que se toma á manos y es rebelde á la señora, que es Sara, nuestra alma; por tanto cumple ponerla la mano, castigarla y no regalarla.

El segundo voto que hacemos en la religion es la pobreza voluntaria, que prometemos, la cual hace al religioso más colorado que el marfil antiguo y muy más gracioso en los ojos de Dios. El marfil blanco es, el cual se hace de los dientes y huesos del elefante; mas por la antigüedad vuélvese colorado. Así la pobreza perpetua es un largo martirio, y tiene gran mérito ante Dios. Este camino para llegar á la perfeccion de

(1) I Tim., v, 23.

la caridad, la cual busca cada un religioso que deja el mundo, enseñó nuestro Redentor, cuando dijo á un mancebo rico: *Si quieres ser perfecto, vé y dá todas las cosas que tienes á los pobres, y sígueme* (1). ¡Oh, palabras de virtud admirable y no ménos que divina! Esta sentencia ha sido y es de tanta eficacia que llevó á nuestro Padre al yermo, olvidado todo el mundo; hizo menospreciar las riquezas que tenía el glorioso San Francisco y vestirse de un saco. Y finalmente, á todos los Padres de órdenes bastó á persuadir que renunciasen lo que tenían y podían tener, y que se encerrasen en los monasterios. Esta divina palabra pobló los desiertos de Egipto de aquellos santos Padres, y hasta que se acabe el mundo será bastante para que siempre pueble los monasterios de religiosos, siervos de Dios. Verdad es que aquel mancebo se fué triste, oido este saludable consejo que el Rey del cielo le dió, porque como flaco hizo la pregunta, mas no se aprovechó de ella; lo cual no ignoró el Señor que la dijo, mas mirónos á nosotros con aquellos ojos y vista larga de Dios y conoció el gran fruto que de ella habíamos de sacar con su divino favor. Entristecióle al rico oir nombrar la pobreza, porque, como dice nuestro Padre (2), los bienes de esta vida más se aman por la posesion, que no por sólo el deseo: y como este mancebo tenía muchas posesiones, pesóle de la respuesta tan santa que le decía que las dejase. Hase de notar que dijo Cristo que todo lo desamparase para ser su discípulo, porque quien ha de seguir á Cristo desnudo en la cruz de todo se ha de desnudar; quien quisiere seguir las pisadas del que es Criador y Señor de todo, deje con alegría todas las cosas. No podemos correr tras un gigante tan ligero si no nos descargamos de todo lo que nos puede detener y agravar en el camino de esta vida, decía el Apóstol: y conviene que nosotros lo digamos en la religion: *Todas las*

(1) MATTH., XIX, 21.
(2) S. Aug. ad Paul.

cosas tengo y estimo como estiércol, porque gané á mi Redentor Jesucristo. No basta dejar las riquezas. como Sócrates ó Diógenes, para mejor bacar á la filosofía, no tampoco para descansar, no teniendo cuidado de bienes terrenos. Más alto fin ha de tener el cristiano, y es el que aquí declara el Apóstol: que todo se deje y desampare por amor de Cristo. Cual es el fin, tales son los medios que se toman para alcanzar aquel fin, segun nos enseña Aristóteles. Es verdad que los filósofos dejaban el mundo; mas al fin dejábanle por el mundo, por ser estimados y tenidos por filósofos: así se les daba poco por riquezas ni deleites. Por tanto dice San Pablo *que llamándose sabios quedaron condenados por locos* (1). No dijo nuestro Salvador solamente: el que dejare el padre y la madre, casas y heredades, recibirá ciento tanto y despues la vida eterna, sinó añadió el fin por que se había todo esto de dejar, para merecer tan gran paga, y dijo: *Quien lo dejare por mi nombre*, que es decir por amor mío (2). Por falta de este fin tan excelente los fariseos y sacerdotes de la ley, aunque ayunaban y daban limosna, no merecieron el cielo. Eran gente vana y no querían más de la estima y honra humana, y con ella fueron pagados. Dígoos en verdad (dice la suma Verdad) que ya recibieron su paga: en aire de honra mundana pidieron la libranza, y eso se les pagó. Deje, pues el religioso las riquezas; téngalas en nada; para que gane á Cristo y se dé con sosiego á la oracion, y se emplee con quietud en la contemplacion de las cosas eternas.

No condenamos por esto los bienes de esta vida, pues llamó el Sabio *bienaventurado el rico que no corrió tras el oro ni puso su esperanza en los dineros*, porque este tal no es rico, sinó pobre de espíritu, si gasta moderadamente para sustentar su familia, si remedia pobres y hospitales y monasterios necesitados. Finalmente, si atesora en el cielo y no en la tie-

(1) Rom., 1, 22.
(2) Matth., vi, 1.

rra, teniendo riquezas no las tiene, porque no las ama ni pára en ellas. De arte que cuando Nuestro Señor dice: *¡Ay de vosotros, ricos, que tenéis aquí vuestro consuelo* (1), llora á los avarientos y amenázalos con el infierno porque ahogan el corazon en adquirir y poseer bienes temporales, olvidando los eternos. El buen cristiano usa de las riquezas como de navío para pasar á la India, que es el cielo. Y áun á manera de excelente arrecife, de las riquezas labra escala con la cual sube sobre todos los cielos á gozar de aquella riqueza eterna, nuestro Dios. Mas hase de notar lo que luégo dijo el Espíritu Santo: ¿Quién es éste, y loarle hemos? Quiere decir que pocos son tan fuertes gigantes, y no todos, sinó los ménos, saben darse á manos con las riquezas, usando como deben de ellas. De aquí es que nuestro Salvador nos dice que para hallar la perfeccion lo dejemos todo y pongamos los ojos en Su Majestad, siguiéndole con pobreza voluntaria hasta la muerte.

Mucho es de notar aquella palabra: *Anda, vende todas las cosas que tienes y dalas á los pobres* (2). ¡Oh! ¡qué vacío quiere Cristo nuestro corazon de todo amor terreno, y cuán desocupado quiere que esté el religioso de todo negocio temporal! Ananías y Safira, que no lo dejaron todo á los piés de San Pedro, vicario de Cristo en su Iglesia, cayeron muertos súbitamente (3). De donde se infiere cuánto Dios aborrece al religioso propietario. Nuestro Padre San Agustin, á aquel religoso llamado Januario, por el mismo pecado, cuando murió le negó la sepultura en sagrado, declarándole como á descomulgado y apartado de Dios. El altar de madera que Dios mandó hacer para que en él se ofreciesen los sacrificios, hueco le pidió Dios; y tal ha de ser el corazon del siervo de Dios Religioso desocupado de toda aficion y posesion de las riquezas del mundo,

(1) Luc., VI, 24.
(2) Matth., XIX, 21.
(3) Act., V, 1 y 2 y sig.

altar es donde se ofrecen, no corderos, ni terneros, animales brutos, sinó santos pensamientos y deseos, cada uno de los cuales vale más que todos aquellos sacrificios de la ley, que eran figura y sombra. ¡ Oh cosa admirable! que Eliseo no dijo á la Sunamita, viuda y pobre, pide vasos á tus vecinas solamente, sinó añadió con aviso grande: Mira que estén vacíos (1). Y en tanto que hubo vasos vacíos manó la fuente del aceite, y en faltando vasos cesó de manar. ¡ Oh fuente divina! ¡ oh gracia celestial! que en tanto que te damos estos corazones, vacíos de amor de riquezas, tú los llenas con tu santísima gracia, aceite precioso, con el cual pagamos las deudas de nuestros pecados y quedamos ricos de virtudes. *¡Oh! ¡dichosos los pobres de voluntad, que de ellos es el reino de los cielos* (2)! Bienaventurados los religiosos que tan sabiamente trocaron escorias de la tierra, oro y plata, por perlas de inestimable valor, que son las virtudes. El ciento tanto se da para entretenimiento, ó ayuda de costa, luégo librado en fe, caridad, esperanza, humildad, paciencia y en las virtudes morales y dones del Espíritu Santo; y con esto gran alegría y contentamiento, y despues se dará la vida eterna. Que bien dijo Salomon: *Hay rico y nada tiene; hay pobre y está en muchas riquezas* (3). Rico es el religioso que nada posee sinó á Cristo, riqueza de los ángeles; y pobre es el avariento, que teniendo muchos bienes, más y más desea tener. Tal era aquel desventurado que se congojaba porque no tenía ya paneras donde le cupiese el trigo que había de coger, ni bodega para el vino nuevo de aquel año (4). Dice la voz del cielo: *Loco, esta noche te sacarán esa ánima: dime: lo que has allegado, ¿cúyo será?* Nota San Basilio y dice: Mirad qué trabajo y congoja

(1) IV Reg., IV, 3,
(2) Matth., V, 3.
(3) Prov., XIII, 7.
(4) Luc., XII, 20.

traen consigo los bienes de esta vida. Este rico no dormía, no sosegaba, ni podía, fatigado y cercado de cuidados; y está el pobre que se acostó sin cena reposando y durmiendo en su camilla pobre como si tuviese por suyo el mundo todo. Llámanle loco, y es nombre muy verdadero que le cuadra á cada un avariento muy bien. Locura grande es amar lo presente, que como humo se acaba, y olvidar lo eterno, para donde fué el hombre criado. Desatino y no pequeño es querer derribar la casa para que más frutos quepan, habiendo tantas casas de pobres vacías y con tanta necesidad. Desvariado es el hombre que allega por muchos años, diciendo Cristo que nadie sabe el día ni la hora cuando se le ha de tomar la cuenta de toda su vida pasada. Para sacar de este peligro y fatiga á sus siervos nuestro Salvador y Señor, *siendo* rico de riquezas infinitas, hízose pobre (como el Apóstol dice), para que con su pobreza nos hiciese ricos de riquezas verdaderas, que hacen rica el ánima (1). Llamó apóstoles pobres, que de su trabajo y pesquería vivían ; amó en gran manera los pobres, en tanto que Él afirmó de sí mismo haber venido á predicar el Evangelio á los pobres.

Sea, pues, la conclusion que la pobreza voluntaria es camino de la perfeccion y cosa heroica seguir el religioso, desnudo de todas las riquezas , á Jesucristo, desnudo en la cruz, para vestirnos de gloria eterna. Dichoso el que, como Eliseo, en llamándole Cristo mata los bueyes y los guisa con el arado y da de comer á los pobres, no dejando cosa que no ofrezca al servicio de Cristo (2). No va esta doctrina contra lo que dijo Arístóteles, que la virtud consiste en el medio, porque no se ha de considerar la virtud segun la cantidad de la cosa exterior, sinó segun la recta razon. Y pues segun recta razon Sócrates Te-

(1) II Cor., VIII, 9.
(2) III Reg., XXIX, 20 y 21.

bano dejó las riquezas y vino á Aténas á emplearse en la filosofía, pareciéndole que riquezas y ciencia no se sufrían juntas, segun afirma San Jerónimo, ¿cuánto más será segun recta razon desamparar los bienes de esta vida para servir á Cristo y emplearse el religioso en la contemplacion de las cosas eternas? Sacrificio ofrece á Dios el rico que da limosna y usa bien de sus riquezas; mas el que todo lo deja por amor de Cristo ofrece holocausto, que es darlo todo, como nota San Gregorio. Y porque la pobreza voluntaria es padecer hambre, sed y desnudez y otras muchas faltas que dan pena á la carne y tienen fuerza casi de martirio prolijo. Está muy bien lo que dice Jeremías, que estos pobres, estos nazareos religiosos son más colorados que el marfil antiguo. ¡Oh, bendita pobreza! Dichoso el que te ama y sigue. Bienaventurado el que, como los niños de Babilonia católicos, por no adorar la estatua de oro, que es la avaricia, se entran sin temor en tí, horno encendido, sin temor de abrasarse. Tú quitas y quemas las ataduras del alma, para que con libertad cantemos alabanzas á nuestro Dios de noche y de día, libres de todo cuidado; tú das reposo á nuestro corazon, confiando del que sustenta las aves y las hormigas, que no nos olvidará siendo nuestro Padre. Tu pobreza, de muchos aborrecida y de pocos amada, nos dispones para ser ricos de virtudes y de la gracia divina y nos das titulo que poseeremos el reino de los cielos.

El tercer voto, Padre, que hacemos en la santa religion es de obediencia. Aquí damos la más excelente joya que tenemos, que es nuestra propia voluntad. Gran cosa es renunciar las riquezas, como ahora tratamos, y negocio admirable es decir con San Pedro: *Ya, Señor, dejamos todas las cosas y os seguimos* (1); ni queremos oro ni plata, no casas ni heredades, de todo nos desnudamos por vuestro amor y servicio. Mas don

(1) MATTH., XIX, 27.

de hay mayor dificultad es en dejarse el hombre á sí mismo, no tener, querer ni parecer en la religion, resignándose todo en la voluntad de sus prelados por Dios. Este es altísimo servicio que á Dios hacemos, pues le damos el mejor y más rico tesoro que tenemos, y lo que es más nuestro, que es nuestra voluntad. En manera que como la religion sea una escuela de virtudes y disciplina, la cual va encaminada para alcanzar la perfeccion, es necesario que los que en ella viven sean guiados, ejercitados é instruidos por un prelado, cuya voluntad sea como norte á donde todos los religiosos miren, negando su propio querer. En las escuelas de las ciencias todos los discípulos se sujetan á un maestro; en la guerra todos los caballeros obedecen á un capitan, y dado que todos sean fuertes y animosos, para pelear con órden y concierto tienen necesidad de sujetarse á uno, so pena de perder la victoria si pelearen con desórden. Cada día lo vemos, que todos los navegantes se sujetan á lo que ordena el piloto, y á no hacerlo así se perdiera el navío. Bien así la religion es un ejército muy ordenado, y cada día y hora damos batalla á los enemigos, carne, mundo y Satanas, los cuales jamas duermen, espiándonos con celadas de diversos ingenios para vencer y matarnos. En los Cánticos es llamada la Iglesia ejército terrible y que tiene gran concierto (1), como á la verdad lo conocemos en la diversidad de estados que en ella hay: casados, continentes, eclesiásticos y religiosos. Las armas con que peleamos no son de hierro ni de acero, sinó espirituales, ligeras y poderosas para derribar á nuestros adversarios. La palabra divina dice San Pablo que es la espada y el escudo fortísimo de la fe, la cota la justicia y cumplimiento de todos los mandamientos de Dios. Estas, segun el Apóstol, son armas de luz, con las cuales se destierran las tinieblas de Egipto, este mundo tenebroso. Nuestro gran

(1) CANT., VI.

capitan es Jesucristo, el cual, para animar á sus siervos, cada día da voces y dice: *No hayas miedo, que yo vencí al mundo* (1). Aquí dice nuestro Padre: mirad que esta victoria, siendo de Cristo, Rey nuestro, es nuestra, porque para nosotros peleó y venció. Su hambre, su sed, sus ayunos, sus trabajos, prision azotes y corona de espinas, los clavos, cruz y lanza con que fué llagado, armas son y señales de este glorioso triunfo que nos ganó á costa de su sangre y preciosa vida. Y porque este Señor y Capitan nuestro se subió al cielo acabada la obra de nuestra redencion, déjanos prelados y guías en la tierra á quien obedeciésemos por amor de Él. Esto es lo que el mismo Señor dijo hablando con estos prelados: *El que á vosotros oye á mí me oye, y el que á vosotros menosprecia á mí me tiene en poco* (2). Aquí el oir quiere decir obedecer; así decimos acá cuando no queremos hacer una cosa: no lo oigo, es decir, no lo quiero hacer. Entendido tenía nuestro Salvador el camino llano y breve para ganar el cielo, que es la obediencia, pues por ésta el eterno Padre le dió nombre sobre todo nombre en el mundo, como el Apóstol dice; por tanto nos dejó prelados en cuya voluntad renunciemos la nuestra. No pudo ser más encarecida la obediencia que tenemos á nuestros mayores que aquí el Señor la encareció, diciendo, que Él es obedecido en sus prelados; luego Él ha de hacer la paga muy cumplida por tan alto servicio. Y áun tambien declara ser Su Majestad quien es desobedecido y desacatado cuando los prelados no son obedecidos. De aquí es que nuestro Dios dijo á Samuel, que estaba triste de ver que con tanta porfía el pueblo pedía rey: Anda, que no te han menospreciado á tí, sinó á mí. Quiere decir, más es mía que tuya esta injuria, y ellos lo pagarán con las setenas, por menospreciarte á tí y querer esta novedad tan gran-

(1) Joan., xvi, 33.
(2) Luc., 10.

de. Las mismas palabras dice cada día nuestro Salvador á los desventurados herejes que se apartan de la obediencia de nuestro Sumo Pontífice, y Él toma la demanda por su Iglesia y los echará en el infierno si no se vuelven al arca única de su remedio y salud, que es la unidad y fe católica de la santa Iglesia romana. Ninguna cosa quedó con vida en el diluvio sinó lo que se salvó en el arca de Noé; y así dice nuestro Padre, que ninguno se salvará fuera de esta arca salutífera, que es la Iglesia. Aquí solamente se halla Jesucristo; y fuera de ella no sinó el Antecristo. Despues de esta obediencia más principal, que todos debemos al Vicario de Cristo, hemos de obedecer á los prelados, porque todos son ministros de aquel sumo y único Pastor, nuestro Redentor sacratísimo, el cual (como nota nuestro Padre en un sermon que escribe á sus religiosos ermitaños) quiso morir en la cruz, siendo en todo obedientísimo al Padre para hacer suave y dulce nuestra obediencia, y que con alegría neguemos nuestra propia voluntad.

Ya no amargan las aguas de Jericó, despues que nuestro gran Eliseo echó la sal de su obediencia en ellas; ya he dicho lo que allí dijo el profeta. Esto dice el Señor: Yo sané estas aguas y no habrá más en ellas esterilidad ni muerte. Nuestra propia voluntad agua amarga es y llena de dos mil desabrimientos, y tiene dos grandes males, esterilidad y muerte; es sin provecho y áun mata el ánima, amando lo que Dios manda aborrecer. Todo lo remedió el Hijo de Dios con su humildad y obediencia en su santa cruz. ¡Oh! ¡cuán rebelde quedó la voluntad del hombre despues del pecado de Adan! pues para haberla de domar y sujetar fué menester que el Hijo de Dios se humillase y obedeciese al Padre hasta la muerte de cruz. Muy bien dice la Escritura santa que es mejor obedecer que sacrificar, porque (como nota nuestro Padre) más valió la obediencia de Cristo, que pagó nuestras deudas y nos abrió el cielo, que todos los sacrificios de la ley; y áun más vale nuestra obediencia que los sacrificios que hacemos orando, ayu-

nando y haciendo otras obras buenas en la religion. Con la obediencia todas las cosas son llenas de mérito; mas sin ella todas son vanas y sin fruto, segun este santo doctor nota.

San Basilio dice que la fuente de la vida para el religioso es la obediencia, y que ésta ha de ser tan pronta y alegre, que jamas pida razon de lo que le es mandado por el prelado. Cuando Dios mandó á Abrahan que le sacrificase su hijo no le pidió razon de esto, dado que ántes le había prometido que en su linaje serían benditas las gentes todas: y no teniendo más de aquel mayorazgo, Isaac, hijo de Sara, sin detenerse aquella misma noche se levantó y fué á poner por obra lo que le mandaba Dios. Y así el Señor, viendo su pronta voluntad y la gran perfeccion de su obediencia, dióle un carnero que sacrificase y quedó con la vida Isaac. ¡Oh! ¡dichoso el que es buen obediente, que ofreciendo su voluntad y contentamiento á la obediencia, no muere Isaac, que quiere decir risa, sinó muere el carnero, nuestro querer propio, en lo cual hay tanta alegría que el perfecto religioso no tiene mayor verdugo que su parecer! Este le trae descontento. Este tirano jamas le deja de afligir. Por tanto, dijo San Bernardo (y dijo muy bien): Cese la propia voluntad y cesará el infierno. Da un documento admirable San Basilio, y es que ni por un momento el religioso sea suyo ni haga su voluntad, porque así como el pintor ó el platero en dejando los instrumentos de la mano ellos no se menean y están como muertos, bien así el religioso que sale del querer de su prelado trabaja sin provecho. Verdad es que cuando la obediencia nos manda cosas de honra, como es ser prelado y otra cosa que toca á prosperidad, allí nada ha de haber de voluntad propia, sinó de la ajena, mas cuando nos dice el prelado que entendamos en oficios bajos y de trabajo, allí ha de haber voluntad propia y deseo que en tales ejercicios de humildad nos pongan. De aquí es que cuando nuestro Dios mandó á Moises que fuese á libertar el pueblo de Israel y á sacarle de Egipto, como era

oficio honrado, resistió y suplicó, humillándose, y al fin negó su parecer y obedeció, porque la humildad no es porfiada ni cabezuda. San Pablo, á quien Dios inspiró que fuese á Jerusalen, á donde fué preso, iba de tanta voluntad, que nadie fué parte, siendo rogado que no fuese allá, para detenerle. *No solamente estoy aparejado para ser preso en Jerusalen por el nombre de Cristo, sinó tambien para morir*, dijo el Apóstol santo (1).

Estos dos ejemplos dice nuestro Padre que miremos para saber obedecer á nuestros prelados en todo lo que nos mandaren, y es gran doctrina y débese en mucho estimar, y estimándola obrarla. El glorioso San Bernardo, en un sermon de la conversion de San Pablo, dice: que el buen obediente ha de decir aquello del rey David: Aparejado está mi corazon, aparejado está mi corazon (2). Dos veces dice una cosa misma: y no hay palabra superflua, porque son palabras de Dios. Ha de estar el buen obediente aparejado para cuando le manden cosas bajas de la religion, y tambien cuando le manden cosas de dignidad y de estima. Y ha de tener tan rendida su voluntad y tan mortificada, que para todo se halle pronto, y áun ha de decir con Samuel: *Señor: hablad, que vuestro siervo oye* (3). Dios es el que habla por nuestro prelado, como por intérprete, declarándonos lo que quiere que hagamos; y hemos de obedecer á Dios en nuestros mayores. Aquí exclama San Bernardo y dice: ¡Oh! ¡qué pocos religiosos tenemos que digan con San Pablo: *Señor, qué queréis que haga?* (4). Esta es manera y retrato de perfecta obediencia, decir á nuestro prelado: ¿Qué queréis, Padre, que haga? Ni quiero estar en este convento ni en aquel; ni tengo voluntad de hacer este oficio

(1) Act., xxi, 13.
(2) Ps. lvi.
(3) I Reg., iii, 9.
(4) Act., ix, 6.

ni aquel; nada quiero ni sé querer; mandadme, que vuestra voluntad haré en todo. De estos perfectos obedientes no tenemos muchos, dice San Bernardo; mas quien imite al ciego de Jericó, al cual dijo Cristo: *Qué quieres que haga?* (1), de estos tales muchos se hallan. ¡Oh en verdad ciego! pues no se admiró y espantó de esta pregunta, como que el Señor de los ángeles, el que gobierna el mundo, pregunta qué es lo que quiere el siervo. El Criador se baja á responder á lo que quiere la criatura. Había él de decir si tuviera ojos: Señor, decidme Vos á mí qué mandáis que haga. Esto es lo que á mí me cumple, querer lo que vos queréis y nada desear, sinó lo que vuestra divina voluntad quiere. ¡Oh flaqueza grande! ¡Oh afrenta, y de pocos entendida! Cuando el prelado dice al religioso: ¿dónde queréis morar? ¿Qué oficio queréis hacer? ¿En qué queréis que os consuele? Ténganse por ciegos y gente flaca los tales, y humíllense y pidan con oraciones continuas que les abra los ojos Cristo, para que con San Pablo digan á sus prelados: Padre, ¿qué queréis que haga? que mi voluntad, tirano cruel, ya la tengo desterrada de mí. ¡Oh! ¡dichoso el siervo de Dios que ha subido tan alto! porque él será libre de grandes tentaciones del demonio, tendrá grandes consuelos espirituales y le será la religion paraíso de deleites, y no galera penosa, como lo es y ha de ser á los que no saben negarse por Dios del todo.

San Bernardo, declarando aquella palabra de los Cánticos: *Vuestro nombre es aceite derramado, Señor, y por tanto las doncellas os amaron mucho* (2), dice así: ¿Qué quiere decir amar mucho al Esposo, Cristo, sinó amarle con gran vehemencia y fervor? ¡Oh religiosos! (dice este santo varon) mirad que esta fuerza de gran amor de Dios pide que le améis dulce y sabiamente (3). Y esta sabiduría está en que os con-

(1) Mar., x, 51.
(2) Cant., i, 3.
(3) S. Bern., serm. 19, super Cant.

tentéis con la vida comun de todos los frailes: el que ayuna ó vela sin voluntad del prelado, su voluntad hace y sin merecimiento trabaja. ¿No sabéis que vale más la obediencia que los sacrificios? ¿No habéis leido que el Señor del mundo, siendo de doce años, descendió de Jerusalen con la Vírgen su Madre y con el Santo José, y que les obedecía? ¡Oh tierra! ¡oh ceniza! ¿por qué te ensoberbeces? Cristo dice: *No vine á hacer la voluntad mía, sinó la de mi Padre celestial* (1), ¿y tú, hombre mortal, gusano de lodo, no aprendes á obedecer? Razones son estas que convencen el entendimiento, y á la verdad, despues que Dios se hizo hombre, parece cosa prodigiosa no humillarse los hombres, obedeciendo por Dios á sus mayores: y no basta obedecer algunas veces, sinó siempre, hasta la muerte, como el Apóstol San Pablo afirma de nuestro Redentor, el cual obedeció al Padre hasta morir en la Cruz. Y es cosa de notar que de tal arte desde allí consoló á su sagrada Madre, que no dejó la obra y obediencia del Padre. ¡Oh ceguedad grande de los que dejan la religion, so color que van á remediar á sus padres ó parientes! Estos son engañadores de sí mismos y tienen gran juicio para con Dios: escandalizan á sus hermanos, y como los hijos de Efren, en el tiempo de la batalla vuelven las espaldas (2). ¡Oh gente cobarde! Acordaos de la mujer de Lot, dice el Salvador del mundo: en estatua de sal se volvió en mirando á Sodoma, de donde Dios la había librado por su misericordia. Pecador de tí, apóstata, azote es de Dios y no lo entiendes; estatua de sal eres en el siglo, y desabrido serás á tus parientes y amigos; y á todos serás pesado, y áun darás amargura, afrentándose de ver tu inconstancia y flaqueza. Vuélvete al arca pacífica de la santa religion, que como aquella paloma de Noé no hallarás donde

(1) JOAN., VI, 38.
(2) PS. LXXVII, 9.

reposen los piés y deseos de tu alma hasta que te restituyas á la obediencia y órden de donde saliste. Diluvio es el mundo; olas de gran peligro son las suyas: honra, riquezas y libertad; déjale si quieres hallar alegría, paz y contentamiento. De esta perseverancia habla nuestro Padre (1).

Cuatro circunstancias ha de tener, segun nota San Agustin, la obediencia buena: ha de ser discreta, honesta, justa y humilde. Sin esta obediencia santa no se puede bien gobernar alguna familia; bastaría para ser muy obediente el religioso mirar cuán gran pecado es la inobediencia. Por ella Adan perdió el paraíso, donde Dios le puso en criándole: por ella Saul, rey de Israel, perdió el reino, y el demonio perdió el cielo. Exclama nuestro Padre en un sermon y dice: ¡Oh, santa obediencia, esposa de Dios! tú eres más excelente que el sacrificio, porque en el sacrificio muere la carne ajena y en la obediencia degüéllase la propia voluntad, holocausto muy agradable á Dios. Tú eres escala del cielo, por la cual los amigos de Dios cada día suben.

Tú eres el carro de fuego de Elías, en el cual fué trasladado al paraíso (2). ¡Oh, santa obediencia! tú alimentas y crías la humildad, pruebas la paciencia y examinas la mansedumbre. Admirable cosa es la obediencia, segun aquí nos ha dicho este santo doctor: y muy bien dijo Jeremías que es el buen religioso nazareo más hermoso por la obediencia que el zafiro. Las esmeraldas, camafeos y diamantes, muy ricos y graciosos, carbones son en comparacion de la hermosura de una ánima obediente y religiosa, resplandeciente más que el sol en los ojos de Jesucristo, Señor y Redentor nuestro. Visto hemos con el favor de Dios como los tres votos en los cuales está fundada la religion hacen perfecta el alma, de manera

(1) Serm. 8 *ad hæres.*
(2) IV Reg., II, 11.

que sea más blanca que la nieve, siendo casta; más colorada que el coral por la pobreza, que es penosa y casi martirio ; más graciosa que el zafiro, por la obediencia, piedra preciosa que vale el cielo.

Es aquí de notar que el religioso no es transgresor de su profesion aunque no sea perfecto, y lo es si menosprecia de llegar á la perfeccion, para alcanzar la cual dejó el siglo. Da un símile Santo Tomás del que entra en la escuela á aprender alguna ciencia; este tal no se dice es sabio, sinó que trabaja para alcanzar sabiduría (1). Así es el religioso que entra en la religion, cuyo intento es alcanzar la perfecta caridad, en la cual consiste la union del alma con Dios, que es la última jornada de todos nuestros trabajos. Y porque los tres votos ya dichos son medios excelentes que los Apóstoles tomaron, siguiendo á nuestro Salvador, Maestro de los ángeles y de los hombres, nosotros, á imitacion de aquella vida apsotólica, dedicámonos todos á Dios. Dámosle nuestro cuerpo y sentidos, castigando nuestra carne y haciendo voto de castidad perpetua ; y aquí con los santos reyes Magos ofrecemos mirra de mortificacion á Cristo. Dámosle nuestros bienes, renunciándolo todo por su servicio: porque San Agustin dice en sus Confesiones (2): Ménos te ama, Señor, el que algo ama contigo, que no ama por tí. Finalmente, dámosle nuestra ánima, negando nuestra volutad por el voto de la obediencia, á donde del todo nos ofrecemos á Él, no solamente dándole mirra de mortificacion y oro de los bienes temporales, mas áun incienso oloroso que con su fragancia penetra los cielos, dando alegría á los ángeles y á la Santísima Trinidad. Esta es aquella cuerda que dice Salomon que es de tres ramales, la cual dificultosamente se quiebra. ¡Dichoso el religioso que con fideli-

(1) S Thom., 2. 2, q. 186, art. 2.
(2) S. Agust , lib. 10, *Conf.*

dad este homenaje guarda, perseverando hasta la muerte! No basta comenzar bien, como el rey Saul comenzó, y Salomon y Júdas, los cuales acabaron mal (1). Miremos cómo andamos y con gran recato y aviso nos guardemos, *y el que está en pié mire que no caiga*, segun San Pablo nos amonesta (2), porque no se diga de nosotros aquello de San Pedro: *Mejor les hubiera sido no conocer el camino del Señor, que despues de tan santo conocimiento haberse vuelto atras* (3). La perseverancia dice nuestro Padre en un sermon que es el calcañar que la serpiente infernal más combate y persigue, segun nuestro Dios declaró al principio del mundo (4); ésta es túnica de José que su padre le hizo, la cual llegaba hasta los tobillos, y áun es la cola y lo último del animal, que con la cabeza mandaba Dios que se le ofreciese en sacrificio; monstruo es, y vista tiene de quimera, segun afirma nuestro Padre, el que comienza bien y acaba mal; la cabeza tiene de hombre y los piés de animal bruto el religioso que se volvió al siglo: comenzó como fuerte y acabó como flaco; miremos que dice nuestro Dios en el Apocalípsis: *Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida* (5). No se da la victoria al caballero que comienza á pelear bien hasta el fin de la pelea, ni se da el cielo á la gente flaca que comenzó virtuosamente y acabó la vida en pecado mortal. Otra vez volvió á decir nuestro Salvador: *El que perseverare hasta la fin, éste será salvo* (6). Gran virtud es esta, y tan grande, que ella sella y da forma á las otras virtudes, pues sin ella los mártires no alcanzaron la corona del martirío, ni los confesores y vírgenes poseyeron el fruto de sus

(1) IV Reg., xxxi, 4; xi, 4.
(2) I Cor., x, 11.
(3) II Petr., ii, 21.
(4) Gen., xxxvii, 3.
(5) Apoc., ii, 10.
(6) Matth., xxiv, 13.

buenos trabajos. De manera que con gran justicia los filósoros dijeron ser virtud segunda, aneja á la fortaleza, con la cual tiene gran similitud: y está muy bien dicho.

De otras particulares virtudes y ejercicios santos de la religion, como son el silencio, recogimiento de la celda y excusar las salidas del monasterio (si no mandare la obediencia otra cosa), la oracion continua y frecuencia de los sacramentos, confesion y comunion, en aquella instruccion de religiosos que dije, y en aquel libro que se dice desposorio espiritual, hallaréis, Padre, documentos y avisos sacados de la Escritura Sagrada, escuela y remedio que el Espíritu Santo nos dió para gran remedio nuestro y tambien para gran consuelo. Tambien podéis ver, del gran fruto del silencio y de los grandes daños que trae la lengua mal regida, á nuestro Padre San Agustin en el sermon tercero que escribe á los religiosos ermitaños; allí dice que el freno para detener la lengua, que no ofenda á Dios, ha de ser la oracion; y trae aquello de Santiago, el cual dice: *El religioso que no refrena su lengua, sin fruto y vana es su religion.* A todos los cristianos habla allí Santiago: Religiosos dos veces atados con Cristo, una porque es nuestro Criador y le debemos servir y amar como á Señor, y otra vez atados con la santa fe y vestidos de sus méritos en el santo bautismo. Y si á cada un seglar se dice tan terrible amenaza, ¿cuánto más al religioso que en su monasterio se encerró para hablar siempre con Dios? Acordaos que está escrito: *En silencio y en esperanza está vuestra fortaleza* (1). Luego cosa grande es callar y huir palabras ociosas, pues por ellas se debilita el ánima y se hace flaca. No hay sueño más dulce al enfermo sangrado, que cuando durmiendo se le suelta la sangre, y entónces se debilita y áun si no le remedian se muere. ¡Oh, religioso, que tanto gustas del hablar! mira que se te va la sangre con

(1) Isai., xxx, 15.

la palabra sin provecho, y no lo sientes, y áun si no miras por tí, de palabras ociosas darás en perniciosas y perderás la vida del alma. Bien supo lo que dijo Salomon cuando afirmó *que en las manos de la lengua está la muerte y la vida* (1). Manos tiene la lengua, pues hablando alegra al afligido, ayuda al flaco y esfuerza al desmayado en la tribulacion, y éstas son manos que dan vida; y áun tiene manos que matan la fama y la honra del prójimo, y éstas son manos crueles y matadoras y derramadoras de sangre.

De la prudencia que Cristo manda que tengan los que le sirven, imitando á las serpientes, y de la simplicidad de paloma que juntamente han de tener, trata el mismo santo doctor en el sermon cuarto, que allí se sigue: simplicidad sin astucia santa es locura, y astucia sin santa simplicidad es soberbia; luego es menester lo uno y lo otro para que el religioso no caiga. Hemos de imitar á la serpiente: lo primero, en que para desnudarse el cuero viejo y vestirse de nueva librea pasa con gran fuerza y no sin trabajo por algun agujero de alguna piedra estrecha ó por algun zarzal espeso; bien así el religioso para desnudarse del hombre viejo, que es la mala costumbre del siglo, y vestirse de nuevas virtudes y adornar el ánima, ha de hacer penitencia en todo, en la cama, en el comer, en la clausura, en el silencio y en todo lo demas que estos sentidos corporales suelen recibir contentamiento vano. De arte que el buen religioso ha de ser como un San Bartolomé, desollado de piés á cabeza, áun de su propio querer, no sólo para lo malo, mas áun para lo que es bueno, anteponiendo en todo la voluntad de su prelado á la propia y diciendo con verdad en todo lo que hiciere: *así como mi Padre me lo mandó lo hago* (2). Por esta estrechura pasó San Pedro cuando lloró sus negaciones; por aquí pasó Zacheo el publicano y la Magdalena, y así

(1) Prov., xviii, 21.
(2) Joan., xiv, 31.

quedó su espíritu vestido del amor y caridad, vestidura resplandeciente de los ángeles. Lo segundo (dice nuestro Padre) hemos de imitar la prudencia de la serpiente, la cual, por instinto natural, cuando es perseguida lo que más trabaja es en poner á salvo la cabeza, y aunque la hieran en el cuerpo esconde la cabeza en algun agujero, y si no le halla con el mismo cuerpo la cubre. Bien así cada un cristiano, y mayormente el religioso, sobre todo ha de guardar y celar la honra de Cristo, el cual (como dice San Pablo) es nuestra cabeza y nosotros somos sus miembros místicos (1). De esta manera conservaron la vida San Pedro muriendo en cruz por amor de Cristo, San Pablo siendo degollado, y todos los amigos de Dios, y á éstos hemos de seguir é imitar, padeciendo por la honra de Cristo.

Grande es la obligacion, Padre, que tenemos los religiosos de seguir la perfeccion, pues no nos contentamos con el camino real de todos los cristianos, que es la guarda de los mandamientos de Dios; mas escogimos senderos estrechos de los consejos evangélicos. Escogiónos Cristo, Rey de lo criado, haciéndonos de su cámara y de su boca, que acá en la tierra en la casa real se tiene á gran favor. Guárdanos en la religion en celada como á los siete mil hombres que en tiempo de Elías no doblaron la rodilla á Baal (2). Ya no ha de haber mundo para los que murieron al mundo; no soberbia, no avaricia ni ambicion, no ociosidad ni gula; nuestro oficio es como Moises, orar en el monte, alzadas las manos, para que en la guerra espiritual dé victoria al pueblo cristiano. No quiero decir más, Padre, sinó que pide la razon que seamos del todo nazareos dedicados á tal Señor, y que en el alma y en el cuerpo representemos á Jesucristo, Maestro á quien seguimos y Señor con quien siempre tratamos. *Puestos somos como espectáculo á los*

(1) Ephes., IV, 15.
(2) III Reg., XIX, 18.

ángeles y al mundo (1). Plegue á la divina bondad que así peleemos en esta pelea santa, que con la gracia de Jesucristo merezcamos la corona de gloria eterna. Amen.

EPÍSTOLA SEXTA

PARA UNA RELIGIOSA

Grande es la merced, esposa de Jesucristo, que su divina Majestad os ha hecho en haberos llamado á la religion, y demas del llamamiento haberos dado perseverancia para que por solemne profesion os hayáis dedicado y consagrado á vuestro Esposo, Jesucristo, Rey de los reyes y Señor de los señores.

Tal y tan excelente título es el que leyó San Juan en la revelacion que le fué hecha en el Apocalípsis, y porque es Dios y hombre traía doblada la Escritura en el muslo de su divinidad y en la vestidura admirable de su humanidad, porque, como la persona es una y divina, comunícanse los títulos diversos entre las dos naturalezas divina y humana. Decimos hablando de Cristo: este hombre es eterno, porque es Dios; y tambien afirmamos que el Hijo de Dios murió en la cruz por nuestra redencion, porque el mismo que es Dios es hombre. Este Esposo escogiste con gran prudencia y menospreciaste al que era mortal y no más que hombre en la tierra, por ser amada y perpetuamente servir al Rey celestial y Señor del universo: ved cuánto debéis amar al que tanto os amó y os hizo tan soberana merced. No hay palabras que

(1) I Cor., IV, 9.

puedan dar el debido encarecimiento á tan gran beneficio, ni hay entendimiento que baste á comprender las grandes riquezas que debajo de este beneficio están escondidas. ¡Oh! ¡de qué golfo tan peligroso os ha librado este omnipotente Señor, y de qué mar tan bravo, como lo es el siglo, os sacó por su inmensa bondad! Bendita sea la Reina de las vírgenes, Madre de Dios, que tal paraíso descubrió en la tierra para que tantas vírgenes la imitasen, y bendito sea el Hijo de Dios, que quiso nacer de madre vírgen, porque plantase y enseñase vida tan pura y limpia y tan semejante á los ángeles del cielo á los peregrinos hijos de Adan que viven en la tierra. Gloria sea al que nace en eternidad del Padre, sin detrimento alguno del que le engendra de su esencia y virtud infinita, pues que quiso nacer de la sagrada madre, dejándola con la integridad y virginidad que la halló cuando fué concebido por obra del Espíritu Santo. *Llevarán al Rey vírgenes despues de ella, y las llevarán á su santo templo* (1). Esto dijo el rey santo David, profetizando esta vida angelical que habéis, sierva de Dios, escogido; y no os maravilléis que os llame esposa del Señor, pues San Jerónimo llama á Eustoquia, vírgen romana, señora, y da la razon, y dice: No te admires, vírgen santa, que yo llame señora á la que es esposa de mi Señor y único Rey Jesucristo. Mas porque, segun nuestro Padre San Agustin dice en aquel libro excelente que escribió de la virginidad, tan alto estado como es el de la vírgen un peligro entre otros muchos tiene principal, y es: que no dé en la roca peligrosa de la soberbia; por tanto, oid ahora lo que vuestro Esposo os dice.

Hablando en los Cánticos el Señor con cada una esposa suya, la amenaza en esta manera: *Si no te conoces ¡oh, la más graciosa de las mujeres! sálte de casa y véte tras las pisadas*

(1) Ps. XLIV, 16.

de tus ganados, y apacienta tus cabritos cerca de los tabernáculos de los pastores (1). Había pedido una gran cosa la esposa, y es que le enseñase dónde reposaba en la fiesta el Esposo, el cual en eternidad descansa y reposa en el seno del Padre eterno, en aquella luz clara y de hermosura infinita; y así dijo San Juan: *El que está en el seno del Padre nos ha recontado excelencias* (2): luego parece que la esposa pidió que quería ver á Dios en su esencia, como allá Moises, que pidió y suplicó á Dios que le enseñase su hermoso rostro: Dios le dijo: *Verás mis espaldas, que mi rostro no le puedes ahora ver; nadie que viviere me verá* (3), es decir, que en carne mortal no se puede ver la esencia de Dios, porque es puro espíritu, salvo como le vió San Pablo, siendo robado al tercer cielo, y afirma (4) que no sabía si estaba en el cuerpo su ánima, ó si estaba fuera de él. Dice, pues, ahora San Bernardo: hallándose muy favorecida la esposa, pidió cosa muy grande; y dásele por respuesta que se conozca á sí misma y que vuelva los ojos sobre sí, humillándose, so pena que si no se humillare, que la echará de su compañía, que es la mayor pena que á un alma se le puede dar. Llámala muy graciosa y más que todas las mujeres, porque el alma es hecha á la imágen de Dios y es espíritu, y toda la hermosura corporal es fealdad con la graciosidad que Dios dió á un ánima por vía de naturaleza. Y como la gracia divina perfeccione al sér natural del ánima, y sea como el esmalte ó rosicler sobre el oro fino, es alabada del Esposo con tan gran ponderacion. Gran hermosura es la de las rosas y azucenas; gran parecer tiene el sol, luna y estrellas; mas todo es sombra comparado á la hermosura de un ánima que está en gracia y ama á Dios. Prueba ser esto así haber tanto el Hijo de

(1) CANT., I, 7.
(2) JOAN., I, 18.
(3) EXOD., XXXIII, 20 y 23.
(4) II COR., XII, 2 y 3.

Dios hecho por ella, por cuyo amor se hizo hombre y derramó su sangre y dió su vida en la cruz. ¡Oh, alma tan graciosa, tan admirable en los ojos del que te crió y redimió! dá gracias al que á su similitud é imágen te hizo, y ama de toda voluntad al que tanto te amó; glorifica al que te dió este entendimiento para que contemplases al Criador, que de nada te hizo; y acuérdate que te hizo de nada porque nada amases y en nada descansases sinó en tu centro y reposo y último fin, que es tu Hacedor; dióte esta voluntad tan señora, tan libre y tan reina, que manda todas las potencias y sentidos corporales, cuya libertad es tan grande, que es imposible ser compelida, ni presa, si ella no se rindiere queriendo; dióte esta memoria, tesoro de las ciencias y retablo que representa lo pasado por muchos años, para que te acuerdes siempre del que es tu bienhechor y Dios, el cual dice cada día y hora aquello que dijo una vez á su pueblo: *Guárdate que no te olvides de tu Dios.* ¡Oh, amador excelentísimo! ¡Oh, caridad eterna¡ ¡Oh, celoso esposo de las ánimas! bendito seáis Vos por tal aviso y demanda que nos ponéis de amor. Vos siempre os acordáis de nosotros, siempre sin olvido nos amáis, y por tanto queréis que os respondamos con memoria continua de amor. No hay cosa más enemiga del amor que el olvido, porque allí en alguna manera muere el amigo; y por tanto queréis que siempre nos acordemos de Vos, Dios mío, porque el olvido no cause tibieza en nosotros, ántes acordándonos de Vos y amándoos, viváis Vos en nuestra ánima, y nuestra alma viva vida de amor en Vos. Mirad mucho esta demanda, vos, sierva y esposa de Jesucristo, y guardaos no haya en vos lugar el olvido de tal y tan hermoso, sabio y poderoso Esposo. El agua que hierve al fuego apartándola de la lumbre se entibia y áun pone fría: el hierro que en la fragua echaba centellas léjos, en poco tiempo quitado de allí se toma con la mano y se hace hielo frío. Bien así el ánima cuando se aparta de oracion, leccion santa y consideracion de los beneficios de Dios, se resfría y

es combatida de malos pensamientos y guerreada de deseos mundanos, y áun derribada en grandes bajezas y pecados por ser negligente y olvidarse de Jesucristo. *Anda delante de mí y mira que seas perfecto*, dijo Dios al gran amigo suyo Abrahan (1). En dos palabras breves dió el arte como hemos de ser acabados y perfectos en la religion: andar delante de Dios siempre es acordarnos de su Majestad en todo lo que pensáremos, habláremos y obráremos, encaminándolo todo para su gloria y alabanza, olvidados de nuestro interes y propia estima. Así dijo San Pablo: *El que se gloría, gloríese en el Señor* (2): ofrézcalo todo para gloria de Dios, y no busque su gloria propia, como hacen los vanos hipócritas, engañadores de sí mismos. Diga con el rey David : No á nosotros, Señor, no á nosotros, sinó á vuestro nombre se dé la gloria.

Para venir á esta virtud tan maravilosa de la humildad (cuyo oficio es tomar para sí las faltas, los descuidos y lo que es defectuoso, y poner á cuenta de Dios todo lo que es bueno y santo, sin cuya gracia y favor nada podemos hacer, segun Él nos avisa en el Evangelio), nos amonesta que nos miremos y conozcamos, si no nos queremos perder. Esta admirable virtud de la humildad es la que detiene el ánima, para que no se ensalce y engría con los beneficios de Dios, así como la magnanimidad nos retrae para que no desesperemos de emprender las virtudes y las cosas arduas. Y como hay necesidad de la magnanimidad para no desmayar en el servicio de Dios, así la hay de la humildad para no desvanecerse el ánima por presuncion y soberbia, segun dice Santo Tomás: y si bien lo consideramos, humilde quiere decir persona derribada en la tierra; y cuando esto es por vicio alguno, y el hombre es pecador, comparándose á los brutos, es mala humildad ; mas cuando es por conocimiento propio y reconoce delante de

(1) Genes., xvii, 1.
(2) I Cor., i, 31.

Dios y de los hombres ser de ningun valor, entónces es virtud heroica. Tal era Abrahan cuando dijo: *Hablaré á mi Dios y Señor, aunque soy polvo y ceniza.* El santo Job dijo que era semejante al pávilo quemado de la candela y á la ceniza, y áun el santo rey David, manifestando su humildad, de sí mismo dijo *que era gusano y no hombre, oprobio de los hombres y abatimiento del pueblo* (1). Esta virtud perdieron de vista los filósofos; y aunque hablaron de ella no la tuvieron, porque el Apóstol dice: *Que teniéndose por sabios fueron hechos locos* (2) y condenados en el juicio de Dios por tales. Aristóteles llamó al humilde hombre templado, y Tulio le llamó de modesto ánimo, y San Pedro en su canónica nos dice que seamos quietos y sosegados en la incorruptibilidad, y que tambien seamos de moderado espíritu; quiere decir que seamos humildes (3). Nuestro Redentor llamó á los humildes *pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (4). Oficio es el del pobre mendigar, por la falta que tiene de bienes temporales, y así el humilde, conociéndose por pobre, á todos piensa que ha menester, á todos pide oraciones, confiando de los méritos y bondad de los otros y desconfiando de sí mismo. Muchas veces San Pablo, vaso de eleccion, pidió á los romanos, corintios y tesalonicenses que orasen por él, para enseñarnos su grande humildad, pues haciendo él tantos milagros y siendo tan santo, pedía limosna de oraciones á los que eran ménos que él y discípulos suyos. El mismo Apóstol lo dijo, y así lo puso por la obra: cada uno tenga por mayor y superior á su prójimo (5).

Mas hase de notar que hay humildes por fuerza y hay

(1) Ps. II, 1.
(2) Rom., I, 23.
(3) I Petr., III, 4.
(4) Matth., V, 3.
(5) Philip., II, 3.

humildes de voluntad; los primeros propiamente se llaman humillados, porque, ó los abate Dios, ó el mundo: y ésta no es virtud, sinó pena y tormento. De aquí es lo que dijo Dios á la hija de Sion: *Has sido humillada hasta los infiernos* (1). Y el santo rey David dice de los malos: *Fueron humillados en sus maldades* (2). Otros (dice San Bernardo) aprovecháronse de la humillacion y toman de voluntad el abatimiento que les dan, y hácense humildes. Estos son los que dicen con el santo rey David: *Buena cosa ha sido para mi, Señor, que me humillaste para que aprenda vuestras justificaciones* (3). De aquí entenderemos cuán fuera de camino vamos huyendo la humillacion, que es la persecucion, injuria y maltratamiento que nos hacen, pues ella es la escala para subir á la humildad: queremos ser humildes y apartámonos del camino que guía á la humildad. De otra manera lo hizo el profeta real cuando Semey (4), su mismo criado les tiraba piedras, y le maldecía, y le injuriaba: el cual mandó á un caballero que quería arremeter al blasfemo: déjale, que el Señor me le envió para que me maldiga. ¡Oh, gran humildad de rey! ¡Oh, varon segun el corazon de Dios, paciente y sufrido! no quiere venganza del perseguidor, ántes le defiende y dice que es instrumento de Dios, con que su Majestad le humilla: no mira la malicia del maldiciente, sinó el juicio y bondad de Dios, sin cuya permision nadie es parte para injuriarnos ni perseguirnos. Gran doctrina es esta, y mucho la habíamos de notar todos los cristianos y mayormente los religiosos. Más fuerte se manifestó aquí este bienaventurado varon que cuando venció al filisteo Goliat y cuando mató el leon y el oso, porque si allí venció á otros, aquí venció á sí mismo (5).

(1) Isai., lvii, 9.
(2) Ps. cv, 43.
(3) Ps. cxviii, 71.
(4) II Reg., xvi, 7.
(5) I Reg., xvii, 35, 49, 50 y 51.

Y el sabio dice: mejor es el que enseñorea á sí mismo que el que conquista muchas ciudades: luego la humildad fuerte es, paciente y sufrida es, que áun quejarse no sabe y muy ménos vengarse: aunque si bien lo miramos, el quejarse uno parte de venganza es y no pequeña.

No sin gran misterio nuestro Redentor juntó la humildad con la mansedumbre, cuando dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon* (1). Tal maestro habían menester los hombres presuntuosos y soberbios, bien hijos de Adan y áun mejorados en la triste herencia de soberbia. No bastaba profeta tan santo, no alguno de los ángelos para demanda tan alta: menester era que el Criador del mundo se hiciese hombre y morase con los hombres, obrando y predicando humildad, para que ya la soberbia nuestra cayese del todo: desde que se encerró en las entrañas de la Vírgen, su Madre bendita, comenzó á conquistar este vicio, raíz y manantial de todos los vicios. El principio de todo pecado, es soberbia, dice la Escritura. *Humillóse á sí mismo, tomando forma de siervo* el que era y es Señor de todo el universo (2). Porque humillar yo á otro no es maravilla, si puedo más que él; mas humillarme á mí, esto es negocio de gran virtud. Humillóse á sí mismo el Hijo de Dios, segun dice el Apóstol, para que viéndole humillado nos humillásemos nosotros, polvo y ceniza, y nos afrentásemos de presumir y querer honra, viendo á nuestro Dios en una cruz, puesto entre ladrones; y áun humillóse y bajóse á sí mismo el Hijo de Dios, haciéndose hombre y tratando con los pecadores, y áun padeciendo el oprobio de la cruz porque sólo Él, que es grande y tiene majestad infinita, es el que se baja y humilla: nosotros no nos bajamos, sinó reconocemos la verdad de lo que somos; no nos humillamos, sinó confesamos que

(1) Matth, xi, 29.
(2) Philip, ii, 7 y 8.

somos nada en comparacion de aquel único sér de nuestro Dios. De manera que el ángel y cualquiera de los santos en rigor no se humillan, sinó reconocen lo que son, y esto es aquello de Isaías: *Todas las gentes delante del Señor son como si no fuesen* (1): quiere decir que como su sér sea participado, y una centella comunicada de aquel infinito Sér de Dios, todo lo criado es como si no fuese, comparado y cotejado con el sumo y eterno Sér del Criador. A este conocimiento propio nos convida nuestro Salvador, cuando dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon* (2). Creedme que la paciencia y la humildad son dos hermanas muy queridas y amadas, y que jamas se apartan una de otra. La soberbia y la ira hermanas perversas son, y trábanse de las manos: y así dijo Salomon, que entre los soberbios, siempre hay debates y pleitos. La soberbia tiene determinado de no sufrir cosa alguna, ofendese del aire: hace saetas de las palabras que en un punto arrebata el aire; guarda una palabrilla en el corazon, el año y toda la vida. ¡Oh, leona cruel que despedazas las entrañas de los que te siguen y sirven! ¡Oh, tirana que jamas dejas sosegar ni reposar á los que te aman! Tú levantas escándalos, tú cometes homicidios, tú robas las haciendas ajenas y derramas la sangre de los prójimos, como fuese agua de ningun valor; tú, finalmente, eres el ídolo babilonio, llamado Bel, al cual el rey iba á adorar cada día (3) y el pueblo tambien; servíanle setenta sacerdotes, y cada día le ponían en la mesa seis fanegas de pan, de la flor de la harina, y cuarenta ovejas y veinte cántaras de vino: mas el santo profeta Daniel con la virtud de Dios destruyóle, y todos sus ministros murieron mala muerte. Este falso dios Bel es la honra y la presuncion vana, que ha sembrado Satanas en el mundo:

(1) Isai., xl, 15 y 17.
(2) Matth., xi, 29.
(3) Dan., xiv, 2.

sírvenle muchos y de diversos estados, siendo un palo sin vida y sin sentidos, y es muy costoso ídolo de sustentar. ¡Oh! ¡qué de gastos se hacen en vestidos, en banquetes y vajillas y aparatos de mundo, y todo por este idolo de la honra! y lo que peor es que á esta bestia se le da la flor de la harina, los mejores entendimientos, los más ilustres linajes, las mejores disposiciones, las más excelentes letras, y áun muchas veces las más recogidas y santas vidas arrebata en sus uñas esta leona robadora. ¿Quién se tragó los ayunos y limosnas y oraciones de aquel presuntuoso fariseo que oraba en el templo, sinó este ídolo? ¿Quién derribó del cielo empíreo á Lucifer y á sus malos ángeles, sinó la presuncion? ¿Quién volvió en bestia siete años al rey Nabucodonosor, sinó este pestilencial vicio? La pérdida grande de Saul, rey de Israel, la muerte cruel y desventurada de Absalon, este maldito ídolo de la soberbia la encaminó.

Guardaos, hermanos, guardaos; no imitéis aquel fariseo soberbio, dice á sus religiosos nuestro Padre (1): ayunador era y abstinente; limosnero era tambien; á la oracion se daba, y al fin la soberbia le destruyó. Humillaos con el publicano; bajad vuestros ojos mirando á la tierra, pues sois tierra; herid vuestros pechos y con dolor pedid misericordia á Dios, reconociendo vuestras faltas y miserias propias. *El que es mayor entre vosotros se tenga por el menor* (2), como Cristo nos manda, y diga cada uno con David: *Gusano soy y no hombre* (3); no merezco ser de nadie tenido en algo; gusano de la tierra soy; tengan todos asco de mí, y písenme, y nadie me ponga sobre su cabeza.

Considerad, sierva de Jesucristo, estas dos virtudes que el Señor quiere que aprendáis de él, que son mucho menester

(1) S. Aug., serm. 12.
(2) Luc., xxii, 26.
(3) Psalm. xxi.

para la religion. Sed paciente y muy sufrida con todas, y mirad que vuestro Esposo, Cristo, es cordero mansísimo, y tal nombre le dió el profeta Isaías y San Juan Bautista; luego la esposa suya, á quien ha de amar y consolar, cordera ha de ser paciente y muy sufrida (1). El ángel llamó á San Juan Evangelista y le dijo: *Anda acá y te enseñaré á la recien casada, esposa del Cordero* (2). Toda la Iglesia, la cordera y esposa de nuestro Salvador, Jesucristo, como declara San Pablo, y tambien cada una ánima religiosa, se llama esposa de este Rey celestial. Él es cordero y ella es cordera; Él manso y ella mansa; Él humilde y ella humilde. Esta virtud admirable alaba muchas veces el Esposo en los Cánticos, llamando á la esposa paloma suya, mansa, sin hiel de ira, y ave que gime cantando y canta gimiendo.

Llamarse nuestro Salvador humilde de corazon, es decir, donde está asentada esta excelente virtud, en las entrañas y en el corazon pone su silla. Bueno es y en mucho se ha de tener la muestra y divisas de humildad, mortificando al hombre exterior en todo, vestir paño grosero y pobre; traer bajos los ojos; hablar pocas veces y con provecho cuando lo pide la necesidad del prójimo y la caridad; comer comunes manjares y no delicados; no ir á la red sinó cuando lo manda la obediencia: todo esto es bueno y maestro de la humildad, que son como hojas del naranjo, que le adornan y conservan la fruta, no la queme el hielo ni el sol. Mas la raíz y fundamento de la humildad en el alma está; lo interior del corazon pide planta tan venida del cielo, la cual el sabio y poderoso hortelano, Cristo, desea plantar en el verjel de esta su Iglesia; teniendo entendido que sin este árbol los demas son silvestres y sin fruto; digo de las virtudes morales, á las cuales excede la hu-

(1) JOAN., I, 29.
(2) APOC., XXI, 9.

mildad en su manera, como la caridad (segun dice San Pablo) hace ventaja á la fe y esperanza, virtudes teologales; y áun San Jerónimo llama á la humildad madre de las virtudes, escribiendo contra Vigilancio; y lleva gran razon, porque la soberbia, su contraria, es cierzo que abrasa y quema todas las virtudes, como vemos en Lucifer y nuestro padre Adan. Aquí exclama San Agustin y dice á sus ermitaños religiosos: ¡Oh, religioso! *Cuanto fueres mayor, humillate en todas las cosas y hallarás favor delante de Dios y de los hombres*, como el Eclesiástico te aconseja (1). ¡Oh, santa humildad! que tú nos trajiste al Hijo de Dios del cielo, hasta encerrarle en el vientre de la humilde Vírgen María; tú le envolviste en paños pobres cuando nació en Bethlehem, para que Él nos vista en el cielo de brocado rico de gloria; tú, humildad, lo circuncidaste para que nosotros quitásemos todo lo superfluo de nuestro corazon; tú le azotaste para que nosotros fuésemos libres de los azotes eternos del infierno; tú le coronaste de espinas para que Él nos coronase de rosas en el cielo; tú, humildad santa, enfermaste al médico de nuestra salud para que nos sanase de todas nuestras enfermedades. Finalmente, tú le pusiste en la cruz para que con su muerte matase nuestra muerte, y nos dejase herederos en la vida eterna. ¡Oh, humildad! ¡cuán contraria eres á la soberbia! Esta dividió las lenguas, confundiendo á los edificadores de la torre de Babilonia, y la humildad las juntó en el colegio apostólico el día que vino el Espíritu Santo; la soberbia volvió bestia al rey de Babilonia, y la humildad hizo á José príncipe y gobernador de todo Egipto; la soberbia derribó al demonio del cielo y á Adan desterró del paraíso, y la humildad llevó al santo ladron al cielo; la soberbia, finalmente, destruyó á Faraon y á su ejército, y la humildad ensalzó á Moises y le dió la victoria en las

(1) Eccles., III, 20.

manos. Estas y otras grandes excelencias dice nuestro Padre en un sermon á sus religiosos para que huyan de la soberbia y amen y sigan la santa humildad.

Esta gran virtud tiene muchas hijas ó doncellas que la acompañan, que San Benito llama grados de humildad. El primero es, con el corazon y con el cuerpo siempre enseñar humildad: los ojos inclinados en tierra; el segundo, es hablar pocas palabras, y éstas segun razon y sin voces; y el tercero, no ser fácil para la risa; el cuarto, tener silencio hasta ser preguntado; el quinto, seguir la vida comun conforme á su regla; el sexto, creer de sí y confesar que es más vil de todos; el séptimo, declararse que es para cualquier bien indigno; el octavo, confesarse que es pecador; el nono, tener paciencia en todo lo que es trabajoso; el décimo, sujetarse en todo á su prelado; el undécimo, jamas tomar contento en hacer su voluntad; el duodécimo, temer á Dios y acordarse de sus mandamientos y ley santa. Cada un grado de estos pudiéramos declarar con autoridades y ejemplos de la Escritura Sagrada, si no fuera por excusar prolijidad; baste haberlos aquí puesto en breve, y si queremos puédense reducir á tres grados de la humildad perfecta: es el primero, y de necesidad, que en todo sea obedecido el prelado; el segundo, que nos sujetemos al que es igual; el tercero, que obedezcamos al que es menor, y aquí se cumple toda justicia. Así dijo nuestro Salvador cuando se fué á bautizar: *Da lugar, Juan, á lo que te digo, porque de esta manera nos conviene cumplir toda justicia* (1). San Crisóstomo dice que aquí llamó toda justicia á la humildad, por la cual se sujeta el que es mayor al menor, como nuestro Salvador lo hizo, tomando por ministro á San Juan de su bautismo, y áun siendo súbdito de la Vírgen santa y del santo José; y finalmente, lavando los piés á los Apóstoles en aquella última cena. ¡Oh!

(1) MATTH., III, 15.

¡válgame Dios! ¿cómo no nos hacemos ceniza, bajándonos y humillándonos viendo á nuestro Criador tan humilde? Una piedrecita pequeña que vino del monte, en tocando á la estatua y monstruo que vió Nabucodonosor, bastó para que se volviese el oro y la plata, y el cobre, y el hierro en ceniza y polvo; y vino el Hijo de Dios del seno del Padre, y nació del monte alto de grandes perfecciones, que es su sagrada Madre, y la estatua de nuestra presuncion estáse en pié. ¡Oh, cosa espantosa y digna de llorar! y notad que cuatro metales tenía aquel monstruo, oro, plata, cobre y hierro. Porque de cuatro cosas se suele criar esta polilla mala y principio de todo pecado, que es la soberbia: de las riquezas, que significan el oro, y de la plata, que es el linaje ilustre; de la ciencia, que representa el cobre, que suena mucho y de él se hacen las campanas, y de la fortaleza, significada por el hierro, que doma todos los metales. De aquí toma alas el ciego soberbio para volar en alto y tomar contienda con Dios, siendo rebelde á su santa ley. Si ya Jesucristo, piedra pequeñita que nació en Bethlehen, y ya resucitado ha crecido, y es hecho monte grande, hincha toda la tierra, y el cielo, os ha tocado en los piés, que son los pensamientos del alma, no ha de haber oro ni aficion á los bienes de esta vida, pues los dejaste por el servicio de Dios. No ha de haber tampoco plata; no memoria de linaje terreno, ni plática que suene á esto, que es gran falta de espíritu y trato seglar y no de religiosa. No tampoco ha de tener la esposa de Cristo presuncion de sabia y bien hablada, porque estas son reliquias de Babilonia y entibian el amor de Dios, y áun son los ídolos de Laban que llevaba Raquel hurtados y escondidos, por cuya causa buscando sus ídolos revolvió la tienda de Jacob. Guárdeos Dios de llevar al monasterio idolillos, presunciones y respetos de honra; mirad que el demonio os guerreará la conciencia y no gustaréis del paraíso de la religion ni del maná suave de la contemplacion, donde el Señor da gran suavidad á las almas humildes. Tampoco ha de haber

hierro ni dureza de corazon, sinó todo blandura de humildad para con todas, y mayormente con las preladas. Si esto halláis en vuestra ánima, dad gracias al Señor, que ha obrado con vos tales maravillas, y decid con la Madre de Dios: *Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se gozó en Dios, mi Salvador* (1). Cántico es que la Señora del mundo y Reina de las vírgenes compuso, para que las vírgenes imitadoras suyas con él se consuelen, diciéndolo muchas veces para gloria de Dios. Cómo se han de menospreciar las riquezas, y con qué aviso se ha de guardar perpetua pureza de castidad, y cómo se ha de cumplir con el voto de obediencia, en la epístola quinta ántes de esta lo veréis cumplidamente, y en el Desposorio espiritual, que trata de los tres votos y de la vida recogida y mortificada de cada esposa de Cristo.

Prosiguiendo la amenaza que el Esposo hace al alma que fuere soberbia, es de notar que le dice: *Sálte y véte tras las pisadas de tus cabritos* (2). No hay mayor castigo ni más afrentoso que cuando el marido echa á su mujer de su casa. La reina Vastí, siendo inobediente al rey Asuero cuando la mandó salir á aquel convite y no quiso, mereció por su soberbia ser echada de la casa real y que perdiese la corona y dignidad de reina, y así fué sentenciada y se ejecutó, y en su lugar fué recibida la humilde Esther. No pudo dársele más terrible castigo que aquel, pues vivió afrentada toda su vida. Bien así nuestro Rey y Señor, Cristo, echa de su casa al ánima soberbia, quítale la dignidad de reina, y envíala con gran oprobio que salga de su palacio real. Á la humilde Esther busca y llama, y á ésta dá joyas ricas y vestiduras de virtudes de gran valor, harto mejores que las que el rey Asuero dió á Esther, ni Isaac á Rebeca. San Bernardo, declarando esta sali-

(1) Luc., 1, 46 y 47.
(2) Cant., 1, 7.

da del ánima que Dios destierra de sí mismo porque no se conoce, dice así: Sálte fuera; vete, no te vea yo; sál del espíritu á la carne, de los bienes del alma á los deseos seglares, y de la paz interior al ruido de ese siglo inquieto. ¡Oh santo Dios! dice San Bernardo: ¡qué tormento, qué fatiga tan grande y mayor que el mismo infierno para el ánima que ántes gustaba de Dios en la oracion y contemplacion! Estaba regalada en los brazos de Cristo y decía con la esposa: *Su brazo izquierdo está debajo de mi cabeza y su mano derecha me rodeará* (1). La que ántes decía, bueno me es á mí llegarme á Dios, verse distraida, sujeta á sus pasiones y sentidos groseros, perros hambrientos que jamas se pueden hartar, pues ni los ojos se hartan de ver, ni los oidos de oir, ¡qué trabajo espantoso tendrá! ¡Oh triste del alma desamparada y apartada de tal Esposo! ¡Oh desdichada viuda, huérfana sin padre, desechada y apartada de la presencia de su Criador! Las pisadas de los ganados son los apetitos de estos sentidos, tras los cuales se va el alma cautiva y aherrojada de estos ladrones y salteadores, los cuales son figurados por aquellos ladroncillos que cautivaron á la hija de Israel. Ladroncillos son, y flacos, que nada pueden sinó contra los cobardes que de voluntad se les rinden. Puertas falsas son por donde dice Jeremías que entra la muerte. Los oidos y ojos, y la boca, si no los guarda el portero sabio y avisado, que es el temor de Dios, ¿qué son sinó ventanas por donde á escala vista es salteada el ánima? Por aquí venció el demonio á Eva, por aquí fué derribado David viendo á Bersabé, y por la vista el fuerte Sanson fué preso y perdió la vista, las fuerzas y la vida.

Da un aviso San Basilio escribiendo aquel libro de la virginidad, que mire mucho la vírgen, que traiga muy guardada la vista, y tambien adorne su boca con el joyel del silencio,

(1) Cant., II, 6.

orando siempre con David: *Señor: poned guarda en mi boca y un postigo de circunstancia en mis labios para que mi corazon no caiga en palabras de malicia* (1). Admirable oracion es esta, y mucho la habían de frecuentar las personas religiosas, porque, como dice Santiago, doman los hombres las bestias fieras, toros y leones y caballos; mas la lengua nadie la puede domar; quiere decir: que ni basta sabiduría, ni fuerzas propias, ni ingenio humano para atar esta leona de esta lengua. Ha de darnos Jesucristo su gracia y valor para que sepamos callar y hablar. Callar á su tiempo y hablar cuando es menester. Esta es la guarda que demandaba David y el postigo que pedía que Dios asentase de su mano. ¡Cuán bien dijo Salomon: Tiempo hay para callar y tiempo hay para hablar! Primero enseñó á guardar silencio, porque el alma religiosa ha de asentar y callar para levantarse á sí misma sobre sí misma á las cosas celestiales, segun dice Jeremías hablando del contemplativo que trata de Dios y con Dios. Luego se sigue el tiempo de hablar, que es en las alabanzas divinas, en confesar nuestros pecados y en consolar á nuestros hermanos afligidos y fatigados. Los que no ponen guarda en sus labios y sentidos son los que salen de los sentimientos y ejercicios del espíritu á la ocupacion miserable de su carne, y apacientan sus cabritos cerca de los tabernáculos ó tiendas de los pastores. Los cabritos mal sosegados son los apetitos diversos del alma, acerca de las honras, intereses y pasatiempos mundanos. El pasto de éstas es comer yerbas pestíferas que matan el alma y por tanto serán puestos á la mano izquierda de Cristo, Juez omnipotente, en el día del juicio, y serán enviados al fuego eterno con el demonio, á quien siguieron y obedecieron. Mas las ovejas y corderos mansos allí serán honrados y puestos á la mano derecha del Señor, y se les dará el reino celestial por

(1) Ps. CXL, 3.

las obras de misericordia que obraron. ¡Oh! ¡miserable el ánima que es pastora y sus malos deseos apacienta en la vileza de los pecados! la que comía manjares delicados á la mesa de Jesucristo, ya come pan de perros, ya va como el hijo pródigo, y se desea hartar de las bellotas de los puercos, y nadie se las da. Todo este daño le ha venido por su presuncion, segun dijimos de la reina Vastí. De manera que como estando en tan alto estado no quiso entender su bajeza, quedó comparada á las bestias, dando pasto á sus brutales deseos.

Y es cosa de notar que no dijo que le daría este castigo si no conocía á Dios, sinó porque no se conocía á sí misma, como nota San Bernardo: porque no basta conocer que hay un Dios y que es Trino y Uno, Criador de los cielos y de todo el universo. Con este conocimiento, es necesario que el alma se conozca á sí misma y se humille. Cuán bien pedía nuestro Padre, diciendo: ¡Oh, Señor! conózcaos á Vos, y conózcame á mí. En esta ciencia doblada consiste nuestro bien, y vale más este conocimiento de sí mismo que ha de tener cada uno que todo cuanto supo Aristóteles y Platon: sabio tonto es quien todas las ciencias sabe y á sí mismo se ignora. *Gran ciencia hallé dentro de mí mismo y mucho aproveché en ella* (1), dijo un sabio divino. Y el santo rey David se admiraba considerándose á sí mismo: y afirmó que no era bastante para alcanzar esta ciencia del conocimiento propio: ha de alumbrarnos Dios los ojos, que los tenemos turbados por la herencia del pecado: hanos de cercar de luz, para que veamos; y cegarnos para darnos vista, como lo hizo en la conversion de San Pablo. Hémonos de humillar, para que nos ponga las manos el prelado, figurado por el profeta Ananías, y entónces se nos caerán las escamas de la ignorancia que ántes teníamos. ¡Oh, buen Jesus! Si ya nos hicieses tan grande merced,

(1) Ps. CXXXVIII, 6.

que cercados de tu luz, abiertos los ojos, nada viésemos sinó á tí, nada amásemos sinó á tu hermosura y bondad, pues nos amaste hasta morir en la cruz, para que nosotros vivamos en la gloria. Derríbanos, Señor, de lo alto de nuestra soberbia, para que, conociéndonos, tu misericordia nos levante: ciéganos para que nos des vista y críes nuevos ojos á nuestra alma: envíanos tu luz y tu verdad, para que nos saque de engaño.

Todo lo dicho hallaréis, por ejemplo, en aquella parábola de las diez vírgenes, que el Salvador del mundo predicó: *Las cinco eran sabias, y las cinco locas; tomaron lámparas y salieron á recibir al Esposo las unas y las otras, y pareciéndoles que tardaba, dormitaron y durmieron; mas á la media noche sonó un clamor que dijo: mirad que el Esposo viene, salid á recibirle; luégo todas despertaron y ataviaron sus lámparas. Las prudentes, como llevaban aceite, cebáronlas y salieron al recivimiento del Esposo, fueron recibidas en el palacio real. Las vírgines locas pedian del aceite á las sabias; mas no se lo dieron, porque temian no les faltase á ellas yéndolo á comprarlo. Vino el Esposo, y cerróse la puerta* (1). ¡Oh, cosa temerosa! llamaban las cinco tontas, y con gran cortesía; mas no les aprovechó: *Señor, Señor, abridnos;* y dijo el Esposo: *En verdad que no os conozco.* Solamente esta historia así declarada parece cosa admirable y pone grande temor á nuestras ánimas. Una parábola es de las más dificultosas que en los Evangelios se escriben, en la cual todos los doctores santos hallan gran dificultad. Nuestro Padre en dos sermones trabaja mucho de exponerla, y áun parece que algunas veces con decir cosas excelentes queda descontento. La causa es porque cuanto más de ella trataba, mayores piélagos y dificultades se le descubrían Lo mismo le acaeció á San Jerónimo y á San Crisóstomo y á los demas.

(1) MATTH, XXV, 1, 2 y sig.

Digamos algo para que aquí sumemos esta epístola, en la cual hemos trabajado por destruir la soberbia, y en plantar la humildad, imitando en esto á San Ambrosio, que en la epístola que escribió á Demetria, virgen santa, lo más del tiempo gasta en exhortarla que sea humilde. Nuestro Padre, en aquel libro de la virginidad, hace lo mismo, y San Jerónimo escribiendo á Eutoquia, vírgen romana, lleva el mismo intento. Porque Santiago dice *que nuestro Dios resiste á los soberbios, y que á los humildes da su gracia* (1); y esto con gran justicia, porque el soberbio es loco, como dice San Bernardo, y dar Dios sus dones y riquezas á los locos no conviene. El humilde es sabio y avisado, y á éste da Él sus favores y dones y son bien empleados. El soberbio es ladron que se levanta con los tesoros de Dios, y áun hace guerra al Criador con las armas que de su mano recibió, como parece claro en el ángel malo, Lucifer, y en Adan cuando pecaron. Pues al ladron, ¿por qué se le han de confiar las joyas de Dios tan preciosas? El humilde es leal y agradecido; no pone á su cuenta sinó los pecados y las faltas: luego con gran razon los santos persuaden á todos los cristianos para que tengan humildad, y mayormente á las personas que han escogido el camino tan perfecto y estado tan alto como es la religion.

En esta parábola veréis el fruto de la humildad y el gran daño de la soberbia, porque las cinco sabias fueron bien recibidas, del Esposo Cristo Jesus, y las cinco vírgenes locas por tales fueron menospreciadas de nuestro Salvador, y de tal manera que las dijo que no las conocía. No podemos negar que aquí el Señor no hable segun la letra con toda la Iglesia, á la cual llama reino de los cielos. Lo primero, porque el mismo Rey y Señor, que reina y gobierna todos los ángeles y bienaventurados en el cielo, este mismo Señor es el que go-

(1) Jacob, IV, 6.

bierna esta Iglesia militante, la sustenta y rige como verdadero Dios y hombre, Criador y Redentor del mundo. Así lo confesaron los mancebos y ciudadanos de Jerusalen en aquella solemne procesion de ramos, por su Rey y Mesías, diciendo: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, Rey de Israel* (1). Y Él mismo dijo por el profeta David: *Yo soy puesto por rey sobre Sion, monte santo suyo, y predico su mandamiento* (2). El Padre eterno hizo Rey á Cristo en cuanto á hombre, y le dió toda la jurisdiccion y señorío de los hombres y ángeles. Y así dice San Pablo que mandó á todos que le adorasen. Rey es y Señor del universo, salvo que no quiso reinar en este mundo con el aparato y estado de riquezas que los reyes reinan. De aquí es que cuando Pilátos le preguntó si era rey, no lo negó, sinó dijo: *Mi reino no es de este mundo* (3). Pilatos arguyó bien, y dijo: luego rey eres tú. Notad aquí esta respuesta de vuestro Esposo y Rey único. Rey es, y no de este mundo tirano, soberbio, avariento y traidor. No quiso el Rey del cielo reinar como Alejandro y Vespasiano. Los corazones de los hombres vino á conquistar, y en las ánimas vino á reinar. Ea, sierva de Dios, poned muchas veces los ojos en el santo Crucifijo, contempladlo Rey y con título real sobre su cabeza, el cual le puso Pilátos á pesar de la Sinagoga. Adoradle Rey y Emperador de lo criado, y abrazándoos con Él, decid con David: ¡Oh, Rey mío y Dios mío! Vos sois mi Dios, que me criasteis á vuestra imágen y semejanza, y sois mi Rey, que me redimisteis con vuestra preciosa sangre y vida. A Vos ame mi alma, en vuestro servicio se emplee, y á Vos sólo alabe y adore siempre. Veis aquí á David perseguido. Aquí se llegaron todos los que andaban huidos por deudas y todos los afligidos, y David fué hecho su príncipe y caudillo. Rey es nuestro

(1) MATTH., XI, 10.
(2) PS. II, 6.
(3) JOAN., XVIII, 36.

David, Cristo, amparo de los pecadores, que deben muchas deudas por sus maldades que han cometido, y así llama Él á voces á los afligidos para consolarlos y recrearlos: Venid á mí todos los que trabajáis y andáis cargados, y yo os daré refeccion y consuelo (1). ¡Oh! ¡bendito sea tal Rey, que llama á los pobres para enriquecerlos y á los enfermos para sanarlos, y á los adeudados y trabajados para consolarlos! Decidme, esposa de este soberano Rey: viéndole á Él en la cruz y entre ladrones, ¿cómo le pedís honra estando Él tan afrentado por vos? Veisle llagado de piés á cabeza; ¿cómo acertáis á pedirle regalos? ¿Quién jamas, viendo á su Rey coronado de espinas, demanda guirnaldas de rosas? ¿y viéndole á Él desnudo se atavía ricamente y con curiosidad? ¡Oh, hijos de Adan! ¡oh, gente interesada! pedid á vuestro Rey lo que Él quiere y desea daros, y os conviene recibir en esta vida. Demandadle paciencia para sufrir injurias; pedidle humildad, pues le veis tan humillado. Suplicadle que os dé su cruz y fuerzas para llevarla: que estas son las más excelentes mercedes que Él hace en esta vida á los suyos. Si esto no fuese así, ¿cómo ofreció el cáliz á sus dos Apóstoles que pedían sillas de honra? Por tronos vinieron y cruz llevaron firmada los muy amados primos San Juan y Santiago. Siendo, pues, uno mismo el Rey de los cielos, Cristo, y el que reina en esta santa Iglesia romana, bien está que se llame reino de los cielos.

Tambien se le da este título tan honrado porque las leyes del cielo y las de esta Iglesia son unas. Si el reino de Francia viviese por las leyes de España y tuviese un mismo rey, se llamaría reino de España. No hay más de dos leyes en el cielo, amor de Dios y del prójimo. Por éstas se rige aquella ciudad del cielo toda; todos aman allá á Dios, y tambien aman á sus prójimos; éste es su oficio y siempre en esto entienden.

(1) Matth., xi, 28.

Cuando veamos á Dios, dice nuestro Padre, entónces le amaremos y le alabaremos de todo corazon, y esto será sin tener fin. Estas mismas leyes son las de esta Iglesia, y á éstas las quiso reducir nuestro soberano Rey, cuando dijo: *Que el principal mandamiento era amar á Dios, y el segundo, semejante á éste, era amar al prójimo como á nosotros mismos.* Y dijo luégo: *de estos dos mandamientos están trabados y dependen la ley y los profetas* (1). ¡Oh, leyes de Dios, leyes venidas del cielo para hacer á los hombres terrenos ciudadanos celestiales! ¡Oh, yugo suave y carga sin peso ni pesadumbre para el que quisiere luégo renunciar los cinco yugos pesados, que compra á gran costa el triste pecador! Ya tenemos probado cuán bien asienta este título tan honrado á esta Iglesia católica. Llámase reino de los cielos, y lo es, porque el mismo Rey que reina en los cielos, Cristo Jesús, reina en esta Iglesia, y áun las leyes son unas en la Iglesia triunfante y en la militante: por tanto está bien dicho que esta Iglesia es reino de los cielos, fuera de la cual es reino de Babilonia infernal. El negocio de esta Iglesia se dibuja y representa en diez vírgenes. Llámase vírgen esta Iglesia por la integridad de la fe, sin error ni engaño de adoracion de ídolos, y así dijo Dios por el profeta Oséas: *Yo te desposaré conmigo en fe* (2). El anillo del desposorio de nuestras almas es la fe, y pónese en la mano, como lo mandó dar el padre piadoso á su hijo perdido cuando volvió. Porque esta fe pide manos, demanda obras y cumplimiento de la ley de Dios. De otra arte no es anillo en la mano, sinó en la oreja, porque del oido se causa la fe, segun dijo el Apóstol. De aquí es que muchas veces llamó Dios vírgen á Israel, cuando no idolatraba y guardaba la fe de un Dios. Y áun San Pablo usó del mismo lenguaje, cuando dijo á los corintios *que los ha-*

(1) Matth., xxii, 37, 38, 39 y 40.
(2) Oseæ, ii, 20.

bia desposado con un varon, que es Cristo (3). Y llámalos á todos vírgen por la unidad y pureza de la fe que tenían.

Estas vírgenes son diez, porque el número de diez es número perfecto y encierra en sí todos los números, y así pasando de diez volvemos á repetir los números ya recontados: once, es decir, diez y uno; para denotar esta perfeccion dió nuestro Dios su ley escrita en diez mandamientos. Siendo como es el número decenario universal, está bien que este número signifique la multitud de los fieles. Así lo declaran San Jerónimo y San Gregorio. Dice que aparejaron sus lámparas, echaron aceite y encendiéronlas (costumbre de aquellos tiempos, como ahora se usan hachas) y así salieron á recibir al Esposo y á la esposa; el Hijo de Dios es el Esposo y la humanidad la esposa unida al Verbo. El sí de este admirable desposorio dió la Vírgen santísima cuando dijo: *Sierva soy del Señor; cúmplase en mí segun tu palabra* (1). ¡Oh! ¡lo que debemos á tal Madre y Señora, que por todo el género humano dió el consentimiento para que se celebrasen las bodas de Dios con nuestra humanidad! Esto es lo que dice Cristo por Isaías: *Así como á Esposo me puso la mitra ó corona, y así como á Esposa me adornó con sus joyas* (2). El Verbo como Esposo tomó nuestra humanidad, y se honró con tomarla, como quien se pone corona de oro en la cabeza; y la humanidad como desposada fué vestida y ataviada de excelentes dones y joyas admirables, siendo gloriosa y bienaventurada su ánima desde el instante de su concepcion. Y áun podremos llamar Esposo á Cristo y esposa á los bienaventurados santos que vendrán en su compañía el día del juicio, del cual habla esta parábola. Saldrán al recibimiento de Jesucristo, Juez universal, y de su esposa, que

(1) II Cor., xi, 2.
(2) Luc., i, 38.
(3) Isai., lxi, 10.

son los santos, los católicos que aquí vivieron entónces, muriendo para resucitar luégo.

Las lámparas que se han de aparejar, á imitacion de estas vírgenes, segun nuestro Padre, son las obras buenas y cristianas, que San Pablo llamó armas de luz, de las cuales nos hemos de vestir para vencer los enemigos que nos conquistan, mundo, carne y demonio. Y dió tal aviso el Apóstol, que primero arrojemos léjos las obras de las tinieblas, porque no nos podemos vestir de las virtudes y obrar bien si no desechamos los vicios primero. Nadie será limosnero y liberal con los pobres si no deja la avaricia; no será casto si no aparta de sí todo pensamiento y obra fea, ni será humilde si no ha puesto la soberbia debajo de los piés.

De estas lámparas resplandecientes más que el sol dijo el Señor: *De tal manera resplandezca vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre, que está en el cielo* (1). Somos hijos de luz, y por tanto nos dice el Apóstol que caminemos como hijos de luz, esto es, que representemos la bondad de tal Padre tan santo como tenemos. Lámpara encendida es, y no muerta, la oracion, la limosna y el ayuno que hacemos estando en gracia, y lámpara muerta lleva en la mano el que estando en pecado mortal obra estas y otras obras buenas. Bien hace en las obras; mas sin el resplandor de la caridad no merecerá la vida eterna. Estos son como los que dieron vino con mirra á Cristo en su pasion: vino es cada obra buena; mas el que está en pecado mortal mezcla mirra amarga con el vino, y así no lo bebió nuestro Salvador: amargóle mucho y desechólo. ¡Oh! ¡bienaventurados los cristianos que con armas de luz en las manos salen á recibir al Esposo, Cristo! Estos, como el ejército de Gedeon, combaten á los medianitas y ganan la victoria. Con cán-

(1) MATTH., v, 16.

taros llenos de lumbre vencieron aquellos caballeros, y con el mismo ingenio llevando lámparas en nuestras manos derribamos á nuestros enemigos espirituales. Así venció nuestro Capitan y Señor al mundo, y así ordenó que nosotros venzamos. Salir á recibir al Esposo es un comedimiento y cortesía que hemos de usar con tan alto Señor; Él vino del cielo á la tierra á buscar la oveja perdida y la puso sobre sus hombros cuando murió por todos en la cruz, y el gran peso de esta oveja le hizo sudar sangre en la oracion del huerto; razon es que salgamos á recibirle. Dejemos la casa del pecado; salgamos del mundo, y áun salgamos de nuestros sentidos groseros, y vámonos á recibir al Señor; Él es luz eterna y sol del mundo; quiere mucho á su semejante; salgámosle á recibir con luz, con obras cristianas hechas con amor suyo.

De estas diez vírgenes las cinco eran prudentes y las cinco locas. Es de notar que esta parábola habla con los que al parecer son buenos; no con los adúlteros, homicidas públicos, ni con los que viven disolutamente, sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres; y por tanto es más temerosa y nos pone gran temor. Que los malos sean más que los buenos, está claro, porque el Señor dice *que es el camino que guia á la vida estrecho y que pocos andan en él* (1): quiere decir que la ley de Dios pone en estrechura á la carne; vále á la mano que no se desmande en cosa alguna; es el contrario que nos acompaña en el camino de esta vida, á quien cumple que obedezcamos porque no nos entregue al juez: consejo que nos da Cristo por San Mateo, segun declara San Agustin. Y al contrario, el camino del infierno es ancho y van muchos por él, y áun el Salvador del mundo dijo *que eran muchos los llamados y pocos los escogidos* (2). De estos perdidos no se hace

(1) Matth., vii, 14.
(2) Matth., xx, 16.

aquí memoria: y es gran lástima, que de los que obran bien y parecen buenos la mitad son fingidos y no son los que parecen de fuera. Son estos aquellos de quien se quejó nuestro Dios: *Este pueblo hónrame con los labios, y su corazon está léjos de mí* (1). Con las ceremonias de fuera, con no más de las muestras exteriores, quieren cumplir conmigo, y lo mejor, que es el corazon, danle á la soberbia y avaricia, y á sus deleites. Digo que es cosa que pide gran sentimiento y gran compasion ver que es tan poderosa la soberbia y la hipocresía, su hija, que de diez vírgenes se lleve la mitad. Mas veamos en qué fueron prudentes las unas y qué fué el desatino de las otras; dice San Mateo que las sabias llevaron el aceite doblado en sus lámparas y en las aceiteras tambien, porque si el Esposo tardase pudiesen, ántes que se acabase el aceite que ardía, rehacer con otro aceite sus lámparas, como en efecto lo hicieron; mas las indiscretas no llevaban más aceite de lo que ardía en las lámparas, y así cayeron en falta con el recibimiento del Esposo. San Jerónimo dice que son cinco los sentidos del alma, así como son cinco los sentidos del cuerpo; y porque las prudentes usaron bien de los sentidos interiores llámanse sabias, y las locas, porque usaron mal de ellos, dióseles este nombre de afrenta. De los tres sentidos del alma dice San Juan en su Canónica: *Lo que oimos y vimos y nuestras manos tocaron del Verbo de la vida* (2); y del gusto dijo David: *Gustad y ved qué suave es el Señor* (3); del olfato dijo la esposa: *En el olor de vuestros ungüentos correremos* (4). De manera que os dió Dios doblados los sentidos: en el espíritu cinco y en el cuerpo otros cinco, como vajilla doblada; una de oro para Dios, que son los sentidos del alma, y otra de tierra para vues-

(1) Isaias, xxix, 13.
(2) I Joan., i, 1.
(3) Ps. xxxiii, 9.
(4) Cant., i, 3.

tro servicio, que son los sentidos corporales. Y áun quiere el Señor que con todo le sirváis, pues el Apóstol dice que la vírgen ha de ser santa en el cuerpo y en el espíritu; al un hombre exterior y al interior quiere el que todo lo crió para su servicio y honra. De aquí es que las vírgenes, que para servir á Dios usaron de los cinco sentidos del alma y tambien los cinco corporales y se emplearon en servicio de su Criador, que tengan nombre de prudentes y sabias. Al contrario, las cinco locas desmandáronse, empleando mal su entendimiento, voluntad y memoria; anduvieron distraidas en las cosas temporales y perecederas. Por tanto, como á gente desatinada, dáseles nombre infame y deshonrado. Estas son aquellas cinco yuntas de bueyes que compró aquel labrador loco, y por irlas á probar no quiso ir al convite de gran solemnidad. ¡Oh, triste de tí, pecador, que sin ver lo que compras das el tesoro de tu ánima, y despues de comprar los bueyes vas á probarlos! Luego ciegamente compraste. Van nuestros sentidos hermanados como yuntas de bueyes: dos ojos, dos oidos, dos ventanas de narices y dos manos; probarlos es emplearlos en las cosas terrenas, gulas y deleites y avaricias. ¡Oh! ¡qué mal le fué á Santo Tomás, y á cuánto peligro se puso si nuestro Salvador no le remediara con su misericordia, en querer probar estos bueyes y animales toscos! *Si no viere los agujeros de los clavos en las manos de Cristo, y si no tocare con mis manos en la llaga de su costado santísimo, no creeré que es resucitado* (1), decía este Apóstol con presuncion grande; tentacion terrible querer probar ni experimentar por milagro las verdades de nuestra santa fe. Porque aquí se han perdido muchos herejes y han caido en grandes pecados muchas almas. *Si no creyéredes no entenderéis*, dice Dios por Isaías (2). Mucho va

(1) JOAN., XX, 25.
(2) ISAI., VII, 9.

para alcanzar la pureza de la conciencia tener gran guarda en estos sentidos; va la vida del alma: mírese no haya descuidos; mayormente guárdese de la vista, porque como es el más excelente sentido de los cinco, y por esto asentado en el más alto lugar, y nos enseña más diferencias de cosas, segun nota Aristóteles, por tanto es más peligroso que todos despues de la caida de Adan. Oraba el rey David así, y todos debemos orar con él: *Señor, apartad mis ojos que no vean la vanidad* (1); no se ceben de cosas vanas, mundanas y curiosas; Vos sed la guarda de mi vista, que yo no basto á guardarla. Vean mis ojos la verdad, que sois Vos, Criador mío, en todas vuestras criaturas, pues que estáis en ellas por esencia, presencia y potencia, y alabe mi ánima á Vos, autor de ellas, y no vean la vanidad, prefiriendo el amor de ellas al vuestro, ántes en todas las cosas os contemple y ame á Vos, y en Vos y por Vos las ame todas. Oracion es esta, aunque breve, de gran valor y provecho; apartad mis ojos, Señor, porque no vean la vanidad, sinó á Vos, eterna verdad. Nota Orígenes que como las vírgenes tienen hermandad y conexion unas con otras, así la tienen los sentidos unos con otros. En manera que quien bien velare en guarcar la vista con facilidad guardará los otros sentidos.

Las cinco vírgenes prudentes llevaron aceite consigo y las locas no; quiere decir, que como sabias usaron de un aviso que enseña la prudencia, la cual, no solamente mira lo pasado y ordena lo presente, mas áun provee en lo porvenir que no haya falta. De aquí es que Salomon alaba á la hormiga, que en el verano provee de sus granos para comer en el invierno, y envía al perezoso pecador á que tome leccion de ella, pues no trabajan en esta vida, haciendo penitencia para el invierno de la muerte, á donde perecerá de hambre, siendo apartado

(1) Ps. cxiii.

de Dios por sus maldades. Pensaron, y como prudentes, estas vírgenes: nosotras vamos á recibir al Esposo con nuestras lámparas encendidas; ya podría ser que no viniese tan presto; el fuego ha de hacer su oficio y gastar el aceite; por tanto llevemos otro aceite en nuestras aceiteras. Este prevenir y ordenar que no faltase adelante el aceite fué parte de la prudencia. Y San Isidoro en sus etimologías dice, que se dice el hombre prudente porque ve de léjos. Esta prudencia les falta á las otras cinco vírgenes; y así, como imprudentes les sucedió mal su descuido. Razon tenían los egipcios de poner por retrato de la prudencia un leon, porque áun cuando duerme tiene abiertos los ojos, y así el prudente vela cuando duerme y se previene con medios bastantes ántes que caiga en falta.

Como tardase el Esposo, durmiéronse las unas y las otras, y dormitaron. Antes que declaremos esto consideremos que, segun nuestro Padre, el aceite significa la caridad, porque así como él nada sobre todos los licores, la caridad dice San Pablo que excede á todas las virtudes teologales. La fe cosa preciosa es, y la esperanza tambien; mas cuando veamos á Dios no habrá fe, pues veremos su divina esencia á la clara; cesará la esperanza, porque poseeremos la gloria que acá viviendo esperábamos, por la misericordia de Dios y por el cumplimiento de su santa ley; mas la caridad no cesará; el mismo amor que acá teníamos á Dios tendremos allí, aunque más perfecto, porque acá amábamos á nuestro Criador en ausencia, no viéndole sinó con los ojos de la fe.

¡Oh, cosa admirable! que más nos moverá é inflamará nuestra ánima en amor de Dios un quilate de caridad allí que aquí viviendo cuatro tanto. No sólo porque esta carne corruptible agrava nuestra ánima en esta vida, sinó porque el amor de Dios, visto en su esencia, tiene gran perfeccion y gran fuerza. Esta caridad es como el aceite, que enternece y ablanda los corazones, y áun alumbra el ánima para las cosas espirituales; así dice nuestro Padre: El que quiere conocer á Dios, ámele.

Por demas se llegue alguno á orar, á leer, á predicar, si no ama á Dios. Grande aviso es este y en mucho le hemos de tener. Y áun esta caridad es la vestidura de boda que aquel triste hombre no tenía, y por esto fué atado y castigado con tanto rigor. Y porque las cinco doncellas prudentes llevaban este aceite santo escondido en las aceiteras, que eran sus corazones, y las otras imprudentes no le tenían, son honradas del Esposo y recibidas con alegría, y las otras cinco desechadas con gran pérdida y afrenta. Y se ha de notar que aunque dice el Evangelista que tardaba el Esposo, no tardaba, sinó declara aquí la imaginacion de estas vírgenes y el poco reposo que tenemos en esperar la venida de Cristo. *No tarda Cristo, como alguno de vosotros piensan*, dice San Pedro, *sinó obra pacientemente, no teniendo voluntad que algunos se pierdan, mas deseando que todos hagan penitencia* (1). Determinada tiene nuestro Salvador su venida para juzgar el mundo y señalado el día, y no faltará; nosotros, gente impaciente, contamos las horas por años y parécenos que tarda. Somos como los hijos de Israel, que se fueron á Aaron pidiéndole que les diese dioses, y la razon que daban fué que Moises ya se tardaba cuando subió al monte Sinaí por la ley, y la tardanza no había sido de cuarenta años, ni tampoco cuarenta meses, sinó cuarenta días. De esta poca paciencia les vino todo el mal, porque adoraron el becerro, y Moises en un día mató veinte y tres mil de ellos. ¡Oh, cristiano! si te parece que tarda el Señor, espérale, que viniendo viene y no tardará; dice un profeta: espérale y no duermas; vela, que ni sabes el día ni la hora cuando te llamará á juicio.

Y advertid, que primero dice que dormitaron, y despues que durmieron, porque del dormitar viene el alma á dormir: quiero decir, que de tener en poco los pecados veniales, per-

(1) II Petr., III, 9.

mite Dios que caiga el ánima en pecados graves y mortales. ¿Qué cosa es pecado venial, sinó aposento ó cama de la culpa mortal? San Bernardo en un sermon se embravece con algunos de sus religiosos, y dice: Hermanos muy amados, mirad que es pecado contra el Espíritu Santo decir pecados pequeños son estos. No quiere decir que la culpa venial sea mortal, salvo cuando hay menosprecio, que es malicia grande cometiéndola, porque es ofensa de Dios; mas quiere decir que teniendo en poco las mentiras y palabras ociosas, y todo lo que es pecado venial, por la mala costumbre y por la ocasion en que se pone el religioso, ¿por ventura le dejará Dios que caiga en pecado mortal? Temerosa sentencia es aquella del Sabio: El que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco irá cayendo. ¡Oh! ¡qué espanto nos había de poner este aviso tan manifiesto cada dia por la experiencia! No mandó Dios á Adan que no mirase la fruta del árbol vedado, ni Eva pecó mortalmente en mirándola; mas de lo poco fué dando de manos en lo mucho, y del ver vino á cortarla y á comer, contra el mandamiento de Dios. De la misma manera cayó David mirando á Bersabé, porque del mirar vino el mal deseo y la mala obra. Guardáos, sierva de Jesucristo, de culpas veniales, si queréis que Dios os guarde de las mortales. Y si no fuese otro el daño que traen las culpas veniales sinó resfríar el fervor de la caridad, habíamos de huir de ellas como de pestilencia. ¡Oh! ¡qué grandes gustos de Dios tendríamos en la oracion y comunion, si las culpas veniales no nos entibiasen! Estas nos traen tristes en la religion, paraíso terrenal, y estos nos quitan grandes consuelos y visitaciones del Espíritu Santo. San Bernardo dice que la consolacion espiritual es delicada y que no se da á los que tienen consuelo de la tierra. Y está muy bien dicho: no merece quien se recrea en palabras ociosas tener y sentir suavidad de Dios en la oracion santa. ¡Oh! ¡cuántas veces nos quejamos que Dios no nos da á gustar su dulzura, y nos habíamos de quejar de nosotros mismos, que nos inhabilita-

mos para sentirla! Celoso es vuestro esposo, y cada palabra os cuenta y áun el alzar de ojos con curiosidad mira con aviso: no dormitéis con estas vírgenes, porque del dormitar (lo que Dios no permita) venga el sueño pesado, que es el pecado mortal. Nuestro Padre declara este sueño de la muerte, porque todos han de dormir, que es morir una vez los buenos y los malos para resucitar en el último día. Y conforme á esto diremos que el dormitar es enfermar y el dormir es el morir. Dice ahora la parábola:

A la media noche sonó un clamor ó voz que decía: Mirad que viene el Esposo: salid á recibirle (1). Para el que tiene sueño pesado gran voz es menester; así para despertar al pecador da Dios gran voz. Esta es aquella voz que dice David que es voz de virtud y de magnificencia. De gran virtud fué convertir á un San Pablo, y á San Mateo, y á una Magdalena. Y de gran magnificencia, porque en la conversion de un alma manifiesta mucho Dios su liberalidad y misericordia. Está el pecador, como otro Jonas, en lo profundo del navío durmiendo, y andaba la tempestad brava que casí se hundía el navío, y él no lo sentía con el pesado dormir: bajaron allá los marineros y á voces le despertaron. ¡Oh! ¡qué gran voz ha de dar Dios para que oiga un sordo que no quiere oir, un sordo que dice David que como el aspid cierra los oidos porque no le saquen de su cueva. Esta es aquella gran voz que Dios dió á Adan, habiendo pecado, para convidarle á penitencia. ¡Oh! digamos, segun San Agustin, que esta es voz del ángel que dijo San Pablo que sonaría el día de la resurreccion universal: y dice que sonó á media noche porque vendrá cuando ménos pensaren los pecadores, y esto es aquello del Apóstol (2): *El día del Señor será como el ladron*, que viene de noche. San Jerónimo dice que leyó una opinion de los hebreos, que el juicio ha-

(1) Matth., xxv, 6.
(2) II Petr., III, 10.

bía de ser á media noche, porque la figura así lo dice y declara. A media noche vino el ángel á matar los primogénitos de los egipcios. Y de aquí afirma este doctor santo que vino la costumbre que tomaron los Apóstoles de velar toda la noche en la Iglesia todos los cristianos, las vigilias de los santos. ¡Oh, santo Dios! ¡ cuánto habíamos cada noche de examinar nuestra conciencia, y dolernos de nuestros pecados, pidiendo á Dios perdon de ellos y proponiendo de enmendarnos, porque si algun día amaneciéremos hallándonos juzgados y en la otra vida no perdiésemos á Dios para siempre! El fin de esta parabola fué avisarnos el Señor que velásemos, porque no sabemos el día ni la hora cuando se nos pedirá cuenta muy estrecha en aquel justo y riguroso juicio de Dios.

Lo que dice esta voz consideremos ahora : mirad que viene el Esposo. No le llama Señor, no Rey, no Juez, que son nombres de majestad y de espanto. Esposo le llama, porque es nombre alegre y dulce : tiene mucho respeto á no espantar las almas que le aman. Por eso manda que se le dé este amoroso nombre, el que amó tanto á esta Iglesia, que dió su sangre y su vida por ella, para quitarle toda mácula y ruga del pecado, segun dice San Pablo. Este es el que viene á tomar residencia al mundo, á castigar los malos y á darse á sí mismo en premio á los buenos que le sirvieron y amaron. Oida esta voz, levantáronse todas las diez vírgenes y aparejaron sus lámparas, y las locas dijeron á las prudentes (1): *Dadnos de vuestro aceite, que se nos mueren nuestras lámparas.* Como les faltaba aquella caridad que dijimos, la cual va en el corazon escondida, aunque se manifiesta por las obras buenas. El aceite de fuera, que es la alabanza de los hombres, acábase presto, y en viniendo la muerte desvanece como humo, y por esto dijo el profeta David (2) : *Corregiráme el justo, y me reprenderá: el*

(1) Matth., xxv.
(2) Psalm. cxl, 5.

aceite de los pecadores no untará mi cabeza. A la lisonja humana llamó aceite de pecadores, y es ponzoña: unta el casco; mas no le sana: no merece ser puesto sobre la cabeza, sinó debajo de los piés. Es la paz que Júdas dió al Señor, y no más que para entregarle á los perseguidores. *¡Oh, pueblo mío!* (dice Dios) *los que te llaman bienaventurado esos te engañan* (1). No son amigos, sinó enemigos: no verdaderos, sinó falsarios engañadores: no los creas. Así estaban engañadas estas vírgenes: alabábanlas por castas, y ellas ensoberbecíanse, y contentas con el testimonio engañoso de los hombres, no buscaban aquel testimonio de la conciencia que dice el Apóstol que es nuestra gloria, nuestra paz y descanso. Pedir aceite á las sabias fué otra locura como la primera, porque la gracia y la gloria solamente la da Dios, y nadie otro la puede dar. Vanse á comprar el aceite á las tiendas que solían ir, á los lisonjeros y engañadores: mas no dice San Mateo que lo hallaron: que despues de esta vida; no hay más lisonja, sinó pena que la justicia divina dará por los pecados cometidos á los que no hicieren penitencia. Llaman á la puerta, que estaba cerrada; y como tenían fe, aunque muerta, hablan cortesmente: *Señor, Señor, abridnos* (2). ¡Oh! ¡cuán poco valen las palabras si no hay obras y cumplimiento de los mandamientos de Dios! digo obras hechas con caridad. Por éstas entraron los prudentes con Cristo en el cielo, y por falta de obras santas, acompañadas de amor de Dios y del prójimo, díceles Cristo, nuestro Señor que no las conoce. ¡Oh! ¡qué afrenta! ¡Oh! ¡qué dolor tan extremado haber sido bautizadas y haber usado de los Sacramentos, medicinas de las almas, haber orado, ayunado y castigado su carne con disciplinas, y al fin por ser soberbias (aunque vírgenes) decirles el Rey del cielo no sé quién sois. No sé quié-

(1) Isai., III, 12.
(2) Vers. 11.

nes sois para daros la gloria que pedís; mas bien tengo conocida vuestra soberbia, para daros castigo perpetuo por ella.

Veis aquí esta parábola espantosa: diez vírgenes que el Señor del mundo predicó y mandó escribir á su evangelista para que todos los fieles imitasen á las prudentes y huyesen de la presuncion de las vírgenes locas, que (aunque vírgenes) por falta de amor de Dios y de humildad se perdieron y no merecieron gozar de la presencia del Esposo, nuestro Salvador Jesucristo. Poned, como sierva de Dios, los ojos en las vírgenes sabias, humillándoos, y cumpliréis con el estado tan alto que habéis elegido, á imitacion de la Señora del mundo, Vírgen y Madre de Dios. Y para que con más brevedad os aprovechéis de esta epístola, leed con atencion muchas veces estos siete documentos:

El primer documento es, que siempre vuestra alma diga aquello del Eclesiástico (1): *¿Por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza?* Esto es decir aquella sentencia que los filósofos griegos decían haber descendido del cielo: Conócete á tí mismo. Por esto decía el Esposo aquello de los Cánticos: Si no te conoce, ¡oh la más graciosa de las mujeres! anda, véte á ser pastora de tus ganados brutales, que son tus sentidos; amenaza terrible, segun nos dijo San Bernardo, y la sagrada Vírgen en su cántico nos avisa que Jesucristo derriba de su silla á los poderosos y soberbios, y á los humildes sublima y ensalza sobre los ángeles (2).

El segundo documento, que jamas se os quite de la vista del alma aquella que fué fundadora del estado puro, santo y virginal, la cual es la Madre de Dios. Este es consejo de San Ambrosio, en el libro que hizo de la virginidad, y de nuestro Padre San Agustin: porque la Vírgen santísima es un espejo de virtudes y un retrato que Dios nos quiso dar de su mano,

(1) Eccles., x, 9.
(2) Luc., i, 52.

para que, contemplando su vida, imitemos su humildad, castidad y paciencia y todas las otras virtudes; la cual dice mejor que San Pablo: Imitad á mí, como yo imito á Cristo, y sobre todo, se ha de traer la vida y muerte del Hijo de Dios en el alma, mina de todo nuestro remedio y salud, considerando lo que padeció, y por quién lo padeció, y con cuán grandísimo amor padeció. Esto es lo que Él dijo á cada esposa suya (1): *Ponedme como sello sobre vuestro corazon y como sigilatura sobre vuestro brazo*, es decir, que en la vida contemplativa y activa tengamos siempre presente á Jesucristo, amándole y alabándole. Para esto hallaréis en el regimiento del ánima dos lecciones que enseñan cómo se ha de cumplir lo que manda el Esposo.

Es el tercer documento, que muy de véras neguéis vuestra voluntad, en manera que en nada seáis vuestra, sinó de Jesucristo y de la obediencia. Aquí consiste la llave de la religion y de la paz del alma, y aprovecha más en un día la religiosa que en muchos años que no sabe negarse del todo. Y porque en el desposorio espiritual se trata de todos los tres votos, y en la epístola quinta tambien, no es menester aquí alargarnos: baste que aquella religiosa será bienaventurada que dijere con nuestro Salvador (2): *Mi comer y mi beber es hacer la voluntad de mi Padre;* y tambien lo que dijo en la cena: Como mi Padre me lo mandó lo hago; la propia voluntad trae guerra, da gran descontento, escandaliza á los prójimos, pierde mucha parte del mérito en lo que se hace, y áun algunas veces lo pierde todo.

El cuarto documento es que no teniendo oficio de prelada solamente miréis vuestras faltas y quitéis los ojos de los descuidos ajenos. Es tan grande la envidia del demonio, y tanta la curiosidad de algunos en la religion, que olvidan sus de-

(1) Cant., viii, 6.
(2) Joan., iv, 34.

fectos y ni miran ni hablan sinó de los ajenos. Esto estorba mucho el aprovechamiento en el camino del espíritu. Por tanto, hemos de decir con David: Velaré sobre mi guarda propia, y creedme, que tanto se entiende haber un alma aprovechado, cuanto se hallare sorda y ciega para negocios ajenos y entendiere en los propios, encomendare á Dios las faltas de sus hermanos y trabajare de enmendarse á sí misma.

El quinto documento es tener gran aviso en el tratamiento riguroso de su carne, tratándola como á enemigo, pues con verdad lo es y anda siempre en guerra con el espíritu. Y si San Pablo, robado al tercer cielo, dice que castigaba su cuerpo y le rendía al espíritu, ¿quién se atreverá á regalar á este tirano, que no lo pague, y con las setenas? Vesdad es que para todo es menester discrecion, porque no es lícito matar al ciudadano, como aconseja San Bernardo; castigarle, bien es, mas no matarle; mas ya que ha de haber algun exceso, más vale declinar al rigor que al regalo.

El sexto aviso es que imitéis á la abeja, que de todas las flores, amargas y dulces, con artificio delicado labra su panal; así vos de todo cuanto viereis y oyereis de los trabajos y de las consolaciones, de la salud y de la enfermedad, habéis de sacar motivos para amar á Jesucristo y para loarle de continuo; así lo hacía el rey David, segun dice él en un salmo (1): *Bendeciré á Dios en todo tiempo, y siempre estará su alabanza en mi boca.* Notad que dijo en todo tiempo, y no como los flacos, que cuando no son tentados ni de nadie perseguidos gorjean como calandria cuando ha comido y está contenta. En todo tiempo ama el que es amigo, dijo el Eclesiástico, y así nos amó Cristo, y á Él hemos de imitar. Para esto es menester gran destreza, y ser como otro Ayot, varon animoso, de quien dice la Escritura que usaba de la mano izquierda

(1) PSALM. XXXIII.

como de la derecha; alcánzase tan alta virtud orando siempre y llamando con humildad á las puertas de la misericordia divina. Y aunque en esta oracion continua haya sequedad, no por eso cese, que nuestro Dios no mira tanto á lo que sentimos como á lo que deseamos sentir orando; ántes muchas veces, entónces ménos sintiendo regalo, más nos humillamos, y por tanto, nuestra oracion es más agradable á Dios por la paciencia.

El séptimo y último documento es que demas de la oracion continua haga frecuente uso de los sacramentos, confesion y comunion, medicinas de las almas y manjares celestiales para remedio de nuestros desmayos. Por ninguna ocasion dejéis de cumplir los estatutos de esta santa religion nuestra; disponed vuestra conciencia y recibid aquel pan de ángeles en el santo sacramento, sin faltar día alguno de los que la órden tiene señalados, porque demas del buen ejemplo para las otras religiosas, la ganancia es tan grande que no hay palabras que lo puedan encarecer, y si no se hallara otro tesoro sinó aquella unidad de amor que Cristo promete á sus convidados que dignamente le recibieron, diciendo que se quedará en nosotros y nosotros en Él, bastaba para con frecuencia y gran deseo llegarnos al santo altar. Y para que con más pureza recibáis al Criador del mundo, demas de la confesion sacramental, que siempre ha de preceder, cada noche entrad en exámen con vuestra conciencia, considerando qué pensamientos, qué palabras y qué obras habéis hecho aquel día. Este juicio es de gran fruto y le aconsejan todos los santos, y usándole da gran consuelo al ánima devota; la cual dice allí lo que decía el profeta David (1): *Señor, no entréis en juicio con vuestro siervo, porque nadie de los que viven será justificado delante de Vos.* Ya, Padre eterno, hicisteis justicia d

(1) PSALM. CXLII, 2.

mis pecados y de todo el mundo en vuestro Hijo Jesucristo, usad de misericordia conmigo, recibiendo mis pequeños servicios acompañados de los grandes que El hizo á vuestra Majestad.

Leed, sierva del Señor, esta epístola y no dejéis de ejercitaros en estos documentos, porque pequeño es el trabajo y grande el merecimiento que ganaréis, y áun grande y admirable la paga que por estas obras cristianas recibiréis de aquella mano liberal y franca de vuestro Esposo, Jesucristo, cuando os reciba en el cielo en compañía de las vírgenes prudentes, dándoos á sí mismo por gloria.

EPÍSTOLA SÉPTIMA

PARA UN HOMBRE CASADO

Sea nuestro Dios alabado, señor hermano, que os ha puesto en estado, segun me escribisteis, para que en él sirváis á Jesucristo, el cual instituyó el matrimonio, luégo que crió á Adan y le puso en el paraiso terrenal; para que por este camino se aumentase y creciese todo el género humano. Fácil cosa le era á Dios criar todos los hombres juntos, como crió todos los espíritus celestiales; de manera que, como en el cielo no nace un ángel de otro, en la tierra no nacieran los hombres, como nacen, de padre y de madre. Mas aquella sabiduría eterna, que todo lo dispone con suavidad, siendo el que con su virtud abraza todos los fines y sustenta el universo, con grande razon ordenó que de dos personas, Adan y Eva, se multiplicase y naciese el número de los predestinados. Esto

es aquello del Rey David (1): *Segun vuestra gran Majestad multiplicsateis los hijos de los hombres.* Aquí descubrió Dios un piélago de amor sin suelo para con nosotros, y no para con los ángeles; porque todos aquellos millares de millares de espíritus, que dice Daniel que sirven en el cielo á su Criador, y nuestro, en un instante los crió, y jamas criará otro alguno. Donde parece que levantó la mano para no criar mas ángeles: mas acerca de criar almas puso como tienda, précianse de este oficio; no hay día, ni hora, que aquella divina Majestad no cree en el mundo algun ánima, y muchas, para infundirlas en los cuerpecitos que están organizados y dispuestos para que en criándola sea infundida. Esta cría, haciéndola espíritu á su imágen y semejanza; y hácela de nada, como al ángel, porque á ser hecha de algo, no fuera creacion, sinó produccion, ó generacion; el cuerpo hace de algo, y para esto quiso él tomar por instrumentos á nuestros padres; aunque al primer hombre El sólo lo formó de lodo aquel cuerpo, y á Eva formó de una costilla de Adan, varones de edad y sabiduría perfecta, porque el que crió los cielos y los adornó, y los árboles con su fruta, razon era que los hombres primeros que criaba fuesen, no niños tiernos y sin saber, sinó perfectos en el cuerpo y en el ánima, sabios y santos, sin defecto y sin malas inclinaciones, los cuales en nosotros encaminó la triste herencia del pecado original.

Mas para que veáis, hermano, la grandeza de vuestro estado y la obligacion que tenéis á cumplir con él, mirad que demas del intento que he dicho, para que Dios instituyó el matrimonio, tuvo más alto fin; y fué dar un dibujo al vivo el Hijo de Dios de si mismo y de su amada esposa, la Iglesia. Así lo dice el Apóstol San Pablo, recontando aquella formacion de Eva milagrosa, y aquel primer matrimonio que hubo

(1) Psalmo xx, 9.

en el mundo (1): *Este sacramento grande es en Cristo y en la Iglesia;* no quiere decir que aquel era sacramento, porque hasta que Cristo, nuestro Redendtor vino al mundo, y le instituyó, no fué sinó contrato el matrimonio; lo qué aquí quiere significar el Apóstol es que era representacion de cosa grande y divina, como lo es el desposorio del Hijo de Dios con su Iglesia, del cual dijo San Juan Bautista (2): *El que tiene esposa es esposo; yo no soy sinó amigo del esposo, y gózome en oyendo su voz.* En manera que la representacion que vuestro estado tiene es cosa soberana; no significa ménos que á Cristo, Criador del mundo, y á su Iglesia; mas han de tener aviso que representen bien cosa tan grande.

Cuando uno entra en una farsa y representa mal, échanle fuera, y áun con afrenta; así aquí, si los casados no representan bien, si no hacen lo que son obligados al estado que tomaron, echarálos fuera del cielo nuestro Salvador sacratísimo cuando les tome cuenta en la muerte. Tres cosas guardó siempre Cristo para su esposa la Iglesia, que todos los doctores dicen que hay en el matrimonio : fe, generacion y sacramento. La fe es una fidelidad grande, que jamas tuvo, ni tendrá más de una esposa, esta única paloma que el tanto alaba en los Cantares, la cual es esta santa Iglesia Romana. Todas las sectas de infieles y herejes son aquella iglesia de malignos, que reprueba el profeta David. Una es la amada de Cristo, una la paloma, y no hay segunda: para significar esto nuestro Dios no crió dos Evas á Adan, sinó sólo una, y ésta sacada del mismo Adan y formada de una costilla suya. ¡Oh misterios admirables! ¡Oh! ¡loado sea quien esta fe tan delicada imprimió en nuestras almas! ¿Qué le costaba á Dios tomar otro poco de lodo de la misma masa que formó á Adan y de allí fabricar á Eva? No quiso, porque la mujer

(1) Eph. v, 32.
(2) Joan., iii, 29.

fuese como hija y tuviese gran respeto á su marido, y le fuese sujeta. Y de aquí arguye el Apóstol la obediencia que Dios mandó que la mujer tenga á su marido, porque no formó á Adan de Eva, sinó, al contrario, á Eva de Adan. Mas no pára aquí el misterio Sacramento admirable fué aquel en Cristo, y en su Iglesia; la cual, como dice nuestro Padre, nació del lado abierto de Cristo, nuestro Redentor, más fuerte y animosa que Eva, formada de la costilla de Adan, porque aunque fuese fabricada de hueso fuerte, ella fué por sí flaca, y se dejó vencer del demonio y de sus falsas promesas. Y áun hizo flaco á Adan, cuando le convidó á que comiese de aquella fruta vedada, de donde heredamos todos, como hijos de tales padres, la flaqueza que tenemos y malas inclinaciones para pecar. De aquí es lo que en el Génesis se dice (1): *Los sentidos y el pensamiento del hombre prontos son para el mal desde su mocedad.* ¡Oh triste herencia la nuestra, que tan presto somos inclinados á obrar mal! ¡Oh masa inficionada de ponzoña de pecado el linaje de Adan! Y es de notar que no dijo el Espíritu Santo, que estas malas inclinaciones vinieron al hombre desde su creacion, sinó desde su mocedad; porque Dios sin pecado hizo á nuestro primeros padres; en ellos se enturbió el agua, como en su fuente. Todo este daño comenzó desde Eva, que dió ocasion á Adan que pecase; mas la Iglesia, esposa de Cristo, fuerte es y jamas caerá, ni se enflaquecerá, siendo desleal á su esposo. De la costilla fuerte de Adan el celestial es formada, y ni las puertas del infierno prevalecerán contra ella. Adan dijo en viendo á Eva, profetizando esto que tratamos: ésta se llamará varona porque fué formada de varon. La santa Iglesia nombre tiene y hechos de varonil esposa; fuerte es por la fe y amor que tiene á Cristo. De aquí es que esas niñas espantaban á los tiranos que las atormenta-

(1) Gén., xii, 21.

ban; una Santa Catalina, Santa Ines, y las once mil vírgenes, ¡qué ánimo tenían en las cárceles, azotes y ruedas de navajas! Podían los perseguidores apartar sus ánimas de sus cuerpos: mas no podían apartar su corazon de Cristo, á quien amaban más que á todo el mundo, y áun más que á sus vidas, pues las dieron con gran alegría por servicio del Señor del mundo. Y es cosa admirable que en lugar de la costilla puso Dios carne en Adan. De manera que lo fuerte se dió á Eva y lo flaco á Adan. Así Cristo tomó nuestra flaqueza, habiendo hambre y sed, y cansándose, padeciendo dolores y muerte; y en trueque de nuestra flaqueza, que tomaba, diónos la fortaleza de su gracia y merecimientos, para que animosamente padeciésemos por su santo amor.

Esta fe que tuvo con su esposa la Iglesia fué tan firme, que por amarla tanto y defenderla se entregó Él á los perseguidores que le quitasen la vida. De manera que por lo mucho que le costó y por ser el amor tan grande que tiene á su esposa, jamas la dejará ni amará á otro Iglesia sinó á ésta. Jacob dotó á Raquel con siete años de servicio, siendo pastor de Laban, padre de la doncella: y el Hijo de Dios, figurado Jacob, sirvió treinta y tres años, dando su sangre y vida por esta graciosa Raquel, esposa suya. Esta fidelidad han de imitar los casados, teniendo entendido que no nació otra mujer en el mundo para cada uno de ellos, sinó la que Dios le dió en compañía. Porque lo contrario de esto es traicion y camino del infierno. No sé cómo llámase yo al mal casado adúltero, sinó moro blanco, no en la fe, sinó en la obra. Los moros usan de muchas mujeres; los cristianos, buenos casados, no más de sola una, y aquélla con bendicion de Dios y de la Iglesia. Reprende Dios esta maldad por Jeremías, diciendo (1): *Que como caballos cada uno desea la mujer de su prójimo.* Muy bien los

(1) JEREM., V, 8.

comparó á las bestias, pues lo son en seguir sus bestiales apetitos, y teniendo una que Dios les dió, toman de mano de Satanas otra. Gran tormento tiene Dios aparejado para los tales, y particular seno del infierno debe estar aparejado para gente que tan sin vergüenza, ocasion ni temor de Jesucristo no guarda la fe de casado. No se castigaba entre gentiles como quiera el adúltero; luégo le mataban, y áun tenían en ménos la vida de un hombre que no el pecado del adulterio. De aquí es que cuando Abrahan iba á Egipto dijo á Sara, su mujer (1): *Yo veo que eres graciosa, y cuando te vean los egipcios pensarán que soy tu marido y me matarán para casarse contigo. Yo te ruego que digas que eres mi hermana.* Los egipcios, admirados de la hermosura de Sara, dijéronlo al rey, y mandóla traer á su palacio con intento de tomarla por su mujer, diciendo ella que era hermana de Abrahan. Mas al fin, como Dios puede y quiere guardar de todo peligro á quien le ama y sirve, envió gran azote sobre Faraon y sobre toda su casa, y entónces entendió todo el secreto. Y llamando á Abrahan, reprendióle: ¿cómo, veamos, has dicho que es tu hermana esta mujer que yo quería recibir por mía? Tómala, y anda, vété en buen hora. ¡Oh! ¡válgame Dios! ¡qué afrenta de malos cristianos esta! Los egipcios, gente bárbara é idólatra, tenían en tanto el adulterio, que por no cometer este gran pecado tenían en poco matar al marido, ¿y un casado fiel en nada estima quebrantar la fe del matrimonio? Como bestia vives, mal casado adúltero; mas no pagarás como bestia, sinó como hombre, y no como hombre bárbaro, sinó como hombre fiel bautizado en la sangre de nuestro Salvador Jesucristo, para tu mayor juicio y tormento, si no haces penitencia.

Lo segundo que hay en el matrimonio es generacion, y ésta hay en el desposorio de Cristo y su Iglesia cada día, por-

(1) Genes., xii, 11, 12 y sigs.

que en ella sómos engendrados hijos de Dios por el agua del bautismo; somos sustentados con la doctrina santa, esforzados y recreados con el uso de los santos sacramentos. ¡Oh! ¡qué madre tan generosa, tan sabia y tan santa tenemos, si en todo le fuésemos hijos obedientes y agradecidos! Esta es la Raquel que llora sus hijos, y no quiere ser consolada cuando los ve muertos por mano del tirano Heródes, Satanas, suplicando á Dios que los resucite á nueva vida de gracia. Es la viuda que llora en Nain á su hijo difunto, á la cual consuela Cristo cada día, y le dice: no llores. Quítale el llanto cada vez que alguno se convierte y hace penitencia, y sentado en el ataud habla y confiesa sus pecados al confesor, y enmienda su vida sirviendo al Señor. Finalmente, esta santa viuda es aquella de quien dijo el profeta David (1): *A su viuda bendeciré, bendiciéndola*, esto es, la daré la bendicion doblada; hasta que se acabe en el mundo siempre le dará su bendicion de gracia; y cuando venga el día del juicio le dará la bendicion de gloria, cuando dijere (2): *Venid, benditos de mi Padre, y recibid el reino que os está aparejado*. Esposa es de éste el Rey de los cielos, pues le ama, y cree y espera gozar de Él en la gloria. Viuda es porque á la diestra del Padre tiene su Esposo y no le ve en su esencia y gloria, sinó por fe. Este bien, que es generacion, tiene el matrimonio, y es uno de los fines por que se casan los cristianos: tener hijos de bendicion. Aunque el uso del matrimonio no es de esencia de él; pues entre la Vírgen, Madre de Dios, y José fué verdadero matrimonio, perseverando entrambos en perpetua virginidad; y así lo sería ahora si dos personas que se casasen hiciesen voto de castidad. Prueba esta verdad Santo Tomás, porque entre Adan y Eva fué verdadero matrimonio en el paraíso terrenal ántes que pecasen, y

(1) PSALM., CXXXI, 15.
(2) MATTH., XXV, 34.

eran entónces vírgenes. Mas cuando Nuestro Señor no les diere herederos, han de darle gracias y entender que no les cumplía para su salvacion, porque Nuestro Señor, como Padre, siempre da lo que es mejor; y áun, segun dice San Basilio, entónces han de entender que Jesucristo quiere ser el heredero de sus bienes, y que crien hijos ajenos, y remedien pobres y hospitales, y hagan bien por sus ánimas, que son mejores herederos y más agradecidos que muchos hijos imitadores de Absalon, que áun en vida querrían desposeer á sus padres. Aquel maldito hijo murió ahorcado, y Joab le acabó de matar con tres lanzas, llagándole cruelmente. Tal castigo merecen los hijos rebeldes á sus padres, y en esta vida y en la otra la justicia divina los castigará rigurosamente.

Finalmente, en el matrimonio hay un tercer bien, y es llamado sacramento, que quiere decir señal de cosa sagrada: y este bien hay en el desposorio de Cristo con su Iglesia: porque esta unidad y amor que tiene con la Iglesia, siendo su cabeza, representa aquella inefable union del verbo divino y nuestra humanidad. Por esto dijo San Pablo que la cabeza de Cristo era Dios. Lo más alto de nuestro cuerpo es la cabeza, y lo más alto de Cristo es su divinidad, segun lo cual dijo (1): *Yo y mi Padre somos una cosa.* Él es el Padre y yo soy su hijo: y la esencia de los dos es una, eterna y de majestad infinita, aunque tambien, segun que hombre, dijo (2): *Mi Padre es mayor que yo.* En el matrimonio ordinario tambien hay sacramento, porque es representacion de la unidad de Cristo, nuestro Salvador, con su Iglesia, segun ya declaramos. Y es de notar que en todas leyes, natural y escrita, siempre fué matrimonio, mas no sacramento, hasta que nuestro Salvador le instituyó, cuando dijo (3): *A los que Dios juntó no los*

(1) JOAN., X, 30.
(2) JOAN., XIV, 28.
(3) MATTH., XIX, 6.

aparte el hombre. De manera que el matrimonio que honró y aprobó en Caná de Galilea con su presencia, y solemnizó con aquel excelente milagro, instituyó con estas palabras: y no carece de misterio, que aquel milagro haya sido en hacer del agua vino, para que entiendan los cristianos, cuando tratan sus casamientos, que han de convidar á la Madre de Dios que sea su intercesora y abogada para con su precioso Hijo, para que el agua desabrida de los muchos trabajos que consigo trae este yugo del casamiento, crianza de hijos, gobernacion de familia, pesadumbre de tantos cuidados y tan diversos los vuelva el Señor por su misericordia en vino de contentamiento sabroso, dando paciencia para que todo se lleve, dando alabanzas su Majestad. ¡Oh! ¡qué padeció el patriarca Jacob con sus hijos cuando le vendieron á su amado hijo José, y cuando la desgracia de Dina, su hija, en Sichem, y la venganza que los hicieron, matando al rey y á su hijo, y tantos ciudadanos, qué turbacion sufrió! David, ¡qué mártir fué cuando Absalon mató á Amon, su hermano, por aquella desdicha de Thamar! Pues cuando Adonías se levantó con el reino, y Absalon movió batalla contra su padre David, ¡qué aflicion sintió el santo profeta! ¡Oh, hijos verdugos atormentadores de vuestros padres, hiel mezclada con un poco de miel de contentamiento, almendra amarga confitada, y amarga píldora, aunque dorada! Pues si se considera el trabajo que hay con criados, y el velar sobre adquirir hacienda y sustentar la que se ha ganado, ¿cuánto será aquí menester el vino de la gracia divina para sufrir con alegría un peso tan aplomado? Aquel gran filósofo, Theofrastro, considerando los terribles trabajos del matrimonio, dijo que no le convenía al hombre sabio casarse: y así muchos filósofos no quisieron ser casados por estar más desocupados para contemplar y estudiar la filosofía. Y áun San Pablo dice (1): *que el padre que no casa su hija hace me-*

(1) I Cor., VII, 38.

jor obra, y áun de aquí es que en la ley natural no fué de precepto ni ahora lo es el casamiento: y si lo fué en el Testamento viejo, la razon era porque de aquel pueblo hebreo estaba prometido que nacería el Mesías, el cual por su humildad quiso nacer de casada y vírgen santísima, para que naciendo de madre vírgen entendiésemos cuánto ama la castidad y virginidad, segun nota nuestro Padre. Bendito sea el que camino tan santo y casto enseñó á los hombres, imitadores de los ángeles, libres del yugo pesado del matrimonio.

No digo, hermano, esto porque os pese de haberos casado, sinó porque hagáis rostro á vuestra cruz, la cual, aunque trabajosa, meritoria es, y ahí podéis mucho servir á Dios si guardareis la fe y pureza que al matrimonio debéis. San Pablo dice que el que es ya atado al matrimonio, que no busque libertad, ni desate un vínculo tan grande que Dios ató. Descontentos no han de faltar, y trabajos, que no hay estado en la Iglesia de Dios que no los tenga, aunque en unos más que en otros; mas para todo da Dios su favor, llamándole de corazon: sobre todo se ha de tener aviso que hagáis lo que el Apóstol avisa á los casados, que á la verdad (como este estado es más seguido que otros en esta santa Iglesia, y sean pocos los religiosos y eclesiásticos comparados á los casados, que son tantos) el Apóstol, aunque robado al tercer cielo, se bajó á tratar de este estado y áun á dar órden como se ha de vestir y tocar una mujer casada. De donde entendemos que debe ser menester tratar de esto: y que se hace gran servicio á Dios que los predicadores y confesores, y áun los que escriben, en sus libros enseñen á los casados cómo han de agradar á Dios en su estado. Dice, pues, el Apóstol así (1): *Varones, amad á vuestras mujeres, como Cristo amó á su Iglesia.* Ya dijimos el extraño amor que nuestro Salvador enseñó á su Esposa, pues dió tres

(1) Eph., v, 25 y 28.

cosas tan amadas por ella: su sangre, su vida y su honra. Pesad cada cosa, y apreciadla en su valor, y os espantará el amor que Cristo nos tuvo. Diónos su sangre, siendo niño tierno de ocho días, porque el amor le daba mucha prisa que diese joyas á su amada Esposa: como era nada darle oro, ni plata, escorias de la tierra, abrió sus tesoros, y rompidas sus venas, diónos su sangre divina, bastante precio de nuestra redencion si Él lo ofreciera por fin de paga y el Padre Eterno lo aceptara con este intento. En el huerto nos dió más cantidad de este licor celestial sudando sangre, y cuando le coronaron de espinas tambien, y cuando fué crucificado: y finalmente, cuando con una cruel lanza fué abierto su divino costado. Todo esto hizo el Señor, para que dé voces nuestra alma, y diga mejor que Sephora lo dijo á su hijo (1): *Esposo de sangre sois vos, mi Señor:* no me habéis dado oro ni plata, no piedras preciosas, no rubíes, Dios y Rey mío, sinó vuestra sangre real, derramada por mi amor, no una vez, sinó siete. Amó á su esposa, dándole su vida. Aquí parece que quiso agotar sus tesoros, pues en la vida todo está amontonado cuanto se puede estimar. No hay cosa más amada, ni más dulce ni estimada que la vida: palabras son de este Señor, el cual habla con su Esposa, para advertirla que sea agradecida, aquellas de Jeremías (2): *Desamparé mi casa, dejé mi heredad, y di mi vida amada en manos de mis enemigos.* Dejó en alguna manera el Hijo de Dios su casa y riquezas, viniendo del seno del Padre al mundo á padecer pobreza y trabajos sin número, y no se contentó hasta que se entregó en manos de los perseguidores para que le quitasen la vida poniéndole en la cruz. Diónos finalmente, su honra, que pudiera morir la muerte que él escogiera, degollado como San Juan Bautista y San Pablo, que es muerte caballerosa y honrada: y no quiso sinó morir la

(1) Exod., IV, 25 y 26.
(2) Jer., XII, 7.

muerte más afrentosa de aquel tiempo, que fué muerte de cruz, y áun, lo que mucho se ha de considerar, que este Señor del mundo, para mayor afrenta suya, quiso que le acompañasen dos famosos ladrones condenados por sus pecados, en medio de los cuales quiso ser crucificado el que tiene su trono sobre los serafines, segun lo dice David. Bien está entendido cuánto amó Cristo á su Iglesia, pues tanto padeció por ella, y tanto la enriqueció con sus méritos, sangre y vida. A esta caridad quiere San Pablo que imiten los casados, amando á sus mujeres con amor caritativo, espiritual, fuerte, sabio y tierno.

Cosa imposible es tener concordia y paz los casados si no se aman en Jesucristo. Engañoso amor es el que se funda en bienes temporales, porque tienen grandes peligros y se suelen perder presto, como la experiencia lo enseña. Falso amor y mal fundado es el que solamente mira á una hermosura, que una calentura la afea y la pone amarilla. Salomon dijo (1): *Engañosa es la hermosura y vano es su parecer; la mujer que teme á Dios será loada.* Engañosa es la hermosura, pues á tantos engaña y enlaza; vana es, pues tan presto desdice, y en una telilla como de cebolla, en un cuerezuelo tan delgado está cimentada, el cual quitado y desollado, queda el rostro un monstruo espantoso. La mujer temerosa de Dios, que guarda la ley divina, es humilde y paciente, gobierna su casa con prudencia, y sirve por amor de Cristo á su marido; ésta es digna de ser loada de los ángeles y de los hombres. En esta virtud y cristiandad ha de poner su amor el marido, amándola y honrándola y haciéndole tratamiento de hermana y no de esclava (2). *Tres cosas* dice el Eclesiástico *que son muy agradables á Dios y á los hombres: la primera es el amor y concordia entre los hermanos; la segunda, el amor de los prójimos; la tercera, el marido y la mujer que tienen un parecer para lo*

(1) Prov., xxxi, 30.
(2) Eccles., xxv, 1 y 2.

que es bueno. Todas tres cosas son de gran fruto; mas la tercera miran los cristianos, y alaban á Dios en gran manera de ver paz entre los casados. Y al contrario, es grande el escándalo cuando la vecindad ó los de casa entienden que se llevan mal. En ley de gente honrada habían de trabajar los casados de ahogar y encubrir toda disension, porque demas del escándalo que dan, y ofensa que hacen á Dios, son tenidos en poco de sus mismos criados y amigos, y con razon, pues no tienen prudencia para sufrir las nonadas que de fuerza han de acaecer entre los que tantos años han de vivir en unidad y compañía cuanto les durare la vida. Digo que es bajeza, y que dice mucho mal de sí mismo el casado que no tiene juicio para conservar la paz y hermandad que Dios le manda que tenga con su mujer, el cual, aunque siempre la ha de tratar como á hermana, y amar como Cristo á su Iglesia; tambien la ha de corregir y reprender lo que es razon que sea reprendido. Nuestro Salvador mucho quiere á su Iglesia, mas tambien permite que padezca muchas persecuciones de tiranos, infieles y de herejes; y en esto la reprende y castiga los pecados que muchos cristianos cada día cometen, y áun con hambre y pestilencia la aflige, para que se recojan los que andan disolutos y hagan penitencia. Así el marido, con paciencia y caridad, cuando lo pida la necesidad ha de reprender y corregir los descuidos de su Eva, que si Adan esto hiciera no se perdiera el mundo, ni heredáramos la mala herencia del pecado, que nos vino por no reprender nuestro padre primero á Eva. No sé qué diga á este negocio, sinó que si Adan fuera hombre había de reprender á su mujer, que le convidaba á la fruta vedada, y hacerla que de rodillas pidiera á Dios perdon de su pecado, y no consentir en aquella ofensa de Dios. Fué pusilánime en no reprenderla y mal mirado en consentir á su ruego, mayormente que, como lo dice San Pablo (1), *Adan no fué engañado y Eva sí*. Bien

(1) I Tim., II, 14.

conoció él que era burlería la promesa del demonio. De otra manera lo hizo el santo Job, más animoso en el muladar que Adan en el paraíso, al cual, como dijese su mujer: acaba ya, blasfemo de Dios, y muérete, él la respondió como sabio y santo (1): *Hablado has como una de las mujeres locas; si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males y trabajos? Sea el nombre de Dios bendito, que Él lo dió y Él lo quitó.* Este fué Sanson animoso, y así lo han de ser los buenos cristianos, castigando con celo á sus mujeres lo que es ofensa de Dios y lo que es cosa grave y de peso. Mas cuando ella es sierva de Dios, recogida y no vana en sus trajes, estímela en mucho y haga lo que ella le aconsejare. Un ángel dijo á Abrahan de parte de Dios que oyese á Sara, su mujer, y el siervo del Señor tomó el consejo de su mujer. Y luégo echó á Ismael y á su madre gitana, Agar, de su casa.

¡Oh! ¡cuánto le valiera á Pilátos haber tomado el consejo de su mujer! la cual le envió á decir: Da de mano á ese nazareno, varon justo; no le condenes. Mas el tirano hizo poco caso del buen consejo y condenó á muerte al Hijo de Dios. Aquella santa mujer, Abigail, con su gran prudencia ganó la vida á su marido, Nabal Carmelo, cuando por su soberbia y descomedimiento dió aquella áspera respuesta á los caballeros de David, el cual viniendo enojado á matar á este mal hombre, su mujer salió al camino, y con un presente que le hizo de pan y vino y fruta, y con palabras humildes, le aplacó y salvó la vida de su marido. Gran don de Dios, y mucho de alabar al Señor el marido que ha hallado tal compañía, que le ayude á salvarse y con prudencia le aconseje lo que es servicio de nuestro Dios: y así Salomon dijo ser gran tesoro.

Cuánta obligacion tienen los padres de criar los hijos, encaminándolos para que sean buenos cristianos en la regla de

(1) Job, II, 10; 1, 21.

vida cristiana, se trató más largamente ; aquí baste considerar que áun los gentiles (como dice Quintiliano) tuvieron en esto gran cuidado, trabajando que se diesen á virtud y no á vicios; se ocupasen en aprender letras y no andar ociosos; que fuesen bien criados y no descorteses ni traviesos. De los romanos leemos que tenían pintados todos los oficios, y en siendo de edad el muchacho se los enseñaban, y al que más se inclinaba aquel le daban para que lo aprendiese, sabiendo que la ociosidad es raíz de todos los vicios, segun escribe Salomon. Y que sea crueldad la del padre que no castiga á su hijo, afírmalo este sabio, diciendo (1): *El que no azota á su hijo le aborrece; no es padre*, sinó padrastro cruel, quien no pone la mano á su hijo y le castiga. Los árboles pequeños, para que vayan derechos se han de guiar, atándolos á unas estacas de madera que les suelen arrimar; así los niños son plantas nuevas y tienen gran necesidad de castigo para que no tomen libertad y se pierdan. San Jerónimo, en una epístola que escribió á Leta, enseñándole cómo ha de criar sus hijos, dice que la edad de los niños es pronta para imitar lo malo; y trae un ejemplo de Alejandro, cuyo maestro fué Leonides, y dice la historia de los griegos que los defectos que tuvo Alejandro siendo niño con aquellos se quedó siendo hombre; de manera que el que venció el mundo no se venció á sí mismo, porque desde niño se le quedaron impresas las malas costumbres. De aquí es lo del Sabio, que dice (2): *Que el padre que cría su hijo regalado lo sentirá, cuando mayor, rebelde y desobediente.* Gran cuenta tienen los padres acerca de Dios en este negocio, miren y teman no les castigue en los mismos hijos, áun acá en este mundo. Dos osos hicieron pedazos á cuarenta y dos muchachos en Samaria, porque hablaron descortesmente, burlándose del profeta Eliseo; y merecieron los padres este castigo por la mala

(1) Prov., xiii, 24.
(2) Prov., xxix, 21.

crianza que enseñaron á sus hijos. Los dos hijos de Helí, sacerdote, murieron en la guerra en un día, y áun el padre cayó de la silla y murió, porque no castigó con rigor las travesuras y deshonestidades de sus hijos.

Pues las hijas ¿con qué cuidado y solicitud se han de recoger y tratar? Salomon dice que su padre no las mire con ojos amorosos; esto porque no se engrían y se ensoberbezcan, sinó que teman y se humillen, no haciendo caso de ellas. San Jerónimo dice á Leta la manera como ha de criar una hija que tenía: Mira que nada oiga ni hable, sinó lo que la enseñe á temer á Dios; no sepa ni entienda los cantares vanos del mundo; aprenda oraciones santas y en éstas se ejercite; apártala con gran cuidado de compañía de otras doncellas que no tienen reposo; de ninguna manera le rompas las orejas, y sean sus vestidos tales, que la declaren ser cristiana y sierva de Dios; no le pongas oro ni perlas, ni se enrubie el cabello, porque no traiga consigo muestra del fuego del infierno; tenga preciosas margaritas de virtudes para que posea la margarita más preciosa, Cristo Jesus; no salga, como Dina, hija de Jacob, á ver las mujeres de la region, no peligre su honestidad; no sepa para qué se hicieron el arpa y la vihuela; lea libros santos y no profanos, de manera que la leccion santa acompañe á la oracion, y la oracion á la santa leccion, y ten aviso que cada día le tomes cuenta de lo que ha aprendido de las Escrituras santas, y tambien mira que nada te vea hacer tu hija que sea pecado, y acordaos los padres de las vírgenes que más les enseñáis con la vida cristiana que con la palabra; ocúpese en obras de manos; dale de comer de manera que siempre tenga hambre, y ayune segun bastaren sus fuerzas; no se acompañe ni tenga cuenta con los criados de casa, sinó imite á la Vírgen santa, á la cual halló el ángel Gabriel sola, orando; hable muchas veces con Cristo, su amado, y diga con la Esposa de los Cantares: Con la saeta de caridad y amor de Cristo, mi Señor, estoy herida. Grandes consejos son estos, que

este santo doctor da á los casados, y mucho los habían de notar y con gran cuidado seguir. Aristóteles dijo que tres cosas teníamos de nuestros padres: el sér corporal, los alimentos y la doctrina; no dijo que nos daban el ánima racional, porque, aunque sin fe, ésta dijo que venía de fuera. Los teólogos, alumbrados con luz de fe, dicen que la cría Dios de nuevo y la infunde en el cuerpo de la criatura en estando dispuesto y organizado, y al fin todo nuestro sér y vida nos da Dios, porque aunque por medio de nuestros padres nos dió el sér corporal, á no querer Su Majestad, no son ellos parte para darnos el sér tan bajo como es el del cuerpo mortal: y como Señor poderoso, quiere que nuestros padres sean obligados á alimentarnos y tambien á doctrinarnos y encaminarnos en santas costumbres, y que no sólo sean padres corporales, sinó tambien lo sean espirituales.

Y cuando los hijos, movidos de Dios, no quieren seguir el siglo ni casarse, hacen mal los padres en amenazarlos para que no sigan su santo propósito: esto, demas de ofender á Dios, es quitarles su libertad. Ahora el santo Concilio Tridentino descomulga á los padres que esto hicieren, y tambien á los que por fuerza llevan á sus hijas á ser monjas. Cosa es de notar el ejemplo temeroso que escribe en una epístola San Jerónimo á una señora llamada Leta: recuenta que una señora noble, llamada Pretextata, mandándoselo su marido Himetio, le quitó los vestidos honestos que había tomado una doncella su hija, con objeto de ser esposa de Jesucristo y dejar el mundo; atavióla y tocóla su madre mundanamente, con deseo de hacerla dejar su santo propósito; ¡cosa admirable! esa misma noche vino á ella en sueños el ángel, y con gran ira la dijo: ¿Cómo has osado anteponer el mandamiento de tu marido al de Cristo? ¿Con qué osadía y atrevimiento te atreviste con esas manos, que ya se secan, á violar el templo de Dios, vistiendo profanamente á su esposa? Y para que entiendas el mal que has hecho, en fin del mes has de morir, y si perseve-

ras en esta maldad morirán presto tu marido y tus hijos. Todo se cumplió así como el ángel lo dijo. Así castiga Dios á quien va á la mano á sus hijos que no sirvan á Dios, queriendo dejar el mundo. Digo que es el más temeroso juicio de Dios que yo he leido en semejante caso. Aman, dice nuestro Padre San Agustin, los padres lo que es suyo; aman lo que engendraron, y muchas veces no aman sus almas, que crió Dios á su imágen y semejanza. Vémoslo claro, porque si tienen una calentura los regalan y curan y no se quitan de su cabecera; y si están en pecado mortal son blasfemos y disolutos, nada se les da, diciendo: mozos son; esto no es grande maldad. No ha de castigar Jesucristo á los que no aman sinó la salud y vida corporal de sus hijos. Facundia, cristianísima mujer, crió á santa Mónica, madre de nuestro Padre San Agustin, con gran recogimiento, enseñándola á orar y á ser piadosa con los pobres y á temer y reverenciar á Jesucristo, segun en sus Confesiones este santo doctor dice: de donde nació que siendo casada con Patricio Cartaginense, soberbio, mal acondicionado y hereje maniqueo, la santa mujer con paciencia y humildad le servía y sufría callando, venciendo la ira del marido con la blandura de su mansedumbre. No respondía palabra cuando él reñía sin razon; mas despues que le veía desenojado daba con gran humildad cuenta de sí. En el verjel de oracion está escrita la vida de esta santa gloriosa, y tambien en la Crónica de nuestra órden. Aquí baste decir que por haber sido tan santa doncella y criada y doctrinada de tan bendita madre, ganó dos victorias famosas: la una fué convertir al marido, que murió bautizado y católico; la otra, y no menor que la primera, que por sus muchas lágrimas, ayunos y oraciones, siendo de treinta años nuestro Padre, milagrosamente se convirtió, y fué hecho un pilar de la santa Iglesia principal y uno de los cuatro escogidos doctores. A esta gran casada imiten todas las casadas, sirviendo sin contradiccion á sus maridos: sean como Michol, que contra el mandamiento de su pa-

dre, el rey Saul, dió la vida á su marido David. Sigan á santa Susana, determinando ántes morir mil muertes que hacer traicion á su marido. Miren á Ana, mujer de Elchana, que por su gran humildad y bondad, no teniendo heredero, mereció tener por hijo á Samuel, gran profeta y juez de Israel. Tengan entendido que su prelado y cabeza es su marido, y que él ha de ser obedecido en todo lo que no se ofende á Dios; y pues tienen cabeza, y Dios manda que lo sea el varon, no quieran dar de cabeza, ni porfiar, ni mandar, sinó trabajen por obedecer. Así llevarán el yugo con amor, blandura y contentamiento; el cual está tan atado, que la muerte basta á desatarle. Y si por otra vía se presume quebrar con nudos tan fuertes como los del matrimonio, escandaloso camino es; y como dice nuestro Redentor: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas aunque todo esto sea así, y Dios puso esta órden que el varon sea la cabeza y el que mande en la casa, y la mujer sea la que ha de obedecer, no por eso las han de tener los casados por siervas ni tratarlas como esclavas, que esto no lo sufre la razon. No sacó Dios un hueso de la cabeza de Adan para formar á Eva, porque no se presumiese de ser cabeza, verdad es; ni tampoco le quitó un hueso del pié, porque el marido no la traiga debajo de los piés. Por hermana la ha de tener, y para declarar esto nuestro Dios le quitó una costilla del lado donde anda el corazon, porque la ame de corazon y la trate con hermandad y no con aspereza. Muy fuera de camino van los maridos que trabajan de ser temidos y no amados de sus mujeres, porque al fin el temor espanta y da pena, el amor aficiona y obliga á que con amor sean servidos y deseados. Entendió el poco sér y la poca prudencia de algunos casados San Pablo, cuando escribiendo á los colosenses dijo (1) *que los varones no sean pesados á sus mujeres, ni des-*

(1) Colos., III, 19.

abridos y amargos, sinó que las amen. El príncipe de la Iglesia, San Pedro, viendo cuánto convenía esto para servir en paz al que es Príncipe de paz, Cristo Jesus, tambien amonesta á los varones (1) *que con prudencia acostumbren á honrar á sus mujeres, mirando que son vasos flacos y herederos de la gracia y vida eterna.* Esto porque no se estorben las oraciones, las cuales, hechas en paz y caridad, penetran los cielos. Esta es competencia santa y á Dios muy agradable, que la mujer se desvele en obedecer y en humillarse, y el varon en honrarla y estimarla en mucho, para que con tales medios se conserve la paz cristiana, la cual el demonio trabaja en gran manera por romper, como enemigo de unidad y de paz. Trae allí San Pedro por ejemplo á Sara, que obedecía á Abrahan, su marido, y le llamaba señor, honrándole como á superior. Esta santa mujer adornábase con toda honestidad, no usando de vestiduras curiosas, ni de perlas, ni de oro; porque á la verdad, de tales semillas é invenciones vanas salió aquel maldito becerro cuando idolatró el pueblo de Israel. De donde se ha de entender cuánto mal hacen semejantes joyas, ó por mejor decir, juguetes de niños, empleando en zarcillos, arocas y cadenas de oro y perlas gran suma de dinero tan sin provecho. ¡Oh, cosa lastimosa, que los cofres estén llenos de oro y plata y perlas y los pobres de Jesucristo anden desnudos y muertos de hambre! Remedie Dios tanto estrago, y ablande con su gracia los corazones duros de los que no ponen tasa ni medida á estas y semejantes profanidades. Atavíabanse aquellas mujeres santas, dice San Pedro, con el atavío de la obediencia de sus maridos. Esta era su vestidura de brocado, y esta su rica joya más graciosa que el fino rubí y que el diamante y esmeralda. Dejemos á Rebeca, mujer de Isaac, y á Ana, mujer de Elchana y á Susana, casadas santas, y vengamos á considerar á la Se-

(1) 1 Petr., III, 7.

ñora del mundo, Vírgen María, la cual quiso el Hijo de Dios que honrase todos los estados. A las vírgenes siendo perpetuamente vírgen, y á las casadas siendo casada con el santo José. ¡Oh! ¡válgame Dios! ¡con qué humildad le obedecía la Vírgen gloriosa, y con qué caridad y diligencia le servía la que era servida de los ángeles del cielo! Ella es aquella fuerte mujer de quien dijo Salomon que no sabía estar ociosa, labrando en lino y lana y obrando con sus propias manos. San Jerónimo dice que con la rueca y la aguja ganaba el mantenimiento para sí y para el Niño Jesus. El Señor del mundo dijo á los Apóstoles (1): *Yo os di ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho: yo me humillé hasta lavaros los piés: razon es que vosotros os humilléis y os hagáis tratamiento de hermanos.* Lo mismo dice la Vírgen sagrada á todos, y particularmente á las casadas. Ejemplo de gran humildad y paciencia os he dado siendo yo casada, hijas mías; imitadme á mí. Humilláos, obedeciendo y sirviendo á vuestros maridos por amor de Dios. Bajáos, porque os ensalce el humildísimo Rey del cielo, mi dulce Hijo Jesucristo, el cual se humilló hasta la muerte de cruz. Y pues siendo yo madre de Dios obedecí y serví á un carpintero, varon santo, no es mucho que vosotras sirváis y obedezcáis á la compañía que Dios os dió de su mano. Con tal ejemplo como este de la Reina del cielo, maravilla es que haya casada entre cristianos que tenga presuncion y sea rebelde á su marido, pues en esto se hace á sí misma guerra y ofende gravemente á Dios.

Mas porque sepan los casados el fin virtuoso y meritorio que han de tener cuando se casan, y en usar del matrimonio, será bien poner aquí aquella historia de Tobías y Sara, á los cuales casó de su mano el ángel San Rafael, que de verdad es cosa de notar y tiene grandes avisos para los casados. Lle-

(1) JOAN., XIII, 14 y 15.

gando el ángel y Tobías á casa de Raquel, pariente suyo, y siendo bien recibidos, el ángel dijo á Tobías hijo único de sus padres (1): *Toma por mujer á la doncella Sara, hija de Raquel, la cual es única, que no tienen sus padres otra hija, ni hijo: mira que te conviene recibirla por mujer.* El mancebo Tobías le respondió: *Yo sé que la han casado con siete maridos y todos son muertos: y tambien he oido que el demonio los mató; temo que lo mismo me suceda á mí, y tendrán triste vejez mis padres que no tienen otro heredero.* San Rafael le dijo: *Oye ahora sobre quién tiene el demonio poder. Esos siete hombres que dices, con tal fin se casaron, que no tuvieron intento sinó á sus deleites, á la manera que el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, y sobre los tales tiene el demonio poder. Tú, cuando te casares con esta doncella, por tres dias antes del matrimonio estarás con ella encerrado, y no haréis sino orar al Señor. Pasada la tercera noche, la has de recibir con temor de Dios; mas por fin que Dios os dé fruto de bendicion que no por otro respeto.* ¡Cosa admirable! hecho todo lo que el ángel dijo, Raquel, padre de Sara, tomó sus criados, é hizo una sepultura para Tobías, teniendo entendido que tambien le mataría el demonio, como á los otros maridos: y viendo que estaba vivo, tornó á cerrar la sepultura, y el ángel ató al demonio, llamado Asmodeo, y desterróle al desierto de Egipto. Raquel y su mujer, viendo la misericordia que Dios había usado con ellos, dieron gracias á Dios, y celebraron gran convite, para el cual mataron dos vacas y cuatro carneros, convidando á las fiestas á todos sus parientes. Noten aquí lo primero los que se casan, que justciia hizo Dios, dando poder al demonio para que quitase la vida á los siete, que como brutos animales, no tenían intento virtuoso y santo en el casamiento. Permitió Dios aquel castigo en el cuerpo de aquellos mance-

(1) Tob., xi, per tot.

bos, porque los cristianos teman á Dios y miren no les castigue el Señor el ánima. El ángel Rafael, fué el casamentero enviado de Dios: porque el padre del mancebo era gran santo, y el hijo Tobías muy obediente, y Sara la doncella muy católica: lo cual parece claro en la oracion que hizo á Dios, cuando la afrentó una criada, diciéndola que ella había muerto á sus siete maridos: luégo la sierva de Dios se subió á lo alto de la casa, é hizo una oracion larga y de grande espíritu, en la cual dió gracias á Dios, que jamas deseó casamiento sinó para servirle, y no por otro fin bajo: declara que jamas siendo niña se acompañó con las otras niñas que jugaban, ni tampoco anduvo con otras personas livianas. Alababa los juicios de Dios, diciendo que su Majestad envía tranquilidad y bonanza despues de la tempestad, da consolacion despues de las lágrimas á los que le invocan y llaman en sus adversidades. Miren aquí las doncellas cristianas la mucha santidad y recogimiento de esta santa doncella, si quieren que Dios por su ángel encamine su estado. Pondera San Basilio en el libro *de virginitate* aquella palabra de San Pablo que dice, hablando con la mujer que enviudó: cásese en el Señor. Mirad, dice este santo varon, que no dijo solamente: cásese, sinó que añadió: en el Señor; quiere decir: lleve fin y celo de la honra de Dios, y que Él sea servido en el fruto de bendicion que le diere: y así confiesa esta sierva de Dios que tenía fin en los casamientos suyos; mas sus maridos, que no se casanban en el Señor, pagáronlo en esta vida y en la otra, pues el demonio los mató. Miren tambien las que sin temor de Dios primero ofenden á la divina Majestad y despues quieren cubrir con el casamiento sus disoluciones pasadas: consideren que la oracion, ayuno y limosna son los medios para que Dios les ponga en estado, y tomen ejemplo de esta santa doncella Sara, la cual Dios casó con un santo varon, enviándole su ángel Rafael de su mano, que entendiese en esta santa obra. ¡Oh! ¡cuánto valen poner medios santos y no malos para los casamientos! gran desvarío

es pensar que siendo los medios no buenos, lo han de ser los fines. La Santa Escritura lo dice, y así ha de ser, que Dios hace venganza en los que inventan medios malos para pretension de sus fines. De aquí es que los que con ofensa de Dios se casan por malas tercerías los castiga el Señor áun en esta vida: porque, ó tienen gran descontento toda la vida, que es un purgatorio terrible, ó les quita los hijos, ó les aparta en breve, enviando la muerte. ¡Oh, gente ignorante! mirad que os tomáis con el Omnipotente, y que os tomará á manos cada vez que quisiere. Buscáis estado en que os salvéis; buscadlo con medios cristianos, misas, ayunos, limosnas y oraciones, porque Dios envíe un ángel que trate vuestros negocios para su servicio y gloria. Queriendo, pues, hermano, dar fin á esta vuestra epístola, notad ahora siete documentos que os podrán aprovechar para cumplir con el estado del matrimonio, yugo trabajoso, aunque no sin merecimiento, pues le instituyó nuestro Redentor, y es sacramento santo y uno de los siete.

Sea el primer documento, que habéis de amar á vuestra mujer, como Cristo amó á su Iglesia, con amor casto y espiritual. Así lo dijo el Apóstol hablando con todos los casados: muy otro ha de ser el matrimonio de los cristianos, gente que conoce y ama á Dios, que el de los bárbaros é infieles, que son ignorantes y para tizones del infierno: y así el amor que se ha de tener ha de ser en Cristo y por Cristo, para que por esta vía merezcan el cielo y descanso perpetuo. Cosa baja sería tenerse amor por otros respetos groseros y viles que los casados infieles tienen. Por tanto, ha de ser el fundamento, para que no desdiga este edificio, el amor de Dios.

El segundo documento es que por ninguna ocasion se quiebre la paz que Dios manda que haya entre los casados. A esta muralla asesta Satanas todos los tiros, y rabia por dividir la unidad de aquellos que Dios de su mano juntó. De aquí es que dice San Pedro (1): *Velad y sed templados en vuestro co*

(1) I Petr., v, 8.

mer y beber, porque el demonio, vuestro adversario, os cerca y brama, buscando á quien tragar. Los bramidos de este maldito son las ocasiones que él sabe despertar para que haya escándalos y litigios entre los cristianos, y mayormente entre los casados: por tanto, cumple velar en oracion y llamar á Cristo, para que cada día conserve esta paz cristiana, joya celestial.

El tercer documento, que el casado no quiera en su mujer atavíos superfluos, sinó que, como San Pablo dice, se adornen con llaneza las mujeres cristianas, segun conviene á matronas que prometieron piedad; en el bautismo dimos palabra é hicimos homenaje de renunciar el mundo y sus pompas vanas, y de vivir debajo de la bandera de Cristo, cristiana y llanamente, sirviendo en todo á la necesidad y no á la superfluidad. Y San Pedro reprende los tocados de vanidad y las perlas y oro con que se ataviaban algunas mujeres cristianas. De donde entendemos ser antigua esta vanidad y tener siempre herederos de ella, y que va de mano en mano, porque hay pocos que la renuncien: no lo condenamos á pecado mortal, si se mirare el estado de las personas y el uso, como nuestro Padre dice; mas gran muestra de cristiandad es la moderacion en los trajes.

El cuarto documento es que el fin del casamiento sea virtuoso, para que Dios sea servido y el pueblo cristiano aumentado, porque el demonio no tenga poder, como lo tuvo, permitiéndolo Dios, para castigar á los que con fines malos se casan, como aquellos siete maridos de Sara, hija de Raquel, á los cuales el demonio, llamado Asmodeo, mató con tanta crueldad. No tampoco se tenga fin á la riqueza ni á la hermosura, sinó á la virtud y bondad de aquella con quien se casa. Aristóteles dice en la política que mejor es pequeña dote ó mediana con la mujer, que si fuere grande y mucha, porque ella se contentará con ménos en el vestir y será más humilde y obediente á su marido habiendo traido pequeño dote. De aquí es que en tiempo de Isaac y Jacob, y de aquellos santos Pa-

dres antiguos, los hombres dotaban á sus mujeres, y no al reves, como ahora pasa.

El quinto documento es que en ninguna manera trabajéis de ser rico, porque San Pablo dice (1): *que teniendo mantenimiento y vestiduras bastantes nos debemos contentar*. Los que son más ricos tienen mayores trabajos y pleitos, no tienen día de sosiego ni le pueden tener; vémoslo en Abrahan y Lot, su sobrino, que por tener tanto ganado no cabían en la tierra, y así el mucho tener los apartó y dividió. En su política dijo el filósofo que tres maneras había de ciudadanos en cada ciudad, ricos y pobres y los que medianamente tenían bienes, y á estos últimos llamó bienaventurados; mucho dijo este sabio, sin tener fe, porque la experiencia declara ser así verdad esto.

El sexto documento es que tengan los padres gran vigilancia y recato en la crianza de sus hijos; hanlos de doctrinar y castigar porque no se pierdan, porque, como dijo Salomon (2), *A su hijo aborrece el padre que no le azota;* de arte que no le ama, ántes le tiene aborrecido, si no le compele á que sea virtuoso y bueno. Este cuidado ha de ser mayor para con las hijas, que son vasos más quebradizos y tienen mayor peligro; hanlas de enseñar á orar y llamar á Dios, y que sean devotas á la Madre de Jesucristo, apartándolas de toda ocasion mala, y encerrándolas para que con nadie traten ni oigan cosa que no sea de Dios. Todo esto encomienda mucho San Jerónimo en aquella epístola que escribió á la matrona cristiana llamada Leta: no les vayan á la mano si Dios las llamare y quisieren dejar el mundo, porque no castigue Dios á sus padres, segun ya vimos en esta epístola que lo hizo con aquella noble señora, Pretextata, y con su marido, Himetio, á los cuales costó la vida querer apartar su hija de su santo propósito que tenía, queriendo dejar el mundo.

(1) I Tim., vi, 8.
(2) Prov., xiii, 24.

El séptimo documento es que, á imitacion del santo Job, vuestra casa sea abrigo y amparo de pobres. Jamas comí mi pan á solas sin que los pobres participasen de él, decía este gran amigo de Dios. Y áun dice más: que era piés para el cojo y ojos para encaminar al ciego. Gran cosa es la piedad, en tanto que San Agustin la llama suma de la vida cristiana; y si alguno dijere: no tengo para dar limosna, ¿cómo haré eso? responde el profeta Tobías, y dice á su hijo (1): *Si mucho tuvieres, hijo, da mucho, y si poco, de ese poco da.* Mucho da por Dios el que da con gran amor de Dios; más dió aquella viuda que ofreció dos blancas en el templo, que todos los ricos de Jerusalen, segun nuestro Salvador dijo, porque más mira aquella divina Majestad al gran deseo y amor con que damos la limosna, que á lo que damos. Leed, hermano, esta epístola vuestra con atencion; ved estos documentos y aprovechaos de ellos, que nuestro Salvador favorecerá vuestro buen deseo y os dará su gracia para cumplir con vuestro estado, y despues os dará en premio su gloria.

EPÍSTOLA OCTAVA

PARA UNA VIUDA

Son los juicios de nuestro Dios tan altos y tan dignos de ser reverenciados, muy noble señora, que, segun dice San Pablo, no hay entendimiento criado que los pueda comprender. Y no es mucho que lo que la Sabiduría infinita obra no lo alcance el entendimiento criado y finito del ángel ni del hombre. No

(1) Tob., IV, 9.

hay obra de Dios que no nos había de traer suspensos, alabando el saber infinito, el poder admirable y la bondad no limitada de aquel gran Dios y Redentor nuestro que la obró. Admirables son y dignas de consideracion todas las obras del Señor, y una en especial, donde Él manifiesta quién es, para con nosotros los hijos de Adan, es en el negocio tan ordinario de la muerte: como lleva al niño, y vive el viejo, muere el pobre, y queda en esta vida el rico; y muchas veces el poderoso acaba la vida y el pobre, que no tiene que comer, vive largos años; y finalmente, cómo su divina Majestad, de dos personas que él honró en un vínculo de tan gran unidad como es el matrimonio lleve la una y deje en esta vida la otra, secreto es que su sabiduría eterna guardó para sí; lo que acá podemos con nuestro bajo entendimiento entender es que, aunque nuestro Dios deja en tanto trabajo á las viudas, quitarles la compañía y maridos, que él les dió, fué declararles que, desocupadas y libres del servicio y vejacion de un hombre, se empleen en amar y servir al único Esposo, Jesucristo, y Dios y Hombre. A esto convida y con gran solicitud exhorta el Apóstol San Pablo, escribiendo al obispo Timoteo (1): *La que es con verdad viuda y desamparada espere en el Señor y ejercítese en oracion de noche y de día.* En estas palabras tan breves instituye y enseña el Apóstol la vida que ha de tener una viuda cristiana; razon es, señora, que con gran atencion se oiga doctrina tan celestial como es la de este gran Apóstol. Dice, pues:

La viuda que con verdad es viuda ocúpese en orar de noche y de día. Aquí declara San Pablo que no todas las viudas son de verdad viudas; y así dijo más adelante (2): *La viuda que se da á deleites y pasatiempos, aunque parezca que está viva, muerta está.* Tal es la viuda que tiene cuenta con el mun-

(1) 1 Tim., v, 5.
(2) Vers. 6.

do, habiendo de estar ya muerta á todo lo que es mundo; ésta es la que en el mismo lugar dice San Pablo que no sabe estar en su casa recogida, anda vagando en visitas demasiadas, habla con gran soltura lo que no debería; y áun con su poco reposo ofrece ocasion á los hombres para que se atrevan á tratar y hablar cosas que son ofensas á Dios; muerta está la viuda en el ánima, aunque parezca que vive en el cuerpo, cuando se regala, dando armas á su capital enemigo, que es la carne, vistiéndose delicadamente y comiendo con abundancia como quien echa aceite en el fuego para que levante mayores llamas. Tal debía ser aquella viuda engañosa Thamar, la cual, dejadas las vestiduras honestas de viuda, se vistió como mujer perdida y á su mismo suegro Júdas hizo pecar gravísimamente: ella como traidora fué condenada á muerte, y de hecho muriera, si no le valieran las prendas que enseñó de su mismo suegro, juez de Israel. A tales peligros y á tan grandes escándalos se ponen las viudas, y no con verdad viudas, que se tratan regaladamente, que no saben de oracion, ni tienen piedad con pobres. De éstas dice San Pablo que es mejor que se casen con la bendicion de Cristo que no que se casen con el demonio, haciendo ofensas á su divina Majestad, Cristo Jesus, Redentor nuestro: mejor es que quiebren la fidelidad primera y que se olviden de su primer marido, casándose, que no que quiebren la fidelidad que deben á la ley de Dios. Mas dejemos ahora á la viva y muerta, viva en cuanto al cuerpo y difunta cuanto al alma, como aquí dijo el Apóstol. No tratemos más de la que vive en regalos y entiende, no en resistir su carne flaca, sinó en dar armas á su propio enemigo, y tornemos á hablar de la viuda que con verdad es viuda, á la cual San Pablo enseña á orar de noche y de día: quiere decir, pues que le quitó Jesucristo la compañía que le ocupaba el corazon en amarle y el tiempo en agradarle y servirle, que ya su amor suba más alto, se levante hasta el cielo y ame de todo su corazon al Esposo celestial, que por salvar su ánima quiso en la

cruz morir con tantos dolores y acompañado de dos infames ladrones.

La viuda cristana haga oracion de noche y de día, no se canse de hablar con el que es su Criador, Padre y Esposo, Cristo. Y pues que está sola y desamparada en la tierra, vuele con alas de fe y de amor, penetrando los cielos y presentándose delante de su Rey, Cristo Jesus.

San Agustin dice que la oracion es una peticion que ofrecemos á Dios. Oficio es de los necesitados pedir para poder pasar la vida, y sin esta diligencia pónense á peligro de perecer de hambre. Todos quedamos despues del pecado primero pobres y necesitados y sujetos á mil miserias y necesidades. Allá decía el profeta David (1): *Pobre soy, y en trabajos puesto desde mi mocedad.* Rey era de Israel, rico era de bienes temporales, grande era su reino, y nada parece que le había de faltar; mas como nada de lo criado baste para hartar la capacidad de nuestra ánima, tan generosa y noble, y criada á la imágen de Dios, teníase por pobre este santo rey, porque no gozaba de la vista de Dios en el cielo: y por tanto, en otro salmo declaró dónde consiste nuestro contentamiento y hartura, y así dijo (2): *Seré harto cuando viere vuestra gloria, Señor.* Pues tanta es nuestra necesidad y tanta nuestra pobreza en esta vida, ¿por qué cada día y cada hora no daremos peticion al Rey de la gloria, al Padre y Redentor nuestro, Jesucristo? Suyas son aquellas palabras: no las podrá negar (3): *Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno.*

¡Oh, palabras divinas, prendas y rehenes que el Señor y Redentor del mundo á todos sus fieles da! Acá los reyes de la tierra tienen por estilo, cuando piden mercedes, de decir: dad peticion y se verá: no dicen se hará, que muchas peticiones salen en blan-

(1) Psalm. lxxxvii, 16.
(2) Psalm. xvi, 15.
(3) Joan., xvi, 24.

co, como se ve; mas nuestro Rey celestial dice lo uno y lo otro, porque fiados de su palabra hagamos oracion con fe y amor y esperanza cierta que nos dará lo que nos conviene recibir, lo que para nuestro provecho es útil y conviene á su gloria y con verdad así siempre lo cumple. Con tanto que pidamos que nuestro gozo sea perfecto, que nuestra alegría no sea manca y defectuosa, como siempre lo es la que nace de las cosas temporales, honra, riquezas, salud y prosperidad. Nuestro gozo espiritual en esta vida comienza y en el cielo se perfecciona; aquí es como salva, y allí será con abundancia y hartura: en tanto que diga David (1): *Embriagaránse, Señor, con la hartura y abundancia de vuestra casa, y con el arroyo de vuestro deleite les daréis de beber.* No dijo en el destierro de esta vida, no en este desierto, por donde caminamos á la tierra prometida de aquellos que viven, sinó dijo que esta hartura y embriaguez santa se ha de dar á los amigos de Dios en aquella casa real de Dios, en aquel cielo empíreo donde se manifiesta Él por beatífica vision de los ángeles, y á los bienaventurados que pasaron por este valle de lágrimas haciendo penitencia y cumpliendo la ley de Dios. Este gozo y alegría excelente quiere Cristo que le pidamos, y que orando frecuentemente deseemos recibir tan excelente joya como es verle en su esencia despues de esta vida. Y porque la viuda faltándole el marido queda solitaria, tributaria á grandes trabajos, crianza de hijos, gobernacion de familia y sustentacion de la hacienda, quiere el Apóstol que acuda al que se llama *Juez de las viudas* y *Padre de los huérfanos* (2), que así le llamó el rey David: el cual solo es nuestro Dios y Criador. ¡Oh, arte delicada! ¡Oh, ingenio divino! quítanos Dios los favores de la tierra, porque busquemos los del cielo; apartónos los apoyos del mundo, porque estribemos en el Criador y Señor del mundo. ¡Oh, ben-

(1) Psalm. xxxv, 9.
(2) Psalm. lxvii, 6.

ditos trabajos que nos envían á Dios! ¡Oh, dichosa soledad que nos despierta á orar y buscar conversacion con Cristo, salud y gloria nuestra! Qué bien dijo San Gregorio: Hermanos míos, los males que aquí nos aprietan y afligen, esos nos compelen á ir á Dios. ¿Quién duda, sinó que si al hijo pródigo le fuera prósperamente, que ni se acordara de su buen padre ni se volviera á su casa? El mal tratamiento de aquel desventurado amo que tomó, verse desnudo y con tanta hambre, le hizo gemir y suspirar y decir (1): *¡Oh! ¡cuántos jornaleros de la casa de mi padre tienen sobrado el pan, y yo, triste, muero de hambre* en este deshonrado oficio, guardando cochinos! *levantaréme é iréme á la casa de mi padre:* y confesando mis pecados, le suplicaré que me haga siquiera como uno de sus jornaleros. ¿Quién fuera bastante, veamos, á un hijo tan rebelde, para que se humillara y volviera con tanto deseo á casa de su padre, sinó el trabajo y la necesidad? Merced grande es del Señor aquella amenaza que Él hace (2): *Te cercaré tus caminos de espinas.* Quiere decir: por donde piensas de hallar riquezas, yo te daré pobreza; y por donde pretendes hallar honra encontrarás con deshonra: y cuanto más te desvelares en adquirir contentamiento y compañía, te daré soledad: para que así, cercado de espinas tu camino, te vuelvas á mí y no pases adelante.

Vemos esto figurado en aquella paloma de Noé: echóla por la ventana del arca para descubrir tierra; y ella, no hallando donde asentar los piés (segun dice la Escritura), volvióse al arca. ¡Oh, misterios grandes! ¿quién es la paloma sin hiel, tan loada en los Cánticos del Esposo, sinó cada una de las ánimas cristianas, cuyo cantar es gemir toda la vida sus pecados, su destierro y la ausencia de su Esposo amado, Cristo? Esta no

(1) Luc., xv, 17.
(2) Osse., ii, 6.

halla en el diluvio de esta vida mortal sinó olas bravas de trabajos y desasosiegos. No tiene donde ponga los piés de sus deseos para reposar. No en honras, que son penosas de haber y sustentar. No tampoco en bienes temporales, arroyo que corre con gran ímpetu; no, finalmente, en pasatiempos falsos que no pasen de los sentidos.

Por tanto, vuélvese el alma á Noé, tórnase á su Criador, de cuya mano tiene el sér y la redencion, como á último fin y remedio suyo. De aquí es que dijese nuestro Padre: hicístenos, Señor, para tí, y está nuestro corazon inquieto y sin reposo hasta que hallemos descanso en tí. Cada vez que oramos, imitamos á la paloma de Noé, volando á nuestro nido y reposo, que es Cristo: y fuera de Él todo es tempestad, trabajo y continua guerra. Esta es aquella paz única, á donde el profeta rey decía que había de hallar sueño y reposo.

Por aquí entenderemos qué quiere decir el Apóstol San Pablo amonestando á la viuda sierva de Dios que haga siempre oracion: sea paloma de Noé el figurado; y en sus trabajos vuélvase á Jesucristo la viuda solitaria sierva del Señor: busque su contento, no en la tierra, sinó en el cielo, y le hallará. No cese de pedir mercedes y favores, pues el dador liberal le manda que pida, porque si no cesare de orar y pedir Dios no dejará siempre de enriquecer su alma de dones espirituales. Grande es la cuenta que Dios siempre tuvo con el estado vidual: y mucho honró Su Majestad las viudas en aquella gran hambre, cuando por los pecados del pueblo no llovió en tres años y medio, segun lo profetizó Elías: cuando Dios quiso que se le secase el río de donde bebía el profeta, díjole el Señor (1): *Anda, vete á la ciudad de Sarepta, que yo mandé á una viuda que te sustente.* Elías fué allá, y viéndola, pidióla un poco de agua, la

(1) III Reg., xvii, 7 y sig.

viuda iba á dársela, y el rogóle que le trujese un poco de pan. Ella era pobre, y no teniendo sinó un poco de harina y un poco de aceite, guisóle la comida que para sí y para un hijo tenía guardada. ¡Oh, cosa admirable! El vaso de la harina y el del aceite, de donde sacó esta limosna, se volvieron en dos fuentes, una de harina y otra de aceite, las cuales no dejaron de manar todo el tiempo de aquella gran hambre. ¡Oh, maravillosas obras de Dios ¡qué entendimiento no se halla mudo, y qué lengua no es tartamuda para entenderos y declararos! ¡Oh, Señor! ¿un pobre enviáis á casa de otra pobre viuda? ¿No hubiera un poderoso rico que le sustentara, y sin trabajo? Anda, dice Dios, quiero honrar el estado de la continencia, y por eso le aposento en casa de viuda, y áun quiero enriquecer su casa, y el medio para esto ha de ser que, aunque pobre, dé limosna y dé de comer á otro pobre. Noten aquí los ricos como el pobre que llega á su puerta no viene tanto á llevar como á traer riquezas dobladas, unas temporales y otras espirituales. Esta viuda en el alma quedó rica, dando limosna: y su casa quedó abastecida de bienes. Que bien dijo Tobías á su hijo (1): *Si tuvieres mucho, da á los pobres mucho; y si tuvieres poco, da poco, porque la limosna libra de la muerte y hace que se gane la vida eterna.*

Pues si consideramos aquella santa hebrea Judith, ejemplo y dechado de viudas cristianas, de la cual leemos que era muy recogida y penitente, veremos cuánto la honró Dios: cuando degolló al tirano Holofernes, que tenía cercada y casi vencida la ciudad de Bethulia, ninguno de los varones remedió este gran daño sinó esta santa mujer, que con ánimo varonil, inspirada y confiada de Dios, salió con la victoria. Esta sierva del Señor, dice la Escritura, que moraba en lo más alto de la casa, y con sus mujeres estaba apartada de toda conver-

(1) Tob., iv, 9 y 11.

sacion y bullicio de gente: ayunaba y oraba, y hacía tan gran penitencia, que para ataviarse cuando fué á vencer al tirano se quitó el cilicio que tenía puesto: ¿qué holanda delgada vestía la que así afligía su carne, y qué regalo se daba la que ayunaba con tanto espíritu? Venció al perseguidor enemigo la que primero venció á sí misma: y triunfó del tirano la que tenía puesto debajo de los piés todos los regalos: por donde entendemos que por demas hace guerra al demonio quien no ha guerreado primero y vencido á sí mismo. No se pueden vencer los enemigos que están léjos, si nuestro adversario de casa primero no fuere vencido: con las armas de la oracion y del ayuno ha de pelear la viuda cristiana, á imitacion de esta santa viuda. Bendita séas tú de Dios, que has vencido varonilmente, decían los ciudadanos de Bethulia: y así todos los ángeles del cielo se gozan y alaban á Dios cuando cada una viuda vence al demonio y derriba la vanidad del mundo.

En el Testamento nuevo tenemos otras dos viudas famosas, de las cuales recuentan los evangelistas cosas dignas de memoria. La primera es aquella Ana, que dice San Lúcas fué casada siete años: y siendo ya de ochenta años, no se apartaba del templo, sirviendo al Señor con oraciones y ayunos. A esta bendita mujer alabó mucho San Basilio, y dice que era de las que San Pablo dice que son verdaderas viudas que en soledad se dan á oracion continua: y por tanto la escogió el Padre Eterno, para que cuando fuese presentado el niño Jesus á los cuarenta días, profetizase cosas grandes á todos los que esperaban la venida del Mesías. Y es mucho de notar que el mismo Espíritu Santo, que moraba en el santo sacerdote Simeon, que recibió al Señor en sus brazos; este mismo espíritu, estaba en el ánima de esta viuda anciana y penitente, y movió su lengua para que públicamente predicase la venida admirable del Hijo de Dios para remedio del mundo. San Jerónimo nota en aquella epístola que escribe á Salvina viuda: Mira el estado tan agradable á Dios que tienes, que una viuda eligió Dios, que fué aquella

santa llamada Judith, para librar á la ciudad de Bethulia: y otra para manifestar al Redentor, libertad y remedio de todo el mundo, que es Ana, hija de Phanuel. La otra viuda es aquella gran limosnera que miró Cristo con tanto aviso en el templo, la cual ofreció para la fábrica dos blancas: y el Señor hizo historia de aquella ofrenda, alabándola. De manera que volviéndose á los Apóstoles dijo: (1): *En verdad os digo, que esta viuda ofreció más que todos.* ¡Oh! ¡válgame Dios! ¡qué de ofrendas de ricos habría habido aquel día, y qué de oro y plata se habría dado para la fábrica y reparo de aquel grande y suntuoso templo de Salomon! Sola esta limosna de esta viuda pobre arrebató los ojos del Redentor del mundo, y de sola ella se hizo plática, alabándola en tanta manera. Toda la comida de aquel día dió á Dios, teniendo fe que para ella no faltaría, como ahora dijimos de aquella viuda Sareptana, que dió á Elías lo que tenía para mantenerse ella y un hijo suyo aquel día. ¡Oh, avaricia de los mortales, que tanto cuidado tenéis de mañana! mandandoos el que provee á todo el universo que pidáis pan para hoy: ¿no tenéis segura la vida para mañana, y congójaos el cuidado, teniendo la vida incierta? ¿No sabéis, gente loca, que cada día mandaba Dios que saliesen los hebreos á coger el maná, y el que lo guardaba para otro día, contra el mandamiento de Dios, hallábalo lleno de gusanos? ¡Oh, gran fe la de estas dos viudas limosneras, pues no sólo no guardaron para mañana, mas áun la comida de aquel día presente dieron por amor de Dios! Ejemplo tienen aquí excelente que imitar los cristianos ricos, y principalmente las viudas, considerando la fe y la liberalidad de estas dos mujeres piadosas.

Este estado de viuda dice nuestro Padre que es el fruto de sesenta que dió aquel trigo que se sembró en buena tierra. Así

(1) Luc., xxi, 2 y 3.

como el fruto de treinta se refiere al matrimonio, y el de ciento al estado virginal. Aunque en caridad bien podría exceder la casada á la viuda, y áun á la vírgen, y el mérito hase de medir conforme á la caridad. Hablamos aquí del estado, que en sí considerado el de la viuda, que vive en continencia, más alto es que el del matrimonio: y el estado virginal excede á todos. Por tanto se le da la aureola, como al mártir y al doctor de la Iglesia, que es oficio apostólico. De aquí es que en el arca de Noé había tres habitaciones, segun nota San Agustin. La primera, y más baja, figuraba los casados; la segunda las viudas, y la más alta las vírgenes, religiosos y eclesiásticos. Gran cosa es el estado virginal, pues como dice el glorioso mártir San Cipriano, la santa Iglesia romana, viña escogida de Cristo, por las vírgenes dedicadas á Dios, está siempre en flor. Así como por los casados lleva fruto de bendicion con que se multiplica el pueblo cristiano. Entre estos dos estados tiene su trono el estado vidual, y por tanto San Pablo persuade á las viudas que no se casen otra vez. Y si dijo escribiendo Timoteo que las viudas mozas se casasen, luégo da la razon, y es porque algunas habían seguido á Satanas ofendiendo á Dios; y para que no tuviesen ocasion de andar perdidas, dispensa el Apóstol que se casen, como nota San Jerónimo en una epístola. De manera que es remedio el casamiento para las flacas que siguen sus flaquezas; mas la sierva de Dios, que se fortalece con la oracion y penitencia, obra heroica hace en no tornarse á casar. San Basilio en el Exameron, tratando de la tórtola, de la cual se escribe que muriendo su compañero jamas recibe otro, dice así: Aprendan de esta ave las viudas cristianas á no casarse, teniendo sentimiento de la muerte de su marido. Cosa es digna de gran admiracion que un ave con sólo instinto natural haga tanto sentimiento y ame la soledad, para afrenta de la mujer que apénas ha hecho el cabo de año de un marido cuando ya trata de casarse con otro. Lo que se dice de Santa Ana, madre de nuestra Señora, que fué casada tres veces, y

que de cada marido tuvo una hija que llamó María, no tiene fundamento alguno ni fué así: ántes San Antonino de Florencia dice que de San Joaquin tuvo todas estas tres hijas santas, la primera de las cuales fué la sacratísima Vírgen Madre de Dios.

Para persuadir á esta continencia vidual, han escrito los santos doctores muchos libros, enseñando á cada viuda cristiana en qué se ha de ocupar. Nuestro Padre, en una epístola que escribió á una viuda rica y generosa, hace gran fuerza en lo que dijo San Pablo, que la viuda que con verdad es viuda, muerta al mundo y viva á Dios, que ore de noche y de día. Esto es enviarla á la fuente de todas las virtudes: la oracion es la que alcanza la gracia y el perdon de los pecados, como lo vemos en el publicano, que oraba en el templo, y en el santo Ladron. Ella nos encamina á la paciencia, la humildad y piedad con nuestros prójimos: ella nos consuela en nuestras adversidades, y finalmente por la oracion humilde de la Reina del cielo recibimos á Dios humanado en la tierra.

De aquí es que nuestro Padre en aquella epístola enseña á orar á esta viuda pobre, declarando la oracion dominical y discurriendo por todas siete peticiones. Veréis la exposicion de esta oracion al fin del Verjel de oracion; por tanto no la pondré aquí. Rica era esta bendita viuda é hijos tenía que criar, familia tenía que gobernar: mas con todo esto cumplía lo que el Apóstol manda, orando sin cesar. Porque nuestro Salvador dijo: lo que es imposible á los hombres, es posible á Dios. Quiere decir, que aunque á las fuerzas humanas parezca que el ejercicio espiritual y lo que Dios manda ó aconseja no se puede obrar, la virtud divina es tan bastante favor para el hombre, que hallando fuerzas nuevas saldrá con la demanda santa que emprendiere. A todos los cristianos, dijo nuestro Salvador, que convenía que orasen y que no desmayasen en la oracion, y esto particularmente conviene á las viudas, que ya tienen mayor libertad para darse á la oracion, ha-

biéndoles faltado el marido. Puédese esto hacer y continuar, dado que haya crianza de hijos y gobierno de familia, usando de un arte que enseña San Basilio á sus religiosos, y es representando en nuestra memoria á Dios, porque el deseo santo y la presencia de Cristo oracion continua es, de gran alegría y de gran fruto y áun de gran gusto. Estos que así lo hacen son ángeles que moran en la tierra imitadores de los del cielo, de los cuales dijo Cristo: los ángeles que guardan á los hombres ven siempre el rostro del Padre celestial. De manera que con nosotros traemos quien nos despierta y enseña este angelical ejercicio de la oracion continua. Nuestro ángel siempre ve á Dios en su esencia y nosotros hemos de verle por fe, alabarle y ofrecerle mil veces cada hora nuestro corazon y entrañas. Valen para esto mucho las oraciones breves, que llaman los santos jaculatorias, y son como dardos arrojados con violencia ó como saetas ardientes con fuego de amor inflamadas. Así decía David (1): *Ameos yo, Señor, fortaleza mia: ¡oh Señor! que yo siervo vuestro soy é hijo de vuestra sierva Mi ánima tuvo sed de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y pareceré delante del rostro del Señor?* La esposa en los cánticos usaba de estas oraciones jaculatorias, cuando dijo (2): *Yo os conjuro hijas de Jerusalen, que si viereis al amado le digáis que estoy herida de su santo amor.* Y otra vez dijo: *Venga el amado á su verjel y coma de los frutos de sus manzanos.* La misma convidaba á Cristo que la viniese á visitar, y decía: *Nuestra camita está florida* (3). Llama camita á la conciencia pura y santa, cercada de flores y azahar oloroso de santos deseos. Estas oraciones inflamadas se pueden ejercitar en todo negocio y trabajo de manos, presentándose el alma á Dios y andando en su presencia siempre, como Dios lo mandó á Abrahan. Este

(1) Psalm. xvii, 1; cxv, 16; xli, 3.
(2) Cant., v, 1.
(3) Cant., i, 16.

es aquel juramento que usaban los santos cuando había necesidad (1). *Vive Dios, en cuya presencia estoy*. Elías, gran amigo del Señor, este juramento hizo para que entendamos cuán antiguo y cuán excelente es este ejercicio, aunque no de muchos usado. Maravilla es cómo nos olvidamos de quien tanto nos amó y á quien tanto debemos, el sér, la redencion, la vida y todo lo que somos: y áun espanto es como no nos presentamos siempre delante del que está en todas las cosas, y áun dentro de nosotros mismos por presencia, potencia y esencia. Cada criatura es efecto de esta causa primera que áun en lumbre natural alcanzó Aristóteles, y como le dió el ser, le da la conservacion para que no se torne en nada. Mas en las almas que le aman está de otra manera, y es por gracia, de la cual ni los cielos son capaces, sinó el ángel y el hombre que Dios crió para vasos de la bienaventuranza eterna. Por aquí entenderá el que ora, con qué atencion, con qué reverencia y humildad ha de estar delante de la presencia de aquella Majestad infinita que todo lo hinche, todo lo conserva y gobierna.

En tres cosas dice nuestro Padre se que han de ocupar las viudas: en orar, en dar limosnas y recogerse callando. ¡Oh! ¡qué cordon tan recio, que no podrá quebrar, segun dice el Sabio, porque lleva tres ramales de gran virtud! hacer oracion siempre, obrar misericordia con los necesitados, saber callar para con los hombres, hablando siempre con Dios; ¿qué cosa puede ser mayor? ¿Qué podrá el demonio, qué el mundo ni la flaca carne contra escuadron tan fuerte? El ánima que así anda guardada con tan santo cerco, podremos decir que es la esposa tan alabada en los Cánticos, que sube como la mañana alegre: es graciosa como la luna, escogida como el sol, terrible y espantosa á los enemigos espirituales, así como ejército muy ordenado. Este estado santo de viuda dice el Apóstol que es don

(1) III Reg., xxii, 1.

de Dios, porque cada uno tiene su don de la mano de aquel magnífico y liberal dador, nuestro Señor. Porque á la verdad no todos se disponen para cosa tan grande como es la continencia, y por tanto, no todos reciben este tesoro.

De aquí es lo que la Sabiduría dijo: Sé que nadie puede ser continente si Dios no se lo otorgare: ¡Oh! ¡qué gracias debe dar á Dios el que tan gran merced ha recibido: y cuánto se debe gozar la que de tal sujecion es libre por la misericordia divina, no teniendo ya hombre en la tierra á quien servir y contentar, sinó á sólo Jesucristo, Dios y hombre, gloria de los ángeles y premio de los que le sirven y aman! Nuestro Padre, en aquel libro que hizo del bien que hay en el estado de las viudas, anima mucho á una santa viuda, y dice así: á no haber tú hecho voto de continencia perpetua, amonestárate que lo hicieras: quiere allí este santo doctor significar que por el voto, no solamente el mérito crece en obra tan grande, mas áun es un cerrar la puerta á los pensamientos que combaten y turban el corazon, hasta determinarse en una manera de estado: y áun muchas veces hay consejeros de diversos pareceres en estos negocios: y para no ser importunada es respuesta santa y de gran ejemplo decir: ya estoy dedicada, y por voto de castidad perpetua me he ofrecido á mi Redentor Jesucristo. Y lo que mayor trabajo suele dar es que por razones quieren algunos persuadir á las viudas que se casen: dicen que si todos eligiesen tal estado que se acabaría el mundo en breve. Responde nuestro Padre que no hay este peligro, porque el Señor dijo: quien pudiere tomar estado de continencia, tómele. De manera que éste es un don particular de Dios y no de todos ni para todos, y ya que fuese así, que todos tomasen un estado tan acepto á Dios, sería para que más presto se cumpliese el número de los predestinados, y entónces no sería acabarse el mundo, sinó perfeccionarse y perpetuarse la vida gloriosa de los buenos, gozando de Dios en cielo. Hay otro bien grande en la continencia confirmada por voto: porque,

como nuestro Padre dice, muy mejor se ahoga el deseo cuando no hay esperanza de venir á la obra jamas. Para victoria tan grande y que excede las fuerzas naturales, dijo San Pablo que la viuda cristiana no deje jamas las armas invencibles de la oracion. No sin gran razon dijo el Señor á sus Apóstoles (1): *Velad y orad, porque no caigáis en tentacion.* Donde el capitan animoso enseñó á los suyos con qué armas han de ganar el triunfo de todos los adversarios y enemigos epirituales. Alegráos, viudas cristianas, dice San Agustin, pues ofrecisteis vuestra continencia á la Vírgen purísima, Madre de Dios. Estas viudas son aquellas cercanas que dijo David que se ofrecerían á Cristo despues de las vírgenes consagradas al Señor. Quien más cerca va y sigue á la Vírgen Santa, Reina del cielo, son las vírgenes, y luégo acompaña á la Señora del mundo la continencia del estado vidual. Muchas cosas y muy excelentes trata nuestro Padre de este estado santo: baste lo dicho, y oigamos ahora al glorioso San Jerónimo lo que en una epístola que escribió á una señora viuda nos dice.

Hace este santo doctor gran sentimiento por la muerte de Nebridio, ilustre y de sangre real, que era gran cristiano, sirviendo al emperador: su caridad era tan grande, que á las puertas de su casa estaban los pobres como enjambres; á todos repartía con gran piedad, y á todos consolaba como á propios hermanos por amor de Jesucristo: y como el emperador sabía su gran bondad y piedad con los pobres, dice San Jerónimo que se alargaba más el emperador á hacerle mercedes, porque tenía entendido á dónde había de ir á parar lo que le daba: no á fausto y vanidad del mundo, sinó á remediar y sustentar pobres cristianos. Qué bien dijo la Sagrada Escritura (2): *Da á Dios lo que tienes, y te dará siete veces tanto.* A logro da, y con gran ganancia, el que es limosnero, pues no solamente en

(1) Matth., xxvi, 41.
(2) Eccles., xxxv, 12.

la otra vida, mas áun en esta tienen ganancia y allegan doblado tesoro. Era tanto el recogimiento de este señor ilustre, que afirma que cuando se casó con esta señora llamada Salvina, estaba vírgen. Esto pudo saber él, porque en la misma epístola dice que era su gran amigo, y hablando y conversando con él se pudo saber este secreto y gran honestidad de este siervo de Dios. Y pues lo afirma San Jerónimo, yo no dudo ser así. Tal marido y tan santo, dotado de estas y de otras muchas virtudes, perdió Salvina en pocos años que fué casada, dejando un niño y una niña sus hijos, que nuestro Dios le había dado de su mano para consuelo de tales casados. Quedando así viuda y de poca edad Salvina, determinó San Jerónimo de escribirle una epístola, enseñándole cómo había de vivir en aquel estado de continencia, y exhortándola que en ninguna manera se casase. Trae para aquesto lo que dice San Pablo, que la viuda hace mejor en no casarse. Juntamente trae aquel ejemplo de la reina Dido, la cual respondió á Eneas, el cual se quería casar con ella (1): Aquel que me recibió primero por mujer me llevó consigo todo el amor, y él le conserva en su sepultura. Mira, Salvina, dice este santo doctor, la lealtad de esta mujer gentílica y la fidelidad que tuvo con su primer marido, que jamas quiso tomar otro. ¿Cuánto más la viuda cristiana para más servir á Dios y ocuparse en oracion ha de hacer esto, que aquella mujer, no teniendo fe católica, hizo por ley de mundo? Tambien la enseña en aquella epístola cómo ha de huir todo regalo y delicadeza de vestidos y manjares, trayéndole, á la memoria aquella santa viuda Ana, hija de Phanuel, que con ayunos y oraciones servía á Dios, no apartándose del templo. Mira que tengas contigo mujeres ancianas: y sea tan grande tu recogimiento, que nadie pueda pensar mal de tí. El rostro descolorido y amarillo sea tu atavío: y ten

(1) Virg , lib. 4, *Enei.*

aviso que la mocedad no ha menester cama delicada y blanda: siempre ten en las manos la leccion santa, y la oracion sea el escudo en el cual recibas todos los pensamientos que te conquistaren: y acuérdate que dice el Apóstol que la viuda que vive en regalos muerta está. En lugar de un marido recibiste dos hijos: críalos en el temor de Dios, y lo mucho que debes á tal marido, como Dios le llevó para sí, empléalo en los hijos. Muy bien dice el Apóstol que toda criatura buena es, si se recibe con hacimiento de gracias, loando á Dios: mas tambien dijo que es buena cosa no comer carne ni beber vino: mucho mejor es que duela el estómago que no que duela el alma, sujetar el cuerpo que no servirle.

Muy excelente doctrina os han dado estos santos doctores para perseverar en ese estado tan santo: no resta sinó que perseveréis en el camino que habéis comenzado: breve es el tiempo, y toda la vida pasa como el ave que con gran ímpetu vuela: mas el salario tan crecido y premio que Dios tiene para pagar los breves trabajos no tendrá jamas fin. De unos indios leemos que el día que se moría el marido hacían una gran sepultura y enterraban á la mujer viva con el marido difunto, pareciéndoles que pues la vida y conversacion había sido tan una, tambien lo fuese la muerte y la sepultura. Nuestra santa ley prohibe esta crueldad: mas lo que la razon pide y la fe que tenemos santa, manda, es que la misma viuda haga y ejecute en sí con gran merecimiento, lo que aquellos bárbaros representaban en lo que hacían, dado que no lo entendían: obra santa es y de singular merecimiento que la viuda sierva de Dios, pues se le murió la media vida llevándole Dios su marido, que ella por servicio de Jesucristo de su voluntad se sepulte, muriendo al mundo y á todas las alegrías de él. Acompañe á la sacratísima Vírgen, sola, y áun dos veces viuda: una cuando se le murió el santo José, su esposo, y otra cuando con sus ojos vió morir á su sagrado Hijo. Esta es la viuda de

quien decía lamentándose el profeta Jeremías (1): *Como está sentada sola la ciudad llena de pueblo, hecha es como viuda la Señora de las gentes: la primera de las provincias es hecha tributaria.* ¿Quién es esta Jerusalen, esta pacífica ciudad de Dios y ciudad santa, sinó esta Reina del cielo? Está sentada al pié de la cruz, teniendo á su glorioso Hijo en los brazos muerto: y está sola, sin la compañía de sus hijos, los Apóstoles, que no se ve más de uno junto á sí, y es el amado de Jesus. San Juan: está sola, porque el santo José, su esposo, ya era difunto, al cual amó en gran manera con amor espiritual, y le quiso más que mujer en el mundo amó ni amará á su marido: y porque como dice nuestre Padre, el dolor de la cosa perdida y el amor andan á un peso y medida: como amó mucho al santo José, sintió mucho su ausencia. Estaba sola de otra mayor soledad, y sentía otra mayor viudez viendo á su Hijo llagado y muerto, descanso de sus trabajos, compañía de su soledad y amparo de sus aflicciones. Es como viuda la Señora de las gentes, la estimada de los ángeles, la reverenciada de los querubines, la Madre del Criador del mundo: está así como viuda, llora, gime y siente en el corazon y entrañas cada bofetada, cada azote y espina, cada clavo y tormento que á su Hijo bendito y Redentor nuestro atormentó. Esta Princesa del cielo y de la tierra fué hecha tributaria en la pasion de su Hijo, porque los dolores que no sintió en su parto sagrado, á los cuales todas las madres hijas de Eva están sujetas, allí los pagó doblados, y áun con las setenas, contemplando con sus ojos virginales las ignomínias y espantosos trabajos del que amaba más que á su vida. A esta Señora piadosa acudan todos los atribulados, que tanto supo de trabajos y dolores, de lágrimas, de soledad y de continuas angustias. Palabras son del Hijo santísimo, y tambien de la Madre gloriosa, las que dice el profeta Jeremías (2): *¡Oh, vosotros todos los que pasáis por*

(1) Tren., I, 1.
(2) Tren., I, 12.

el camino! atended y ved si hay dolor alguno cual es el mio. La pasion de nuestro Redentor Jesucristo, tomándola toda junta, excedió á las brasas de San Lorenzo y al desuello de San Bartolomé, y á todas las pasiones de los mártires: porque la serpiente de Moises tragó á todas las serpientes de los sabios de Faraon, y la cruz de Cristo consume y agota todas las cruces de los predestinados. Es el mar océano que dice Salomon que se bebe todos los ríos por su grandeza y profundidad. Por eso nos llama á todos que la consideremos atentamente, porque nos parecerán regalos nuestros pequeños trabajos comparados á los grandes tormentos suyos. Tambien nos llama la Sagrada Vírgen, y nos dice que miremos sus angustias, que despues de las de Cristo fueron las mayores. A todos los estados llama, como ya tratamos en aquella lamentacion que esta Señora hizo sobre estas palabras; hallaréisla al fin del libro de las siete palabras que ella habló, que son siete sermones de nuestra Señora: para aquí basta que las viudas, despues de tener delante de los ojos de su alma aquella soledad del Redentor, cuando se quejó al Padre como desamparado en la cruz, tengan por gran consuelo acompañar á la Reina celestial, afligida con soledad doblada, viuda por la muerte de José, que la servía y acompañaba como Madre de Dios, y otra vez viuda y la más solitaria que fué mujer en la tierra, por la muerte de su dulcísimo Hijo, Señor y Criador, y Padre suyo y nuestro.

Quiero ya resumir lo que está dicho en esta epístola, en algunos documentos, para que con más brevedad los podáis reducir á la memoria, dado que leer esta epístola muchas veces no había de dar cansasio, pues que es libro breve para el estado que habeis de seguir toda la vida, siendo grata á Jesucristo, que ese santo propósito puso en vuestra alma: merced que no hay palabras que la puedan encarecer, ni entendimiento que le pueda dar su debido valor, porque las riquezas espirituales que de aquella divina mano recibimos exceden todo nuestro saber y entender.

El primer documento sea que la viuda cristiana sea con verdad viuda, como el Apóstol lo aconseja: no lo sea por fuerza, sinó dé gracias á Dios, que fué servido de llevarle á su marido, el cual á nadie hace agravio en quitarle lo que se le dió prestado. La hacienda, la salud y la vida, empréstito es de la mano de nuestro Dios, á quien hemos de alabar por el tiempo que duró el depósito, y tambien glorificarle cuando lleva lo que es suyo. Tambien quiere decir el Apóstol en esta palabra, la que es con verdad viuda, que no haya fingimiento alguno, sinó que de dentro sea lo que parece de fuera. Trae luto y traje de viuda, conformese la mortificacion de los pensamientos con la representacion de la vestidura. Cosa monstruosa es, y más parece farsa que cosa verdadera, parecer á los ojos de los hombres una cosa y otra en los ojos de Dios. Esta es hipocresía cautelosa, la cual aborrece mucho Jesucristo, y la reprende en el Evangelio con gran rigor.

El segundo documento nace de este primero, y es que la viuda católica se ocupe en oracion de noche y de día. Este es el descanso de los trabajos de esta vida inquieta, es el castillo y homenaje donde el alma se hace fuerte contra todas las tentaciones. Y finalmente, la oracion es la escuela de todas las virtudes, pues todas mediante ella se alcanzan. De aquí es, que el Señor dijo á sus Apóstoles en el huerto (1): *Velad y orad porque no entréis en tentacion.* No dijo orad, porque no seáis tentados, que la tentacion grandes frutos trae consigo. Lo que dijo es, porque no caigáis en la red que el demonio os tiene armada, cazador astuto, porque no deis de manos en el lazo: abrid los ojos, no durmáis ni descuidéis: orad y velad, tomad las armas para que ganéis la victoria; y sabed que sin armas entra en la batalla el que deja la oracion en la pelea espiritual, que jamas en esta vida cesa. Si los cuervecitos pequeños por

(1) MATTH., XXVI, 41.

instinto natural invocan y llaman á Dios, que les provea en su nido, cuando los padres les faltan, segun dice el rey David, ¿por qué el hombre cristiano siendo racional (á quien es propio el orar) no llamará á Dios en sus trabajos?

El tercer documento es, que la viuda siempre haga oracion. No basta orar, como el segundo aviso dijo, sinó que ha de haber perseverancia en la oracion. Así dijo San Pablo que la viuda haga oracion de noche y de día. Juntó la noche con el día, para que se entienda que aunque el rezar sea á sus tiempos, el orar mentalmente ha de ser siempre. Declaró más esto el mismo Apóstol á los tesalonicenses, diciendo (1): *Orad sin hacer intervalo*. Una de las cuatro condiciones de la oracion para que Dios nos oiga es la perseverancia, por falta de la cual muchos no merecen recibir lo que piden. Para esta frecuencia en la oracion vale mucho el deseo de agradar á Dios en todo lo que hacemos, pensamos y hablamos. De manera que todo esto sea encaminado para gloria de Dios, como lo amonesta San Pablo á los corintios. Valen mucho tambien las oraciones breves que dice nuestro Padre que usaban los Padres de Egipto, que llamamos jaculatorias. Estas son unas saetas de fuego de amor qne nuestra alma arroja á Cristo su amado gimiendo y suspirando con grandes afectos por gozar del Señor á quien tanto ama. Cada vez que el alma mira con amor al Señor le hiere con una saeta, y Él se declara en los Cánticos ser herido con la vista de la esposa, que es cada ánima que le ama y desea más y más amar. De esta manera, con el favor divino la oracion puede ser continua, usando estas oraciones breves y arrebatadas, segun en esta epístola se enseña por ejemplos.

El cuarto documento es que, segun nuestro Padre San Agustin y San Jerónimo han dicho, la viuda temerosa de

(1) THESSAL, V, 17.

Dios, para ser perfecta en su estado, no se dé á regalos, que son ponzoña para el alma. De manera que en la cama y vestidos y en la mesa ha de ser limitada y huir de todo exceso. Y si San Pablo, siendo vaso de eleccion y robado al tercer cielo, castigaba su cuerpo con abstinencia y ayunos para rendirle al espíritu, y que no se haga la carne señora y se ensoberbezca, como Agar gitana, que se levantaba contra su señora, Sara, ¿cuánto más cada uno de nosotros ha de tener muy bien el freno en las manos para castigar los bríos y rebeldías de su cuerpo flaco y mal inclinado? Mucho va en este documento, y aquí está la llave del aprovechamiento en la vida espiritual. Claro está que mal vencerá los enemigos que están léjos quien no pelea primero y vence al enemigo cercano. Este cuerpo ladron es de casa; él nos come nuestros panes y nos estorba las consolaciones del espíritu, y él levanta el pié y acocea el espíritu, siendo cruel tirano, como lo llora David en un salmo hablando de sí mismo. Dice la Escritura que la casa de David iba creciendo y la de Saul decrecía. Cuanto más crecen los regalos del espíritu, significado en David, varon de Dios, tanto más ha de ir decreciendo la casa y estado de Saul soberbio, que es este cuerpo, y el disminuirse su reino ha de ser castigándole con vigilias, oraciones, ayunos y penitencia.

El quinto documento es que la viuda frecuente los Sacramentos, confesion y comunion, medicinas celestiales que Jesucristo dejó á las ánimas en esta peregrinacion peligrosa de esta vida. La confesion purifica la conciencia, alumbra el entendimiento y humilla al alma, haciéndola más capaz para recibir la gracia divina y con ella aumento de todas las virtudes teologales y morales. Y finalmente, es Júdas Macabeo, capitan animoso de Dios, que limpia y purifica el templo de Jerusalen, que es nuestra ánima, lanzando fuera los idolillos de los pecados y malos deseos. ¡Oh admirable Sacramento! donde abriendo la boca el penitente á los piés del confesor, se le abre

el cielo, recibiendo absolucion de sus pescados. Para sustentar y aumentar esta gracia divina es menester recibir aquel pan de vida, Cristo Jesus, que en aquella hostia consagrada se nos da: y escóndese debajo de aquellos accidentes para gran mérito de nuestra santa fe, y áun para que sin temor nos lleguemos, que somos flacos y él es Majestad infinita. ¡Oh bendito Moises figurado! ¡bendito seáis Vos, que para nuestro consuelo y esfuerzo os cubrís con ese velo el rostro, porque no temamos llegarnos á Vos, y encerraros en nuestro pecho! ¡Oh caridad inmensa! Vois sois nuestro hermano, Vos nuestra redencion y Vos nuestro manjar. Bien hacen las viudas que cada mes eligen fiesta para confesarse y comulgar, y mejor las que cada domingo hacen obra tan excelente, como lo aconseja nuestro Padre San Agustin. Mas como cosa tan grande se ha de hacer siempre por parecer del confesor, no se puede aquí dar regla cierta á todos.

El sexto documento es que, á ejemplo de aquella viuda sareptana, que recibió al profeta Elías siendo ella pobre, y tambien mirando á la otra viuda que dice San Lúcas que dió en limosna todo lo que tenía para comer aquel dia; la viuda cristiana trabaje de ser limosnera, teniendo gran piedad con los pobres. Cosa es de notar, cuánto resplandeció en estas obras de misericordia santa Mónica, madre de nuestro Padre San Agustin, de la cual él dice en sus Confesiones que siendo niña era tan misericordiosa que tomaba el pan de la mesa y lo escondía en el seno, y despues en viniendo el pobre, dábaselo por amor de Dios. Creció tanto en esta gran santa esta virtud, que no dejaba pobre á quien no consolase (1) *¡Oh! ¡bienaventurados los misericordiosos, que ellos alcanzarán misericordia!* dice nuestro Salvador, Padre de misericordias: y al contrario está escrito (2): *Juicio sin misericordia se hará en el que no usó*

(1) MATTH., V, 7.
(2) JAC., II, 13.

de misericordia. De manera que la justicia divina nos medirá por la medida que midiéremos á nuestros hermanos. Aquí se ha de tener gran aviso que la limosna se dé, no de lo ajeno, sinó de lo que es propio; no de lo mal ganado por logro, sinó de lo bien adquirido. De aquí es lo que Dios dijo por Isaías: Parte tu pan al que tiene hambre.

El séptimo documento es que en uso de estos ejercicios santos no oiga al demonio tentador y envidioso de nuestro bien, el cual persuade á que se deje la oracion y uso de los sacramentos cuando se siente sequedad. Esta es una fuerte tentacion y que á muchos flacos vence, mas no á los fuertes y animosos, los cuales saben que nuestro Dios no pide lo que no le podemos dar. La devocion y regalo en los ejercicios del espíritu es don suyo; luego lo que aquí me pide es que trabaje de aparejarme para recibir alegría y gusto en tales obras, que lo desee con todas las fuerzas, queriendo estar en la oracion y en el santo altar con el fervor que está un serafin loándole; y de este deseo echa mano aquella divina bondad. De manera que lo habemos con un Rey tan liberal, que no mira tanto al fervor y gusto que tenemos, sinó al que deseamos tener para su alabanza y gloria. Por aquí entenderán algunas personas siervas de Dios cómo áun no han resignado del todo su voluntad en la de Dios, y áun cómo el amor propio vive, siendo interesado y queriendo demasiadamente gustos espirituales y regalos, los cuales muchas veces se suelen dar á los principiantes, como á niños flacos se les dá la leche para que no lloren y desmayen. Miren los tales que dijo Dios á su pueblo (1): *He habido misericordia de tí, porque te acordaste de mí en el desierto*. En el desierto tuvieron hambre y sed, y fueron los hebreos afligidos, y en el desierto de la sequedad padece el alma hambre y sed: y allí la martiriza Él de su mano para

(1) Hier., II, 2.

que se humille. Y acordarse entónces de Jesucristo, llamarle sin cansar y no dejar sus ejercicios espirituales, esto dice el Señor que es causa que use de misericordia con el alma ¿Quien duda, sinó que con las heladas del invierno el pan acepa y crece, echando raíces; y así con la sequedad del alma, con aquel frío que siente, hallándose tibia echa raíces de humildad, sin las cuales presto se llevaría el aire de vanagloria lo bueno que ha obrado? Sea, pues, la regla que se ha de tener, que pues en la oracion hay tantos frutos, que no se deje por sequedad que haya y aunque parezca que no hay atencion en ella, porque para ser meritoria basta la atencion primera y virtual, como en todas las obras que se hacen en caridad. Tambien para alcanzar lo que se pide, siendo justo, basta lo que bastó para ser meritoria. Para sentir gusto de Dios es menester atencion actual, y cuando éste quita el Señor, hémosle de dar gracias tambien, como cuando le dá por su misericordia.

Veis aquí, sierva de Dios, lo que deseabais saber para cumplir con vuestro estado santo de continencia perpetua. Doctores santos, como aquí leeréis, son los que dan estos avisos, que en esta epístola van escritos. Trabajad, que la vida es breve y el premio ha de ser eterno en el cielo, el cual os dará muy cumplido vuestro Esposo Jesucristo, Rey de infinita majestad.

ÍNDICE

Pág.

Prólogo. 5
Á Su Alteza el Príncipe nuestro señor. 11
Al cristiano lector. 19

EPISTOLARIO CRISTIANO PARA TODOS LOS ESTADOS

Epístola primera.—Al muy alto y muy poderoso señor el príncipe de Castilla don Cárlos. 23
Epístola segunda.—Para un obispo de las Indias.—Enseña cuán perfecto ha de ser un prelado. . . . 53
Epístola tercera.—Para un señor de vasallos de este reino. 107
Epístola cuarta.—Para un sacerdote. 163
Epístola quinta.—Para un religioso. 200
Epístola sexta.—Para una religiosa. 234
Epístola séptima.—Para un hombre casado. 273
Epístola octava.—Para una viuda. 299

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
16	11	sabido he Vuestra Alteza	sabido he que Vuestra Alteza
16	17	para	pasa
19	3	lector, que	lector, y que
19	14	contestar	conquistar
22	7	Paticiano	Poticiano
22	11	basta	bastó
31	1	piel	hiel
34	11	asimismo	á sí mismo
34	14	Pastor	pasto
35	7	*Regalisi nstitutio*	*Regalis institutio*
36	1	tiguieron	siguieron
38	11	lenidad	ciudad
43	27	si las de todos	si los dedos todos
53	10	cua	cual
53	20	ha de elegir	le ha de elegir
70	3	loada Santa Isabel	loada de Santa Isabel
77	5	gratifica	glorifica
80	nota (3)	I Tim., xxx	I Tim., iii
86	nota (5)	Psalm., cxiii	Psalm., cxviii
102	nota (1)	Matth., iv, 19	Matth., v, 19
103	5	vedor	velador
113	nota (3)	Ezeq., xii, 21	Ezeq., xviii, 21
113	nota (4)	II Reg., xviii, 13	II Reg., xii, 13
126	nota (3)	Matth., xxii, 50	Matth., xxvii, 50
141	12	Esteban	Estaban
156	nota (1)	Tit., i, 6	Tit., i, 16
196	11	reverdecía	reverdecería
197	nota (2)	Eccles., xxxvii, 17	Eccles., xxxii, 17
212	nota (4)	Isai., xxxvii, 15	Isai., xxxviii, 15
269	20	conoce	conoces

B. De Orozco
2

OBRAS

DE

FRAY ALONSO DE OROZCO

TOMO SEGUNDO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

OBRAS

DEL VENERABLE PADRE

FRAY ALONSO DE OROZCO

TOMO SEGUNDO

BARCELONA
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1882

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

EPISTOLARIO CRISTIANO

PARA TODOS LOS ESTADOS

EPÍSTOLA NONA

PARA UNA PERSONA ENFERMA

Trata de la paciencia que se ha de tener en la enfermedad

Que el Señor del mundo, hermano, os haya visitado con esa larga enfermedad, es gran misericordia suya, y por tal la habéis de estimar: no debemos ménos alabar su clemencia y bondad infinita por la enfermedad que por la salud, ni ménos darle gracias por la muerte, que por la vida: siempre es quien es, Padre de misericordia nuestro, y siempre nos ama con un mismo y entrañable amor: porque, como dice Santiago (1): *Acerca del Señor, no hay variedad ni la puede haber.* Las criaturas están como en continuo movimiento, y la más noble de este universo visible, que es el hombre, afirma el Santo

(1) Jac., 1, 17.

Job, y no lo contradice la experiencia, que jamas persevera en su sér. No hay rueda, que con gran velocidad se mueva, de tanta variedad como la del hombre. En una misma hora está triste y alegre: en un momento ama y aborrece una misma cosa; ahora quiere esto, y luégo no lo quiere. ¡Oh inconstancia espantosa! que no hay hoja de árbol que así á cada viento se mueva: nuestro Dios, Criador del mundo, inmutable es, y el amor que nos tuvo en eternidad, cuando en sí mismo nos conoció y amó, y determinó de hacernos bienaventurados, dándonos á sí mismo en el cielo, ese mismo nos tiene y tendrá siempre sin variar ni disminuirse una jota. Vale mucho esta consideracion para entender que con la misma mano de Padre nos aflige y consuela, nos dá la salud, y la enfermedad, y nos envía la vida y la muerte. Acá lo vemos cada día, que una madre que ama mucho á su único hijo, en quien tiene puestos sus ojos y amor, estando enfermo en la cama con la misma mano y amor. le da la purga amarga y un terron de azúcar, para que se le quite el mal sabor. No es ménos madre en dar la medicina desabrida al hijo que tanto quiere, que darle el azúcar dulce para su consuelo. Bien así nuestro Redentor Jesucristo, Padre y Madre nuestra, que nos parió con mayores dolores en su pasion que la graciosa Rachel á su hijo Benjamin, pues ella murió en breve y no queriendo, y nuestro Salvador se ofreció á las afrentas, dolores y muerte en cruz. Como quien tanto nos ama y tanto nos mostró el amor padeciendo, envíanos enfermedades y trabajos de su bendita mano, y cuando es su voluntad, y nos conviene, nos dá la salud y vida para que le sirvamos y amemos. Y pues tan padre se ha mostrado con vos dándoos esa cruz y enfermedad larga, oid ahora la mina rica que habeis hallado y el tesoro que os ha descubierto, para que en más le estiméis.

El santo rey David, conociendo con espíritu de Dios los grandes bienes que Dios tiene encerrados en las enfermedades, dice así: *Hanse multiplicado sus enfermedades, y des-*

pues se dieron priesa. Si no hubiese otra ganancia en la enfermedad sinó esta, no sólo se había de recibir con paciencia dando gracias á Cristo que la da, mas áun se había de desear, y venida, recibirla con alegría, las rodillas en tierra. Son los hijos de Adan gente perezosa para andar este camino del cielo: tienen los piés muy aplomados para obrar bien, y ligeros para hacer mal. Y como el caballo lerdo y perezoso ha menester el azote y el buey flojo en trabajar el aguijon, así esta carne perezosa y mal inclinada tiene necesidad de ser atribulada, para que vaya con presteza á Dios y al cumplimiento de su santa ley. No crió Dios así al hombre, cual ahora él está; muy hábil y lijero le hizo para todo lo bueno y santo; nada trabajara sirviendo á Dios, sinó con gran deleite pensara y obrara conforme á la voluntad del Criador, si él conservara aquel estado de inocencia: el pecado lo estragó todo y destempló aquella harpa divinamente afinada, que es el hombre exterior é interior. Era alto el estado, y de alta torre no puede ser sinó grande la caida. Bajó de Jerusalen á Jericó, y despojáronlo ladrones de todos los dones gratuitos, y áun quedó llagado en los naturales: ignorancia en el entendimiento, malicia en la voluntad, la potencia concupiscible y y la irascible desconcertadas, llagas son que dan gran dolor. Y quedó tan enfermo, que no gusta ni toma sabor en la virtud, sinó en el vicio: de suerte que á lo malo dice bueno y á lo bueno dice malo; á las tinieblas llama luz y á la luz tinieblas. El santo rey le pinta cual quedó, semejante á los brutos, que no tienen cuenta más de comer y beber y buscar deleites. Aquellas tres maldiciones que Dios echó á Adan y á Eva, y á la tierra, espiritualmente las experimentamos cada día, y no son acabadas. Nuestro espíritu ha de comer su pan, ganándolo con el sudor de su rostro; porque ha de orar y meditar, y obrar virtud con trabajo. Eva ha de parir con dolor, el cual no sintiera no habiendo pecado; y esto es que nuestra alma para obrar y hacer fruto, cumpliendo los mandamientos de Dios, ha de gemir y llorar; aquella mujer

preñada, que vió San Juan en el Apocalípsis, da voces para parir: y ésta es nuestra ánima, que sin dar gritos y llamar á Dios orando, no basta para ejercitarse en las obras cristianas. La tierra quedó maldita y da espinas y abrojos: y así lo es nuestra carne, que no sabe sinó criar malos deseos, y peores obras (1): *Del corazon salen los malos pensamientos, los hurtos y los homicidios y adulterios*, segun dijo nuestro Redentor, y San Pablo llamó á estas espinas (2) *obras de la carne*, porque de ella nacen y en ella se crian.

Ahora pues, viendo el buen hortelano, Cristo, el cual en tal traje apareció á la gloriosa Magdalena, que esta heredad por falta de labor está perdida, y que no llevará flores ni fruto bueno si no es arada y labrada, envíale dolores y enfermedades, para que, arrancados los cardos, y malas inclinaciones de los vicios, sea verjel del Señor, que de manzanas sabrosas. ¡Oh! ¡bendita el alma que con la Esposa da voces y llama al Esposo, Cristo, y dice (3) *Venga mi amado á su huerto, y coma de las manzanas de sus árboles*! Buenas son las flores, que son los pensamientos santos y las oraciones; mas han de ir acompañadas con frutos de obras santas, cuales las pide la santa fe que tenemos y ley de Dios. Y como la tierra sin labor lleva malas yerbas y espinas, y los árboles sin ser cultivados se hacen silvestres, así los hombres sin trabajos y enfermedades se ensoberbecen y se dan á deleites. Nuestro Padre San Agustin sobre estas palabras de David dice: Fueron multiplicadas las enfeemedades en los hombres, no para destruirlos, sinó para aprovecharlos. Y así, dice luégo el Profeta, viéndose enfermos, diéronse prisa: esto es, para buscar el médico que sana y remedia las almas con su divina gracia,

(1) MATT., XV, 19.
(2) GAL., V, 19.
(3) CANT., V, 1.

medicina universal para toda enfermedad, y bálsamo que todas las llagas de diversos pecados sana en un instante y sin quedar señal de fealdad en el alma. Acaécenos con Dios muchas veces como con los médicos corporales; en tanto que hay salud no nos acordamos del médico; olvidámosle, como á quien no hemos menester por entónces; mas cuando toca el dolor de costado y viene la calentura, que saca de tino con su gran calor, luégo nos acordamos de quien no había memoria ántes y amamos al que apénas conocíamos. ¡Oh médico soberano; Cristo Jesus, que este ingenio y artificio delicado tuyo es y de tus entrañas piadosas sale! Sabes, Señor, que con salud y prosperidad apánas se acuerdan los hijos de Adan de tí, pareciéndoles que no tienen necesidad, pues les va en todo prósperamente, y les hiere el viento de los favores y salud en popa. Mas tú, Señor nuestro, que dices que hieres, y sanas, matas, y das la vida, tocas con enfermedad y trabajo al que presumía de sí mismo, y le haces dar voces, y que te llame de corazon, doliéndose de sus pecados y haciendo penitencia. De esta manera humillaste al rey Manases y al rey Acab, para que implorasen la misericordia divina despues de tantos pecados y maldades como habían cometido. El rey Nabucodonosor, que se llamaba Dios, quitándole el reino por siete años y enviándole al campo á pacer con los brutos, le curaste Vos, mi Dios, de la postema ponzoñosa de su soberbia, y aquella tribulacion le volvió el seso. De manera que el que ántes era blasfemo y robaba el título de Dios, fué hecho predicador de la majestad del Dios de Israel, y dijo: Yo Nabucodonosor, engrandezco á Dios, Señor del cielo y de la tierra, el cual es poderoso de humillar á los que andan confiados en su soberbia. El rey Ezechías, Señor, cuando se vió enfermo y desahuciado por el profeta Isaías, volvióse á la pared y lloró é hizo oracion; y vuestra Majestad, usando de misericordia, le concedió quince años de vida. ¡Oh bienaventurada enfermedad, que tantos bienes nos traes contigo! tú nos haces volver el rostro á la

pared, y nos haces llorar nuestros pecados, y tambien nos haces orar y dar peticion al médico de nuestra salud y remedio, que es nuestro Dios. Notad aquí, hermano, tres grandes frutos y provechos que nos encamina la enfermedad, demas de otros muchos.

El primer fruto es que nos hace volver el rostro á la pared, que es mirar al sepulcro, á donde hemos de ir á morar en acabándose la vida. *Acuérdate de tus fines, y no pecarás jamas*, dijo el Sabio (1); acuérdate de aquel paso y agonía de la muerte, por donde has de pasar. Ten siempre memoria del juicio tan estrecho que tu alma ha de dar á Cristo, y áun no te olvides del infierno, purgatorio y cielo, para donde fuiste criado; y con tal memoria enfrenarás tus pasiones y malas inclinaciones. ¡Oh! válgame Dios: ¡qué de caballeros principales de todo el reino estarían visitando á su rey; qué de vajilla de vasos de oro y plata estaría en aquella sala para servicio del enfermo; y no quiso conversacion ni plática con alguno, ni le agradó mirar á la vajilla rica que allí tenía, ántes á todo puso silencio y á todo negó la vista y volvióse á la pared!

Lo segundo, la enfermedad lo hizo llorar. Cuando hay salud entienden los reyes en cazas, en juegos y en pasatiempos diversos: en tiempo de enfermedad, mayormente cuando aprieta y es grave, están presos en la cama, ayunan, haciendo abstinencia, velan, no pudiendo dormir, hácense procesiones, limosnas y peregrinaciones; y entónces gimen sus pecados, los confiesan, y piden á Dios perdon de ellos. Dice San Basilio que no todas las enfermedades vienen por curso natural, sinó que las envía Dios, unas veces para que sus amigos merezcan con paciencia, como al Santo Job, y al profeta Tobías, que le envió aquella ceguedad, viniendo de hacer una obra de misericordia, como es enterrar los difuntos católicos. Otras veces

(1) Eccles., VII, 40.

envía Dios la enfermedad, para que el alma sane de la enfermedad del pecado. Y conforme á esto, dijo nuestro Salvador al enfermo de perlesía, que había estado treinta y ocho años enfermo, ya que le había sanado. *Mira que ya estás sano; no peques de aquí adelante, porque no te venga mayor mal* (1). De aquí se entiende. De aquí se entiende que por sus pecados le había venido aquella enfermedad. Y como nadie haya que no tenga algun pecado por que Dios le castigue, será bien que el enfermo diga con Micheas: *Sufriré la ira y castigo de Dios, porque pequé* (2). Y este es gran tesoro que nos viene de la enfermedad, una memoria de los pecados pasados y un gemir y llorar nuestra vida mala pasada. El tercer fruto es que nos hace orar; y por eso se lee del rey Ezequías, que vuelto á la pared y llorando hizo una oracion devota al Señor. Esto es llamar al médico en nuestra necesidad, y dar priesa al cirujano que nos venga á poner el aceite y vino en nuestras llagas, como de aquel piadoso samaritano dice San Lúcas. De aquí es que el rey David daba voces: *Señor, entended en mi ayuda; Señor mio, daos prisa en favorecerme* (3). Y si le preguntamos qué quiere, responde en otro salmo: *Habed misericordia de mi, que estoy enfermo* (4). Gran merced es de Dios que el enfermo reconozca su necesidad y tenga voluntad de sanar, porque este tal será remediado, si perseverare en llamar á Jesucristo. San Basilio en una homilia dice que tres maneras hay de enfermos. Unos que tienen pequeña enfermedad y vanse á casa del médico: otros que están de tal manera enfermos que no pueden ir ni levantarse de la cama; y éstos llaman al médico que los visite y cure: otros son peores, á quienes nadie debe imitar, los cuales están frenéticos, que huyen

(1) Joan., v, 14.
(2) Mich., vii, 9.
(3) Psal. lxix, 1.
(4) Psal. vi, 3.

del médico, y ni se quieren curar ni toman las medicinas para su remedio y salud. De todo el mundo y de su enfermedad dice nuestro Padre: grande médico vino del cielo, porque grande era la enfermedad que tenía el hombre en la tierra. Las voces que daban Isaías, Jeremías y David y todos los profetas, invocando y demandando la venida del Mesías, no eran otras sinó decir que el Médico de las almas viniese á curar al hombre enfermo, pues el enfermo y tan caido no podía ir al médico. No remedió el sacerdote al hombre llagado de los ladrones, que le despojaron camino de Jericó: no tampoco el levita le curó, porque ni los sacrificios de la ley ni las ceremonias de ella eran bastantes para el remedio del mundo. El samaritano piadoso, Jesucristo, había de ser el único sacrificio que nos había de sanar y remediar, no con sangre ajena de cabrones y becerros, sinó con su propia sangre, como dice San Pablo, había de ser aplacado el Eterno Padre por los pecados del mundo. Estos son los celos que Dios tenía, no queriendo que hubiese más de un templo en todo el reino de Israel donde se ofreciesen los sacrificios y holocaustos, porque uno había de ser el templo y uno el altar santo de la cruz, á donde el cordero de Dios, Cristo, había de ser ofrecido por los pecados del universo. Y es gran lástima que haya entre los hombres gente tan enferma, tan sin juicio y frenética, que no quiera ser curada de la mano de Médico tan piadoso, que no á costa de sangre de otro, sinó dando la suya, no llagando al enfermo, sinó recibiendo él las llagas y azotes, sana y da vida á los enfermos pecadores hijos de Adan; ¿para qué diré más? Es tanta la sabiduría y piedad de Jesucristo en curarnos y remediarnos, que El recibió la purga amarga de hiel y vinagre en la cruz, para que nosotros quedásemos purgados y limpios de nuestros pecados. Y con todo esto, los infieles y herejes están tan locos, que huyen de tan sabio y piadoso Médico: y lo que más se siente ó se debe de sentir en las entrañas, es que haya cristianos tan perdidos y tan desatinados, tan em-

boscados en vicios y pecados, que no quieren hacer penitencia ni volverse á Dios. De éstos dijo Salomon: *El pecador cuando viene á dar en el profundo de los pecados, menosprecia* (1). Gran enfermedad es esta, y la mayor de todas, vivir en tanta ceguedad el pecador que menosprecia las promesas que Dios le hace del cielo, tiene en nada las amenazas del infierno, da de mano las medicinas de los sacramentos santos. Finalmente, como frenético desatinado, todo lo que es bueno menosprecia, y solamente ama su perdicion y sus maldades. ¡Oh, gente perdida y desalmada! que vosotros sois de quien dijo el Profeta, y así cada día os declaráis, diciendo: *Con la muerte hicimos alianza y amistad, y con el infierno estamos ya concertados* (2). Y si no lo decís con la lengua, lo decís y lo afirmáis con las obras y mala vida. Una oracion hacía el santo rey David, y siempre la habíamos de hacer todos: *Señor, no me trague el profundo, ni cierre la boca el pozo sobre mí* (3). Aquel profundo y aquel abismo, que es el menosprecio del remedio, que los malos suelen tener, no me ponga en su estómago, y el pozo, que es la desesperacion, no cierre su boca sobre mi alma.

Por lo dicho entenderéis, hermano, cuánto favor os ha dado Dios en esa enfermedad, pues con ella os ha dado conocimiento que ese es camino del cielo y purgatorio breve para más presto descansar con Jesucristo. De Tobías leemos que cuando se vió ciego no se entristeció. Esto de varones acabados es, que están muy asidos de Dios, y que con obras santas y oraciones continuas están ya hechos un espíritu con el Señor. Trabajad por llegar á tan alto estado, que saquéis contentamiento y alegría de esa enfermedad y de cualquiera otro trabajo. Y podréis cosa tan grande, si no dejareis la ora-

(1) Prov., xviii, 3.
(2) Isai., xxviii, 15.
(3) Psal. lxviii, 16.

cion que es gran medio para alcanzar la perfeccion. Y creedme, que por aquí vino á decir San Pablo: *Tengo grande gozo en mis tribulaciones* (1). Y de los Apóstoles leemos que iban con alegría de una audiencia en otra, porque eran afrentados y azotados por amor de Jesucristo. Considerad, que los tiranos, los Nerones y Majencios, perseguidores de los cristianos, ya cesaron; mas las enfermedades, tiranos que atormentan de piés á cabeza, los dolores y aflicciones, que aprietan muchas veces á manera de garrote, que hace gemir y gritar á la carne, no han cesado ni cesarán hasta que se acabe el mundo. De manera que si era menester tener paciencia para sufrir aquellos atormentadores de aquellos tiempos, tambien es menester tenerla en las enfermedades, so pena de perder el mérito grande que hay en ellas, y áun so pena de ofender á Dios, que los envía, y de escandalizar á nuestros hermanos. Y áun aquí hay una cosa que considerar, y es que en los tormentos y persecuciones de los mártires había ofensa á Dios mezclada con gran servicio que ellos hacían al Señor. Los perseguidores pecaban y los santos merecían la gloria. Este tirano que es la enfermedad, no trae malicia consigo, instrumento es y verdugo de la divina Majestad que no sabe lo que se hace; por tanto es más fácil de sufrir que no aquellos tormentos dados de mano del ofensor de Dios, que era cada un tirano. Y si queréis ver cuán grandes ocasiones tiene un enfermo de merecer gran gloria en el cielo, teniendo paciencia, considerad que San Pedro estando aherrojado con dos cadenas en la cárcel de Roma por mandato del cruel Neron, la noche que vino el ángel á librarle, se había quitado la ropa y le halló durmiendo, y tan dormido estaba, que fué menester darle un golpe en un lado para despertarle. Porque los amigos de Dios, como dice David, gozan de gran paz, confiándose de Dios, no

(1) II Cor., VII, 4.

no sintiendo culpa en su conciencia: por tanto, ni el temor de la muerte ni el trabajo de las cadenas y cárcel le quitaban el sueño. Aquí os pregunto yo ahora, hermano en Jesucristo, ¿cuántas noches en esa enfermedad os ha acaecido contar todas las horas del reloj, y dando vueltas en la cama no sosegar ni dormir una hora en toda la noche? No penséis que es menester pequeño ánimo para pelear en esa cama con un gigante tan fuerte como es la enfermedad, ni entendáis que es pequeña sabiduría vencer ese contrario con las armas de la paciencia. Nuestro Padre San Agustin manda que á los enfermos religiosos los curen y consuelen con gran diligencia, no sólo porque esto demanda la caridad y piedad cristiana, sinó porque sus hermanos le ayuden á pelear con la enfermedad, y que no tenga dos contrarios tan recios contra sí, la enfermedad, y la necesidad de lo que ha menester procurarse. ¿Quién duda, sinó que enfermedad y pobreza son dos martirios? Aquel bendito Lázaro, llagado y pobre que estaba á la puerta de aquel rico, en muriendo le llevaron los ángeles al seno de Abrahan, que no tocó por un momento en el purgatorio, como nota San Basilio: y la causa fué su gran paciencia y amor de Dios, con el cual venció generosamente aquellos dos contrarios: enfermedad y pobreza. Vos dad gracias á Dios, que si os dió un contrario quitóos el otro; si tenéis enfermedad, proveyó su clemencia de bienes temporales para poderla tolerar. Y áun tambien os debéis humillar, considerando que os trata Jesucristo como á flaco en daros el trabajo sencillo y no doblado; porque á fuertes trata Él como fuertes. Es cierto que no acabo de loar los juicios de Dios, y de admirarme como Él martiriza muchos cristianos que con nuestros ojos vemos, pobres y tullidos en sus camas, sin servicio y sin tener qué comer más de lo que la caridad de los católicos que los apiadan les reparte. El Señor, que los redimió con su sangre y vida, los esfuerce; que gran premio tiene en el cielo el que con caridad los visita y remedia. No sin gran razon dice nues-

tro Salvador que el día del juicio dirá á sus limosneros: *Hube hambre y disteme á comer; hube sed y disteme á beber; estuve enfermo y visitásteme* (1).

Venid benditos de mi Padre, y recibid el reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Vos, hermano, desde esa cama compadeceos de los enfermos y pobres. A Jesucristo dais lo que les repartís; Él se hace cargo de cada una limosna y Él la pagará con mano franca y liberal. Y pues el mismo Hijo de Dios tomó nuestras enfermedades, para aprender á conpadecerse de nosotros por la experiencia de nuestros trabajos y dolores, como dice el Apóstol, entended que tambien nos da Él la enfermedad, para que sepamos usar de misericordia con nuestros hermanos. *¿Quién enferma y yo no enfermo?* (2). Palabras son de aquel vaso de eleccion, que con aquella gran caridad que tenía, dice enfermar él con cada un enfermo. Esto es cumplir la ley de nuestro Salvador Jesucristo, consolándonos unos á otros, y ayundándonos á llevar nuestras cargas; á lo cual la caridad nos convida á todos los cristianos principalmente. Aquellos santos animales que vió Ezechiel heríanse unos á otros con las alas, como despertándose á volar. Para que por aquí entendamos el favor que nos hemos de dar unos á otros los cristianos. Cada vez que consuelo al afligido, le favorezco con limosna, le doy ejemplo de paciencia; finalmente, cuando le doy buen consejo, entónces le doy con el ala para que vuele y se remonte sobre todo lo visible, y dé gracias y alabe á Dios eterno é invisible. Por dos sermones declara San Agustin estas palabras de San Pablo, y dice cosas excelentes, y decláralo de dos maneras de enfermedades, unas espirituales y otras corporales; y las unas y las otras hemos de sufrir con caridad á nuestros prójimos. De manera que de esta doctrina de San Pablo entendemos que todos tenemos

(1) Matth., xxv, 35 y 34.
(2) II Jor., II, 29.

cargas y nadie nace sin ellas; todos somos enfermos y flacos, y tenemos nuestras pesadumbres propias, queramos ó no. El remedio es tomar el yugo de amor, al cual Cristo nos convida y nos dice ser suave, para que con tal ingenio las cargas de nuestros hermanos nos sean dulces y no penosas, nos den recreacion y no pesadumbre y trabajo. De los ciervos dice nuestro Padre, que caminan asentando la cabeza el uno sobre otro, por ser muy pesados de cabeza, á causa de las grandes púas que tienen; mas el que va delante no lleva la cabeza reclinada sobre nadie. Así el Rey del cielo Cristo Jesus, es la guía y capitan de todos los afligidos hijos de Adan; el cual sólo no tuvo sobre quien reclinar su santa cabeza. Él es aquel figurado David, á quien se llegaron todos los fugitivos, y que por deudas andaban retraidos, y es hecho su rey y príncipe. De aquí es que Él llama á todos los que llevan cargas pesadas, y tienen trabajos, para que descansen en Él y con Él. De manera que sus aflicciones llevó á solas, y lleva las de todos con su inmensa caridad. Esto es lo que dijo Isaías con verdad: *Él llevó nuestras enfermedades* (1). Cuando á solas tomó aquella pesada cruz en sus hombros, allí se cargó todos nuestros pecados y miserias, las cuales nadie bastara á llevar sinó el que tenía tan fuertes y grandes hombros, Dios y hombre verdadero. No sin gran misterio el rey Saul era más alto que todos los del pueblo de Israel, excediendo al pueblo de los hombros arriba; esta era figura de Jesucristo.

Mas aunque esto sea así, que Cristo, salud y remedio nuestro, llevó todas nuestras cargas y enfermedades, ordenó su Majestad, por darnos ocasion de gran merecimiento, que con caridad y amor nos ayudemos unos á otros, nos compadezcamos y demos favor á la manera que una mano se ayuda á otra. Y esta fué la principal muestra y señal que Él nos dejó,

(1) Isai, liii, 4.

para que nos declaremos ser discípulos de tal Maestro y vasallos de tan poderoso Rey: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amareis unos á otros* (1), dijo este señor del mundo. Cuán léjos van de esta doctrina celestial los que se persiguen y maltratan, los que como turcos no entienden sinó en cómo quitarán á sus prójimos la hacienda, la honra y la vida. Esta es la paz que el Hijo de Dios nos ganó con su sangre; este es el tratamiento de hermanos, que tan encargado nos dejó. Vos, hermano, á quien el Señor visitó con esa enfermedad, desde esa cama compadeceos de los enfermos y pobres, y cuanto pudiereis remediadlos y hacedlos visitar y consolar con vuestras limosnas, y entended que este es gran sacrificio que á Dios ofrecéis. Con tales medios, Jesucristo os enviará salud, si Él es servido que la tengáis, y sinó os dará otra cosa mejor, que es gran paciencia y contento con la voluntad suya. Y porque mejor os consoléis en ese trabajo y enfermedad, oid una epístola de San Jerónimo, en la cual él consuela á Marcela, que tenía una hija suya, llamada Blesila, con gran enfermedad. Dice, pues, San Jerónimo:

¡ Abrahan fué tentado en su hijo y fué hallado muy fiel. José fué vendido y llevado á Egipto, para que allí sustentase á su padre Jacob. El rey Ezechías, estando cercano á la muerte, fué espantado, y llorando se le dieron quince años de vida. San Pedro temió en la Pasion del Señor, y llorando con amargura sus pecados, despues oyó aquella palabra admirable: apacienta mis ovejas. San Pablo, perseguidor, fué derribado en tierra y cegado, y allí llamó Señor al que perseguía como á hombre. Así, mi Marcela, nuestra Blesila hemos visto con fuego ardiente de calentura treinta días há, para que sepa menospreciar los regalos del cuerpo, que presto ha de ser comido de gusanos. Ya vino Jesus á visitarla y tocóla con su bendita

(1) JOAN., XIII, 35.

mano, y dando una voz: Blesila, levántate, se levantó, y ella sabe que debe la vida al Señor, que se la dió; ya el cuerpo estaba casi difunto y apénas la muerte cercana no la dejaba alentar. Díme, ¿dónde estaban entónces los favores de los parientes? ¿Qué eran, ó qué aprovechaban las palabras y ofrecimientos más vanos que el humo? No te debe nada, oh ingrato parentesco, la que ya era muerta al mundo y vive en Cristo. Maravillosa doctrina es la que este santo doctor aquí nos da, enseñando por tantos ejemplos el gran fruto que trae consigo la enfermedad y la tribulacion que Dios envía. Jamas supiéramos tan á la clara el gran amor que Abrahan tenía á Dios, si no fuera examinado y probado en aquella tan recia tentacion, cuando el mismo Señor, que le dió á Isaac, mayorazgo tan amado, le mandó que se le matase y se le ofreciese en sacrificio en un monte. Y esto no en el día que se lo mandó, sinó allá al tercero día, porque en tan largo tiempo penase más y el corazon con que tanto le amaba fuese más afligido y martirizado. Tambien aumentó este tormento haberle de matar con su propia mano y no con la ajena. ¡Oh gran Dios! ¡cómo sabes lastimar á los que te aman, para darles mayores consolaciones áun en esta vida! Cada golpe que daba el santo viejo cuando hacía la leña para el sacrificio era una lanzada que le traspasaba las entrañas, porque si el mancebo Isaac ignoraba el secreto, el santo patriarca bien sabía que con aquella leña había de quemar á su amado hijo, que él quería más que á su propia vida. Tres días le tuvo por muerto y con tales ojos le miraba, deteniendo las lágrimas con el freno de la prudencia, por no turbar á su hijo. Retrato y figura clara de los tres días que la Reina del cielo padeció extraño tormento, cuando el niño Jesus se le quedó en el templo, siendo de doce años. Y áun representó este trabajo de Abrahan aquel martirio de la sacratísima Madre, que no vió á su bendito Hijo en los tres días, hasta que resucitó. Mas al fin el santo Abrahan fué consolado, sacrificando en lugar de Isaac un carnero

que el ángel le enseñó, diciéndole que no tocase á Isaac. Y tambien la Señora del mundo vió su Isaac resucitado. Porque ya tiene Dios tal estilo con sus amigos, que cuanto es mayor la tribulacion, tanto es mayor la consolacion, y áun mucho mayor. De aquí es lo que David dijo (1): *Segun la multitud de los dolores de mi corazon, vuestras consolaciones, Señor, alegraron mi alma.* ¡Oh! ¡cuán cierta es esta verdad y cuán á la clara la experimentamos cada día! Cuarenta horas lloraron los Apóstoles la muerte y ausencia de nuestro Salvador Jesucristo, y cuarenta días despues de resucitado se detuvo en la tierra para visitarles muchas veces y consolarlos, como en pago de aquellas lágrimas y gemidos que dieron en su sagrada muerte. Por esto los santos llaman á los trabajos y no huyen de ellos, abrazan las tribulaciones y no les dan de mano. El Santo Job suplicaba y decía á Dios (2): *Señor, esta sea mi consolacion, que afligiéndome con dolor, no me perdonéis.* Y el santo rey David decía (3): *Probadme, Señor, y tentadme.* ¡Oh varones animosos! ¡oh amigos de Dios! ¡cuán entendido teníais el tesoro que está encerrado en la tribulacion, pues no pedíais prosperidades, sinó trabajos ; no demandabais regalos corporales, sinó aflicciones! Y áun Santiago dice: Estimad, hermanos muy amados, á gozo grande cuando padecéis diversas tentaciones: quiere decir, no os entristezcáis cuando Dios os envía trabajos y enfermedades ; alegraos y gozaos con ellas, que ese es el camino del cielo, la escala de la bienaventuranza y el camino para ir á gozar de Dios.

En el capítulo nono de la *Victoria del mundo* tratamos como los trabajos de los amigos de Dios no son trabajos ni merecen este nombre; favores son de Jesucristo, y mercedes muy crecidas que hace á sus amigos. Leed aquel capítulo,

(1) Psal. xciii, 19.
(2) Job., vi, 10.
(3) Psal. xxv, 2.

que será alguna parte para vuestro consuelo. En manera que ni la obediencia de Abrahan quedara para siempre declarada, si Dios no le tentara; ni la paciencia de José, que fué vendido de sus hermanos y encarcelado por falso testimonio, se conociera; ni la humildad del rey Ezechías se manifestara, si nuestro Señor no le enviara aquella grave enfermedad. Tambien dijo San Jerónimo que la divina bondad cegó á San Pablo para darle nuevos ojos y nueva vista en el alma. Derribóle para sublimarle : enfermóle en el cuerpo para sanarle en el espíritu. Notad estas ganancias, hermano, y alabad á Dios por esa enfermedad; y como dice el Sabio (1): *En tu enfermedad manifiesta tu conversion.* Esto es decir que no seáis pesado á los que os sirven, no os enojéis por cada nonada, como hacen los mal sufridos, que llevan la enfermedad por fuerza y como á palos. Estos pierden el mérito, dan tormento á los que con ellos tratan, y á sí mismos son crueles, haciéndose así verdugos, para más daño de su salud corporal y espiritual. No pongáis toda vuestra confianza en la sabiduría de los médicos, ni de las medicinas, sinó en Dios, salud y vida eterna, porque no se diga de vos lo que de aquel rey Assa, teniendo su esperanza en el arte de los médicos, y no en el Señor ; con el gran dolor de los piés murió.

Nota San Basilio que aunque el rey Ezechías sanó con aquel emplastro de higos, no atribuyó su salud á la medicina, sinó al que la crió. Y así enseñado, fué á orar al templo, y allí dió gracias á Dios. Nada pudo el fuego contra los tres niños hebreos en Babilonia, porque Dios, que es causa primera de todas las causas, no concurrió, y así nada pueden los manjares, ni las medicinas, si no pone su mano en ellas el Criador. En manera que hemos de dar dobladas las gracias á nuestro Salvador, cuando por medio de las medicinas

(1) Eccl., xviii, 21.

nos da salud. Una vez le hemos de alabar, porque las crió, dándoles aquella virtud, y otra porque Él concurrió con ellas para que nos aprovechasen. La Escritura Santa dice (1): *El Altísimo crió la medicina, y el varon sabio no la aborrecerá.* Como es malo confiar demasiadamente en la medicina, tambien es malo cuando hay necesidad no usar de ella, y áun podría uno ser homicida de sí mismo no tomando medios humanos para su salud. San Pablo escribió á un discípulo que bebiese un poco de vino, por causa del dolor de estómago que padecía. Y siendo él quien sanaba los enfermos y resucitaba los muertos, no quiso suplicar á Dios que sanase al que era su discípulo. Por donde entendemos cuánto servicio hace á Dios el que mira por su salud, pues el Apóstol robado al tercer cielo se bajó á hacer oficio de médico, mandándole que bebiese vino. Y áun de aquí entendemos cuánto cumple á los siervos de Dios tener enfermedades y ejercitarse en la virtud admirable de la paciencia, pues sanando el Apóstol á tantos no sanó á su discípulo Timoteo de aquella enfermedad ordinaria del dolor de estómago y otras enfermedades que padecía.

Y áun nota San Basilio que San Pablo ordinariamente estaba enfermo, porque el que tantas maravillas y milagros hacía en virtud de Jesucristo se humillase y se reconociese hombre flaco. Y por ventura aquel estímulo de la carne, de que él se quejaba, y por el cual suplicó tres veces á Dios que se le quitase, era dolor de hígado terrible, como San Ambrosio lo declara. Y áun él mismo dice: En estas cosas que padezco de mi enfermedad me gloriaré. Y porque aquella enfermedad tan recia le estorbaba de la predicacion oraba una vez y otra, suplicando á Cristo que si era servido se la quitase. ¡Oh admirable cosa! respondióle el Señor: Bástate mi

(1) Eccl., xxxviii, 4.

gracia, porque la virtud en la enfermedad se perfecciona. Admírase nuestro Padre San Agustin: ¿Cómo, Señor y Padre de misericordias, pide el pueblo de Israel rey, diciendo Vos que no les conviene, y porfiando en pedir se le dais; demandan los demonios que ya que los lanzáis de un hombre los enviéis á unos cochinos, para que se entren en ellos, y se lo concedéis: y pide vuestro Apóstol que le quitéis aquel trabajo, y se lo negáis? Tambien vuestros dos primos, San Juan y Santiago, os piden las sillas y tronos primeros en vuestra casa real, y les ofrecéis cáliz y cruz. De aquí entendemos que muchas veces Dios da lo temporal, así como indignado, y dándolo castiga á los malos, como á la verdad castigó á su pueblo con aquel mal rey Saul. Y cuando envió codornices al pueblo ingrato y murmurador, dice el Rey David *que estando comiendo descendió la ira de Dios sobre ellos* (1). Mas á los amigos niégales lo que es temporal y momentáneo, la riqueza, salud y honra mundana, y dales otra cosa mejor de lo que pedían para su salvacion. Mucho mejor era la gracia y favor de Cristo, la cual se la dió á San Pablo, que no el quitarle aquella tribulacion ó enfermedad que padecía. Y más les valía á los dos primos el cáliz del Señor que las honros vanas que demandaban. Y áun á nosotros nos valen más los trabajos que los descansos y los dolores y enfermedades que la salud que deseamos. Ahora nos lo dijo San Jerónimo hablando de la enfermedad de aquella doncella Blesila, que con la calentura que la afligía menospreciaba los regalos del cuerpo. ¡Oh! ¡qué poco vale el mundo todo, cuando la enfermedad fatiga al enfermo! ¡oh! ¡cuán poco gustan de las riquezas y los favores de los hombres y cuánto reposo trae consigo la buena conciencia, las obras buenas y vida cristiana pasada! allí parece quién es el mundo y su fealdad, allí se le

(1) Psal. lxxvii, 31.

quita el rebozo y declara su gran engaño, y áun allí parece la poquedad y miseria de toda criatura, pues todas no bastan á dar aquel tesoro tan rico y tan en poco estimado como es la salud. Finalmente, como sea tan continua la batalla entre el alma y el cuerpo, que diga el Apóstol: *La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne* (1). Qué gracias y alabanzas debemos al Señor que nos da maniatado y cautivo tan gran enemigo. Jacob y Esaú ántes que nacidos peleaban. Ismael y el santo niño Isaac no se llevaban bien aunque hermanos: ni esta carne dejará de hacer guerra á nuestro espíritu, ni hay que fiar de ella en esta vida. Jezabel es el que persigue al profeta Elías. Herodías, que trabajaba por matar al Bautista San Juan: y Dalila es engañadora del fuerte Sanson, que es nuestro espíritu. Pondera San Bernardo aquellas palabras del santo rey David: *Porque vuestras saetas, Señor, están en mi hincadas, y confirmasteis sobre mí vuestra mano, no hay sanidad en mi carne delante el rostro de vuestra ira* (2). Las saetas que Dios envía, dice este Santo, son los trabajos y enfermedades, y así confesó que no había salud en su carne, y esta es gran merced, pues la fortaleza de la carne es enfermedad del espíritu, y al reves, la fortaleza del espíritu es enfermedad de la carne. Dichoso aquel de quien se dijere: *El espíritu está pronto, y la carne está enferma* (3). No, al contrario, es bien que se diga: La carne está fuerte y robusta, y el espíritu flaco. Estas saetas suframos con gran ánimo: padezca esta carne dolores y trabajos, que, como San Pablo nos avisa, poco va en que este hombre de fuera se deshaga y corrompa, pues está de dentro el hombre principal, que se renueva y fortalece cada día con la virtud de la gracia y ejercicio de obras cristianas.

(1) Gal., v. 17.
(2) S. Bern., serm. 29 super can. Ps. xxxvii, 3 y 4.
(3) Matt., xxvi, 41.

Y para que habiendo leido esta epístola podáis con brevedad leer la suma de ella y sacar algun fruto, oid algunos documentos para que os consoléis en esta enfermedad.

El primero sea que pues muchas veces Dios da el azote de la enfermedad en el cuerpo, castigando el pecado que está en el ánima, como parece en el paralítico de la piscina, al cual nuestro Salvador dijo que se guardase de pecar porque no le viniese otro mayor mal, conviene que el enfermo cristiano se duela de sus pecados y se confiese y reciba el Santísimo Sacramento del Altar. Esta es la primera y más excelente medicina para la una salud, y la otra para la espiritual y corporal. Esto es curar de raíz la dolencia y adversidad que Dios le ha enviado. Y si no tiene hecho testamento en salud, ordénele y no espere á la agonía de la muerte, que es tentacion del demonio dilatar cosa tan santa y tan acepta á Dios. En esto han de trabajar mucho los confesores y los médicos, aunque no haya tanta necesidad, porque muchas veces falta tiempo para lo que tanto conviene; yo creo que los médicos no aciertan á curar las enfermedades de muchos porque no hacen curar primero el alma, á donde está la causa de la enfermedad. ¿Quién es el cirujano que pone ungüentos en la herida estando la saeta dentro de la llaga? Saeta es que tiene atravesada el alma cada pecado mortal; el que quisiere que las medicinas aprovechen al paciente, haga primero que la saeta de la culpa vaya fuera por la penitencia.

El segundo documento es que en vuestra enfermedad imitéis al rey Ezequías, el cual, viéndose enfermo, volvió la cabeza á todo, no haciendo caso de riquezas, ni honra, ni de cosa alguna: miró á la pared del sepulcro, y oró á Dios y lloró. Estos son tres grandes bienes que trae consigo la enfermedad: olvido de conversacion de hombres, menosprecio de las riquezas y dolor de los pecados. Si todo esto vos hacéis, hermano, tesoro rico os ha venido con esa enfermedad: plegue á Jesucristo que os dé su espíritu para esto.

El tercer documento es que la enfermedad os sea un estímulo ó despertador, para con más priesa volveros á Dios. Esto es imitar al rey David, el cual decía: *Llamé al Señor cuando me ví atribulado, y oyóme* (1). Esto es propio de los hijos, en viéndose fatigados, irse á favorecer de su padre: y áun los niños, en viéndose maltratados, se van llorando á los brazos de su madre; por donde entendemos ser arte y ardid de Dios, que para que nos vayamos á Él y nos despeguemos de las criaturas nos envía aflicciones y trabajos. Pone, como la madre que quiere destetar al niño, acíbar en los pechos, aunque esto no es falta del amor, que al fin madre es, sinó deseo que tenga más fuerzas y crezca más, comiendo más recios manjares.

El cuarto aviso es que el enfermo en sus dolores piense y considere los terribles dolores de Cristo, los cuales excedieron á todos los de los mártires que hubo y habrá en el mundo. Prueba esto Santo Tomás, porque su muerte fué larga y la más dolorosa, que es muerte de cruz: tambien porque fué atormentado en lugares muy sensibles, en las manos y piés, que son muy nerviosos, y allí hay gran sentimiento: en la cabeza le pusieron corona de espinas, que fué dolor que no se puede encarecer. Fué todo el cuerpo llagado, porque no había miembro del cuerpo místico sin enfermedad de pecado, salvo la Vírgen, su Madre, preservada de toda culpa. Crecieron sus dolores, porque ningun consuelo tomaba para sí en ellos, y los mártires tenían grandes recreaciones en sus tormentos del Espíritu Santo, que los consolaba: y así lo manifestaba su gran alegría, pues el enfermo que así considerare aquella terrible Pasion del Señor, le parecerá regalo su enfermedad, en la cama padecida y no en cruz dura, cual fué la cama de Cristo.

El quinto documento es que toda la confianza de vuestra

(1) Psal. cxix.

salud pongáis en nuestro Dios, de cuya mano recibimos todo cuanto tenemos, el sér la salud y la vida, y todos los bienes de naturaleza y de gracia. Por esto dijo el santo profeta David: *Del Señor es la salud, y sobre tu pueblo estará la bendicion* (1). Y en otro salmo dice: la vida está en su voluntad. De manera que las medicinas son medios que Dios dió y crió para que le demos dobladas gracias. Hémosle de loar porque nos da la vida, y tambien porque nos da los manjares con que nos sustentamos: y hemos de alabarle, porque nos da la salud y las medicinas con que la restauramos cuando caemos enfermos. Gran desatino hace el que toda su confianza pone en los médicos y medicinas, y olvida lo principal, que es orar, dar limosnas, hacer decir misas y otras obras cristianas. Este tal será como aquel rey pecador Assa, que en su enfermedad no invocó á Dios, confiado del arte de los médicos, y así murió miserable con terribles dolores.

El sexto documento es que entendáis que esa enfermedad os dió Jesucristo para que aprendáis á compadeceros de los que padecen trabajos y tienen enfermedades. Bienaventurado el que con San Pablo dice: *¿Quién enferma y yo no enfermo tambien?* (2). Verdad es que la caridad sola basta, áun teniendo salud el cristiano, para sentir los trabajos ajenos como propios; mas cuando con esta caridad se junta la experiencia parece que añade sentimiento. ¿Por qué, veamos, nos llama el Apóstol miembros de tan noble cabeza como es Cristo, sinó porque nos amemos como hermanos y nos ayudemos y compadezcamos unos de otros: y á la manera que los ojos, siendo el más noble sentido, se bajan á mirar la herida del pié y las manos se ocupan en curarla, los generosos y ricos se bajen á consolar y curar al menor de los pobres por amor de Jesucristo?

El séptimo documento es que en esa cama enfermo peleéis

(1) Psal. III, 9.
(2) II Cor., XI, 29.

animosamente con ese tirano, que es la enfermedad: el cual os envió Cristo para que hagáis penitencia, no como vos la quisierais hacer en salud, sinó como lo ordena su santísima voluntad. En ese ayuno que ahí hacéis no hay tentadora, que es la vanagloria: y en esa penitencia y vigilias no durmiendo, no hay ocasion de soberbia. Todo es humildad cuanto nos predica la enfermedad, para que reconozcamos ser flacos y para poco. Escuela es donde se nos lee muy alta y delicada filosofía, por la cual bajemos los pensamientos altivos y cese toda ufanía y presuncion. Crisol es donde se refina el oro de la paciencia y se desecha toda escoria de pecado pasado, teniendo contricion de él, y confesándole y recibiendo absolucion santa y saludable penitencia. El profeta Tobías lo escribe, y para gran consuelo nuestro se escribió: vos sois, Señor, el que en la tribulacion perdonáis los pecados. Segun esto, hermano en Jesucristo, esa cama y enfermedad purgatorio es: sufridle con todo contento, y alabad á Jesucristo, enfermo en la cruz para sanar todas nuestras enfermedades. Gozáos, que presto se acabará ese trabajo y no tendrá fin el galardon que por él se os dará, cuando saliendo de este destierro, dejada la cárcel del cuerpo, gocéis la vista beatífica de nuestro Redentor Jesucristo, descanso de los ángeles y gloria de los querubines.

EPÍSTOLA DÉCIMA

PARA UN PREDICADOR

Trata de la dignidad y dificultad que hay en el oficio de predicador

Mucho alabo á Jesucristo, Padre, que habéis ya pasado por tanto trabajo del estudio de las artes y teología escolástica, y estáis muy ejercitado en la Escritura divina y Doctores sagrados, para comenzar á sembrar la semilla de la divina palabra en la tierra buena de las ánimas de los cristianos, de donde el principal sembrador, Cristo Jesus, saque el fruto que su Majestad desea. Deseáis saber (segun vuestra carta declara) algunos avisos para ejercitar tan excelente oficio, del cual el Hijo de Dios se preció y con tanto trabajo y cuidado ejercitó en esta vida; y áun San Pablo afirma no haberle el Señor enviado á bautizar, sinó á predicar. Es cierto que pasa de treinta años que yo con mi rudeza (mandándolo la obediencia santa) he usado este dificultoso oficio, y con verdad podré decir lo que el santo rey David dijo en un salmo: Mirad que ahora comienzo, porque si por una parte consideramos la materia de la predicacion, que es declarar la sagrada Escritura, ésta es tan profundo piélago, que nadie hay que le halle suelo. Y la razon es, porque son palabras de Dios y representan el poder, saber y bondad del que las habla, que es eterna é infinita Majestad. Y representando al que es infinito y no se puede comprender, guarda para sí esta condicion de Dios, siendo ellas incomprensibles. Nuestro Padre San Agustin, escribiendo á Voluciano, el cual le pregunta ciertas dificultades de la divina Escritura, dice así: Yo te confieso, Voluciano, que es tan grande la profundidad de la Escritura Sagrada, que ahora, á la ve-

jez, comienzo á entender algo de ella. Y así digo que aquello del Eclesiástico está bien dicho, del que más sabe de esta ciencia: cuando el hombre fuere acabado y perfecto, entónces comienza.

No se pudo más encarecer la gran dificultad que tiene la Sagrada Escritura, que aquí nuestro Padre la encareció, alegando esta autoridad del Sabio, y quiere decir que cuanto más alguna persona de vivo ingenio y de letras se ejercitare en la Escritura y se encaneciere estudiándola un año y otro, entónces entenderá mejor lo poco que ha sabido con lo mucho que le queda por aprender. Parece esto como lo que dijo aquel gran filósofo: Una cosa sola sé, y es que no sé nada (1). ¿Por qué, veamos, oraba tan frecuentemente el rey David (2): *Señor, enseñadme vuestras justificaciones, enseñadme vuestra ciencia*, sinó porque la oracion humilde es un mismo pozo de escritura? siempre halla mil novedades y secretos que aprender, pues no sólo esto que toca á la materia de la predicacion es cosa ardua y que no tiene fin; mas si por otra parte consideramos la forma, que es la manera como se ha de predicar, que no es pieza ménos principal para persuadir con eficacia el aborrecimiento de los vicios, el amor de las virtudes, el dolor de los pecados y el deseo de volverse el alma de veras á Dios, el amar á Dios y al prójimo, norte donde miran la ley y los profetas, ¿quién no dirá que excede toda habilidad y fuerzas naturales empresa tan alta? ¡Oh, cosa maravillosa! y á donde es menester gran favor del cielo, dar vuelta á un corazon terreno y hacerle que sea celestial; y áun el alma, que era cueva de ladrones, aposento de bestias fieras, que son los vicios, y casa de demonios, como San Juan dice de aquella Babilonia desventurada, hacer que sea paraíso abreviado de Dios y verjel donde se regocijen los ángeles; ¿á quién no admira obra tan

(1) Sócrates.
(2) Psalm. cxviii.

excelente? De verdad no se hallará entendimiento, por bajo que sea, que no entienda ser una obra ésta que excede todas las fuerzas naturales, en la cual ha de dar Dios con mano franca su favor y gracia al predicador.

Cuanto al primero, que es estudiar y entender la Sagrada Escritura, conviene, Padre, que leáis con mucha atencion los libros de doctrina cristiana, en los cuales nuestro Padre San Agustin da grandes avisos, así para exponer las letras divinas, segun aquellas siete de Tichonio, que este santo doctor allí trae, como para usar de colores retóricos y saber persuadir en la predicacion lo que proponemos al pueblo. Tambien trae excelentes documentos San Gregorio en el tercer libro de su pastoral por treinta y seis capítulos, declarando la manera como hemos de amonestar á cada un estado que sirva y ame á Dios. Son cosas notables aquéllas y autoridades de la Escritura las que allí alega, que sería cosa larga ponerlas aquí. Será bien que las leáis y que con atencion las miréis. Demas de esto da mucha luz leer á Driedon para entender la Sagrada Escritura, el cual recopiló muchas sentencias de los santos doctores para enseñar y dar á entender los secretos de la Escritura divina. Mas al fin, como nuestro Padre dice, las dudas que levanta la leccion declara la devota oracion. Conviene leer santos doctores, y nadie se ha de atrever á predicar sin haber leido mucho primero; mas á todo excede la oracion humilde, y sin ésta no bastan las letras, habilidad y diligencia del estudio. Las letras humanas con una habilidad y con cuidado déjanse entender, como lo vemos en Aristóteles y Platon y otros sabios filósofos; mas las letras divinas requieren espíritu y gran humildad y oracion continua para ser entendidas. Todo lo dicho vemos en Salomon, que no estudiando, sinó orando, alcanzó tan excelente sabiduría como nuestro Dios le comunicó. En tanto que de él afirma la Escritura, que ántes de él, ni despues, no hubo sabio mayor que él. Los Apóstoles por oracion alcanzaron la inteligencia de aquella parábola oscura del

sembrador que el Señor predicó. Y así dice el Evangelista que estando á solas con nuestro Salvador le dijeron (1): *Señor, declaradnos esta parábola*, y Él respondió á la oracion humilde de los discípulos y la declaró; de manera que el secreto que no entendieron en el sermon, merecieron entender por la oracion. Tambien la otra parábola que el Salvador del mundo predicó cuando dijo (2): *Lo que entra por la boca no mancilla el corazon*, porque oraron se la declaró. ¡Oh, Padre! ¡cuán breve, cuán suave y cuán provechosa es esta manera de estudiar orando y contemplando! creedme, que no es de todos, sinó de los que están muy llegados en espíritu con Jesucristo; de los que despues de haber revuelto muchos libros paran en aquel libro de la vida, nuestro Redentor, el cual dice San Juan que está *escrito dentro y tambien defuera* (3). Es hombre y Dios; por tanto está escrito con doblada escritura; la de fuera está impresa en su santísimo cuerpo, en el cual padeció y sufrió muchas llagas, bofetadas y dolores para que áun los simples sepan leer y entender y gustar cuán suave es el Señor, que tanto amó y sufrió por nuestra salud y remedio. De aquí es lo que San Agustin dice: Por las aberturas de las llagas de mi Redentor me es lícito gustar la gran dulzura de mi Criador. En ellas descanso y en ellas tengo gran reposo. Este es aquel único refugio y consuelo que el profeta David dice que han de hallar los erizos en la piedra fortísima, que es Cristo. Mas para los ciervos hay unos montes altísimos, que son las consideraciones de la unidad de esencia en Dios y de la trinidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esta es escritura de dentro: está impresa en la divinidad del Salvador del mundo. Los ciervos ligeros que pasean estos montes son los teólogos y predicadores, que suben muy alto con deseos

(1) MATTH., XIII, 3 y 36.
(2) MATTH., XV, 11.
(3) APOC., V, 1.

inflamados de fe y amor de Dios. Y de aquí es que por la oracion santa muchas veces entienden más en una hora que leyendo en los libros en un año. Y acordaos, Padre, para que os deis mucho á estudiar, orando, que en oracion dice San Lúcas que estaban los Apóstoles el día de Pentecostes, cuando el Espíritu Santo vino sobre ellos en lenguas como de fuego y llenó sus almas de su divino amor. Este les enseñó cosas muy altas, los fortificó y dió ánimo para romper con el mundo, y sin temor de las cárceles, azotes y muerte, dar voces públicamente, predicando que Cristo era Hijo de Dios. Y porque su lengua es manifestadora del corazon, abrasados con tal fuego de amor divino, dice San Lúcas que hablaban las grandezas de Dios, los milagros famosos de Cristo y la vida inocentísima que treinta y tres años vivió. Y han de notar los predicadores que se extrañan de ir algunas veces al coro, que los Apóstoles juntos estaban y orando, como lo recuenta San Lúcas, cuando vino el Espíritu Santo y los llenó de su gracia, y los habilitó para predicar á Jesucristo y sus grandezas. Mucho va de la oracion comun á la particular, y gran diferencia hace rezar en la celda el oficio divino ó en el coro delante del santísimo Sacramento, fuego de infinito amor, del cual saltan centellas, que áun á los corazones fríos dan calor y gran regalo. Hasta que vino el tañedor de un salterio no profetizó Eliseo, y en tañendo fué hecha la mano de Dios sobre el profeta y dijo excelencias. Para que entendamos que oyendo en el coro la música del salterio de David y alabanzas divinas, suele Jesucristo alumbrar nuestros entendimientos é inflamar nuestras voluntades, de tal manera que allí se comunican grandes secretos de la Sagrada Escritura. No haya día, Padre, que á lo ménos tres veces no os presentéis en el coro, á vísperas, á completas y maitines de prima noche, cuando los enfermos y ancianos que no pueden levantarse á la media noche se juntan á rezar; y creedme, que aunque al principio se os haga algo penoso, que

usándolo os será muy suave, y no os hallaréis sin esta costumbre santa, de gran servicio de Dios y de gran ejemplo para los coristas, que trabajan de noche y de día en este verjel celestial. Y tened por cierto que esto no estorba al predicar, sinó que ántes ayuda mucho, y áun cuando los cristianos nos vienen á buscar al monasterio, no poco alaban á Dios, hallándonos en oficio tan angélico loando á nuestro Criador y Redentor. Responde á todo lo dicho aquella promesa que Dios hace al que se emplea en oracion: Ofrecermeha sacrificio de alabanza, honrándome, y allí está el camino con el cual le enseñaré mi Salvador. ¿Qué más claro, y con qué palabras más encarecidas se pudiera manifestar el tesoro que está escondido en la oracion? Ella es sacrificio que damos á Dios como terneros de nuestros labios, segun dijo el profeta; en ella ofrecemos toda el alma con aquel acto principal de la religion, virtud excelente. Nuestro entendimiento es ofrecido á Dios por la fe alumbrado; nuestra voluntad es sacrificada por la caridad con que á Dios amamos, y nuestra memoria por la esperanza es allí dedicada á Dios. En esta oracion está el camino á donde el Padre eterno nos da noticia de su Hijo, salud y remedio nuestro, y no hay más que saber, porque quien conoce al Hijo conoce al Espíritu Santo y al Padre. Y no de cualquiera manera el alma santa conoce á Jesucristo, sinó de conocimiento afectivo, que es conociendo amarle y darle todas sus entrañas y corazon. *Nada sé entre vosotros*, decía el Apóstol (1), *sinó á Cristo, y éste conozco crucificado.*

Y para que de oficio tan excelente y juntamente dificultoso como habéis, Padre, recibido y la obediencia os ha mandado, digamos algo, remitiendo lo más y principal de él al Maestro celestial, del cual dijo nuestro Salvador: *La uncion os enseñará todas las cosas* (2), notaréis lo que dicen los

(1) I Cor., II, 2.
(2) Joan., XIV, 26.

maestros de la retórica. Conviene que el retórico sea varon bueno y sabio para hablar. De notar es que este filósofo (1), aunque infiel, fundó sobre la bondad y virtud, la retórica y arte de bien hablar, porque la razon dice, que si el retórico vitupera los vicios y la injusticia, que es cosa fea y monstruosa que él sea vicioso y malo, y que pues ha de loar la justicia y la virtud, que no es justo que la deshaga y afrente con la obra. Luego gran órden lleva esta doctrina y sentencia de este sabio; conviene que el retórico sea bueno y virtuoso y sabio para hablar. Este es aquel consejo tan notable que San Pablo dió á su discípulo, obispo y predicador evangélico (2): *Mira que te manifiestes por ejemplo de todos los bienes;* quiere decir, ten aviso que en tí resplandezcan todas las virtudes que persuades y alabas; vean en tu vida la paciencia, la humildad y benignidad, que por palabras enseñas: y en otra parte dice (3); *Ten atencion y mírate á tí mismo y á la leccion; haciendo esto salvarás á tí y á los otros.* De manera que el retórico evangélico, que es cada uno de los predicadores, ha de ser siervo de Dios, humilde y sufrido y adornado de todas las virtudes. Esto quiso decir Dios por Isaías, hablando con cada un predicador (4): *Sube al monte tú que evangelizas á Sion.* El monte alto es la vida perfecta, á donde (como dijo David) tiene por bien de morar el Señor. Aquí asienta su casa Dios, monte de perfecciones infinitas; en este monte encumbrado de excelentes virtudes ha de morar el predicador, subiendo como por escala y andando de virtud en virtud. De otra suerte no será evangelista digno de predicar al pueblo, sino es para mayor juicio suyo.

Nuestro Padre declarando el salmo treinta y seis, alega

(1) Quintil., 12, 6, 1.
(2) Tit., II, 7.
(3) I Tim., IV, 16.
(4) Isai., XL, 9.

aquella reprension, que Dios da al que, estando en pecado mortal, predica la palabra divina: *Dijo Dios al pecador: ¿por qué tú relatas mis justicias y tomas en tu boca mi testamento? Si veias al ladron corrias con él* (1). Toma nuestro Dios á gran injuria que el pecador con su lengua lodosa declare los mandamientos suyos que justifican nuestras ánimas, y quéjase que su testamento, que es su última voluntad, la cual nos intima la Sagrada Escritura, declara con sus labios viles. El predicador no tiene mas de lengua y no obra lo que dice. Dice más este santo doctor: Mirad que aunque el predicador no aproveche á sí mismo aprovecha á los oyentes. Porque Dios dijo por Isaías que á la manera que el agua cuando llueve, riega la tierra y la hace fructificar, así su divina palabra no volverá á él vacía y sin fruto. Excelente símil es este y que mucho consuela á los predicadores, para que no desmayen ni cesen de predicar, dado que no vean á la clara el provecho. Porque el sermon á los buenos hace mejores y á los perfectos confirma en la virtud para que perseveren, y á los malos hace que den vuelta para Dios. Tres frutos son estos que todos ó algunos nacen de la predicacion; mas, como dice San Bernardo, ha de trabajar el predicador que sea como la concha que recibe el rocío del cielo, con el cual se crían las perlas, y tenga aviso no sea como la canal del tejado, que da toda el agua y quédase ella seca. Jamas hagáis sermon que no saquéis algun punto para vuestra erudicion; el cual por algunos días rumie y guste vuestra alma, como santo animal, hábil para sacrificio de Dios. La palabra divina rocío es celestial, y quien la guarda en el corazon no pecará, como lo afirma el profeta David; y demas de apartarse del mal, por su virtud tendrá pensamientos santos y obrará la ley de Dios, perla que vale la bienaventuranza del cielo. Exclama este santo y dice: ¡oh! ¡cuán

(1) S. August. in Ps. XLIX, 16, 18.

pocas conchas tenemos y cuán muchas canales hay en la Iglesia de Dios! éstos son como Urias, que iba muy contento con las letras del rey David, y ellas fueron causa de su muerte, porque leyendo aquella carta puso Joab al portador de ella en la parte más peligrosa de la batalla, donde murió. ¡Oh sabios! ¡oh letrados! mirad no sean letras las que lleváis para vuestra condenacion; aprovechaos de ellas: corresponda la vida á la buena doctrina que predicáis. Cosa de notar es, que la escritura dice de aquellos que reedificaban á Jerusalen, como los contradecian los samaritanos, edificaban estando armados y tenían la una mano en la espada y la otra en la obra. A la palabra divina llama espada San Pablo; y está bien, porque ella vence los enemigos de nuestra alma y corta todas las malas inclinaciones, nacidas del pecado original. Esta espada ha de tener el predicador en la mano, ejercitando su oficio, y con la otra mano poner por obra lo que enseña; y de esta manera se reedificará Jerusalen la celestial á pesar de los samaritanos, que son los demonios. El fuerte Sanson á muchos filisteos mató, muchas batallas venció en vida, como la historia divina nos enseña: mas lo que nota, y con razon se ha de notar mucho, es que cuando murió mató más enemigos que cuando vivía. ¿Qué quiere decir esto? Bien está, que el predicador haga fruto en los oyentes, no aprovechándose á sí mismo y viviendo en él el mundo. Más si fuere muerto á sus apetitos, si dijere con el Apóstol: *Vivo yo; mas ya no yo; vive en mí mi Redentor Jesucristo* (1), esto hará mucho mejor fruto: derribará más vicios y convertirá más almas á Jesucristo, nuestra salud, y se dirá de él mejor que del fuerte Sanson: Más enemigos mató muriendo que cuando vivía. Y si queremos más delicadamente considerarlo, la fortaleza de Sanson de siete cabellos que tenía en la cabeza le venía, segun la Es-

(1) Gal., II, 20.

critura nos avisa, para que entendamos que teniendo nuestra ánima los siete dones del Espíritu Santo será fuerte y animosa y pondrá sus enemigos debajo de sus piés, como lo nota San Gregorio. Mas si la engañadora Dalila con sus cautelas, hace que estos siete cabellos se corten y que el predicador no sea casa de Dios y templo del Espíritu Santo, luégo como flaco es preso y áun atado á la tahona, como bruto, sirviendo á sus vicios. Y lo que peor es, que permite Dios que le saquen los demonios los ojos, para que caiga en grandes errores y herejías, en pago de los pecados que ha cometido, habiendo de ser luz del mundo y sal de la tierra para saborear las virtudes, no sólo con palabra, sinó con ejemplo, y áun siendo obligado á ser ciudad sobre monte fundada, á donde se recogiesen los flacos y se amparasen los que son tentados y afligidos. Por esta causa cayó Arrio, Manicheo, Sabelio y todos los herejes antiguos y modernos. De sus malas vidas vinieron á dar en la cegueded de su doctrina ponzoñasa y matadora de las almas. De sus malas costumbres y solturas acostumbradas se determinaron hacer reglas de vivir para los otros mas dignas de ser aborrecidas que amadas, de quien podríamos decir lo que el Apóstol dijo de los filósofos soberbios (1): *Por tanto los dejó Dios caer en parecer y juicio réprobo.* Cosa antigua es castigar Dios un pecado con otro; y así á los romanos idólatras castigó dejándolos caer en abominaciones contra natural razon. Tema, pues, el predicador de Cristo no le deje Dios caer, porque cuan alta es la dignidad del oficio á que fué levantado, tan grande será la caida que dará. Claro está que el que cae de una alta torre, que no puede dar pequeño golpe, sinó grande. No sé á quién podríamos comparar al predicador que no tiene caridad ni espiritu de Jesucristo, sinó al arcabuz cuando le ponen fuego y no tiene pelota, todo

(1) Rom., I, 28.

es ruido y á todos espanta y nada mata. Así hay muchos que salen como espantados del sermon, mas no convertidos: salen admirados, mas no contritos, ni determinados de dejar sus pecados, porque no hubo más de ruido de palabras, retórica humana, sin fuerza y sin virtud de amor á Dios, que es el que da con los enemigos en tierra. Palabras son del Apóstol San Pablo, y á la verdad ponen gran temor á los predicadores: *Si hablare con lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, semejante soy al cobre que retiñe ó á la campana que suena* (1). ¡Oh miserable del que no es más que campana, que se gasta y se quebranta, llamando á que vengan á la Iglesia los otros, y ella quédase fuera! ¿Qué aprovecha salvar á muchos con la predicacion y no salvarse el que predica? Burlando, y con maldad, decían los perseguidores á nuestro Redentor, estando en la cruz: A otros ha hecho salvos y á sí mismo se deja morir; y lo dirán con verdad los demonios al predicador que muriere en pecado mortal: Veis aquí al que llamó muchas almas á penitencia y fué medio para que ellas se salvasen: y él dejóse perder. Muy al contrario de esto lo hacía San Pablo, el cual dice: *Castigo mi cuerpo y hágole servir al espíritu, porque predicando yo á otros no sea yo condenado* (2). Gran espanto nos pone esta sentencia, y no se yo á quién no hace temblar de los que predican la palabra divina. Creo que ya vais entendiendo, Padre, como ha de ser el retórico evangélico buen varon, para que predique con la vida, que es sermon continuo, y no solamente con la palabra, que es sermon que se acaba en una hora. Miremos al Apóstol y vaso de eleccion, y hagamos penitencia, y áun pongamos los ojos en el Salvador del muudo, que treinta años obró y tres años predicó; y de Él dice San Lúcas: Comenzó Jesus á obrar y á en-

(1) I Cor., xiii, 1.
(2) I Cor , ix, 27.

señar. ¿Por qué, si pensáis, el gran pedicador y voz del Señor, San Juan Bautista estuvo en el desierto veinte y cinco años, predicando con vida tan áspera y orando, sinó para que, como dijo el ángel San Gabriel á su padre Zacarías, convirtiese á muchos del pueblo de Israel? Si voz del Señor somos y no ronca y desgraciada, conviene que como la voz de Jacob representó al que hablaba y su padre Isaac le conoció y le nombró por su propio nombre, que nosotros representemos á Cristo, cuya doctrina predicamos, no solamente hablando como Él habló, sinó obrando como su Majestad obró. ¡Oh! ¡plegue á Dios que el día de nuestra muerte tengamos buena la cuenta de tan alto oficio, y que no se diga á alguno de nosotros lo que Isaac dijo á su hijo Jacob: La voz es de Jacob, mas las manos son de Esaú! Las palabras santas son, fortaleza enseñan, pues persuaden paciencia, castidad, pobreza y caridad; mas las manos, que son las obras de Esaú, de pecador son.

Digamos algo de lo que ha de enseñar este santo varon predicador de Cristo, pues ya tratamos de la bondad que ha de tener. Lo que se ha de predicar ya el Señor del mundo lo declaró á sus Apóstoles, cuando queriendo subir al cielo les dijo: *Andad y predicad el Evangelio á toda criatura* (1). En este nombre de Evangelio se entiende el Testamento viejo y nuevo, porque Evangelio quiere decir buena nueva, y toda la Escritura Santa nos da buenas nuevas, declarándonos que nuestro Dios es piadoso y que recibe á los que hacen penitencia y se convierten; manifiéstanos las riquezas que Dios tiene para los que le sirvieren y amaren de corazon. Finalmente, el Testamento viejo nos promete la venida del Hijo de Dios al mundo, y el Testamento nuevo nos persuade y declara ser ya venido y habernos redimido, y que vendrá á tomar cuenta al mundo el día espantoso del juicio. El avisado predi-

(1) Mar, c. últ., 15.

cador ha de haber con tanto estudio leido el un testamento y el otro: y ha de estar tan diestro en la inteligencia de la Santa Escritura, que como sabio doctor cuando predica manifieste y saque del tesoro de su entendimiento cosas nuevas y viejas, segun nuestro Redentor lo manda. Las cosas antiguas son las profecías de los profetas, á quien Dios reveló sus secretos como á íntimos amigos. Las cosas nuevas son los misterios de nuestra redencion, los cuales el Hijo de Dios obró para nuestro remedio, ejemplo y consuelo. No se contentó con redimirnos, sinó con sernos ejemplo en todo lo que nos mandaba hacer. Cuando lavó los piés á los Apóstoles y les quiso dar aquel regalo el que había de lavar con sangre sus sagrados piés, padeciendo por nosotros luégo á otro día muerte en cruz, sentado les advirtió que mirasen aquella obra heroica de tan profunda humildad, y les dijo: *Ejemplo os he dado para que, como yo lo he hecho, lo hagáis vosotros* (1). No haya más contienda de aquí adelante sobre quién ha de ser mayor. Mirad que es gran flaqueza y soberbia, sinó contended sobre quién será el menor, pues veis derribado á vuestros piés al que adoran los querubines. De manera que le hemos de loar y amar de todo corazon, porque nos redimió, y porque en la misma redencion nos dejó ejemplo y regla para vivir vida cristiana, imitando al mismo Señor, que nos redimió. Declaró tambien lo que habíamos de enseñar el Señor del mundo, cuando dijo á sus Apóstoles y discípulos: *Andad y enseñad á todas las gentes, bautizándolos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñadlos á guardar todas las cosas que yo os mandé* (2).

Notad que esta doctrina santa no es parcial: á todos se ha de dar y repartir este pan divino, maná venido del cielo, harto

(1) JOAN., XIII, 15.
(2) MATTH., XXVIII, 19.

mejor que aquel que Dios dió en el desierto, que no era más que figura. A todos y para todos dió Cristo su sangre, su honra y su vida, muriendo en la cruz. A todos tambien dió su doctrina, y á todos manda que se predique. Guárdeos Dios, Padre, de andar á buscar pulpitos y auditorios honrados, y ¿qué digo buscarlos? ni áun desearlos; catad que la soberbia trabaja de destruir el mérito en toda obra buena, como en su regla nos avisa nuestro Padre San Agustin. El predicador evangélico y de espíritu, en la aldea y en la ciudad, á los pequeños y á los grandes, á los emperadores y á los labradores ha de predicar con igual caridad y deseo de aprovechar. Considerad la humildad del Hijo de Dios, de quien nos dice el Evangelio que predicaba el reino celestial en los lugares pequeños, que la Escritura llama castillos, y en las ciudades tambien. Aquellas nubes que volaban y admiraron á Isaías son los predicadores, que Cristo mucho ama. ¿Quién son éstos que vuelan como nubes, y como palomas suben á sus nidos? (1), dijo el Profeta. Las nubes llueven en la viña del pobre, tambien como en la del rico. Hacen lo que las manda el Señor, que las formó y las rige. Y así han de volar sobre todo lo que es tierra los buenos y santos predicadores, predicándoles y enseñando á todos el camino del cielo. Nubes son que han de llover, predicando la misericordia divina y su clemencia, para animar á los flacos y consolarlos. Y tambien han de echar rayos, reprendiendo y amenazando con el infienro y riguroso juicio de Dios. Y áun han de ser palomas mansas sin hiel y fructíferas, que todo esto tiene la paloma. Nuestras ventanas y nidos son aquellas llagas de nuestro Redentor, descanso y reposo de nuestros corazones y deseos. En manera que somos nubes y tambien palomas, nubes para dar el agua celestial de la doctrina, con que la tierra de los corazones humanos dé fruto

(1) Isai., lx, 8.

bueno, y palomas que volemos en alto, siendo nuestra conversacion en los cielos, como San Pablo nos enseña.

Tambien tened aviso que así como la caridad y celo de la honra de Dios y salud de las ánimas trabaja de aprovechar á toda manera de gente, no siendo parcial, así conviene á esta misma caridad predicar con espíritu á pocos, y á muchos. Lenguaje es este que no le puede entender el que no fuere muy dado á oracion, en la cual se gana victoria de toda presuncion y vanidad del mundo. Digo que dejar de predicar por no ser tan acepto el predicador y por no tener tanto número de auditorio como el querría, ó predicar con tibieza, y cortarse viendo pocos oyentes, que es flaqueza y no pequeña tentacion del demonio. Tomad una regla, Padre, y entended que cuanto ménos tienen las obras buenas de mundo tanto ordinariamente tienen de Dios y de mayor mérito. Y porque cuando hay poco auditorio hay ménos de honra de mundo, por eso hay mayor mérito con Dios. Persuadid á vos mismo de jamas querer para predicar el Evangelio sinó hasta doce personas, y con éstas os contentad, porque si el Hijo de Dios, sabiduría del Padre, en un monte á solas predicó aquel sermon excelente que dice San Mateo á doce Apóstoles pobres y pescadores: ¿por qué nuestra presuncion no se bajará á enseñar con gran voluntad y á predicar al auditorio de doce cristianos? ¡Oh cosa admirable! No á doce solamente predicó nuestro Maestro humildísimo, sinó áun se bajó á predicar á una samaritana, no señora principal ni princesa, sinó una mujer de cántaro, que iba por agua. Y si alguno dijere que aquella fué confesion, y que allí confesó todos sus pecados, y el Rey del cielo se los perdonó, y la hizo predicadora suya, mírese tambien que fué sermon largo y tan delicado, que allí resumió el Señor lo que el primero de las sentencias trata, declarándole que Dios es espíritu y que en espíritu ha de ser adorado: esto es en fe y amor. No tengo duda, sinó

que San Juan Bautista, voz del Verbo divino, en aquella ribera del Jordan predicaba á cuatro y á seis personas, y los bautizaba cuando á él venían, y que no les hacía esperar, pues venían de léjos, para predicar con gran auditorio. Los santos Apóstoles, no dudéis, Padre, sinó que predicaban á uno, y á dos, y se gozaban que hubiese oidos para gozar del Evangelio. Gran consuelo ha de ser para el predicador, que no se predica á sí mismo, sinó á Cristo, aquella palabra del Señor: *Donde quiera que se juntaren dos ó tres en mi nombre, en medio de ellos estoy* (1). ¡Oh Rey celestial, que tantos favores enseñas á los tuyos, y tanto animas á los que se ocupan en el oficio trabajoso de la predicacion! En el nombre de Jesucristo se llegan los cristianos cuando van á oir doctrina, y ahora sean pocos ó sean muchos en medio de ellos está el Rey soberano Cristo, Jesus. Allí les da deseo de aprovechar con la palabra divina, y áun allí les enseña quién es el mundo, cuán feo es el pecado y cuán graciosa la virtud. Sea, pues, vuestro estudio y deseo aprovechar mucho á los que Dios os trajere á vuestro auditorio, y no se os dé nada que sean pocos. Todas las consideraciones que hemos aquí traido debía tener en su ánima San Gregorio, Papa, cuando dijo: Si pudiere llevar á la éra del Señor muchos manojos, me gozaría, y á lo ménos llevaré tres, ó llevaré dos, ó llevaré uno. ¡Oh! ¡plegue á Jesucristo que en todos los años que predicáremos siquiera una ánima presentemos delante del Señor, adquirida con todos nuestros trabajos. Cuando viereis algun predicador muy seguido y favorecido del mundo, orad y suplicad á Dios que le tenga de su mano, porque el favor y honra vino es que desvanece la cabeza del que no está muy fundado en humildad. Ejemplo tenemos de muchos que en nuestros tiempos eran muy estimados predicadores y cayeron por gran juicio de Dios, y les valiera más no haber

(1) Math., xviii, 20.

hallado tanto favor con los hombres. Cosa es de notar que diga el rey David que Adan por verse en tanta honra no entendió y se cegó: y por tanto cayó, y quedó semejante á los brutos, pecando con soberbia contra Dios. Si aquel primer hombre, siendo santo y sin mala inclinacion para pecar, se embriagó del vino de honra, de tal arte que se apartó de Dios, ¿quién de nosotros, hijos de tal padre y herederos de su pecado, no temerá una red tan peligrosa y un lazo tan fuerte como es la honra? De estos peligros y de otros parece que está seguro el predicador de quien el mundo no hace mucho caso. Lo primero, no es envidiado de otros, ni perseguido, que no es pequeño tesoro. Lo segundo, asegúrale Cristo el mérito de sus trabajos, que no se los arrebate la leona de la vanagloria, riqueza que pocos conocen. Lo último, allí se le da gran mérito, pues por solo Dios da doctrina, y no por el aplauso del pueblo. Mayormente que este monstruo de muchas cabezas, el mundo, jamas está en un parecer: todo le cansa, sino usa de variedad en las cosas que quiere. Visto hemos muchos predicadores, muy seguidos algun tiempo, y en pocos años le dejan de seguir, porque, segun el Santo Job dice: El hombre no está jamas firme en un estado. Vémoslo claro en nuestro Salvador sacratísimo, al cual daban bendiciones y loores el día de Ramos, confesándole por su Rey y Mesías por las calles de Jerusalen, y no más de cinco días despues dijeron á voces que no tenían otro rey sinó á César, y que pusiese Pilato en una cruz al gran Profeta predicador, Jesus Nazareno, verdadero Dios y hombre. Y áun lo que más espanta para ver la inconstancia del vulgo, que siendo tan mal hombre Barrabas, mandaron al juez que lo libertase y que Jesucristo, Señor nuestro y criador de los ángeles, fuese crucificado. ¿Queréis mayor desatino y maldad que dar favor y dejar con la vida al que mataba los hombres, y dar la muerte al que á los muertos daba vida y era el Autor de todo lo que vive?

Sea, pues, la conclusion, Padre, que estudiéis con cuidado vuestro sermon, deseando, si ser pudiese, predicarle á todo el mundo, cristianos é infieles y herejes, queriendo convertirlos á todos y volverlos á Dios y ayudarlos á salvar. Y en lo que toca al auditorio, suplicad á Jesucristo que os traiga aquellos que Él sabe que han de aprovechar con vuestra doctrina, y que á los demas lleve á donde han de salir con más fruto. Y notad que cuando el Espíritu Santo tocó é hizo señal al sermon con aquel sonido grande en Jerusalen, luégo se llegó mucha gente, y predicando San Pedro en un sermon se convirtieron casi tres mil hombres, segun afirma San Lúcas. Mas si el deseo de gloria mundana y la presuncion del que ha de predicar anda haciendo gente y buscando gran auditorio, no os maravilléis que el tal haga poco fruto con su sermon. Muchas maneras pone San Pablo de predicadores; mas solamente uno agrada á Dios. Unos predican por vía de contencion, otros por envidia, otros por caridad y para gloria de Dios. A estos últimos imitad, Padre, y mirad que el humilísimo Cristo ejercitó ese oficio, y que la doctrina humilde pide que el predicador sea humilde, que tenga en nada su honra y ponga debajo de los piés su propia estima. Este tal dice San Pablo: *Absit mihi gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi* (1). Bienaventurado el predicador que ha llegado á tan alto estado, que del abatimiento se goza y del menosprecio que tienen de él los hombres se honra, abrazándose con la cruz de nuestro Salvador Jesucristo. Mirad que no os pagará el Señor vuestro trabajo y sudor conforme al gran auditorio que tuvisteis, sinó conforme á la caridad con que predicasteis. No os contentéis de vuestro sermon jamas, porque está bien que vos quedéis sin contento y que el auditorio se haya contentado, como nuestro Padre dice, y áun él

(1) Gal., vi, 14.

confiesa de sí que las más veces se descontentaba de sus sermones; esto procede de humildad. Mas si el descontento es tanto que inquieta el corazon, hase de sospechar que hay alguna punta de presuncion; y porque le parece al predicador que no sale con tanta honra del sermon, afréntase dentro de sí mismo. Tentacion es del demonio y hase de resistir con el escudo de la humildad y no darle lugar, que es penosa y da desasosiego al espíritu que es delicado, y pequeño desabrimiento le da pena. Será el tiempo bien empleado despues del sermon decir con el rey David: *No á nosotros, Señor, no á nosotros, sinó á tu nombre da gloria* (1). Oracion breve y de gran espíritu. Tambien hemos de orar suplicando á Dios que los oyentes salgan muy aprovechados con aquel sermon, y que, como Él prometió por Jeremías, aquellas palabras divinas sean fuego que abrasen aquellos corazones del pueblo; así lo hacía nuestro Padre San Agustin en cada sermon, y hallaréis la oracion que él decía al fin de esta epístola. Tened en mucho á todos los que predican y oidlos de voluntad, porque el Sabio dice que el varon entendido oyendo se hace más sabio; y los retóricos atribuyeorn gran parte de este arte á la imitacion. Jamas declaréis las faltas de algun predicador, sinó alabadlos á todos. Y si algun defecto en ello sentís disimuladle, porque no os hagáis maestro de oficio, que toda la vida os conviene ser discípulo y aprender de nuevo. Mayormente que los pareceres de los hombres son diversos, y lo que vituperan unos acaece que agrada y alaban otros. Y como diga San Pablo que no conviene al siervo de Dios contender, es gran prudencia decir bien de todos los que predican, y queda el alma más humilde no haciéndose juez de alguno, áun en lo que no es culpa.

Tres cosas dicen los retóricos que ha de hacer el que es

(1) Psalm. cxiii, 1.

orador: enseñar, deleitar y mover. En estas tres cosas consiste todo el arte y fuerza de la oratoria. El enseñar es declarar la ley de Dios, sus mandamientos y consejos, que es lo que hemos de obrar. Y tambien ha de enseñar el predicador lo que se ha de creer tratando los artículos de la fe para alumbrar el entendimiento. Aquí se ha de tener aviso que todo lo que enseñare sea para provecho de las ánimas. De aquí es que nuestro Dios dice por Isaías: *Hablad al corazon á Jerusalen y llamadla* (1). Aquí habla con los predicadores, cuyo oficio es alumbrar los entendimientos y persuadir á los pecadores que se tornen á Dios. Estas son las voces que daba el profeta, diciendo: Volveos, pecador, al corazon. Entrad dentro de vosotros, que ahí hallaréis á Dios. Y Joel decía: *Convertíos á vuestro Señor Dios, porque es benigno y misericordioso y más poderoso que toda la malicia* (2). Y es de notar, como escribe San Jerónimo á Hedibia, que la Sagrada Escritura tiene excelencia sobre todas las demas. Las otras escrituras no tienen más de un sentido, aquel que suena la letra, y allí se acaba todo. Las palabras divinas tienen sentido literal, moral y espiritual; el literal es el primero, el moral es el que de allí se saca para enseñar á vivir á los cristianos, y el espiritual es más alto y divídenle los teólogos en alegórico, que pertenece á Cristo, cabeza nuestra, y á su Iglesia, y en anagógico, que es tratar de las cosas de la bienaventuranza. Y nota nuestro Padre en sus Confesiones que no es inconveniente que una sentencia de la Escritura Sagrada tenga dos sentidos literales. Ejemplo tenemos del cordero que Dios mandaba que comiesen los hebreos en la Pascua, con tal aviso, que no le quebrasen algun hueso. Aquí hay dos letras: la una es que con efecto le partían por las coyunturas sin quebrantarle hueso alguno,

(1) Isai., xl, 2.
(2) Joel, ii, 13.

porque así lo mandaba Dios. La segunda letra es que á nuestro Redentor Jesucristo no le habían de quebrantar las piernas en la cruz los sayones, como á los ladrones que estaban con Él las quebrantaron; y esta letra alega San Juan, y es la más principal de las dos, porque sino se hubiera de obrar esto en Cristo nunca Dios mandara aquello, pues iba tan poco en quebrar algun hueso al cordero, que ya estaba muerto. Dióse priesa nuestro buen Jesus á morir por cumplir aquella profecía, y como le vieron muerto no le quebraron las piernas, sinó para más certificarse de su muerte un caballero dióle una lanzada en su divino costado. ¡Oh, Padre! por servicio de Dios miréis esto: ¿qué quiere decir quebrantar las piernas á los que estaban vivos, y á Cristo, que estaba muerto, no darle aquel tormento? Decláranos aquí el Espíritu Santo que si en la cruz de la religion estamos vivos al mundo, á la honra, al interes y á la propia voluntad, que hemos de tener muchos atormentadores que nos aflijan y nos fatiguen. Mas el religioso que está muerto al mundo del todo, el que dice con verdad aquello de San Pablo: *Vivo ya no yo, vive en mi mi Redentor Jesucristo* (1), este tal es libre de grandes trabajos y tormentos. Claro está que la honra no atormenta al humilde, porque le halla muerto; la envidia, la avaricia ni otro pecado no aflige al que ya con Cristo está fijado en la cruz. ¡Oh, muerte preciosa, muerte que eres principio de la vida del alma, muerte gloriosa que nos libras de los demonios atormentadores y verdugos, de los que, aunque están en cruz, viven al mundo y á sus apetitos! Vale mucho para enseñar usar de metáforas y símiles. Así leemos del Redentor del mundo que sin parábolas no predicaba. El filósofo dice que todo nuestro conocimiento nace del sentido: luego necesidad tenemos que las cosas espirituales se nos den á entender debajo de comparaciones y metáforas.

(1) Gal., II, 20.

De aquí es que San Dionisio hablando de la celestial Gerarquía, dice: que es imposible que el rayo de la luz divina alumbre nuestro entendimiento sino por via de comparaciones y velos de similitúdines. En lo que más en estos tiempos se trabaja, y con gran razon, es en lo que toca al sentido moral, porque hay gran necesidad de reformacion en las costumbres. Y en esto vemos que nuestro Salvador puso gran fuerza, predicando el Evangelio al mundo: San Pablo en sus epístolas: San Pedro y San Juan y Santiago en esto principalmente se ocupan (1): *Predica la palabra divina y persevera oportunamente y con importunidad reprende; y arguye y ruega con todo sufrimiento*, dice el Apóstol á un discípulo. El ruego es para los buenos, que perseveren y crezcan en la virtud: la reprension es para los malos, porque se afrenten de pecar: el argüir es contra los pertinaces herejes, que están ciegos en sus errores: y de la paciencia hemos de usar para con todos. Esto ha de ser con perseverancia, no desmayando en obra tan acepta á Dios como es la predicacion hecha con celo de la honra del Señor y del provecho de las almas. Vamos á lo segundo que ha de hacer el predicador: ha de deleitar, esto es, agradar á los oyentes, no con palabras de donaire y que provoquen á risa, que aquel lugar tan grave no lo sufre esto, ni carece de culpa en quien usase oficio tan bajo como usan los truhanes: algunos del pueblo gustarán de esto, porque les falta el espíritu, y dicen á los predicadores aquello de Isaías: *Habladnos cosas que nos den placer* (2). Estos no quieren oir las amenazas de Dios, no las penas del infierno, para donde caminan los que pecan: no tampoco los tormentos del purgatorio, donde se purifican las almas de los pecados veniales que consigo llevaron: del cual dice el Após-

(1) II Tim. iv, 2.
(2) Isai., xxx. 10.

tol á los Corintios que es camino por donde han de pasar para salvarse los que edificaron leña, astillas y heno en esta vida. Esto declara San Jerónimo, escribiendo en el libro segundo, contra Juliano, del purgatorio: y nuestro Padre San Agustin tambien en el libro veinte y uno de la ciudad de Dios: y San Gregorio en el cuarto libro de sus diálogos. Y es cosa temerosa, aunque es pena temporal, porque Santo Tomás afirma que aunque la Pasion de nuestro Redentor excedió á todos los tormentos de los mártires, no fué mayor que las penas del purgatorio. Estas cosas, que representan la justicia de Dios y la gravedad del pecado, no las quieren algunos oir, sinó donaires y gracias que en el púlpito son desgracias: mas conviene tratar de ellas, duela á quien doliere. Deleitará el predicador á los oyentes si predicare con buen donaire, representando con gravedad y autoridad lo que dijere. Ved á Quintiliano en el libro once de su retórica, y veréis la manera que ha de tener en la pronunciacion: ha de ser teniendo fervor en lo que se dice, moderando los meneos, teniendo la cabeza derecha, las manos que signifiquen lo que se dice, y la voz que imite y siga lo que dice la lengua. Demóstenes tenía un gran espejo para componer y ordenar los meneos cuando oraba: mas yo lo que aconsejaría es, que el espejo del predicador sea algun amigo que sepa el oficio y le avise de lo que se ha de enmendar. Dificultosa cosa es lo que tratamos, y tanto que en toda la vida hay que aprender: mas, como dice Tulio, el uso, arte é imitacion son grandes maestros para acertar obra tan delicada. Dará tambien contentamiento á los oyentes si no predicare con prolijidad, porque la flaqueza humana y la vida tan ocupada, no sufre en las cosas de Dios perseverar largo tiempo sin trabajo. Aquella es una hora de contemplacion donde el alma recibe su pasto espiritual, y el cuerpo está como preso y detenido: por tanto es gran prudencia no alargar el sermon de manera que dé pesadumbre. Cuando al niño le dan más

leche de lo que ha menester lánzalo luego todo: así los flacos cuando oyen largo el sermon están disgustados y olvidanlo todo en saliendo: mayormente que si en un convite, despues de estar uno harto, le traen muchos platos y de manjares preciosos, dales de mano, porque ya está contento. De este arte los cristianos cuando el predicador se detiene mucho, aunque diga cosas notables, no les da gusto, ni se emplean, porque ya tienen hastío y están como hartos. De aquí es que todos los santos tenían gran cuenta con el tiempo, tomando por tasa una hora. San Bernardo en los sermones sobre los Cánticos acaba diciendo: Ya ha pasado la hora; quédese para mañana lo demás. San Basilio el mismo cuidado enseña; y nuestro Padre, declarando á San Juan, dice así: No es razon agravar los corazones áun con manjares muy espirituales, mayormente que el espíritu, áunque está pronto, la carne es flaca y enferma. San Crisóstomo en un sermon sobre la epístola á los romanos dice, que lo que es mucho da pesadumbre y lo poco es suave y apacible: y así lo vemos en todas las cosas: el mucho frío en invierno y el mucho calor en verano nos enoja y da pena.

Cómo se ha de regir la voz en aquellos tres tonos, grave, agudo y reflejo, Quintiliano lo trata en aquel libro undécimo que dije, y áun la manera que se ha de tener en los discursos para no ahogar el espíritu tambien se enseña allí. Regla es de Tulio que la exclamacion ha de ser pocas veces y por cosa grande: y aquel retórico divino Cristo Jesus así nos lo enseña, cuando con alta voz estaba en el templo llamando y decía: *Si alguno tiene sed, véngase á mí y beba* (1). Como la fuente clara y dulce convida á los caminantes sedientos á que se vayan á ella y gocen del agua, así aquella divina bondad con altas voces llamaba y nos llama siempre

(1) JOAN., VII, 37.

á los hijos de Adan que nos vayamos á ella, que dejemos el mundo y que recibamos el agua preciosa de su gracia y misericordia. Tambien exclamó á gran propósito y razon cuando dijo la parábola del sembrador, declarando como las tres partes de la semilla, que es la doctrina santa, se pierden por culpa de los oyentes y diligencia de Satanas. Aquel sermon concluyó con un clamor diciendo: *El que tiene oidos, oiga.* Finalmente exclamó estando en la cruz, cuando dijo: *Dios, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?* (1). Cada una exclamacion tiene grande misterio y fué por cosa grande.

Lo último que ha de hacer el predicador es mover á los oyentes. Bueno es lo primero, que es enseñar, y para esto basta tener ciencia; bueno es deleitar, y esto hácese trabajando en la representacion y accion: mas el triunfo y la gloria se gana cuando mueve el que predica. Este es el oficio propio del orador, segun dice Quintiliano, y en este negocio ha de poner todos sus nervios y fuerzas: sin afectos, todo lo que se dice es enfermo y flaco. De manera que el enseñar y dar doctrina hace que entiendan los oyentes; mas los afectos mueven la voluntad y hacen que quieran amar y servir á Dios y que aborrezcan el pecado. Cuenta nuestro Padre en el libro de doctrina cristiana que dos pueblos cada año, en cierto día, se juntaban y peleaban tan reciamente, que á pedradas morían de una parte y de otra muchos. Él, movido de caridad, fuése para ellos y predicándoles con grandes afectos, les movió en tanta manera, que dieron gritos llorando y desde aquel día cesó aquella enemistad y guerra cruel de tantos años acostumbrada. De donde entendemos la gran virtud y eficacia que tienen las palabras de Dios dichas con afecto. Muchos avisos dan los que escriben de esta materia; sólo una regla notad para mover á los que os oyen, y es que primero lo que decís

(1) March., xv, 34.

os mueva á vos: para esto no hay arte, ni valen cosa alguna los cuatro libros que escribió Tulio de retórica, ni los doce que escribió Quintiliano: donde el Espíritu Santo ha de ser y no ingenio humano. No sin gran misterio dice la divina Escritura: *Subió Elías como fuego y sus palabras ardían como hacha encendida* (1). ¡Oh tesoro celestial! ¡Oh merced singular de Dios, que el predicador arda como fuego en el amor de Dios y del prójimo, y que sus palabras sean teas y hachas encendidas que inflamen en caridad á los oyentes! Esto no enseñan las escuelas, no los libros que se leen, sinó Jesucristo, nuestro Maestro y Señor. Para alcanzar tan rica joya ha de darse el predicador á penitencia, recogerse y huir de bullicios y negocios, si no fueren de caridad. Hase de humillar y hacerse ceniza en su propia estimacion, y decir con el rey David cuando estudia el sermon y quiere subir á predicar: *¿Por ventura, Señor, os alabará el polvo y anunciará y manifestará vuestra verdad?* (2). El que así se humillare y de corazon llamare á Dios recibirá este fuego de amor, y purificándole los labios un serafin con brasa tomada del altar de Dios, como leemos en Isaías, quedará su corazon abrasado de caridad y podrá inflamar con sus palabras, moviendo á los que le oyen. Qué premio tenga guardado para el que gana almas y trabaja de noche y de día en sacarlas de pecado y del poder de Satanas, bien lo declaró el Señor del mundo cuando dijo (3): *El que obrare y enseñare será llamado grande en el reino de los cielos.* No el que enseñare doctrina católica y provechosa solamente, será intitulado grande en el cielo, sinó el que tuviere las obras y las palabras, la vida y la doctrina. El que juntare la mano con la boca, como aquellos trescientos caballeros fuertes de Gedeon, que bebieron con la mano: este tal será victorioso y tendrá

(1) Eccles., xlviii, 1.
(2) Psal. xxix, 10.
(3) Matth., v, 19.

nombre de gran varon y amigo de Dios. Ya, Padre, segun he podido, he respondido á vuestra carta, no como debía satisfacer á negocio tan árduo, sinó como mi pobreza ha alcanzado. Ahora quiero en algunos documentos sumar lo que aquí he dicho en esta epístola.

El primer documento es que el predicador sea bueno y virtuoso. Este aviso nos enseña el Apóstol San Pablo, diciendo que castigaba su cuerpo y le sujetaba al espíritu, porque predicando él á los otros no se condenase. Espantan estas palabras en gran manera, como dice San Bernardo, porque si él fué robado al tercer cielo y vió la Esencia divina, aunque de paso, así trataba su cuerpo, ¿cuál será el predicador que se atreva á regalar su carne? Y si el vaso de eleccion, al cual se le dijo, bástate mi gracia, así rinde su cuerpo, haciendo penitencia y le sujeta á su espíritu, ¿quién osará dar rienda á sus apetitos, mal inclinados por la herencia del pecado? Sea, pues, el fundamento donde ha de estribar el predicador que predique con vida y con doctrina juntamente, como los que reedificaban á Jerusalen, que la una mano tenían en la espada y la otra en la obra.

Segundo documento sea, que sea sabio. Los labios del sacerdote guardan la ciencia, dijo el profeta, y buscarán la ley de su boca, porque ángel es del Señor de los ejércitos. Oficio es del ángel enseñar, y así lo es del predicador alumbrar los entendimientos de los que oyen. Por tanto, ha de ser un depósito ó relicario de ciencia, entendiendo el Testamento viejo y nuevo. Para esto no basta el estudio ni ingenio humano, sinó que, como dice Santiago (1): *El que tiene necesidad de sabiduría, pídala al Señor*. Más ha alcanzar por la oracion humilde que por revolver muchos libros. Diga con el profeta David siempre (2): *Enseñadme, Señor, bondad y dis-*

(1) Jac., i, v.
(2) Psal. cxviii, 66.

ciplina y ciencia, porque creí vuestros mandamientos. De notar es, que primero pidió bondad y despues ciencia.

El tercer documento. El predicador enseñe cosas provechosas: ha de imitar á Dios, el cual dice (1): *Yo soy el Señor que te enseñó cosas provechosas.* No dice cosas sutiles y curiosas, no doctrinas de gentiles, salvo, como avisa San Basilio, tomando de ellos sentencias morales y de paso, porque lícito es despojar á Egipto, tomando de los gentiles el oro y plata, esto es, lo bueno, que dicen para nuestro aprovechamiento, segun avisa San Jerónimo en una epístola, aunque quien leyere atentamente el Eclesiastes, Proverbios de Salomon, Eclesiástico y la Sabiduría hallará tan divinas cosas morales que diga ser cifra todas las éticas de Aristóteles y doctrina de Platon.

El cuarto documento. El predicador que quiere saber hacer su oficio oiga con humildad á predicadores. Una de tres cosas que dijo Tulio que hacía un perfecto retórico es la imitacion. No basta saber el arte de la oratoria; no tampoco el ejercitarse, sinó que tiene necesidad de oir predicar, para saber qué ha de tomar y qué ha de dejar cuando predicare. Demas de esto, la humildad es gran virtud y ésta resplandece más oyendo que enseñando: que bien dijo el Sabio (2): *El varon que es avisado, oyendo se hace más sabio.* Grandes cosas se aprenden con la palabra viva y más que leyendo muchas veces. Por tanto, decía el santo rey David (3): *Daréis Señor, alegría á mi oido.* Y el glorioso Santiago nos amonesta que seamos apresurados para oir y tardíos para hablar. Grande sentencia y digna de ser notada.

El quinto documento es que con todo cuidado trabaje el predicador de espíritu de predicar para honra de Jesucristo y

(1) Isaí., xlviii, 17.
(2) Eccli., vi, 34.
(3) Psal. l.

no por estimacion propia. Aquí va mucho, y se podría perder el mérito en obra tan santa, no rectificando su intencion y asentándola en Dios. No ha de ser de los que predican por vía de porfía, no tampoco de los que tienen envidia, que es pecado de niños, ántes cuando vea que otros tienen más favor ha de decir con San Juan Bautista (1): *A él pertenece crecer y á mí me conviene disminuir y bajarme:* palabras de varon santificado y voz del Hijo de Dios. Y áun ha de decir en su corazon lo que este glorioso varon dijo una vez que le dijeron los discípulos suyos que todo el mundo se iba tras la doctrina de nuestro Salvador: *En esto es cumplido mi gozo.* Allá dijo Moises á los que le dijeron que no consintiese profetizar á unos (2): *¡Oh! ¡quién me concediese que todo el mundo profetizase!* Estos eran predicadores perfectos, que ni por contencion ni por envidia predicaban, sinó movidos de caridad, deseando la honra de Dios y el provecho de las ánimas.

El sexto documento es que el predicador tenga gran ánimo para oficio tan trabajoso, y entienda que no sin causa los doctores dan la aureola al predicador, la cual no se da sinó á la virginidad perpetua y al martirio. Ha de tener grandes tentaciones y desmayos para que cese de predicar, mayormente si el mundo no le da favor, y áun ha de ser conquistado de la gloria vana si es muy seguido. Por tanto ha de tener esfuerzo y predicar á pocos y á muchos, deseando convertir á todo el mundo con su doctrina. Y pues el Señor del mundo predicó á doce Apóstoles aquel admirable sermon del monte, como dice San Mateo, ¿quién de los predicadores no se contentará con doce almas que vengan á oir el sermon y deseen aprovechar? El rey David lo dice, y parece que habla con cada un predicador (3): *Obra varonilmente y esfuércese tu corazon.*

(1) JOAN., III, 30.
(2) NUM., XI, 29.
(3) PSALM. XXVI, 14.

San Pablo dice que todo lo podía en Cristo, que le animaba: y así el predicador que se da á oracion continua y se humilla delante de Cristo lo podrá todo con la gracia y favor de este omnipotente Señor.

El séptimo y último documento es que el predicador emplee sus fuerzas, no sólo en enseñar y deleitar al auditorio, sinó en mover sus corazones, que es lo principal y la victoria del orador. De manera que si para enseñar es menester que sea sabio y muy leido, y para dar contento á los que oyen ha de trabajar en la pronunciacion ó accion, que consiste en moderar los meneos de ojos, manos y cuerpo, y de la voz para mover, que es dar vida á la palabra y herir el corazon del que oye, ha de ganarlo por oracion humilde. San Jerónimo dice: El que tiene el fuego del divino amor en su pecho, ¿qué puede echar por la boca, sinó palabras encendidas de fuego? Este es don de Dios y obra del Espíritu Santo, y por tanto leemos de Elías que el era como fuego y sus palabras ardían como hachas. Si el predicador fuere horno de fuego del celo y amor divino, moviéndose á sí mismo cuando predica moverá á los que le oyen. Qué oracion tan buena aquella de Eliseo: usadla muchas veces vos, Padre (1): *Sea en mí hecho el espíritu vuestro doblado, Redentor mío.* Dadme vuestro espíritu para que vuestras palabras me enciendan y muevan á amaros y alabaros, Dios mío, y dadme tambien vuestro favor, para que predicando tengan eficacia y muevan á los oyentes, para que os sirven y amen. Quien ha recibido tan gran tesoro dé gracias al Señor y humíllese porque no le pierda. Y cuando hubiere predicado vuélvase á sí mismo, reconociéndose por pobre é indigno de ejercitar tan gran oficio, como San Gregorio aconseja en el cuarto libro de su Pastoral, donde trae aquella autoridad de Ezequiel (2): *Cuanto fueres más gracioso, desciende*

(1) IV Reg., II, 9.
(2) Ezech., XXXII, 19.

y duerme con los infieles. Cuanto más dones has recibido de Dios y te parece que tienes más habilidades, bájate y no presumas. Dí entónces lo que el Señor te enseña en el Evangelio: siervo soy inútil y sin provecho. Plegue á la divina clemencia, hermano mío, que así ejercitéis ese oficio apostólico, que Jesucristo os dé por vuestros trabajos la corona de la gloria. Amen.

ORACION

que nuestro Padre San Agustin hacia acabando el sermon

Conversi ad Dominum Deum Patrem omnipotentem puro corde, et in quantum possumus, et parvitas nostra sufficit, maximas atque veras gratias agamus. Precantes toto corde singularem misericordiam ejus, ut preces nostras in beneplacito suo exaudire dignetur. Inimicum quoque a nostris actibus, et cogitationibus, sua virtute expellat, nobis multiplicet fidem, mentem gubernet, spirituales cogitationes concedat, et ad beatitudinem suam perducat. Per Christum Dominum nostrum. Amen (1).

(1) S. August., oratio in serm. de temp. 48, Scripta.

EPÍSTOLA UNDÉCIMA

PARA UNA PERSONA AFLIGIDA DE ESCRÚPULOS

Trata de dónde nacen y qué remedios tienen

Consuele Dios, Padre de misericordias, vuestra ánima, hermana, el cual sólo es poderoso para consolaros en toda tribulacion, porque es omnipotente. Amen.

De vuestra carta tengo entendido lo mucho que Dios os ama, y tambien vuestra gran tribulacion acerca de combates de espíritu y escrúpulos importunos que no cesan de fatigaros, y como persona enferma pedís remedio y medicina. Plegue al médico de nuestras almas, Jesucristo, Criador y Redentor nuestro, que sepa yo dar algun remedio para tribulacion tan penosa, cuanto la experiencia de muchos años nos ha enseñado. No penséis, esposa del Hijo de Dios, que os apartó el Señor del mundo y de sus bullicios para holgar ni descansar, sinó para trabajar y pelear con diversas maneras de enemigos. Muy desengañados nos tiene nuestro Dios, sinó que no quiere nuestra flaqueza entenderlo. El Santo Job dice (1) *que el ave nace para volar y el hombre para el trabajo.* Por donde entendemos ser la miseria del pecado tan grande que es imposible vivir en este destierro sin penas y trabajos. Y hablando el Espíritu Santo particularmente con cada un siervo suyo, dice así (2): *Hijo, llégate al servicio de Dios; está con temor y apareja tu ánima para la tentacion.* ¿Qué maravilla que el hijo adoptivo sea tentado y afligido, pues el Hijo natural, Cristo

(1) Job, v, 7.
(2) Eccl., II, 1.

Jesus, padeció tantas tentaciones? Consideradle, hermana, en este santo tiempo de la cuaresma, en la cual representamos aquel riguroso ayuno del Señor, que en cuarenta días y noches no comió cosa alguna para pagar la gula de nuestros padres primeros y la nuestra, y no como quiera, sinó áun con las setenas. Y áun mirad atentamente cuán afligido fué del demonio, el cual le tentó, no una vez, sinó tres veces, donde el Rey del cielo en manera alguna padeció más que en la pasion, siendo preso, azotado, coronado de espinas y crucifijado. No hay duda sinó que en su pasion padecía más que todos los mártires: lo uno, porque su pasion fué muerte larga; lo otro, porque los atormentadores ingeniaron tormentos diversos; finalmente, como dice Santo Tomás, por la gran delicadeza de aquel sacratísimo cuerpo, formado por obra del Espíritu Santo. Mas en la pasion de Cristo tratábase de pena; el demonio cuando le tentó trataba de culpa, y á los amigos de Dios poco se les da de la pena, porque es temporal y para en el cuerpo; de la culpa, aunque sea de léjos, se afligen y pasan mayor tormento que de todas las penas del mundo. *Vi á los prevaricadores y me deshacia, me secaba*, dice David, amador de Dios (1), *y esto porque no guardaron vuestros mandamientos*. Nosotros como imperfectos sentimos la pena y dásenos poco de la culpa. ¡Oh, santo Dios! ¡qué congoja, qué agonía y pasion sintió el Redentor del mundo en aquellas blasfemias que Satanas le dijo cuando le tentó, y así afligido en la última tentacion le echó de sí y le dijo: *Anda, vete, Satanas;* éntrate en el infierno; déjame, que me tienes afligido (2)! ¿No veis á vuestra cabeza, no miráis á vuestro Señor y capitan como pelea y padece? Zacarías lo dice y vos lo habéis de decir: *Adan, ejemplo mio desde mi mocedad* (3). Veis aquí á Adan el celestial; con-

(1) Psalm. xvi.
(2) Matth., iv, 10.
(3) Zach., xiii, 5.

templadle continuamente en vuestras aflicciones y escrúpulos que os atormentan. Mirad que para nuestra redencion fué tentado y padeció, y tambien para nuestro ejemplo y consuelo. ¿No veis la blasfemia del maligno sin vergüenza que osó prometerle todos los reinos de la tierra á trueque de que le adorase? ¡Oh, soberbio! ¡oh, infernal! ¿qué tienes que dar, sinó lo que tienes y posees? Fuego, llamas é infierno, ésta es tu posesion y éste será siempre tu desventurado imperio. Mentiroso eres y padre de mentira, y con falso prometimiento engañaste á Eva, y así con mentiras derribas las ánimas y las apartas de Dios, consintiendo ellos en tus traiciones. Acordaos, sierva del Señor, que os llama vuestro Esposo azucena entre espinas; humillaos y llamad á Cristo que os guarde y os saque de peligros tan de diversas maneras. A Sara, mujer de Abrahan, sacó Dios del poder del rey Abimelech, sin perjuicio alguno de su castidad. A la santa y animosa mujer Judith libró el Señor del poder de Holofernes; y finalmente, á Santa Lucía y á Santa Ursula y otras muchas santas, siendo conquistadas de tiranos, las defendió y amparó el Rey de gloria, Jesucristo, porque le llamaron de corazon, y así os librará á vos de todos los peligros y tentaciones que el demonio despertare. Y notad que los zarzales y espinos suelen ser defensa que los que pasan por el camino no echen mano de las flores ó fruta de las heredades. Verjel es de Dios nuestra alma, y heredad del que la crió la llama el Apóstol. Y si un verjel de deleites tan excelente crió Dios para Adan, creed que otro mejor crió Dios para sí cuando crió aquella alma á su imágen y semejanza. Para defensa de esta heredad de Dios, por su gran misericordia permite que vengan trabajos y tentaciones, con las cuales nuestra alma, humillándose y orando sin cesar y llamando á Dios, está más segura muchas veces que teniendo prosperidad y no siendo afligida, ¡Oh! ¡cuánto mejor le fué al santo rey David cuando le perseguía Saul, que no cuando reinaba y era gran señor! En el tiempo de la persecucion andaba muy llegado á Dios, y en

la prosperidad ofendió á su Criador, cayó en adulterio y homicidio. Por esto suplicaba él y decía (1): *Probadme, Señor, y examinadme tentándome.* Quien pedía ser tentado gran fruto sentía haber en la tentacion; y quien deseaba ser examinado no quería holgar, sinó como buen caballero pelear y ejercitarse en paciencia y humildad. Acordaos que aquella tierra de promision, que no era más que tierra como otras, aunque muy fértil, no se dió al pueblo de Israel sin grandes trabajos y guerras; treinta y un reyes vencieron ántes que entrasen en aquella tierra tan deseada, y queremos nosotros poseer aquella tierra, de quien dijo el rey David hablando con Dios (2): *Mi heredad, Señor, sea en la tierra de los que viven sin trabajo;* acá en el suelo es tierra de los que mueren y áun de los que se están muriendo, pues cada hora y momento que vivimos caminamos para la sepultura; tierra de los que viven para siempre vivir en el cielo; y pues tanta ventaja hace aquella vida gloriosa, pacífica y perpetua á esta mortal, ¿cuánta más razon es que la conquistemos y peleemos por poseerla, trabajando en esta vida y padeciendo cualesquiera adversidades? *No son merecedoras ni dignas las pasiones de este tiempo para poseer la gloria que está por venir, la cual se ha de declarar en nosotros,* dijo el Apóstol (3). Luego, hermana, haced rostro á los trabajos; y considerando ser este el camino por donde los amigos de Dios subieron al cielo, no os turbéis cuando sois afligida de alguna adversidad ó tentacion.

Mas para que al tormento congojoso que el Señor del mundo permite que padezcáis se dé algun remedio, notad que los escrúpulos, ó nacen de enfermedad, ó de propio amor y presuncion. Esto primero conocemos por la experiencia, porque muchas personas melancólicas con medicinas han sanado de sus

(1) Psal. xxv, 2.
(2) Psal. cxli, 6.
(3) Rom., viii, 18.

melancolías, en las cuales reina aquella enfermedad que llaman los médicos manía; y como diga la divina Escritura *que el Altísimo crió de la tierra la medicina, y que el varon prudente no la aborrecerá* (1), sabiamente y con merecimiento delante de Dios, las personas afligidas de pensamientos y escrúpulos toman este remedio natural, que la clemencia divina proveyó. Tienen otra fuente los escrúpulos harto peor de remediar, y es el amor propio, que jamas está sin punta de soberbia. Este amor, ó por mejor decir tirano, es la triste herencia del pecado que nos vino de Adan, y está tan trabado del alma que no hay fuerzas humanas que basten á desasirle del corazon, porque solamente con la gracia divina se vence este gigante. Este amorpropio quiere su honra, su regalo y su interes, y es en todo contrario del amor caritativo con el cual amamos sobre todas las cosas á Dios y á nosotros y á todo lo demas por Dios. El amor de caridad es pacífico, ordenado, delicado y trae gran alegría y gran ganancia, del cual dijo San Pablo: *Sobre todas las cosas tened caridad* (2). Este amor ha de ordenar Jesucristo, llevándonos á la bodega del vino fuerte y dulce, que es su sagrada pasion, en la cual resplandece su gran caridad, pues se olvida de su descanso y vida para librarnos de la muerte eterna. ¿Quién acierta ya á amarse á sí mismo mirando á Jesucristo, Señor y Criador nuestro, en la cruz? ¿Quién busca su regalo y quiere su interes propio, considerando al Hijo de Dios preso, azotado y coronado de espinas y muerto? Y áun mirad cuán desordenado andaba el amor de los hombres, pues fué menester que á tanta costa y trabajo descendiese nuestro Redentor á concertarle.

Este amor propio es causa que se ame demasiado el cristiano, y como por una parte tiene fe que hay infierno para castigo de los malos que no hicieren penitencia, y por otra

(1) Eccles., xxxviii, 4.
(2) Colos., iii, 14.

parte, mirando los pecados que ha hecho el alma, ofendiendo á su Dios, cada uno de los cuales, siendo mortal, merece el infierno, por lo mucho que se quiere comienza á temer y á decir: ¡Oh, si me ha Dios de condenar! ¡Si tengo de ser lanzado en aquellas penas perpetuas y arder para siempre en compañía de los demonios por mis grandes pecados! De manera que del amor demasiado que se tiene el escrupuloso resulta temor demasiado, y del temor excesivo nace congoja y gran inquietud en la conciencia. Y ésta es una vida que nadie la puede declarar por palabras, y es un tormento que no deja reposar, un gusano que parece que lastima las entrañas, no deja comer ni dormir, ni orar con reposo: de manera que como la alegría de la conciencia reposada sale al rostro, así la afliccion y continua guerra de los escrúpulos enflaquece y consume la vida. *El espíritu triste seca los huesos*, dijo Salomon (1), y así pasa en este negocio, y áun es tan grande mal éste que si no se remedia, tiene gran peligro de dar en el mayor de los pecados, que es desesperacion. Y digo que es el mayor pecado, porque la maldad de Júdas, que vendió al Hijo de Dios, con ser tan abominable delito, tenía remedio, como lo tuvieron las negaciones de San Pedro, que hizo penitencia, lloró y confió de la misericordia divina; mas la desesperacion del traidor, que se ahorcó, no sufre remedio.

Arte sutil es del demonio para engañar á los hombres ántes que pequen, disminuir el pecado y engrandecer la misericordia de Dios diciendo, que aunque pequen alcanzarán perdon: y así hemos de entender que Adan se atrevió á pecar, porque, como San Pablo afirma, Eva fué engañada, Adan no lo fué: y pues no le cegó la pasion, á ojos abiertos pecó, confiando que Dios no ejecutaría la amenaza que le había hecho

(1) Prov., xvii, 22.

si quebrantase su mandamiento. De suerte, que el demonio es gran predicador de la misericordia de Dios para derribarnos en el pecado; mas despues de habernos derribado vuelve la hoja y engrandece la justicia de Dios: y de tal manera la encarece, que no deja camino ni puerta al que pecó para pedir misericordia. Esto vemos á la clara en Caín, desesperado y desventurado, y lo mismo entendemos en Júdas: *¡Ay de los que caminaron por el camino de Caín!* nos dice la Sagrada Escritura (1). ¡Oh, dignos de ser llorados los herederos de tan mal padre, los imitadores de aquel homicida, que no se contentó con ofender á Dios, matando á su hermano, sinó que pasó adelante, haciendo otra mayor maldad, desconfiando de la misericordia divina, la cual es tan grande cuanto es grande el sér de Dios: y porque Dios es infinito, su clemencia es piélago de misericordia infinita! El profeta Joel dice así (2): *Convertíos al Señor Dios vuestro, porque benigno es y misericordioso y más poderoso que la malicia.* No solamente Dios es misericordioso y sus misericordias no tienen número ni fin, mas áun es la misma misericordia: esto es decir que por naturaleza es piadoso, no accidentalmente como el hombre, sinó por esencia le conviene ser piadosísimo. Para hurtar el cuerpo al demonio y para vencerle con su espada, como hizo David al gigante Goliat, ha de tener el cristiano un aviso, y es que ántes que pegue mire la rigurosa justicia de Dios, el cual en su Hijo tan amado Jesucristo tan terrible castigo hizo por los pecados del mundo: *y si en el madero verde* y árbol tan fructífero tal castigo se hizo, *en el árbol seco* y sin fruto, que es el pecador, *¿qué castigo se hará?* (3). Palabras son de nuestro Salvador soberano. Miremos, pues, y muy atentamente consi-

(1) Jud., c. únic., 11.
(2) Joel, II, 13.
(3) Luc., XXIII, 31.

deremos, ántes que pequemos, las grandes pérdidas que del pecado nacen y la rigurosa justicia de Dios: el castigo del diluvio y de Sodoma y Gomorra, abrasadas con fuego del cielo, de Datan y Abiron, á los cuales la tierra tragó vivos por la rebeldía que tuvieron á Moises.

Miremos finalmente á la justicia que el Padre ejecutó en su Hijo por los pecados del mundo y al infierno, cárcel perpétua de los condenados, y con tal freno hemos de retraernos de pecar; mas si ya caimos como flacos miremos á la misericordia de Dios, la cual perdonó á la samaritana, á la Magdalena y á San Pedro y á San Pablo, y al santo ladron le dió, el día que murió, la gloria por su gran clemencia. Estos son aquellos olorosos ungüentos que dice la Esposa en los Cánticos, tras los cuales hemos todos de correr, considerando estos ejemplos y mirando la franqueza y liberalidad grande de Dios, que así llama á los pecadores, los espera, y los recibe, echándoles los brazos como aquel buen padre hizo á su hijo perdido, cuando se volvió á él. ¿Quién hay que no corra en alcance de sus misericordias? De suerte que el ánima que es afligida de escrúpulos entienda que, ó es enfermedad, ó amor propio que le hace la guerra, y por tanto trabaje mucho por amar de todo corazon, porque *el amor perfecto de Dios* dice San Juan que *arroja fuera el temor* que nacía del propio amor (1). Nuestro Padre San Agustin, declarando aquello del salmo: *Dios no se moverá de en medio de ella* (2) dice, que la silla de Dios y trono real de su Majestad es la buena conciencia. Cristo es Rey pacífico y quiere su trono quieto; y así dice este santo profeta en otro salmo: *En paz es hecho su lugar* (3). Mas como la envidia de Satanas sea tan grande, ya que no basta á echar de su silla á Dios, trabaja por turbarla

(1) I Joan., IV, 18.
(2) Ps. XLV, 6.
(3) Psal. LXXV, 3.

y darle inquietud, para que á lo ménos enoje al alma y la haga salir de paciencia viéndose molestada tan sin cesar, un año y otro y muchos años. Quien quisiere tener buena conciencia, dice San Agustin, obre bien, porque de las buenas y santas obras, con fin bueno hechas, nace la buena conciencia, así como de las malas obras resulta la mala conciencia. Cuánta alegría y contento traiga consigo el buen testimonio de la conciencia manifiéstalo el Apóstol á los corintios diciendo (1): *Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia.* Gran alabanza es esta del alma que á Dios sirve y ama de todo su corazon; y si Dios no tuviera otro premio en la otra vida porque el cristiano cumpliera la ley divina, solamente bastaba por salario de gran valor esta paz y serenidad de la conciencia pura y santa. Mas mirad un aviso excelente que da Ricardo de Santo Víctor declarando aquellas palabras que dijo el rey Nabucodonosor: yo estaba en mi casa quieto y florecía en mi palacio. Rey es nuestro espíritu y entonces está quieto en su casa, cuando tiene buena conciencia. ¡Oh cosa grande, casa real y de gran estima la buena conciencia! Entraré en mi casa, y allí holgaré y descansaré, dijo el Sábio. Todos los trabajos de esta vida, pobreza, afrentas, enfermedades y todo lo demas, es nada y cae de la puerta afuera cuando el alma está sin pecado. El descanso de las tribulaciones y el reclinatorio y cama blanda donde reposa el espíritu es la conciencia buena. No hay reposo sinó en esta casa, ni florece el corazon sinó en la confianza de la pureza de la conciencia. Como la flor da confianza del fruto, así la buena conciencia da seña de gozar de Dios (2): *En justicia pareceré, Señor, en vuestra presencia y seré harto cuando pareciere vuestra gloria.* Notad que la justicia da esperanza de gozar de Dios, porque el cumplimiento de los mandamientos divinos

(1) I Cor., I, 12.
(2) Psal. XVI, 15.

justicia es, con la cual sin miedo nos presentamos delante de Jesucristo: y de esta justicia nace la esperanza de gozar de la hartura de su gloria en el cielo. De manera que, segun nos ha dicho este sabio doctor Ricardo, la causa de nuestra paz y la esperanza de gozar de Cristo es la justicia. Y advertid que hay dos maneras de seguridad de conciencia muy diversas, una mala y otra buena. Una tienen los muy malos, de los cuales está escrito: Hay unos pecadores que están seguros, como si tuviesen las obras de los justos. Queréis bien entenderlo? Sabed que el malo cuando cae en el profundo de los males menosprecia el consejo y el remordimiento de la conciencia. De suerte que aquel gusano que es el mayor tormento de los condenados en el infierno y es el mayor verdugo de las penas sensibles, porque es el mas íntimo al alma que jamas morirá, atormentando las entrañas de los malos, segun dijo Isaías, acá en esta vida, aunque muerde, cuando los pecados van muy adelante cánsase de morder y quiébrase los dientes y cesa en alguna manera de atormentar. De aquí viene que el hereje obstinado y el infiel y el mal cristiano que ha hecho callos en el pecado, viene á tener una seguridad falsa, como si fuese amigo de Dios. La seguridad de los perfectos es verdadera y fundada en santos deseos y obras cristianas. Y esto es lo que dijo San Juan en su canónica (1): *Si nuestro corazon no nos reprende, confianza tenemos acerca del Señor.* Esta es aquella heredad y tierra santa que hemos de ganar con las armas de las virtudes y quitársela á los cananeos y amorreos, que son los vicios. Esta bendita tierra mana leche y miel y trae doblado gozo consigo. Gozaos, dijo el Apóstol, hermanos, en la esperanza de gozar de Dios. Esta es la leche suave, que aquí se da luégo al ánima, y gozará de la miel, que es gozo perpetuo, cuando vea á Dios. La leche críase en la

(1) JOAN., III, 21.

carne y la miel del rocío del cielo: así en la contemplacion de las criaturas el alma santa tiene gran suavidad; mas cuando sube más alto, y contempla al Criador, gusta miel dulcísima. Tambien podremos decir con Ricardo que esta tierra santa, que es la buena y limpia conciencia, mana leche y miel, porque el que la poseyere gozará en el cielo de la vista de la humanidad de nuestro Salvador y de la vista de su divinidad.

Luego muy bien dijo el Apóstol que la gloria y descanso nuestro en esta vida es el testimonio que nos da nuestra buena conciencia. Poco vale y nada pesa el testimonio y alabanzas que nos dan los hombres: malos jueces son, que no pueden conocer lo interior, que sólo Dios ve: por tanto en nada se ha de tener su estima y honra, de la cual los mundanos tanto caso hacen. A lo interior del desierto guiemos nuestros pensamientos, como Moises guió sus ovejas cuando le habló Dios desde la zarza, y tendremos gran consuelo conversando y hablando con nuestro Criador. *El alma segura*, dijo el Sabio (1), *es como un continuo convite.* Apaciéntase de la suavidad y gusto delicado del Señor siempre, y por eso huella y menosprecia todo lo que el mundo tanto estima y busca con agonía fatigosa.

Para hallar tan rico tesoro, hermana en Cristo, y para poseer esta tierra santa, habéis de pelear animosamente, desterrando y matando á las naciones bárbaras que la tenían usurpada. Han de ir fuera los pecados, teniendo contricion de ellos; hanse de confesar y satisfacer por ellos. El ayuno y la oracion se han de frecuentar, porque esta manera de enemigos con tales armas se vencen: demas de esto, aquel pan celestial, Cristo Jesus, hémosle de recibir con gran reverencia; el cual fué figurado en aquella torta de Gedeon, que destruía el real de los enemigos; y así dijo uno de ellos: esa es la espada de Gedeon;

(1) Prov., xv, 15.

pan y espada se llama, y bien le vienen estos dos nombres al santísimo Sacramento del altar. El Señor dijo: *Yo soy pan vivo, que descendí del cielo* (1), porque pan de los ángeles es y de los hombres amigos de Dios: Él remedia nuestros desmayos y flaquezas, y fortalece nuestro corazon. Vivo es, porque da vida á las almas, despertando grandes deseos y dando esfuerzo para obrar obras heroicas perfectas; y áun es espada que cercena y corta las malas inclinaciones, mortifica los sentidos y reforma nuestro doblado hombre, interior y exterior. Aquí se gusta la dulzura de Dios en su fuente, y en este maná celestial hallamos sabores excelentes y gustos espirituales: los cuales no gusta sinó el que dignamente, con gran fe, caridad y humildad, se llega al santo altar, mesa real, abastecida y proveida de mano tan franca y magnífica, en la cual es todo uno el dador y el don. ¡Oh poder divino! ¡Oh amor inefable de Dios! ¿Quién bastara á salir con tal empresa, sinó tu poder infinito? y ¿quién acertara ó supiera ingeniar tal obra, sinó tu sabiduría admirable? Este es el fuego que veniste á poner en la tierra fría de nuestros corazones, Señor, segun tú, Rey nuestro, lo declaraste: abrasa nuestras entrañas con el fuego de tu santo amor, inflama nuestros corazones para que á tí solo alabemos, á tí solo amemos con todo el caudal de nuestro amor.

La afliccion y trabajo que padecéis espiritualmente grande es, porque todo lo que padece el cuerpo es nada y se puede decir regalo, con la menor afliccion, que el espíritu padece. El sabio dice que *el espíritu triste seca los huesos* (2); y es así que consume y acaba la vida, si Dios no le remedia y da su favor. Esto no entienden las personas que no han pasado por este martirio largo, y acaece que se ríen, diciendo: no curéis de escrúpulos; sosegaos; como si estuviese en mano del que pa-

(1) Joan., vi, 41.
(2) Prov., xvii, 22.

dece dejar esta fatiga tan desabrida y penosa. Oigan los que así hablan lo que dice el Eclesiástico (1): *Tu corazon padece fantasías, hasta que el Altísimo te visite.* Notad que decir, que el corazon padece fantasías, es tener combate de pensamientos, los cuales el alma no querría tener. Las blasfemias que el demonio representa, los encarecimientos, representando lo que es nada, como si fuese gran pecado, las desconfianzas que nos pone de nuestra salvacion, la memoria de los pecados pasados y confesados, diciendo como al oido que no los ha perdonado Dios, y demas de estos pensamientos desatinados, pónennos delante mil dudas de nuestra santa fe, todo son cautelas del demonio y envidia de Satanas. Y no sé qué secreto de Dios es este, que ni perdonan los escrúpulos muchas veces á los doctores, ni á los ménos sabios, ni hacen acatamientq á edad de vejez, sinó que vemos que no hay cosa ni estado seguro. Estos son aquellos bárbaros que dijo Dios que vendrían sobre su pueblo, cuya lengua no entenderían, y no tendrían acatamiento alguno á los viejos. ¡Oh santo Dios! ¡qué bárbaros son los escrúpulos y qué lenguaje tan oscuro y dificultoso de entender! Siéntense y atormentan el alma, y ella no los sabe declarar ni decir. ¡Oh lenguaje del demonio, confusion de la soberbia de los que edificaban á Babel! desacatados pensamientos son, que en diversas maneras afligen el alma. Ha de visitar el Altísimo Señor nuestro corazon para que cesen, y Él como omnipotente ha de mandar á los vientos y al mar que se sosiegen, y luégo habrá gran tranquilidad, como en la navecita que Cristo dormía leemos haber acaecido. Sólo Cristo Jesus basta para cerrar la boca á ese perro infernal, que no ladre, atado está y encadenado, que el Señor del mundo muriendo en la cruz, le cautivó: por tanto, como nuestro Padre dice, puede ladrar, mas no puede morder. Este es aquel leon

(1) Ecc., XXXIV, 6

que dice San Pedro que anda cercándonos y bramando, deseando cazar algun alma que trague y lleve al infierno. Luego conviene velar y no hacer caso de sus bramidos; cada un escrúpulo, cada desconfianza y flasfemia que nos dice, es un bramido de este cruel leon.

No le mostréis miedo; confiad mucho en Dios y entended que es Padre fiel, que no os dejará ser vencida, sinó que con su gracia vendrá tiempo que os burléis de las burlerías y desatinos que este perverso ántes os decia para turbaros: este dragon es, el cual formaste, Señor, para que hiciesen burla de él. Esto dijo el profeta David, hablando de este perseguidor nuestro Satanas. Para burlar de él permite la Majestad divina que nos tiente y aflija: porque, resistiéndole nosotros, él queda burlado y el alma aprovechada. Burlóse de él aquel Santo Job, cuando despues de perdida la hacienda, los hijos y la salud, dió alabanzas á Dios y glorificóle: burláronse de este dragon pestilencial aquellas niñas santas y doncellas delicadas, Santa Catalina, Santa Ines y Santa Úrsula, con sus once mil virgenes, dando su sangre por amor de Cristo, el cual por nuestro amor murió en lo alto de la cruz. ¿Qué tenéis, sierva de Jesucristo, que os espanta? Vuestro Esposo, Cristo, venció este leon y destruyó este fiero dragon, para que vos gocéis de esta victoria.

Gran penitencia es la que el Señor os da en que padezcáis, ese trabajo; entended que Él es Padre y que para que os humilléis más permite esa vejacion de escrúpulos. Tened grande aviso que si Cristo duerme en vuestro corazon por alguna negligencia, que le despertéis orando, como hicieron los Apóstoles en el navío; cuando se levantó aquella recia tempestad, ellos dijeron: *Libradnos, Señor, que perecemos* (1): vos, tomad la misma oracion y decid: Rey mío y gloria mía, Cristo Jesus,

(1) MATT., VIII, 25.

salvadme, que sin vuestro favor yo me perderé; ayudadme con vuestra gracia, que soy flaco y desmayaré en esta batalla tan larga y tan penosa. Tambien podréis decir con David: (1) *Levantaos, Señor ¿por qué; dormís? Levantaos y no me dejéis hasta el fin.* ¿Por qué, Señor, hacéis del dormido? No me olvidéis; ayudadme; Padre mío sois; responded por mí. Y si con todos estos remedios la tribulacion va adelante, contentaos con ver que la voluntad de Dios es esa: y creed que para vuestro aprovechamiento ordena Dios ese trabajo, el cual hemos visto padecer personas muy siervas de Dios diez y veinte años, no sin gran juicio de Dios; y despues conocimos en sus ánimas una paz y quietud tan grande que ellas mismas se admiraban de verse tan trocadas y en gran manera alababan á Dios, como los que han pasado una gran tempestad y se ven ya en el puerto seguros. Estos dicen siempre aquello de los macabeos (2): *Siendo libres de grandes peligros damos á Dios grandes gracias y alabanzas;* y con el profeta David de noche y de día no se cansan de glorificar á Jesucristo, diciendo (3): *Estamos alegres por los dias que nos humillaste, Señor, y por los años que vimos tantos males.* Yo os digo, hermana, que en la tierra no hay gozo, que se iguale al que una alma tiene, habiendo pasado por ese puerto tan penoso, cuando el Señor usa de misericordia con ella y le da la paz que deseaba: mas sabed que á otras personas aflige esta pasion de escrúpulos toda la vida, y es cosa admirable que los hemos visto poco ántes de morir tan libres de estos combates como si jamas hubieran sido tentadas de escrúpulos· Esto es gran tesoro y riqueza que la divina bondad de su mano da á las almas que en vida pelearon varonilmente, confiándose de Cristo, Padre

(1) Psal. xliii, 23.
(2) Mac., i, 11.
(3) Psal. lxxxix, 15.

de misericordia y Dios de consolacion, que nos favorece y consuela en toda tribulacion, y más en aquella de la muerte, que es recia y se pasa muy á solas, pues nadie hay de los amigos, ni parientes que basten á consolarnos, sinó sólo Dios. Esto he dicho, porque una de las grandes tentaciones que ese enemigo pone es entre los escrúpulos hacer guerra con el día de la muerte. Dícenos al oido: Anda, que si ahora te murieres no te salvarías: porque si ahora tienes tanto trabajo en salud, ¿qué será de tí en la agonía de la muerte? Esta blasfemia se ha de vencer con la gran confianza de Cristo, amigo leal que cuando todos nos falten Él no faltará jamas: y de cierto, que yo he visto lo que aquí afirmo y es lo que dice la escritura divina (1): *En todo tiempo ama el que es amigo; y el hermano se prueba en la angustia.* Hermanos nos llamó Cristo cuando dijo á la Magdalena y á las otras santas mujeres el día de su resurreccion: Andad, decid á mis hermanos que ya he resucitado. Amigo es leal el que dijo: *Ya no os llamaré siervos, sinó amigos* (2): Gran consuelo han de ser á vuestra alma estas palabras tan amorosas y tan prometedoras del favor, que aquella bondad divina suele dar á los que le sirven y aman y se fían de Él, diciendo (3): *Señor, en vos confié y no seré jamas confundido.* Palabras son de aquel santo rey David y conviene traerlas fijas en el corazon y decirlas muchas veces con la lengua para nuestro consuelo y alegría.

Tambien tened gran aviso y séaos regla que jamas olvidéis, porque va mucho en ello, que jamas vais con el escrúpulo: quiero decir, que depongáis la conciencia, no haciendo aquello que el escrúpulo pide, sinó lo que la razon y la fe enseñan, ántes os conviene hacer lo contrario, porque de esta

(1) Prov., xvii, 17.
(2) Joan., xv, 15.
(3) Psal. xxx.

manera se vence esta pasion. Oid un ejemplo: dice el escrúpulo que os tornéis á confesar lo que ya habéis confesado; no lo hagáis, porque jamas os quitaréis ni alcanzaréis el descanso y reposo de conciencia que deseáis: si há muchos años que no hicisteis confesion general y os aconseja vuestro confesor que la hagáis, hacedla. Esto ha de ser mirado con gran prudencia y oracion si conviene que se haga, porque algunas veces hemos visto no sacar más quietud de la confesion general. Esta disposicion ha de ver el sabio confesor, y sin su parecer no se debe hacer: al cual dad gran crédito y regíos por él, sujetándoos por Dios á lo que os aconsejare: porque en esta negacion se vence mucho esta pasion y se gana mucho mérito con Dios.

Y pues en la enfermedad corporal se requiere tener obediencia y hacer lo que manda el médico, ¿por qué en esta enfermedad espiritual no será obedecido el médico espiritual? No dudéis sinó que estas dos cosas son principales medicinas para los escrupulosos. Sujetarse al consejo del confesor en todo y hacer lo contrario de lo que dice el escrúpulo mal fundado y sin razon. Todos los doctores dicen que si el que hace alguna cosa que no es mala ni prohibida por la ley de Dios, piensa que es culpa, el tal peca en lo que hace, y la razon es porque la conciencia errónea obliga cuando no se depone, la cual tenía obligacion á deponer. En manera que quien pensase que comer ántes de oir misa el domingo es pecado mortal y comiese, pecaría mortalmente: no porque la ley de Dios lo prohibía, sinó porque falsamente se persuadió que estaba prohibido.

Trabajad de huir prolijidad en vuestras confesiones, mayormente que vuestro estado y vida tan sin trato del mundo, y la frecuencia con que dijimos que habéis de usar de los sacramentos, confesiones y comunion, convidan á hacer breve confesion. No os enseñéis despues de confesada á hacer reconciliaciones, que es pasion ordinaria de escrupulosos, ni penséis

entónces en pecados. Subid el corazon á cosas más altas, tratad entónces en perlas, considerando aquella clemencia inefable de Jesucristo, salud y gloria nuestra, el cual en la última cena se consagró á sí mismo y se dió á los Apóstoles, diciendo (1): *Comed, que este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.* Alabad aquella divina bondad que se nos dió por hermano y por redencion nuestra, y por manjar y pasto de nuestras almas: y áun dió el poder á los Apóstoles para que le consagrasen y que ellos ordenasen otros sacerdotes, y que fuese de mano en mano esta dignidad, de la cual se admiran los ángeles, para que hasta que se acabe el mundo haya sacerdotes que nos administren tan alto Sacramento. Llegaos con humildad al santo altar y suplicad al Señor que os cumpla la palabra que Él dió diciendo (2): *Quien comiere mi carne y bebiere mi sangre, quedárseha en mí y yo en él.* ¡Oh! ¡dichosa vuestra alma si queda hecha un espíritu con Cristo, si ya no viviereis vos, sinó Cristo en vos, como afirmaba de sí mismo San Pablo! Habiendo comulgado, reposaos, como San Juan, sobre aquel corazon y pecho divino del Señor: dadle allí infinitas gracias, alabadle y como á Rey grande y Señor omnipotente, suplicadle que con franca mano pague la posada; que os dé aumento de fe, crecimiento de caridad, firmeza de esperanza y aprovechamiento en todas las virtudes. Y acordaos que quiere el Señor para vuestra humildad que vayáis creciendo poco á poco, y que no en un día ni en un año os halléis acabada y perfecta. Allá dijo á su pueblo que no destruiría luégo aquellos infieles amorreos y jebuseos, porque las bestias de aquella tierra no se multiplicasen y les ofendiesen. Merced es grande que nuestro Rey y Señor, Cristo, nos hace, que vamos poco á poco aprovechando en el camino del espíritu, porque

(1) MATTH., XXVI, 26.
(2) JOAN., VI, 57.

los leones de los pensamientos de soberbia no nos destruyan y lo perdamos todo. Ejercitémonos, pues, en santos ejercicios, y esperemos la misericordia divina: y esto quiso decir la divina Escritura, cuando mandó que el que creyere no se dé prisa. No lo quiera todo en un día ni tase á Dios el tiempo; vaya esperando y trabajando, que del justo dijo David (1): *El justo florecerá como palma*. Notad que la palma, como ha de vivir muchos años, florece tarde y lleva sus dátiles tarde. Algunos quieren florecer, como el almendro; danse mucha priesa, tienen poco reposo, y en una hora quieren ser perfectos. Los Apóstoles anduvieron con Cristo tres años, y quedaron aún flacos y se encerraron en Sion por temor de los perseguidores, y hasta que vino el Espíritu Santo no fueron varones acabados, ¿y queréis vos en breves días llegar á la cumbre de la perfeccion que no os falte una jota? El santo rey David, mirando con atencion los varones que caminan deseando la perfeccion, dijo así (2): *Irán de virtud en virtud, y se verá el Dios de los dioses en Sion*. Ir caminando de virtud en virtud no es otra cosa sinó ir subiendo poco á poco, como el que va subiendo por una escala.

De suerte que es menester perseverar y no cansarse en el camino del cielo, y sufriendo esa vejacion humillaros, suplicando á Jesucristo que os dé fuerzas, para que con ánimo venzáis ese tirano atormentador: y si os dijeren, como al Apóstol San Pablo: *bástate mi gracia* (3), dad alabanzas á Jesucristo y suplicadle que os dé Él siempre tales armas para vencer al enemigo que os aflige. No quiero decir que queráis revelacion, como San Pablo la tuvo, sinó que cuando orando con humildad viereis que el Señor no os quita esa batalla de escrúpulos, entendáis por esas señas que Dios os dará otra

(1) Psal., xci. 13.
(2) Psal., lxxxiii.
(3) II Cor., xii, 9.

cosa mejor, y es que tengáis paciencia y que os humilléis en esa tribulacion, lo que habéis de tener en más que el quitaros el mismo trabajo. Lo primero, porque así lo quiere el Señor: lo segundo, porque en esa penitencia, dada de la mano de tal Padre, merecéis más que en todas cuantas vos ingeniareis por vuestra propia voluntad.

El Apóstol nos persuade que probemos la voluntad de Dios, la cual es buena, apacible y perfecta. El probarla es gustarla, saborearnos en ella, y esto no se puede hacer sinó negando la nuestra. Es la voluntad de Dios siempre buena, porque es Él suma bondad; es apacible, porque da todo contentamiento al que gusta de ella, y es como el maná pan de los ángeles, que sabe á nuestra ánima tan dulcemente, que en la pobreza nos da gusto de riquezas eternas; en la enfermedad nos sabe á salud, y en las afrentas nos da la voluntad divina gran suavidad de aquella honra celestial que esperamos. Finalmente, esta voluntad de Dios es perfecta y acabada, porque hace perfectas las almas que del todo dejan su voluntad y nada quieren sinó lo que Dios quiere y de su mano les envía. ¡Dichoso el que ha volado tan alto!

Para gustar mucho de esta voluntad divina, paz, descanso y gloria de los ángeles y de los santos, conviene lo que arriba dije, que recibáis el santísimo Sacramento muchas veces, porque si aquel pan subcinericio, que el ángel dió á Elías en aquel desierto, pudo tanto, que en virtud de él anduvo cuarenta días sin desmayar, hasta que llegó al monte de Dios llamado Oreb, ¿cuánto más este pan de vida y Dios y Señor nuestro os dará ánimo para caminar por el desierto de esta vida, sin desmayar en esos trabajos y tentaciones hasta que lleguéis al monte de Dios, que es la gloria? Angel fué el que despertó á Elías y ángel os ha de decir cuándo habéis de comulgar; llamo ángel al confesor, sin cuyo consejo no se debe hacer obra tan alta. Un decreto es que la santa Iglesia sacó de nuestro Padre San Agustin, el cual aconseja que cada do-

mingo comulguen los cristianos. Aprovechaos de este consejo, vos, hermana, y sabed que muchas personas que sirven á Dios en recogimiento y vida de continencia, como vos por la misericordia del Señor vivís, se hallan muy bien con frecuentar la comunion de ocho á ocho días. Animaos y no ceséis de espantar y ojear esas aves envidiosas que quieren comer el sacrificio tan acepto á Dios de vuestras oraciones y ejercicios santos, tomando ejemplo en el santo patriarca Abrahan, que con gran diligencia entendía, aunque no sin trabajo, en hacer huir las aves que le molestaban cuando ofrecía sacrificio al Señor. Vendrá la tarde y enviará el Rey celestial, Jesucristo, su fuego de amor, y las aves bravas de los escrúpulos huirán, quedando vuestra alma pacífica, y no solamente quieta, mas inflamada en caridad, diciendo con el profeta David (1): *Mi corazon se ha inflamado y en mi meditacion arde el fuego.* ¡Oh! ¡dichoso el corazon que de tal fuego de alquitran está tocado, y bendita el alma que es como horno de vidrio, que jamas en ella cesa la llama resplandeciente, dulce y suave del amor divino! Esta tendrá en nada al mundo y á sus honras, intereses y regalos; solamente pensará y tratará en el cielo, conversando con los ángeles y con el Criador de todo el universo, Cristo Jesus. En medio de los trabajos estará sin trabajo, y cuando más la cercaren los desabrimientos y adversidades dirá con San Pablo (2): *Tengo gran abundancia de gozo en mis tribulaciones.* De manera que no sólo tendrá paciencia, ofreciéndolo todo á Dios, mas áun hará fiesta á los tormentos y tendrá por pascua alegre padecer algo por amor de nuestro Salvador, el cual por nosotros tanto padeció; y áun fué poco lo que sufrió muriendo en cruz, cotejado y comparado á la grandeza del amor con que lo padecía. Es cosa de notar lo que la Escri-

(1) Psal. xxxviii, 4.
(2) II Cor., vii, 4.

tura santa dice: que el templo de Salomon tenía las ventanas más anchas por dentro que por fuera.

¡Oh, ventanas celestiales! ¡oh, llagas de mi Redentor y Señor! grandes sois de fuera, mas mucho mayores por dentro. Grande es la pasion, grandes los dolores y mayor el amor que está por dentro ardiendo á llamas vivas. Esta grandeza de caridad manifestó el Señor cuando dijo (1): *Con un bautismo tengo de ser bautizado; como estoy afligido hasta que se acabe.* Ya era bautizado del bautismo de agua, que le administró San Juan Bautista, el cual recibió para santificar las aguas y para enseñarnos que allí está depositada nuestra salud y salvacion.

Faltaba otro bautismo más costoso, no de agua, sinó de sangre, bañándose en ella en su santa pasion. Y era tan grande su deseo y tan inefable su agonía por ver el mundo redimido, que declara en estas palabras serle un martirio terrible la dilacion de su muerte. Y notad que cuando iba á padecer, segun dice San Márcos, iba delante de los Apóstoles. Solía ir en medio de la gente otras veces, como en la procesion de ramos, y así los que iban delante y despues cantaban alabanzas á este Rey de gloria.

Cuando sanó al ciego pobre de Jericó los que iban delante de este Señor le reprendían que callase; mas aquí, cuando va á morir, delicadamente significa el evangelista el grande amor con que va, pues alarga tanto el paso, que va delante de todos. En este amor grande que vuestro Esposo os tuvo poned los ojos siempre, y en este libro escrito de dentro y de fuera, segun lo vió San Juan, estudiad de noche y de día. Escritura de fuera, segun dice nuestro Padre, es todo lo que Cristo padeció por nuestra salud: prision, azotes, bofetadas, corona de espinas, clavos, cruz y lanzada; y grandes cosas nos dice esta lectura admirable. Mas la escritura de dentro, la gran caridad

(1) Luc., xii, 50.

con que padeció, el amor riguroso que le atormentaba, compadeciéndose de nuestras culpas, no todos lo penetran y gustan. Veis aquí, hermana, vuestro homenaje á donde os recojáis en esos trabajos; esta es la fortaleza inexpugnable; huid á ella y no seréis vencida. Plegue á la bondad de Jesucristo, Príncipe de paz y Señor del mundo, que os dé siempre virtud y gracia en esa batalla de escrúpulos, para que, llevando esa cruz con paciencia y humildad, el Señor os dé vencidos los enemigos, y cuando Él sea servido quite esa guerra para descanso de vuestra alma y para gloria suya. Habiendo leido esta epístola, ved estos documentos, que son como suma de lo que en ella se contiene, porque confío en Dios que sacaréis algun fruto en leerlos.

El primer documento es que quien desea tener pacífica su conciencia trabaje con todas sus fuerzas de obrar santas obras y huir toda ofensa de Dios, porque de estas dos cosas resulta el buen testimonio de la conciencia, de la cual dijo el Apóstol (1): *Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia;* el testimonio y alabanza de los hombres falsos son, y muchas veces juzgan desacertadamente; mas el testimonio que da la conciencia buena es gran gozo para el alma y gran paz para el corazon.

El segundo documento, el purificador principal de la conciencia, es la pura, clara y dolorosa confesion sacramental, porque allí, á los piés del Vicario de Cristo, se le comunica gran favor al ánima y se le da el tesoro de la gracia que aquel sacramento suele dar á los que de tan excelente medicina dignamente usan. Y como, segun Santiago dice (2): *Dios resiste á los soberbios, y á los humildes comunica su gracia*, de aquí es que en acto de tan gran humildad quede el alma muy rica

(1) II Cor., I, 12.
(2) Jac., IV, 6.

de este precioso tesoro. ¡Miserable del soberbio hereje que de tan excelente joya se ha hecho indigno por su gran soberbia y presuncion!

El tercer documento para que el alma pierda el miedo y se halle fuerte contra las tentaciones y escrúpulos que la combaten, trabaje con pureza de fe y caridad por llegarse al Santísimo Sacramento, el cual es pan de vida, esfuerzo y virtud de nuestros desmayos, regalo y maná dulcísimo que basta á poner en olvido los groseros y toscos manjares de este mundo, Egipto tenebroso. Este manjar divino obra en el ánima más perfectamente todo lo que el manjar corporal en el cuerpo; y si el manjar del cuerpo da aumento y hace crecer, sustenta la vida y da suavidad, todos estos efectos obra más delicadamente este pan celestial, dando aumento de gracia y de las virtudes, dando tambien gran dulzura, y finalmente sustentando la vida espiritual, para que el alma no caiga y muera. Y segun el consejo de nuestro Padre San Agustin, debe el cristiano frecuentar y recibir este manjar angélico cada domingo, dado que en la primitiva Iglesia los cristianos comulgaban cada día.

Documento cuarto: quien quisiere hallar remedio para los escrúpulos tenga una regla, y es que jamas haga lo que le dice el escrúpulo, porque si le consiente, aunque sea en cosas pocas, críale y dale favor para que más aflija en las cosas mayores. Hase, pues, de hacer fuerza, no consintiéndole y haciendo lo contrario. Esto es lo que dice el Apóstol (1): *Resistid al demonio y huirá de vosotros.* Toda inquietud de alma despierta al demonio, y si se resiste al principio el soberbio se retrae y va corrido; todo el mal de Eva nació de no resistir al principio al demonio, el cual por pequeño resquicio, cuando no halla contradiccion, se enseñorea del alma.

El quinto documento: el escrupuloso ha de trabajar mu-

(1) Jac., iv, 7.

cho por no creerse á sí mismo y seguir el parecer de su Padre espiritual, el cual, si fuere sabio y siervo de Dios y anciano nada le faltará. La razon de esto es, porque si el enfermo es obligado á obedecer al médico corporal, por qué el enfermo en el ánima que es el escrupuloso, no se rendirá y será sujeto al médico espiritual? Este trabajo de escrúpulos nace de soberbia, segun ya dijimos, y en el memorial de amor santo en el ejercicio del domingo se trató más largamente: luego la medicina ha de ser, por el contrario humillarse, y no tener parecer ni querer: en esta resignacion y negacion se vence la soberbia y el demonio y hay gran merecimiento delante de Dios.

El sexto documento: si no quiere el que padece trabajo con escrúpulos verse en gran peligro tenga un aviso, y es que jamas responda á las tentaciones de fe ni á otros dislates del demonio, sinó calle y hágase mudo, llamando á Dios y diciendo con David: *Señor, entended en ayudarme: Señor, daos prisa en favorecerme* (1). El rey Ezechías, cuando oyó aquellas blasfemias que decía aquel bárbaro Rabsaces á los ciudadanos de Jerusalen, que estaban cercados y afligidos, mandó que nadie le respondiese y Dios respondió por su honra, y en una noche mató el ángel ciento y ochenta mil del ejército de Senacherib. ¿Queréis que Dios responda por vos en esa batalla espiritual? tened aviso que á ese Rabsaces maldito, aunque más blasfemias os diga, callad, no le respondáis, ni hagáis caso de él; dejadle por loco desatinado: y este es un castigo grande, que él siente en gran manera; llamad á Jesucristo y no os canséis: abrazaos con lo que la santa Iglesia romana cree y afirma, y derribaréis este dragon en tierra. Cuando los fariseos reprendían á los Apóstoles, que no se lavaban las manos cuando comían, ellos callaron y nuestro Sal-

(1) PSAL., LXIX.

vador tomó la demanda, y cuando el fariseo y Santa Marta reprendían á la gloriosa Magdalena, Jesucristo, como su abogado, la defendió, para que entendamos que cuando callamos nosotros el Señor habla y nos es defensor fidelísimo. Si Eva callara cuando la serpiente la tentó, no pecara.

El séptimo documento es: el que quisiere en el camino espiritual alcanzar la paz y perfeccion que desea, persevere y no cese de ir adelante con los ejercicios espirituales. Va tanto en este documento, que el Señor nos avisa *que el que perseverase hasta el fin será salvo* (1). Luego el que como flaco desmayare y no perseverare, se perderá. Lo mismo afirma el Apóstol, y dice: *No recibirá la corona sinó el que peleare lealmente* (2). Si los romanos no daban una corona de yerba sinó al que triunfaba, cosa que tan presto se seca, ¿como dará Jesucristo la corona de gloria eterna al que se dejare vencer de las pasiones y tentaciones? Todos los filósofos afirmaron ser gran parte de la fortaleza la confianza y la perseverancia: y por tanto no alcanzan esta virtud los pusilánimes y flacos. *El reino del cielo padece fuerza y los animosos y constantes le arrebatan para siempre poseerle* (3). Y pues en el camino y escala de la perfeccion tenéis al Hijo de Dios por defensor y por patron, al cual vió Jacob trabado de aquella escala por donde subían y descendían ángeles, justo es que con gran ánimo, á imitacion de aquella fuerte mujer á quien tanto alabó Salomon, que fortalezcáis vuestro brazo, peleando varonilmente y perseverando; que el Señor, que os hizo merced de daros su gracia para comenzar tan santa batalla, os dará sus favores, llamándole con humildad, para que perseveréis hasta la muerte en su santo servicio.

(1) MATTH., XXIV, 13.
(2) II TIM., II 5.
(3) MATTH., XI, 12.

EPÍSTOLA DUODÉCIMA

PARA UNA VIUDA Á QUIEN SE LE MURIÓ SU PADRE

Trata como la muerte cristiana es entrada del cielo

Me escribís, hermana en Jesucristo, como vuestro padre ahora nuevamente es difunto, y que quedáis muy sola, y de soledad doblada, pues el Señor del mundo os quitó el marido y ahora os llevó vuestro padre. Dios sea loado por la una visitacion y por la otra; todo viene de mano de aquel gran Padre, que nos crió y nos redimió, el cual, no solamente se llama Padre nuestro y sigue nuestras pisadas, aficionándonos á que le amemos de todo corazon, mas áun por Isaías afirma que nos ama más tiernamente que la madre ama al niño, que con grandes dolores parió. Allá decís vosotros, pueblo mío: *Me ha olvidado el Señor:* decidme, *¿podrá la madre olvidarse de su infante y no habrá misericordia del hijo que nació de sus entrañas? Pues si ella se olvidare de su hijo, yo no me olvidaré de vosotros* (1). Excelentes palabras son estas, hermana, y de verdad tan profundas y tan declaradas de aquel abismo sin suelo de amor que nuestro Dios tiene á los que le sirven y aman, que no es posible dar el encarecimiento debido á estas amorosas palabras que el Señor nos dice ahora á todos los cristianos: cuando las dijo solamente era Criador y Señor de los hombres: ya es otro mundo y va más adelante la muestra de su inmensa caridad, pues se hizo hombre, como nuestro Padre afirma, para que el hombre sea Dios, participando de su gracia y despues de su gloria. Y si levantamos los ojos de la

(1) Isai, xlix, 15.

fe, lo mucho que padeció por el hombre y el precio tan rico que dió por él, no oro, ni plata, sinó su sangre y su vida, entenderemos que nos ama más fuertemente que padre ninguno terrenal y más tierna y delicadamente que la madre que nos parió. ¿Quién es, veamos, cada cristiano, sinó aquel Benjamin tan amado de Jacob, su padre, y tan deseado de la graciosa Raquel su madre? Dos nombres tuvo aquel niño: el uno le puso el padre, y fué llamarle Benjamin, quiere decir, hijo de la mano derecha. Y la madre le llamó Benoni, que quiere decir hijo de mi dolor. Cada uno de nosotros tiene estos dos nombres; el Padre celestial llama á cada cristiano hijo de mi mano derecha: hijo á quien yo tengo de honrar y ponerle á mi mano derecha con mis ovejas el día del juicio para darle el reino del cielo. Raquel, aquella humanidad de Cristo, que fué hermosísima, sin mancha de pecado, llama á su pueblo cristiano hijo de mi dolor, hijo de mis trabajos, de mi prision, azotes, corona de espinas clavos y cruz. ¡Oh cosa admirable! Raquel murió del parto de Benjamin: en manera que la muerte de la madre fué vida para el hijo, y la vida del hijo tan deseada, fué causa de la muerte de la madre. ¡Oh bienaventurado cristiano! ¡Oh dichoso hijo de Raquel, para que tú nacieses á Dios, y tengas vida de gracia y de gloria, murió Cristo en la cruz muerte tan dolorosa. ¡Oh Benoni! acuérdate, como dice Salomon, de los gemidos de la santa Raquel tu madre; ten memoria de lo que el Señor padeció para tu remedio: llámale, confía de tal madre, que no te olvidará, pues tanto por tí padeció. Este rey celestial nos dice cada día y cada momento: ¿por qué dices, alma, que te tengo olvidada en esos trabajos y fatigas que padeces? La madre se cansará, y ocupada en otros negocios, dejará llorar su niño y le olvidará: mas yo no te olvidaré jamas, porque lo que mucho cuesta naturalmente se ama mucho: me has costado tanto, mi sangre, mi honra y mi vida: ¿cómo es posible olvidarte? Padre y madre tuya soy; no temas, jamas me olvidaré de tí; en tu po-

breza, en tus enfermedades, en los agravios que padeces; finalmente en toda tribulacion á tu lado estoy y no me aparto de tu cabecera. Ahora. pues, Señor, dad prendas y señal de esa memoria y amor que nos tenéis: yo os daré bastantes rehenes, hijos y que os satisfagan: *Sabed que en mis manos os tengo escritos*, dice Dios á Isaías (1). ¡Oh! ¡qué carta de amor tan preciosa está! ¿qué corazon hay tan de piedra que no se ablande oyendo esta gozosa nueva? Con tal tea encendida en llamas de caridad, ¿qué entrañas no se derriten y regalan, amando con todas sus fuerzas á quien tanto nos amó? Las manos en la Escritura significan las obras, y así se quejó Dios de aquel su pueblo, porque tenía las manos sangrientas: quiere decir, que eran vengativos y que sus obras no eran limpias y puras delante del Señor: de manera, que las manos de Dios diremos que son las obras del mismo Criador, y porque el inmenso Dios, cuando criaba ángeles, cielos y tierra y todos los elementos, aves, animales y peces, y todo este universo, todo lo quería para servicio del hombre, tan amado, en quien dibujó su imágen y semejanza, está bien dicho: anda hombre, que no te olvidaré jamas, porque en eternidad te conocí y te amé y todo lo que crié hice para tu servicio: y áun cuando crié el mundo, puse los ojos en tí, hombre, haciéndote señor de todo y que tú fueses como monarca y señor de este mundo visible y despues reinases conmigo en el cielo. ¡Oh! ¡si dijésemos la misma sentencia nosotros! no nos olvidaremos, Señor, de vos, que nos criasteis y redimisteis y nos sustentáis la vida y áun nos prometéis la gloria: no tendremos olvido de tan grandes mercedes y beneficios; siempre nos acordaremos de vos y os loaremos por ellos: y si vos nos traéis escritos en vuestras obras, que son vuestras manos, nosotros tambien os traeremos escrito en nuestro corazon por deseo y en nuestras

(1) Isai., xlix, 16.

obras, encaminándolas á vuestra gloria y servicio, no para intereses ni estima nuestra, sinó para que vos seáis conocido, alabado y glorificado en ellas. Notad, hermana, y considerad aquellas manos llagadas de nuestro Redentor, y allí os hallaréis escrita: allí se os da gran confianza de su misericordia. Bien pudiera el Señor resucitar glorioso, como resucitó, y sin señal de los clavos y lanza: mas no quiso por darnos mayor consuelo y confiarnos más que no dudemos de su amor. En la cruz está diciendo: mira, cristiano, cuánto te amo; contempla el amor extraño que te tengo, pues te escribí en mis manos: y áun pasa adelante y mira que te escribí en mis entrañas y corazon con una lanza dura y cruel que rasgó mi divino pecho. Entendiendo vais, hermana, como Jesucristo no os tiene olvidada en quitaros el marido, para que con más quietud y libertad os empleéis en amarle y servirle, en hacer piedad á pobres y en visitar iglesias y hospitales. Andabais ocupada en agradar y servir al esposo terreno ántes; ahora empleaos toda en servir al Esposo celestial, Cristo, para que digáis con la esposa (1): *Mi amado esposo Jesucristo á mí y yo á Él.* ¡Oh! ¡qué cifras, dice San Bernardo, de gran amor espiritual éstas! Mi amado es á quien sólo ama mi alma, y ella se empleará en su servicio. Yo le traeré en mis manos y en mis pensamientos escrito, por continua memoria amorosa, pues Él tanto me amó, que me crió de nada é hizo capaz de su gloria, y me dió su sangre preciosa y su vida para mi remedio. Él me escribió en sus manos, no dando pisada ni obrando cosa alguna sin acordarse de mí: no pensaré cosa, ni la hablaré, ni pondré por obra, que no sea ordenada para su santo servicio y gloria.

De manera que eso que parece soledad es artificio de Dios, para que, desembarazada del cuidado del esposo mortal, vuele

(1) CANT., II.

vuestra alma, y se levante en mayor deseo y servicio de aquel Esposo de nuestras almas y Rey celestial, Jesucristo. Demas de esto os ha querido el Señor examinar y probar vuestra paciencia con quitaros á vuestro padre porque quiere Él ser, como lo es, padre y esposo vuestro. Palabras son suyas, por las cuales nos enseña á no llamar padre sobre la tierra á alguno. No porque quiera Él que no nos humillemos, sirvamos y obedezcamos á nuestros padres, pues ordenó un mandamiento, y es el primero de la segunda tabla, en el cual nos manda que los honremos: y esta honra no ha de ser solamente quitar el bonete delante de ellos ó hablarlos cortesmente; debe pasar adelante esta honra, sirviéndolos y alimentándolos en su necesidad. Y pues de las cigueñas leemos que sustentan á sus padres cuando viejos, que no pueden volar ni salir del nido, ¿cuánto más el cristiano, que ha de ser piadoso con todos los pobres, ha de remediar á sus propios padres? Lo que el Señor quiere decir es que sólo Él es el que nos crió y redimió, y que como á Padre principal le amemos y sirvamos, llamándole é invocándole con gran confianza, pues el hijo naturalmente confía de su padre que le oirá y favorecerá: de suerte que los padres terrenales, á quienes dijo el filósofo que no podemos pagar la deuda que les debemos, como ayos son que nos dió nuestro Padre celestial, para que fuesen instrumentos de lo que ménos vale en nosotros, que es el cuerpo, porque el ánima Dios la cría y nos la infunde con su poderosa mano. ¡Oh, soberano Padre! ¡oh Rey celestial! Bendito seais vos, que si el cuerpo hicisteis de algo, el cual es corruptible y mortal, nuestra ánima hicisteis de nada, para que nada quiera y nada ame en el mundo, sinó á vos, Criador suyo y Señor. Nuestro Padre dice: dentro de sí tiene el alma despertador para acordarnos de Dios, para amarle y siempre loarle. Retrato suyo hay en nosotros, pues nos hizo á su imágen y similitud. Y pues su imágen resplandece en nuestra alma, grande es la obligacion que tiene de amar siempre á tal Pa-

dre tan poderoso y tan noble. A este Padre celestial habéis de dar gracias por el tiempo que os dejó gozar de la presencia de vuestro padre y de vuestro marido: y tambien se las debéis dar, porque fué servido de sacarlos de esta vida, para que gocen de otra mejor, inmortal, pacífica y gozosa y llena de todas las riquezas que el alma puede desear: sea Jesucristo alabado, que murieron conociéndole y recibidos los Sacramentos, confesion y comunion y extrema uncion, remedio de nuestros pecados y consuelo grande y mérito para el cielo; y para que mejor os consoléis de la una muerte y de la otra, oid ahora con atencion al Apóstol San Pablo, como consuela á los cristianos tesalonicenses.

No quiero, hermanos, que tengáis ignorancia de los que duermen, porque no os entristezcáis como los que no tienen esperanza. Si creemos que Jesus murió y resucitó, tambien Dios á los que durmieron por Jesus llevará á la compañía de Él (1). Notables palabras son éstas, hermana, y muy particularmente ordenadas para vos, que con dos muertes de padre y de marido os ha visitado nuestro Señor. Va mucho, y es la principal pieza de nuestra cristiandad este artículo de fe que tenemos de la resurreccion que esperamos, y es obra tan admirable de Dios, que la flaqueza humana se admira en pensarla. En todas las leyes reveló el Señor este misterio á sus amigos para consuelo de ellos y de nosotros, y para que cosa tan excelente y milagrosa se pudiese persuadir mejor á los hombres. El santo Job, hablando de este misterio, viéndose tan afligido, sin hacienda, sin hijos, sin salud ni honra, desechado en un muladar, con tener esta esperanza de la resurreccion en el seno guarda se consolaba este santo varon (2): *Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último dia le he de*

(1) I Tesal., iv, 13 y 14.
(2) Job, xix, 25, 27.

ver en mi carne; yo mismo, y no otro por mí, y mis ojos le han de ver. Esto dijo aquel amigo de Dios para su consuelo y para el nuestro, teniendo entendido que aunque su carne estaba llagada y con grandes dolores, que algun día (venido el día del juicio, cuando el Salvador del mundo llamase á todo el mundo para tomar cuenta á cada uno de sus pensamientos, palabras y obras) su cuerpo resucitaría glorioso, inmortal, ligero y sutil y más claro que el sol: para aquel día afirma que verá con sus ojos al Redentor del mundo. En manera que los ojos mismos que miraron al pobre, y las manos que le remediaron dando limosnas, y la lengua con que consoló al desconsolado, habían de recibir su galardon en aquel día final de la resurreccion. Esto le reveló la fe, y la razon no lo contradice: porque siendo como es el cuerpo y los sentidos tan principal instrumento para poner por obra la ley santa de nuestro Dios, y constando, como consta, que el hombre es un compuesto de cuerpo y ánima, todo es justo que se levante en aquel día, para que enteramente se haga la paga y premio á los buenos, y se dé el castigo enteramente á los malos en el cuerpo y en el alma. Verdad es que en la muerte es juzgado cada uno, y allí el alma, ó va al cielo si está del todo purificada, ó sinó va al purgatorio para acabar de satisfacer por sus culpas lo que en esta vida no satisfizo: porque San Juan dice que en aquella ciudad del cielo nada entrará que lleve mácula; mas si murió en pecado mortal, condénanla al infierno para que allí pene en compañía de los demonios, donde tendrá terribles tormentos. Y porque cada uno es dos personas, particular y universal, pues es parte de la república de este universo: por tanto el juicio particular no impide que haya el universal, ni es juzgar Dios una misma cosa dos veces, como lo afirma el Profeta. Esta resurreccion nos trae á la memoria San Pablo diciendo (1): *No quiero que ignoréis de los que*

(1) I Thes., iv, 13.

duermen. Nuestro Padre San Agustin en un sermon dice: Cosa es muy usada en la Escritura llamar el Espíritu Santo sueño á la muerte de los buenos: lo primero, porque el que duerme tiene esperanza de levantarse y despertar, y así dijo David (1): *¿por ventura el que duerme no ha de despertar?* Tambien se llama sueño, porque el que despierta con el mismo cuerpo se halla, con el cual se acostó á dormir: y así cuando venga aquel día de la resurreccion cada uno se hallará vestido de la misma carne y cuerpo con que vivió y murió. De aquí es que nuestro Salvador llamó dormido á Lázaro, dado que era muerto: *Nuestro amigo Lázaro duerme, y yo voy á despertarle*, dijo la Suma Verdad (2): y como no lo entendieron, díjoselo más claro: Lázaro es muerto. Dice San Agustin: muerto era Lázaro respecto de los hombres, porque nadie bastaba á darle vida; mas respecto de Cristo dormía, porque más fácil era para Él resucitar un muerto que á nosotros despertar un hombre dormido. Pues como esta ventaja tengamos los cristianos á los infieles, que nosotros muriendo dormimos y ellos mueren para siempre morir, nuestra resurreccion ha de ser gloriosa, y la suya para mayor desventura é infierno, no es justo que nos entristezcamos, ni lloremos nuestros difuntos como ellos lo lloran, no teniendo esta fe ni esperanza. Escándalo sería para los infieles vernos llorar pesadamente á nuestros muertos, que creemos que viven con Jesucristo y que han de resucitar gloriosos. Y es de notar que no dijo el Apóstol que no llorásemos y que no nos entristeciésemos sobre nuestros difuntos, porque natural es el sentimiento de ver morir á los que amamos, sinó dijo que no sea nuestro llanto á la manera de aquellos infieles, gente bárbara y sin fe. El Eclesiástico dice que lloremos poco sobre el difunto. Contra esta doctrina hacen los que muestran demasiada tristeza: se entristecen y

(1) Ps. XL, 9.
(2) JOAN, XI, 11, 13.

dan gritos, y en todo el año no salen ni á ver una misa. Espántame los Licios, que hicieron ley para que ninguno llorase á su difunto, si no fuese vistiéndose de traje de muger: dando á entender que era flaqueza grande hacer extremos cuando alguno muere. Los Traces entendieron bien este secreto y acertaban mucho en la costumbre que tenían, negocio bien contrario al que ahora se usa: cuando nacía alguno, lloraban porque sabían las muchas miserias y trabajos que había de padecer en esta vida: y cuando alguno se moría hacían gran fiesta, porque ya salía de tantos peligros, enfermedades, aflicciones y turbaciones, cuales la triste vida que vivimos trae consigo. No podemos negar que nuestro Salvador no llorase en la muerte de Lázaro, su amigo: mas San Juan dice la causa, y fué ver llorar á sus hermanas Marta y María Magdalena. Compadecióse de su afliccion el buen Maestro y Padre de misericordia, y como dice San Pablo que lloremos con los que lloran y nos gocemos con los que se gozan, aquella excelente caridad de Cristo, viendo llorar á sus amadas discípulas dió riendas á las lágrimas, diciendo: lloremos todos; y áun lloró para enseñarnos que ántes que demos la limosna demos compasion al que padece, que es limosna espiritual y de mayor valor. Y porque se le había de dar resucitado luégo, dióles la compasion primero, llorando con estas santas mujeres. Y si lloró por Lázaro, no fué porque era muerto tanto, cuanto porque siendo tan su amigo, y habiendo pagado la deuda de la muerte le había de volver á los descontentos y penas de esta vida mortal.

Una de las grandes mercedes que Dios hizo á los hombres despues que Adan hubo pecado es dejarlos sujetos á la muerte. Y para entender esto notad que Dios no hizo la muerte, segun lo afirma el Sabio, sinó el hombre con los piés y las manos la buscó; claro está que Dios no es ni puede ser autor de lo que es nada, que esto no es poder, sinó flaqueza; y como la muerte sea nada, es un apartarse el alma del cuerpo; luego

Dios no hizo la muerte. Amenazó con ella á Adan si comiese del árbol vedado; mas el demonio fué el principal inventor de la muerte y el hombre le ayudó, consintiendo en el pecado. Y por esto el Señor llama á Satanas homicida, porque él ordenó y tendió el lazo de muerte á nuestros padres primeros, de quien heredamos el pecado, que es muerte del alma, y la muerte, que es pena del cuerpo. De suerte que Dios crió al hombre, no para que muriese, ni es autor de la muerte; obra es de Satanas y del hombre consentidor del pecado. Y, como dice San Basilio, viendo el demonio que Dios había dado tanto favor al hombre y que iba encaminado para gozar de gloria perpetua en el cielo, la cual él perdió por su gran soberbia, rabiaba de envidia y no cesó hasta que salió con su demanda, derribando en culpa al que era tan amigo de Dios. De aquí es lo que dice el Sabio: por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo; mas como el Señor jamas permitiría algun mal, sinó para sacar de allí algún bien, segun dice nuestro Padre, permitió que Adan pecase y que quedase él y todos nosotros sujetos á la muerte, porque viniendo Él hecho hombre á redimirnos, restaurase la honra del Padre celestial y nos manifestase lo mucho que nos amaba padeciendo por nosotros y declarase la gravedad del pecado, y áun quedase el demonio vencido con su propia espada, y con su muerte mate nuestra muerte. Todos estos bienes y otros muchos sacó el Hijo de Dios de aquella mala semilla que el demonio sembró en el mundo cuando hizo pecar á Adan. Esto es lo que dice el santo Evangelio, que aquel mal siervo perezoso dijo al Señor que le reprendía por no haber aprovechado con el talento que se le dió: *Sé bien, Señor, que sois hombre riguroso y que cogéis de donde no sembrasteis* (1). Del demonio es sembrar males, y de Cristo, poder soberano y sabiduría infinita, es coger frutos sa-

(1) Luc., xix, 21.

ludables. Satanas fué el homicida y el que trajo la muerte, y de la misma muerte hizo nuestro Salvador mina de nuestra redencion y vida eterna.

Aquí queda condenado el error del filósofo Crisipo, príncipe de los estoicos, el cual, como hombre sin fe, osó afirmar que no hubo vida sin muerte ni salud sin enfermedad ni pobreza sin riqueza. El pecado encaminó todas estas miserias, sin las cuales Dios crió al hombre al principio del mundo. Nadie debe infamar la muerte que tan provechosa es á todos; áun á los malos, porque no sean peores y crezca su infierno y tormento, provechosa es la muerte. ¡Oh! ¡válgame Dios! si Neron, Vespasiano, Juliano el Apóstata y todos estos tiranos tan crueles para el pueblo cristiano hasta ahora vivieran, ¡qué de males hubieran hecho, por donde tuvieran mayores y mayores tormentos! La muerte les cortó el hilo; quitóles el mando, para que no fuese más creciendo su juicio y condenacion; no hay cosa que más deseen cada día los afligidos que la muerte, segun dice Plinio, porque les parece un gran remedio de sus ordinarias tribulaciones y angustias. La muerte despena á los penados, da libertad á los presos, saca de gran trabajo á los cautivos y áun da fin á las afrentes de muchos. Séneca reprende á Mecenas, caballero romano, el cual deseaba vivir mucho, aunque fuese con largas enfermedades: Yerras, yerras, dice Séneca, porque la vida hase de desear virtuosa, aunque sea breve. ¡Oh! ¡cuántos hay hoy que tienen el parecer de Mecenas, deseando larga vida! y ¡cuán pocos tienen la opinion de Séneca, queriendo vivir vida virtuosa y cristiana y no larga y viciosa! Verdad es que el Eclesiástico dice ser la memoria de la muerte amarga; mas luégo declaró á quién, diciendo que es desabrida al que tiene paz y está contento en sus riquezas. Amarga es la muerte para quien tiene estragado el paladar del alma, para el que tiene puesto su amor en la honra, deleites é intereses temporales. Finalmente, la memoria de la muerte, á los que viven engañados, parándose en estas cosas terre-

nas, desabrida es; mas á los sabios, á los que juzgan las cosas con ojos claros, á los que entienden ser sueño todo lo que ama el mundo y ser verdaderos bienes los del cielo, á éstos suave es y dulce, y á voces dicen: *¡Oh muerte! ¡qué bueno es tu juicio!* De verdad bueno y recto es el juicio de la muerte, pues como el recto juez, ni toma dones de los ricos ni teme á reyes y emperadores, ántes los iguala; y como la vara en casa del mercader, siendo una misma, mide por igual el alto brocado y el bajo sayal, así la muerte iguala y mide por un nivel al alto emperador y al pequeño labrador. ¡Oh, muerte! ¡cuán bueno es tu juicio, pues tú restituyes lo mal ganado, que en vida de muchos años no se restituyó! Edificas iglesias y hospitales, casas huérfanas que estaban sin remedio, das de comer á pobres, sacas encarcelados y redimes muchos cautivos que estaban en poder de turcos y moros. Parece que la muerte es amiga de amigos y enemiga de enemigos; á los buenos, que la aman, es suave y alegre; á los malos, que la aborrecen, espanta y atormenta, áun con su vista, que es su memoria. Aquel maná que caía en el desierto uno mismo era, y á unos revolvía el estomago, porque gemían por los manjares de Egipto groseros, y á otros sabía, como dice el Sabio, á todo lo que ellos querían, siéndoles muy dulce. ¿Quieres, cristiano, que no te amargue la muerte? aborrece al mundo, Egipto engañoso y tenebroso; no ames sus manjares viles, honras, riquezas y deleites; escupe esa hiel de pecado de la boca y no te será hiel amarga la muerte; á los buenos cristianos que están muertos al mundo sabrosa es la muerte, y cuando la hallan la estiman como á rico tesoro. Estos son los que dijo el santo Job que tienen deseada la muerte y no viene, y como el que cava algun tesoro se alegran cuando hallan la sepultura. ¡Oh, gente sabia, animosa y fuerte, que esperan cada día y cada hora la muerte, la llaman y la desean! porque la muerte del buen cristiano, eclesiástico y religioso, puerta es de la vida eterna.

Qué bien decía y cuán sabiamente avisaba Séneca á su amigo Lucilo: Mira, amigo, que tú no sabes á dónde la muerte te espera; por tanto espéra!a tú en todo lugar; gran documento es éste, y más parece aviso dado de cristiano que de filósofo. No Séneca, sinó el Hijo de Dios, Verdad eterna, nos avisa y dice: *Venid, que no sabéis el día ni la hora* (1) cuando el Hijo de la Vírgen ha de venir. El velar es no descuidarnos jamas, orando y obrando la ley de Dios, no dejarnos vencer de sueño del pecado, acordándonos del día de la muerte. ¡Oh, medicina saludable, cuya receta sana muchas enfermedades! ¡Oh muerte, cuya memoria basta para que jamas el hombre ofenda á Dios! Palabras son del Sabio muy de gran valor aquéllas: *Acuérdate de tus cosas últimas y finales yjamas pecarás* (2). San Bernardo en un sermon pondera estas palabras, y dice: ¿Por qué no dijo acuérdate de tus principios ó medios y no pecarás? Dice este santo doctor: Mirad que de nuestro principio y concepcion sacamos vergüenza, siendo formados nuestros cuerpos de vil materia; de nuestros medios, que es la vida penosa y trabajosa, sacamos dolor; mas de la memoria de la muerte sacan los hombres temor; y porque pueda más el temor que la vergüenza y dolor, no dijo que nos acordásemos de nuestros principios ó medios, sinó de nuestras postrimerías. Tres cosas hay al fin de la vida que temer y, jamas se nos habían de quitar de la memoria, para tener en poco el mundo y para no pecar. La primera es la muerte, y ésta dijo el filósofo que era la cosa más terrible de todas, porque no hay trabajo que no tenga algun remedio en esta vida, y para no morir no hay sabiduría ni poder que sea bastante. De la pobreza salen muchos y se remedian heredando, trabajando y siendo diligentes; de la enfermedad, aunque grave, convalecen los enfermos muchas veces; de la infamia por discurso de tiempo hemos visto á mu-

(1) MATTH., XXV, 13.
(2) ECLES., VII, 40.

chos tornar á subir á su estima primera y áun ir adelante; mas que alguno no venga al punto de la muerte no se sufre naturalmente. *Ya está hecha ley para los hombres que mueran una vez y despues que vayan á juicio*, dice el Apóstol (1). Ley es de Dios; no la revocará Él ni nadie podrá apelar de ella; todos los hombres han de morir una vez, y luégo en muriendo ha de ir el alma á presentarse delante el Juez divino, Cristo Jesus. Pues como sea negocio inevitable la muerte, bien se llama cosa terrible, espantosa y áspera; tambien es terrible porque aparta de los amigos, divide entre padres é hijos, quita los bienes, destruye los sentidos, enmudeciendo la lengua, ensordeciendo los oidos, cegando los ojos, y finalmente, cortando esta tan trabada union y deshaciendo esta alianza de veinte, cincuenta y noventa años que habia entre el alma y el cuerpo. ¿A quién no admira esta novedad que allí ha de pasar? Y ¿á quién no hace temblar un día tan terrible? Pluguiese á Dios que los cristianos hiciésemos lo que los egipcios, gente bárbara y sin ley de Dios, hacían todas las veces que celebraban algun convite y hacían fiestas, ya sentados los convidados, tenían una imágen de un difunto labrada en un madero de dos varas en largo, y traíala uno á la redonda de las mesas, y llegándose á cada un convidado decíale: Mirando á este muerto come y bebe y huélgate, y ten entendido que te has de morir y ser semejante á este muerto. ¡Oh! ¡válgame Dios, qué filosofía tan alta! ¡qué freno para detener los ímpetus de la gula, de la ira y de todo exceso! Diría yo á cada un cristiano: hermano mío, en todo pasatiempo y prosperidad de esta vida, en tu mesa cada día, en tu cama y donde quiera que te hallares, mira á Cristo Jesus crucifijado, y no quites los ojos de Él. Contempla que tus deleites y regalos le ataron á una columna y le azotaron y llagaron; tus avaricias le rompieron las manos con

(1) Hebr., ix, 27.

gruesos clavos para que ya seas liberal con los pobres; tu pereza le atravesó los piés con gran dolor, y tu soberbia le puso aquella corona de espinas tan lastimera en aquella delicada cabeza, y tu ira y tu envidia le pasaron su divino corazon y entrañas con aquella cruel lanza. Considera, pues, cristiano, ántes que comas y duermas, no aquel muerto hecho de madera, como los egipcios, sinó al que, siendo autor de la vida, murió por tu remedio en el madero de la cruz; y si bien le mirares y te acordares de su muerte y de la tuya, no pecarás. San Pablo decía á los corintios (1): *no sé otra cosa entre vosotros sinó á Jesucristo crucificado.* Bien le sabía y conocía Dios eterno, resucitado y glorioso, sentado sobre todos los tronos y serafines á la diestra del Padre; bien le sabía glorioso y triunfador de la muerte, y con todo esto dice que toda su teología y todo su saber se sumaba y cifraba en Cristo crucificado y muerto para que nosotros muramos al mundo y vivamos á Él con tal consideracion; y con tal y tan excelente recato, ¿quién se desmandará á ofender á Dios? ¿Quién será soberbio viendo al Hijo de Dios tan humilde y entre dos ladrones crucificado? ¿Quién será escaso con los pobres considerando al Rey del cielo tan franco y maniroto en lo alto de la cruz, derramando su sangre y dando su vida para rescate de las ánimas cautivas por el pecado? Este es aquel hacecito de mirra que traía la Esposa entre sus pechos, contemplando los trabajos de su amado Esposo, Cristo, de noche y de día; y no le llamó sinó haz de mirra, y no mirra, como lo nota San Gregorio, porque el alma cristiana ha de hacer un hacecito de todos los misterios que Jesucristo obró por nuestra salud, comenzando desde su santa encarnacion hasta la subida á los cielos. Es de tan gran virtud la memoria de la muerte del Señor, que no sólo hace que perdamos el miedo á la nuestra, mas hace que la de-

(1) I Cor., II, 2.

seemos, y que cuando viniere nos alegremos con ella, como leemos de los mártires.

Y áun esto hemos visto con nuestros ojos en personas devotas de la pasion de nuestro Salvador. ¿Qué tesoro se puede comparar á este?

Lo segundo, hase de pensar atentamente, demas de haber considerado lo primero, que es la muerte, tambien el juicio riguroso que allí se hará de cada uno. No dijo el Apóstol que se acababa el hombre cuando muere, como el leon, ó el caballo, que en muriendo no hay más leon, ni más caballo. El ánima inmortal es, y quedando el cuerpo muerto y hecho ceniza, ella se queda la misma que ántes, porque la crió nuestro Dios á su imágen y similitud; y siendo como es Dios inmortal, el alma es criada inmortal. De aquí es que San Pablo nos dijo poco há, ordenado está por ley divina que el hombre y todos los hombres mueran, y que despues haya juicio. ¡Oh pecador! mira por tí, y si no temes la muerte, teme el juicio que Dios hará de tí. ¡Oh miserable! que aunque viviste como bestia en deleites y abominaciones, no pagarás como bestia, padeciendo solamente muerte temporal, sinó pagarás como hombre, pues tu ánima ha de parecer delante el justo Juez, Jesucristo, en saliendo del cuerpo. Allí parecerán tus pensamientos malos todos, tus envidias, tus rencores; tus soberbias y malas intenciones; se verán, y contarán tus palabras malas, tus blasfemias, maldiciones y murmuraciones: saldrán á luz tus perversas obras, sin quedar una; tus hurtos, tus gulas, tus fealdades y traiciones llenas de hipocresías todas serán allí manifiestas y claras: allí será Jerusalen escudriñada con candelas, como dice el Profeta: y habiendo Dios quitádote el tiempo de penitencia y merecimiento, juzgará áun las justicias, que son las buenas obras hechas con mala intencion. ¡Oh.... cuando te diga Cristo lo que dijo José á sus hermanos, que no le conocían, siendo virey de

Egipto: *Yo soy, yo soy tu hermano, al cual vendiste* (1)! ¡Qué sentirás allí! ¡Oh! ¡cuán más espantado estarás que los hermanos de José! Yo soy Jesucristo, Hijo de Dios, te dirá, el cual me hice vuestro hermano, tomé vuestra naturaleza, padecí para vuestro remedio, y os redimí con mi sangre y vida: y siéndome ingratos me vendisteis por un vil precio, queriendo interes contra mi santa ley: vendísteisme, como vuestro padre Adan por una manzana, y estimasteis más una triste gula y apocado deleite que la gloria celestial, que yo os gané tan á mi costa: por una comida miserable y por unas legumbres vendió aquel mal hombre Esaú su mayorazgo: y por ménos que él habéis vosotros, pecadores, vendido el título de vuestra bienaventuranza. Díme, triste de tí, pecador, ¿con qué palabras se podrá decir la confusion, el dolor, las lágrimas y gritos que allí darás, viéndote en aquel estrecho y riguroso juicio? Dí ahora y dílo con gran dolor, dá voces con David, humillándote (2): *Señor, no entréis en juicio con vuestro siervo, porque ninguno de los vivos será justificado delante de Vos:* con tal confesion y dolor te remediarás.

Lo tercero, conviene considerar aquellas penas del infierno, donde cada una de las ánimas de los malos, que murieron en pecado mortal, ha de ser condenada. Allí habrá penas de fuego, y tambien de nieve, y no será descanso alguno pasar de un extremo á otro, sinó mayor pena y tormento. El santo Job dijo que los condenados pasarán de las aguas de la nieve al calor excesivo. Justa cosa, que gente que siempre anduvo en extremos de grandes pecados, y jamas quiso acertar al medio, que es la virtud, que sea atormentada, siendo llevada de un extremo á otro extremo. Esto declaró nuestro Señor en el Evangelio cuando dijo (3): Allí habrá llanto

(1) Gén., xlv, 5.
(2) Psalm. cxlii.
(3) Matth., xiii, 42, 50.

y sonido de dientes. El llanto es por el fuego que les ha de atormentar, y el sonido de los dientes por causa de la gran frialdad de nieve y hielo que los aflige. Aquel rico avariento, que dice San Lúcas que fué cruel con el pobre y llagado San Lázaro, cuando pidió aquella gota de agua para refrescar un poquito la lengua, se quejó que se abrasaba en aquella llama: y todo esto es poco con el tormento que les da su mala conciencia. Y este es aquel gusano que Isaías afirma que jamas se moría: ¡un ay que me pudiera salvar, y no quise! ¡ay! ¡que tuve doctrina santa, avisos de mi confesor, sacramentos en la Iglesia, medicinas excelentes para remedio de mis pecados, y no me aproveché de ellos! Aquel maná que, guardado para otro día, se tornaba en gusanos, es todo lo dicho, que no aprovechándose hoy el pecador de ello, que es guardar la ley de Dios en esta vida, mañana, que es despues de la muerte, todo se volverá en gusanos que le corrompan las entrañas y le hagan pedazos el corazon. El cristiano que esto considerare se apartará de pecar y se volverá á Dios. Sobre todo, es la mayor pena la que se dice del daño, un no ver á Dios, para que el hombre fué criado, ni jamas tener confianza de alcanzar aquel último fin y centro donde tienen reposo y gloria las ánimas de los que son amigos de Dios. Si Absalon tanto sentía de andar desterrado algunos años de la presencia de su padre David, rey de Israel, y decía á voces (1): *Ó mi padre me manda matar, ó me perdone, para que yo le vea*, ¿qué dirá, que sentirá el ánima de cada un condenado, viendo que jamas ha de ver á su Criador? La memoria de la muerte, dice nuestro Padre, es la que en gran manera crucifica la carne, quebranta los bríos de la soberbia y mortifica los sentidos, rindiendo las malas inclinaciones á la razon y al yugo

(1) II Reg., xvi, 32.

de la fe. Acertadamente habló Platon cuando dijo: la verdadera filosofía es la contínua meditacion de la muerte. Notable dicho de un sabio fué aquel, en alabanza de la muerte tan aborrecida de los malos. Si loáis y tenéis en mucho á la piedra de Lidia, que se dice toque, porque declara los quilates y valor del oro, ¿cuánto más habéis de loar la muerte, que os declara quién sois vosotros mismos? El que piensa y está engañado, teniéndose por fuerte, en la muerte verá cuán flaco es, pues ni Sanson, ni Héctor, ni Julio César, que venció cincuenta y dos batallas campales, no se pudieron tener á brazos con la muerte. Si se estima de hermoso, y como otro Absalon no tiene alguna falta ó defecto, desde la planta del pié hasta la cabeza, en la muerte entenderá su engaño, cuando esté feo y espantoso, y tanto que él mismo, si se pudiese ver, no se querría mirar, espantándose de sí mismo. Si, finalmente, tiene ufanía de linaje ó de riquezas, contémplese en la muerte y se hallará tributario de los gusanos, y tan pobre, que con una mortaja le han despedido de este mundo. En manera que la muerte toque es donde se ve la falsedad de todas las cosas mundanas, que traen á los hombres encantados, y engañados: ¿por qué, veamos, no ha de ser amada y estimada en mucho?

El Apóstol San Pablo nos convida á dar gracias al Padre Eterno, que nos dió victoria de la muerte, por Jesucristo nuestro Señor. Ya la muerte no es fea, sinó graciosa, que la hermoseó Cristo con su sangre: ya no espanta, sinó aficiona á los cristianos, porque creen ya ser muerta y vencida en la muerte del que es Resurreccion nuestra, y es vida. Sólo bastó matar la muerte el que es autor de la vida, Cristo Jesus. Nota nuestro Padre, y muy bien, que no muere el frío sinó en el calor; no muere la amargura sinó en lo que es dulce; no es muerta la muerte sinó en la vida. ¿Quién es la vida? Nuestro Señor Jesucristo, el cual dijo á Santa Marta: *Yo soy resurreccion y vida: quien creyere en mí, aunque sea muerto,*

vivirá (1). Quiere decir este santo doctor: estando heladas las manos y no pudiendo mandar los dedos, llegándoos al fuego, lanzáis el frío de vos, porque un contrario con otro se vence: y si tomáis una onza de hiel y la echáis en una arroba de miel no amarga: bien así la amargura que naturalmente traía la muerte consigo, en aquella dulzura infinita, Cristo, se ahogó y destruyó. Pondera San Jerónimo, consolando á Heliodoro, esta victoria que Cristo nos ganó de la muerte, y dice así: ¡Oh muerte, que tragando fuiste tragada, mataste y fuiste muerta! ¡Oh ballena de Jonas! comiste al Profeta de los prefetas, para sosegar la tempestad brava de los pecados del mundo; mas al tercer día salió vivo, resucitado y glorioso, el que murió en lo alto de la cruz: y Nínive oyó su doctrina, visitando á su apostolado, y enviando á sus discípulos á predicar penitencia por todo el mundo. Aquel que te amenazaba por Oseas, profeta, y decía (2): *¡Oh muerte! que yo seré tu muerte*, ya te mató muriendo Él, y con su muerte vivimos nosotros los cristianos. Gracias os doy, Salvador mío, que tan poderosamente vencisteis nuestro adversario y siendo muerto matasteis. Vuestra sangre mató aquel fuego y destruyó aquella espada que tenía el guerubin guardando el paraíso, para que nadie entrase en él: ya el Ladron santo desde la cruz vuela al cielo: y ántes Abrahan el justo y el santo David bajaban al limbo; ya juntamente con Vos resucitaron muchos santos y reinan con Vos en Jerusalen la celestial. Hasta aquí es sentencia y doctrina de San Jerónimo, de gran consuelo y provecho para cada un cristiano. Cosa es de notar y pondérala en esta misma epístola San Jerónimo, que á Moises hiciéronle grandes exequias, lloráronle muchos días los hebreos, segun nos declara la Escritura; mas á Jesus, sucesor suyo y

(1) JOAN., XI, 25.
(2) OS., XIII, 14.

capitan del pueblo hebreo, no le lloraron, ni hubo exequias: para que entendamos que el llanto de los difuntos ya cesó en la ley vieja: nosotros los cristianos, los que creemos y amamos á Jesus, Redentor y Señor nuestro, no hay por qué lloremos á los difuntos, que han de resucitar gloriosos y bienaventurados. Espanta aquella respuesta que dió el filósofo Anaxágoras, cuando le dijeron que era muerto un su hijo, que él mucho amaba. Este sabio varon, oyendo la triste nueva, dijo así: no me decís cosa alguna de nuevo, porque yo bien sabía que engendré hijo mortal. ¡Qué afrenta para los cristianos que hacen extremos y no acaban de llorar sus difuntos, como si no fueran mortales, con sola luz natural, aquel sabio moderó el sentimiento en la muerte de su hijo, y con ánimo y fortaleza venció el amor tan tierno, como es de padre al hijo; y el cristiano con luz más alta de fe, ¿no hará lo que un filósofo hizo? Flaqueza grande es y señas da de flaca fe quien con exceso llora los difuntos fieles. Enemigo parece que es de la muerte el que mucho gime y llora á los muertos.

De otra manera lo entendía el santo rey David, cuando hizo tanta penitencia y lloró, suplicando á Dios que diese salud al niño que parió Bersabé; mas cuando era ya muerto y lo supo el buen rey, cesó de llorar y pidió de comer. Admirándose los criados de esto, díjoles él: afligíame y hacía penitencia, suplicando á Dios que sanase á mi hijo; mas ya ¿no hay para qué llorar, pues yo tengo de ir á donde él va y él no ha de volver á esta vida mortal. San Basilio, en sus morales, dice que Nuestro Señor persuadió que no se llorasen los muertos, cuando dijo á las hijas de Jerusalen que no llorasen su muerte: á los vivos dijo que llorasen y no á los muertos: *Llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos*, les dijo el Señor del mundo (1): yo no entiendo por qué no obrará la razon lo que

(1) Luc., xxiii, 28.

obra el tiempo. ¿No sería justo, que la fe santa que tenemos corrigiese la pasion? Vemos cada día que en término de un año, y áun de medio, y á veces en menos, apénas se acuerdan de sus difuntos, y ríen, y pasan tiempo, como ántes que muriesen sus amigos y parientes: pero ¡qué bien dijo el profeta (1): *Hanse olvidado de mí, como el corazon se olvida del muerto!* y que la razon pueda ménos que el discurso del tiempo, claramente parece que muchas veces las lágrimas y sentimientos son cumplimiento del mundo, y un huir de aquel tirano, que á tantos trae atribulados y corridos, y es aquel que dirán, trasgo, que no á pocos espanta. Pues cada día orando suplicamos á Dios que se cumpla su santa voluntad, justo es que esta queramos y que en todo nos sujetemos á ella. Y áun conviene que digamos en todo trabajo y adversidad lo que dijo aquel pacientísimo Job estando llagado y en un muladar (2): *Si recibimos los bienes y prosperidad de la mano de Dios, los trabajos y males, ¿por qué no los recibiremos tambien?* Sentencia es de gran valor y cada un cristiano ha de fijarla en su memoria y traerla escrita en su corazon. Si de aquel Padre de misericordias, Jesucristo, recibimos la salud, ¿por qué no la enfermedad? Si los bienes y riquezas, ¿por qué no recibiremos la pobreza con igual voluntad? Si recibimos el sér que tenemos y la vida que vivimos, ¿por qué no le alabaremos cuando envía la muerte?

Admírame el santo rey David, el cual con tanto deseo suplicaba á Dios que le sacase de esta vida; sabía él que no había entrada en el cielo hasta que el Salvador del mundo pagase la deuda de nuestros pecados, muriendo en la cruz. No ignoraba el santo varon que todos los Padres santos bajaban al limbo y seno de Abrahan, y con todo esto deseaba más la

(1) Psal. xxx, 13.
(2) Job, II, 10.

muerte que la vida. ¡Oh! ¡con qué dolor dijo en un salmo *¡Ay de mí! que mi morada se ha dilatado!* (1). Quiere decir: congojado estoy en ver que esta mi peregrinacion va á la larga, y este mi destierro no se acaba. Y en otra parte dijo (2): *Señor, sacad de la cárcel mi alma:* ¿qué es este cuerpo mortal, sinó un calabozo penoso donde esta ánima, criada á la imágen y semejanza de Dios, está cautiva? Palacio real y de gran contentamiento era el cuerpo de Adan ántes del pecado; no estaba el ánima presa entónces, sinó libre; no penaba, sinó descansaba: mas siendo traidor Adan dióle la justicia divina la casa por cárcel, y esta herencia nos cabe á todos sus hijos; en destierro vivimos y en cárcel estamos hasta que salgamos de esta vida y veamos á Dios. El Apóstol San Pablo decía que deseaba ser desatado y morar con Cristo: luego sentía la prision que el alma tiene en este cuerpo mortal, pesado y aplomado á las cosas de la tierra. Entenderemos esto por un ejemplo que maravillosamente lo manifiesta. Valerio Máximo recuenta un tormento espantoso que daban unos ladrones salteadores que en un desierto andaban: no mataban á los que robaban aquellos etruscos, sinó ataban con cada un vivo un muerto, y con tal arte, que venían iguales, mano con mano y boca con boca y pié con pié: así los dejaban en aquel campo. ¡Oh, terrible tormento! no sólo del mal olor del muerto; mas lo que más admira es que los gusanos que estaban en el muerto pasaban al rostro del vivo y le comían los ojos y boca. ¡Oh, Santo Dios! ¡qué diera cada uno de aquellos vivos por que les cortaran las ataduras y los soltaran de aquella prision y tormento, más terrible que la muerte, pues tantas muertes padecían aquellos días que vivían en aquella prision! ¿Quién son estos presos sinó nosotros? Cada uno trae atado un muerto consigo, mano

(1) Psal. cxix.
(2) Psal. cxli

con mano y boca con boca y piés con piés. Este cuerpo mortal es el muerto; y el vivo es el espíritu, que anda atado con él: no menearía yo esta mano, si no estuviera el alma con ella, ni abriría la boca y hablaría, ni me podría menear si no anduviese en su compañía. ¡Oh grandeza de Dios, que me acuesto cada noche con un muerto y me levanto con él, y cómo á la mesa con un muerto: y que no me acuerde de la muerte! ¡y qué viva un cristiano como si no hubiese de morir! El Sabio lo dijo, y así es (1): *El cuerpo que se corrompe agrava y da pesadumbre al ánima*, aflígela, entristécela y atorméntala de muchas y diversas maneras.

De aquí es que daba gemidos el Apóstol (2): *¡Oh, desventurado hombre! ¿quién me librará de la muerte de este cuerpo?* Esto es decir: ¿quién me aliviará estas cadenas tan fuertes? ¿quién usaría conmigo de tanta piedad, que me quitase de los hombros este cuerpo mortal? Esta misericordia hizo Dios, hermana, con vuestro padre y con vuestro marido; dadle gracias por ello. Desatóles el muerto que andaba preso con el vivo, para su reposo y descanso: y así cantan con David y dicen (3): *Quebrantasteis, Señor, mis cadenas; á Vos ofreceré sacrificio de alabanza.* Cadenas pesadas son estos cinco sentidos, que sólo Dios puede quebrar, enviando la muerte, y luégo queda el ánima, que es espíritu, con gran libertad, para que, sin cansancio, sin pereza y sin cesar, ofrezca sacrificio de alabanza á Dios, Criador suyo. Y en otro salmo dijo el mismo profeta (4): *Ánima mía, vuélvete á tu descanso y reposo: porque el Señor te ha hecho merced.* Dice aquí San Crisóstomo: Llamó bien, y dió título de beneficio á la muerte, no sólo porque saca de trabajo al cristiano, mas porque le libra de peli-

(1) Sap., ix, 15.
(2) Rom., vii, 27.
(3) Psal. cxv.
(4) Psal. cxiv.

gros grandes, que ya no peque, y trae consigo el premio de la buena vida y obras santas. ¡Oh! ¡bienaventurados los que mueren en el Señor, porque no irán solos, sinó muy acompañados! ¡Oh! ¡qué ejército de caballeros nobles les seguirán: todos sus buenos deseos, sus santas palabras, sus limosnas, ayunos y oraciones! finalmente, todo lo bueno que hicieron y desearon hacer les ha de acompañar hasta el trono de Dios, y allí gozarán el premio, viendo la Esencia divina, alabando y glorificando al que los crió con su poder y los redimió con su preciosa sangre y vida. Consolaos, hermana en Cristo, con tales promesas divinas: alegraos y no deis lugar á tristeza por lo que Dios ha querido hacer en cosas tan vuestras: y aparejaos para cuando nuestro Salvador os llamare y tocare á vuestra puerta, queriéndoos sacar de esta vida mortal, para vivir una vida pacífica y gloriosa, cual se da á los que aman y sirven á Dios, acabado este penoso destierro. Y para que con más brevedad podáis gozar de lo que en esta epístola se ha tratado de la muerte cristiana y de sus grandes riquezas, quiero poner aquí algunos documentos.

Es el primer documento que el cristiano tenga memoria que los amigos de Dios no mueren, sinó duermen: *El que duerme*, dice el profeta David, *despertar tiene* (1). Gran desatino sería si una mujer se pusiese á llorar y diese gritos porque su marido se entró en su recámara á dormir: y así es cosa recia que sean llorados los buenos cristianos, á los cuales llama San Pablo dormidos por Jesus. Duerme por amor de Jesus el que muere en fe y caridad, porque reposa y descansa en los brazos de Jesus, vida eterna. El Señor del mundo dijo, hablando de San Lázaro, su devoto limosnero: *nuestro amigo Lázaro duerme* (2). Por aquí entendemos que no es muerte

(1) Psal. xl, 9.
(2) Joan., xi, 11.

la del buen cristiano, sinó reposo y sueño dulce y sosegado. Con tal consideracion se han de moderar las lágrimas y no enseñar extremos de tristeza, á manera de los gentiles, que no tienen esperanza de la resurreccion gloriosa, que nosotros esperamos, fiándonos de la palabra de Dios.

El segundo documento es que el cristiano tenga continua memoria de la muerte, y del juicio y del infierno, y jamas pecará. Este aviso da Salomon, y es remedio tan excelente, que áun en luz natural le alcanzó Platon, cuando dijo que lá verdadera filosofía era la continua meditacion de la muerte. Esta continua memoria corta el hilo á los pensamientos de soberbia, de avaricia y de todo deleite prohibido por la ley de Dios. Muy bien dijo nuestro Padre San Agustin: la memoria de la muerte quebranta los bríos y apetitos de la carne. Y si solamente la imágen y retrato de la muerte así templa las iras, envidias y pretensiones de honra, ¿cuánto más si pasara adelante el cristiano que tiene luz de fe, quedara admirado, contemplando el riguroso juicio, donde ha de dar cuenta el alma en saliendo del cuerpo, estando delante el poderoso Juez Jesucristo, haciéndole cargo de cada un pensamiento, palabra y obra que hizo? Pues si mirare con atencion aquel lugar de los condenados, aquel fuego y frío tan bravo, aquella vision de demonios, y finalmente aquel apartamiento de Dios eternamente, ¿cuánto más temerá de pecar?

El tercer documento es que el cristiano entienda que la muerte es amiga de amigos y enemiga de enemigos: es suave á quien la ama y desea: es terrible á quien la aborrece y huye de ella. Séneca decía á un su amigo: Mira, Lúcilo, que tú no sabes en qué lugar la muerte te espera: por tanto, espérala en cada lugar. Gran dicho es éste y de gran utilidad. No quiere decir no sabes dónde te espera la muerte: sinó mira que no sabes el lugar ni el día cuando has de morir. Incierto es el lugar, incierto el día, incierta la manera del morir, y cierto que no puede faltar la muerte. Por tanto espérala tu en todo lugar, en

la cama, en la mesa cuando comes, en la calle, en los negocios y en todo lo que piensas y obras: espérala como cosa deseada y amada; hazle rostro, no tengas miedo. A los que viviendo vida santa esperan la muerte en cada lugar, la muerte no es rigurosa, sinó blanda, porque estos tales están muertos al mundo, á los deleites, honras y riquezas: mas á los que están vivos á los deseos vanos y malos, á éstos es amarga, y solamente su memoria los atormenta y espanta, porque ella es la qué les arranca las entrañas, apartándolos de lo que tanto amaban, sacándolos del mundo. Aquel maná á los buenos convidados sabía bien, y á los malos en quien vivía el amor y deseo de Egipto sabíales mal; para que entendamos que segun la disposicion que halla la muerte, tal gusto da al que muere.

El cuarto documento es que la muerte es buen juez; no tuerce jamas la vara; ella iguala á todos, grandes y pequeños; no sabe hacer la salva á los altos reyes y emperadores; nada es parcial, porque es ejecutor de la justicia divina; ésta da á cada uno lo que es suyo; restituye, á lo ménos en testamentos, lo mal ganado; edifica hospitales y monasterios; hace decir misas y viste pobres; redime cautivos y encarcelados; y finalmente, ella entiende en todas las obras de misericordia. *¡Oh, muerte!* dijo el Sabio, *¡cuán bueno es tu juicio!* (1). En manera que por recto juez ha de ser querida y amada y no aborrecida. Verdad es que nuestro Salvador la temió; mas esto fué por mostrar que era hombre, aunque tambien era Dios; y áun temió para quitarnos el temor, porque como murió para matar nuestra muerte y heredarnos en la vida eterna, convenía que temiese para quitarnos el miedo de morir. De manera que temió para que no temiésemos; acobardóse á sí mismo por desacobardar á los cristianos. De aquí es que los mártires, las niñas flacas por naturaleza, se alegraban en los martirios y

(1) Eccles., xli, 3.

eran gigantes animosos. Y es de notar que si temió Cristo la muerte, no huyó de ella, ántes se ofreció á los perseguidores y dijo (1): *Si á mí me buscáis dejad libres á mis Apóstoles.* El temer la muerte es cosa natural; el desearla y gozarse con ella es cosa divina y gran favor de la gracia, que Cristo da á sus amigos, y éstos de los perfectos.

El quinto documento es que el cristiano ha de tener la muerte en deseo y recibir la vida en paciencia. Hemos de tener deseada la muerte, pues el santo Job dice que el sepulcro es nuestro tesoro. Y tiene razon; porque los deseos buenos, las palabras santas, las obras cristianas que se han hecho en muchos días y años hallan allí juntas y atesoradas los siervos de Dios. En la muerte dijo San Pablo *que estaba guardada la corona de su justicia, la cual le daria el justo Juez, Cristo* (2). Por esto creo yo que los antiguos enterraban con riquezas sus difuntos, significando por aquellas riquezas terrenas otras espirituales y de gran mérito, que las almas de los fieles hallan atesoradas en la muerte. Con este santo deseo se ha de juntar la paciencia cristiana, sufriendo los trabajos y descontentos que cada día y hora trae consigo esta penosa y desasosegada vida. Este documento es de nuestro Padre San Agustin, y es muy notable y digno de gran encarecimiento.

El sexto documento es que el cristiano trabaje con todas sus fuerzas de querer lo que Dios quiere y de gustar de la voluntad buena, apacible y perfecta de Dios. Porque si recibimos de la mano del Señor los bienes, ¿por qué no los males y trabajos? Esto dijo el santo Job á su mujer cuando estaba pobre y llagado en un muladar. ¡Oh, gigante animoso! ¡oh, fuerte caballero invencible! Adan fué derribado en la prosperidad, en la salud y honra que tenía en el paraíso; y Job venció al

(1) JOAN., XVIII, 8.
(2) II TIM. IV, 8.

demonio, pobre, enfermo y desamparado del mundo; luego, como dice nuestro Padre, mejor es la tribulacion que la prosperidad, y más vale la pobreza que la riqueza, la enfermedad que la salud. Mayormente esta conformidad con la voluntad de Dios ha de ser en la muerte propia, ó de los que amamos, dándole gracias por lo que quiso hacer. Ejemplo tenemos del rey David, que en los días que estuyo enfermo su hijo hizo gran penitencia, ayunó, oró y vestido de cilicio se postró sobre ceniza; mas cuando murió el niño, sosegó y pidió de comer, porque ya Dios había declarado su santa voluntad. Así lo hacen los amigos de Dios y tales pisadas habíamos de imitar todos.

El séptimo documento es que el cristiano dé siempre gracias á Dios por la victoria que le dió de la muerte de mano de nuestro Salvador Jesucristo. Él con su sagrada muerte nos dió vencido al demonio, triunfó del pecado y derribó, muriendo en la cruz, el poder de la muerte. Y dice el Apóstol (1): *es consumida la muerte en la victoria.* Ya en el que es vida, Cristo Jesus, quedó desentrañada, vencida y derribada. De suerte que como David derribando al gigante Goliat y degollándole con su espada propia, que el contrario traía, quedó la victoria y campo por todo el reino de Israel, así venciendo nuestro Salvador en la cruz, vencida la muerte gozan de este triunfo los cristianos, sus amigos. Demos gracias á Dios, alabémosle y glorifiquémosle, que nos dió la victoria por Jesucristo. No la goza el infiel, no el hereje, no el mal cristiano, que se deja vencer del demonio; solamente esta victoria es de los que cumplen la ley de Dios, hacen penitencia, luchan contra sus malas inclinaciones y huellan al mundo. Estos dan voces con David (2): *Señor, sacad mi alma de esta cárcel.*

(1) I Cor., xv, 54.
(2) Psal., cxli.

Suplican con San Pablo que quieren ser desatados de las prisiones de estos sentidos y carne. Esto piden y desean para que á su tiempo y día resuciten gloriosos, más resplandecientes que el sol, ligeros, sutiles é inmortales. Leed, hermana, esta epístola, y mirad qué os dice el Señor del mundo en ella para vuestro consuelo y provecho. Tambien pasad estos documentos, que es como epístola breve, que confío en Dios que hallaréis algun fruto para llevar esos trabajos, no sólo con paciencia, sinó áun con alegría. Jesucristo, salud nuestra, os dé su espíritu para que todo lo podáis con su virtud y gracia. Amen.

VICTORIA DE LA MUERTE

PRÓLOGO AL SABIO LECTOR

Todos los sabios filósofos en una verdad concertaron y con grande razon afirmaron ser la más alta filosofía la consideracion de la muerte. Es cosa maravillosa lo que del gran sabio Platon se escribe, que por tener siempre presente la muerte se fué á morar á una ciudad en la cual morían de pestilencia: porque viendo allí tantos como acababan la vida, estuviese más impresa en su ánima la memoria de la muerte. Verdad es, *cristiano lector*, que sin hacer lo que hizo Platon podemos no olvidarnos de aquel día para cuyo aparejo se nos dieron todos los días, aunque pocos ó casi ningunos le hemos dado. Proveyó nuestro altísimo Dios por su bondad que en cada día nos despertase esta memoria, pues vemos tantos difuntos de todas las edades llevar á sepultar, cada uno de los cuales, callando nos dice: *Hombre, acuérdate de mi juicio: hoy á mí, y mañana á tí* (1). ¡Oh Providencia divina! ¿Qué retórica bastara ó qué razones tan vivas

(1) Ecl., xxxviii, 23.

persuadirán á un pecador, para que creyera que su honra, riqueza y regalos han en breve de acabarse con la muerte, si la misericordia de Dios no proveyera de ejemplos vivos, que tantas veces vemos, de los que delante de nuestros ojos mueren? Acuérdate de mi juicio, nos dice cada un difunto. Mira, que ya en mí se ha ejecutado la sentencia que Dios dió contra Adan y contra todos sus descendientes. Ya mi ánima va juzgada, habiéndose presentado delante del Soberano Juez Jesucristo: y mi cuerpo llevan para ser manjar de gusanos. Aparéjate, hermano, enmienda tu vida, y haz penitencia, porque el día de hoy, que pasó por mí, tambien ha de pasar por tí. Y no dijo de aquí á cien años, sinó mañana, para declarar la brevedad de esta vida mortal, en quien muchos engañados tanto confían.

Aunque esto es así, sabio lector, que segun razon bastaban los libros vivos que Dios tan á la continua nos pone delante, viendo tantos muertos, es tan grande el olvido en que los amadores del mundo caen de un día tan cierto y tan incierto (cierto, porque no puede faltar; incierto, porque está escondido en el pecho de Dios), que hay necesidad de libros que traten de negocio tan grave y de tan gran importancia. Por tanto quise, con el favor de nuestro Redentor Jesucristo, tomar este trabajo, ordenando este libro. La victoria que Cristo nos ganó á los cristianos, muriendo en la cruz, se trata en el triunfo admirable, que alegra á los ángeles en el cielo y da gran consolacion al ánima devota que con atencion y reposo la contempla. Aquí se da arte para que cada cristiano pueda gozar de esta gloriosa victoria si no quiere ser ingrato á tan excelente vencimiento. Confío en su Divina Majestad que si atentamente en este libro, aunque pequeño, leyeres, que no será sin provecho el tiempo que aquí empleares: y si Dios tanto favor os diere, que sintáis con esta leccion haber aprovechado, dad gloria á su Majestad, de quien, como de fuente, nace todo lo que es bueno.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA SENTENCIA UNIVERSAL QUE ESTÁ DADA, PARA QUE TODOS LOS HIJOS DE ADAN MUERAN

Ordenado está de Dios que todos los hombres mueran, y que despues de la muerte haya juicio (1). Estas palabras son del Apóstol San Pablo, con las cuales quiere probar á los hebreos que nuestro Redentor Jesucristo con una sola muerte que padeció en la cruz, dejó redimido al mundo, y que no es menester que como el Sumo Pontífice entraba una vez cada año en el *Sancta Sanctorum*, ofreciendo á Dios sangre ajena de animal, nuestro bendito Salvador, pues entró una vez ofreciendo su sagrada sangre, se ofrezca al Padre para nuestro remedio, muriendo muchas veces: porque si el hombre tiene cumplido con la ley que Dios puso á todos los hijos de Adan, que una vez solamente mueran, ¿cuánto más el Redentor y Señor nuestro, Cristo, pagó por todos los pecados del mundo, muriendo solamente una vez? Este es el intento del Apóstol, segun la letra: y así nuestro Padre San Agustin dice (2): *Que todos aquellos sacrificios de la ley figuraban este único sacrificio de la muerte de nuestro Redentor*. De manera que, segun el mismo Señor dijo á los fariseos y sacerdotes, *No vino á quebrantar la ley, segun ellos falsamente imaginaban, sinó, á cumplirla* (3), pues pasó por ella por su grande humildad y caridad. Era el dador de la ley, y sujetóse á la misma ley, sin tener obligacion. Acá lo vemos, que los re-

(1) Ad. Hebr., ix, 27.
(2) S. P. Aug., lib. 20 contra Faust Manich. 18.
(3) Matth., v, 17.

yes exentos son de las leyes que ordenan en sus reinos. Nuestro omnipotente Señor, y Rey de los reyes, pudiendo usar de esta libertad de voluntad, se quiso sujetar á la ley que había dado como dibujo ó figura de nuestra santa ley de gracia: esto pondera San Pablo bien.

He yo elegido este dicho de San Pablo para dar principio á este libro, llamado *Victoria de la muerte*, pareciéndome que es muy á propósito para lo que aquí se ha de tratar. Dos cosas afirma el Apóstol bien dignas de notar. La primera, la inviolable sentencia que Dios tiene dada (que revocar no se puede) contra los hijos de Adan, ahora sean reyes ó emperadores, ó pobres labradores, y es que tengan entendido que han de morir una vez. La segunda, afirma el *vaso de eleccion*, que despues de esta muerte temporal resta parecer cada uno delante el supremo Juez, Cristo Jesus. Cuanto á lo primero, mil años ántes nos lo dijo el profeta David en un salmo: *¿Quién es el hombre que vive y no ha de ver la muerte?* (1). Quiere decir: hombre católico, que adoras un Dios y te fías de Él, no seas tan desacordado que te olvides de aquel paso tan terrible y puerto tan áspero, que es la muerte. Vives vida mortal: considera que ha de tener fin y que se ha de acabar. Aristóteles en la definicion del hombre no se olvidó de este aviso: el hombre, dijo este sabio, es animal racional y mortal. Dióle Dios la razon, aventajándole á todos los animales y aves, para que la regla de sus pensamientos, palabras y obras sea la razon y no la pasion: porque así como el maestre piloto, que guía la nao, en perdiendo el norte es perdido, así el cristiano, en quitando los ojos del norte que Dios esculpió en su ánima, y siguiendo sus malas inclinaciones, nacidas del pecado original, sepa que va perdido. ¿Qué diran aquí los vengativos, que no quieren perdonar las injurias á sus prójimos?

(1) Psal. lxxxviii, 49.

¿Qué responderán los que siguen sus avaricias, pretenciones y honras vanas? Ó ¿qué, finalmente, podrán decir los que desdicen de su nobleza, imitando á los brutos animales en gulas y deleites, que áun las bestias no saben inventar? ¡Oh pecador! ruégotelo yo: mira tu nobleza racional, que el Criador por su largueza te dió: no seas hijo bastardo, apartándote de tan ilustre sér como el Señor te comunicó, haciéndote semejante á los ángeles: y tambien considera que eres mortal, segun aquí te dijo el sabio con sólo la luz natural. Dijéronle á un filósofo llamado Lochago: *Tu hijo es muerto.* El respondió: *No me decís cosa nueva, porque yo bien sabía que engendré hijo mortal* (1). Sabia respuesta fué esta y digna de ser notada. Y si San Pablo no lo dijera, ni David lo confirmara, la experiencia nos lo pregona cada día, las sepulturas lo relatan y las campanas que tañen por los muertos nos lo dicen, porque se desengañe el hombre y sepa que hay otra cosa más que la muerte ordinaria, Dice ahora el Apóstol: *Y despues de esta muerte temporal resta el juicio.* Aquí se declara ser nuestra ánima inmortal, pues el cuerpo quedando en la sepultura, ha de ir á dar cuenta al que la crió y redimió, Jesucristo, Señor de los ángeles. De este juicio riguroso y de la inmortalidad del ánima se tratará adelante, por no alargar tanto este capítulo. Solamente, hermano, te quiero avisar, que estás condenado á muerte y que no puedes apelar de esta sentencia: y tambien mira que eres hombre, y no bruto, y que si vivieres como bestia no pagarás sinó como hombre. Muerto el leon, no hay más leon, allí se acabó todo: mas cuando tú murieres tu ánima ha de ir á juicio: mira que tengas buena cuenta.

(1) Plutarch. in apophteg. Lacon. verb. Lochagus.

CAPÍTULO II

QUE SOLAMENTE EL HOMBRE HA DE SER PRESENTADO PARA DAR CUENTA DELANTE DE DIOS

Dada tiene la sentencia Dios, para que el hombre muera una vez, y despues que esté á juicio delante del Señor (1). Segun vimos en el capítulo pasado, declarando estas palabras del Apóstol San Pablo, nadie hay privilegiado, en quien no se ejecute esta sentencia, dada y firmada de la mano del omnipotente Dios y Criador del mundo. Y áun hay otra consideracion, muy verdadera y provechosa, y es que no sólo el hombre muere, cuando llega al fin de esta vida, mas áun desde que comienza á vivir tambien comienza á morir: de manera que nos estamos muriendo todo el tiempo que vivimos. ¡Oh! ¡cuán sabiamente habló aquella mujer Thecuites, cuando quiso persuadir al rey David que perdonase á su hijo Absalon, que á traicion habia hecho matar á Amon en un convite! *Todos nos morimos*, dijo esta prudenta dueña, *y á la manera que corre el agua sobre la tierra, vamos cayendo, la cual jamas vuelve atras* (2). No dijo: morir nos hemos, sinó estámonos muriendo. Andan la muerte y la vida, como hermanas, trabadas de las manos: y andamos todos como cercados de piés á cabeza de una serpiente que nos come y consume la vida. ¡Cosa de notar! Que ántes que venga el día de la natividad ya la muerte ha comido el tiempo de nueve meses á cada uno de los mortales. Díme, hombre, que te prometes largos años de vida y te parece que eres inmortal, ¿qué es de

(1) Hebr., IX.
(2) II Reg., 14, 13.

aquella niñez y edad de la inocencia? ¿Qué se hizo aquella flor de tu mocedad? No puedes negar que la sierpe que traes enroscada en tu cuerpo te la comió: pues esa misma te consumirá la vejez: *Todos nos estamos muriendo, y como el agua* de los ríos va con ímpetu á la mar, *caminamos sin detenernos* para la sepultura, á quien llama *Madre* el santo Job, la cual tiene los brazos abiertos para recibirnos. *Con desnudez salí del vientre de mi madre*, dijo este santo varon, *y desnudo tengo de volver á salir de este mundo.*

Segun esto no habíamos de decir: Murióse fulano, sinó acabóse de morir. Una candela ó hacha encendida, cuanto más arde, más prisa se da para acabarse. Tal es nuestra vida, candela que se va acabando: dado que nosotros olvidados de, negocio tan grande, no lo sentimos. El que va en una nao y está durmiendo camina muchas leguas y no lo entiende. ¡Oh pecador! levanta tu entendimiento y verás que en la mesa comiendo y en tu cama durmiendo, el navío en que vas no sosiega, siempre corre más que en posta tu vida, hasta llegar al puerto, que es la sepultura. Nuestro Padre dice aquí, y con razon: *¡Oh vida de los que mueren y muerte de los que viven* en este destierro! Conforma con esto el glorioso San Gregorio, llamando á esta vida una *larga y prolija muerte.*

Entendiendo vamos como esta sentencia de nuestra condenacion comienza á ejecutarse desde el principio de nuestra vida, y acábase de ejecutar en la última hora de la muerte. Paréceme que estamos en este mundo todos como una cuadrilla de delincuentes que merecen ser condenados á muerte, y manda el Juez que no los saquen juntos de la cárcel para degollarlos, sinó que un día saquen dos ó tres y otro día otros tantos hasta que ninguno quede. ¡Oh ceguedad humana! ¿Cómo no se mira esto? ¿Hay juicio y saber en los hombres? Todos estamos sentenciados á muerte, como lo afirma San Pablo y esta sabia mujer avisa: y el soberano Juez, Jesucristo, por su gran misericordia no quiere que acabemos la vida

juntos en un día, sinó que esta sentencia definitiva se vaya ejecutando poco á poco, para que escarmentemos en cabeza ajena, y viendo que cada día mueren nuestros hermanos, consideremos que presto vendrá por nuestra casa lo que vemos que pasa en la ajena.

Y áun es cosa de gran lástima que como los sentenciados á muerte, que están presos, juegan y riñen unos con otros, olvidados de la muerte que han presto de padecer, bien así andan algunos cristianos tan desacordados de aquel día espantoso, que riñen y se matan unos á otros, se roban y persiguen como si jamas hubieran de morir. Remedie nuestro Dios esta perdicion tan ordinaria y ponga su poderosa mano en negocio tan importante.

De dos juicios podemos entender esta palabra del Apóstol: El uno es particular, el otro universal. El primero pasa entre el ánima y Dios; porque en saliendo de este cuerpo mortal, luégo es presentada delante de nuestro Dios, para dar cuenta de los pensamientos, palabras y obras que ha hecho. Esta cuenta no hemos de imaginar que será por mucho espacio, porque en aquel punto cada una ánima, como en un espejo claro, conocerá todos los males y bienes que pensó, habló y obró sin dilacion de tiempo. De esta cuenta particular decía el profeta David (1): *Señor, no os pongáis con vuestro siervo en juicio, porque bien sé que ninguno de los que viven será justificado delante de Vos.* ¡Oh, santo Dios! Si un tan gran penitente, que tanto ayunaba, que confiesa él que le temblaban las piernas por la gran flaqueza; y si el que declara que se vestía de cilicio y regaba cada noche el estrado de su cama llorando sus pecados, si este tal temía aquella cuenta y suplica que no se la tome Dios, nosotros, tibios en la caridad, flacos en hacer penitencia y negligentes en el cumplimiento de la ley

(1) Psal. cxlii, 2.

divina, ¿cuánto mayor temor habíamos de tener? Teme el que es gigante; ¿cuánta razon es que tema el que es enano? Mas dad acá, santo Rey, ¿vuestros pecados no se han de pagar? ¿Qué pedís, ó qué demandáis? Como es propio á la justicia divina premiar lo que es bueno, tambien lo es castigar lo malo. Muy bien dice este sabio profeta; gran retórica lleva esta supeticion: *Señor Dios mio, no entréis conmigo en juicio*, porque no dudo que me alcanzaréis de cuenta *y que no seré justificado*. Haced este juicio con vuestro Hijo cuando se humanare, y la prision que yo merezco perpetua, habiéndoos ofendido, padézcala Él; los azotes y llagas que á mí como á malhechor se me habían de dar, dénselas en su carne inocentísima; finalmente, la muerte eterna que en mí se había de ejecutar, padézcala Él, y páguela muriendo en la cruz por mis pecados y los de todo el mundo. Mi fiador es; yo no tengo caudal para pagar mis deudas; páguelas Él. ¡Oh! ¡si tomásemos cada noche estas palabras de la boca de este santo varon, y siquiera por media hora examinásemos nuestra conciencia, ofreciendo al Padre eterno los trabajos y muerte de su amado Hijo Jesucristo, y suplicándole con humildad: *Dios mio, no me juzgues con rigor;* perdonad mis maldades, pues á mí me pesa de haberos ofendido, y mi Redentor ha pagado por mí y con demasía! Gran obra sería esta, y mucho aprovecharía al alma que así lo hiciese sin cansar todos los días de esta vida.

Veis aquí, hermano, como tu vida es una larga muerte, pues cada hora y momento te vas acabando. Ten advertencia que te has de ver en este juicio particular en acabándose tu vida; y ten por averiguado que si en esta cuenta particular te fuere bien, en la universal, que es el juicio que se celebrará resucitando todos, no te podrá ir mal.

CAPÍTULO III

QUIÉN FUÉ EL AUTOR DE LA MUERTE

Dios no hizo la muerte, ni se deleita en la perdicion de los vivos. Una de las mercedes grandes que nuestro Dios nos hizo á los cristianos es declararnos por la divina Escritura de dónde nos vino tanto mal y de qué fuente manó una agua tan amarga y desabrida como es la muerte. No hay cosa que tanto aborrezca el hombre como ésta, ni en que tanto agravio padezca (al parecer comun) como perder la vida, en la cual todos los sentidos quedan perdidos, pues ya ni los ojos ven, ni los oidos oyen, ni las manos tocan, ni la lengua puede hablar. Los infieles, como gente ciega, piensan que como al leon y al caballo les es natural el morir, así al hombre. ¡Oh! ¡lo que debemos á Nuestro Señor por esta luz celestial y fe que Él plantó en nuestros corazones! *Don es de Dios*, dice San Pablo, *no merecido ni se puede merecer* (1). Bendito sea Jesucristo, y todos los ángeles le alaben por tan gran favor y regalo que de su franca mano recibimos. ¿Quieres saber, hombre, quién fué el artífice de tan grande mal como es la muerte? Oye al Sabio y ten atencion á sus palabras, que son de gran peso y valor: Dios no hizo la muerte ni se deleita en la perdicion de los vivos. No hay en el mundo cosa que tanto contradiga á otra como es la vida y la muerte; y como Dios sea vida y fuente de quien participa todo lo que vive en el cielo y en la tierra, bien se concluye que Él no hizo la muerte. Mucho contradice la luz á las tinieblas, el agua al fuego; pues mayor contradiccion hay entre la vida, que es Dios, y la muerte. ¿Por ventu-

(1) Ad Eph., II.

ra, dice San Pablo, podrán tener amistad la luz y las tinieblas? Pues muy más imposible es que la vida y la muerte hagan alianza. Palabras son de vida eterna aquellas que escribió Ezequiel: ¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel? No quiero yo la muerte del pecador, ántes deseo su vida. Pregunta es ésta que sale de aquellas entrañas amorosas del Criador y que manifiesta gran sentimiento porque los hombres mueren.

Representó lo que hemos dicho nuestro Salvador al vivo, cuando lloró la muerte de su amigo y limosnero, Lázaro. San Juan dice que *lloró Jesus* cuando vino á visitar á las dos hermanas, afligidas por la muerte de su hermano Lázaro. No pasemos como quiera por lágrimas tan misteriosas y de tan gran valor, que cada una era perla bastante para redimir al mundo; porque si Aristóteles dijo que cada obra se ha de estimar segun la cualidad de la persona, ¿qué obran aquellas lágrimas preciosas de Cristo? Valor tenían infinito, pues que no era hombre solo el que lloraba, sinó Dios verdadero á quien estaba unida aquella humanidad en unidad de persona; estaba el Hijo de Dios como escondido y disfrazado bajo de aquel sér humano. ¡Oh, Rey de gloria! ¡oh, alegría de los ángeles! ¿por qué lloráis? ¿Habéis de ganar á llorar la maravilla que luégo habéis de obrar, dando la vida á Lázaro, sepultado y áun podrido? Allá Elías, para resucitar al niño de la viuda sareptana, *midióse con él*, paseóse y gimió ántes que el niño resucitase; porque aquel santo varon no era más que hombre. ¿Qué llanto es ese, piadoso Señor? Muchas razones se dan aquí de estas benditas lágrimas. Sin duda quiso consolar á sus amadas discípulas, compadeciéndose de su trabajo, porque ántes que demos la limosna á los pobres nos compadezcamos viéndolos padecer, y que salga de amor caritativo el remedio que les damos. Tambien lloró y gimió por el estrago que la muerte hizo en el hombre, que Él crió á su imágen y semejanza. Quiso decir llorando: ¡oh, mi hombre! que no te crié yo para que murieses jamas, sinó que vivieses vida eterna y aquí con gran contento y pla-

cer de la vida gozases; y por eso te dí aquel paraíso de deleites, verjel criado para tí y tus hijos, y porque cuando fuese mi voluntad os trasladase á otro mejor paraíso, que es el cielo empíreo.

Tambien declaró Dios antiguamente qué enemistad tiene con la muerte, cuando quiso castigar al linaje humano en el diluvio. Estaba estragado el mundo por gran multitud de pecados. Habla el Señor con Noé, al cual mandó hacer una arca tan grande que tardó en edificarla cien años. ¿No admiráis la paciencia del Señor como va esperando á los pecadores? En ménos de una hora la hicieran los ángeles si su Criador se lo mandara. Finalmente, dice Dios que le acongojó mucho el pensar que había de matar tantos millones de hombres. Nótense las palabras que la Escritura santa nos dice: *Interiormente con dolor del corazon dijo Dios: quitaré la vida á todo hombre que vive en la tierra.* ¿Con qué palabras se pudiera encarecer más el amor que Dios tiene al hombre, ó qué divisas de amor se pudieran dar que igualaran con este sentimiento? ¡Oh, pecador desamorado! ¡Oh, ingrato á tu Criador, que así te ama, siendo Él quien es, poderosísimo en sí mismo, que de nada de lo que crió tiene necesidad; y tú, pobre mendigo, que nada vales sin tu Criador, sinó para leña del infierno, no le amas!

Considera, pues, hermano, que Dios es vida eterna y que Él no hizo la muerte ni se alegra en la perdicion de los vivos; ántes, si fuese posible, le da gran pesadumbre y aborrece la muerte; pues cuando se hizo hombre y tuvo ojos para llorar derramó lágrimas viendo muerto á su amigo Lázaro. Ahora dice lo que escribió Ezequiel: *¿Por qué has de morir, casa de Israel? yo no quiero sinó la vida del que peca.* Autor de todo lo que vive y fuente de vida soy. Si tanto deseas vivir vénte á mí, que yo te recibiré, que para eso me hice tu hermano, tu Pastor y tu Redentor. No temas, sinó como el hijo pródigo, deja ese oficio bajo y vil en que te has empleado, apa-

centando esos cinco sentidos en pastos vedados por mi santa ley; te recibiré con entrañas de Padre y se alegrará toda mi casa real, y cantarán alabanzas á mi Majestad todos los ángeles por tu conversion.

CAPÍTULO IV

QUE EL HOMBRE ES AUTOR DE LA MUERTE

Por el hombre vino la muerte, y por el hombre es hecha la resurreccion (1). En el capítulo pasado nos dijo el Sabio quién no hizo la muerte, porque *Dios*, que es vida, *no puede ser autor de la muerte, ni deleitarse en la perdicion de los vivos*. Ahora nos señala con el dedo el Apóstol el malhechor y artífice de esta obra tan fea y aborrecible á Dios y á los hombres. *Por el hombre vino la muerte*. Si bien lo consideramos, ántes que Adan pecase, hallaremos que nuestro Dios le dió un retrato de esta pena cuando le dijo (2): *No comas de aquel árbol de la ciencia del bien y del mal: cata que te costará la vida. De todos estos árboles come: mas el dia que del árbol de la ciencia del bien comieres, ten por cierto que morirás con muerte*. Grandes cosas se ofrecen aquí que considerar: menester es atencion; lo primero, nuestro Dios no por falta de franqueza prohibió aquel árbol á nuestro primer padre, ántes se manifestó muy liberal, pues le dió licencia que de todos los demás comiese: por donde entendemos que el Señor no plantó en aquel verjel árbol estéril, no

(1) I Cor., xv.
(2) Gen., II.

sauce ni olmo; así en esta santa Iglesia, que en los Cánticos es llamada *Huerto cerrado*, no sufre su Majestad alma que no lleve fruto de buenas obras. Palabras son de nuestro Salvador, y aviso que á todos nos da, diciendo: Todo árbol que no llevare fruto será cortado y echado en el fuego. ¡Oh, amenaza espantosa! Y áun se ha de mirar que dió documento á los prelados que deben conceder muchas cosas á los súbditos y prohibirles pocas. Somos muy inclinados los hijos de Adan á desear y apetecer lo vedado: y cierto es de notar que si entónces en aquel estado de la inocencia nuestros padres comieron el primer bocado del árbol que Dios les vedó, no teniendo inclinacion al pecado, nosotros, masa estragada y *concebidos en culpa*, ¿cuánto más nos iremos tras nuestra mala inclinacion, apeteciendo lo que nos prohiben? De aquí es que al hombre le parece mejor la casa de su vecino que la suya, y conténtale más la dignidad ajena que la que posee: y áun al casado, siendo el solicitador Satanas, le da más contento la mujer de otro que la que Dios le dió. Ejemplo claro de esto tenemos en el rey Achab, que se moría por la viña del justo varon Naboth, teniendo él tantas heredades y riquezas, pues era rey poderoso. Lo mismo leemos de David cuando pecó con Bersabé. Pues veamos, ¿por qué Dios apartó aquel árbol para sí? Grandes fines y muy justos tuvo el Señor en este mandamiento: lo primero, quiso enseñar que Él era Señor de aquel jardin, y que Adan había de reconocer vasallaje, y áun por esto no le crió dentro de aquel gracioso huerto, sinó fuera, porque entendiese que era peregrino. Tuvo otro motivo bien delicado, y fué que Adan mereciese que mayores mercedes se le hiciesen, confirmándole en la gracia y justicia original que le había dado, y que para siempre á su tiempo gozase por beatífica vision en el cielo de su Criador. Demas de esto fué gran merced que le hizo en no darle aquel árbol, porque le necesitase á tratar y conversar mucho con su Señor y Hacedor: y para entender esto mírese que Adan había de ser rey

grande y gobernar una república principal, que es el linaje humano: y que en esta gobernacion habían de suceder muchas cosas dudosas, y para acertar era menester consultarlas con Dios. Y así leemos de Moises que en todo lo que dudaba para guiar aquel pueblo, luégo iba al tabernáculo y lo consultaba con Dios: y el Señor le decía lo que había de hacer. De manera que esta fué gran señal de amor que Dios manifestó á Adan, el cual crió tan sabio, que fué cifra la sabiduría de Salomon. Mas porque, como dice el filósofo, *De las cosas particulares no hay ciencia, sinó de las universales*, quiso el Señor decir: y te doy tanta sabiduría, que baste para poner nombre á todas las cosas. Mas la ciencia práctica, el determinarte en los casos particulares, no te la quiero dar, porque te amo mucho y huelgo de tu conversacion: vénte á mí, haz oracion, que yo quiero ser tu maestro y te enseñaré lo que has de hacer en el regimiento de este imperio que te doy.

Aquí viene bien la traicion de Lucifer, cuando tentó á Eva y le prometió ciencia divina, si comiesen de aquel árbol. Quiso decir: Si quisiereis no obedecer á Dios, sabréis tanto, que no habréis menester otro maestro. Y como el traidor es envidioso, blasfemó del Señor, diciendo que por envidia les había prohibido aquel árbol. ¡Oh, traidor, que en el cielo fuiste blasfemo y en la tierra tambien! Estando ya Eva persuadida y engañada con la mentira de este falsario enemigo de Dios, parecióle la fruta de aquel árbol hermosa y dulce para comer: y así la cortó y la comió. No contenta con haber menospreciado el mandamiento de su Señor, convidó á su marido, el cual consintió en su triste ruego, y tambien comió. Veis aquí al hombre que trajo la muerte al mundo, y la dejó en herencia á todos sus hijos. Aquí es bien notar cuánto mal nace de las malas conversaciones. Si Eva no trabara pláticas con aquella serpiente, sinó que á la primera palabra la dijera: Anda, maligno, vuélvete á tu infierno, que la razon por que Dios nos dió ese precepto es porque quiso: y está muy bien

hecho todo lo que aquella Suma Bondad hace; así quedara el demonio vencido y áun corrido, que es un soberbio: y fuérale gran confusion haberle derribado una mujer. Cuán bien dijo el Apóstol (1): *Destruccion á las buenas costumbres las palabras malas*. Conversacion pestilencial es la de los pecadores, que con sus palabras ponzoñosas estragan las buenas costumbres. No ménos los libros mundanos, que los ministros de la maldad escribieron, son veneno para las ánimas, enseñando á pecar á quien los lee. ¡Oh! nuestro Dios remedie el gran daño que en la cristiandad hay en lo uno y en lo otro. Aquí habían de cargar la mano los predicadores y los confesores, reprendiendo este vicio tan ordinario y tan perjudicable á las vidas cristianas. Tambien erró mucho Eva en fiarse de su parecer; pues fuera razon que fuera á consultar con Adan un negocio tan grave, porque él la enseñara ser Satanas aquella serpiente, padre de mentira y engañador perverso. Verdad es que ella, como afirma San Pablo (2): *Engañada fué*, y creyó la mentira de la serpiente, consintiendo en la tentacion. *Adan no fué engañado*, porque bien vió que era burla lo que prometió el demonio: y en cuanto á esto pecó más que Eva. La razon es, porque ofendió á Dios á ojos abiertos, no ciego de la pasion y apetito de la ciencia. Esta rebeldía de Adan fué la entrada del pecado en el mundo: y por el pecado vino la muerte. Bendito sea Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que con su clemencia infinita, resucitando al tercer día, remedió esta gran pérdida y nos dió la vida.

¿Quieres, cristiano, vivir perpetuamente? ten por maestro á tu Criador, y no quieras saber más de lo que Él te enseñare en su santa ley. Con Él te aconseja, dándole parte de todos tus negocios, si quieres acertar. Habla con su Majestad con-

(1) I Cor., xv.
(2) I Tim., II.

tinuamente orando, que Él te dará luz y sabiduría para que no yerres. No des oido á la serpiente, que hasta ahora anda tentando los fieles, sinó toma el aviso que te da Santiago (1), *resistiendo varonilmente al demonio, y luégo huirá*. Cobarde es y flaco, si le haces rostro peleando. No hay que temer, llamando á Dios en tu favor. Esto es lo que dijo San Pedro, hablando de este leon cruel (2): Hermanos, *resistid con fe á este adversario, que os anda cercando y bramando para tragar alguna ánima y dar con ella en el infierno*. Para ganar esta victoria es menester no ser curioso, sinó diligente obrero de lo que manda Dios: huid de conversaciones dañosas, aborreced libros vanos y aprovechaos de la santa leccion que hay en los libros devotos.

CAPÍTULO V

QUE POR EL HOMBRE ENTRÓ LA MUERTE EN EL MUNDO

Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado vino la muerte (3). Aquí nos delata el Apóstol la fuente de nuestras miserias y trabajos, los cuales tuvieron principio en el descuido de Adan; donde se ha de advertir que nuestro Dios no puso el mayorazgo nuestro de la justicia original en cabeza de mujer, sinó de hombre: por donde se entiende que Nuestro Señor le dió mayor caudal de sabiduría y virtud, que á la mujer. Señal de esto es haber dicho el Apóstol que *Eva se engañó y no Adan* (4). Aquí hemos de considerar cuán

(1) JACOB, IV.
(2) I PETR., V.
(3) ROM., V.
(4) I TIM., II.

grande fué el pecado de nuestro primer padre y cuán ingrato fué á los beneficios de su Criador, el cual le crió tan noble criatura, haciéndole á su imágen y semejanza cuanto al anima. Proveyóle de un cuerpo, tan sútilmente organizado, que todos los médicos sabios se admiran de ver una compostura tad sutil. Plantó en él su santo amor, haciéndole su amigo. Dióle la justicia original, por la cual el alma estaba sujeta, unida y áun muy regalada con Dios, y los sentidos todos obedientes á la razon. ¡Oh harpa de la divina mano labrada y templada! á cuya música, no solamente los ángeles se alegraban, mas áun el mismo Criador se gozaba en oirla. El entendimiento contemplaba el poder de la divina Majestad. La voluntad con todas sus fuerzas se empleaba en amar á su Criador. La memoria sin cesar, como un espejo claro, representaba las mercedes recibidas en haberle dado tan excelente sér, colocado en aquel verjel tan deleitoso, y dado el señorío de las aves, peces y animales: y finalmente, como dice David (1), *poniéndole debajo de los piés todas las cosas*. ¡Oh! ¡válgame Dios! si solamente de contarlo da tanto contento al alma cristiana, ¿qué fuera si lo poseyera cada uno de nosotros? Todo lo dicho, y mucho más que decir no se puede, recibió Adan, el cual, por dar contento á Eva, todo lo puso en olvido y desobedeció á su Señor, tan liberal en darle tantas riquezas corporales y espirituales. ¡Oh grande ingratitud, digna de castigo perpetuo! Agravó aún más este pecado ser tan fácil lo que el Señor le mandó. No le quitó la mitad de los árboles de aquel gracioso huerto, que tantos tenía y tan fructíferos. Solamente le quitó uno solo y no por el árbol, como ya notamos, sinó para que entendiese que aquel verjel tenía dueño, y para que obedeciendo, le hiciese mayores mercedes. Muy bien dijo San Juan en su Canónica (2): *Los mandamientos de Dios no son pesa-*

(1) PSAL. VIII.
(2) I JOAN., V.

dos. Es decir, no son dificultosos de cumplir. Y si mandó á Abrahan que le sacrificase á su amado unigénito y mayorazgo Isaac, hijo de la señora Sara, prueba fué de amor y al fin todo paró en bien, que Isaac quedó con vida y fué en su lugar sacrificado un carnero.

Tambien acriminó más su delito Adan, cuando dándole voces Dios y llamándole á penitencia, iba huyendo, para esconderse á la sombra de los árboles. ¡Oh negocio lastimero! Siendo ántes tan sabio y avisado, en pecando quedó tan tonto, que pensó que había escondrijo para los ojos de Dios, *el cual llena los cielos y la tierra*, segun Él declara por Jeremías (1). De manera que el ser de Dios infinito no está, como el rey, en su reino, el cual gobierna con su poder, sinó está en todo lo criado por esencia, presencia y potencia, y en sus amigos tambien está por gracia (2). *Si subiere al cielo*, Señor, *allá estáis* glorificando á los ángeles y santos. *Si bajare al infierno allá estáis* ejecutando justicia en vuestros enemigos. *Si tomare alas y morare en los fines de la mar, allí vuestra mano me prenderá*. Esto contemplaba el santo rey David, cuando levantado en contemplacion, consideraba la majestad y poder infinito de Dios, de cuya presencia nadie puede huir.

Finalmente, llamado como á juicio Adan, no se conoce, que fué otra simpleza grande, sinó echó la culpa á Eva, y Eva se excusó con la serpiente. ¡Oh! Por servicio de Dios estemos en esto. Gran fealdad debe ser la del pecado Monstruo espantoso debe parecer, pues nadie lo conoce por suyo, no Adan, ni tampoco Eva. ¡Oh imágen del infierno y retrato de Satanas! pues que el mismo pecador que te cometió te desconoce. Parece como animal que anda perdido, que acá llamamos *Mostrenco*. Ahora, pues, dice Dios, la pena os abrirá

(1) Jerem., xxiii.
(2) Psal. cxxxviii.

los ojos, para que conozcáis vuestro pecado no ser ajeno, sinó propio (1). *Tú, Adan, porque obedeciste á tu mujer contra mi mandamiento, con el trabajo y sudor de tu rostro comerás tu pan hasta que mueras y te vuelvas en tierra, de la cual yo te hice ese cuerpo. Y vos, Eva, con dolor pariréis vuestros hijos y seréis sujeta á vuestro marido.* Aquí será bien considerar, que nuestro Dios mayor penitencia dió á Eva que á su marido. A él penitenció en dos cosas, en el trabajo que había de padecer en esta vida para mantenerse y en la muerte que había de padecer, volviéndose en tierra. A la mujer dió tres penas, una en los dolores del parto, otra en la sujecion que había de tener á su marido, y la tercera que muriese como Adan: y áun podíamos decir que fueron cuatro penas las que se dieron á Eva, porque en el estado de la inocencia sin agravio de su integridad concibiera y pariera. Prueba esta verdad Santo Tomás por una autoridad de nuestro Padre, que lo afirma así en el libro de la *Ciudad de Dios*. Y si preguntamos, ¿por qué la justicia recta de Dios dió mayor penitencia á Eva? podemos decir que la razon fué porque convidó á pecar á su marido. De aquí entenderán las personas que son terceras para que Dios sea ofendido, cuán gran juicio han de tener delante de nuestro Redentor. Este es oficio del demonio y no de hombres, que no paran en ser ellos malos, sinó que son instrumentos de Satanas, convidando á otros á pecar. De éstos se queja mucho Dios por David, y dice (2): *¿No saben los que obran maldad que comen mi pueblo, como si fuese pan?* Obra maldad el que da escándalo á su prójimo con su mal ejemplo, aunque no hable: y obra iniquidad el que con palabras persuade á otro que peque; y estos pecados doblados se han de confesar con gran afrenta y dolor al confesor.

---

(1) Gen., III, 17.
(2) Psal. LII.

Mira, pues, con aviso, hombre cristiano, la gran ingratitud de tu padre Adan, y no le imites, siendo desconocido á tu Dios y bienechor, quebrantando su santa ley. Mira que es muy fácil de cumplir lo que Dios te manda, pues todo se funda en amor de Dios y del prójimo: y de aquí dependen los profetas y ley suave del Señor: considera la gran piedad de Dios, que llamó á penitencia á nuestros primeros padres: y no luégo dió con ellos en el infierno, segun lo merecían. Juntamente con esto piensa profundamente cómo la justicia divina castiga los pecados, y cuánto acrimina el ser alguno instrumento y tercero para que otro ofenda la divina Majestad, tan digna de ser obedecida, amada y siempre alabada en el cielo y en la tierra.

CAPÍTULO VI

DE TRES MUERTES QUE EL PECADO OBRÓ EN EL HOMBRE

Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado vino la muerte (1). Es un piélago tan profundo el pecado de Adan, que no basta entendimiento humano para entender cuántos males nos encaminó: y mucho menos bastan palabras para darle el encarecimiento debido. Sea nuestra guía el Espíritu Santo, el cual habló en San Pablo, cuyas palabras comenzamos á tratar en el capítulo pasado. No es una muerte sola, sinó tres, las que obró el pecado primero, entre las cuales hay gran diferencia, porque la primera es muerte del ánima, la segunda es la del cuerpo y la tercera es

(1) Rom., xv.

la del ánima y del cuerpo. De la primera dijo nuestro Salvador á un mancebo que le pidió licencia para enterrar á su padre y que luégo volvería á seguirle: *Deja á los muertos que entierren á sus muertos, y tú vé á predicar el reino de Dios* (1). Aquí el Señor del mundo llamó muertos en el ánima á los pecadores, que estando apartados de Dios tienen muertas sus ánimas: y éstos dijo que entendiesen en dar sepultura á sus difuntos, que eran muertos segun el cuerpo. Nuestro Padre afirma que á la manera que el ánima da vida al cuerpo, así Dios, cuando mora en el ánima por gracia, le da vida. Es este símil muy bueno, porque de la manera que el cuerpo sin el ánima está feo y sin hermosura, bien así el ánima sin la gracia divina queda muerta y en gran manera fea. *Más negra es la cara de ellos que los carbones*, dijo Jeremías llorando (2). Cosa es maravillosa que diga el Señor, que crió aquellas cinco vírgenes locas, el día del juicio, cuando llamen á la puerta: *¡No os conozco!* (3). Venís tan feas, y tan desfiguradas por el pecado, que con ser obra de mis manos digo que no sé quién sois. Esta muerte espiritual, en la cual el alma triste se aparta de Dios, es con la que Él principalmente amenazó á nuestro padre primero: mira qne no seremos amigos, si no me obedecieres: quitartehe mi gracia, y quedará tu alma muerta. Y si hubiese juicio y consideracion en los pecadores, esta es la muerte que más habían de temer: mas como gente ignorante, temen la sombra de la muerte, que es corporal, y de la del ánima, que es estar apartados de la amistad de Dios, no tienen cuenta. Son como los niños, que de la sombra que hace el hacha se espantan, y si los allegan cerca, extienden la mano, queriendo tocar la llama, que resplandece. No temen el fuego eterno del infierno

(1) Luc., ix.
(2) Thren., iv.
(3) Matth., xxv.

y tiemblan de ver un muerto y de pensar que han de morir.

La segunda muerte es la corporal, y ésta nació de la primera. De arte que si no hubiera muerte del ánima, que es apartamiento de Dios, tampoco hubiera muerte temporal. Verdad es que Dios no crió al hombre inmortal por naturaleza; mas por dón de gracia se le concedió que en el estado de la inocencia no muriese. Esta doctrina es de nuestro Padre y de los teólogos: y esto quiso decir el Apóstol en estas palabras: *Por el pecado vino la muerte.* De arte que una muerte trajo consigo la otra muerte. La espiritual, que es apartarse el ánima de Dios, fué causa que en él cuerpo ejecutase la justicia divina la division del ánima y del cuerpo en la muerte, y por ventura estas dos muertes quiso significar el Señor, cuando dijo (1). *En el dia que comieres del árbol de la ciencia del bien y del mal, morirás con muerte.* Esto es decir: avísote que te castigaré con doblada muerte, con la del ánima y la del cuerpo. Y si la muerte corporal en aquel dia no se efectuó, hasta que pasaron *novecientos y treinta años*, á lo ménos comenzó Adan á morir en pecando: y segun ya probamos, la vida mortal que vivimos prolija muerte es.

Tambien hay otra tercera muerte, cuando en la resurreccion las ánimas condenadas se vistan de sus cuerpos miserables y vayan al infierno á morir perpetuamente. De aquí es lo que San Juan dice en el Apocalípsis: Bienaventurado será aquel á quien no atormentare la muerte segunda (2). Dichoso el que, aunque haya pecado, hace penitencia y se vuelve á Dios, resucitando á nueva vida y restaurando la amistad de Dios, que perdió pecando: y áun será dichoso el que muriere cuanto al cuerpo creyendo y amando á Jesucristo. El desdichado será quien pasare por todas tres muertes.

---

(1) GEN., II.
(2) APOC., XX.

El remedio es, hermano, que si está muerta tu ánima, eres enemigo de tu Criador, que con presteza te levantes, y alumbrarte ha Jesucristo. Mira no te tome la muerte corporal estando muerta tu ánima, porque por fuerza morirás en cuerpo y ánima en compañía de los demonios. Privilegio tenéis excelente para poder restaurar la vida del ánima. Aprovéchate de él con tiempo, porque halles la puerta de la misericordia del Señor abierta, el cual quiere que los hombres se salven, pues para fin tan excelente los crió y redimió con su sangre, honra y vida, muriendo en la cruz.

CAPÍTULO VII

QUE FUÉ NUESTRO DIOS MISERICORDIOSO Y JUSTO EN CONDENAR Á MUERTE Á NUESTRO PADRE ADAN Y Á SUS DESCENDIENTES

Con el sudor de tu rostro comerás tu pan, hasta que te vuelvas en la tierra de que fuiste formado (1). En todas las cosas que nuestro soberano Dios obra resplandece su gran misericordia y bondad y tambien su admirable justicia, las cuales traen tan gran hermandad, que no se halla la una sin la otra. En manera que áun en los condenados que estan en el infierno pensando por sus pecados, da gran resplandor la justicia de Dios, y tambien su piedad, porque no los castiga con el rigor que ellos merecian. La razon dice que el que ofendió á Majestad infinita padezca pena infinita; y si ésta diera Nuestro Señor á los condenados, bastara para aniquilarlos, porque fuerzas finitas como son las de la criatura

(1) Gen., III.

no pueden sufrir pena infinita. Y esto es lo que dicen los teólogos, *que Nuestro Señor premia á los buenos más de lo que merecen, y castiga á los malos ménos de lo que por sus maldades eran dignos*. De aquí es que el Señor del mundo, guardando su antigua condicion, cuando penitenció á nuestro primer padre usó de misericordia y de justicia juntamente. Ahora declaremos esto.

Grande fué la piedad del Señor, ya que había Adan pecado y menospreciado el mandamiento de su Criador, tan fácil de guardar, como ya dijimos, que ejecutase la amenaza que le hizo, diciendo: Mira que si no obedeces mi mandamiento te costará la vida. Lo primero, convenía así para que Dios, que es eterna verdad, cumpliese su palabra. Y tambien porque entendiésemos todos que el pecado ha de ser castigado rigurosamente, y así castigaremos todos nuestros apetitos desordenados, escarmentando en cabeza ajena, mirando aquel castigo ejemplar que Dios hizo en el primer pecador que hubo en la tierra.

Mayormente que este castigo declara en gran manera la misericordia de Dios. Para esto se ha de notar que muy bien pudiera el Señor, *cuando sacó Adan de su pecado, dándole su gracia* (1), darle juntamente la inmortalidad. Más fué darle su amor, con el cual resucitó su ánima muerta y apartada del que la crió, que darle que no muriese cuanto al cuerpo. Mas no quiso sinó que estuviese sujeto á morir, porque la muerte fuese como medicina y remedio de sus trabajos y penitencia. De manera que habiéndole dicho que con el sudor de su rostro ganaría su comida, pues que fué ingrato de la mesa real y tan bastante que le había dado en el paraíso. Luego parece que añadió el remedio de la vida tan trabajosa, en volverse á la tierra, de donde su cuerpo fué fabricado. El santo Job con pa-

(1) Sap., x.

labras breves significó las miserias de nuestra vida mortal: *El hombre nacido de mujer vive tiempo breve y está lleno de muchas miserias* (1). ¡Oh! ¡cuán humilde había de ser el hombre considerando de quién nace! Mujer, flaqueza significa; pues de raíz flaca, ¿qué se espera sinó flaco fruto? Bájate, hombre, y mira que de flaqueza tienes principio. No presumas de fuerte; ¿por qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? (2). Mira los títulos de bajeza que te da el Eclesiástico y pon en ellos los ojos, y desharás la rueda de tu presuncion y vanidad. Tierra vil eres y ceniza, que no tiene firmeza y cada viento la arrebata. Mira más, que con ser flaco tu vida se acabará presto. Mas aunque breve es la vida, muy llena y abundante es de trabajos. Por tanto dijo luégo este santo varon: *Que está llena de miserias*. No se atrevió á cantarlas, porque son casi sin número. Nuestro Padre recuenta muchas en una de sus meditaciones, y dice: *Esta vida es misera y caduca, incierta, trabajosa, reina de los servicios y llena de errores; y finalmente, no es vida, sinó larga muerte*. Todo lo dicho es verdad, dice este doctor. Mas es tanta la ceguedad de algunos hombres, que esta vida, con ser tan amarga, *con su cáliz, que parece de oro, los embriaga* (3), de tal arte que la aman y no querrían salir de ella. De todas estas miserias y adversidades hace libres la muerte á los hombres. Ella pone silencio á la pobreza; da fin á la enfermedad; corta la tela trabajosa que los hombres andan tejiendo con tanto cuidado en buscar honras, riquezas y dignidades. ¡Oh! ¡bendito sea el Señor, que tal puerto aparejó, á donde los corazones hallen reposo, habiendo pasado tantas tempestades en el mar bravo de este mundo! No sin causa en la divina Escritura, Testamento viejo y nuevo, muchas veces se llama la muerte *sueño*, porque así como el que duerme re-

(1) Job, xiv.
(2) Eccl., x.
(3) Jerem., li.

posa, habiendo trabajado todo el día, y todos los sentidos y potencias del alma están suspensas, así en el sueño de la muerte luégo cesan los negocios del mundo, se cortan las enfermedades y se acaba la pobreza, que tanto afligía en la vida. Con razon diremos que nuestro soberano Señor con gran piedad ordenó la muerte despues del pecado, porque en élla se dé un finiquito á todas las calamidades de esta breve y penosa vida. Causa bastante y motivo principal es este para alabar siempre á tal Padre y Señor, si la consideracion de tan gran beneficio tuviésemos.

Visto hemos cuán misericordioso se mostró el Señor con Adan, condenándole á muerte, y á todos sus hijos. Ahora resta ver cómo dió á entender ser justo. Nadie de los cristianos puede decir: yo no pequé contra Dios, para que se me quite la justicia original que Adan perdió por su culpa. Hermano mío: mirad que sois hijo de traidor, que ofendió gravemente á su Criador, y que justamente sois castigado, heredando la culpa original y las miserias de esta vida, dolores, enfermedades y muerte; porque si acá las leyes humanas con razon disponen que el que comete crímen *lesæ Majestatis*, que es traidor á su rey, sea desposeido él y sus hijos del mayorazgo que tenía, y así lo vimos en el tiempo de las comunidades, el año veinte; ¿cuánto con más razon nuestro padre Adan, siendo traidor al Criador del mundo, era justo que, no sólo en él, mas en todos sus descendientes fuese castigada su traicion? Si ofender á un rey, que no es más que puro hombre, se castiga justamente con tanto rigor, la ofensa del Rey de los reyes, Majestad infinita, ¿por qué no se castigará en Adan y todos sus hijos, hasta que se acabe el mundo? Tened paciencia, que nuestro *Dios*, como dice David, es justo y recto en su juicio.

Considerad su gran misericordia, que ordena la muerte para dar fin á las miserias y trabajos de los hombres, que casi no se pueden contar. Y tambien mirad que justamente, por ser vos hijo de tal padre pecador, perdisteis la justicia original

que en él se depositó, y heredáis la culpa original, por la cual sois sujeto á la muerte.

CAPÍTULO VIII

QUE POR LA HERENCIA TRISTE DE LA CULPA ORIGINAL ESTAMOS CONDENADOS Á MUERTE

Así como en Adan todos los hombres mueren, bien así en Cristo todos tendrán vida (1). Este es un argumento que tiene gran fuerza, del cual usa el Apóstol para dar á entender cuánto mal nos vino de Adan el terreno y cuánto bien y riqueza nos trajo al mundo Cristo Jesus, Adan celestial. Quiere decir San Pablo: Dad acá, hombres; si Adan hombre, y no más que hombre, por su pecado pudo hacer tanto mal á sus hijos, que por él mueren todos, ¿cuánto mejor Jesucristo, hombre y Dios, habiendo muerto en la cruz y resucitado, nos dará vida eterna? Nuestro Padre, en una epístola que escribió á Optato, obispo, dice así: *En la manera que nadie de los hombres está en el reino de la muerte sin Adan, tampoco puede estar en el reino de la vida sin Cristo.* Declaró esto mismo el Apóstol escribiendo á los corintios, cuando dijo: *Por un hombre vino la muerte, y por otro hombre vino la vida* (2). Aquí será bien notar que en la divina Escritura las proposiciones universales no se han de entender tan rigurosamente como suenan. El poeta David afirma *que todos cayeron y son inútiles, y que no se halla uno que obre bien* (3). Es darnos á entender que por la

(1) I Cor., xv.
(2) I Cor., xv.
(3) Psal. xiii.

culpa de Adan quedamos inhábiles para la virtud, y que por nuestras fuerzas no bastamos para hacer servicio á Dios, por el cual nos dé la gloria. Mas no niega que por la gracia divina haya muchos justos. Ahora y siempre los hubo, porque siempre Dios tuvo Iglesia en la ley natural y escrita, aunque más en esta santa ley de gracia que nosotros gozamos. Tambien afirma el Evangelio que toda Jerusalen y gente de aquella comarca salía al Jordan para ser bautizados de mano de San Juan. Claro está que muchos enfermos y ocupados quedarían en la ciudad, que no irían á ser bautizados. Luego hemos de entender por aquella palabra *todos* la mayor parte; y así aquí afirma el Apóstol que *todos murieron en Adan*, porque en él pecaron; no perjudica á la purísima Vírgen María, Madre de Dios.

Ella sola por singular privilegio fué exenta de aquella mácula, que dijo el mismo Apóstol: *Todos pecaron en Adan.* Para tener esta opinion tan pía y tan conforme á razon, consideremos qué cosa es pecado original, y hallaremos que los teólogos le dan títulos espantosos. Llamanle mácula y fealdad en el ánima, enemistad con Dios, cebo del pecado actual, falta de la justicia original. ¡Oh, santo Dios! ¡qué nombres tan temerosos son estos! Y áun otro le añaden, y es: dominio y señorío del demonio. Pues veamos, aquel Hijo de Dios, hermosura de los ángeles, de los cielos y de todas las flores, que se llama en los Cánticos *Flor del campo*, ¿cómo había de criar una madre fea por la culpa original? Hable ya Él mismo, que para tan alta dignidad la crió, y digamos, que no murió en Adan, sinó que siempre aquella alma bendita tuvo vida de gracia: *A los carros de Faraon parecéis, amiga mía* (1). Quiere decir: Madre mía, así como pasando mi pueblo el mar Bermejo en nada fué maltratado de aquel rey soberbio de

(1) CANT., 1.

Egipto, ántes él y su ejército allí pereció: así vos, sagrada Madre mía, por los méritos de la muerte que á su tiempo, haciéndome hombre, tengo de padecer, os liberté yo de que Faraon, rey infernal, ni por un instante os tuviese sujeta por la culpa original que el linaje humano hereda.

De manera que Nuestra Señora fué preservada de esta culpa, aunque hija de San Joaquin y Santa Ana, dando Dios su gracia á su bendita ánima, en siendo criada é infundida en aquel cuerpo santo. Y, como dice muy bien un doctor, redimida fué por su Hijo, no de la culpa, que no la tocó, sinó de una manera más excelente y honrosa, que fué preservándola del pecado que por ley comun había de heredar. Canta la misma Señora y da gracias á su Criador por tan singular privilegio, y dice: *Obró conmigo cosas grandes el que es omnipotente* (1). Darle el Señor la santificacion, como la dió á Jeremías y á San Juan Bautista, despues de caida en el pecado, no parece que fuera dón singular y grande, pues á los siervos se dió. Luego en estas palabras tan profundas quería decir: el Verbo eterno, Dios todopoderoso, teniéndome elegida para ser su Madre, no sólo me hizo merced que yo le concibiese por obra del Espíritu Santo y que le pariese, quedando siempre Vírgen, con alegría y sin dolores que padecen las otras madres: mas áun en mi pura concepcion me dió tan gran privilegio que la culpa original no me tocase, en lo cnal, no tan solamente miró por mi honra, mas áun por la suya. Concluyamos este punto con aquella sentencia de nuestro Padre San Agustin: *Cuando yo trato de pecados, mirad que no es mi voluntad que se entienda de la Virgen María.* Y dice más hablando de Dios: *¡Oh, caridad! que tú hiciste que la Virgen María no solamente no pecase, mas ni áun tuviese pensamiento de algun pecado, y sobre todos los hijos de Adan la reservaste de toda mácula de culpa.*

(1) Luc., 1.

Aquí se ofrece una duda, y es: pues que la Madre de Dios no tuvo culpa original, ¿por qué murió? Yo confieso que todas las veces que pienso la muerte de esta Reina de los ángeles quedo admirado. ¡Oh, Dios mío! Que nosotros, hijos y herederos de Adan, pasemos por la muerte, enhorabuena; y que los ojos que se cebaron de ver vanidad se quiebren y se cubran de nubes en la muerte, justo es; las manos que obraron maldades y os ofendieron, que se embarren y sequen, la razon lo pide: porque quien tal hace, que tal pague: finalmente, que la lengua mentirosa, maldiciente y que ha hablado torpezas se pegue al paladar y enmudezca, su merecido tiene: mas que aquellos ojos de paloma misericordiosos de vuestra santa Madre se cierren en la muerte; aquellas manos, que tantas veces os envolvieron siendo niño, se embarren, y aquella lengua santísima, con la cual dijo el *sí* para ser vuestra Madre, llamándose *sierva* vuestra, se enmudezca, digo que no hay juicio que no se espante: porque para la muerte vuestra, Rey del cielo, Cristo Jesus, hallamos salida, y es que vos lo ordenasteis así para nuestra redencion. Mas la de vuestra santa Madre no era para este fin menester, pues cuando ella murió ya estábamos redimidos, y con precio demasiado. Ahora mirad, cristianos, no sin gran misterio la Madre de Dios murió. Verdad es que no debía la muerte como nosotros por el pecado original, que no tuvo. Murió por ser hija de Adan y tener cuerpo mortal, y áun murió por consuelo de los cristianos sus devotos, para que de voluntad reciban la muerte, cuando Dios se la enviare. Finalmente, murió la engendradora del que es vida eterna porque fuese testigo de la verdad de Dios y el demonio quedase por falsario y mentiroso. El traidor dijo á Eva: *No moriréis* aunque comáis del árbol vedado (1). La verdad de Dios decía: Catad

(1) GEN., XX, 3.

que *moriréis*. En manera que cada hombre que muere es testigo de aquella verdad que dijo Dios, y condena por mentiroso á Satanas. Queda Dios honrado y el demonio afrentado. Y como la Vírgen Santísima fué la más santa y pura criatura que Dios crió en el cielo y en la tierra, el mejor testigo sin tacha que se presentó para honra de Dios y abatimiento del demonio fué ella, cuando murió. Para mí tengo que la Vírgen santa lo suplicó á su precioso Hijo. Dios y Criador mío, yo os suplico que me deis licencia para que muera, porque en todo os siga yo. Vos despues de muerto resucitasteis. Yo recibiré favor en morir y resucitar tambien, porque sea yo testigo de vuestra verdad, que aquella serpiente trabajó de contradecir. ¡Oh! mírese esto, que verdaderamente es gran mérito delante de Dios, cuando nos viéremos en tal paso de muerte, alegrarnos y decir: Dios mío, loado seáis, que merecí yo muriendo ser testigo de vuestra verdad, para honra vuestra y para confusion de Satanas, padre de mentira. Alta consideracion es esta.

Y hase de advertir que la muerte de la Señora del mundo no fué como la nuestra, espantosa y atormentadora; sinó un tránsito á la manera de dulce sueño. Díganoslo Salomon, que mucho ántes nos lo profetizó. Él dice grandes excelencias de la fuerte mujer: y afirma que en el día último se reirá (1). ¿Quién es esta fuerte mujer, sinó la que quebrantó la cabeza al demonio, ganando de él victoria en su santa concepcion sin pecado, y en toda su vida que jamas pecó, ni áun venialmente? Esta es y no otra la animosa Judith, que cortó la cabeza al tirano Holofernes. Esta fortísima hembra nos trajo del cielo á la tierra al fortísimo gigante, el Hijo del Padre Eterno: y nos le dió humanado y manso cordero. Pues Ella en el último día no llorando y gimiendo como nosotros, sinó con gran ale-

(1) Prov., xxxi.

gría, la boca llena de risa, dió aquella ánima santísima en las manos de su sagrado Hijo.

Y pues así es que siempre fué amiga de Dios, y jamas la tocó el pecado, á ella acudamos en nuestros trabajos, pues tan gran privanza alcanza con el que la tomó por Madre. En vida y tambien en muerte la invoquemos, para que haga su oficio, siendo nuestra abogada. Cada día nos llama, y con aquellas palabras del Sabio nos despierta: *Pasaos á mí los que me deseáis, y sed llenos de mis frutos* (1). Dejad ya esas cosas de la tierra, que no hartan, sinó ántes ponen más sed y más hambre. Imitad mi humildad, mi pobreza de espíritu, mi paciencia y caridad, y hallaréis paz y contentamiento. *Quien á mí me hallare hallará la vida* (2): poseerá á mi precioso Hijo, el cual *es camino, verdad y vida eterna* (3).

CAPÍTULO IX

CUÁN ÚTIL ES LA MEMORIA DE LA MUERTE

Acuérdate, hijo, de tus postrimerías y jamas pecarás (4). No puede más encarecerse el gran fruto que consigo trae la memoria de la muerte que lo que aquí nos dijo el Eclesiástico. Ahora, hijo, acuérdate de las cosas que has de padecer, cuando mueras y nunca ofenderás á tu Criador. Por aquí entenderemos que todos los males que se cometen nacen del olvido de aquel día espantoso de la muerte. Si el soberbio ago-

(1) Eccl., xxiv.
(2) Prov., viii.
(3) Joan., xiv.
(4) Eccl., vii.

niza por honras; si el avariento se desvela por adquirir riquezas; finalmente, si el distraido y hombre bestial anda solícito por deleite, todo esto encamina el olvido que tienen de la muerte, que no puede faltar. El hombre desacordado de aquel temeroso día es como la nao sin gobernalle, á la cual arrebatan las olas y la llevan á una parte y otra. ¡Oh pecador, que andas perdido y vagueando por el mar de este mundo! ¿Quieres saber por qué cada pasion te arrebata y te lleva tras sí? La causa es que pones en olvido la muerte, pareciéndote que eres inmortal. Aquella mentira que la serpiente dijo á Eva: *No moriréis* (1), cada día la dice al oido á los amadores de este engañoso mundo: y ellos, como abobados y embriagados del amor de sí mismos, ó piensan que no han de morir, ó se prometen larga vida, siendo falsos profetas, engañadores de sí mismos. Díme, hombre perdido, ¿con qué ingenio mandas y sujetas tu caballo brioso y feroz? no te fíes de él sin ponerle un freno en la boca. ¿Quieres sujetar ese cuerpo soberbio? Cata aquí el bocado y freno que el Espíritu Santo te ha hecho para domar todos tus sentidos: *Hijo, acuérdate de tus últimos fines*. Preguntó uno á Eusonio, filósofo, que quién tenía buena muerte El respondió como gran sabio: El que pensare profundamente que el día que tiene presente es su último día, y conforme á esta consideracion ordenare todas sus cosas. Más parece dicho de fiel cristiano que de hombre gentil y sin fe. Tambien Platon afirmó que la verdadera filosofía es la continua memoria de la muerte. Su discípulo Aristóteles dijo que salir de esta vida es cosa muy buena. Esto decía muchas veces, para que sus discípulos se acordasen de la muerte. Y áun es mucho de notar aquella costumbre tan prudente de los egipcios, los cuales en sus convites, estando ya sentados á la mesa, traía un hombre un bulto como de muerto en las

(1) Gen, III.

manos, y llegando á cada un convidado, decía estas palabras: Hermano, mirando esta imágen come y bebe. ¡Oh santo Dios! ¡qué filosofar tan delicado! Pluguiese á Dios que los cristianos usasen esta costumbre de aquella gente bárbara, para que moderasen los excesos de sus banquetes, con tanta abundancia de manjares, músicas y cantares profanos, que con ofensa de Dios acostumbran. Afrenta nuestra es grande que aquellos infieles ántes que comiesen representaban la muerte, para que moderasen su convite, teniendo tal espejo delante: y que nosotros, avisados con doctrina y luz de fe, vamos á la mesa tan olvidados de nuestro fin. Vió una vez Séneca muy enojado á un señor con un su criado, y díjole: ¿tú te indignas contra ese hombre? Acuérdate que presto la muerte os hará ser iguales: por tanto ten paciencia.

Mas dejemos ahora los filósofos y hablemos del Espíritu Santo. Aviso es que da el Eclesiástico, que al principio de este capítulo nos comenzó á hablar, *Acuérdate*, hombre, *de tus últimos fines*, como negocio tan importante. No se contentó con decirlo una vez, sinó muchas. Otra vez tambien representó la muerte en otro capítulo: *Mejor es ir á la casa donde hay luto que no á donde hay banquete* (1). Y tiene razon, por que en la casa del muerto todo es tratar de filosofía verdadera: unos lloran, otros gimen, otros hablan de las virtudes del muerto: mas en el convite trátase de vidas ajenas, no contentándose de hablar mal de los vivos: mas lo que es mayor crueldad, desentierran los muertos, con gran ofensa de Dios é infamia de los que murieron. El santo Job en esto se ejercitaba y jamas andaba sin este temor y memoria de la muerte: *A la manera que las olas del mar ponen temor, así yo siempre temí á mi Dios* (2). Declara estas palabras maravillosamente San Gregorio así. *Mirad, que cuando anda brava tempestad*

(1) Eccl., VII.
(2) Job., XXXI.

los navegantes de nada tienen cuidado, sinó cómo salvarán la vida. Con el temor de la muerte no estiman honra, ni hacienda, ni se acuerdan de venganza de sus enemigos. En manera que la memoria de la muerte á todo pone silencio. En el navío de Jonas, profeta, cuando Dios envió aquella tempestad, con gran presteza echaban las arcas y riquezas en la mar, por escapar con la vida. En sola una cosa entendían todos, y era invocar cada uno á su Dios. ¿Quieres, hombre rico, no anegarte en el mar de la avaricia en que navegas? Descarga el navío: da limosna á los pobres, y considera que la muerte ha de quitártelo todo: y que como aquel rico sin piedad, que áun las migajas de su mesa no daba al pobre Lázaro, te dirá la voz del cielo: ¡Oh loco! Esta noche te quitarán la vida. Tus riquezas, que has allegado con tanto trabajo, ¿cúyas serán?

Si bien lo queremos considerar, hallaremos tres grandes provechos en la memoria de la muerte, de los cuales se aprovechó el rey Ezechías. Entró el profeta Isaías y díjole: *Rey, ordena tu casa, porque morirás y no vivirás.* Esta embajada envió Dios á este buen rey, porque á sus amigos suele Él revelarles algunas veces su muerte. Luégo el rey, estando enfermo, dice la Escrirura *que se volvió á la pared y lloró é hizo oracion á Dios.* No se puede dudar que pues era rey tan poderoso, que tenía allí muchos criados en su servicio, y tambien alguna mesa con vasos de oro y de plata, como suelen, tener los enfermos no léjos de su cabecera: y á todo volvió la cabeza, como no haciendo caso de cosa alguna, ocupado con la memoria de la muerte. ¡Oh utilísima memoria! si los hombres la frecuentasen. Esta es la que menosprecia bajillas y riquezas temporales. No estima vasallos ni criados, porque sabe el hombre que en la hora de la muerte ha de quedar solo y despojado de todas las cosas. Da voces San Pablo: Hermano, mirad *que nada trajimos á este mundo y que cosa alguna no hemos de llevar con nos-*

tros (1). De la manera que nacimos con desnudez, hemos de morir. Saladino, rey de Egipto, viéndose cercano á la muerte, mandó, que un criado suyó sacase una camisa suya y la pusiese en lo alto de una lanza y que por toda la ciudad fuese diciendo: *Mirad gentes, qué es lo que saca el rey de todas sus riquezas: no lleva más que una mortaja.* Más hizo el rey Ezechías, y fué llorar. ¡Oh pecador! si mirases á la pared de tu sepulcro, ¡cuán presto llorarías tus pecados y harías penitencia! Andas abobado, puestos los ojos en las florecillas de este mundo, que presto se secan, y por eso no lloras, ni pides á Dios perdon de tus maldades. Finalmente, la memoria de la muerte hizo á Ezechías orar y llamar á Dios. Quien de veras se acuerda que ha de morir y se persuade que cuando amanece el día podrá ser que aquel sea el último de su vida, luégo llama á Dios, entendiendo que sólo Él le puede consolar en tan gran conflicto y trabajo.

Mira, pues hermano, que cada día te dice Dios lo que envió á decir al rey Ezechías: *ordena tu casa;* haz tu testamento: confiesa tus pecados, *porque* sábete *que has de morir, y que no es tu vida inmortal.* Cada muerto que ves te dice aquello del Eclesiástico: *Acuérdate de tus últimos fines y no pecarás.* Y áun te da voces: *Acuérdate de mi juicio: hoy á mí mañana á ti* (2). Hoy Dios me envió la muerte, y mañana te la enviará á tí. Abre los ojos y ten aviso, que no eres de otra condicion que yo. Mortal eres, y sin falta has de morir.

---

(1) I Tim, II.

(2) Eccl, XXXVIII.

CAPÍTULO X

DE LAS COSAS QUE PASAN EN LA MUERTE

Acuérdate de tus últimos fines, y nunca pecarás (1). Habiendo ya visto en el capítulo pasado los grandes frutos que trae la memoria de la muerte, ahora será bien ver qué postrimerías son las que hemos de considerar para no quebrantar la ley de nuestro Dios. Muchas cosas pasan en la muerte que no se pueden decir, aunque el que muere las puede sentir. San Juan nota que muchos se convertían á nuestro Salvador viendo á Lázaro resucitado. Yo creo que no sólo le miraban: mas (como somos tan devotos de saber cosas nuevas) que tambien le preguntaban á dónde había estado aquellos cuatro días, hasta que el Señor del mundo le dió aquella voz divina, y le llamó. Y con esto le preguntarían particularmente qué sintió cuando el ánima salió de aquel cuerpo. ¿Que tan gran dolor fué, y que tanto duró? Y él (como testigo de vista, y que había pasado por la experiencia del morir) diría cosas grandes, que los tuviese atónitos. ¡Oh! si Lázaro tomara esta pluma, ¡qué cosas tan nuevas, tan particulares y espantosas escribiera! Nosotros hablamos de la muerte como de léjos. Quien pasó por ella hablaría como de cerca. Y pues nuestro Redentor no quiso que lo que aquel resucitado dijo San Juan ni los otros evangelistas lo escribiesen, tratemos para nuestro aviso algunas cosas de las que en aquel breve tiempo pasan.

Cuatro cosas á lo ménos se nos ofrecen, las cuales en aque-

(1) Eccl., VII.

lla agonía pasan por los que mueren. La primera es el temor de partida tan larga y nueva. La segunda es, los dolores que allí aprietan. La tercera, la soledad que siente. La cuarta, el temor de parecer delante del Juez, cuando el ánima salga del cuerpo. Cada una de estas cosas merece gran consideracion y sentimiento. Lo primero teme el enfermo de ir un camino que jamas anduvo, tan largo, que es pasar de este mundo al otro. Y si acá partirse para Indias pone tanto cuidado, y se hace tanta diligencia, y es obligado á confesarse y recibir el Santísimo Sacramento, por el peligro que hay en navegar mil ó tres mil leguas, ¿cuánto más el que se ve morir tendrá esta obligacion, y con razon temerá pasar aquel camino tan estrecho y tan poco sabido? El rey David fuerte era, y con gran ánimo degolló aquel gigante Goliat, tan armado y tan valiente, que nadie de todo el ejército de Israel osó salir al desafío con él. Fuerte era el Profeta, pues guardando las ovejas de su padre mató un leon y un oso, segun él lo dijo al rey Saul. Mas con todo esto, pensando en la muerte, se halló cobarde. Palabras suyas son estas: *El temor de la muerte ha caido sobre mí* (1). No me hizo temer el filisteo, armado de piés á cabeza, no el oso ni el leon: mas cuando pienso que he de morir es tan grande el temor y espanto que me pone, que del todo me hace temblar. Este temor me tiene arrinconado, y tan sobrecogido, que no hallo fuerzas en mí. Allá dijo Aristóteles, hablando del hombre fuerte, que en el reencuentro de la batalla temerá como hombre. Quiere decir: que el temor en el peligro de muerte es natural. Por tanto el hombre fuerte, aunque tema, pelea y sufre las golpes del contrario hasta ganar la victoria. Ahora, pues, si el santo rey David, que tantas victorias ganó, temia tan de veras la muerte, tú, hombre pecador y flaco, ¿cuánto más la debes temer y aparejarte para aquel día?

(1) Psal., liv.

Lo segundo, se han de pensar los dolores que allí combaten al enfermo. ¿Quieres, hermano, entender algo de esto, y argüir de lo que es ménos á lo que es más, y sacar por la uña la grandeza del leon? Hoy te ruego que con atencion consideres como el dolor de un brazo, de una hijada ó de un riñon arrebata tu juicio y sentidos, que apénas te deja pensar sinó en aquella parte del cuerpo donde te duele. Pues díme ahora: cuando el ánima se te arranque de todo el cuerpo, desde los piés hasta lo alto de la cabeza, ¿cuánto más te afligirás? Aquí faltan palabras: porque, como ya dije, había de representar esto al vivo quien hubiese pasado por puerto tan áspero y estrecho. Con todo esto, oigamos al prafeta David lo que nos representa: *Los dolores de la muerte me han cercado.* ¡Oh cerco temeroso! ¿y quién, si tiene seso, no te teme? Los de la ciudad de Betulia, viéndose cercados, gran temor tenían: mas al fin remedióles Dios por la oracion y diligencias de aquella santa viuda Judith: porque era hombre Holofernes que tenía cercada la ciudad. ¡Oh cristiano! mira que cuando te cercare un ejército grande y poderoso de dolores en todo tu cuerpo no tendrás por donde huir: de fuerza has de esperar la batalla, y esos dolores te acabarán la vida. *Acabóse mi vida en dolor*, dijo este profeta David en otro salmo (1).

Pasemos á lo tercero, que es la soledad. ¡Oh! ¡cuán solo te has de hallar allí, hermano, en aquel paso! Ni te acompañarán las riquezas que acá se quedan: no la honra, aunque seas gran señor en la tierra: no tampoco los criados que te servían. ¡Oh soledad de pocos entendida, y considerada! La compañía que no te dejará serán tus pecados y los demonios, que allí andan más diligentes que jamas anduvieron tentándote en vida. San Juan lo declara excelentemente: *Descendió á vos-*

(1) Psal. xxx.

otros el demonio con grande ira, porque sabe que le queda poco tiempo (1). ¡Oh sentencia temerosa! Es grande la astucia de Satanas, y aunque combate en salud, modérase algunas veces, porque entiende que le queda más tiempo para derribar una ánima en pecado: mas cuando ve que se llega la hora de la muerte, rabia y como leon brama, porque el alma se le escapa de las manos, acabando la vida en penitencia. Sabe bien el traidor que no hay ya lugar de engañarla. ¿A quién no pone terror oir esto? Pues muy otra cosa será verlo.

Finalmente, hay cuarta postrimería, y es el espanto de haber de parecer el alma delante del trono de Dios, Juez poderosísimo y rectísimo, delante de quien no aprovechan las riquezas ni favor del mundo. Salomon lo declaró diciendo: *Nada aprovecharán las riquezas en el día de la venganza* (2). Entra, pues, hombre, en juicio contigo y mira, cuando tu conciencia te acuse, en cuántos malos deseos consentiste, y de las palabras que, ofendiendo á Dios, hablaste, y de las obras que contra la ley de Dios obraste. ¿Con cuánta razon tu alma temerá de ser presentada delante de Dios, que es testigo y Juez de toda tu vida? Allí verás la espada de la justicia divina que te amenaza; verás el infierno, que tus malas obras merecieron; y, como dice San Basilio, no sólo al Juez verás airado, mas áun á los ángeles indignados contra tí. Hacía oracion Moises, y decía: *¡Oh! ¡pluguiese á Dios que los hombres supiesen y entendiesen y proveyesen sus postrimerías!* (3). Oracion que todos habíamos de hacer cada día á nuestro Redentor. Suplicámoste, Rey de gloria, que todos los pecadores sepan y entiendan, consideren y contemplen las cosas que en su muerte han de pasar, para que se aparejen ántes de aquel temeroso día y no se pierdan y condenen.

(1) APOC., XII.
(2) PROV., XI.
(3) DEUT., XXXII.

Despierta ya, hermano; ten un retrato de estas cuatro cosas delante los ojos de tu entendimiento; mira que es largo el camino, y no usado el paso de la muerte, que nunca anduviste; considera los muchos y grandes dolores que allí te han de cercar; contempla la soledad en que allí te has de ver; y finalmente, no olvides el temor que tu ánima tendrá de ser llamada delante de Jesucristo, para ser juzgada conforme á la vida que ha vivido en el cuerpo.

CAPÍTULO XI

QUE LA MUERTE ES DESABRIDA Á LOS MALOS Y SUAVE Á LOS BUENOS

¡Oh, muerte! ¡cuán amarga es tu memoria al hombre que tiene paz en sus riquezas! Mas tu juicio es bueno para el hombre necesitado (1). Cosa es maravillosa que la muerte tenga tan diversos efectos, que á unos sea más amarga que la hiel y á otros más dulce que la miel. ¿Cuándo jamas se vió de una misma fuente manar agua amarga y dulce? Mas si de lo que vemos cada día queremos juzgar esta diferencia, cesará la admiracion. Poned al sol un poco de cera, y derrítela; poned juntamente un poco de lodo, y endurécelo. Una es la causa que aquí obra tan contrarios efectos, que es el sol; luego la diferencia será de parte de la materia que recibe el calor. Aristóteles dijo, y la experiencia nos lo declara, que las causas obran conforme á la disposicion de la materia en que obran. Hermano, considéralo bien, que la muerte hace su efecto á la

(1) Eccl., xiv.

manera del sol, segun ahora viste. Si tienes mala conciencia; si tu mala vida te condena, la muerte sentirás amarga; y si tu vida es buena y vives conforme á la ley de Dios, te será suave y no desabrida. Esto, pues, es lo que ahora nos dijo el Eclesiástico: *¡Oh, muerte! ¡cuán amarga es tu memoria á los que tienen contento en sus bienes terrenos, en sus honras y deleites! Mas al fin tu juicio es bueno para el pobre y necesitado.* Aquí se ha de notar que si la memoria de la muerte, la imágen y dibujo como de carbon, dice aquí el Sabio que da gran disgusto al pecador, cuando al vivo la misma muerte le atormentare, ¿cuánto más amarga le será? ¡Oh! ¡cuántas veces muere el malo! Cada vez que se acuerda que le ha de faltar la honra que ama, la riqueza que posee y los deleites en que se ejercita, muere y recibe gran tormento. ¡Oh, mártir del demonio, que aunque más quieras disimular el gusano de tu conciencia siempre le aflige y da garrote á tu corazon! Pregon es que mandó Dios dar al profeta Elías, y que á voces dijese: *No tienen paz los pecadores* (1). Luego, aunque busquen muchos entretenimientos, cazas, juegos y convites, dentro traen la guerra, y es por demas hallar paz si no se volvieren á Dios por la penitencia. Oigamos ya á estos mismos perdidos, engañados y engañadores de sí mismos: *Fatigados anduvimos en el camino de la maldad y de la perdicion; caminamos por caminos dificultosos, y el camino del Señor no lo acertamos* (2). *Esto dijeron*, dijo luégo el Sabio, *los que están ardiendo en el infierno.* ¡Oh, santo Dios! ¡cuán verdadera confesion es ésta, sinó que es tardía y sin mérito! Las leyes disponen que al hidalgo no le den tormento, porque se presume de su nobleza, que sin él dirá la verdad; mas al villano no le dan este privilegio. Los nobles y generosos en esta vida confiesan sus pecados y piden misericordia á Dios, y Él como Padre se la con-

(1) Isai., xlviii.
(2) Sap., v.

cede. Así lo hizo David, San Pedro y la Magdalena. Mas los villanos tercos y porfiados en pecar, hasta que en pecado mortal mueren, puestos al tormento y dándoles garrote en el infierno, no confiesan la verdad.

Mas veamos qué dicen: lo primero declaran que *los caminos que escogieron fueron dificultosos*, puertos muy ásperos. ¡Oh! ¡qué aspereza tiene la ambicion, pretendiendo dignidades y honras mundanas! ¡Cuán áspero camino es el de la avaricia! ¡Cuán dificultoso el del adulterio, trayendo tan en peligro la vida y la honra! Hablan como de experiencia estos desventurados y no pueden negar la verdad. Acosados, corridos y aperreados andan de noche y de día, sin tener hora de descanso. Dicen más: *Que no supieron acertar el camino del Señor*. Esta ignorancia no es la que dijo el filósofo ser invencible, que de todo excusa al hombre; aquella es que dijo David: *No quiso saber por no obrar bien* (1). Y esto más acrimina la culpa, la cual se llama afectada. Así lo fué la de los fariseos y sacerdotes, que persiguieron á nuestro Salvador hasta ponerle en la cruz. *Ignoramos el camino del Señor*. Aquel camino lleno de su santa ley, apacible floresta que da gran contento al que camina por ella, yugo sin peso y fácil de llevar, no le conocimos, porque ciegos de nuestras pasiones, no le quisimos conocer. A estos tales amarga les ha de ser la muerte, porque están muy vivos al mundo y arraigados en sus honras é intereses.

A los pobres de espíritu, á los que pasan esta vida, como peregrinos, que caminan para Jerusalen la celestial, á donde tienen sus riquezas guardadas, á los que ya están muertos al mundo, y dicen con San Pablo: *El mundo me es crucificado y yo lo soy para él* (2): á estos tales no es amarga la muerte, ni su juicio, ántes la aman y la desean. Uno de estos decia así.

(1) Psal. xxxv.
(2) Gal. vi.

Hay unos hombres que esperan la muerte, y ella no viene: como quien cava algun tesoro se gozan en gran manera cuando hallan la sepultura (1). Tres maneras de personas se hallan en esta vida. Unos hombres no esperan la muerte, ántes andan huyendo de ella: temen las ocasiones, aunque pequeñas, buscando regalos para más vivir, y aprovéchanles poco, porque en fin en las manos de la muerte han de dar, aunque no quieran; y de éstos son los que ahora dijimos, que la hallan amarga. Otros cuando la muerte viene recíbenla con paciencia y dan gracias á Dios, aunque no la deseaban. Otros son más perfectos y suben más alto, esperando la muerte con deseo. Y así decía San Pablo: *Deseo ser desatado y morar con Cristo* (2). Pues de éstos, que por la misericordia de Dios siempre hubo algunos, y ahora los hay, habla ahora el santo Job: *Esperan la muerte, y no viene.* Decía Séneca á un su amigo: mira que la muerte en toda parte á donde fueres te espera: por tanto, tu en toda parte espérala. Consejo muy acertado y de gran fruto para cada un cristiano. Los amigos de Dios, como tan avisados, esperan la muerte, aunque Dios se la dilata: y cierto los tales están muy cerca de ser mártires; éstos la esperan, como el que cava algun tesoro. Excelente símil de verdad es este. Cuando alguno cava para hallar algun tesoro, á cada golpe que da con la azada piensa hallar lo que con trabajo busca y desea. Así el siervo de Dios en cada pensamiento y cada palabra y obra que hace representa aquella riqueza, que Dios le tiene guardada para el día que muera: y como el que cava algun tesoro, aunque trabaja y suda cavando, no le congoja el trabajo, con la esperanza que tiene de hacerse rico, así el alma amadora de Dios, ni le cansa el ayunar, ni el orar,

(1) Job., III.
(2) Filip., I.

ni hacer penitencia con disciplinas, ántes dice con el Apóstol: *No son dignas las aflicciones de este mundo para merecer y poseer la gloria, que ha de ser declarada en nosotros* (1). Y áun ha de notarse, que aquella palabra es de encarecimiento particular digna: *alegrarse en gran manera.* No como quiera se gozan, sinó que *gustan mucho cuando hallan su sepultura.* Parece que la muerte es como el maná, que nuestro D'os envió á su pueblo en el desierto: era dulce á los buenos y sabía mal á los malos, porque tenían su amor puesto en los manjares groseros de Egipto, como ellos lo confiesan. Y áun en tanta manera recibían enfado con aquel manjar, que decían provocarles á vómito. ¡Oh! ¡dichosos los justos, que viven conforme á la ley, y no se acuerdan del mundo, Egipto tenebroso, ni de sus viles manjares, que son los pecados! A éstos da gusto la muerte, porque la desean y saben que este tesoro es el sepulcro, en el cual hallan como atesorados todos sus trabajos y obras santas que hicieron: confíanse de los méritos del Redentor del mundo, con los cuales tienen valor de la gloria sus obras y penitencia, afirmando con el Apóstol y diciendo: *Nuestra vida es Jesucristo, y el morir nos es ganancia* (2). Al contrario, los pecadores, aunque han salido de Egipto, porque los redimió y libertó el Señor con su sangre y vida, siendo ingratos, tórnanse con los deseos y obras á ser esclavos del tirano Faraon Satanas: por tanto la muerte les amarga. Y áun está bien dicho que aquel maná les hacía vomitar, porque la muerte les revuelve de tal arte el estómago, que luégo lanzan las honras, las riquezas y los deleites: de tal manera que les hace echar las entrañas.

Mira, pues, hombre, que el juicio de la muerte bueno es para el pobre de espíritu y amigo de Dios, y si te amarga

(1) Rom., VIII.
(2) Filip., I.

este dulce maná, es por tu culpa, que tienes estragado el paladar con la hiel del pecado. Haz penitencia, y te será maná gustoso el morir, como lo es á los amigos de Dios.

CAPÍTULO XII

DE LA VICTORIA QUE NUESTRO SALVADOR GANÓ DE LA MUERTE PARA SUS AMIGOS

Vencido ha el leon de la tribu de Judá, el cual es raiz de David (1). Uno de los misterios que el ángel reveló al bienaventurado San Juan, desterrado en la isla de Pathmos, porque predicaba á Nuestro Señor Jesucristo, fué esta admirable victoria, que el Señor nos había ganado, muriendo por nuestra salud en la cruz. Estaba afligido este amado de Jesus, no por estar desterrado por servir á tan alto Rey y por predicar las grandezas del Hijo de Dios, que de este trabajo gran gozo tenía. Condicion es del amor del Señor desear padecer adversidades cada un siervo suyo: no sólo no se congoja con ellas, mas áun alegrase, dando gracias al que las envía de su mano. San Pablo lo dice así: *Lleno estoy de consolacion y con abundante gozo vivo en mis tribulaciones* (2). Por lo que lloraba San Juan era ver que no se hallaba quien abriese un libro cerrado con siete sellos. Entónces le dijo un ángel: *No llores: mira que ya venció el leon de la tribu de Judá*, y él remediará esta falta, que te da tanta pena.

Era tan fuerte y espantoso gigante la muerte, que nadie,

(1) Apoc., v.
(2) II Cor., vii.

por muy santo que fuese, ni todos juntos, bastaban á vencerla. Así, que ni la inocencia de Abel justo, ni la de Noé, á quien dijo Dios: *á ti hallé justo en la tierra* (1), no la de Abrahan, ni Isaac, que se consintió sacrificar á Dios en la flor de su edad. Y si el Señor no quiso que su padre le matase, la voluntad del amigo del Señor aparejada estaba, pues ya se puso sobre el altar para ser muerto y sacrificado. Finalmente, santo varon fué David: Jeremías, santificado ántes que nacido: San Juan Bautista, á quien llamó nuestro Señor *Angel*: mas, muriendo todos, la muerte quedó con el campo, y de todos los santos del Testamento viejo triunfó. Mas cuando el leon fortísimo, Hijo de Dios y virtud del Eterno Padre, tomó la demanda y se armó con las armas de nuestra humanidad, aunque al parecer flacas, tomóse á brazos con la muerte muriendo, y ella quedó muerta. Perpetuamente será loada la fortaleza y gran ánimo de aquel hebreo, llamado Eleazar, el cual, viendo aquel elefante tan fuerte y tan armado, como la divina Escritura lo recuenta, pensando que allí venía el rey Antíoco, arremetió, y con la espada por debajo la cota de malla le hirió de tal arte que luégo cayó en tierra muerto. Verdad es que el animoso mancebo murió juntamente allí: mas al fin la bestia tan feroz quedó muerta. ¡Oh, soberano Señor, Cristo Jesus, leon fortísimo! ¿quién nos dió vencida la muerte, que tan señora era del mundo, sinó Vos? A gran costa vuestra fué, que os costó vuestra sangre y vuestra vida; mas al fin, resucitando vos al tercero día, la muerte quedó derribada. Da la razon nuestro Padre por que la muerte no murió sinó muriendo nuestro Redentor. No muere la amargura sinó con la dulzura: no tampoco muere el frío sinó en el calor: así no es muerta la muerte sinó en la vida. ¿Quién es esta vida? Cristo, nuestro bien y nuestro Salvador. Él mismo lo dijo á Santa

(1) GEN., IV.

Marta: *Yo soy resurreccion y vida* (1). Por aquí entendemos que ningun santo pudo ganar esta victoria, pues no era vida alguno de ellos.

A todos admiró, y con razon, aquella victoria que ganó David de aquel soberbio bastardo Goliat. Grande era de cuerpo aquel gigante, y muy armado venía: mas el mancebo pastor con sus armas pastoriles, con su honda y una piedra le derribó en tierra, y con la espada del contrario le cortó la cabeza. Por treinta días salía al campo y decía á voces: Ea, hebreos, ¿cuál de vosotros quiere salir á pelear conmigo? ¡Cosa notable! Que ni el rey Saul, siendo tan alto, que de los hombros arriba excedía en altura á todo el pueblo (2), ni otro alguno de su ejército se atrevió á salir al desafío. Espantaba á todos la estatura disforme de aquel gigante, y tambien verle tan armado. Sale David, y no queriendo llevar las armas que le mandó dar el rey, lleva su cayado en una mano, y con una honda dióle una pedrada en la frente, y cayó luégo en tierra: salta presto sobre él, y sácale la espada, con que le acabó de quitar la vida. ¿Quién es este gigante, que á todos desafiaba, tan espantoso, sinó la muerte? El filósofo dice ser la muerte la cosa más terrible que hay en el mundo: y la razon es porque para la pobreza hay camino por donde salir de ella, teniendo buena diligencia; para la infamia tambien, y es enmendando la mala vida pasada; para las enfermedades hay médicos y medicinas: mas para no morir no hay fuerzas ni sabiduría que lo pueda remediar. *¿Quién jamas de los hombres nació en este mundo, que no pasase por la muerte?* (3). Quiere decir David: cualquiera que naciere, sepa que es mortal y que su vida se ha de acabar, y la muerte se ha de ejecutar en él.

---

(1) JOAN., XI.
(2) I REG., IX.
(3) PSALM., LXXXVIII.

Gran gigante es la muerte, y muy armada venía: no es maravilla que á todos hiciese temblar.

Aquel filisteo era bastardo, y así lo es la muerte, hija de aquella serpiente que tentó á Eva. Así dijo el Sabio *que la envidia de Satanas trajo la muerte á la tierra* (1). Salga ya David el figurado, Cristo Jesus, y pelee con este presuntuoso filisteo, tan victorioso, que á todos ha vencido y nadie ha bastado á vencerle. Ea, *buen Pastor* y Señor nuestro, amparad á vuestras ovejas tan amadas. Tomad la demanda de vuestros amigos predestinados, y dadles rendido este fuerte gigante. Dé vueltas la honda de vuestra humanidad, unida al brazo de vuestra divinidad. Andad la rueda como Sanson para destruir nuestros pecados. Siendo preso en el huerto de Gethsemaní, os llamarán á casa de Caifas, á donde toda la noche seréis maltratado. En siendo el día os presentarán vuestros perseguidores delante Pilato, y de allí daréis otra vuelta, llevándoos al rey Heródes para ser vituperado y vestido con vestidura blanca, como hombre sin juicio. Finalmente, daréis otra vuelta, remitiéndoos Heródes á Pilato, para que de allí seáis llevado al monte Calvario: y estando en la cruz, salga aquella gloriosa ánima vuestra, piedra que estaba en la honda de vuestra santísima carne, para que la muerte quede derribada; y Vos, Señor, resucitando, quedéis vencedor y ganéis para los vuestros vencimiento glorioso. Con cayado y honda venció David; y con cruz y su sagrada carne padeció el Señor, para dejarnos ganada esta victoria á los cristianos. ¡Oh, caridad infinita! ¡Oh, misericordia admirable! ¡Que el Señor del mundo, adorado de millares de ángeles en el cielo, quisiese tomar una demanda tan dificultosa, tan pesada y trabajosa, viendo en tan gran afrenta á todo el linaje humano!

Contemplaba este vencimiento el rey David, cuando dijo:

---

(1) Sap., II.

Cantad al Señor cantar nuevo, porque ha obrado maravillas (1). Justo es que á las mercedes nuevas que el rey hace á su criado respondan servicios nuevos y nuevo hacimiento de gracias. Cantemos alabanzas los cristianos á nuestro soberano Rey, Cristo, por tan alto vencimiento; y pues en el cielo, segun dice San Juan, siempre los santos alaban á este Señor, cantando esta victoria, razon es que nosotros respondamos desde la tierra y digamos: *Redimístenos, Señor, con vuestra sangre, eligiéndonos de entre tanta gente y naciones, y haciéndonos reino para nuestro Dios* (2).

Pues así es que el leon poderoso, Cristo Jesus, Señor nuestro, ha vencido á nuestro contrario, muriendo por nuestra salvacion; la razon demanda que nos gocemos y con alegría sirvamos á quien tanto por nosotros padeció. No haya alguno que sea ingrato á tan excelente merced, si quiere gozar de la victoria que nuestro Rey y Señor con su preciosa sangre nos ganó con tanta costa y trabajo.

CAPÍTULO XIII

DE TRES MUERTES QUE NUESTRO SALVADOR VENCIÓ EN LA CRUZ

Demos gracias á Dios, que nos ha dado victoria por Jesucristo, nuestro Señor (3). El Apóstol San Pablo á todos convida á tener memoria del favor tan grande que nos hizo nuestro Redentor, y que sin cansarnos demos gracias al Padre eterno, que con tanta liberalidad nos dió su único Hijo para

(1) Psal. xcvii.
(2) Apoc., v.
(3) I Cor., xv.

nuestro remedio y salvacion, saliendo con una victoria tan admirable, y derribando á Goliat, al cual nadie ántes venció. Y para que mejor se despierte nuestra ánima á reconocer tan admirable beneficio, será bien notar que no solamente nuestro Redentor ganó victoria de una muerte, sinó de tres. La muerte corporal vencida está por su santísima resurreccion, porque si Él no resucitara, que es cabeza nuestra, no resucitáramos jamas nosotros; siempre nuestros cuerpos se quedaran hechos ceniza; y esta es aquella consecuencia que hace el Apóstol, digna de notar: *Si Cristo resucitó tambien nosotros resucitaremos* (1). De arte que no solamente nos redimió muriendo, mas áun nos ganó la resurreccion para nosotros, sus miembros místicos. ¡Oh! ¡bendito sea tal Señor, tan amoroso y piadoso para nosotros! ¡Oh, cosa admirable! Que aunque está el Cristo natural resucitado y á la diestra del Padre, el Cristo místico áun no ha resucitado ni resucitará hasta el día del juicio, cuando todas las ánimas se vistan de sus cuerpos, los mismos que tuvieron acá viviendo.

Y hase de advertir que Cristo resucitando fué causa meritoria para que áun los malos resuciten; mas no fué causa ejemplar sinó para los predestinados. Más claro: resucitarán los amigos de Dios con los cuatro dotes de gloria, inmortalidad, claridad, ligereza y sutileza, conformes á la resurreccion del Señor. Y esto es lo que significó San Pablo en aquellas palabras de tan gran consuelo: *Esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo humillado conforme á la claridad de su glorioso cuerpo* (2). Quiere decir: será en su manera nuestra resurreccion imitada á la suya. Verdad es que, como el Apóstol dijo: *Como en el cielo una estrella resplandece más que otra, será la resurreccion de los*

(1) I Cor., xv.
(2) Philip., 3.

muertos (1). El más santo resplandecerá más, y ésta será una cosa de gran contento ver en la gloria tantos amigos de Dios, y unos más resplandecientes que otros, y todos muy contentos. ¡Oh! ¡desventurados de los malos! que aunque les pese han de resucitar (lo cual ellos temen mucho), porque si ahora las ánimas solas tanto penan, cuando resuciten con sus cuerpos para arder en fuego eterno, ¿cuánto mayor tormento tendrán? Esto es cosa maravillosa, que resucitarán pasibles sus cuerpos y juntamente inmortales. Dígalo David: *Trabajará simpre y vivirá hasta el fin* (2). Esto es: sin fin tendrá tormento en el infierno. Confirmó esta sentencia el Señor del mundo cuando dijo *que á los crueles y sin misericordia enviará al fuego eterno para que penen con los demonios* (3). Ya tenemos entendida la victoria que el Rey celestial nos ganó de la muerte corporal; y de aquí es que San Pablo llama *dormidos* á los justos, porque reposan y han de despertar á su tiempo, resucitando gloriosos.

Tambien nos dió el triunfo de la muerte del alma, que es más preciosa que la corporal cuanto es más excelente el ánima que el cuerpo. Esta nos ganó pagando nuestros pecados con los méritos de su sagrada vida y pasion. De aquí es lo que dijo el santo Bautista en la ribera del Jordan: *Veis aquí el Cordero de Dios, que viene á quitar los pecados del mundo* (4). No viene á matar los pecadores, como el diluvio, que para quitar los pecados quitaba la vida á los malos. Venido es para quitar los pecados, muriendo por ellos y dejándoles las vidas para que se salven. Y San Pedro dice: *El Señor llevó nuestros pecados en su bendito cuerpo sobre la cruz* (5). Esta resurrec-

(1) I Cor., xv.
(2) Psal., xlviii.
(3) Matth., xxv.
(4) Joan., i.
(5) I Petr., xxiv.

cion espiritual ordenó el Señor que luégo la gozásemos, porque de ésta depende la otra corporal que dijimos; y es gran misericordia que el Señor nos hizo. Bendito sea Él, y todas sus criaturas le alaben. Mira, pues, hombre, que si no resucitas aquí viviendo, tu ánima no gozará de la resurreccion gloriosa de tu cuerpo que Cristo te ha merecido. Darte han un cuerpo feo, pesado, abominable, que mirándote tú te aborrezcas y digas: ¡Oh! ¡malditas manos tan feas! ¡Malditos sean piés tan pesados! ¡Oh, desventurado de mí! ¡Nunca yo viera este día de mi resurreccion por tanto mal mío! Esto dirá Júdas, Saul, Pilato y todos los condenados.

Otra tercera muerte nos dió vencida nuestro bendito Señor, y ésta es el demonio. Así le llamó San Juan en el Apocalípsis: *Ví en un caballo pálido á un caballero, y su nombre era muerte, y todo el infierno le seguia* (1). Muy bien le cuadra el nombre de *muerte* á Satanas, pues trajo la muerte al mundo, y tambien porque no entiende sinó en matar las almas; por tanto le llama nuestro Salvador *homicida desde el principio del mundo* (2). ¡Oh, leon terrible, que no entiendes de noche ni de día sinó en cómo tragar las almas! De éste dice Job: *Sorberá la mar y no se maravillará por esto: y áun tiene confianza que el Jordan se le entre por la boca* (3). El mar significa los infieles, turcos, moros y gendianos, y en esta cuenta entran los herejes. Llámanse mar por ser tan grande el número de esta gente perdida; sórbelos el demonio dando con ellos en el infierno. El Jordan es río de agua dulce, y éste representa los cristianos, porque en el Jordan nuestro Señor Jesucristo fué bautizado y allí instituyó el santo bautismo. Este río tiene confianza el enemigo que se le entre por la boca. Es decir, que no tiene más poder para contra los cristianos de

(1) Apoc., VI.
(2) Joan., VIII.
(3) Job, IV.

cuanto ellos le dieren las armas de su voluntad; y porque puede tentar, mas no puede derribar al cristiano, confía que se le entrará en la boca, y que él áun muchas veces, sin que el enemigo le tiente, será su tentador. ¡Oh! ¡cuántos hay tan desatinados que toman la mano al demonio! Ellos se despiertan para pecar, no temiendo á Dios. Vencido y encadenado dejó el leon de la tribu de Judá, Cristo, á este fiero leon. Derribóle en las tres tentaciones del desierto; y acabóle de vencer muriendo en la cruz. ¡Oh! ¡cuán de léjos vió esta victoria el rey David! *Este dragon, Señor, al cual formasteis para que se burlen de él* (1). El mismo nombre le puso San Juan recontando la caida que por su soberbia dió del cielo empíreo hasta el infierno. Consiéntele Dios, y no le aniquiló, para que nos burlemos de él; no para que le temamos, que flaco es, pues no le quedó sinó el bramar. ¿De dónde las niñas tiernas tenían tanto ánimo en tiempo de los tiranos, ministros de este leon, sinó de tener el Señor vencido á éste que se llama muerte? ¡Cosa admirable! A una Santa Catalina verla por amor del Señor puesta á esperar una rueda de navaja que pasase por ella; otra niña, Santa Ines, Santa Ursula y sus once mil doncellas, ¿cómo tenían tanto ánimo en los tormentos, sinó por saber que nuestro bendito Señor había ganádoles la victoria de todas estas muertes?

No resta, cristiano, sinó que demos todos gracias al Padre eterno, que con tales entrañas de misericordia nos envió á su Hijo para que nos ganase victoria de la muerte corporal, resucitando al tercer día, y tambien nos ganase el triunfo de la muerte del alma, muriendo por la satisfaccion de nuestros pecados; y finalmente, nos venciese al demonio, leon ferocísimo, que tanto poder tenía en el mundo, que el Señor le nombró *príncipe de este siglo* (2).

(1) PSAL. CIII.
(2) JOAN., XII.

CAPÍTULO XIV

COMO LOS JUSTOS SE APROVECHAN DE LAS TRES VICTORIAS, QUE CRISTO LES GANO.

Al que venciere daré á comer del árbol de la vida (1). Grande es la bondad de nuestro Dios, y grande su deseo de darnos la gloria celestial para que fuímos criados. Y no tan solamente pára su solicitud en hacernos mercedes y aprovecharnos, mas áun en gran manera solicita nuestra honra, pues nos quiere dar parte de la obra tan excelente como es nuestra bienaventuranza. No es pequeña honra nuestra que en alguna manera nuestro premio y corona salga de nosotros mismos. Decía muy bien San Agustin, nuestro Padre: *Mira, hombre, que el que te hizo sin ti, no te salvará sin ti.* Esto es decir: como no tuvieses ser, no te pidió Dios tu voluntad para criarte; mas ya que te crió libre y te dió tan noble sér, quiere su divina Bondad para más ennoblecerte, que seas parte para tu salvacion y que no se lo dejes todo á Dios. Por tanto dice ahora el Señor: *Al que venciere daré á comer del árbol de la vida.* Aquí se nos manifiestan dos cosas. La primera es que nos manda nuestro Rey celestial pelear, y no como quiera, sinó animosamente, hasta ganar la victoria de nuestros enemigos. Lo segundo, el salario, que Dios tiene aparejado á los amigos suyos, que es darles á comer del árbol de la vida.

Para lo primero hace mucho al caso considerar, que aunque nuestro Salvador nos ganó la victoria de las tres muertes, que ahora dijimos, ordenó su Majestad que nosotros le imitásemos peleando y venciendo. Vió allá en su Apo-

(1) Ap., II.

calípsis San Juan uno, que iba en un caballo blanco, y su nombre era *Verbo de Dios*. Dice más: que *salió venciendo para vencer*. ¿Qué lenguaje es este? ¿Para qué dobla las palabras? En toda la divina Escritura no se puede hallar palabra demasiada. El Espíritu Santo es el que habla, y no sin misterio. El Hijo de Dios, Verbo del Eterno Padre, y Padre tambien, es el que iba en el caballo blanco. Esta es su humanidad purísima, que jamas tuvo pecado, ni le pudo tener. Peleaba Dios sin este caballo, y muy á costa de los hombres, cuando con agua y con fuego los vencía y castigaba. Mas despues que nació de la Vírgen sagrada pelea como á caballo, teniendo unida aquella humanidad con su persona divina. *Salió á pelear venciendo, y para vencer*. Venció por su persona el pecado, la muerte y el demonio, y salió para vencer en sus amigos los justos, los cuales vencen en la virtud y gracia que el Salvador les da. *Salió venciendo y para vencer*. La primera victoria, que fué vencer él mismo, concluyóse el día de su santa resurreccion, y así dijo Él: *Se me ha dado el poder del cielo y de la tierra* (1). Palabras que declaran el vencimiento glorioso que había ganado por sus trabajos y muerte. Mas el vencer al mundo, al pecado, muerte y demonio en sus escogidos no se acabará hasta que se acabe el mundo, y se cumpla el número de los predestinados, de los cuales dijo Dios, respondiendo á las ánimas que estaban debajo del altar: *Esperad un poco, hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos* (2). Este poco de tiempo ha corrido más de mil y quinientos años, y podrá ser que pasen otros tantos de aquí á que se acabe: porque allí y en otros lugares semejantes habla Dios midiendo este tiempo con su eternidad: *en cuya comparacion mil años son como el dia pasado* (3).

(1) MATTH., XXVIII.
(2) APOC., VI.
(3) PSALM. LXXXIX.

Soldados son de Nuestro Señor Jesucristo los justos, y Él es el capitan, á quien hemos de seguir, pasando trabajos, tentaciones y adversidades. Por esta pelea pasaron los Apóstoles, mártires, confesores y vírgenes valerosamente. De aquí es que tantas veces el Señor nos dice en el Evangelio: *Quien quisiere venir en mi compañia tome su cruz y sígame* (1). *Quien quisiere*, dice Cristo, declarando la libertad que nos dió, nó criándonos esclavos, sinóhijos libres: y áun dice: *El que quisiere*, para manifestar quién Él es, señor de todo lo criado, poderoso en sí mismo, sin haber menester á alguno. Nosotros sin Él somos pobres y miserables: Él sin todo lo que crió es Señor omnipotente; felicísimo en sí mismo, solo y acompañado: solo, porque es uno en esencia; acompañado, porque es trino en personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un Dios, una Majestad y una eternidad. ¡Oh! ¡cuán humildes habíamos de ser, sirviendo á tan gran Señor! Pues que en nada le aprovechamos y todo lo que trabajamos es provecho nuestro. Se ha de notar que dice: *Tome su cruz*. No dijo: tome la mía, porque fué muy pesada y nadie tuviera hombros para llevar cruz de inocencia tan admirable. Cruz de tantos dolores y afrentas como la de Cristo, nadie ni todos los hombres juntos la pudieran llevar. Por tanto dice que llevemos nuestra cruz. Cada estado en esta santa Iglesia romana tiene su cruz: los casados, los continentes, eclesiásticos y religiosos, todos tienen cruz que llevar y trabajos que padecer y enemigos con quien pelear. Esta cruz nuestra viene medida por la mano de Cristo, Sabiduría infinita, y nivelada con nuestra flaqueza. Y por tanto dijo San Pablo: *Fiel es el Señor que no consentirá que seáis tentados más de lo que vuestras fuerzas pueden* (2). ¡Oh piedad inmensa de tan gran Pa-

(1) MARC., VIII.
(2) I COR., X.

dre de misericordias! No tienes que quejarte, hombre, si te da el Señor pobreza, enfermedad ó cualquier trabajo. Fidelísimo es; la cruz que te da es muy moderada y Él te da su gracia y te la ayuda á llevar. Segun esto nadie desmaye, sinó desde luégo tome su cruz: hónrela, queriendo pelear y vencer su pelea, y siga á su Rey y Señor.

De aquel capitan del pueblo de Dios llamado Abimelech leemos que queriendo dar batalla á los sichimitas, que se habían retraido á una torre, cortó un ramo de un árbol, y dijo á sus caballeros: *como viereis que yo hago, haced vosotros; y luégo cada uno cortó un ramo y lo llevó en sus hombros* (1). Esto es lo que Cristo, Señor nuestro, á todos los cristianos dice: hermanos, *como veis que yo hago, así haced vosotros*. Yo llevé cruz y con ella vencí. Tomad vosotros la cruz pequeña que yo os doy y venceréis á vuestros enemigos: y sabed que al que venciere daré yo mesa en el cielo, y el manjar será gustar de mi Divinidad para siempre, porque yo soy árbol de vida eterna.

Pues el Señor del mundo así lo manda, que peleemos, y pues que Él, para nuestro remedio y ejemplo, peleó, y nos promete tan gran premio, razon es que le obedezcamos y le sigamos peleando como fuertes caballeros suyos, considerando lo que dijo el Apóstol: No sera coronado sinó el que lealmente peleare: no el que como flaco se deja vencer y bastardamente se hubiere en la pelea, sinó el que como esforzado ganare la victoria. Este tal será premiado no ménos que con corona de gloria perpetua.

(1) Jud., IX.

CAPÍTULO XV

COMO LOS JUSTOS VENCEN ESTANDO EN LA CRUZ CON CRISTO

Crucificado estoy con mi Redentor Jesucristo (1). El más avisado y sutil arte que los amigos de Dios tienen para triunfar de la muerte y de todos sus enemigos espirituales nos declara el Apóstol en estas palabras. Quiere decir: mirad, cristianos, que solamente hay una manera para gozar de la victoria que el Señor del mundo ganó muriendo por nuestra salud: y es que, pues venció siendo crucificado, andemos todos, como gente crucificada con Él en la cruz. Con estas armas venció Él padeciendo: y con las mismas hemos nosotros de gozar de la victoria que Él nos ganó. Traen los siervos de Dios un cuidado y diligencia tan grande en acompañar á su Rey y nuestro, Cristo, que apénas dan pisada sin poner los ojos en su Majestad. Uno de éstos decía: *Ponía al Señor siempre en mi presencia, porque á mi mano derecha anda, para que no me mueva: por tanto se alegró mi corazon, y mi lengua se gozó, y mi carne se holgará en esperanza* (2). Poner á Cristo delante los ojos del alma es cumplir con aquella demanda que el Esposo pone á la esposa en los cantares: *Ponme, esposa*, dice el Señor, *como señal sobre tu corazon, y por señal sobre tu brazo, porque fuerte es como la muerte el amor* (3). Todo lo quiere poseer el que todo lo crió: quiere todo el hombre interior, que denota el corazon, y tambien el exterior. En tal cama de flores, como es el corazon, quiere reposar el que tanto nos amó, que

(1) Gal., II.
(2) Psal. XV.
(3) Cant., II.

abrió sus entrañas y corazon para encerrarnos en ellas. ¿Qué es la causa por que quiso resucitar, abierto su divino costado, sinó darnos á entender que en la batalla del amor, que peleo por nosotros, muriendo sacó aquella divisa para aficionarnos á siempre amarle? Este amor ha de salir al brazo á la vida activa y obras santas, imitadas á las que Él obró. *Fuerte es el amor de Dios como la muerte*, porque la caridad mata en nosotros todo lo que contradice al amor del Señor: mortifica los sentidos, destierra todo pensamiento malo, y finalmente, obra una mortificacion santa en todo el hombre. Mas porque para obra tan heroica es menester cuidado, dijo ahora David: que despertaba su memoria representando á Dios y poniéndole delante sus ojos. No es ejercicio este de gente ocupada en las cosas terrenas, amándolas con olvido de Dios. Oficio es de ángeles, de quienes dice nuestro Salvador: *Que siempre ven el rostro de nuestro Padre Eterno* (1). ¡Oh! ¡dichosa el alma que ya gusta de la salva y principio de la gloria que los ángeles tienen en el cielo y en la tierra! Y qué ganancias traía esta presencia de Cristo no lo calló el profeta real: *alegróse mi corazon por esto*. Como es cosa natural mirar un verjel lleno de diversas flores, así el alma que tiene presente á Cristo en todo lugar, vive alegre y más contenta que si fuese suyo todo el mundo; y con tal gozo casi no siente los trabajos, estando unida con fe y amor con su Esposo y Redentor. *A mi mano derecha está el Señor, porque no me mueva*, ni caiga como flaco en alguna ofensa suya. ¡Oh Santo Dios! Parece que es cosa imposible olvidarnos de Nuestro Señor, pues nos lleva del brazo á donde quiera que vamos. Él nos sustenta la vida y nos acompaña en todo lugar: *En Él vivimos, nos movemos y tenemos sér* (2), se escribe en los actos de los Apóstoles. Este Señor y Criador nuestro cada momento nos conserva en el sér que

(1) MACH., XVIII.
(2) ACT., XVII.

nos dió, para que no nos volvamos á la nada, de que salimos. Él nos da virtud para obrar: y Él llena los cielos y la tierra con su infinita esencia, presencia y potencia. Un rey solamente está por esencia en el lugar pequeño que ocupa: por presencia en su sala real, á donde es visto de los que están delante de él: por poder está en todo el reino ó reinos que manda; mas nuestro Rey poderoso y Criador en todo lo que crió está de las tres maneras que ahora dijimos. Como los rayos del sol cesan cuando se pone y ausenta, así todo lo criado se volvería en nada si el Criador se ausentase un momento. Palabras son suyas y bien esclarecidas: *A la manera que el ama de Efrain, traigo yo á mi pueblo en los brazos, y no conocieron que los curaba* (1). ¿No miras, hombre, el regalo de tu Señor? En sus brazos te trae como á niño pequeño. ¿Cómo no te acuerdas de Él y le das gracias siempre? Quéjase su Majestad: *Mi pueblo se olvidó de mí muchos días sin número* (2). ¡Oh quejas de amor tierno, y de Padre, que tan regaladamente nos ama! No un día, ni diez, ni veinte, sinó días que no tienen cuento se ha olvidado mi pueblo de mí.

Los perfectos varones no lo hacen así; miran siempre á Cristo con ojos amorosos, considerándole como á Criador, Redentor, Sustentador, Justificador y Glorificador, y mirándole le aman y dan gracias continuamente. Estos dice San Juan *que siguen al Cordero de Dios por donde quiera que va* (3). Contémplanle nacido en el pesebre de Belen, y allí con los reyes santos le ofrecen dones, fe, esperanza y caridad; acompáñanle por el desierto de Egipto, compadeciéndose de su trabajo y de la bendita Vírgen, su Madre; en todos los caminos que anduvo predicando el Evangelio andan á su lado: en el ayuno y tentaciones del desierto con Él moran: y final-

(1) Osseae, xi.
(2) Jerem., ii.
(3) Apoc., xiv.

mente, en todos los trabajos de su penosa pasion no le dejan hasta ponerle en el sepulcro y gozar de su alegre resurreccion con los Apóstoles y la gran amadora la Magdalena.

Y porque nadie en esta vida hay que no ha de tener algunos negocios y ocupaciones, usan de un aviso delicado, y es en los mismos negocios dar parte al Redentor; presentarle delante de sí como huyendo el cuerpo á los mismos negocios, no estando con olvido de su Amado y Señor. Y áun allí este Rey celestial les parece que les dice al oido aquellas palabras encendidas en fuego de amor: *Alma, no te olvides de mí* (1). ¡Oh! ¡dichosos los que no se hacen sordos á palabras tan dulces y amorosas, dichas de la boca de Esposo tan amoroso! *No te olvides de mí.* Estos son como los santos animales que vió Ezechiel, que iban con gran priesa á donde los guiaba el Espíritu Santo y volvían con ligereza, como un rayo apresurado; de tal manera van á los negocios y á cumplir con la vida activa, que presto dan vuelta á la contemplacion y memoria de Jesucristo, en la cual descansan y reposan con una paz que se puede (loado sea nuestro Dios) sentir, aunque por palabras no se puede decir. No calló esto el Apóstol, el cual experimentó este secreto: *La paz de Dios, que excede todo sentido y todo entendimiento, guarde vuestros corazones* (2).

Mas al fin, aunque el ánima por todo este jardin tan gracioso de la vida de nuestro Salvador se pasea y recrea muchas veces cada día, mayormente reposa en aquella cruz santa, cama del Rey de gloria, en la cual más mostró la fuerza del amor que nos tenía, dándonos su preciosa vida. De aquí es que dijese San Pablo: *Crucificado estoy con mi Salvador Cristo.* Con tal compañía el ánima no tiene á quien temer; allí se fortalece en aquel homenaje; de allí le parecen sombras las altas dignidades y honras mundanas; tiene por cosa de

(1) Deut., iv.
(2) Filip., iv.

sueño y de engaño las riquezas; búrlase del demonio, y finalmente, desde la cruz del Señor atalaya y ve de léjos aquella gloria celestial, á la cual se sube por esta escala, que estando en la tierra penetra los cielos, segun lo reveló Dios al patriarca Jacob muchos años ántes.

Arte muy sutil nos ha dado San Pablo para que tengamos parte en la victoria que nuestro buen Jesus nos ganó. Representémosle siempre en nuestra memoria, pues nos trae en sus brazos, y reconozcamos tan crecida merced. No nos apartemos de su cruz, pues estando en ella oyó al santo Ladron, y le firmó la peticion que dió, haciéndole mayor merced de la que pedía. Colgado en ella consoló á su purísima Madre, y no olvidó al amado discípulo Juan. De manera que como gran Señor en su trono hizo grandes mercedes á sus amigos, y hace tambien ahora cada día á los que le acompañan en la cruz.

CAPÍTULO XVI

QUE LA MUERTE NO TARDA

Acuérdate que la muerte no tarda (1). Uno de los engaños mayores que los hombres siempre tuvieron, y de mayor daño, es prometerse larga vida. Con éstos habla ahora el Eclesiástico, y dice así: Hombre, no te engañe tu imaginacion; acuérdate que la muerte no tarda. No sin gran sabiduría nuestro Dios dejó en su pecho encerrado el término de la vida que cada uno ha de vivir y el día en que ha de morir. Nuestro

(1) Eccl., xiv.

Padre da una razon bien de notar, y es: Por tanto está escondido, y no sabe el hombre su último día, porque espere la muerte cada día. Gran daño sería para los malos saber cuándo habían de morir, porque llevarían adelante la tela de sus pecados, y con pensar de un día ántes hacer penitencia, serían peores de lo que son. Ordenólo el Señor mejor, y miró la malicia humana, que hace de la medicina, ponzoña para su perdicion: pues los hombres perdidos no quieren vivir para servir á su Criador, sinó para sus intereses y deleites. Mira, mira, hombre, que está la muerte en celada: avisa y vela porque no te saltee y arrebate, cuando tú ménos tratas de ella. Cuenta San Jerónimo, del emperador Valentiniano, que estando en consulta para dar batalla á los sármatas, le dió repentinamente un vómito de sangre, y allí quedó muerto: su hermano fué abrasado en un fuego arrebatadamente: Graciano, príncipe, estando cautivo, murió en un punto. ¿De qué te confías hombre, pues un día ni hora tienes segura para vivir? Pues si en los ejemplos que la Sagrada Escritura nos cuenta queremos entrar, veremos muertes espantosas que á muchos acaecieron. Los hijos é hijas del justo varon Job, estando todos juntos, siete hermanos y tres hermanas, á la mesa, comiendo y bebiendo con alegría, permitiéndolo Dios, derribó Satanas la casa, y allí acabaron la vida. Amon, hijo de David, en el banquete que le hizo Absalon, murió á puñaladas. El rey de Babilonia Baltasar, estando con muchos príncipes en un convite y bebiendo con los vasos que robó su padre del templo de Dios, luégo allí pareció la sentencia de su mala muerte, segun dice el profeta Daniel: una mano con tres dedos escribió en la pared de la sala tres palabras, que decía: *Mane*, *Thecel*, *Phares*. El rey, mirando esta escritura, comenzó á temer en gran manera y á temblar todo el cuerpo, y sin saber qué decían aquellas cifras, llamó los sabios de su reino, y ninguno supo declararlas: finalmente, fué llamado el santo profeta Daniel, y con espíritu de Dios acertó lo que querían decir. El

rey le prometió una vestidura de púrpura y un collar de oro, y que sería la persona tercera en su reino. El amigo de Dios respondió: «Rey, esas mercedes y dones dalas á quien quisieres: la escritura que dices yo la declararé.» ¡Oh, rey! Dios altísimo dió á tu padre, Nabucodonosor, el reino y la gran honra que poseía: mas cuando se ensoberbeció quitóle Dios el reino y fué echado al campo, y allí andaba paciendo con las bestias: y tú, hijo suyo, no te humillaste, sabiendo lo que había pasado por tu padre, ántes para honra de tus dioses, que ni ven ni oyen, usurpaste los vasos de la casa de Dios, bebiendo con ellos tú y tus convidados y tus mujeres: por tanto envió Dios aquellos dedos como de mano de hombre que escribiesen aquellas palabras. Lo que quieren decir es esto: *Mane:* Ha contado Dios tu reino y le ha dado fin. *Thecel:* quiere decir: ha Dios puéstote en un peso, y vienes falto. *Phares:* significa que tu reino es dividido y se ha dado á los medos y persas. Luégo el rey creyó esta declaracion, y mandó vestir de púrpura á Daniel, y le pusieron un collar de oro, y mandó pregonar que todos le honrasen como á la persona tercera del reino. ¡Cosa maravillosa! Que esa misma noche vino el rey Dario y le quitó la corona y el reino.

Muchas cosas hay aquí de notar; digamos algunas. Estando con alegría este rey de Babilonia con tanta compañía de príncipes que en aquel banquete se hallaron, parecen los dedos que escribían la sentencia de su muerte arrebatada y de la pérdida del reino: porque Salomon lo dijo y así es: *Que los fines de las fiestas y gozo mundano traen consigo luto y llanto* (1). ¡Oh, pecador, que andas engolfado en pecados *y tienes por Dios á tu vientre!* como dice San Pablo (2), acuérdate que *la muerte no tarda.* Escribiéndose está la sentencia contra tí, cuando más olvidado vives en tus vanos placeres.

(1) Prov., xiv.
(2) Filip., iii.

Mira á la pared y verás la mano de Dios, que es su poder, que te amenaza, y dice aquello del profeta David: *Si no os convirtiereis, Dios ha sacado la espada y la menea, amenazándoos; y tiene el arco aparejado: ¿y para qué sinó para herirte con la saeta, que es la muerte?* (1). Menea Dios su espada cuando te da una enfermedad y cuando te lleva delante de tus ojos á tus parientes y amigos, y tú no le quieres entender. Cien años ántes pregonó Dios aquel castigo terrible del diluvio y mandó hacer aquella arca á Noé: y dice el santo Evangelio que los hombres estaban descuidados, ocupándose en casamientos y en comer y beber hasta que vino el azote de Dios. Lot avisó á sus yernos y parientes que la ciudad de Sodoma se había de quemar: y ellos, burlándose de él, así se quemaron vivos por no creerle. Aquellas cifras hablan contigo: aprovéchate de ellas. Aquel rey, sin entender lo que decían, temblaba. Tú, que eres cristiano, ¿por qué, acordándote de la muerte, no temerás lo que allí has de padecer y la cuenta estrecha que tu alma ha de dar delante de Nuestro Señor Jesucristo? No eres bruto animal, sinó hombre, y tu ánima es inmortal. No la formó Dios de la tierra, como el cuerpo de Adan, ni la hizo de algun elemento cuando alentó en el rostro de aquel cuerpo, que era como estatua sin sentidos. Crióle de nada á su imágen y semejanza, para que, no teniendo parentesco con las criaturas visibles, no se llegase á ellas. amándolas más que á su Criador. Áun allá Aristóteles afirmó que era inmortal, y que no sería de la materia que es el cuerpo, sinó que viene de fuera. ¡Oh! ¡cuántas veces en el día te hablan estas cifras, que al rey de Babilonia tanto espantaron! Mane: *Dios ha contado los días de tu vida, y les ha dado fin.* Mira por tí, hombre, y aparéjate para camino tan largo como has de andar.

Thecel: *En el peso del juicio de Dios te han puesto, y te*

(1) Psal. vii.

falta mucho. Pésate tú en la balanza de la razon y de la fe que tienes, y verás qué cosas te faltan. Tienes falta de fe viva, pues que estás en pecado mortal: y si así mueres esa fe te condenará á mayores tormentos que á un infiel. Es la razon, por que pecaste á ojos abiertos, ofendiendo á tu Criador y Redentor; mas el infiel peca á ojos cerrados, que está ciego y sin lumbre de fe. Tambien te falta la caridad, que es el amor de Dios y del prójimo, de quien tienes olvido, no remediándole en sus trabajos. Fáltate la esperanza en Dios, pues toda la pones en el mundo falso y engañador. Las virtudes morales, fortaleza, prudencia, justicia y temperancia, tampoco las tienes, segun tu conciencia lo afirma. ¡Oh! ¡qué falto estás de peso, miserable de tí, lleno de maldades y vacío de virtudes y de obras de misericordia!

Finalmente, oye la última cifra que te declara Daniel. Fhares: *Tu reino está ya determinado que se parta y se dé á los persas y á los medos.* En la muerte te han de partir por medio. Tu cuerpo se entregará á los gusanos para que lo coman; y tu alma, si mueres en pecado mortal, arrebatarán los demonios, como le acaeció á aquel rico avariento, de quien dice nuestro Señor: que la misma noche que trataba de hacer mayores sus trojes, porque ya no tenía dónde echar tanto trigo, sonó la voz del cielo: *Loco, esta noche te sacarán esa ánima de ese triste cuerpo. Dime, tantos bienes como has allegado, ¿cúyos serán?* (1).

¿Qué diré de aquel soberbio rey Heródes, que estando con tanta majestad hablando al pueblo, todos dieron voces: *Palabras son las que hablas, no de hombre, sinó de dios?* El se levantó tanto en soberbia, no dando gloria á Dios, que en un punto vino un ángel que le hirió de tal arte que los gusanos en vida le comían las carnes. Esto dice San Lúcas en los Actos

(1) Luc., xii.

de los Apóstoles (1). Tal muerte merecía quien tantas maldades había hecho; y en vida y en muerte había de ser atormentado el que consintió en la honra que le daban de dios, siendo tan mal hombre.

Segun lo dicho, entendido tendrás, hermano, que la muerte no se detiene; á tu lado anda; no duermas ni te confíes en tu mocedad; no en la salud y fuerzas que tienes. Acuérdate de la muerte arrebatada de los hijos de Job, sobre quien cayó la casa estando á la mesa. Tambien ten memoria del hijo de David, Amon, que en convite fué muerto á traicion. No olvides el castigo de estos reyes de Babilonia y de Galilea. Haz exámen cada noche con reposo de tu conciencia, y mirando á la pared de tu sepulcro verás la mano de Dios, que escribe la sentencia contra tí. Razon es que temas y que des vuelta á tu vida, porque la divina justicia no te castigue con castigo eterno.

CAPÍTULO XVII

QUE ES GRAN ATREVIMIENTO DEJAR LA PENITENCIA PARA EL DÍA DE LA MUERTE

No hay en la muerte quien se acuerde de Vos, Señor (2). El santo rey David, queriendo desengañar á los que dilatan su conversion para el fin de la vida, habla con palabras tan espantosas, y dice: que en la muerte apénas hay quien se acuerde de Dios. Ya declaramos que estas proposiciones universales, que en la Sagrada Escritura se leen, no se han de en-

(1) Act., xii.
(2) Psal. v.

tender con el rigor que suenan, sinó moderarlas; entendiendo que pocos y con gran dificultad se hallan, los cuales habiendo gastado su vida en pecados, en la hora de la muerte se vuelvan con verdadera penitencia á nuestro Señor. Nuestro Padre San Agustin dice: Hermano, yo no te quitaré ni diré que en la muerte no te puedas convertir; doyte la penitencia, mas no te doy la seguridad de ella. Es decir, yo te concedo que en tanto que vives, como puedes pecar, puedes tambien convertirte á Dios; mas que tú lo harás así, no me pidas certeza, que yo no saldré por tu fiador. Toma mi consejo, y ántes que te dejen los pecados déjalos tú á ellos. ¡Cosa espantosa, que un negocio tan grande como es la salvacion pongan los hombres en tal peligro de perderse para siempre! Mira, hombre descuidado, que en la muerte hay grandes inconvenientes. La vejacion de la enfermedad y dolores, que de toda parte te cercan. El demonio, que allí te representa tus pecados, encareciéndolos, porque desesperes, como Caín y Júdas. Demas de esto el tormento de dejar la honra que tanto amabas; las riquezas en quien confiabas; los deleites en que te empleabas. Tantas muertes te atormentan, cuantas aficiones desordenadas tenías á las criaturas. ¡Oh! ¡qué dolor da una muela, cuando tiene muchos raigones, con que se traba en la carne, si la sacan! Pues sabe, y no dudes, que tu alma tantas raíces tiene en la tierra cuantos deseos malos tienes para ofender á Dios. Del rey Alejandro se lee que cuando quería dar una batalla vió que un caballero aparejaba las armas para pelear. El rey mandóle echar del ejército, y díjole: Hermano, esto había ya de estar hecho, que ahora no es tiempo de aparejar armas, sinó de pelear con ellas. Con verdad fué hecho de tal príncipe tan sabio. Tú, cristiano, soldado de Cristo, mira que en la muerte tocan al arma y está á punto la pelea terrible. Mira que no aguardes entónces á aderezar las armas; no te eche el Rey celestial, Jesucristo, fuera de su compañía; en salud da filo agudo á esta fe, que llama San Juan arma, que nos da la vic-

toria en las manos. Vístete el arnes de la caridad, la cual defiende el alma, para no ser herida del adversario, y con tal aparejo saldrás vencedor de guerra tan brava, como pasa en la muerte.

Antes que entrasen á pelear con los madianitas, el capitan Gedeon y sus trescientos hombres aparejaron las armas, que Dios les enseñó que llevasen. Un cántaro con lumbre dentro llevaba el capitan y cada un soldado. Quebró su cántaro Gedeon y mandó que todos hiciesen así, y salieron vencedores. Ves aquí el arte que el Señor te enseña para ganar la corona del vencimiento en la muerte. El Capitan, Cristo Jesus, quebró su cántaro. ¡Oh! ¡cuán llagado y quebrantado verás aquel cuerpo santísimo en la cruz! Desde allí te dice: haz lo que yo hice; quebranta ese cántaro, que es ese cuerpo, con ayunos y penitencia; y si me imitares, tuya es la victoria; y ten aviso que haya dentro lumbre de fe acompañada de caridad, porque sin ésta no saldrás vencedor. Dice la Escritura divina que era grande el ejército de los madianitas. ¡Oh! ¡qué enemigos te han de combatir en la muerte! Y ¿quién los podrá contar? Diré lo que cuenta San Gregorio en una homilia: «Un hombre noble, llamado Crisorio, gran pecador, llegando al fin de su vida, con sus ojos vió muchos espíritus malos, negros y muy feos, los cuales le hacían grandes amenazas que le habían de llevar al infierno. Él comenzó á temer, y perder el color del rostro, y dando voces á un hijo suyo religioso, dijo: Hijo mío, tú me recibe en tu fe. Dando estas voces espiró. Dice aquí este santo doctor: Hijos, no por sí vió aquel noble varon esta vision, sinó por nosotros, á los cuales la paciencia del Señor espera para que hagamos penitencia.» Notable ejemplo es este, y merece tenerse en la memoria perpetuamente.

Aquí dirán los negligentes que la misericordia de Dios es grande y que áun al fin de la vida el santo Ladron se convirtió, y alcanzó tan gran favor de nuestro Salvador, que aquel mismo día fué bienaventurado y gozó de la vista de

Dios. Todo es gran verdad, y el Evangelio nos lo dice; mas responde aquí nuestro Padre que miremos lo que solemos decir, y es que una golondrina no hace verano y que no sin misterio se lee de uno, y no de más: porque ni los pecadores desesperen, ni tampoco se atrevan á dilatar la penitencia para el fin de la vida.

Quiero concluir este capítulo con una amenaza que Dios hace por Salomon á los atrevidos que dilatan su conversion hasta la muerte (1). «Llaméos, dice el Señor, y menospreciasteis mi voz: abrí mis manos y no hubo quien mirase. No hicisteis caso de mi consejo, y á mis reprensiones disteis de mano: por tanto, yo me burlaré de vosotros cuando viniere lo que temíais. Cuando llegare la calamidad repentina, y la caida sucediere á la manera de la tempestad, entónces llamarán y no les oiré.» ¡Espantosa amenaza es esta! Consideré-mosla con reposo. Cuatro maneras tiene Dios de llamar á un pecador, segun aquí su Majestad declara: *Por palabra, por señas, por inspiraciones y por castigos.* Llama por *palabra* en la predicacion, cuando los predicadores exhortan á penitencia, manifestando la gran misericordia de Dios en recibir á los que vienen á Él, como lo hizo con San Mateo, con la Magdalena, con Zaqueo, y otros muchos. Hasta ahora se queja el Señor, y dice: *¡Oh! ¡cuántas veces os quise amparar, como la gallina recibe á sus pollitos debajo de sus alas, y no quisisteis!* (2). Tambien llama extendiendo las manos por *señas*, haciendo mercedes á los que le ofenden. Por Isaías dice así: *Extendi mis manos al pueblo que me contradecía* (3). Cosa es de notar que está el pecador ofendiendo á nuestro Redentor, y Él le conserva el sér, que le dió, y la vida, y le sirve su ángel de guarda, y los cielos, y sol, y todos los elementos! ¡Oh! pa-

(1) Prov., i.
(2) Matth., xxiii.
(3) Isai., lxv.

cientísimo y piadosísimo Señor! ¿A quién no admiraría si el rey diese salario á un capitan del gran turco? Así es Dios con el pecador, que sirve al demonio pecando, y huye del que le crió y redimió; y áun extiende las manos, dando enfermedades y trabajos á los malos, para que despierten, y como el hijo pródigo, viéndose afligidos, quieran volver á casa de su buen padre. Demas de esto llama por *inspiraciones*, tocando á las puertas del corazon, aconsejando al ánima lo que le conviene para su salvacion. Yo, dice el Señor, *estoy á la puerta, y llamo; si alguno me abriere, cenaré con él* (1). Alábente, Dios mío, todos los ángeles, que tan de raíz perdonas al que te ofendió, que luégo te sientas á la mesa con él, olvidando los pecados, aunque hayan sido grandes. No lo hacen así algunos cristianos con los que alguna ofensa les hicieren. Finalmente, llama con *represiones*, usando de ásperas palabras con los que son porfiados en pecar: y así llamó hijos del demonio á los hebreos, que le querlan matar. Ahora, pues, á los que son tan tercos é ingratos que no quieren responder á su voz, ni á sus beneficios, ni á sus represiones, ¿qué resta sinó el último castigo? Y es que pues ellos se hicieron sordos, llamándolos el Señor con tantas maneras, que tambien Dios no los oiga, cuando apretados y afligidos en la muerte le llamen: *Entónces me llamarán, y no los oiré.* Quiere decir: llamarme han con temor de la muerte y del infierno; mas no me llamarán con dolor de sus pecados y con amor de hijos. Cuando Dios llamó á Samuel desde el arca, levantábase é íbase una vez y otra á su maestro Helí, y él decíale: *Hijo, yo no te llamé; vuélvete á la cama y duerme* (2). Finalmente, como tantas veces Samuel fuese á Helí, díjole: *Hijo, si otra vez te llamaren, responde allá, y dí: Señor, veis aquí á vuestro siervo; hablad lo que quisiereis.* Dice un santo

(1) Apoc., III.
(2) I Reg., III.

doctor que *Helí* quiere decir *fortaleza mía* y *Dios mío* ¡Oh pecador! que te llama Dios, y tú vas á Helí, acudes á tu mocedad, diciendo: fuerte soy y mancebo; mira que tu vida es una boqueada de aire. ¿De qué te confías? Otros se van á Helí: anda, que Dios mío es; ya se hizo hombre, y pasó mis pecados, mía es su sangre, mía es su vida; no me dejará perder. ¡Oh engaño del demonio! Entiende, miserable, que es más suyo Dios que tú tuyo, y que no le tienes en la manga y te salvará, si no dejas el pecado y le pides perdon con verdadera penitencia. Responde ya al que te llama desde el arca de las paces: tórnate al Señor, mirando siempre que este día espantoso de la muerte no tarda.

Pues con tanta misericordia el Señor del mundo nos llama, y de tan diversas maneras nos despierta, para que con salud nos vayamos á él, justo es no nos hagamos sordos, porque esperando hasta el día de la muerte ya tiene declarado que no nos oirá si solamente con temor de las penas del infierno le llamáremos, porque el temor servil, aunque no es malo, no basta para que por él Dios perdone nuestros pecados.

CAPÍTULO XVIII

QUE LOS JUSTOS NO HAN DE TEMER LA MUERTE

No hayáis miedo, manadita pequeña de ovejas, porque al Padre vuestro le ha agradado de daros el reino (1). Palabras son de gran consuelo para cada un cristiano que ama á Dios y cumple su santa ley, y díjolas nuestro Salvador hablando

(1) Luc., xii.

con sus amados discípulos; y dícelas cada día á sus amigos, que le sirven y desean amarle y servirle. Por dos razones el Señor dió este nombre á sus discípulos. La primera es por ser pocos en número. Doce Apóstoles y sesenta y dos discípulos, manada pequeña era para rodear todo el mundo y plantar la fe en corazones tan duros como los tenían los hebreos y los gentiles. Uno de los milagros que el Señor hizo para manifestarse quién era, Hombre y Dios omnipotente, fué este. Válgame Dios; si el mundo lo considerase, esta maravilla bastaba para convertirse todos los infieles. ¿Qué entendimiento hay tan bajo, mirando esta obra de Dios tan excelente, que no quede suspenso? Con unos hombres pobres, sin letras, tomar demanda tan dificultosa y salir con ella, quitando ídolos y fundando la fe de un Dios trino y uno; y lo que más espantaba á los más sabios es que el Hijo de Dios se hiciese hombre y naciese de una Vírgen santa, y padeciese tantos trabajos y afrentas, y derramase su sangre, y diese la vida para redimirnos. ¡Santo Dios! ¡á quién no admira hazaña tan alta! Demas de esto, persuadir á los hombres una ley tan del cielo, tan pura y tan perfecta, que del todo derriba las honras vanas y destruye las avaricias, corta los deleites malos de la carne, y que el cristiano sea juez y verdugo de sí mismo, crucificando su cuerpo por amor de Jesucristo, como lo dice San Pablo, ¿qué mayor maravilla puede ser? Que los herejes perviertan á muchos no es maravilla, porque siguen sus malos apetitos y deleites con diabólica libertad. Por la misma razon Mahoma en breve tiempo allegó gran compañía de turcos y moros, porque su Alcoran infernal mándales vivir como bestias, dando rienda á la carne mal inclinada para todo lo que quisiere. Mas que nuestra santa ley sea admitida por el universo, siendo una espada que áun corta los pensamientos del corazon perverso, que no se consientan, so pena del infierno, digo que ménos que virtud de Dios infinita no lo pudiera hacer. De manera que si los enemigos de nuestra fe quisieran negar los milagros que estos

discípulos de Cristo hicieron, sanando enfermos y resucitando muertos, este gran milagro, dice nuestro Padre, no podrían negar que nuestro Rey de la gloria, Cristo Jesus, hizo, conquistando con tan pequeña manada de ovejas los reyes y emperadores de la tierra, y para que, dejando la adoracion de sus dioses vanos, estimados tan antiguamente de sus antepasados, se bautizasen, creyendo y adorando á nuestro Salvador como á verdadero Dios y hombre, Criador de todas las cosas y Redentor del mundo. Esto consideraba profundamente el profeta David cuando dijo: *En toda la tierra sonó su voz, y en los últimos fines se oyeron sus palabras* (1). Este salmo expone San Pablo de la predicacion evangélica, que en todo el mundo se vió.

La segunda razon porque nuestro Señor llamó á sus discípulos *manada pequeña* y les dice que no teman, es porque áun estaban flacos para padecer grandes trabajos por amor de su Maestro. Llevólos nuestro Salvador poco á poco, como ahora lleva un alma que llama para sí; no porque le falte voluntad para dar toda perfeccion luégo, sinó porque vayan haciendo cimiento hondo de humildad. En manera que hasta que vino el Espíritu Santo con aquella gran abundancia el día de Pentecostes y llenó sus almas de su divino amor, padecieron flaqueza, y temían como pequeños en virtud; si esto no fuera así no huyeran todos en la prision del Rey celestial ni San Pedro negara tres veces, como negó. ¡Oh! ¡qué flaca es una ánima sin Dios! y ¡qué de caidas da una tras otra! Manda, pues, el Señor de los ángeles, que el temor que heredamos de Adan, el cual se quería esconder en la sombra de los árboles, que le renunciemos y que tomemos la posesion del ánimo y fuerza, que por su gran misericordia Él nos ganó y nos comunica dándonos su gracia. De arte que el ser flacos y pusilá-

(1) Psal. xviii.

nimes viénenos por herencia de Adan, temeroso y flaco. El acometer á la virtud, resistir al mundo y al demonio, viénenos de la mano del segundo Adan, Cristo. Y para darnos mayor esfuerzo declara la voluntad del eterno Padre, el cual se agrada mucho en darnos el cielo y hacernos reyes.

Y porque muchas personas siervas de Dios, mayormente las que son afligidas de escrúpulos, temen demasiadamente, pensando en la hora de la muerte, quiero aquí consolarlas, pues se ofrece ocasion. *No hayáis miedo, pequeña manada de ovejas mías, que el Padre celestial tiene determinado de daros el reino del cielo.* Animas que amáis á Dios y habéis dejado el mundo, usando de él como peregrinos, que vais camino de la celestial Jerusalen, perded el miedo á la muerte. Dice el Eclesiástico que el que no es tentado sabe poco. Sus palabras son estas: *El que no es tentado ¿qué sabe?* (1). De aquí entenderá cada un cristiano que la tentacion es gran maestra que enseña grandes cosas. Nunca supiera Job con experiencia cuánto amaba á Dios, si no le quitara la hacienda, los hijos y la salud; mas cuando todo le faltó, y no la paciencia ni el amor de Dios, pues en aquel muladar, tan llagado y desamparado del favor humano, le dió gracias y alabanzas, el demonio quedó afrentado, el cual dijo á Dios que Job le amaba por los bienes que le daba, y el santo varon quedó certificado que amaba á Dios sin respecto de interes, en lo cual él sacó gran honra y provecho, y nuestro Dios fué alabado y el demonio quedó confuso. Todo esto vemos tambien en Abrahan, cuando Dios le puso en aquel conflicto tan grande, mandándole que sacrificase á su hijo tan amado y único mayorazgo; el siervo de Dios luégo obedeció; mas el Padre de misericordias, que nos había de dar su Verbo, mayorazgo de eternidad, para nuestra salud, no con-

(1) Eccl., xxxiv.

sintió que muriese Isaac, sinó un carnero, en figura de Cristo, Señor nuestro. ¡Oh! ¡cuán contento quedó Abrahan en ver que había amado más á Dios que á su hijo, á quien él amaba más que á su vida propia! Todo esto he traido para que el ánima afligida y combatida de escrúpulos entienda que no la tiene olvidada el que tales prendas de amor le dió, no oro ni plata, sinó su sangre, su honra y su vida. ¿Qué pudo más darnos para que confiemos en Él y perdamos el miedo de la muerte, que se puede decir regalo, comparada á la suya tan espantosa? El profeta David dice: *Que hay una gente que teme donde no hay que temer* (1). Tales son los escrupulosos, no sabiendo hacer diferencia de los pensamientos y consentimientos. Hay de unos á otros más que del cielo á la tierra, porque el combate del pensamiento malo no consentido, aunque sea de blasfemia, trae merecimiento; el consentido es pecado mortal; y como esta gente tiene la imaginativa turbada, muchas veces teme que hay pecado en lo que mereció mucho delante de Dios. Verdad es que todo viene de aquella divina mano, *sin cuya voluntad un pajarito*, que vale poco, *no cae en el lazo*, segun el Señor dice en el Evangelio (2); mas tambien favorece á esta enfermedad la complexion tímida y tener el alma alguna punta de presuncion; por tanto el médico celestial para que se humille permite esta vejacion. Conviene no dejar la oracion y el uso frecuente de los sacramentos, confesion y comunion, medicinas divinas para toda manera de afliccion, y particularmente para esta; y tambien rendir su parecer, sujetándose al ajeno, si quiere vencer este trabajo de espíritu, y jamas hacer cosa que el escrúpulo le dijere, sinó obrar lo contrario. Hay otros avisos, aunque éstos bastarían si se guardasen.

Mire cómo la esposa convida á Cristo, su Esposo, á que des-

(1) PSAL. XIII.
(2) MATTH., XIX.

canse en cama llena de flores, que son deseos santos y conciencia reposada: y los escrúpulos son como abrojos, que con sus puntas dan pesadumbre. Allá dijo David: *El lugar de Dios es pacífico y quieto* (1). Aprovechará mucho contemplar cuánto desea nuestro Salvador nuestra salvacion, pues se quejó en la cruz, no de la corona de espinas, ni de los clavos, que tanto le lastimaban, sinó de la sed. ¿Qué sed es esta, ánima, sinó aquella que tenía cuando cerca de Samaria pidió agua á una pecadora, la samaritana? Deseaba perdonarle sus muchos pecados y salvarla, como allí luégo lo hizo: pues ¿cómo es posible que quien tanto desea la salud de nuestras ánimas las condene por cosas pocas? Gran remedio es este, si se usa de continuo, y bastante para amar mucho á tan gran amador nuestro, y no temer donde no hay razon de haber miedo. En el Epistolario cristiano en toda una epístola traté con el favor divino esta materia, como quien muchos años pasó con este martirio. Baste aquí saber que uno de los mayores tormentos que siente una ánima fatigada de escrúpulos es pensar que pues ahora, con salud viviendo, es tan apretada de estos temores, ¿qué será en el paso de la muerte? Para remedio de esta tentacion es de notar que el amigo leal no falta á su amigo en medio de su trabajo; mas ántes entónces se declara, poniendo toda diligencia para favorecerle. ¡Oh, Salvador del mundo! ¡Oh, fiel amigo de mi ánima! ¿Cuándo jamas faltasteis á vuestros siervos? *Ayudador con oportunidad en la tribulacion*, os llamó vuestro profeta (2), y así lo sois. Estando en el horno de Babilonia los tres mancebos, allí enviasteis un ángel que los guardó sin daño alguno. En el lago de los leones no olvidasteis á Daniel, que no le tocaron: á Jeremías en aquel pozo metido librasteis de la muerte. ¡Oh, favorecedor y remediador de vuestros amigos en las tribulaciones! bendito

(1) Ps. LXXV.
(2) Psal. IX.

seáis vos. No temas, ánima, no temas la muerte ni te turbes, que allí tendrás por defensor á tu Esposo y Señor omnipotente, Jesucristo, amigo leal que jamas faltó á quien le ama.

Para mayor consuelo de ánimas temerosas diré lo que ví en esta corte. Una señora principal me pidió que la confesase, persona ya de edad y anciana, y una de las más afligidas que yo en mi vida ví. Ella se confesó, y con gran trabajo y turbacion, y así tardó más de dos horas. La segunda confesion fué en gran manera más reposada y breve, aprovechándose de estos avisos que aquí se han dicho. Dióle la enfermedad de la muerte é hízome llamar. Yo, á la verdad, temí que en aquel paso tan estrecho no la afligiesen los escrúpulos. ¡Oh, misericordias grandes de Dios, que así favoreces á tus siervos! Es verdad que se confesó con tanta quietud y sosiego, como si en su vida no hubiera tenido trabajo de escrúpulos. Conocí tambien un Padre religioso de nuestra órden, gran letrado y gran siervo de Dios, tan temeroso del paso de la muerte, que suplicaba al Señor que ántes que muriese le quitase el juicio, porque no usando de razon no le afligiría el demonio con los escrúpulos. Oracion es ésta, que yo no aconsejaría que algunos la hiciesen, sinó que todo lo dejen en las manos de tal Padre, como es Cristo. ¡Oh, cosa maravillosa! Tres días ántes que muriese perdió el juicio; y así, habiendo confesado y recibido el pan de vida eterna ántes que saliese de juicio, espiró para gozar de Dios en la gloria.

Teniendo tal defensor, tan piadoso y poderoso, como nuestro Salvador Jesucristo, el cual así nos asegura que el Padre Eterno por su gran misericordia nos hará reyes en el cielo, y que en el tiempo de la muerte nos será leal amigo, no parece que hay razon de gastar el tiempo en temer, sinó en amar y loar siempre á su divina Majestad. Cesen, pues, ya los temores demasiados de la muerte, pues el buen Pastor con su dulce voz habla á sus ovejas y las esfuerza diciendo: No temáis, sinó gozaos, pues despues de esta trabajosa vida tomaréis la pose-

sion de un reino eterno, cuyas riquezas, dignidades y descanso puédense creer, mas no comprender en esta vida mortal.

CAPÍTULO XIX

QUE LOS PERFECTOS VARONES NO TEMEN LA MUERTE

No quieras temer el juicio de la muerte (1). Muchos años ántes que el Hijo de Dios tomase carne y naciese de la Señora del mundo, Vírgen María, había el Eclesiástico dicho estas palabras muy conformes á las que nuestro Salvador dijo á sus discípulos, y cada día las dice á sus cristianos. Muy bien lo dijo Aristóteles, que todas las verdades conciertan con la verdad. Pues como el mismo Espíritu Santo sea el que habla en el Testamento viejo y en el nuevo, de fuerza han de hacer armonía y suave música en los oidos de los fieles. Aquellos dos querubines que mandó Dios á Moises que hiciese de oro fino, y que los pusiese á los lados del arca, de tal manera le dijo Dios que los asentase, que se mirasen el uno al otro. Querubin, segun dice San Dionisio, quiere decir plenitud de ciencia; y así cada uno de estos Testamentos, como son palabras de Dios, están llenos de sabiduría y de altos misterios. Son de un oro fino, porque un Espíritu Santo enseñó á los que los escribieron. Míranse, porque son muy conformes: y lo que el uno dice confirma el otro. De manera que una misma sentencia, aunque por diversas palabras, dijeron en diversos tiempos el Eclesiástico y nuestro Salvador. Y lo que dicen es que no tema el cristiano la muerte. Ya en el capítulo pasado decla-

(1) Eccl., xli.

ramos la exhortacion que el Señor hace á sus amadas ovejas. Ahora prosigamos lo que este Sabio nos quiere persuadir.

No temáis el juicio de la muerte. No hay contradiccion alguna entre lo que hemos declarado y lo que aquí se nos dice. En un capítulo pasado se trató cuando David y Job temían la muerte; y es así: ellos lo confiesan. Mas hemos de considerar que los santos pasaron por donde ahora dijimos que el Señor del mundo pasó á los discípulos. Fueron principiantes y aprovechantes y acabados en perfeccion. Como *principiantes*, temiendo la muerte, hicieron, cuando el Señor fué preso. Como *aprovechantes*, crecieron en fe, cuando el Señor resucitó. Como *perfectos*, venido el Espíritu Santo, salieron bramando como leones, predicando las grandezas y victorias que había ganado el fortísimo leon de la tribu de Judá, nuestro bendito Salvador. Por aquí entenderemos que David como *principiante* dijo: *El temor de la muerte me ha embestido y caido sobre mí* (1). Esto dijo en un salmo. Mas en otro habló como *perfecto* y dijo: *Si anduviere en medio de la sombra de la muerte no temeré*, Señor, *porque Vos estáis conmigo* (2). Sombra de muerte es cada un peligro donde se puede perder la vida; y áun sombra de muerte diremos que es la muerte corporal, porque representa la muerte del ánima, que es cuando está sin Dios fea y espantosa. Luego cuando el Sabio dice *que no se tema el juicio de la muerte*, no habla con todos, sinó con los hombres perfectos en fe, en caridad y esperanza. San Juan dice (3) que la perfecta caridad alcanza y destierra el temor. No caben en una ánima perfecto amor de Dios y temor de la muerte. Temor *filial*, que es hijo legítimo del amor de Dios, éste anda á una con la caridad, y áun, segun David, *persevera en este siglo y en el otro* (4). De esta perfeccion nace,

(1) PSAL. LIV.
(2) PSAL. XXII.
(3) I JOAN., IV.
(4) PSAL. XVIII.

que los muy amadores de Cristo digan cada día y cada hora: *Deseo ser desatado y vivir con mi Señor Jesucristo* (1). ¡Oh! ¡qué atada está esta ánima y cautiva en este cuerpo mortal! Y ¡cuanto siente esta prision, y áun desea salir de esta cárcel tan estrecha y pesada, sabiendo por fe que, segun dijo Dios á Moises: *Nadie puede ver al Señor* y Criador del mundo en esencia, *si primero no muriese!* (2). En el palacio real de Asuero *nadie podia entrar vestido de sayal* (3). ¡Oh cristiano! mira que para entrar en el cielo y ver al Rey celestial primero ha de dejar tu alma ese tosco sayal de ese cuerpo.

De arte que es privilegio particular el no temer la muerte que el Señor da á sus amigos que han llegado al último grado de perfeccion; y si Cristo dijo á su manada pequeña de ovejas que no temiesen, fué decir que sean tan fuertes en fe y tan perfectas en caridad, que no teman la muerte, que á los perfectos pone temor naturalmente. Este temor y todos los otros afectos naturales ahoga el amor perfecto de Dios y hace amable lo que la naturaleza tanto aborrece, como es morir. Verdad es, que nuestro Salvador temió la muerte. Así nos lo dicen los santos evangelistas. Y es de notar que sólo uno, que es San Juan, recuenta el milagro famoso de la resurreccion de Lázaro, y todos los evangelistas dicen muy despacio el temor y pasion de nuestro Salvador, para darnos á entender como allí con San Lázaro mostró ser Dios: aquí en temer la muerte se declaró ser hombre verdadero. Estemos en esto, que tanto conviene. ¡Oh buen Jesus! No ménos os debe mi ánima alabar y servir por las flaquezas que manifestasteis padeciendo, que por los milagros admirables que obrasteis: porque si por las maravillas vuestras que hicisteis plantasteis fe en mí para creer que sois Dios, por las flaquezas vuestras

(1) Filip., I.
(2) Exod., xxxiii.
(3) Esther, iv.

persuadisteis y probasteis ser hombre pasible. Los ángeles os alaben por lo uno y por lo otro.

Volvamos al punto. Temió y sudó sangre con el temor de la muerte el Señor en el huerto; é hizo esto por grandes fines. Lo primero, como ahora dije, quiso manifestarse hombre verdadero y cortar la lengua á los blasfemos, que sabía Él bien que se habían de levantar, negando esta verdad, engañados por Satanas. Quiso demas de esto consolar á los fieles que áun no son perfectos y temen la muerte, para que no piensen que no están en gracia, pues aquel temor es natural. Finalmente convenía que Él mismo quisiese temer, para que, como *con su pobreza nos hizo ricos*, como declara el Apóstol (1) y con su muerte mató nuestra doblada muerte, así su temor destruyese el temor que naturalmente habían de tener sus amigos los mártires, ofreciendo la vida por su servicio con alegría y gran contento; y esto admiraba á los tiranos perseguidores, y era gran parte para que muchos se convirtiesen á nuestra fe. En manera que temió el capitan, para que allí mereciese que los soldados tuviesen brío y esfuerzo de leones cuando fuesen perseguidos, ¡Oh grandeza y artificio admirable! que el de su voluntad se acobardó, para desacobardarnos á nosotros. En la formacion de Eva se dió el retrato de este misterio, como nota bien nuestro Padre San Agustin. *Tomó Dios del costado de Adan una costilla, é hizo á Eva: y en lugar de la costilla puso carne.* ¡Válgame Dios! ¡qué trueque tan diferente! La costilla es dura; la carne es blanda y flaca. Señor, sacáis una costilla; poned otra en su lugar. No ha de ser así, dice Dios: sinó se ha de hacer este trueque tan extraño. Da la razon San Pablo, y dice: *Que este era gran sacramento en Cristo y su Iglesia.* Lo flaco de la esposa se había de dar á Adan el celestial y lo fuerte de Cristo á la Esposa tan amada, que es la Iglesia.

(1) II AD COR., VIII.

Trabajemos, pues, de ser, no de los *principiantes*, ni solamente *aprovechantes*, sinó acabados, *perfectos* varones, porque nos quepa en buena suerte la costilla, que es lo fuerte de Cristo, el cual con su temor desterró el que nosotros naturalmente habíamos de tener á la muerte. Poderosa es su gracia para quitarnos toda cobardía, como lo hizo con sus Apóstoles y mártires, los cuales, como gigantes, con alegría se ofrecían á la muerte por amor del que en la cruz por todos murió.

CAPÍTULO XX

CUÁN MALA ES LA MUERTE DE LOS MALOS

La muerte de los pecadores es pésima, y en gran manera mala (1). Palabras son estas de gran encarecimiento, con las cuales el profeta David avisa á los pecadores que no tienen cuenta con la ley de Dios, ni quieren hacer peniteneia en esta vida: dales el título que ellos merecen por sus malas obras y vida, llamándoles *pecadores*, y oficiales de tan mal oficio como es ofender al que los crió para que le sirviesen y amasen. Y áun podríamos llamarles *demonios*, pues los imitan, nunca dejando de pecar. De éstos dijo David: *La soberbia*, Señor, *de los que os aborrecen, sube siempre* (2). ¿Qué es ir siempre subiendo la presuncion de los demonios, sinó ir adelante sin haber enmienda? Tales son sus imitadores, que siempre añaden pecados á pecados, sin dar fin á su mala vida, hasta que la muerte los arrebata. De aquí es que el Salvador del mundo llamó hijos del demonio á los que le perseguían y querían quitar

(1) Psal. xxxiii.
(2) Psal. lxxiii.

la vida, siendo Él el autor de la vida. Tambien llamó á Júdas demonio la noche de la última cena, porque sabía el Señor que había de tener mal fin. De manera que éstos que aquí llama David pecadores no son de los que pecan y se levantan, pidiendo á Dios misericordia, sinó de los que pecan contra el Espíritu Santo, jamas haciendo penitencia. Pecador fué David, San Pedro y la Magdalena; mas dejaron este nombre tan infame y murieron siendo justos y amigos de Dios: por tanto reinan con los ángeles, que nunca pecaron ,en el cielo. La muerte de los tales que en pecado mortal acaban su triste vida, no como quiera es mala, sinó *pésima*. Ya dijimos como tantas muertes muere el malo cuantas aficiones tiene asentadas en las criaturas locamente. Está muy arraigado, como la muela, que está muy encarnizada y tiene muchas raíces.

Ahora consideremos tres muertes, que allí le atormentan. La primera es dejar el mundo, que tanto amaba. Este dolor trae consigo muchos y grandes dolores: la honra, que pierde, le saca un pedazo de las entrañas: la riqueza, que no puede llevar consigo, le llaga el corazon: los deleites, que ya se despiden, es una saeta con yerba que le hiere cruelmente. ¡Oh! ¡cuán bien dijo San Juan: Hermanos, *no améis al mundo, ni á las cosas que están en él. Mirad que va de paso él y su deseo!* (1). Pluguiese á la Bondad divina que cada un cristiano tomase tan santo consejo como aquí da este amigo de *Jesús!* ¡Oh! ¡si mirasen los pecadores cuán en posta corre el mundo, como se acaban los reyes en breve, como fenecen los Sumos Pontífices y los príncipes y poderosos, para que no amasen cosa tan inconstante y variable! Si fuese á gran priesa en posta un correo á Italia, y uno que desea ir allá se trabase fuertemente del estribo de este caminante, ¡qué de golpes iría dando y cuán hecho pedazos quedaría en el camino, dando

(1) JOAN, II.

de piedra en piedra! ¡Oh, pecador! deja el mundo, que corre más que en posta. No trabes de él, amándole desatinadamente, que te llevará arrastrando y al fin quedarás perdido. Lastimosa muerte es aquesta, que el pecador siente, dejando el mundo: y ésta podemos decir que es mala; mas no la peor. De notar es lo que el filósofo escribe al rey Alejandro: *¡Oh rey! no desees lo que es corruptible y lo que por fuerza has de dejar. Busca riquezas incorruptibles y reino eterno: por tanto encamina tus deseos á lo que es bueno.* Parecen palabras mas de hombre fiel que filósofo. No sentiría esta muerte que hemos dicho el cristiano que las escribiese en su memoria y las obrase.

La segunda muerte es muy peor que la pasada: y ésta consiste en el apartamiento del ánima, que en la muerte deja el cuerpo. Esta es una obra muy grande y merece ser considerada: y es tan grande que otro que Dios, poder infinito, no la pudo hacer. A quién no admira ver un engaste tan delicado como Dios hizo cuando crió al hombre, y cada día hace la misma obra? Asentar un ánima, que es espíritu tan noble, en un cuerpo, terron de tierra, y que le informe, vea por los ojos y hable con la lengua, y esté tan unida desde los piés hasta la cabeza, ¿no es cosa admirable y digna de considerar? Decía un gran sabio sacerdote de Egipto: El hombre es un gran milagro en el mundo. Y cierto él tuvo gran razon, porque es hazaña y maravilla de Dios: y en gran manera se declara en esta obra su admirable poder. Excelente cosa es un ángel. Mas al fin sigue una lista: tiene no más de un ser espiritual. El hombre tiene doblado ser, alma y cuerpo, cuya hermandad es tanta que no hay hermanos en el mundo que más se amen, aunque el alma ama como generosa y noble á su cuerpo, porque ella por sí usa de sus potencias, entendimiento, memoria y voluntad. El cuerpo ama al ánima interesalmente, pues sin ella ni se menea, ni ve ni oye, ni usa de algun sentido: y lo que es más terrible, que luego se afea y corrompe.

De esta tan gran amistad y hermandad antigua nace el gran amor que se tienen los dos, alma y cuerpo, y de aquí resulta el espantoso dolor en olvidarse en la muerte. Aquí más se ha de sentir que en la muerte mala, que es apartarse del mundo, que tanto amaba el pecador, cuando muere: ésta es muerte peor y más dolorosa. Sabía bien Satanas este secreto, cuando dijo: *El hombre dará piel por piel, y todo cuanto posee por salvar la vida* (1). Luego lo que más se ama es la vida: y donde hay más amor hay más dolor en perderse lo que se amaba mucho.

Finalmente, otra muerte hay tercera, que á todas excede: y es apartarse el alma de Dios para siempre. ¡Oh santo Dios! Si pensarlo así espanta, ¿ver al pecador condenado para el infierno, cuanto más espanto traerá? En comparacion de esta division nada parece apartarse del mundo y dejarlo todo. Cosa pequeña es el dolor que sentirá apartándose el ánima del cuerpo, que tan presto se acabó: mas echar Dios al hombre de sí, dar con él en la compañía de los demonios, verdugos de la justicia divina, no tener esperanza de jamás gozar del bien infinito, para que fué criado, esto es estar siempre muriendo y eternamente penando, y nunca acabar: *Adonde cayere el árbol allí se quedará: ahora caiga á la parte de solano, ó caiga hacia el cierzo* (2). Llama aquí el Sabio árbol al hombre; y así le llamó nuestro Redentor en el Evangelio, y dijo: *Que si no llevase buen fruto sería cortado y lanzado en el fuego* (3). No quiere el Señor árboles sin fruto en la huerta de su Iglesia. Obras ha de tener santas el cristiano: de cumplir tiene la ley que profesó. Ahora, pues, si el árbol que no lleva buen fruto se ha de cortar y ha de servir de

(1) Job, II.
(2) Eccl., XI.
(3) Matth., III.

leña en el infierno, el árbol que lleva malos frutos, pecando contra la ley de Dios, ¿qué espera? ¿En qué confía? El solano, que es aire blando, significa la gloria celestial: el cierzo, que es áspero, denota el infierno. Pues mira, hombre, á qué parte estás inclinado acá en la vida. Considera tus obras, y por ahí entenderás cómo por fe se puede saber si has de ir al cielo ó al infierno. *Pésima es la muerte de los pecadores;* mucho la aborrece Dios y sus ángeles; y áun ellos mismos se aborrecen así, mirando su mala conciencia, en la cual aquí viviendo sienten centellas de aquel fuego infernal. Esta les da garrote y los azota de noche y de día, no dejándolos reposar. Cosa es de notar que dentro del ánima puso nuestro soberano Señor un fiscal, para que, si faltara juez que castigue al malo, no falte un alcalde de corte que luégo le eche mano y le atormente. Palabras son de Salomon: *Huye el malo, sin que nadie le persiga* (1). ¿No lo vemos claramente en Adan, el cual en pecando se fué huyendo, para esconderse á la sombra de los árboles? Díme, pecador, ¿quien te corre? ¿Por qué huyes sin ir tras tí vara de juez? Persíguele el gusano de la conciencia, y querría huir de sí mismo y no verse: por eso huye, aunque nadie vaya tras él. Mucho dijo aquel famoso filósofo, maestro de Platon: Si supiese que Dios no lo había de saber, y que no me había de castigar, no pecaría, por la verguenza que me da el pecado. No era más que filósofo, y en lumbre natural alumbrado dijo tan gran sentencia. ¡Y que el cristiano no se afrente de obrar, no sólo contra la razon, sinó contra la ley santa de la mano de Dios dada! Y lo que es peor, que de haber pecado muchas veces se alaba y se gloría. ¿No es cosa espantosa y digna de ser llorada ceguedad tan grande?

Malísima es y abominable la muerte del mal hombre, y muchas muertes le cercan en el último día de su triste vida.

(1) Prov., xxviii.

Y como Absalon, hijo rebelde á su padre David, viviendo está ahorcado de sus cabellos, que son sus malos deseos: y por tanto Joab, que es la justicia divina, le da tres lanzadas en las tres muertes ya dichas. Apartóse del mundo para nunca más gozar de él; apartóse su desventurada ánima del cuerpo: y finalmente, lo que más le atormentará es la muerte tercera, apartándole Dios de sí para siempre, pues que se apartó de Dios, viviendo una vida más de bruto animal que de hombre racional.

CAPÍTULO XXI

QUE LA MUERTE DE LOS JUSTOS ESTIMA DIOS EN MUCHO

Preciosa es la muerte de los justos en la presencia del Señor (1). El santo rey David, despues que nos dió un retrato de cuán abominable es delante de Dios la muerte desventurada del malo, que en pecado mortal acaba la vida, ahora nos declara cuánto el Señor estima la muerte de sus amigos. Nuestro Padre San Agustin dice: ¿Queréis ver el valor de la muerte de los justos? Considerad la vida y muerte de nuestro Salvador, que se dió por ellos, y entenderéis su grande estima. Verdad es que el Señor por todos padeció, y como el Apóstol dijo: *Él quiere que todos se salven, y que vengan al conocimiento de la verdad de nuestra santa fe* (2). Y así Cristo mandó á San Pedro pagar un mismo precio por entrambos, cuando le pidieron aquel tributo. Aquí dice San Ambrosio que figuraba la paga que nuestro Salvador había de hacer

(1) Psal. cxv.
(2) I Tim., II.

por los justos y los pecadores: Él representaba á los santos y San Pedro á los pecadores. En manera que *cuanto á la suficiencia* tambien están redimidos los infieles y los que pecan hasta acabar la vida. Mas *cuanto á la eficacia* solamente esta redencion aprovecha á los justos, porque se disponen creyendo y amando á Dios, para que aquel precio admirable de la pasion y méritos del Señor se les comunique. Los que mueren en pecado mortal, como indispuestos é indignos de tal comunicacion, van condenados, como gente loca, que tuvo tan excelente tesoro en su mano y no quiso aprovecharse de él. En la última cena, cuando nuestro Salvador quería ir á pagar nuestras deudas con su sagrada muerte, hablando con sus Apóstoles, parece que quiso dar á entender que no todos habían de salvarse por los méritos de su pasion, porque allí dijo: *Tomad ese cáliz de mi sangre, que ha de ser derramada por vosotros y por muchos* (1). ¿Por qué (veamos) no dijo por todos, sinó por muchos, pues San Juan Bautista le llamó cordero que venía á quitar los pecados del mundo? Es la razon, porque sabía muy bien que no todos, sinó los ménos se habían de disponer, para que sus méritos y muerte tuviesen eficacia en ellos: y esto es lo que mucho siente el Señor, y con gran justicia. Si un rey, movido de compasion, enviase un millon á Constantinopla para redimir todos los cautivos cristianos, y los ménos quisiesen salir y los más quisiesen quedarse en sus prisiones y mal tratamiento, gran descontento sería para aquel rey volverle sus dineros que sobraron, sabiendo lo que pasaba. ¡Oh, Rey y Señor nuestro, Jesucristo, que no un millon de ducados disteis, dando vuestra sangre y vida, sinó precio infinito; y que no quieran los cautivos pecadores ser libres, sinó quedarse cautivos en el pecado y en el dominio del tirano Satanas! Esta es gran maldad é ingratitud, y no puede ser no haber gran sentimiento.

(1) MATTH., XXVI.

Quejas son de este soberano rey aquellas que declaró por Isaías: *Por demas y sin causa trabajé y consumí mi fuerza* (1). Mira la gran perdicion de los hombres, y considerando los pocos que se salvan y los muchos que se condenan, parécele que casi de balde y sin provecho padeció por el linaje humano. Mas al fin, con los pocos, que son los predestinados que se han de salvar, se goza el Señor, y da gracias al Padre Eterno porque se los dió. De aquí es que los ama mucho, en tanto que diga el rey David: *Los ojos del Señor están sobre los justos y sus oidos abiertos á sus peticiones* (2). ¡Oh, dichosa gente, en quien, como en espejo, se está mirando el Señor de todo lo criado, y sus oidos se emplean en oir sus demandas! Nuestro Dios todo es ojos y todo es oidos, y no es monstruo, sinó hermosura infinita, de quien participan el sol y la luna y estrellas y todas las flores del campo. En las criaturas, la hermosura está repartida á tasa; en Dios está en infinito grado. Luego decir el profeta que los ojos del Señor están sobre los justos será decir que se agrada y toma gran contento en mirarlos y con su vista favorecerlos y regalarlos. No pudo más encarecerse la grandeza de este amor que en lo que Él dijo por Zacarías: *Quien á vosotros os toca, hiere la niña de mis ojos* (3). ¿Qué palabras hay que puedan dar el debido encarecimiento á tan tierno y delicado amor? Muchas veces sin pena ninguna damos golpe, tocando una mano con otra: mas la niña de los ojos de una astillita pequeña y de un golpe de ropa se siente tanto, que luégo saltan las lágrimas. ¡Oh! ¡qué consuelo éste para los pobres de quien ningun caso hace el mundo, ántes los vivos los agravian y traen como debajo de los piés! ¡Oh, gente dichosa! Consolaos, que nuestro Redentor, que os ama como á sus ojos, y áun más que á su

(1) Isai., xlix.
(2) Psal. xxxiii.
(3) Zac., ii.

vida, pues la dió por vosotros en la cruz, Éste os mira con ojos amorosos y tiene sus oidos siempre abiertos para oiros y consolaros.

Pues como la vida de los justos sea tan estimada de Dios, la razon dice que su muerte sea preciosa y de gran valor delante su Majestad. No dijo David que sería delante de los ojos ciegos de los mundanos preciosa la muerte de los amigos de Dios, porque éstos por su malicia andan como tontos y sin juicio. Así los llama el Sabio, y este nombre les da: *Las vidas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará el tormento de la muerte: paréceles á los hombres locos que mueren; mas ellos están en paz* (1). Llama muchas veces la Sagrada Escritura ánima á la vida, porque es efecto del ánima la vida del cuerpo: y así dijo Dios á Satanas hablando del justo Job: *Guárdale el ánima* (2). Quiso decir: no doy licencia para que le mates. Y el Señor dice en el Evangelio: *¿Qué le aprovecha al hombre, si ganare todo el mundo, si su ánima padece peligro?* (3.) Es decir, nada vale todo señorío é interes, comparado al valor que tiene la vida. En manera que decir el Sabio que las vidas de los justos están en la mano de Dios será decir: estímalas en tanto, que como los reyes traen anillos con esmeraldas engastadas en sus manos, así el Señor se honra con las vidas santas de sus amigos, y no les tocará el *tormento* de la muerte. Puso la Iglesia en lugar de esta palabra otra que la declara: no les tocará el tormento de la *malicia*, porque ésta es la que mata el ánima y atormenta el corazon del pecador. Dice luégo: *Al parecer de los incipientes parece que mueren, y es muy al contrario, que con verdad reposan en paz* (4). Subió tanto la maldad y ceguedad del mundo, que dice nues-

(1) Sap., III.
(2) Job, II.
(3) Matth., XVI.
(4) Joan., XV).

tro Redentor: *Que los que martirizaban á los discípulos suyos, pensaban que hacían sacrificio á Dios.* ¡Oh espantoso desatino! Pues en lumbre natural eran obligados á honrarlos y á hacer buen tratamiento. Una gente pobre, y que ni quería honras ni riquezas, y que les sanaba sus enfermos de balde y les resucitaba sus muertos, y demas de esto les predicaba su salvacion, ¿por qué no habían de ser queridos y estimados? Aquí dió muestra el mundo, y se declaró quién es loco y desatinado: y tales son los que le siguen y aman. Plática es que tienen estos desatinados allá, penando en el infierno, viendo á los justos y humildes tan sublimados en la gloria: los cuales con admiracion dicen: *Estos son los que en algun tiempo vimos y burlábamos de ellos y nos parecian vituperables. Mirad como son estimados entre los hijos de Dios y su suerte les ha caido con los santos* (1). Así le acaeció al rico avariento, que estando San Lázaro á su puerta tendido en tierra y llagado, ningun caso hizo de él, pues ni áun las migajas que caían de su mesa le daba. Mas en muriendo el traidor, arrebatáronle los demonios y dieron con él en las llamas del infierno: y como levantase la vista, vió á Lázaro descansar en el seno de Abrahan, y acordóse de pedir limosna de la mano del pobre Lázaro, á quien él menospreció con tanta crueldad: diósele el pago que él mereció, que ni una gota de agua recibió. Con este ejemplo, que el Señor predicó (y digo que es ejemplo y no parábola, porque nombró á Lázaro por su nombre y la calidad del rico avariento) podremos entender cuán preciosa sea la muerte de los justos en los ojos de Dios, porque los ángeles fueron enviados del cielo, para que le llevasen al limbo de los padres antiguos, que allí se dice seno ó descanso de Abrahan. ¡Oh! ¡cuanta razon tenía aquel mal hombre encantador, Balaan, en decir: *Muera yo como mueren los justos y sean mis fines semejantes*

(1) Sap., v.

á los suyos. Plegue á Dios que no haya ahora herederos de Balaan, que viven en pecados y dicen que desean morir como los justos mueren y este deseo nunca le ponen por obra, enmendando su vida. Son burladores de sí mismos, pues queriendo morir como los justos, no les quieren parecer en las vidas.

Preciosa es la muerte de los amigos de Dios y gran favor les manifiesta, pues en ellos pone su vista y sus oidos se emplean en oir sus demandas y cumplir sus deseos. En las manos tiene sus vidas, guardándolos que no caigan, y como anillo con piedra preciosa se honra con ellos. A éstos sirven los ángeles en la vida y los acompañan en la muerte; y no solamente los ángeles, sinó el Criador de los ángeles viene á consolar en el paso de la muerte á sus amigos. Así lo dice San Gregorio, hablando de Tarsilla, vírgen romana, la cual estando en el estremo de la vida, acompañada de muchas dueñas, dijo: Apartaos y dad lugar que entra mi Redentor Jesucristo: y luégo murió esta santa esposa del Señor con gran alegría. ¡Dichosa muerte con tan preciosa vista del que es vida eterna!

CAPÍTULO XXII

QUE EL JUSTO, COMO QUIERA QUE MUERA, VA AL CIELO

Los juicios de Dios son abismos grandes (1). Aquí nos enseña el santo rey David á no ser curiosos en las obras de nuestro Dios. Él es sabiduría infinita y nuestro entendimiento es

(1) PSALM. XXXV.

corto y finito: ¿cómo será posible encerrar un mar tan grande en vaso tan pequeño? Y si él como filósofo dice, á la manera que la lechuza se ha con el sol, así se ha nuestro entendimiento acerca de las cosas que segun su naturaleza son manifiestas: ¿cuánto ménos seremos hábiles para escudriñar los juicios secretos de nuestro Dios? Concierta el Apóstol con David admirablemente: llama á los juicios de Dios obras *incomprensibles;* y tiene razon, porque el que se presumiere de comprender los juicios de Dios, éste se perderá como hombre soberbio. Díme, hombre, ¿no pueden tus ojos mirar al sol en su rueda por la fuerza de sus rayos y tu gran flaqueza, ¿y piensas con tu bajo y rudo entendimiento sufrir los rayos y resplandores del Sol eterno, nuestro Criador, que son sus obras ocultas? Abismos profundos son: adóralos y tenles reverencia, y no quieras saber más de lo que Él te revela por la fe y lo que la santa Iglesia romana te enseña. Esto he traido para declarar que uno de los juicios de Dios, y bien usado, es enviar muerte arrebatada y subitánea á los justos. Que la enviase á los malos y ofensores de su divina Majestad, no admira, porque sus delitos lo tienen merecido. Cuando Dios envió fuego del cielo sobre los hebreos, que querían matar á Moises y á su hermano Aaron, los cuales huyeron al tabernáculo de Dios, manifiesto está que lo merecieron, por querer quitar la vida á los que les sacaron del poder de aquel tirano Faraon, que tanto les afligía: y que la tierra se abriese y tragase á Datan y Abiron, á sus mujeres é hijos, por la rebeldía que cometieron contra Moises, no queriendo obedecerle, cosa jussta fué y no nos espantamos de esto. Mas que los siervos de Dios, que viven obrando virtud y cumplen la ley del Señor, que éstos mueran arrebatadamente, ¿á quién no admira? Y que Dios lo haya hecho así con algunos justos no se puede negar. El primiro que en el mundo murió fué el santo mancebo Abel, al cual mató su hermano Caín por envidia que tuvo de ver que Dios había enviado fuego del cielo y abrasado el sacrificio,

que de su ganado, escogiendo lo mejor, ofrecía. Sacóle al campo el traidor y estando á solas le mató; y pues entónces no había armas, podemos decir que con un palo le dió en la cabeza, y cayendo el amigo de Dios en la tierra, allí le acabó á palos de matar, para que al vivo se dibujase la muerte de nuestro Redentor, del cual dijo San Mateo: que Pilato sabía bien que por envidia, y no por demérito alguno, los hebreos le entregaron al inocentísimo Cordero de Dios. En campo murió Abel y en campo murió Cristo, siendo crucificado en el monte Calvario. Con madero fué muerto Abel y en el madero de la santa cruz espiró el que es autor de la vida. A este santo varon canoniza el Señor, cuando en el Evangelio le llama justo (1), nombrándole por su propio nombre. Aquí vió Adan el gran daño que hizo á todo su linaje y descendientes, mirando á su hijo tan afeado y molido el cuerpo á palos. Y áun aquí, como nota San Crisóstomo, sintió más dolor que en su propia muerte. La razon es porque Adan despues de muerto no se podía ver, que la muerte quiebra los ojos y priva los sentidos. ¡Oh! ¡qué llantos harían Adan y Eva, no sólo por ver tal hijo difunto, sinó conocer que ellos fueron causa de aquella muerte y de todos los que habían de morir, hasta que acabe el mundo!

Ya tenemos un varon santo que murió arrebatadamente. Tambien leemos de un profeta, cuyo nombre calla la Escritura santa, al cual envió Dios á profetizar, y con aviso que en ninguna manera comiese en aquel lugar, sinó que se fuese. Hízolo así, y volviendo por su camino salió otro profeta á él y díjole: *Varon de Dios, yo tambien soy profeta; hazme este placer que comas pan conmigo.* El, aunque de mala gana, aceptó el convite. ¡Cosa admirable! Partiéndose de allí y caminando, salió un leon á él, y matóle. Mas ni despedazó su

(1) MATTH., XXIII.

cuerpo ni tocó al asnillo en que iba. El profeta que le había convidado fuése para él y sepultó su cuerpo. Varon de Dios se llama, que es título de gran dignidad; mas el Señor castigóle con aquella muerte repentina, enviando aquel leon que le matase. ¡ Oh, pecador ! ¡ cuántas veces has quebrantado los mandamientos de Dios, y no te ha castigado, enviando alguna bestia fiera que te quite la vida ! Mira la misericordia del Redentor, que te espera tantos días y años. Vuelve sobre tí, y guárdate no te quite Dios la vida en un punto y quedes perdido para siempre.

Helí, sumo sacerdote, tan loado en la Escritura divina, al cual revelando Dios por el profeta Samuel que había de hacer gran castigo en su casa, respondió con gran humildad y paciencia: *Bueno es el Señor; haga lo que quisiere* (1). ¡ Oh, palabras dignas de ser notadas, las cuales cada un cristiano había de decir cuando Dios le visita con alguna adversidad: *Bueno es el Señor; hágase su voluntad !* Cada día lo decimos en el *Pater noster: Hágase, Señor, vuestra voluntad así en la tierra como en el cielo* (2). Plega á Dios que al tiempo del trabajo no nos desdigamos, no conformándonos con aquella divina voluntad, de la cual dice el Apóstol *que es buena, apacible y perfecta* (3). Otros ejemplos pudiéramos traer. Basten estos tres testigos para probar esta verdad, que los justos por secretos juicios de Dios mueren repentina muerte. En una silla sentado este sacerdote cayó en tierra y de la caida murió. Verdad es que los juicios de Dios no se han curiosamente de escudriñar; mas con humildad, licencia tenemos de buscar razones para nuestra enseñanza y doctrina, porque lo ordena así Dios. Si las obras que el hombre hace siempre llevan algun fin, y por esto le dió Dios la joya tan preciosa de la razon,

(1) I Reg., III.
(2) Matth., VI.
(3) I Reg., IV.

¿cuánto más las obras de Dios tendrán motivos y fines grandes? Dejémoslos, que en su pecho quedaron encerrados, y digamos algunos respectos por que el Señor quiere que algunas veces sus amigos mueran de esta manera. Y cierto no es temeridad considerar esto, como luégo se verá claramente en el discurso que se sigue.

San Pablo, que nos dijo ser incomprensibles los juicios de Dios, nos da razon de la dificultad que traemos entre manos. porque el Señor envía muerte arrebatada á sus justos. Dice, pues, este Apóstol: *A los que aman á Dios todo se les vuelve en bien* (1). Este es un gran privilegio de los siervos de Dios. á los cuales todas las cosas les son provechosas, sean prósperas ó adversas. De todo, como de mina de oro rica, sacan provecho. Dice aquí nuestro Padre: que no solamente los males de pena, mas áun los pecados en que caen les suceden en bien, porque de ellos se levantan más avisados, para adelante guardarse con más cautela; y áun se levantan más humildes para no confiar de sí mismos, que es una gran ganancia. De aquí es que David diga: *Señor, bueno ha sido para mí que me habéis humillado* (2). Nunca tanto se conoció este santo rey como despues que Dios le dejó caer en adulterio y en homicidio, matando á su caballero leal, Urias. Y en otra parte dice: *Antes que me humillase pequé* (3). Lo mismo diremos de San Pedro, que ántes presumía tanto de sí; mas despues de haber negado á Cristo quedó en gran manera humilde. Pues si el mayor mal que le puede venir al justo es caer en pecado, y de aquí saca utilidad, segun hemos declarado, del mal menor, que es de pena, muriendo como Dios lo ordena, ¿cuánto mayor provecho le vendrá? ¡Oh! ¡dichosos los justos, á quien con verdad son todas las cosas de gran fruto! y ¡desventurados los que

(1) Rom., VIII.
(2) Psal. CXVIII.
(3) Psal. CXVIII.

son enemigos del Señor, á los cuales todo se les convierte en mal por su gran soberbia! Diremos, pues, que nuestro Señor quiere que los justos mueran de presto, por excusarlos de los dolores y angustias que padecen otros con muerte larga. Por experiencia vemos cada día personas el pecho levantado en agonía de muerte dos y tres días, que por cierto no hay corazon que, viendo así penar á su prójimo, no se duela y compadezca de él; abreviales Dios el tiempo, porque no sean tan atormentados: y esto es misericordia no pequeña. Y áun podemos añadir otra razon, y es, porque en la muerte larga los demonios tienen lugar de tentar y afligir al cristiano; y los reencuentros más recios son contra la fe y contra la paciencia, para que se enoje con Dios, que le quita la vida. Y porque para estas y otras muchas blasfemias que el leon infernal suele allí tratar no haya tiempo en la muerte tan abreviada, quiere el Padre de misericordias, nuestro Dios, que algunas veces sus siervos mueran en breve tiempo.

Finalmente, este juicio de Dios oculto vemos que Él obra para escarmiento de la gente descuidada; un rayo, que mata á uno, espanta á muchos; así Dios, arrebatando á un justo con muerte acelerada, hace temblar á muchos pecadores, porque allí les dice lo que dijo el Señor del mundo (llevando la cruz á cuestas con tanto trabajo por Jerusalen) á las dueñas que lloraban su pasion: *Si en el madero verde hacen esto los hombres, en el seco ¿qué se hará?* (1). Si en el árbol tan fructífero como yo he sido al mundo, sanando los enfermos y resucitando los muertos, recibiendo á los pecadores y perdonando sus pecados, predicándoles el reino del cielo para que no se condenen; si en mí veis la justicia que se hace, en el árbol seco, sin virtud ni fruto, ¿qué justicia se ha de hacer? Esto mismo dice cada un justo, á quien el Señor lleva de esta vida súbita-

(1) Luc., xxiii.

mente. Mira, árbol seco, pecador miserable, mira la justicia de Dios y lo que pasa en su siervo, y entiende que esta muerte es pregon que el Señor te da para que despiertes del sueño tan pesado en que duermes, estando en pecado mortal.

De manera que si Abel justo fué muerto á traicion, y tan en breve, y al profeta, llamado varon de Dios, ahogó un leon, y al sumo sacerdote Helí le vino muerte, tan sin pensar, de aquella caida, todo esto tiene fin al provecho de los justos, segun está dicho; y tambien al fruto que han de sacar los pecadores, árboles secos, á los cuales la justicia divina exhorta que velen y se aparejen con hacer penitencia, pues no saben si Dios en un punto los arrebatará y dará con ellos en el infierno, á donde perpetuamente penen por sus maldades y pecados. Tal justicia merece el que no quiso ser grato á la misericordia de Dios, que le esperó y enseñó que escarmentase en cabeza ajena.

CAPÍTULO XXIII

QUE EL JUSTO NO MUERE MUERTE SUBITÁNEA

El justo si muriere muerte arrebatada estará en descanso (1). Ser *ocupado* el justo con la muerte es, al parecer nuestro, morir en un momento, y esto llama aquí el Sabio *ocupacion*. Aquí se ha de notar que ningun siervo de Dios muere súbitamente. Y es la razon, porque toda su vida es una preparacion para morir; en esto piensa y de esto trata de noche y de día. San Jerónimo dice que comiendo ó bebiendo, ó en cualquiera cosa que hacía, le parecía que á los oidos sonaba aque-

(1) Sap., IV.

lla voz terrible: Levantaos, muertos, y venid á juicio. ¡Oh! ¡qué música ésta, y cuán provechosa! Si todos los cristianos la usasen otros serían los pensamientos y otras las palabras, y áun muy otras nuestras obras, si con tal consideracion anduviésemas ocupados; no hay duda sinó que cesarían los juegos, los banquetes y trajes mundanos, si tal retrato trajésemos siempre delante de los ojos. Pues siendo el ejercicio de los justos cada día y hora disponerse para este juicio, no es posible que la muerte les saltee. Y si queremos más en particular saber en qué entienden, oigamos á San Pablo, que nos dice: *Nuestra conservacion es en el cielo, de donde esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará el cuerpo de nuestra humildad conforme á la claridad de su cuerpo* (1). No andan los justos en este mundo sinó con el cuerpo, porque su ánima más está en el cielo que en la tierra. Nuestro Padre dice que el ánima más está donde ama que en el cuerpo donde anima; y se ha de advertir que el efecto más poderoso en nuestra ánima es el amor, obra propia de la voluntad; así como la obra del entendimiento es el entender. Pues siendo la voluntad la reina en el ánima, que manda como señora á las otras potencias, entendimiento y memoria, el amor lleva tras sí al entendimiento para que contemple lo que él ama, y á la memoria para que jamas tenga olvido; y de aquí es la demanda que nos pone nuestro Redentor, diciendo *que le amemos de todo nuestro corazon* (2), que es pedirnos todo nuestro amor. Dice San Pablo que en los cielos, allí es su trato, allí su gusto y allí su habitacion; no llamamos acá conversacion que una persona entre en una casa una vez en el año; mas cuando la visita es cada día, aquella llamamos conversacion. ¡Oh, dichosa alma, que conversa en los cielos, se recrea entre aquellos nueve coros de los espíritus celestiales, mira con atencion aquel ejérci-

(1) Philip., III.
(2) Matth., XXII.

to de patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes; y finalmente, contempla á nuestro Salvador, Dios y Hombre, y á la Reina del cielo, su Madre, en tan admirable gloria! Aquí luégo dice el alma con David: *Gloriosas cosas son dichas de ti, ciudad de Dios* (1). Nuestra conversacion es en los cielos, no tan solamente cada día, contemplando aquellas riquezas que los santos y los ángeles gozan, mas áun cada hora, y muchas veces en cada hora; y de aquí les nace la esperanza que despues de esta vida mortal han de recibir al Redentor y Señor nuestro, cuando venga á juzgar al mundo y dar el premio á sus amigos, y premio doblado, para que, resucitados, goce el cuerpo de la gloria del ánima, adornado de las cuatro dotes de gloria, *claridad, impasibilidad, sutileza y agilidad. Resplandecerán los justos como el sol en el Reino de su Padre* (2). Esto dijo Cristo, porque en el sol se hallan estas cuatro cosas que dijimos que han de tener los cuerpos gloriosos.

Estos justos son los que esperan al Señor, como Él mandó que le esperasen, ceñidos y con lámparas en las manos. El ceñirse significa estar á punto de guerra: y así dijo Dios á Job cuando padecía aquella gran tribulacion: Cíñete como varon, y preguntarte he. Siendo esta vida continua pelea (3), que, ó el mundo, ó el demonio, ó la carne, ó todos juntos no dejan de combatir al alma, los justos andan siempre ceñidos y con vigilancia, no cesando de orar con humildad, llamando á Dios, y áun cíñense, moderándose en todas las cosas, ántes padeciendo pobreza que teniendo cosas superfluas. Aquellos santos animales que vió Ezequiel llevaban tras sí unas ruedas, y cuando ellos volaban en alto tambien las ruedas subían. La rueda toca un punto con la tierra, y por tanto corre ligeramente. ¡Oh, varones justos! ¡con cuán poco tocáis en la tierra,

(1) Psal. lxxxvi.
(2) Matth., xiii.
(3) Job, xxxviii.

cuán limitado es vuestro comer y vestir, en todo amando la pobreza, diciendo con el Apóstol: *Teniendo la comida y ropa para cubrirnos, estamos contentos!* (1). Y no solamente esperan la muerte ceñidos, sinó tambien con lámparas en las manos. Nuestro Padre dice que éstas representan las buenas obras que cada cristiano ha de hacer. Por tanto, dijo el Señor: *De tal manera resplandezca vuestra luz, que vean los hombres vuestras buenas obras y alaben á vuestro Padre, que está en los cielos* (2). ¡Oh! ¡cuánta necesidad tiene la gente cristiana de obras ejemplares, que esfuercen la virtud, que anda flaca, habiendo tantos pecados y escándalos como hay en el mundo! No carece de misterio aquella victoria que ganó Gedeon de los madianitas con lámparas en las manos. Cada día los amigos de Dios vencen á los demonios y al mundo con obras santas y haciendo penitencia. Estos son los que el Evangelio llama bienaventurados, porque tocando á la puerta el Señor luégo le abren. En llegando la muerte, cualquiera que sea, en fuego ó en agua, están en vela y no duermen: por tanto de voluntad, dando gracias á Dios, no cierran la puerta, sinó la abren de par en par con alegría. Segun esto diremos que ni Abel, muerto á traicion por su hermano, ni Helí, sumo sacerdote, cayendo de la silla, murieron súbitamente; aparejados estaban para aquella hora: y lo mismo se ha de decir de aquel varon de Dios que mató el leon en el camino, que se salvó. Afírmalo así San Gregorio, el cual dice que por haber comido contra el mandamiento de Dios fué muerto, y que con la muerte pagó por la inobediencia que tuvo: mas pues Dios no consintió que hiciese pedazos el cuerpo fué señal que se salvó. Doctrina es excelente digna de notar. ¡Oh! ¡dichosos varones los que sirven á tan alto Señor! A los cuales cualquiera manera de muerte es puerta de la gloria; y ¡desventu-

(1) 1 Tim., vi.
(2) Matth., v.

rados los que están descuidados sin ceñirse, y sin lámparas en las manos de buenas obras! Estos no recibirán á Cristo como Esposo, sinó como riguroso Juez, para su condenacion. Esto merecen sus grandes pecados y el olvido de la cuenta que han de dar al que tiene hecho el proceso contra ellos.

Pues tan grande es el consuelo de cada justo, que cualquiera muerte que padezca es para su refrigerio y descanso de gloria, imitemos estos amigos de Dios, conversando en el cielo, esperando al Salvador, Cristo, Señor nuestro. Ciñámonos y peleemos animosamente contra nuestros espirituales enemigos. Llevemos lámparas, no muertas, sinó encendidas, obras buenas con fuego de caridad, como el Señor lo manda, para que nos reciba con amor de Padre en la compañía de sus santos.

CAPÍTULO XXIV

QUE NUESTRO DIOS DA Á LOS JUSTOS ENFERMEDADES PARA QUE AQUÍ TENGAN PURGATORIO

En la tribulacion, Señor, perdonáis los pecados (1). Una de las grandes misericordias que nuestro Señor usó con los hombres despues que Adan pecó fué que en esta vida tengan trabajos, para que con ellos satisfagan por sus culpas. En manera que fué artificio ingeniado por el que es Bondad infinita darnos de su mano moneda con que el mismo Señor sea pagado *y asi nos perdone nuestras deudas y pecados* (2). ¡Oh, clemencia de tan piadoso Señor, que ordenase que con el censo

(1) Tob., III.
(2) Matth., XIII.

debido por el pecado se redima el pecado! Censo es de la culpa que heredamos todas las penalidades que padecemos, y con éstas ofrecidas al Señor con paciencia, se redimen nuestros pecados. Esto es, pues, lo que el santo Tobías dice: *En la tribulacion*, Señor, *perdonáis las culpas*. Dos grandes trabajos envió el Señor á este su siervo. El primero fué pobreza; el segundo fué ceguedad. Él era gran limosnero, y entendía en obras de piedad, enterrando los difuntos: en tanto que se levantaba de la mesa, dejando la comida para ir á hacer obra tan pía. Con todo su trabajo daba gracias á Dios, y así mereció que el Señor le volviese la vista y salió de pobreza. Palabras son muy de notar las que dijo el ángel San Rafael: *Porque eres amigo de Dios fué necesario que la tentacion te probase*, para ejemplo de otros. Por donde entendemos que nuestro Dios se ha como un pintor famoso, que aunque todas las imágenes saca bien hechas, trabaja de sacar algunas de mayor perfeccion, para enseñarlas como retratos y muestras de su arte sutil y gran sabiduría. Así nuestro Dios, en aquellos que Él más ama, parece que se desvela, probándolos con tentaciones, en las cuales, dando Él su favor, sus siervos quedan más perfectos y aprovechados. Retrato de obediencia dió el Señor en Abrahan, el cual, en mandándoselo, fué á sacrificar á su amado y único hijo, nacido de Sara, Isaac. Retrato de paciencia nos dió el Señor en Job, al cual quitó la hacienda y los hijos y la salud, y con todo esto dijo: *Sea el nombre de Dios bendito* (1). De castidad nos dió una medalla perfecta en José, pues quiso más ser preso y padecer muerte que consentir en el mal deseo de aquella gitana señora.

De aquí resulta que los perfectos varones dan peticion á Dios, suplicándole que les dé trabajos: conocen el gran fruto que nace de ellos, pues son tesoro con el cual pagan por sus cul-

(1) Job, I.

pas. El profeta David decía: Señor, probadme y tentadme (1). El Sabio dice: *Que como en el fuego se prueba el oro, así los hombres se prueban en la tribulacion* (2). Por donde entendemos que David quiso decir: Señor, para que la escoria de mis culpas se purifique, hacedme merced que me enviéis trabajos, que serán gran favor para mí. El santo Job tambien oraba, diciendo: *Esta sea mi consolacion*, Señor, *que no perdonándome me aflijáis con dolor* (3). Conocido habían que la mejor parte en esta vida era padecer tribulaciones los que así importunaban á Dios que los atribulase. Conforme á este lenguaje nuestro Padre decía: Señor, aquí me curad y aquí cortad, y nada me perdonéis, porque para siempre me perdonéis. ¡Oh gentes animosas, gigantes fuertes, que así querían ser afligidos para que el Señor les perdonase sus pecados! Y áun pasaban adelante, entendiendo que no sólo, como dijo Tobías: *En la tribulacion el Señor perdona nuestras culpas*, mas áun en ella se merece mayor gloria en el cielo. Aquí falta el juicio para entender la gran misericordia del Señor, el cual me recibe en mérito de premio lo que yo, por ser hijo de Adan, debía padecer. Mucho admira esto; mas no hay que admirar en ello. San Pablo nos lo diga, que fué bien probado y atribulado: *Lo que se pasa en un momento, y es tribulacion pequeña en gran manera obra un peso de eterna gloria en nosotros* (4). Quiere decir: ¡Oh cristianos! tened en mucho las adversidades que nuestro Señor nos envía, porque sabed que la menor de ellas, y que pasa en un momento, tiene tanto valor que por ella merecéis nuevo grado de gloria perpetua. Con tal seguro ¿quién no hará buen rostro á cualquiera adversidad que venga? Nuestro Padre en un sermon dice, que

(1) Psal. xxv.
(2) Eccl., II.
(3) Job, VI.
(4) II Cor., IV.

estas palabras del Apóstol tenían los mártires escritos en su memoria, y por tanto se gozaban con los azotes, cárceles y con la muerte padecida por amor de Cristo. ¡Oh! si en nuestro corazon tuviésemos impresa esta doctrina apostólica, ¡cuán pacientes seríamos en los trabajos que de su bendita mano nuestro Rey y Señor, Cristo, nos envía! No las da por afligirnos, ni las dió á sus amados Apóstoles y á su santísima Madre, sinó para enriquecernos y que nuestra corona de gloria sea mayor. Cosa extraña, que con penillas momentáneas, que tan presto se acaban, se merezca tan gran bien como es ver á Dios en el cielo eternamente. Pues así es, y el Espíritu Santo lo dijo por San Pablo.

De tres maneras se han los cristianos con las adversidades de esta vida. Unos no tienen paciencia, enojándose con Dios porque los aflige: y áun plega á su divina clemencia que no pase tan adelante su locura que blasfemen, porque esto parecería señal de hombre prescrito que se impone para el infierno, donde los condenados padecen terribles tormentos, blasfemando de la justicia divina. Los cristianos que así padecen son desatinados, porque aumentan su tormento, que no tienen consuelo de Cristo en él, y pierden el mérito y nada les vale su trabajo para perdon de sus pecados. De manera que por todas partes se hacen gran daño, siendo como el frenético que se come á bocados sus carnes y no lo siente por falta del juicio. Instrumento de Satanas era la mujer de Job cuando dijo á su marido, viéndole pobre y llagado en un muladar: *Dí mal á Dios y muérete* (1). ¡Oh gran amigo del Señor, que bien respondió! *¿Has hablado como una de las mujeres locas. Si de la mano del Señor recibimos los bienes, porqué no recibirémos los males? Como el Señor sea agradado sea todo hecho: sea su nombre bendito* (2). ¡Oh! ¡que confusion esta para los cristianos impacientes tan grande!

(1) Job. II.
(2) Job., I.

Otros lo hacen mejor, que aunque no quisieran pobreza, ni enfermedad, ni la infamia que les viene, alzan los ojos al Señor puesto en la cruz para salvarnos: y sufren los trabajos que aquel Padre de misericordias les envía, sabiendo que con aquellas penas redimen sus culpas, y ganan nuevo aumento de gloria en el cielo. Estos como sabios, sacan fruto de las adversidades, y confórmanse con la voluntad de Dios en todo.

Finalmente hay otros mas perfectos que no solo tienen sufrimiento con las penas que el Señor les da, mas aun las tienen deseadas y pedidas muchas veces: suplicando á Dios que se las envíe, como ya dijimos de David y del Santo Job, y de nuestro Padre San Agustin. Estos estan muy cerca de ser mártires, que se alegran cuando padecen, dando gracias á Dios. Allá decía el apóstol: *Tengo gran abundancia de gozo en mis tribulaciones* (1). Quiero aquí traer un ejemplo para consuelo de una tribulacion mas ordinaria, que es la enfermedad, la cual aun á los ricos no perdona. Dice San Gregorio que un hombre llamado Sérvulo estuvo paralítico toda su vida, y de tal manera que ni comía con sus manos ni se podía rodear en la cama. Servíale su madre en aquella enfermedad; y nota este Santo Doctor que allí donde estaba enfermo era piadoso con los pobres y cuanto podia haber, luego se lo daba. Llegó el dia dichoso de su muerte, y estando muy al fin de la vida y acompañado de gente oyó cantar á los ángeles alabanzas á Dios, y entonces dijo. ¿No oís cantar á los ángeles? Con aquella música celestial dió su espíritu á su Criador. Esto predicó San Gregorio, y está en una homilia bien ponderado. Por donde entenderemos, que no solo en aquella enfermedad penosa y larga tuvo el purgatorio, y pagó sus pecados, mas aun mereció oir en su muerte cantar á los ángeles, y ser bienaventurado en su compañía.

(1) I Cor., VII.

Habiendo visto ¡Oh cristiano! el gran fruto que trae consigo la tribulacion, y que en ella los justos pagan las deudas de sus pecados, y demas de esto, como San Pablo nos avisa, que áun las penalidades pequeñas obran en nosotros gran mérito de gloria; razon es, que pues el provecho es doblado, que hagamos rostro á las adversidades; y no tan solamente las suframos con paciencia, mas áun con alegría, como el Apóstol las sufría: y miremos á los santos varones Tobías y Job, diciendo: Como el Señor se ha contentado, así me ha venido esta afliccion: sea su nombre bendito y alabado. Amen.

CAPÍTULO XXV

DE LOS DIVERSOS LUGARES, DONDE VAN LAS ÁNIMAS DE LOS QUE MUEREN

Murió Lázaro, y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahan (1). Aquí nos declara nuestro Salvador los grandes favores que Él da á sus siervos: pues al pobre Lázaro enfermo, tan menospreciado del mundo, quiso que los ángeles ciudadanos del cielo le viniesen á servir y á llevarle al limbo de los Padres donde estaban Abrahan, Abel, Noé y todos los justos, que ántes de la muerte del Hijo de Dios murieron. Manifiéstanos tambien el Señor la inmortalidad del ánima: pues, quedando aquel cuerpo llagado en la sepnltura, dice que su ánima honraron los ángeles y la aposentaron en aquella cárcel tan honrada, donde tantos santos y profetas esperaban

(1) Luc., xvi.

la venida del Mesías, Cristo nuestro Dios para redimir el mundo. Esta verdad alcanzaron los famosos filósofos, y es cosa maravillosa las razones que trae en aquel diálogo que Platon hizo de la inmortalidad del ánima. Una cosa diré y es: dad aca, dice este sabio varon, ¿queréis ver que el ánima es otra cosa que el cuerpo y que no se acaba en la muerte? Tomad un hombre viejo, que ya ni oye ni vé, porque ya el cuerpo terreno se va desbaratando por la edad: este entónces tiene mas vivo entendimiento y con los tales se toma consejo para ordenar la gobernacion de la república. Luego si el ánima va mejor yéndole el cuerpo peor, el ánima no es el cuerpo. Esto mismo experimentamos de un enfermo ético, que se va secando poco á poco, y cuanto mas llega cerca la muerte, mejor juicio tiene. Favorece á esta razon lo que dijo Job: *En los hombres antiguos está la sapiencia y en los que han vivido mucho tiempo se halla la prudencia* (1). Cuenta nuestro Padre, que un hombre llamado Theobroto, leyendo este diálogo de Platon, quedó tan persuadido que el ánima era inmortal, que por gozar de tan gran dignidad, se despeñó de lo alto de un muro y allí murió.

San Gregorio prueba ser el ánima inmortal por los milagros que se ven en los sepulcros de los Santos. Aquellas maravillas, que allí parecen sobre todo curso natural, no las obra el cuerpo, que está hecho tierra; luégo el ánima vive y por sus méritos nuestro Dios hace aquellos milagros. De esta manera quiere este santo probar su intento. San Dionisio dice: que las ánimas racionales tienen don de Dios, que no tengan fin: mas como al fin sea esta verdad, que se ha de creer por la fe, y por tanto la santa Iglesia romana determina, que es heregía tener lo contrario; y así el Santo Oficio lo castiga, traemos razones probables y no demostrativas; una de las

(1) Job, xii.

cuales y que tiene gran fuerza, segun dice Santo Tomás, es que los animales brutos produjolos la tierra segun el mandamiento de Dios: mas para la creacion del hombre, Dios dijo: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza* (1). El cuerpo fué formado de tierra y el ánima criada de nada, cuya creacion se entiende en el aspirar el Señor en el rostro, para que tuviese vida aquel cuerpo de Adan, hecho de lodo. Declara ser el ánima inmortal aquella sentencia del Sabio: *Vuélvase el polvo á la tierra, de donde fué formado y el espíritu tórnese á Dios, que le dió* (2).

La razon que nuestro Salvador dió á los saduceos para probar la resurreccion, es maravillosa: *Dios se llama Señor de Abrahan, de Isaac y Jacob. Dios no se dice Dios de nada, sinó de algo, y segun los cuerpos, estos Patriarcas yo no eran, luégo tenian ser sus ánimas y vivian* (3). Mas pues ya la Iglesia lo tiene determinado y dice, que es herege quien negare la inmortalidad del ánima: no hay para que trabajar en traer mas razones. Válgame Dios, si las ánimas no son inmortales, ¿para qué el Hijo de Dios vino al mundo, padeció tantos trabajos treinta y tres años, fué preso, azotado y crucificado? Ser redimido el hombre á tanta costa, argumento es que persuade no acabarse todo cuando muere, acabando esta vida mortal. Manifiesta este secreto el Señor, cuando nos dice que Lázaro murió y que su ánima llevaron los ángeles al limbo donde estaba Abrahan. El cuerpo llagado aca se quedó en la tierra; y el ánima fué la que los ángeles honraron y acompañaron hasta ponerle en compañía de aquellos Santos Padres. Bienaventurada pobreza y dichosa enfermedad, por la cual este siervo de Dios mereció ser así servido de los ángeles y colocado en compañía de tantos Santos, que allí esperaban

(1) Gen., 1.
(2) Eccl., xii.
(3) Luc., xx.

al Redentor del mundo, conforme á lo que les era revelado por la fé.

En lo que toca á los lugares diversos, en los cuales las ánimas de los que mueren son puestas, nuestro Padre hace un libro de tres aposentos, que se les dan conforme á los méritos de cada una; porque, ó son muy malos los que mueren ó son muy buenos, ó siendo buenos llevan consigo algunos pecados veniales. A los que son del todo malos dáseles el infierno, para que allí penen sin remedio alguno. Los que son muy buenos y perfectos son llevados luégo al cielo para que gozen de Dios, al cual amaron y sirvieron viviendo en este destierro. Los que mueren no habiendo hecho penitencia entera, así de las culpas mortales como de las veniales, van al purgatorio para que allí se purifiquen. No entrará en la ciudad celestial cosa alguna maculada, segun dice San Juan (1). El limbo de los padres, á donde fué puesto San Lázaro, ya cesó desde el día que el ánima gloriosa del Señor del mundo, Cristo, unida á la persona del Verbo, descendió y los libertó, dándoles la vista de su divinidad, y entónces fué hecho aquel limbo paraíso. Finalmente, hay limbo de los niños no bautizados, que por la culpa orgínal, que heredaron de Adan, carecen perpetuamente de la vista de Dios. Mas la justicia divina no los castiga con pena de fuego, ni otro tormento sensible, porque no pecaron con los sentidos. Estos niños conocen ser ésta la voluntad de Dios, y conformánse con ella, y dánle gracias porque los libró del infierno, donde hay tantos y tan espantosos tormentos. Esta conformidad con el querer de Dios y con su justicia, no tienen los condenados, como adelante se dirá. En manera que de dos limbos que hay, el uno está despoblado y ya nadie entra en él, despues que el Señor, muriendo en la cruz, abrió la puerta del cielo á los justos. El otro cada día se puebla más de

(1) Apoc., xxi.

los niños que no fueron lavados con el agua del santo bautismo, ó martirizados por la fe de Cristo, que se llama bautismo de sangre; ó finalmente, por deseo santo de ser bautizados faltando aparejo, murieron invocando á nuestro Señor, el cual se llama bautismo del Espíritu Santo. De los tres lugares principales, que son infierno, purgatorio y gloria celestial, se tratará por tres capítulos siguientes, porque hay mucho que decir en cada uno.

Grande es el consuelo para cada un ánima cristiana oir tales nuevas como el Señor aquí da: ¡que un pobrecito enfermo, Lázaro, sea tan honrado de los ciudadanos del cielo, y bienaventurados ángeles, por haber sido paciente en sus trabajos! De donde tenemos ejemplo para sufrir las adversidades de esta vida, dando gracias á nuestro Señor, que las envía de su mano; considerando que no lo llevaron los ángeles al purgatorio, porque la pobreza y la enfermedad le habían purificado viviendo. Quedóse el cuerpo en la sepultura, y el alma, que es inmortal, fué llevada al seno de Abrahan para que á su tiempo Cristo la visitase y diese el premio de sus grandes trabajos, haciéndole bienaventurado y rey en el cielo. No es razon que nos espanten las tribulaciones ni que huyamos de ellas, pues como nos avisa San Pablo: *Si fuéramos compañeros con Cristo en padecer adversidades, tambien lo seremos en las consolaciones* (1). No es tiempo de regalos, sinó de penitencia y de trabajo. No llamó el Señor de la viña á los obreros para descansar, sinó para trabajar; y á estos trabajadores se les dió el salario prometido.

---

(1) II Cor., 1.

CAPÍTULO XXVI

DEL PRIMER APOSENTO DE LOS MALOS QUE ES EL INFIERNO

Murió el rico y fué sepultado en el infierno (1). Si bien se considera, en todo el Testamento viejo y nuevo no se hallarán tantos secretos de la otra vida, y tan declarados como nuestro Salvador en este ejemplo de San Lázaro, pobre, y de este rico avariento nos predicó. Por tanto será bien que con gran atencion consideremos una historia tan llena de secretos y avisos para nuestras ánimas. El Señor del mundo, que tanto desea nuestra salvacion y remedio, como le costamos tanto, por muchos medios nos persuade á las obras de misericordia, las cuales son camino cierto para reinar en el cielo. Palabra suya es aquella, que escribe San Mateo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* (2). Para enseñarnos esto (demas de en muchos lugares darnos á entender esta verdad) nos pone delante de los ojos este tan notable ejemplo. Ya vimos el dichoso fin de Lázaro, cuya ánima, no un ángel, que bastaba, sinó muchos la llevaron al seno de Abrahan. Y dásele este nombre, dado que en aquel limbo otros entraran primero que él, porque el Señor, que le sacó de Caldea, dijo: *Que le hacia padre de muchas gentes* (3); y tambien porque era muy misericordioso, en tanto que salía á los caminos para llevar á su casa los peregrinos y darles de comer y consolarlos. Por tanto mereció recibir ángeles que pensaba que eran hombres; y pues este santo varon consolaba á los pobres

(1) Luc., xvi.
(2) Matth., v.
(3) Gen., xii.

y los tenía en su corazon por amor entrañable, llévanle un santo pobre, Lázaro, para que descanse en su compañía. ¡Oh, si cada un cristiano trajese un pobre en el seno, imitando á este gran limosnero Abrahan! ¡Si de muchos platos que vienen á su mesa se acordase dar á los pobres vergonzantes y los que vienen á su puerta! ¡Si de tantos vestidos diese alguno á los que no alcanzan uno! San Juan Bautista decía predicando: *Que de dos vestiduras diesen una al que padece necesidad, y de los manjares tambien partiesen* (1). Ya pluguiese á Dios que de tres y áun de cuatro ropas que los ricos tienen, diesen la una por amor de Dios, pues todo lo han de dejar en la muerte. ¿Quién hay que, como San Martin, parta la capa por medio? ¿Quién, como Zacheo, da la mitad de sus bienes cada año á los pobres? En entrando Cristo en su casa le hizo, de publicano, amigo de Dios y gran limosnero; pues no la tercera parte ó la cuarta, sinó por medio partía su hacienda, por donde entendemos, que donde Jesucristo, nuestro Dios, mora, luégo hace liberales y limosneros á sus huéspedes.

No lo hacía así este rico, que vestía púrpura y holanda delgada y cada día tenía mesa muy abundante. No carece de misterio decir nuestro Salvador que era rico y no decir el nombre. Acá en el mundo los ricos son los conocidos y los que tienen nombre, y los pobres los desconocidos y olvidados. ¡Oh! ¡cuán otros son los juicios de Dios! A los pobres y humildes conoce y les pone nombre, y á los ricos y malos desconoce y no los nombra. Por David hace la amenaza á los tales, y dice: *No tendré memoria de sus nombres, ni los nombraré con mis labios* (2). ¡Oh! ¡desventurados aquellos de cuyo nombre Dios se olvida! Y qué gran consuelo es para los pobres que les diga Dios lo que dijo á los Apóstoles: *Alegraos, que vuestros nom-*

(1) Luc., III.
(2) Psal. XV.

bres están escritos en los cielos (1). Allá tenéis asentado vuestro premio, y allá están escritos vuestros nombres. No se os dé nada que en el mundo no tengáis nombre ni seáis conocidos. Dice, pues, el Señor, la calidad de este triste hombre y calla su nombre. Murió este rico y tambien el pobre. Al uno llevaron los ángeles á descansar; al otro los demonios para penar. San Crisóstomo trae aquí un símil muy bueno: Mira, dice, que este mundo es como una comedia, que se representa por muchos, y en tanto que dura la representacion, múdanse los trajes. Uno se viste con vestiduras de rey, otro como obispo, otro como ermitaño. En tanto que dura la farsa no parecen quiénes ellos son; mas acabada, quítanse aquellas ropas y cada uno es conocido por quién es. ¡Oh, mundo, que así engañas á quien no te conoce! Andas disfrazado, mas no para los amigos de Dios, que te saben quitar el rebozo y te ponen debajo de sus piés. Este rico, vestido de púrpura, que era vestidura de reyes, representaba comedia y engañaba las vistas de muchos. Muerto, despojáronle y conócese quién era, pues como á pecador le llevan al infierno los demonios. Al contrario Lázaro dejó la pobreza y las llagas y descubrióse su virtud y bondad, pues va á reposar en compañía de santos amigos de Dios.

De notar es que no dijo el Señor: pusiéronle en el infierno, sinó *sepultáronle*, para dar á entender que allí ha de quedar para siempre. El que allí entra no tiene remedio, ni jamas saldrá de aquellos términos. Saldrá para su mayor mal cuando le den su malaventurado cuerpo, y sea juzgado en el día del juicio universal: mas los tormentos que el alma tenía consigo los llevará. Saldrá para penar en cuerpo y en ánima: porque justo es que quien con todo pecó con todo pene, y que quien tal hace que tal pague. Está situado este lugar de los condenados en el centro de la tierra, porque quien tanto amó los

(1) Luc., x.

bienes terrenos y engañosos, justo es se quede en la tierra penando para siempre. Tiene muchos nombres que el Evangelio da al infierno. Llámase horno de fuego, tinieblas de fuera y fuego eterno. Es cosa maravillosa, que Platon pintó el infierno, adonde hay gran sed, y todas las maneras de tormentos que se pueden imaginar: fuego y bestias fieras que atormentan á los condenados, todo esto sin fin. Así dice este filósofo, que son atormentados los que vivieron obrando maldades. Y que el infierno esté en el profundo y medio de la tierra, pruébase, porque allí hay grandes tinieblas. Ni el sol, ni luna, ni estrellas alumbran aquel miserable lugar. San Gregorio prueba el lugar del infierno de aquellas palabras del Apocalipsi: *No se halló en el cielo ni en la tierra, quien abriese el libro cerrado con siete sellos* (1). No se halló ángel en el cielo, ni hombre sobre la tierra ni debajo de ella, que es el infierno, para que abriese aquel libro, sinó sólo el cordero de Dios, nuestro Salvador.

Sepultado allí este mal hombre, dice el Señor, que levantó los ojos y vió á Lázaro en el seno de Abrahan. Por aquí sabemos que en el otro mundo las ánimas conocen á quien nunca vieron. Este nunca vió á este patriarca santo y conocióle. Lázaro, ni tenía llagas, ni cuerpo, ni vestidura remendada, como ántes que muriese. Su ánima sola estaba en el limbo. Conocen los condenados á los santos, y entienden su reposo en la otra vida para su mayor tormento. Los bienaventurados ven las penas de los malos para dar gracias al Señor, que así ejercita su justicia, y porque los libró de aquellos tormentos eternos. Llámase aquí el conocimiento del ánima vista de ojos, dado que el cuerpo quedó en el sepulcro. Entiéndese tambien aquí que el limbo de los Padres está en lugar más alto: pues se dice que levantó los ojos. Muchos po-

(1) Apoc., v.

bres justos había allí. ¿Cómo puso la vista en Lázaro y pidió su favor? Verdaderamente se manifiesta que gran parte de su pena fué por la crueldad y pecado que cometió, no dando limosna al siervo de Dios Lázaro; y por tanto le desea tener por abogado, viéndose en necesidad.

Oigamos su oracion: *Padre Abrahan, ten misericordia de mí.* Este era hebreo y no gentil, pues llama Padre al santo varon, y él le responde llamándole hijo. No basta ser católico cristiano si faltan las obras y cumplimiento de la ley de Dios. *¿Por qué decís, Señor, Señor, y no hacéis lo que os mando?* (1). Palabras son de nuestro Salvador y aviso, para que no pensemos, que basta la confesion de la fe sin las obras que pide la misma fe. Y en otra parte se declaró más el mismo Señor: *No cualquiera que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sinó el que hiciese la voluntad de mi Padre celestial, éste entrará en el reino de los cielos* (2). De arte, que aunque este rico era católico y tenía fe del Mesías, Cristo, *Jesus*, que había de venir á remediar el mundo, faltándole las buenas obras se condenó. ¿Y qué pide el desventurado? *Enviadme á Lázaro, que moje la estremidad del dedo y me dé algun descanso en mi lengua, porque me abraso en esta llama de fuego.* Mísero y escaso en la vida para dar siquiera las migajas que de su mesa caían al pobre Lázaro: y escaso en pedir, ¡pues demanda siquiera una gota de agua! ¡Oh, ricos amadores de vuestras riquezas y enemigos de pobres! Considerad aquí en que os habéis de ver, sinó tomáis el consejo que Daniel dió al rey de Babilonia: ¡Oh, rey! *Redime tus pecados con limosnas. Mirad, que ganéis amigos con esas riquezas de maldad, para que os reciban en aquellas moradas eternas* (3). Segun esto que dice el Señor, los aposentadores de los ricos

(1) Luc., vi.
(2) Matth., vii.
(3) Dan., iv.

son los pobres: recibidlos, porque ellos os reciban: dadles remedio y aposento en la tierra, porque ellos os lo den en el cielo. ¿No miráis cuán bien agradecidos son los pobres, y cuán bien pagan el beneficio que se les hace?

Aquí se ha de notar que el ánima como el espíritu no tiene ojos, segun ya dijimos: su ver es su entender, ni tampoco tiene lengua. Nuestro Padre dice: ¿qué os maravilláis, que del alma se diga que tiene ojos y lengua? Pues áun para que nos entendamos, decimos que Dios tiene ojos y manos. De arte, que aquí por vía de metáfora ó de similitud hemos de entender que el ánima de este condenado tenía ojos, y se quejaba de la lengua: toda el ánima penaba y se ardía, y hace sentimiento más de la lengua.

Lo primero, con ella hizo muchos pecados de gula, comiendo cada día abundantemente: lo segundo, porque él debía ser gran murmurador y trataba de vidas ajenas, y con ésto sería tambien maldecidor, y juntamente juraba falsamente muchas veces. ¡Qué bien dijo Salomon! *La muerte y vida están en manos de la lengua* (1). ¿Cómo? ¿Y la lengua tiene manos? ¿Qué es esto? ¿Quién jamas tal cosa vió? Pues el Sabio lo dice, no hay que dudar. Manos tiene para ganar la vida eterna confesando sus pecados á los piés del confesor: manos tiene cuando alaba á Dios y le da gracias por los beneficios recibidos: y áun tiene manos cuando corrige con caridad al prójimo y le da buen consejo: tambien tiene manos para ganar la muerte eterna, blasfemando, jurando, maldiciendo, engañando á su hermano y rompiendo famas ajenas. ¡Oh, lengua! que bien te supo el nombre Santiago, cuando dijo: *La lengua fuego es* (2). Mirad, que traéis fuego de alquitrán en la lengua, encerradla y poned recaudo en ella, no

(1) Prov., xviii.
(2) Jacob, iii.

se os queme el alma que será mayor daño que quemárseos vuestra casa.

Razon tenía este miserable de quejarse del tormento de la lengua, porque en ella había cometido muchos y grandes pecados. Dice aquí San Basilio: ¡mirad con atencion cuán justo es Dios! Vestíase este rico con holanda delicada, regalando su carne: dásele llama de fuego que le queme y atormente. Pecaba con la lengua con muchos manjares y vinos preciosos; danle una sed rabiosa que le aflija: así lo dice la divina Escritura: *Por lo que pecare cada uno será atormentado* (1). Mas veamos, ¿qué gota de agua pedía? Porque á la verdad, si un río le hecharan encima, no le quitara una gota de la pena que tenía, porque aquel fuego aunque es material, no le puede matar el agua. Acá lo vemos en el fuego de alquitrán por esperiencia: no lo había por esta agua que nosotros usamos, sinó que deseaba el menor mérito de San Lázaro, para que aquel fuego no le quemase, ó á lo ménos no le atormentase tanto, y así dijo que para su refrigerio le enviase á Lázaro.

Grandes desatinos dijo este condenado. Lo primero llamó padre á Abrahan, y no fué su hijo imitando su misericordia y piedad con los pobres: fué hijo del demonio, á quien imitó, siendo cruel con Lázaro. Tambien desvarió en decir que Abrahan le enviase á Lázaro, porque Abrahan podía recibir en su compañía mas no enviar algun Santo de los que allí estaban, que aquello lo había de mandar Dios. Desatino en pedir que un muerto viniese á predicar á sus cinco hermanos, porque no se condenasen: y Dios no ordenó que su ley santa la prediquen muertos, sino vivos, porque tenga mayor mérito nuestra Santa fe. Y aquí se ha de notar, que no por vía de caridad quería la salvacion de sus hermanos, que en el infierno es imposible haberla. Santo Tomas dice, que

(1) Sap., xi.

por dos cosas quería la salvacion de sus hermanos: la primera porque sabía que algunos se han de salvar, y por ser de su sangre quisiera que fueran de aquel número. La segunda razon es, por su propio interés: fuéranle para tormento accidental verlos en aquella miseria y condenacion consigo. Así como es gloria accidental verse los hermanos en la gloria, es tormento en los condenados para el infierno, ver consigo á sus padres, hermanos y amigos.

Nos ha detenido este rico desventurado. Plegue á Dios, que algun pecador encuentre con este capítulo, para que haga penitencia, y no espere, como este loco, á pedir misericordia tan tarde, despues de esta vida, porque no se halle burlado, como este se halló. Poco pedía y no lo mereció recibir: porque pidió tarde, despues de esta vida ya cerrado el proceso, como allá las cinco vírgenes locas, y por tanto no las recibió el esposo Cristo. El remedio es traer á Lázaro en el seno, que haya compasion el cristiano de los pobres, que los favorezca, y gane su amistad, para que despues de esta vida ellos aposenten á los ricos, no en la tierra, sino en el palácio Real del cielo.

CAPÍTULO XXVII

DEL APOSENTO SEGUNDO DE LAS ÁNIMAS QUE ES EL PURGATORIO.

Los que edifican sobre el fundamento, que es Cristo, leña, heno y astillas, salvarse han así, como por fuego (1). Esta autoridad del Apóstol trae Santo Tomas, y otros Doctores

(1) I Cor., III.

para probar, que es necesario que haya purgatorio, á donde las culpas veniales que llevaron consigo las ánimas de los difuntos se paguen, porque no todos los fieles que mueren son tan perfectos que no les quede alguna culpa que pagar despues de esta vida, segun nos dijo nuestro Padre, al cual ya alegamos en aquel libro que hizo de los tres principales aposentos, donde son puestas las ánimas de los difuntos que son, el infierno, cielo impíreo, y el purgatorio: ya dijimos del infierno en el capítulo pasado, el cual está en el profundo y medio de la tierra. Luego está el limbo de los niños, que murieron en pecado original. Sobre este limbo está el purgatorio. En lo mas alto esta el limbo de los Padres, que se dice seno de Abrahan. La pena del purgatorio, afirma nuestro Padre, es mayor que todas las penas que en esta vida se pueden padecer. Dá la razon Santo Tomas y dice, que esto es así, lo primero, por parte de la justicia divina que la dá: lo segundo, porque el alma es delicada, y padece á solas sin el cuerpo. Estan allí muchos amigos de Dios, que acá en esta vida no hicieron tanta penitencia, que fuesen limpios del todo para gozar de la gloria. Alaban al Señor estando muy conformes á su voluntad santa: y esperan por su misericordia, que han de ser libres de aquel tormento, habiendo pagado su deuda. Nota San Gregorio, que esta autoridad de San Pablo, que ahora trajimos á la letra, parece que trata de las penas de esta vida mortal, por las cuales, padecidas con paciencia, Dios perdona las culpas veniales, y son purgatorio que él da á sus amigos, para que en muriendo sean bienaventurados. Trae este Santo otra sentencia de nuestro Salvador, el cual dice: *El que pecare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, en este siglo ni en el otro* (1). Aquí manifiesta el Señor, que no solamente se da perdon de los pecados mortales en esta vida por la pe-

(1) MATTH., XII.

nitencia, mas aun que en la otra vida hay lugar, que se perdonan las culpas veniales. Es aquí de notar, que decir San Pablo que algunos creyendo en Cristo, edifican leña, heno y astillas, es decir, que algunos pecados veniales son mayores que otros. *Una palabra ociosa*, que ni fué dañosa al prójimo, ni provecho, *culpa es y de ella*, dice el Señor en el Evangelio, *dará cuenta cada uno en el dia del juicio*. ¡Oh ley purísima la de Dios, que ni una palabra sin provecho deja sin castigo! ¿Á quien no pone en temor cosa tan grande? Mas una palabra con algun daño del prójimo, aunque no sea mortal, mayor pecado es que la palabra ociosa: y la que es con algo mayor agravio de nuestro hermano, diremos que es leña, que tardará mas en quemarse que el heno. Y se ha de notar, que como en el infierno todos los condenados arden en un mismo fuego, mayor tormento tiene el que mas pecados hizo, porque aquel fuego es discreto, no en sí, que no sabe lo que hace, sino en su causa, que es Dios que le rige. Así en el purgatorio todas las ánimas penan en un mismo fuego, y no todas reciben tormento por igual. Cada una pena mas ó ménos segun la justicia divina tasa la pena y tiempo conforme á sus culpas. Favorecen á las ánimas mucho los sufragios de la Santa Iglesia, como se verá en el capítulo siguiente.

Baste tener entendido que así como la Justicia de Dios ningun bien deja sin premio, así ningun mal deja sin castigo. Verdad es que siempre el premio pasa adelante del mérito, y el castigo es ménos que la culpa merece, porque está escrito: *La misericordia ensalza al juicio* (1). Claro está, que por cada pecado mortal merecía el pecador pena infinita, pues ofendió al que es bondad y Majestad infinita nuestro Dios. Mas aquella divina misericordia moderó la pena, en que no sea infinita en intencion, sinó en duracion, que jamas se acabe en los con-

(1) Job, II.

denados al infierno. David lo dijo, y es así: *La misericordia del Señor está sobre sus obras* (1). Como el aceite nada sobre todos los licores, así la misericordia de nuestro Dios, á quien llama San Pablo *Padre de misericordias*, escede á todas sus obras. Podríamos decir aquí lo que nuestro Dios dijo á su pueblo: *Un dia por un año te he dado: un dia por un año te he dado* (2). ¿Qué mayor misericordia y merced puede ser, que darnos Dios en esta vida, que por un día de penitencia nos reserve un año de purgatorio, á donde tan espantoso tormento hay, que excede á todo lo que en esta vida se puede padecer? Y no es maravilla, que aquí viviendo en breve tiempo, se restauren en un día muchos días y años de purgatorio: pues la Magdalena alcanzó perdon de sus pecados en una sola hora, que los lloró á los piés del Salvador del mundo. El santo Ladron en poco tiempo se remedió, no sólo que no tocase al infierno por sus grandes maldades, mas mereció en aquel día en que murió ver la Esencia divina y ser bienaventurado.

De aquí es que los justos huyen con todo cuidado, no solamente de no pecar mortalmente, sinó áun de no ofender venialmente á tan gran Señor, digno de ser amado loado y en nada ser ofendido. Saben que la culpa venial es disposicion para el pecado mortal, y que tener en poco el pecado venial, es como hacer la cama al mortal. Por tanto se recojen y apartan de ocaciones; huyen á la oracion; empléanse en leccion santa y en todo andan con gran aviso y recato. Del santificado San Juan Bautista canta la Iglesia: *Huyó al desierto en su tierna edad porque no cayese en alguna culpa leve*, que es la venial (3). ¡Oh cristiano! que no eres santificado ántes que

(1) Psal., cxliv.
(2) Ezech., iv.
(3) Eccl., in off. Sanct. Joan. Bapt. in him. ad matutin.

nacido como este santo varon, conoce tu flaqueza, retráete y apártate de toda ocasion de pecado, aunque sea pequeña. Flaco eres y de lo poco podrás caer en lo que es mucho. Si Eva no mirara á la fruta del árbol vedado, no la deseara ni comiera de ella. El Eclesiástico lo dijo y así pasa: *El que tiene en poco las cosas pequeñas poco á poco caerá en las grandes* (1). Por dos cosas no habíamos de pecar venialmente. La primera por no ofender á tan piadoso Padre, como es Dios, que nos crió y redimió, nos sustenta la vida y nos promete el cielo. La segunda por no penar en el purgatorio á donde el tormento es tan grande, y áun tambien porque no se dilatase nuestra gloria. La mayor pena que tienen los del infierno, ni es el fuego, ni la vista de los demonios, ni otro tormento, sinó la pena del daño, que dicen los teólogos, la cual es estar privados de la vista de Dios. Esta privacion tienen las ánimas del purgatorio por mil años ó dos mil, segun la justicia de Dios les tasa: y este es su mayor tormento, que excede á los demas. Entenderemos esto por lo que dijo Absalon á Joab, capitan del rey David, cuando fué desterrado de la córte por su delito: *Vea yo el rostro de mi padre y quiteme la vida* (2). Si tanto era el deseo de aquel mancebo para ver á su padre, que quisiera mas ser muerto, que andar desterrado; una ánima tan amiga y tan hija de Jesucristo, ¿qué ánsia y que deseo tendrá, ya que ha salido del cuerpo, de ver á su Criador y Redentor?

Siendo el purgatorio el lugar de tantos tormentos, como ya está declarado, á cuyas penas todos cuantos trabajos y dolores que hay en esta vida, no se pueden comparar, segun nuestro Padre afirma; y demas de los tormentos, haber otro mal mayor, que es carecer de la vista beatifica de Dios: ¿quién

(1) Eccl., xix.
(2) II Reg., xiv.

hay que no trabaje aquí, procurando hacer tal vida, que escuse tanto trabajo y dilacion de su bienaventuranza? No edifiquemos sobre fundamento tan santo y fuente de toda santidad, Cristo Jesus, leña ni heno ni astillas de pecados veniales, mayores ni menores, sinó oro, plata y piedras preciosas como dice el mismo Apóstol, obras santas y buenas, tales que, cuando de esta vida y peregrinacion saliéremos, no nos detengamos en el purgatorio, sinó que el Señor del mundo, hallándonos limpios de todo pecado, nos reciba en el reino del cielo.

CAPÍTULO XXVIII

DE LOS REMEDIOS QUE TIENEN LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO

Santa y saludable es la oracion por los difuntos para que sean desatados de sus pecados (1). Es nuestro Dios tan misericordioso y tiene tanta voluntad á nuestra salvacion, que no uno, sinó muchos remedios proveyó, para que guardando su justicia ejercite tambien su gran misericordia. De aquí es, que como somos tan flacos é inclinados á pecar y en pecado concebidos, que nos diese tantas medicinas y remedios para el perdon de los pecados veniales, la oracion del *Pater noster*, el agua bendita, la confesion general, el recibir el Sacramento del altar, la bendicion del Obispo y otros remedios, que usa la santa Iglesia, para la remision de las culpas veniales. Las la mas excelente y de mayor eficacia es el sufragio del misterio soberano de la Misa, como luégo se dirá. Las oraciones y ayunos por los difuntos

(1) MACH., XII.

aprovechan mucho y tambien las limosnas; esto es lo que aquel capitan tan católico Júdas Macabeo dice: *Santa es y saludable la oracion por los difuntos, para que sean desatados de sus pecados.* Para este mismo fin, cuando en una batalla murieron muchos del pueblo de Dios, envió diez mil dragmas de plata, como si dijese diez mil reales: ofreciendo aquella limosna por aquellos difuntos, que el Señor los sacase del purgatorio. Dícese aquí *desatar los pecados*, cuando por las obras ya dichas perdona Dios las culpas y cesa la pena que por ellas padecían los difuntos; y se ha de advertir, que lo que se hace por un ánima de un difunto aprovecha á todas las ánimas, para gozo y alegría, que reciben de aquella obra buena; y mas se alegra el ánima que murió con mayor caridad: mas para remision de la pena, aprovecha al ánima por quien se hace, aunque no murió en tan alto grado de caridad como otras. Trae Santo Tomás una sentencia de nuestro Padre á este propósito, como los labradores benefician las plantas, teniendo respeto al fruto y presuponiendo que viven y que no están secas: así los que hacen buenas obras por los difuntos, creen que están en estado y en camino de salvacion, porque á los que están en el infierno, nada les aprovechan las oraciones, limosnas ó sufragios de los vivos. Son árboles muertos, que jamas tendrán vida de gracia.

A todo excede el sacrificio de la Misa por manera de sufragio, y es limosna y sacrificio juntamente, pues allí se da mantenimiento á un sacerdote ministro de Jesucristo. De San Nicolás de Tolentino religioso de la órden de nuestro Padre San Agustin leemos que le fué revelado, que dijese Misa por las ánimas del purgatorio: hízolo así y por sus sacrificios fueron muchas libres de aquellas penas. Y lo que mas se ha de notar es que el misterio de la Misa tiene eficacia y virtud por sí mismo: quiero decir que aunque el sacerdote esté en pecado mortal, el sufragio gozan las ánimas. Es lo que dicen los teólogos, que obra *ex opere operato*. ¡Oh! bendito sea Jesu-

cristo, que tal favor dejó en la tierra para vivos y difuntos. Allí ofrecemos al Padre su propio hijo, el cual en la cruz se ofreció por nuestros pecados una vez. Allí ofrecemos á Cristo su misma carne y sangre, que con tanto amor por nosotros derramó.

¡Oh, mesa real, que alegras á los ángeles en el cielo, esfuerzas á los peregrinos fieles en la tierra, y libras las ánimas que penan en el purgatorio! ¿Qué negará el eterno Padre, ofreciéndole á su amantísimo Hijo, el cual tales servicios le hizo, siendo obediente hasta la muerte de cruz? San Juan dice que áun allá á la diestra del Padre es nuestro abogado, y hace el oficio que andando en la tierra ejercitó. El mismo corazon amoroso y la misma caridad llevó consigo cuando subió al cielo, sus manos y sus piés rasgados de los clavos, su divino costado abierto resucitó, y así está á la diestra del Padre. ¡Oh! ¡dichosa el ánima que en tal consideracion se emplea sin cesar, alaba y da gracias á tan liberal Señor!

Tambien valen mucho las bulas que se dan para los difuntos, en las cuales Su Santidad, Vicario de nuestro Señor Jesucristo, aplica los méritos de su sagrada vida y pasion, y tambien los de la Sagrada Vírgen María, su Madre, y de todos los santos. Este es tesoro admirable, que la Iglesia romana solamente goza, el cual se ha de estimar en mucho. Y áun las misas, en las cuales hay concesion de Su Santidad, que en cada una, dicha en altar privilegiado, se saque un ánima, se han de tener por gran beneficio, y en sus testamentos dejar mandado, los fieles que mueren, que se digan.

Para que se vea, por ejemplo, el gran remedio que en el sacrificio de la misa reciben los difuntos, contaré aquí una cosa de notar que escribe San Gregorio. Un sacerdote, que con necesidad fué á un baño, halló allí un hombre que le dió muy buen recaudo, y le sirvió así en la entrada del agua como á la salida, Fué otra vez, y para agradarle aquel servicio llevóle dos panes que le habían ofrecido en la Iglesia. Él, como

lo vió, dijo: Padre, y ¿tú me das este pan? Ofrece tú por mí en el altar aquel pan angélico y seré yo libre de la pena que padezco; y en esto sabrás que te ha oido, que cuando aquí volvieres no me hallarás en este lugar. Yo fuí señor de este baño, y por mis pecados tengo aquí de padecer. ¡Cosa admirable! que aquel santo sacerdote, habiendo celebrado misa por este difunto una semana, volvió al baño y no le halló. Aquí se ha de notar lo primero que, no solamente en el purgatorio comun penan las ánimas, sinó que tambien por especial privilegio ordena Dios que ácá donde hicieron las culpas satisfagan por ellas; lo cual ordena el Señor por el provecho del que es difunto y para nuestro ejemplo, como parece en este difunto, que pidió el remedio y sufragio de la misa, y así fué libre. Lo segundo se ha de advertir que si aquel hombre por usar un oficio tan útil para la salud de los enfermos, se le dió la pena en el mismo lugar por las culpas que allí había cometido, ¿qué esperan los que se ocupan en oficios ilícitos, prohibidos por la ley de Dios? Concluye San Gregorio diciendo cuán admirable es este sacrificio santísimo del altar, pues aquel difunto le pidió para ser libre de la pena que tenía y gozar de la gloria.

De aquí entenderán los testamentarios y herederos de los difuntos, cuán gran juicio han de tener con Dios por no cumplir los cargos, capellanías y sacrificios que dejan mandado se digan por ellos. ¡Oh, cosa terrible, que hay algunos tan negligentes, que vemos pasar los veinte y treinta años y están por cumplir los testamentos! Dan voces aquellas ánimas y dicen aquellas palabras del santo Job, cuando padecía tantos dolores: *Habed misericordia de mí; habed misericordia de mí, á lo ménos vosotros mis amigos, porque la mano del Señor me ha tocado* (1). Cada un ánima que está penando da voces con esta demanda; llama á sus amigos, que son los herederos y al-

(1) Job, xix.

baceas, que estos á lo ménos usen de misericordia con el ánima que está presa y padece tormentos en el purgatorio; porque aunque otros se olviden éstos tienen gran obligacion. Dijo Job: *Que la mano del Señor le habia tocado*, porque la tribulacion, que es temporal, va muy de paso y es como toque de la justicia de Dios en comparacion del golpe á mano llena, ¿qué dará al que condene á tormento eterno? *Vuestras saetas, Señor, pasan; mas la voz de vuestro trueno está en la rueda* (1). Quiere decir David: los trabajos que dais, Dios mío, en esta vida, que son como saetas que hieren, acábanse, porque al fin la vida es breve. Mas aquella voz de trueno espantoso, *id maldito al fuego eterno*, anda como rueda á la redonda, que no tiene fin, pues han de penar los malos en fuego eterno. Habla de esta rueda el santo Job, y dice: Que *pasarán los malos de las aguas de nieve á grande calor* (2). Pasarán de extremo á extremo y sin algun refrigerio, porque fueron gente extremada en ofender á su Criador. *La mano del Señor me ha tocado*, dice cada una de las ánimas que está penando, reconociendo la merced que Dios le ha hecho en no condenarla á tormento eterno, sinó darle el purgatorio que ha de tener fin. Y reprendiendo á los negligentes amigos, que se olvidan de remediarlas, dice luégo: ¿ por qué me perseguís como Dios, y os hartáis de mis carnes? (3). Gran queja es esta. ¿Cómo, dice, *perseguisme como Dios?* Bien dicho está, porque Dios castiga con justicia y rectitud al que hace mal; y así los que son descuidados en pagar las deudas y cargos que el difunto pudiera cumplir en vida, y lo dejó en manos ajenas, en alguna manera dan su merecido al que se olvidó de sí mismo viviendo; aunque ellos, segun dijimos, tendrán gran cuenta con Dios y serán castigados. Y *os hartáis de mis carnes;* os

(1) Psal. lxxvi.
(2) Job, xxiv.
(3) Job, xix.

aprovecháis de lo que yo gané con mi trabajo y sudores, y me dejáis en este tormento pudiéndome remediar.

De verdad que es temeroso ejemplo el que cuenta San Gregorio. Nótenle los que se encargan del cumplimiento de testamentos. «Un hombre que andaba en la guerra cayó enfermo, y llegando al punto de la muerte encargó á un su amigo que tomase su caballo y le vendiese, y descargase su ánima; él lo hizo tan mal, que se quedó con el caballo y no hizo lo que le fué encargado; y plegue á Dios que ahora no haya nada de esto. El difunto fué al purgatorio, y allí por la misericordia del Señor pagó sus culpas, lo que la divina justicia ordenó. Siendo ya libre de su pena el difunto, apareció á su amigo y le dijo: Mucho me has hecho padecer por no haber cumplido lo que te rogué; mas tú no te irás sin castigo. ¡Oh, espantosa cosa! El triste hombre, que se quedó con el caballo, murió, y fué condenado al infierno por su avaricia.» Estas son palabras de San Gregorio.

Siendo tantos los medios para alcanzar perdon de sus culpas veniales y tan ásperos los tormentos que en el purgatorio hay para las almas que no van perfectamente limpias, gran solicitud debemos tener de guardarnos áun de culpas leves: pues en breve tiempo podemos redimir lo que allí por largos años se ha de satisfacer. Teman los que tienen á cargo testamentos y no descuiden, dejando las ánimas penar en el purgatorio: pues así Dios castiga á los que se olvidan de hacer su oficio. Y miren este ejemplo, que San Gregorio escribe, que en cirle pone espanto á cualquier cristiano.

CAPÍTULO XXIX

DEL TERCER APOSENTO DE LAS ÁNIMAS, QUE ES EL CIELO EMPÍREO

Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que está aparejado para vosotros desde el principio del mundo (1). Estas son las palabras de gran alegría y favor que el Juez soberano, Cristo Jesus, dirá á sus siervos en aquel día espantoso del juicio universal. Cada día las dice en el juicio particular, que es en la muerte de sus amigos que lealmente le han servido: salvo que allí será delante de todo el mundo, y ahora pasa como en secreto. Hónralos como á hijos, que en esta vida le honraron á él, olvidados de su propia estima y honra. Y aquí cumple su palabra muchos años ántes dicha: *Si alguno me honrase, yo le honraré: los que me estiman en poco perderán la nobleza. Venid á mi benditos* (2). El cuidado continuo de los siervos de Dios, como ya declaramos, es andarse tras Dios, jamás apartándose de su presencia, pues su esencia infinita todo lo ocupa. Así decía David: *Mi ánima*. Señor, *os va siguiendo, y vuestra mano derecha me recibió* (3). ¡Oh! dichosa el ánima que tal solicitud tiene, jamas quitándose de la presencia de su Rey y Señor! Esta tal ya comienza á vivir vida celestial, gustando de mucha paz y de gran suavidad de Jesucristo. Esta (como es la esposa) *se levanta y cerca la ciudad, buscando á su amado Esposo* (4). Tiénele dentro de su co-

(1) MATTH., XXV.
(2) I REG., II.
(3) PSAL. LXII.
(4) CANT., V.

razon y búscale. Tiénele, porque sin Dios no se puede buscar á Dios. Búscale fatigada, por más y más sentir su presencia y suavidad. A estas ánimas, que así trabajan de noche y de día en allegarse más á Cristo, llama Él en el día de su tránsito, para que ya sin trabajo ni cuidado le gocen en el cielo perpetuamente. Venid para reposar y gozar de la victoria que yo os gané de vuestros espirituales enemigos. Venid á poseer el imperio, no de la tierra, sinó del cielo. Llamarlos benditos es alabar sus obras y engrandecer los servicios que le han hecho viviendo en este destierro. *Bendito* quiere decir en la Sagrada Escritura *fructífero*. Dió la bendicion Dios á la luz, dándola virtud para producir sus rayos y alumbrar. Tambien dió su bendicion á la tierra para producir árboles y yerbas. Finalmente, dar la bendicion á nuestros padres primeros fué darles virtud para tener frutos de bendicion. Y aquí entenderemos con cuánta razon se turbó nuestra Señora cuando San Gabriel la dijo: *Bendita Vos entre todas las mujeres* (1). Fué decirla que había de ser la mejor madre que en el mundo fué ni será, porque había de ser madre del Hijo de Dios: y ella, como tuvo el mejor entendimiento que á criatura pura se dió, habiendo hecho voto de virginidad, parecióle cosa extraña título de madre: mas cuando el Ángel la certificó que había de ser obra del Espíritu Santo, con humildad dió el *sí* para ser Madre de Dios. Pues *bendito* quiere decir *fructífero* (2), *maldito* querrá decir *estéril*: y así el Señor mirando aquella higuera que no tenía más que hojas, la maldijo, y luégo hasta la raíz se secó.

De arte que llamar *benditos* á sus amigos el que es Padre de toda bendicion, fué con brevedad en una palabra ensalzar sus obras santas y piadosas, que en esta vida obraron. Por tanto los llama ovejas, y las pondrá á su mano derecha; al

(1) Luc., I.
(2) Matth., XXI.

contrario, á los malos llama cabritos traviesos é inquietos, estériles y sin fruto de obras de misericordia: darles ha su maldicion segun nos dice San Mateo: *Idos, malditos; apartaos de mí: id al fuego eterno* (1). Siempre huís de mí, apartándoos de mi santa ley y siguiendo la del mundo y de vuestra maldita carne: no resta sinó que ahora para siempre os apartéis de mí y tengáis compañía con el demonio, á quien obedecisteis. Llamar el Señor *Reino* á la bienaventuranza de los santos está muy bien, porque el hombre no fué criado para ser esclavo, sinó para que fuese señor. Declara esto el Espíritu Santo en el Génesis, á donde se escribe que nuestro Dios luégo que crió á Adan le dió el señorío de este universo; y si él no pecara había de pasar de reino á reino, del señorío de la tierra al señorío del cielo. ¡Oh ceguedad grande! crióle Dios para ser rey, y él hízose siervo y cautivo de Satanas. Viendo el Hijo de Dios tan gran caida, tuvo compasion de nosotros, y naciendo de la Vírgen santa ganónos el reino del cielo, que el primer hombre nos había perdido. Allí todos los santos son reyes, no como acá en la tierra, que cada reino tiene un solo rey, no pudiendo sufrir dos. De este reino glorioso dijo el mismo Señor: *Resplandecerán los justos en el reino de su Padre, y su resplandor será á la manera del sol* (2). Nótese á donde dice que resplandecerán, no en la tierra, que es cárcel y destierro, ni cerca de los amadores de estas tinieblas. Aquí seran menospreciados, perseguidos y maltratados, y su estima y valor parecerá á su tiempo cuando reinen en el cielo. Y porque el mas claro planeta de los siete es el sol, comparó el resplandor de los santos al sol, aunque con verdad será mayor su claridad que la del sol.

Dice más el Señor: *que este reino está aparejado para los justos desde el principio del mundo.* Esta es una dignidad ex-

(1) MATTH., XXV.
(2) MATTH., XIII.

celente de los predestinados, que en eternidad tienen sér, no en sí mismos, sinó en Dios, que los vió, los amó y los eligió, y esta eleccion fué hecha por los méritos que nuestro Salvador nos había de dar. Díganos esto San Pablo: *El Padre nos eligió en su Hijo ántes que tuviese sér el mundo* (1). Luego escogiónos en eternidad. Que Cristo diga *desde el principio*, es decir, que desde el principio que Dios crió al hombre y él pecó, la pasion del Señor comenzó á tener eficacia y á obrar. No perdonara Dios á nuestros padres, sinó porque Cristo había de pagar sus pecados y de todo el mundo. Esto quiso decir San Juan: *El Cordero está muerto desde el principio del mundo* (2). Y con efecto, no murió hasta pasados cinco mil años. La razon es porque ya obraron los méritos de nuestro Salvador, el cual salió por fiador de todas las culpas del mundo. Declaró mas esto el Rey celestial, cuando dijo á sus Apóstoles, queriendo ir á padecer una muerte tan lastimera: *Mirad que voy á aparejaros el lugar* (3). Quiso decir: aquel reino que determiné en eternidad de daros tengo de disponerle para que muriendo yo se os dé la posesion cuando salgáis de esta vida, lo cual no se ha hecho con ningun santo hasta que yo muera: de arte que este reino de gloria que nos ganó Jesucristo con sus méritos y determinó, ántes que criase el mundo, de darle á los justos, fué dos veces aparejado, una por determinacion y voluntad, y ésta fué antiguamente: otra cuando el Señor con su muerte nos abrió la puerta del cielo. De aquí es que respondió estando en la cruz al santo Ladron: *Hoy serás conmigo en el paraíso* (4), es decir: hoy verás mi divinidad. Ver á Dios en su esencia es verdadero paraíso y gloria. Murió el santo Ladron despues que nuestro Salvador

(1) Ephes., 1.
(2) Apoc., xiii.
(3) Joan., xiv.
(4) Luc., xxiii.

espiró, y por eso halló aparejado el aposento de su bienaventuranza.

Este reino, que el Señor da á sus amigos, es tan rico y tan cumplido de todos los bienes y deleites que se pueden desear, que no sólo por una metáfora ó símil, mas por muchos nos le da á entender la divina Escritura. El rey David le llamó *tierra de los que viven;* y así dijo: *Señor, mi salario y heredad sea en la tierra de los que viven* (1). No en esta vida y tierra, donde los hombres mueren, y áun se están muriendo y acabando, como la candela que arde, que se va gastando y tendrá presto fin, sinó allá en el cielo, donde la vida no tiene temor de enfermedad ni de muerte. Allá me haced la merced por los servicios que os he hecho. El santo Job llamó á este reino jornal, porque aunque Dios, dándonos su gracia, es el principal autor de nuestras obras, ordenó el Señor que nosotros tengamos parte aplicando nuestra voluntad y libre albedrío. Conforme á esto el Señor de la viña, que es el Padre celestial, dijo á su procurador, Cristo: *Llama á los obreros y págales su jornal* (2). San Pablo llamó á este reino *corona de justicia*, porque conforme á la ley que Dios tiene dada, prometiendo este gran premio á sus siervos, es justo que cumpla su palabra. Tambien le llamó reino de los cielos el santo Bautista, diciendo: *Haced penitencia y allegárseos ha el reino de los cielos* (3). Finalmente, nuestro Salvador le dió nombre de vida, cuando aquel doctor le preguntó: *Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna?* El Señor le respondió: *Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos* (4). De manera que *tierra de los que viven*, *jornal de un dia*, que es la breve vida que vivimos, *vida eterna*, todos estos nombres significan

(1) Ps. CXLI.
(2) Matth., XX.
(3) Matth., III.
(4) Luc., X.

una cosa, y es reino del Eterno Padre, el cual nuestro Rey, Cristo Jesus, dará á sus benditos, gente fructuosa, que son los justos.

Es cosa de notar cuán maravillosamente Platon pinta el paraíso para los virtuosos que vivieron bien: dice, que allí hay unos prados de muchas maneras de flores que dan gran olor: hay árboles de fruta excelente, fuentes de agua muy clara, manjares muy preciosos, gran multitud de gente sabia, música de gran melodía, y que se ocupan en ofrecer á Dios sacrificios. Lo que nuestra santa fe nos dice á todo excede: *Porque ni la vista jamas vió, ni los oidos oyeron, ni el corazon puede pensar los bienes que Dios aparejó á los que le aman* (1). Palabras son de Isaías y referidas por San Pablo, y está muy bien dicho, porque como Dios tiene librado á sus amigos el salario en sí mismo, y Dios es bien infinito, quien pudiese contemplar lo que es honra, riquezas y descanso infinito, éste podría entender en alguna manera la grandeza de este reĩno, que es premio de los justos. La posesion de este reino da el Señor á las ánimas de sus siervos cuando salen de esta vida perfectas y sin tener de purgar. Por tanto dijo San Juan que se les dió una vestidura á cada un ánima de las que estaban debajo del altar orando: *Señor, ¿hasta cuándo no habéis de vengar nuestra sangre derramada? Y les fué dicho: esperad un poco, hasta que se cumpla el número de vuestros hermanos* (2). No piden las ánimas gloriosas que Dios castigue á sus perseguidores, porque San Estéban, estando padeciendo, se hincó de rodillas y suplicó á Cristo que perdonase á los que le quitaban la vida. La venganza que piden es que venga el día del juicio, para que, resucitando con sus cuerpos gloriosos é inmortales, sus contrarios queden confusos de ver tan ensalzados á los que acá tuvieron en poco. Decirles la voz del

(1) Isai., lxiv; I Cor., ii.
(2) Apoc, vi.

cielo: *Esperad un poco*, es cosa digna de considerar, pues ha más de mil y quinientos años que no se acaba *aquel poco:* y podrá ser que no se acabase de aquí á otros mil años. Habla Dios conforme á su sér, que es eterno, y no conforme al tiempo que acá gozan los hombres, que se mide por la revolucion de los cielos: y por tanto llama *poco tiempo* los mil y dos mil años, porque todo tiempo comparado á la eternidad es *poco* y como punto en medio de un círculo grande: finalmente, el número que se ha de cumplir para dar sus cuerpos á las ánimas gloriosas es el número de los predestinados, de los cuales dijo San Pablo: *El Señor sabe quién son los suyos*. Contados los tiene como á dedos, y no le faltará uno de ellos. Entónces se cumplirá lo que Isaías profetizó: *En su tierra poseerán las cosas dobladas* (1). San Gregorio lo declara de la doblada gloria que tendrán los santos, no solamente como ahora la tienen, sinó tambien en el cuerpo.

¡Oh, reino soberano, reino eterno, donde los santos, vencidos los enemigos, gozan de corona de gloria! Donde el oficio es uno, segun lo dijo David, loar y alabar á su Criador y Redentor: *Bienaventurados, Señor, los que moran en vuestra casa; alabaros han en los siglos de los siglos* (2). Nuestro Padre dice, considerando aqueste reino felicísimo: ¿cuánta será la felicidad adonde no hay mal alguno y ningun bien falta? Allí veremos al Señor y le amaremos; amándole, alabarle hemos. Esto será en el fin y sin fin. *Si la reina Sabá, de ver á Salomon y oir su sabiduría, y considerando el órden con que sus criados le servian, quedó tan admirada, que se dice en la divina Escritura que no le quedó espíritu* (3), ¿qué será, oh ánima, cuando veas al figurado Salomon, Cristo Jesus, en el trono de su gloria, y mires atentamente aquella multitud

(1) Isai., lxi.
(2) Ps. lxxxiii.
(3) III Reg., x.

de ángeles y espíritus celestiales que están delante de El, aquel coro de apóstoles, de mártires, confesores y vírgenes, los cuales adoran, alaban y glorifican el sapientísimo Salomon, su Criador y Redentor?

Siendo tan grande el premio de los justos, no ménos que un reino perpetuo de todas las riquezas y honra tan abundante, ¿quién no deja el mundo vano, sus miserias, pobreza, y vuelve á Dios, tan liberal Señor? El rey Alejandro dividió su reino á sus criados y amos, cuando estaba al fin de su vida, porque no le podía llevar consigo. ¡Oh magnífico Rey y Señor Jesucristo, que hace reyes á los que le sirven y aman y quédase Él con su reino emperador de todo lo criado! A este Señor amemos, á Él sirvamos y á Él siempre alabemos, viviendo, porque con Él reinemos en aquel reino celestial y perpetuo del cielo.

CAPÍTULO XXX

DEL POCO CUIDADO QUE LOS PADRES ANTIGUOS TUVIERON DE RICOS SEPULCROS

Enterró Abrahan á su mujer Sara en una cueva doblada en el campo (1). Una de las cosas en que la curiosidad de algunos ha dado es en hacerse suntuosos y costosos sepulcros. Siendo cosa tan vil un cuerpo muerto, manjar de gusanos, parece que quieren los que en esto se desvelan llevar la honra vana del mundo tras sí. El buen cristiano en vida y en muerte ha de dar una bofetada al mundo y dejar testimonio de

(1) Gen., xxiii.

cuán en poco tuvo lo que otros no bien considerados estiman en tanto. Este gran príncipe y rico varon Abrahan, amigo de Dios, no labró sepultura de jaspe, ni de alabastro rico, sinó compró un campo y en una cueva que naturaleza había hecho, enterró á su mujer, princesa y gran señora, la cual murió teniendo ciento veinte y siete años; y en la misma cueva fué sepultado este patriarca santo. San Jerónimo dice que los masagetos tenían por cosa inhumana que sus difuntos fuesen comidos de gusanos, y por tanto tenían costumbre de guisarlos y comerlos. Otra nacion de gente bárbara los colgaban al sol para que allí se secasen. Los filósofos en sola lumbre natural hicieron poco caso de la sepultura. Amenazó un tirano á Diógenes que le mataría y le echaría al campo, que le comiesen las bestias y las aves; y él respondió, ¿qué se me da á mí despues de muerto que mi cuerpo se pudra sobre la tierra ó debajo de ella? Ya no sentiré dolor alguno, aunque me despedacen las bestias. Reprension es grande esta para los que tanto caudal hacen de sepulcros tan costosos, olvidando los pobres, que tanta pobreza padecen. Que bien dijo un profeta: *La piedra asentada en la pared dará voces, y el madero que está en el edificio responderá* (1). ¡Oh temeroso negocio para los ricos, que edifican palacios y sepulturas suntuosas! La piedra dará voces el día de la muerte y del universal juicio, y condenará la vanidad de los que tanta riqueza gastaron por fausto de mundo; el madero dorado responderá, confirmando el clamor y queja que dió la piedra. No olvidó nuestro Salvador una cosa tan profana, cuando con gran sentimiento dijo: *Ay de vosotros, que edificáis sepulcros blanqueados: parecen de fuera hermosos y dentro están llenos de podredumbre* (2). Grande exceso debía de haber entre algunos hebreos, pues el

(1) Habac, 2.
(2) Matth., xxiii.

Señor con tanta fuerza reprende esta vanidad, tan usada por los amadores del mundo. Bástale al cuerpo de tierra que le sepulten en la tierra; tal madre tiene; conténtese con esto y no quiera más: *tierra eres*, dijo nuestro Dios á nuestro padre Adan, *y en tierra te has de volver* (1).

De notar es que nuestro Salvador en las obras de misericordia, que dijo haber cumplido los benditos siervos suyos, no se hallará que diga: Fuí muerto y sepultásteme (2). Habló del hambre, sed, cárcel, cautiverio, enfermedad y del vestir; de la sepultura no hizo memoria: pues no es de pensar que tendría olvido de obra de tanta piedad. Cierto podremos decir que como los hombres tengan de esto tanta solicitud, parecióle á su Majestad no hacer memoria de esto: y áun consideró que va muy poco en lo que tanto estiman los hombres. No resucitará ménos glorioso el cuerpo del buen cristiano que se ahogó en la mar y del que no fué enterrado, que el cuerpo del que tuvo rico sepulcro. Con gran enojo amenazó Dios á Sobna, que tenía cargo del templo, porque había hecho un sepulcro alto para su sepultura y memoria: díjole, que le había de poner como pelota en una tierra espaciosa y que allí había de morir y elegir á Eliacim para aquel oficio. Por aquí entendemos que no agradan á Dios estos monumentos y sepulcros mundanos, pues así nueseto Dios castigó á este hombre y le reprendió por ello. Son algunos como los que edificaban la torre de Babilonia, para dejar nombre y memoria de sí. Mas el Señor confundióles las lenguas, y así cesó la obra, porque no se entendían. Todos los que tienen pretension de honra mundana y levantan memorias no se entienden ni saben lo que hacen: oigan la amenaza que Dios les tiene echa por David: *Yo destruiré sobre la tierra la memo-*

(1) GENES., III.
(2) MATTH., XXV.

ria de ellos (1), Teniendo tal contrario y tan poderoso ¿por qué no se humillan los hombres? ¿Por qué no buscan su memoria en el cielo? Allá lo dijo David y no puede faltar: *En la memoria eterna estará el justo, y no temerá de la palabra áspera* (2). Por ser tal San Pablo, primer ermitaño, proveyó Dios en el desierto quien le hiciese la sepultura estando ya muerto. San Jerónimo que escribe la vida de este gran varon, dice: Viniendo San Antonio á visitarle la segunda vez, hallóle de rodillas, las manos en alto, ya difunto; él se afligió mucho por verse solo y su monasterio tan léjos; comenzó á cantar salmos y á decir oraciones con muchas lágrimas, y no sabía qué hacer para sepultar aquel santo cuerpo. Estando tratando en su corazon esto, vió descender dos leones por una cuesta abajo y tuvo temor: mas llamando á Cristo, quitósele aquel miedo: llegaron los leones muy mansos y comenzaron á cavar con gran fuerza é hicieron una sepultura bastante para enterrar al amigo de Dios difunto; luégo los leones se derribaron á los piés de San Antonio, como pidiendo la bendicion en pago de sus trabajos; él se la dió y los leones se fueron: luégo el amigo de Dios, como pudo, tomó el santo cuerpo y púsole en aquel hoyo que los leones habían hecho: hasta aquí son palabras de San Jerónimo.

Noten aquí los grandes señores cuán solícito es Jesucristo en honrar á sus amigos: miren qué de milagros hizo aquí para declarar la santidad del que murió en un desierto, sin tener favor de la tierra: consideren cómo estima á sus siervos, que todo lo dejan por su amor; lo que emplean en sepulturas costosas, gástenlo con los pobres, redimidos con la sangre del Hijo de Dios, pues el Señor dice: que *á Él se dá lo que el pobre recibe* (3). Es decir, que se obliga á pagarlo con el ciento

(1) Psal. xxxiii.
(2) Psal. cxi.
(3) Matth., xxv.

doblado: los animales fieros se amansaron para servir al siervo de Dios, San Pablo, primer ermitaño, porque la gracia divina casi torna á restaurar la obediencia que los animales habían de tener al hombre, si Adan no pecara: y no tan solamente al difunto sirvieron estos leones, mas áun á San Antonio se humillaron, derribados á sus piés. ¡Oh amigos de Dios, que tanta privanza alcanzáis delante de aquella Majestad en vida y en muerte! Bendito sea tal Señor, que así consuela y regala á sus siervos. Bien vemos que el cuerpo del cristiano, lavado en el santo bautismo con los méritos de nuestro Redentor y ungido con aquel óleo santo, merece ser honrado y que se le dé sepultura; mas lo que es superfluo reprende la Escritura Santa y la razon lo condena. En poco tenía la sepultura aquel santo abad Arsenio, á quien dijeron sus discípulos: Padre, ¿y cómo os hemos de sepultar despues de muerto? El respondió: atadme una soga á los piés y sacadme arrastrando. Santa Mónica, estando muy al fin de la vida en Ostia Tiberina, cerca de Roma, dice nuestro Padre que oyó que sus hijos trataban de llevar su santo cuerpo á su tierra para enterrarla con su marido. Ella con pena respondió: ¿qué habláis, hijos? En ninguna manera se haga lo que decís, sinó aquí sepultadme. Lo que encargo mucho es que en el santo altar os acordéis de mí. Así mereció esta gloriosa santa que despues fuese trasladada y llevada á Roma con tanta solemnidad y milagros que hacía Dios con los que tocaban su cuerpo, que fué menester echar candidad de dineros por la calle para poder pasar con aquellos huesos santos.

¡Oh, santo Dios! ¡si acabásemos ya de olvidarnos de nuestra honra! ¡Si del todo muriésemos al mundo, buscando solamente la honra del que sólo debe ser honrado, nuestro Señor Dios! ¡Si, finalmente, dijésemos de corazon con nuestro Salvador: *Yo no busco mi honra, sinó glorifico á mi Padre!* (1). ¡Oh!

(1) JOAN, VIII.

¡cuán adelante iría nuestra estima y honra, confiándola en las manos poderosas del Señor! No lo había hecho así Joaquin, rey de Judá, sinó muy al reves. Por tanto mandó Dios á Jeremías: *Anda, vé á casa del rey y dí que su sepultura será como la de un asnillo, que en el campo le dejarán comer de las aves y bestias* (1). Tal sepultura merecía por sus grandes pecados este rey, que áun la tierra no le recibiese. Aquella desventurada reina, Jezabel, que hizo matar los profetas de Dios, en las bocas de los perros fué sepultada. Estaba á la ventana muy compuesta mirando la entrada del rey Jehú. Él preguntó quién era. Dijéronle que Jezabel. Luégo mandó echarla de la ventana abajo; los caballos con los piés la mataron, y luégo los perros se la comieron, que no dejaron sinó los extremos de los piés, de las manos y la calavera. ¡Oh, juicios justos de nuestro Dios, que así derriba los soberbios, que su fin ponen en la honra mundana! Y en tan gran manera levanta y ensalza á los humildes, cuyo estudio es huir de la honra en vida y en muerte, honrando y alabando á su Criador y Redentor Jesucristo de noche y de día sin cesar. Ellos trabajan por bajarse y el Señor se desvela en honrarlos. ¡Qué admirable competencia es ésta, y cuán provechosa! Si nos preciásemos de ella todos los cristianos, el Señor nos honraría, como ha hecho á sus amigos y lo hace ahora.

Bástenos, como á Abrahan, una cueva donde se pongan nuestros cuerpos debajo de la tierra, pues ellos son tierra y formados de ella. Cesen ya los sepulcros ricos y dorados, de jaspe y alabastro, pues los pobres padecen tanta necesidad, porque no nos reprenda Dios como á Sobna, que tenía hecho sepulcro rico y al fin murió en el campo y sin darle sepultura. Consideremos al rey Joaquin, que por su presuncion le comieron las bestias fieras, como se lo profetizó Jeremías. Final-

(1) Jerem., xxii.

mente, pongamos los ojos en aquella reina Jezabel, tan mundana, que la comieron perros, y aprovechémonos de los extremos de los piés, manos y calavera que quedaron, para que siempre nos acordemos de aquellos fines en el extremo de la vida, que son dolores, division del ánima y cuerpo y juicio estrecho que está aparejado para el ánima delante el recto Juez, Jesucristo, el cual honra á sus siervos que no tienen cuenta con la honra mundana ni quieren dejar memoria entre los hombres.

CAPÍTULO XXXI

QUE LOS DIFUNTOS SE HAN DE LLORAR CON MODERACION

No querria, hermanos, que ignoraseis el tránsito de los que duermen, porque no os entristezcáis, como los que no tienen esperanza (1). Aquí San Pablo habla con los cristianos de Tesalónica y tambien con todos los fieles. Llamar dormidos á los fieles que mueren es símil muy bueno y muy usado en el Testamento viejo y nuevo. De David se escribe: Durmió con sus padres. De Salomon se dice lo mismo, y de Ezequiel y otros muchos. Nuestro Salvador dijo de la doncella que resucitó en casa del Archisinagogo: *No es muerta la doncella, sinó que duerme* (2). De San Lázaro, de tres días muerto, dijo á sus Apóstoles: *Nuestro amigo Lázaro duerme, y yo voy á despertarle* (3). El filósofo dice que el sueño es un nudo que se da á todos los sentidos, porque el dormido ni oye, ni ve, ni habla,

(1) I Thesal., iv.
(2) Matth., ix.
(3) Joan., xi.

ni siente, y es tan necesario para la vida que no se puede vivir sin dormir. En manera que como en el sueño reposa del trabajo pasado el que duerme, y las fuerzas debilitadas se fortifican, así los justos cuando mueren descansan de la batalla y pelea que en esta vida mortal traen con los demonios, con el mundo y con su propia carne. El santo Job lo dijo y así lo vemos: *La vida del hombre guerra es sobre la tierra* (1). No dice solamente que el hombre es combatido, sinó que la misma vida es la pelea.

Si hay guerra en el reino, apartaos á vuestra ciudad. Si la revuelta anda en la ciudad, os retraéis en vuestra casa y tenéis quietud. Mas si queréis huir de esta guerra, no podéis, porque vuestra vida es la que os conquista y no la podéis huir el cuerpo. De arte que sin tener de fuera quien os persiga no os ha de faltar persecucion. Aun en el sueño, dice el santo Job, no faltan temores y espantos. ¡Oh! ¡dichosos los que á Dios aman de todo corazon! Pues que no mueren, sinó reposan y duermen. Y lo que se ha de notar mucho es que lo que dijo la esposa, hablando del sueño de contemplacion, cuando el ánima, olvidada de todo, se transporta en Dios, esto dice cada un justo cuando sale de la batalla de esta inquieta vida: *La mano izquierda de mi Esposo tengo debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me rodea* (2). Dénos el Señor á gustar la suavidad de este sueño, que pensar declararle con palabras no es posible. Bendito sea y loado el que dió poder al ánima para sentirlo, ya que no se puede con la lengua decir. Por tanto el santo rey David nos envía á la experiencia y no nos dice cuán suave es y cuán admirable este reposo y sueño del ánima que en tales brazos de Cristo descansa: *Gustad, y ved cuán suave es el Señor* (3). No son envidiosos los santos, sinó muy cris-

(1) Job, VII.
(2) Cant., II.
(3) Psal. XXXIII.

tianos y francos. En sintiendo algun gusto de Dios llaman á voces y convidan á todos á la suavidad que sienten. Y como David, segun en muchos salmos declara, era tan regalado de Dios, convida á todos al maná suave que él gustaba, porque con tal gusto les parezca hiel amarga todo lo que el mundo ofrece y estima. De notar es que juntó la vida del ánima con la suavidad de Dios: *Gustad y veréis* (1). Luégo se os abrirán los ojos para salir del engaño. Con gustar el panal de miel Jonatas, hijo del rey Saul, se le abrieron los ojos, segun él lo confesó. Estaba desmayado del trabajo de la guerra, y con aquel manjar dulce se confortó. ¡Oh, Jonathas cristiano, que la causa de tu flaqueza y desmayo en la batalla de esta vida esta es: gustas poco de Dios y mucho de la honra y de las riquezas! Llégate á Dios, que es más dulce que la miel, y tendrás ánimo para pelear y para ganar victoria de los filisteos, sus espirituales enemigos. ¿A quién temerá el ánima que duerme en brazos tan fuertes como los del Hijo de Dios? ¿A quién no vencerá la que tiene al Omnipotente por padrino y defensor? *Todo lo puedo*, decía el Apóstol, *en aquel que me esfuerza* (2). No se pudo más encarecer la virtud que Cristo comunica á quien le sirve y ama sobre todas las cosas.

Pues si en mitad de esta guerra campal, áun estando el ánima tapiada en el paredon pesado de este cuerpo mortal, sube á tan alto grado dándola Dios la mano, que duerme y goza de gran paz en Cristo, su Esposo, ¿qué será y qué sentirá cuando, dejada una carga tan terrible, descansare y durmiere en el mismo Señor que la crió y redimió? De estos dormidos, que salen de esta vida, dice el Apóstol que *no tengamos ignorancia*, que no mueren, sinó duermen para despertar, resucitando gloriosos. No dice que no sintamos la muerte de nuestros prójimos y hermanos, sinó dice que no sea excesivo

(1) I Reg., xiv.
(2) Philip., iv.

nuestro sentimiento y llanto. El Eclesiástico da licencia *que siete días se haga sentimiento sobre el difunto* (1). No siete meses ni siete años, sinó siete días. Verdad es que las exequias de Jacob celebraron con lágrimas los egipcios por sesenta días; mas eran infieles y no creían que aquel amigo de Dios dormía. En la muerte de Moises el pueblo lloró treinta días; y no es maravilla que en aquel tiempo se hiciese tal llanto, porque los santos no iban á gozar de Dios, sinó al limbo. Ya es otro mundo, y nuestro Salvador, muriendo, pagó la deuda del linaje humano; y por tanto, ó no se han de llorar los muertos, ó ha de ser con mucha templanza. Nuestro Salvador y Señor lloró cuando murió Lázaro; no porque murió, sinó por compasion que tuvo de las siervas suyas, Santa María Magdalena y su hermana, Santa Marta; y así lo nota San Juan, y dice: *Como vió Jesus á la Magdalena llorar, y á los que habian venido á visitarla de Jerusalen que lloraban, lloró con ellos* (2). Lo cual fué gran consuelo para las dos hermanas, tan afligidas por la falta que les hacía su buen hermano.

Cosa es de notar que el rey David al niño que estaba enfermo lloróle en vida é hizo gran penitencia, suplicando á Dios por su salud. Mas en siendo muerto salió de su retraimiento y pidió de comer, lo cual admiró á sus caballeros por verle tan conforme á la voluntad de Dios en la muerte de hijo que tanto amaba. Al otro hijo, Absalon, rebelde y malo, lloróle despues de muerto, porque murió en pecado mortal, haciendo guerra á su padre para quitarle la vida y el reino. Más sentía el santo rey la muerte perpetua del alma del mal hijo que la muerte corporal. Podemos sentir y llorar la muerte de los buenos, como dice San Ambrosio, por la falta que nos hacen con su vida santa y buen ejemplo que dan en la Iglesia de Dios. Hay tanta soltura y maldad en el mundo, que es gran lástima

(1) Eccl., xxii.
(2) Joan., xi.

ver cuán sin temor de Dios ni vergüenza de los hombres es ofendido aquel Padre de misericordias, Jesucristo nuestro Señor. Y que Dios nos quite los espejos en que nos miramos para imitar sus virtudes, no puede ser sinó sentirse y con lágrimas, mas se han de templar y moderar; lo primero, porque van á gozar de Dios; lo segundo, porque la divina voluntad ha de ser loada y alabada en todo, lo cual tiene tres excelencias, como dice San Pablo, demas de otras muchos: *Es buena, apacible y perfecta* (1). Es *buena* infinitamente, y lo bueno ha de ser amado de corazon. Es *apacible* á los buenos porque hallan en ella gran contento y alegría. Es *perfecta* porque todo lo que quiere es justo y es santo.

Por aquí entenderán los padres que hacen extremos cuando mueren sus hijos, y las viudas cuando pierden sus maridos, que se arrinconan, que áun no van á ver misa, cuán perdidas son sus lágrimas, pues ni el muerto ha de resucitar llorándole ni á su ánima aprovechan las lágrimas. Si dijeren que la pasion es la que llora, para eso es la razon, que la ha de enfrenar; y sobre todo es la fe y esperanza que tenemos de ver nuestros difuntos en descanso y gozar de la gloria que ellos gozan en el cielo. Con tales consideraciones no será nuestra tristeza y llanto como el de los infieles, que piensan que como muere un animal, que muriendo todo se acaba, así cuando sus difuntos pasan de esta vida, no queda rastro de ellos, diciendo aquello del Eclesiastes, que en nombre de estos escribió Salomon: *Una es la muerte de los brutos y de los hombres* (2). Esta locura les ha el demonio plantado en su corazon, porque sus vidas sean como bestias y no como de hombres racionales.

Tengamos delante de los ojos este aviso de San Pablo: no ignorando que nuestros fieles duermen y no mueren, pues reposan en Cristo, teniendo esperanza que los hemos de ver re-

(1) Rom., xii.
(2) Eccl., iii.

sucitados y gloriosos. Lloren los infieles sus muertos, pues que mueren para siempre morir en aquellas penas del infierno. Giman y griten cuanto quisieren, que bien tienen por qué llorarlos como á gente desventurada. Nuestras lágrimas vayan encaminadas por que Dios nos perdone nuestros pecados, como hizo á San Pedro y á la Magdalena. Empléense en llorar la muerte inocentísima de Cristo, el cual tanto por nosotros padeció, hasta dar la vida en la cruz, para que nosotros vivamos perpetuamente en compañía de los ángeles. Este es llanto precioso y sentimiento de gran valor. A los difuntos, sin llorar, ayudémosles con oraciones, limosnas y ayunos, para que, si están en purgatorio, los saque el Señor de él y los lleve á la gloria.

CAPÍTULO XXXII

QUE EL CRISTIANO PUEDE CON MÉRITO DESEAR LA VIDA

Señor, no me llevéis de esta vida en mitad de mis días (1). Gran diferencia hay entre los justos y los pecadores. Los buenos quieren vivir para hacer más penitencia y servir á Dios. Los pecadores desean la vida para gozar más de sus honras, de sus bienes y deleites. De aquí es que el justo con merito grande puede querer vivir, porque su fin es santo: uno de éstos fué el profeta David, el cual nos dijo ahora una oracion que él hacía: Señor, suplico á vuestra Majestad *que no me saquéis de esta vida en medio de mis días*. Es decir, querría, Señor, vivir más tiempo, para más amaros y serviros, padeciendo

(1) PSALM. X.

más trabajos por vuestro amor. O digamos así: no, Señor, en mi mocedad me saquéis de esta vida, porque la juventud tiene las pasiones muy vivas y es combatida por muchas partes. ¡Oh! ¡qué batallas tan bravas tiene la mocedad, si no es favorecida del Señor! Á cada paso cae: está la potencia irascible muy viva: y la concupiscible no ménos importuna. Yo no creo que hombre viejo, si tiene espíritu, querría por todo el mundo volver á la edad de mozo. San Pablo decía: cuando era pequeño, sentía como mozo y hablaba como mozo: mas cuando fuí hecho hombre dejé las cosas de la niñez. Por seguir Roboan, hijo de Salomon, el consejo de los mozos ancianos, dió tal respuesta al pueblo, que las diez tribus de su reino se le fueron y no quedó con más de dos, la tribu de Judá y de Benjamin. Aristóteles dice que el mancebo podrá ser sabio, mas no prudente: la razon es porque la prudencia gánase con la experiencia de largo tiempo, y ésta no puede tener quien há pocos años que nació. Esta es regla universal, la cual no niega que Dios dé su espíritu y prudencia á algunos mancebos. Josías, rey santo de ocho años, comenzó á reinar y destruyó ídolos y sus templos en el reino de Israel, é hizo cosas notables en el servicio de Dios. Salomon mozo era cuando se le dió la corona real. Daniel no era anciano cuando libró á Santa Susana de la sentencia de muerte que los viejos habían dado falsamente contra ella. Por donde se entiende que ser un mozo virtuoso y temeroso de Dios es un milagro en la tierra. Bien acertó el Sabio cuando dijo: *El deleite y la mocedad cosas vanas son* (1). ¡Que bien juntó estas dos cosas, que muchas veces andan hermanadas! De aquí es que David hacía particular oracion, diciendo: Señor, *no tengáis memoria de los pecados de mi mocedad, ni de mis ignorancias* (2). Tal oracion habían de hacer muchas veces en el día los mancebos,

(1) Eccl., xi.
(2) Psalm. xxiv.

para que nuestro Señor los perdonase: y se ha de advertir, que con los pecados juntó la ignorancia, porque cierto como gente que tiene poca edad sabe poco por experiencia.

El santo Job, estando afligido en aquella gran tribulacion se quejaba: Señor, ¿queréisme acabar y consumir con los pecados de mi mocedad? Nuestro Padre en sus Confesiones con grande instancia suplica que el Señor le perdone las culpas que en el tiempo de su juventud hizo. En manera que todos estos santos hacen gran memoria, y con gran razon, de los pecados cometidos en la mocedad, como en edad peligrosa. En el hebraico está así este verso de David: Señor, *no me llevéis en el curso de mi vida*. Llámase carrera la vida que vivimos por la prisa que llevamos, corriendo para la sepultura, que no hay saeta en el aire que tanto vuele. Pues está bien dicho: ¡Oh, Señor, en el medio de mis días, que es en medio de la carrera, no me quitéis la vida, que será peligrosa mi salvacion! San Lúcas nota que aquel hijo que pidió su herencia al padre, y se fué de su casa para ser un perdido, no era el mayor, sinó el menor. ¡Oh! ¡cuántos hijos pródigos hay hoy, mozos libres, que no tienen respeto á sus padres! Así los castiga Dios, porque no solamente gastan en vicios la hacienda, sinó áun el ánima traen cautiva en poder del demonio. Vuelvan, vuélvanse al verdadero Padre, Jesucristo, pues ven su perdicion, que tenderá los brazos de su misericordia, los vestirá con la vestidura de su gracia, y alegrarse han los ángeles con su buena venida.

El rey Ezechías, viéndose desahuciado en una enfermedad, suplicó á Dios que le consolase y diese más vida. El Señor le otorgó quince años de vida. El fué buen rey: y así es loado por el Eclesiástico por siervo de Dios. Por tanto podemos afirmar que se aprovechó y sacó gran fruto de esta misericordia, que el Señor le hizo, gastando estos años en penitencia y en obras santas. ¡Oh! ¡cómo esperaría el último día, y que contados tendría los meses de cada año! ¡Con qué espíritu an-

daría pensando en aquella hora de su muerte! Tengo para mí que cuando comía, se acostaba y levantaba, luégo se le ponía la imágen de la muerte delante. Tal es el cuidado de los temerosos y siervos de Dios, y así aprovechan mucho en el menosprecio del mundo y de sí mismos. Josué pidió á Dios que le alargase el día en que peleaba contra los enemigos, para dar fin á la batalla, y el sol se detuvo por un día, y al fin venció. Tales son los cristianos que desean más vida, no para darse á regalos y vicios, sinó para ganar victoria de los enemigos espirituales. Mas ¡ay de los que la vida, que el Señor les dió para ganar el cielo, la emplean en más ofender á su Majestad y para mayores penas en el infierno! Estos dice David *que no llegarán á la mitad de los días de su vida* (1). Ellos, queriendo mas vivir, se cortan y disminuyen la vida que naturalmente habían de vivir con sus excesos y vidas desordenadas, y en esto es Dios justo y misericordioso. Es justo, porque el pecador gasta mal la vida, y quien es tan ingrato merece que en breve muera. Es Dios misericordioso, porque con acortarles la vida les disminuye los tormentos del infierno, que habían de padecer, pecando más si más vivieran.

Llegaronse dos tribus con gran determinacion á Moises, y dijéronle: *no nos mandéis que pasemos el rio Jordan; aquí nos quedaremos porque hay buenos pastos para nuestro ganado* (2). Moises les reprendió ásperamente: *¿Por qué quebrantáis las fuerzas á vuestros hermanos? Habéis de ir adelante y pasar el Jordan:* los que desean más larga vida, no empleándola en servicio de Dios, son como estos cobardes que no querían pasar el Jordan, que es la muerte. Y la razon que dan es afrentosa. Dicen que hay buenos pastos acá para el ganado. Hallan estos sentidos brutales en que cebarse: gulas, deleites y pasatiempos vanos. Voz de estos cobardes y gente

(1) Ps. LIV.
(2) Num., XXXII.

viles aquella: *Andad acá, y hagamos guirnaldas de rosas ántes que se sequen: no haya prado por donde no pase nuestra lujuria, porque despues de esta vida seremos como si nunca tuviéramos sér* (1). ¡Oh, palabras de gente loca y que del todo ha perdido el juicio! Dicen que se coronen de rosas ántes que se sequen. No pueden dejar de decir la verdad, aunque están fuera de juicio. ¿Quién os dijo que estas honras del mundo se han de secar? Andad, que para eso no es menester fe: con nuestros ojos vemos que los cetros de los emperadores y las coronas reales se caen y marchitan en llegando la muerte. El rey Alejandro, *que hacía callar la tierra* y ganó tantas victorias, *reinó doce años*, y muriendo acabóse su señorío é imperio. Julio César, que cinco veces triunfó, y apénas hay memoria de él, florecillas son estas honras del mundo, que muy aína se caen y secan. Isaías lo dijo así: *Toda carne es heno, y su gloria como flor de heno* (2). No comparó el profeta la honra del mundo á una azucena, que tiene hermosura y delicado olor, sinó á la flor del heno, que ni tiene lustre ni provecho alguno. *¡Oh, hijos de Adan! ¿hasta cuándo seréis de pesado corazon? ¿Y para qué amáis la vanidad y andáis buscando la mentira?* (3). Con gran sentimiento exclamó David contra estos soberbios, que su felicidad buscan en esta vida: ¿Para qué amáis las honras vanas? Mirad que son sueño y cosa que no tiene sér, y habiendo de huir la mentira, la riqueza falsa y deleites, os desveláis buscándolos. Presto se han de secar esas flores; no hagáis caudal de ellas. Decían más aquellos desatinados: *No haya prado ni floresta á donde no gocemos de pasatiempos.* ¿No véis como por tanto quieren vivir y no pasar el Jordan, porque hallan prados para el pasto de sus toscos sentidos?

(1) Sap., II.
(2) Isai., XL.
(3) Psal., IV.

Díceles Moises: ¿para qué quitáis las fuerzas á nuestros hermanos? No hay quien tanto debilite la virtud y desmaye á los virtuosos como ver que algunos cristianos hacen tanto caso de las honras y riquezas, que parecen tener olvidado el cielo. Esta es gran tentacion, y de las mayores que acá se ofrecen. Por tanto es menester gran fe y amor de Dios para vencerla; de otro arte fácilmente caerá el cristiano. *Habéis de pasar el Jordan*, les dijo Moises: y así pasaron á su pesar, estas dos tribus de Ruben y Gad. Dice Cristo, figurado Moises, á los que se quieren perpetuar en esta vida y destierro: Habéis de morir aunque os pese, y se han de acabar los prados verdes y florestas de vuestros vicios, y se han de secar las coronas de flores que tejisteis en esta vida. ¡Oh! ¡qué burlados, qué confusos se han de hallar esa gente engañada que toma la sombra por luz y el sueño piensa que es vigilia!

Deseen los justos más vida y rueguen al Señor, que no los lleve en el medio de sus días, pues la mocedad es tan peligrosa. Bueno es que, como Josué, quieran que se les alargue el tiempo para dar fin á la batalla de sus enemigos. Vuélvanse á la pared y lloren, para que alcancen más tiempo, en el cual hagan penitencia, siempre dejando en las manos de Dios que haga su voluntad, como Cristo lo hizo orando en el huerto, y sepan que el Señor sabe cuándo más conviene para su servicio que se acabe nuestra vida: y en esto, como Padre, tambien mira á nuestro provecho. No hay herederos de aquellas dos tribus, que por hallar buenos pastos para sus animales, no quieren pasar el Jordan. De morir tienen, quieran ó no. Hagan rostro á la muerte, esperándola con vida cristiana, y tantas obras, que al fin, como dice nuestro Padre, tal hallarás á la muerte cual ella á tí te hallare. Si ella te halla justo y bueno, tú la hallarás buena y suave: y al contrario, si malo te hallare y pecador, la hallarás áspera, terrible y penosa. Doctrina es aquesta de gran provecho y digna de consideracion.

CAPÍTULO XXXIII

QUE ES MUY PROVECHOSO QUE EL QUE MUERE TENGA ALGUN SANTO POR ABOGADO

Llama, si hay quien te oiga, y vuélvete á alguno de los santos (1). Como los santos amigos de Dios tengan tanto favor en el cielo y alcancen grandes mercedes para sus devotos que los invocan y con fe y devocion los llaman, es cosa muy acertada en todo trabajo y tribulacion irnos á ellos. Esto es lo que ahora dice el santo Job: *Hombre: llama, si hay quien te oiga, y vuélvete á alguno de los santos.* Entenderemos cuánto pueden, gozando ya de Dios en el cielo, si consideramos cuán gran poder les dió el Señor, áun estando en este destierro y viviendo en carne mortal. ¡Qué de maravillas hizo Moises con aquella vara que Dios le mandó tener en la mano! Volvió las aguas en sangre en el reino de Egipto; hizo venir gran multitud de ranas, moscas y mosquitos y granizo, y destruyó los frutos de la tierra; y finalmente, abrió el Mar Rubro, para que pasasen como por camino seco los hijos de Israel y Faraon, y su ejército se ahogase en el mismo mar. Elías, gran profeta, mandó dos veces que descendiese fuego del cielo y quemase á los dos quincuagenarios del rey Acab, que le vinieron á llamar de parte del rey. Eliseo resucitó un niño viviendo, y despues de muerto, tocando sus huesos á un cuerpo de un difunto, se levantó vivo. ¿Qué diré más? sinó que Josué mandó al sol que no pasase adelante hasta ganar la victoria de sus enemigos, y el sol le obedeció. De aquí arguye

(1) Job, v.

muy bien San Jerónimo: dad acá si tanto podían estos amigos de Dios peregrinando en la tierra, ¿cuánto más podrán gozando de la gloria en el cielo? Hónrase mucho Dios en sus santos, y con uno, que es el santo Job, desafió á Satanas y le dejó confuso y vencido. Y pues en cualquier trabajo es bien que los llamemos, en el mayor, que es la muerte, razon es que invoquemos su favor: *Si tienes amigo, dice el Eclesiástico, en la tentacion le has de poseer* (1). Faltaron los amigos á Job en la adversidad, y siendo obligados á consolarle, le afligieron más, diciéndole injurias: porque ya el mundo tiene tal costumbre de ser amigo de mesa. No hay más amistad en los mundanos de cuanto dura el favor y el interes. ¡Oh, gente engañada! ¿Quién de tal amistad se fía? Los santos son amigos verdaderos: ámannos con amor caritativo y desinteresado, y por tanto jamas nos faltan, llamándolos con fe viva.

Sobre toda la devocion de los santos ha de subir la de la Vírgen, gloriosa Madre de Dios, la cual, cuanta ventaja hace á todos en santidad, tanto mayores favores alcanza de su precioso Hijo, nuestro Redentor Jesucristo. ¿Qué no podrá con Dios la que tanto pudo, que nos trajo al Hijo del Eterno Padre á la tierra y nos le dió humanado para nuestra redencion? ¡Oh dignidad admirable, que excede á los ángeles, pues ellos son siervos y ella Madre verdadera de Dios! ¡Oh, Reina del cielo y Señora del mundo! Bendita seáis vos, que podéis tomar aquellas palabras y decirlas con verdad, las cuales dijo el Eterno Padre dos veces, en el Jordan y en el monte Tabor: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual tengo yo contento* (2). ¡Admira á los espíritus celestiales, espanta á los demonios considerar tan soberana dignidad, que una doncella vírgen sea madre del mismo que la crió! Eva nos dió la muerte pecando: la Vírgen nos dió la salud y nos remedió obedeciendo:

(1) Eccl., VI.
(2) Matth., III.

aquella mujer nos destruyó y esta Señora nos dió la vida. Palabras son de nuestro Padre estas, engrandeciendo la dignidad de nuestra Señora y lo mucho que le debemos. Dice San Gregorio en sus diálogos de una doncella, llamada Musa, que tenía gran devocion con la gloriosa Vírgen: «Que la apareció una noche vestida de blanco y acompañada de muchas vírgenes, del mismo color vestidas; y hablando nuestra Señora con la doncella, díjola si quería tener compañía con aquellas vírgenes. Ella respondió que sí. La Vírgen le dijo: pues apártate de conversar con otras mozas: no trates en juegos, ni risas, y de aquí á treinta días yo vendré por tí. ¡Cosa admirable! Esta doncella se mudó de tal arte, y andaba tan devota y recogida, que admiraba á sus padres. Preguntándola qué novedad era aquella, respondió, nuestra Señora me lo mandó. A los veinte y cinco días cayó enferma y en el día trigésimo la Madre de Dios la visitó, como la primera vez, y llamóla. Ella, bajados los ojos, dijo: Mirad, Señora, que ya voy; mirad, Señora, que ya voy. Con estas palabras espiró y dió su ánima para acompañar á la Madre de Dios y al coro de vírgenes que con ella venía.» ¿Q ién hay que, oyendo estos favores de la piadosa Reina de los ángeles, no se despierta á servirla y alabarla? Con razon la llama la santa Iglesia *Madre de misericordia*, *vida y suavidad*, pues nos dió al que es misericordia infinita y vida eterna, Jesucristo, nuestro Redentor; tambien la llama por otros nombres, para gran consuelo nuestro y dice: *María Madre de gracia*, *Madre de misericordia*, *tú nos defiende del enemigo y en la hora de la muerte nos recibe*. Este verso es de un himno de mucha devocion, y muchas personas lo dicen cada día, y es muy bueno para el paso de la muerte.

Es aquí de notar no solamente la humildad de la Señora del mundo, que pudiera enviar un ángel para consolar á esta doncella su devota la primera y segunda vez, y no quiso sinó por su persona visitarla dos veces: mas áun se han de adver-

tir los avisos que la dió, para que mereciese tener compañía con las vírgenes gloriosas, que venían con ella. Miren aquí las doncellas el recogimiento que han de tener, huyendo de pláticas con hombres, no queriendo ser vistas, ni ver por las ventanas; apártense como de fuego, en recibir ni escribir papelejos, que son centellas del infierno. Gran alabanza es aquella de la mujer de Tobías, hijo del santo varon Tobías: *Famas*, Señor, *me acompañé ni anduve con mozas* (1). Así oraba aquella sierva de Dios, suplicando al Señor que la consolase en aquel gran trabajo, que el demonio le había muerto siete maridos. Ellos merecían tal castigo, como lo declaró el ángel San Rafael, porque no se casaban para honra de Dios y que su pueblo se multiplicase, sinó por fin bajo, para sus deleites. Oyóla Dios y consolóla, dándola un marido santo é hijo de otro santo varon. Era sierva de Dios y recogida; por tanto fué el casamentero un ángel y el marido gran siervo de Dios. ¡Oh! ¡si imitasen á la doncella todas las doncellas cristianas! ¡Si supiesen negociar sus negocios con Dios, y no por otros medios, que son ofensa del Señor! Miren lo que hacen, porque no las castigue Jesucristo, ordenando su justicia que sean mal casadas y vivan toda la vida descontentas y les quite los hijos en pago de haber tomado estado tan santo con principio de pecado mortal.

Demas de invocar, los santos del cielo, segun nos dijo Job, es gran fruto que el enfermo, entendiendo que está con peligro de muerte, llame personas eclesiásticas y religiosas para que allí hagan oracion y le ayuden á bien morir. De notar es lo que el glorioso San Gregorio dice en sus diálogos: «Un mancebo religioso, llamado Teodoro, no persona de mucho espíritu y mortificacion, cayó enfermo en tiempo de pestilencia que andaba en Roma, y vino á tanto extremo, que todos

(1) Tob., III.

pensaron que se iba poco á poco muriendo: juntáronse los religiosos, como es costumbre, para consolarle y orar por él. ¡Cosa espantosa de oir! Estando ellos orando dió voces: idos, Padres; idos, Padres; mirad que un dragon me quiere tragar y me tiene la cabeza dentro de su boca y me da gran tormento con sus dientes: si me ha de tragar acabe ya, porque no esté en tanta pena, y sabed que por estar aquí vosotros no acaba de tragarme. Los religiosos, oyendo palabras tan espantosas, decíanle: hermano, signaos con la señal de la cruz. Él respondió: no puedo, porque con las escamas me tiene cautivo. Finalmente postrados en tierra y llorando, oraban con mayor perseverancia. ¡Oh misericordia del Señor, que así oye las oraciones de sus siervos! Pasado un poco de espacio tornó á decir con alegría: gracias doy á Dios que aquel dragon va huyendo y vuestras oraciones le echaron de aquí, y no las pudo sufrir: rogad, Padres, á Dios por mí, que yo determino de enmendar mi vida; el mancebo vivió y se enmendó, habiéndose visto en tan gran peligro.» Este religioso dice San Gregorio que era de su monasterio; por este caso bien se entiende cuánto vale en el paso de la muerte la buena compañía para ayudar al enfermo y consolarle en el tránsito de la muerte.

Quiero concluir con lo que ví estando en Toledo: «Un mancebo de hasta quince años de vida recogida y sin vicios, estando enfermo, poco ántes que espirase, comenzó á levantar los ojos y con turbacion decía: ¿por qué me ahorcan? ¿por qué me ahorcan? ¿No me dirán qué he hecho? ¿Por qué me quieren ahorcar? Los que allí estábamos hacíamos oracion para que el Señor le consolase y que el tentador envidioso cesase de afligirle. Quiso nuestro Dios que se sosegó y cesó aquella vision y murió, como buen cristiano, para gozar del cielo.» Esta tentacion fué abono de su vida. Y porque el demonio no hallaba pecado en él para acusarle, hizo una horca imaginaria, amenazándole que le había de ahorcar, por turbarle en aquel

paso de la muerte; y esta era la queja que el enfermo tenía, que no le daban la razon por que le querían ahorcar.

Pues tan poderosos son los santos, y tan leales amigos, que en las aflicciones, y mayormente en la que es tan grande, que es la mayor, el pasar de esta vida á la otra, consuelan á sus devotos que los llaman, invoquémoslos en vida para que allí sean nuestros patronos en gracia.

CAPÍTULO XXXIV

CUÁN JUSTO ES DIOS EN CONDENAR Á PENA ETERNA AL QUE MUERE EN PECADO MORTAL

Justo sois, Señor, y vuestro juicio es recto (1). Esle tan natural á nuestro Dios juzgar rectamente, que es imposible hallar en la sentencia que da algun agravio de parte del sentenciado. La razon de esto es porque no sólo el Señor es justo, mas áun es la misma justicia. El ángel es justo porque sigue la razon, y el hombre tambien; mas ni el uno ni el otro es justicia. De aquí nace que Lucifer y sus malos ángeles pudieron obrar injusticia, desobedeciendo á su Criador y obrando contra razon; al contrario, San Miguel y sus caballeros, sujetándose con humildad y obedeciendo al Señor, obraron rectamente, conforme á razon y al don de gracia que el Criador les dió, dándoles juntamente el sér. Entenderemos esto mejor en Adan. Enriquecióle Dios con grandes virtudes; plantó en él excelente fe; adornóle de caridad y esperanza, y sobre todo le dió aquel don de la justicia original, cuyo oficio era sujetar

(1) Psal. cxviii.

los sentidos y sensualidad á la razon y la razon á Dios. Era como una república muy concertada y pacífica; mas al fin, como no era él justicia, pues la tenía por añadidura del sér que Dios le dió, tuvo poder para obrar injustamente, como de hecho obró. Pues decirnos el profeta David que *Dios es justo*, y que *su juicio es recto* (1), será decir: Vos, Dios mío, sois la misma justicia, y por tanto vuestro juicio de necesidad ha de ser recto y en todo muy acertado.

En todas las obras de Dios habíamos de tener por regla esta sentencia de David, para no errar y para merecer mucho, sujetando nuestro juicio al de nuestro Criador. Unos mueren ántes que nacidos; otros siendo niños; otros cuando son mancebos; y finalmente, otros salen de esta vida viejos. Esto obra el juez Cristo, conforme á su voluntad recta, y por tanto le hemos de alabar. Tambien mueren unos arrebatadamente; otros están toda la vida enfermos de diversas enfermedades. Estos son juicios de Dios, que han de ser reverenciados y no examinados. Así dijo Salomon: *El que quisiere escudriñar la Majestad divina será oprimido de su gloria* (2). Con razon es castigado el soberbio que se quiere entremeter en los casos reservados de Dios. Si acá un rey quiere ser obedecido, y no quiere que su criado le demande razon de lo que le manda, y tiene á descomedimiento que se le pida esta cuenta, ¿por qué el Rey soberano, sabiduría infinita, no se ofenderá que el hombre quiera penetrar sus secretos juicios? Cuando el Señor del mundo dijo su pasion á los Apóstoles, San Pedro quísole contradecir, hasta porfiar, que no había de pasar así. El Señor le trató mal y le dijo: *Satanas, véte tras mí; mira que me eres escándalo, y no sabes las cosas que son de Dios, sinó las de los hombres* (3). Aspera reprension es aquesta, y gran aviso

(1) Gen., III.
(2) Prov., XXV.
(3) Matth., XVI.

para los cristianos, que sepan bajar la cabeza y rendirse á la voluntad de su Criador. Díjole que se humillase y le siguiese, y que no quisiese ir delante, dando consejo á su Maestro, que con tanta sabiduría y piedad había tomado un medio tan trabajoso para redimir al mundo. Y se ha de notar que al demonio cuando le tentó la tercera vez no le dijo: *ven tras mí*, sinó: *anda; vété, Satanas;* la razon es porque el demonio es inhábil por su mala voluntad, confirmada en perpetua malicia. San Pedro era corregible y podíase enmendar. Por tanto le dijo: *Sígueme*. No te llamé yo para consejero, sinó para obediente. Decir el Señor: *Éresme escándalo*, no se ha de entender que podía ser escandalizado; porque si David dice de cada varon perfecto: *Que no será escandalizado, sinó que tendrá gran paz* (1), ¿cuánto ménos podía recibir escándalo el Señor de los ángeles, Cristo? *Ay de aquel que escandalizare alguno de estos pequeñitos*, dijo el Señor (2); luego de pequeños y flacos es recibir escándalo. Quiso, pues, decir nuestro Salvador: De parte tuya éresme escándalo. Mira que me acobardas con esa contradiccion que me haces, diciendo que no he de padecer por tu remedio y por todo el mundo. No sabes los consejos de Dios que disponen tal medio, por ser el mejor y más conveniente; sólo sabes lo que aman los hombres, que es honra y descanso, no cruz ni trabajos. ¡Oh, Señor y Dios mío! ¡cuánto os debemos por esa caridad tan inflamada, con la cual deseáis nuestra salud! Vos, al fin, habéis de hacer lo que tenéis determinado; ¿qué se os da que Pedro diga lo que quisiere? Verdad es, dice el Señor, que todo el mundo no será parte para estorbar mi muerte; mas como la deseo tanto, áun oir que no la he de padecer, me aflige y da gran pena. De manera que quien al Apóstol tan amado reprendió tan ásperamente, porque no sujetaba su parecer al de su Maestro, bien da á entender que

(1) Psal. cxviii.
(2) Matth., xviii.

no quiere que en sus juicios tan justos nadie se entremeta, si no quiere ser rigurosamente castigado.

Uno de los juicios rectos de Dios (aunque al parecer tiene dificultad) es por culpas, que se acabaron con el tiempo, dar tormento eterno al que condenó al infierno. Mata uno á otro, dándole una puñalada, y cae luégo muerto. Si muere sin hacer penitencia será para siempre atormentado; esto con gran razon y justicia. Dice muy bien Santo Tomás, y áun acá lo vemos, que la justicia, degollando al que mató á un hombre, le da pena perpetua y le aparta para siempre de la república donde moraba; ¿cuánto más el que ofendió á Dios y murió en pecado mortal, con justicia será sentenciado á pena eterna? Hay otra razon, y es que el que ofendió á bien infinito merece pena infinita, ésta no segun intencion, que no bastaría á sufrirla, pues el remedio es que no tenga fin. San Gregorio en sus Diálogos trae otra razon bien de notar, y es que nuestro Dios no mira tanto al tiempo breve que duró cuando se hizo el pecado, sinó considera principalmente la voluntad del pecador; y porque ésta no tuvo fin viviendo en este mundo, no tenga fin la pena que ha de padecer en el otro. No es de pasar en silencio otra razon que nuestro Padre da: Justamente el pecador es castigado con pena eterna, pues pecó, menospreciando la vida eterna para la cual fué criado. De estos pecadores dijo David: *En nada tuvieron la tierra, digna de ser muy deseada* (1). ¡Oh, ceguedad de los mortales! ¡Por cuán poco dan de mano á aquella tierra, que mana leche y miel, figurada por la tierra de promision! ¡Cuán pequeño interes los ciega, y cuan vil deleite los lleva tras sí! Un cielo tan rico; una gloria eterna; unos deleites tan limpios y perpetuos, que el Hijo de Dios los ganó con su muerte, todos los ponen debajo de los piés, como gente loca. Y áun podríamos decir, demas de las razones

(1) Psal. cv.

que recontamos, que la justicia demanda que, pues es el pecado perpetuo, que sea la pena perpetua.

Para declaracion de esto notemos que una de las miserias de los condenados es llevarse consigo sus malos deseos y sus pecados. La misma soberbia y avaricia y perversas aficiones que acá tenían al infierno las llevan. Vemos esto claro en aquel rico avariento que dijo al patriarca Abrahan: *Que si enviase algun muerto que predicase á sus hermanos, creerían y harían penitencia* (1). Esta locura tenía él viviendo, queriendo que algun difunto le dijera los tormentos que hay en el infierno, y con tanto él creería. ¡Oh, misericordia grande! que no basta que sus malas obras vayan tras ellos, como dice San Juan, sinó que tambien llevan consigo sus malos deseos. En manera que allí ardiendo están deseando más pecar; y pues siempre están pecando, aunque la bondad de Dios no se lo cuenta á nuevo pecado, para darles mayores tormentos, siempre pecando, razon es que siempre sin fin penen.

Hay otro gran mal en aquel lugar de los condenados, que demás del fuego que los abrasa, tienen un gusano que les come las entrañas: no es gusano vivo de los de acá, porque en el fuego no podría vivir. Aristóteles dice que por su fortaleza el fuego no consiente cosa viva. Y segun esto, lo que se dice de la salamandra es cosa muy dudosa: luego este gusano ha de ser el que dijo San Pablo, una reprension terrible y remordimiento de conciencia. Este tormento excede al del fuego, porque está muy dentro del ánima. Esto es lo que dijo Isaías: *El gusano de ellos no morirá: y su fuego no se matará* (2). Así se ha de entender lo que dijo el santo Job: *que en el infierno no hay órden, sinó horror sempiterno* (3). El Apóstol dice: *que todo lo que Dios hace va ordenado* (4); y

(1) Luc., xvi.
(2) Isai., lxvi.
(3) Job, x.
(4) Rom., xxxi.

así la justicia divina tasa las penas conforme á las culpas. De Babilonia escribe San Juan: *dadle tanto tormento cuanto fué el deleite que recibió pecando* (1). Luego, segun declara San Gregorio, *el desórden es la confusion grande que tienen en sus conciencias los malos: en manera que de parte de Dios, que los castiga, hay gran concierto; el desconcierto está dentro de los condenados.*

Ó digamos así: que allí no hay órden, porque ni tiene reverencia el hijo al padre, ni la hija á su madre. El hijo dice: maldito seáis vos, padre, porque viendo que yo iba perdido y ofendiendo á Dios no me castigasteis, que con el castigo yo me enmendara y no viniera á este triste lugar. La hija dice á su madre: ¡oh! maldita seáis vos, que las vanidades y trajes mundanos de vos los aprendí, y por vuestro mal ejemplo anduve perdida, pecando: por tanto soy condenada, siendo vos gran parte de mi perdicion. De esta manera no hay concierto ni órden en aquella casa de locos y gente desatinada. ¿Qué quiso decir nuestro bendito Salvador en aquella parábola de la zizaña, sinó el gran concierto que Él ha de tener en castigar á los malos? *Diré á mis segadores: arrancad primero la zizaña y atadla, haciendo manojos, para echarla en el fuego* (2). Es decir: vayan juntos los avarientos en otro; los lujuriosos vayan en otro para su mayor confusion y tormento. ¡Oh, compañía miserable! ¡A quién no pone temor oirlo! ¿Pues qué será verlo? ¡Oh! ¡si los pecadores, olvidados de Dios cada día, de muchas horas perdidas, á lo ménos media hora considerasen cuán miserable vida tienen los condenados en aquel profundo! Rogaba el santo rey David á Dios: *Que los pecadores viviendo bajasen al infierno* (3). Y está bien dicho. Desciendan en tanto que viven, contemplando el rigor de

(1) Apoc., xviii.
(2) Matth., xiii.
(3) Psal. Liv.

vuestra justicia, porque no desciendan despues de muertos, cuando no tendrán tiempo de hacer penitencia.

Da voces San Pablo con aquellas palabras de Isaías: *Mirad que ese es el tiempo aceptable al Señor: mirad que este es el día de la salud.* (1). Aquel tiempo es para penar, pagando por sus pecados los que en pecado mortal murieron. Este es tiempo para volverse á Dios el pecador y para que Dios le reciba. Día es de salud, si los enfermos quisieren sanar, si dijeren de corazon con David: *Habed misericordia de nosotros, Señor, que estamos enfermos* (2). No dijeron los leprosos que encontraron á Cristo en un camino sinó una palabra: *Jesus, Maestro, habed misericordia de nosotros* (3); y luégo los consoló y sanó. Hombre enfermo de la lepra del pecado, llama á Jesus y te sanará. Da voces, que Él oirá y te limpiará esa alma leprosa y fea. No dilates tu remedio, que es la vida breve y la muerte cierta. Llamó la cananea y perseveró llamando, y alcanzó la salud de su hija, atormentada del demonio: ¿por qué estás mudo? Confiesa tus pecados al confesor y vicario de Cristo: ten dolor de ellos y recibe la absolucion: perdonarte ha el Señor, que no quiere tu muerte, sinó que vivas y te conviertas. Día es de salud el que ahora tienes presente: el Médico te espera y llama: no seas ingrato á tan gran beneficio, porque si ahora no te remedias despues de la vida no hallarás favor.

Entendido está cuán justo es Dios en condenar á los que mueren sin penitencia, porque Él es la misma justicia: mira más á la voluntad del que peca que no á la obra del pecado, que en breve se acabó: y pues no dejó de querer pecar, justo es que no deje jamas de penar: y pues ofendió al que es Majestad infinita, la razon dice que se le dé pena infinita, á lo

(1) II Cor., VI.
(2) Psal. VI.
(3) Luc., XVII.

ménos *extensive*, que no tenga fin. Mírese que demas de las penas del fuego hay gusano atormentador de la conciencia, el cual será eterno, así como lo ha de ser el fuego. Y áun débese considerar que el mayor tormento de aquellos miserables no es la pena del fuego y de los sentidos, sinó el carecer de la vista de Dios, para lo cual fueron criados. Esto es lo que más aflige y atormenta, porque saben que para siempre han de estar apartados de Dios y de la gloria que gozan los santos.

CAPÍTULO XXXV

CUÁN LIBERAL ES DIOS EN PREMIAR Á LOS JUSTOS

Gozaos y alegraos, que vuestro premio grande es en los cielos (1). Si los hombres considerasen la franqueza del Señor para con ellos, sería bastante motivo para siempre alabarle y servir con gran fervor: mas como se ocupan en cosas bajas, parando en lo visible, no se levanta su ánima á contemplar cuántas mercedes reciben de aquella franca mano de su Criador, cuya solicitud es siempre hacer mercedes, no solamente á los buenos y justos, sinó áun á los malos, que le ofenden. Por Isaías manifiesta este soberano Señor esta verdad y dice: *Extendí mis manos al pueblo, que no creía, mas ántes me contradecía* (2). ¿Qué corazon hay tan de diamante que con tales palabras no se enternezca y ame á tan magnífico Señor? Si así es que las dádivas quebrantan peñas, ¿cómo tantos dones y tan grandes misericordias como cada hora reci-

(1) MATTH., V.
(2) ISAI., LXV.

bimos de Dios no roban nuestras entrañas, inflamándolas en su amor? A manos abiertas, y no encogidas, dice que da favores y bienes á los que le ofenden: ¿cuánto más las abrirá para dar galardon á sus amigos, que guardan su santa ley y le obedecen? Esta razon, gran fuerza tiene y ata todo entendimiento. Para dar á entender á los justos nuestro Salvador Jesucristo algo de los tesoros que les tiene guardados habla ahora con ellos, dándoles prendas de gran confianza, y dice: amigos míos, si el mundo os persiguiere, si os maltratare y os maldijere, no os turbéis ni entristezcáis, sinó gozaos y alegraos, que vuestro salario asegurado lo tenéis, y copioso es y no en la tierra está depositado, sinó en el cielo.

Es aquí de notar que el gozo se siente en el corazon é interiormente: la alegría sale al rostro y parece de fuera. Y así la Reina del cielo en su cántico dijo: *alegróse mi espíritu en Dios mi Salvador* (1). Era tanto el gozo interior que sentía teniendo á Dios hecho hombre en sus virginales entrañas, y en ver que el Señor hacía tantas maravillas en casa de Zacarías, santificando al Bautista, niño de seis meses, y haciendo profeta á su madre, que aquel gozo interior se le parecía en el rostro. De arte que doblado gozo quiere el Señor que tengan sus siervos, *interior y exteriormente;* y por tanto dice: *gozaos y alegraos que vuestro premio grande es, y muy bastante en los cielos.* Esto era lo que admiraba á los tiranos perseguidores de los mártires, y la causa por que muchos se conviertan á Cristo, ver no tan solamente que con paciencia sufrían los tormentos y las injurias, mas áun con gran alegría cantando alabanzas al Señor. Y tenían razon de admirarse, viendo una cosa tan sobrenatural, que en lo que se habían de entristecer y llorar mostraban tan gran contento.

Verdad es que para merecer la gloria basta que los cris-

(1) Luc., 1.

tianos tengan paciencia en las adversidades que Dios les da, con pobreza y enfermedades: mas los varones animosos y perfectos pasan adelante, no contentándose con padecer, sufriendo con mansedumbre las penas y trabajos: más áun alegrándose con esta doblada alegría que el Señor aquí les dice que tengan. Bien se entiende que las fuerzas naturales no llegan aquí, porque la carne es flaca; mas ya tiene Dios de costumbre que cuanto más dificultoso es lo que manda mayor abundancia de gracia y fortaleza da para que se cumpla. De manera que mandarnos *que amemos á los enemigos, y que les hagamos buenas obras* (1), es obligarse su Majestad á dar virtud para obra tan heroica. Lo mismo hemos de entender aquí, cuando nos dice que nos gocemos y alegremos en las adversidades que nos sucedieren, porque Él se obliga por su gran bondad á dar el caudal y virtud, para que obremos lo que por nuestras fuerzas flacas no pudiéramos. Y esto quiso decir en la parábola de la cepa y de sus sarmientos; y concluyó: pues que toda la virtud le viene al sarmiento de la cepa, con quien está unido, siendo yo, como lo soy, la cepa y vosotros los sarmientos, entendido tendréis que *sin mí nada podéis hacer*. Por donde entendemos que sufrir con alegría las penalidades de esta triste vida es maravilla que el Señor obra en nosotros: por tanto nos hemos de humillar y dar gracias á quien tanta merced nos hace. Aviso grande es aqueste para que el ánima se consuele en toda afliccion, sabiendo muy cierto que el favor de Dios no le ha de faltar, si con humildad orare, confiando en la virtud del Señor, que no le faltará.

Si á la fuerza del vocablo que nuestro Señor aquí usó, miramos, *merced* quiere decir jornal, que se debe al trabajador por su trabajo. De aquí es que nuestro Redentor dijo *que si alguno diere un jarro de agua en su nombre, que no perderá su*

(1) MATTH., V.

merced (1). Quiere decir: yo le pagaré su trabajo. ¡Oh! ¡bendito seáis vos, Señor, que nos dais Vos el agua á fuentes y á ríos caudalosos, y prometéis premio por una jarra de agua que demos por vuestro amor! ¡Oh! ¡qué deseo tiene el Señor que entremos en trato y compañía con Él para enriquecernos! Con mucha conveniencia le puso su nombre el Rey del cielo, llamando jornal al premio de sus escogidos para consolarlos y animarlos en su servicio, y áun para honrarlos, dándoles parte de su obra. Isaías dice: *Todas nuestras obras hacéis Vos*, Señor, *en nosotros* (2). ¡Válgame Dios! ¡qué competencia tan admirable! Dios dice que nosotros merecemos la gloria obrando, y que es *jornal:* y el Profeta dice que *Dios lo obra todo en nosotros*. Todo es gran verdad, porque Él es el principal Autor de todo lo bueno que obramos, y nosotros con nuestro libre albedrío ayudamos á Dios. Y porque dice el Apóstol: *que no somos bastantes á pensar algo de nuestra parte, y que toda nuestra virtud nos viene de Dios* (3), debemos con humildad reconocer las mercedes recibidas de su mano, y en cada obra buena que hacemos decir con Isaías: *Todas nuestras obras, Señor, Vos las obráis en nosotros*. Responde á esto lo que el Señor dijo: *cuando hiciereis todo lo que os tengo mandado, decid: Siervos inútiles somos, haciendo lo que debíamos obrar* (4). Gran mérito tiene el ánima, que cada día á lo menos, cuando examina su conciencia, cumple lo que aquí Cristo le mandó, llamándose sierva sin provecho, cuando no sintiere de sí pecado alguno.

Si uno sirviese al rey en la guerra con grandes trabajos y peligro de su vida y viniese á suplicarle que le diese de comer, pues tantos años ha servido á la corona real y ha proba-

(1) Marc., ix.
(2) Isai., xxvi.
(3) II Cor., iii.
(4) Luc., xvii.

do bastante su intencion; si el rey le dijese: amigo, yo estoy satisfecho de vuestro buen servicio y quiero haceros un favor, y es que vos digáis qué es lo que queréis, que yo lo firmaré. Si este hombre fuese discreto y avisado, tres cosas había de suplicar. La primera es que la merced que se el ha de hacer sea grande, para que le saque de pobreza y pueda vivir sin necesidad. La segunda es que sea en juros perpetuos, y no de por vida, porque así pueda testar y mandar en su testamento á quien quisiere parte de ellos y lo demas emplearlo en que se haga bien por su ánima. Finalmente, había de pedir que esta merced no se la haga en Indias ni en tierra ajena, sinó en su propia tierra, para que con sus parientes y amigos gozase de aquella merced, sin estar desterrado de su tierra. Aquí parece que nada faltaba para vivir contento. Nuestro Dios, Padre de misericordias, con todo lo que acertadamente podíamos pedir nos sale al camino y nos lo ofrece. Todas estas tres cosas encierran en sí estas palabras: *Gozaos y alegraos, que vuestro jornal es grande en los cielos.* Lo primero, este premio es grande, y su grandeza no se puede con palabras declarar, porque es poseer bien infinito, el que es Dios: y como es imposible comprender á Dios, tambien es imposible poder comprender la gloria que el Señor ha de comunicar á sus santos. Es tanta su grandeza, que el entendimiento, conociendo aquella suma Verdad, queda del todo satisfecho, y la voluntad, amando al que es infinita bondad, no puede querer más de lo que allí ama. Finalmente, la memoria está tan llena y harta, que toda se emplea en representar al ánima las riquezas de Dios. Que bien dijo aquel gran profeta David: *Seré harto cuando*, Señor, *viere vuestra gloria* (1). ¡Oh ánima! Pasa por todo lo visible: traspórtate en aquel soberano bien invisible, tu Cria-

(1) Psal. xvi.

dor, en el cual está depositada tu paz y hartura, y ten por cierto que hasta que goces de aquel premio, para que fuiste criada, que todo el mundo que poseas no te satisfará. Nuestro Padre bien entendía este secreto cuando dijo: Hicísteisnos, Señor, para vos, y nuestro corazon está inquieto hasta que repose en Vos. Vengan honras, riquezas y pasatiempos; todo es nada, todo no hincha el seno del alma, que aunque tiene el sér limitado, y es criatura y finita, dióle el Señor una capacidad tan grande que es capaz de gozar del bien infinito. Cosa es de notar que si Dios diese á una ánima todos los espíritus celestiales y todo este universo visible, siempre quedaría hambrienta y descontenta, hasta que la dé á sí mismo en premio que le goce en gloria. Desasosegado y sobresaltado está nuestro corazon, Señor y Criador nuestro, hasta que descanse y tenga entera paz, gozando de Vos. La esposa en los cantares dice: *Soy hecha delante de mi esposo, como quien halla casi paz* (1). Ni dijo *paz*, sinó *casi paz*, porque la quietud que aquí tiene el ánima viviendo en este deitierro y valle de lágrimas no es entera paz, sino salva y gusto de aquella entera paz que los santos gozan en ver á Dios.

Hermanos, decía San Juan, *hijos somos de Dios; mas no se ha declarado lo que hemos de ser. Cuando se manifestare, entónces veremos á Dios como Él es* (2). Los grandes señores suelen traer á sus hijos cuando son pequeños medio descalzos y mal vestidos y dicen: dejarlos, porque sepan de todo. Así Nuestro Señor Jesucristo se ha con sus hijos. Consiente que anden en esta vida pobres, menospreciados y áun perseguidos, porque no se detengan en las cosas viles de la tierra: mas cuando ya son varones y salen de este mundo, entónces los enriquece y los contenta, dándoles el mayorazgo de la gloria.

---

(1) Cant., viii.
(2) I Joan., iii.

No nos congojen los trabajos, ni nos turben las adversidades: hijos somos de Dios, que nos adoptó en su único Hijo Jesucristo. Algun día se verá quién somos y veremos en su hermosura y esencia á su Majestad. No quiere decir San Juan que comprenderemos su esencia infinita: esto no lo pueden los serafines hacer. Sólo Dios se conoce como Él es, y se comprende. Lo que quiere significar es que ya no por velo de fe, como le contemplamos en esta vida: no por espejo con oscuridad, segun dijo San Pablo, sinó al descubierto, en su hermosura y gloria. Cosa es admirable cómo allí paga el Señor los servicios que el ánima acá le hizo, creyendo, amando y esperando en las promesas de su Esposo. La fe es allí remunerada, recibiendo el alma clara vista de su Criador. De aquí es que nuestro Padre dijo: todo el premio es la vista de Dios. La voluntad que acá amaba á Dios como en ausencia, recibirá la fruicion, amando en presencia á su Criador. La esperanza tendrá por galardon la posesion y tension de la gloria; y dirá con la esposa: *Ya le tengo y poseo; no le dejaré* (1). Palabras de osadía santa, porque el mismo Dios le asegura que para siempre poseerá aquella gloria que tiene. Algo hemos dicho de la grandeza de la gloria que nuestro Rey y Señor, Cristo, da á los siervos suyos. Vamos á la segundo, que es la perpetuidad de este premio.

Declara el Señor que será perpetuo este reino, diciendo que este salario no se libra en la tierra, sinó en los cielos. Miró con sus ojos claros Salomon, y áun hizo anatomía, y experimentó que *todo lo que se hace debajo del cielo es vanidad y afliccion de espíritu* (2). Y áun no se contentó con decir que era vanidad, sinó afirmó que era vanidad de vanidades, por más encarecerlo. Y no contradice esto á lo que en

(1) Cant., III.
(2) Eccl., I.

el Génesis leemos: *Vió el Señor todas las cosas que había obrado, y eran en gran manera buenas* (1). Porque en cada criatura resplandece el poder, saber y bondad de Dios. El poder se declara, pues pudo criarla. El saber, porque la sacó tan buena. La bondad porque sin necesidad del mundo la quiso criar. Luego querrá decir Salomon que todas las criaturas, comparadas con la perfeccion del Criador, son defectuosas y están sujetas á la nada, de que fueron criadas, si las dejase Dios de la mano. Y áun si se cotejan con aquel infinito sér de nuestro Dios, ellas no parece que tienen sér; y esto declaró nuestro Salvador cuando dijo: *Nadie es bueno, sinó Dios* (2). La bondad de la criatura desaparece delante de la bondad infinita de Dios, el cual solo es bueno por esencia. Tambien se dicen vanidad las criaturas, porque el hombre usa vanamente de ellas: por tanto David afirma que *el hombre es todo vanidad* (3), como si dijese: es el mar á donde corren todos los ríos de las vanidades. Y como acá los de un linaje, cuando se ven perdidos, acuden al mayorazgo, que les remedie, así, cuando las vanidades se perdiesen, las hallarían allegadas en el hombre vano. Y porque, segun el Señor nos avisa, *El camino del cielo es angosto y pocos caminan por él, y ancho el camino del infierno y muchos andan por él* (4), está bien dicho que *todas las cosas que debajo del cielo se hacen son vanas y afligen el espíritu.* ¡Oh! ¡dichosos los justos, que no debajo del cielo, sinó sobre los cielos, teneis vuestro premio guardado: no en estas cosas sujetas á corrupcion y que se han de acabar, sinó á donde han de ser perpetuas y no tendrán fin! Tan buen lustre tienen los cielos ahora como cuando Dios los crió há más de seis mil años; y serán perpetuos, que no de-

(1) GEN., I.
(2) MATTH., XIX.
(3) PSAL. XXXVIII.
(4) MATTH., VII.

jarán de ser. El santo Job dijo que *eran de metal* (1) por su perpetuidad. De manera que en decir Cristo que la gloria de los santos es en los cielos manifestó que sería perpetua.

Finalmente, hace la libranza de su salario Dios á sus escogidos en su propia tierra. Este es un misterio muy de notar, que nuestro cuerpo, con ser engendrado en la tierra, tiene una inclinacion y apetito natural de estar en el cielo. El ángel es espíritu y no determina lugar. El hombre tiene ánima y cuerpo, y como le crió Dios para morador y ciudadano del cielo empíreo, que es el más alto cielo y más excelente, su propia tierra es el cielo. Esto es lo que dijo David: Señor, *mi parte y heredad sea en la tierra de los que viven* (2). Tierra de los vivos llamó al cielo, donde los ángeles y los santos gozan de aquella fuente de vida eterna, nuestro Dios. Allá todo es vida sin muerte; salud sin enfermedad; alegría sin tristeza; paz sin temor de guerra.

Alégrense y gócense los que sirven á Jesucristo, Señor del mundo, y su alegría sea doblada en el alma y en el cuerpo, pues su galardon es grande y es para siempre; y no en esta peregrinacion, sinó en los cielos, que es su propia tierra, para donde fueron criados. Pasen por los trabajos, que tan presto tendrán fin, contemplando el salario tan excelente, que no tendrá fin.

---

(1) Job, xxxvii.

(2) Psal. cxli.

CAPÍTULO XXXVI

CÓMO CRISTO CONSUELA EN LA MUERTE Á CADA ÁNIMA DE SUS AMIGOS

Venid del monte Líbano, Esposa mía; venid del Líbano; venid y seréis coronada (1). Con tales palabras, tan dulces y amorosas, llama nuestro Salvador Jesucristo á cada un ánima cristiana que ha cumplido su santa ley, estando al fin de la vida. Monte Líbano es esta santa Iglesia romana. Es monte por su alta perfeccion, y tan alto que da con la cabeza en el cielo, y áun sube sobre todos los cielos por fe y amor de su Criador. Monte es de cuya altura cada cristiano atalaya y contempla lo profundo del infierno, considerando la justicia que el Juez soberano allí ejecuta en los pecadores, que hicieron mala vida y menospreciaron la misericordia del Señor, no queriendo hacer penitencia. Tambien contempla la bienaventuranza de los ángeles y santos, que con paz y gloria perpetua gozan de la vista del Señor del mundo. Monte muy encumbrado es, porque todas las sectas y leyes fuera de esta santa Iglesia romana valles profundos son, tenebrosos y desventurados. Llámase *Líbano*, que quiere decir *blancura*, porque en aquel monte todo el año hay nieve. ¡Oh, monte puro y blanco, enblanquecido con la sangre del Cordero de Dios, Cristo Jesus! *Estos*, dice el ángel á San Juan, *son los que vinieron de gran tribulacion, y lavaron y blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero* (2). ¿Quién es este Cordero, sinó aquel que el santo Bautista en la ribera del Jordan enseñó con el

(1) CANT., IV.
(2) APOC., VII.

dedo, diciendo: *Mirad que este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo?* (1). Al ánima imitadora de la vida de tal Esposo, y que le ha seguido en esta vida, viviendo con pureza, da voces el Esposo amoroso, Jesucristo, y le dice: *Venid del Líbano*, que es mi santa Iglesia; venid, que es ya tiempo de recibir la corona para ser reina en compañía de los ángeles y santos siervos míos.

No es esta corona como la que daban los romanos á los que triunfaban; no de palma ni de laurel, la cual presto se acababa y no permanecía, porque tal es la gloria de este mundo vano; ni tampoco es de flores, que en un día se afean y pierden la hermosura, y de las cuales decían aquellos mundanos: *Andad acá; coronémonos de rosas ántes que se sequen* (2). No pueden negar lo que la experiencia afirma, que todas las honras de este mundo son sueño, y ántes que se posean traen un mensajero cierto, y el temor de perderlas presto en la muerte, y áun á las veces en vida, segun vemos cada día. Corona es, mejor que de oro fino y de perlas preciosas, la que el Señor da al ánima, esposa suya que lealmente le ha servido, de la cual dijo el Apóstol: *Depositada está para mí una corona de justicia, y dármela ha el justo Juez en aquel día* (3). ¿En qué día, sinó en el de la muerte, acabada la batalla y ganada la victoria? Aquel precioso día es cuando triunfan los justos y se les da la corona de gloria, á la cual San Pedro llama corona que jamas se puede secar. Allí la reina Esther, humilde, recibe del rey Asuero corona perpetua de oro, la cual perdió la reina Vasthi por su presuncion y rebeldía. Bienaventurado es el que sufre la tentacion, porque siendo probado recibirá la corona de vida (4). Palabras son de Santiago, que declaran quién es

(1) JOAN., I.
(2) SAP., II.
(3) I TIM., IV.
(4) JACOB, I.

digno de la corona celestial, que es la gloria. Ha de ser probada el ánima, tentada en esta vida, y sufriendo, padecer los trabajos que el Señor le envía, y entónces merece ser reina, y no holgando y con regalos que la ley de Dios prohibe y condena. *No será coronado*, dijo el Apóstol, *sinó quien lealmente pelearе* (1). No basta pelear flojamente y con negligencia. Ha de batallar valerosamente y vencer quien ha de recibir de mano de Cristo corona de gloria perpetua. ¡Oh! ¡qué padecen los que sirven al mundo por una corona de gloria perecedera, que como humo en un punto desaparece! San Pablo lo encarece mucho, y dice: «Los que corren algun estadio, de todas las cosas se apartan. En nada entienden, sinó en tratar cómo ganarán la empresa. Aquéllos con tanta solicitud trabajan para ganar una corona corruptible, y nosotros corremos por poseer corona que no se puede corromper. Corred de tal manera que ganéis el premio.» Quiere decir: pues los que aman la honra mundana así trabajan, hasta dejar la ropa por más ligeramente correr; nosotros, cristianos, ¿por qué no haremos por el premio eterno lo que aquéllos hacen por el bien temporal?

Y se ha de advertir que esta corona de gloria no se gana en un año ni en treinta años, sinó en todo el discurso de la vida. Esto es lo que la voz del cielo dijo á un obispo: *Mira que seas fiel hasta la muerte, y darte he la corona de vida* (2). Nadie confíe, por mucho que haya trabajado, que no está seguro hasta que llegue al puerto pacífico, que es la muerte. Dos coronas da el Señor á cada un ánima que le sirve y ama. La una en esta vida, y la otra despues que sale del cuerpo. De la primera dijo el Eclesiástico: *El temor de Dios es corona de alegría* (3). No habla aquí del temor servil ni del mundano, sinó del temor filial, que es hijo legítimo de la caridad. El sier-

(1) II Tim., II.
(2) Apoc., II.
(3) Eccl , I.

vo teme porque no le azoten, y á no temer la pena hurtaría. El siervo de Dios teme ofender al Señor, no por la pena del infierno, sinó porque ama de corazon á un Padre tan bueno y santo como es Cristo. Este temor santo es la corona de gozo grande que aquí da de su mano Dios á sus amigos, los cuales temen tanto ofenderle, que darán la vida y mil vidas ántes que traspasen su santa ley. En manera que el ánima amadora de Dios siempre es reina en esta vida y en la otra; aquí viviendo, trae corona de gran precio, que es temor filial, que el profeta llamó temor santo, el cual persevera en un siglo y en otro. A esta corona responde la del cielo, para la cual llama el Señor, diciendo: *Venid, esposa, del Líbano y seréis coronada.*

Y si quisiéramos más á la clara entender el gran valor y estima de esta corona, oigamos á Isaías: *En aquel día será el Señor corona á los que quedaren de su pueblo y guirnalda de gozo* (1). ¡Oh! ¡dichosa el ánima que tal corona recibe y tal guirnalda pone sobre su cabeza! El mismo Dios, á quien acá sirvió y amó, ha de ser su corona. Él y no otro ha de ser su premio y gloria; su vista gloriosa ha de ser la bienaventuranza del ánima en aquel día. ¿Qué día es éste, sinó aquel día tan deseado, tan pedido y tan amado, que es el día de la muerte? Día de libertad y reposo: día cuando se da fin á esta vida mortal y comienza aquel día que no tendrá noche: día claro y de alegría, al cual llama la esposa *Medio día*, porque allí, como el sol á medio día con todas sus fuerzas envía sus rayos de luz, así en aquel día glorioso el ánima con toda su virtud y potencias amará á nuestro Señor Jesucristo, dándole gracias y alabanzas sin cesar: será el Señor guirnalda de gloria á sus amigos, porque allí dirá aquello del Evangelio: *Levántate, siervo bueno y fiel; porque en las cosas pocas fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor* (2). Llámale *bueno*, por la

(1) Isai., xxviii.
(2) Matth., xxiii.

vida buena y virtuosa que ha hecho. *Fiel*, porque todo lo que obró, encaminó para gloria de Dios, y no para su estima y honra, como los desatinados hipócritas lo hacen, *fuiste fiel en lo poco*. Todos los bienes de esta vida son de poco valor, y por tales se han de tener, no parando en ellos. Fiel es en estas cosas de poca estima el que, tomando lo que ha menester para sí y para su familia, reparte con los pobres. Este tal es despensero de Dios, como lo fué Abrahan, Lot y el santo Tobías. Al que así lo hace llama el Señor, para que entre en el gozo de la gloria.

Aquí nota nuestro Padre la grandeza y excelencia de la gloria que da Dios á sus santos, pues dice á cada uno *que entre en el gozo del Señor*. Un cántaro entra en la mar, mas la mar no entra en el cántaro; parte de ella sí, y quédase entera. Así los ángeles y santos andan como nadando en el mar Océano, que es Dios, llenos de gloria: mas no comprenden aquella Majestad infinita, la cual, haciéndolos bienaventurados á todos, entera se queda en sí misma. Nuestro Padre, hablando con Dios, dice así: Señor, decidme si es este el gozo del cual vos dijisteis: *Haced oracion, para que vuestro gozo sea lleno* (1). Será lleno y perfecto cuando vieren los justos á su Criador; ántes, ha de ser muy mezclado de fatigas y trabajos. De arte que todo aquel gozo no entrará en los santos, sinó todos los santos entrarán en aquel piélago de alegría sin suelo, que es Dios. Tanto se gozarán cuanto más conocieren á Dios: y cuanto más conocieren, tanto más amarán. ¡Oh, Señor mío! ámeos yo y conózcaos, porque me goce en Vos: y y pues en esta vida no puedo gozar de aquella alegría perfecta, á lo ménos vaya creciendo hasta que entre en el gozo de mi Señor en compañía de vuestros santos. Esto dice nuestro Padre.

---

(1) JOAN., XVI.

Declara Isaías este gozo por dos símiles excelentes: *Se alegrarán*, Señor, *delante de Vos, como se alegran los labradores cogiendo la mies, y á la manera que se gozan los que han ganado la victoria, cuando reparten los despojos* (1). Notemos cada palabra. Aquí están los justos como en ausencia del Señor, *porque creen y aman al que no ven*, como lo pondera San Pedro (2). Aquí consiste el mérito grande del cristiano. La esposa dice: *que le vió detras de la pared* (3). Quiere decir: que vió á Dios primero por fe, para á su tiempo verle en su esencia. Estarán en presencia de aquella Majestad soberana, cuando le gozaren por vision de gloria. Entónces se gozarán, como los labradores, que gozan en el Agosto del fruto de sus trabajos, los cuales se olvidan del frío del invierno, cuando araban y sembraban, con tener el provecho de su trabajo delante de los ojos. ¡Oh! ¡dichosa ánima que sembró viviendo en esta vida, llorando sus pecados, haciendo obras de misericordia y de verdadera penitencia! porque esta tendrá gran mies, cogerá rico Agosto. David vió estos sabios labradores, cuando dijo: *Andando su camino iban llorando y sembraban su trigo* (4). Caminantes y peregrinos son los justos, que no se detienen en esta vida, siempre ganando tierra. Estos lloran sus pecados y el destierro en que viven, porque saben que el Señor dijo: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (5). *Van sembrando su semilla*, porque juntan la vida activa con la contemplativa. Son María Magdalena y Marta, hermanas y discípulas de Cristo, que moran en una casa: y como fué la sementera grande, tambien ha de ser la cosecha grande. El Apóstol dice: *El que poco siembra, poco*

(1) Isaías, ix.
(2) I Petr., i.
(3) Cant., ii.
(4) Psal. cxxv.
(5) Matth., v.

ha de coger; mas el que siembra en bendiciones cogerá el fruto de ellas (1). Llama bendicion á la limosna, porque el que recibe suele dar gracias al que la da: y áun por aquella bendicion del día del juicio: *Venid, benditos de mi Padre*, á los limosneros dice Cristo que se ha de dar. Estos sembradores dice David: *que vendrán con alegría, trayendo sus haces en las manos* (2). Esto es, se gozarán cuando se les diere el premio de sus trabajos.

Comparó tambien el gozo de los santos el profeta Isaías *á la alegría de los caballeros que han ganado la victoria y reparten los despojos*. Este es un gozo que solamente le podría declarar quien hubiese pasado por él. Llámale la Escritura *Júbilo*, que es una alegría que eleva el ánimo en tanta manera, que casi se olvida de sí. Y así dijo el profeta David, exhortando al mundo que se alegrase por la venida del Hijo de Dios á salvarnos: *Alegraos, jubilando toda la tierra y cantad* (3). Y en otro salmo dijo: *Bienaventurado el que sabe qué cosa es júbilo* (4). San Basilio dice: que esta alegría es de los que han vencido alguna batalla. Pues con razon dice Isaías que los justos se gozarán á la manera de los que han vencido á sus enemigos cuando estén delante de Dios, gozando de la vista de su esencia divina, porque allí á la clara ven que todas las veces que vencieron al demonio, al mundo y á su carne, fué con la gracia divina, sin la cual no triunfaran de sus espirituales enemigos. ¡Oh, cosa admirable! Tantos gozos tendrán cuantas tentaciones vencieron en la batalla de esta vida y por cada vencimiento nuevo grado de gloria.

¿Quién podrá con palabras encarecer esta alegría de los santos vencedores animosos, que tan fuertemente pelearon?

---

(1) II Cor., IX.
(2) Psal. CXXV.
(3) Psal. LXVI.
(4) Psal. LXXXVIII.

Solamente el Rey celestial, Cristo, que tiene cuenta con los reencuentros, trabajos y tentaciones de sus escogidos para premiarlos, puede saber y significar qué contentamientos tienen los bienaventurados en el cielo. Digo sólo Cristo, porque ellos pueden recibir esta alegría y sentirla: mas no son bastantes para decirla, como ella es. Decía nuestro Padre de la suavidad, que algunas veces Dios le comunicaba en la oracion: lleváisme, Señor, á una suavidad que, si se perfeccionase en mí, no sé qué me faltaba para ser bienaventurado. No declaró cuán gran dulzura es la que el Señor, áun en este cuerpo mortal, le comunicaba; sinó dijo: *tan grande*, que á ser continua le pareciera ser ya bienaventurado. Y si el gozo de acá espiritual, que solamente se siente en Dios por fe, no se puede declarar, el que, visto el Señor á la clara en su esencia, sienten los santos, ¿cómo se podrá significar?

Cada día Nuestro Señor Jesucristo llama á sus esposas, que vayan á recibir corona de gloria perpetua: con tanto que hayan vivido en el monte Líbano, que es esta santa Iglesia romana, sirviéndole con fe y amor perfecto, y cumpliendo su santa ley. La corona y premio que les da el mismo Dios, al cual ven en su esencia y admirable hermosura. Él es su corona y guirnalda de alegría, segun nos dijo Isaías: Él es su riqueza, sus regalos y sus deleites perpetuos y sin fin.

CAPÍTULO ÚLTIMO

QUE SE ADMIRAN LOS ÁNGELES DE VER UNA ÁNIMA SUBIR AL CIELO

¿Quién es esta, que sube del desierto con tanta abundancia de deleites, recostada sobre su Amado? (1). Cuestion es que tratan los ángeles y espíritus celestiales, admirándose de ver á cada un ánima que, saliendo de este cuerpo mortal, va á gozar del Señor, que la crió y redimió con su sangre preciosa y vida: verdad es que se espantan cada día cuando una ánima amadora de Dios, puesta en contemplacion, olvida todas las cosas y penetra los cielos hasta presentarse delante la Santísima Trinidad. No podemos negar que, aunque hay tantos cristianos que con olvido de las cosas celestiales se ocupan en las cosas terrenas y perecederas, tambien hay ánimas siervas de Dios que dicen con San Pablo: *Nuestra conversacion está en los cielos* (2). Nuestro trato no está en la tierra, buscando honras, riquezas y pasatiempos vanos. Con ángeles del cielo y santos, que gozan de Dios, conversamos, con ellos hablamos y nos consolamos, cuya conversacion no es pesada, como la de los hombres, sinó muy suave, no peligrosa, sinó santa y provechosa. Allá en los cielos tenemos nuestro verjel, allí nuestro paraíso, mejor que el de Adan, á donde no faltó serpiente engañadora. ¡Qué bien dice nuestro Padre! ¿Quieres, hermano, tener aquí reposo y paz? Pon tu deseo en el cielo. Segun esto, la inquietud y turbacion que el alma padece resulta de no tener sus deseos y trato en el cielo, sinó

(1) Cant., VIII.
(2) Filip., III.

en las cosas bajas de la tierra. Siendo esta subida tan dificultosa, parte por la pesadumbre de este cuerpo mortal, parte porque la envidia del demonio, que rabia, viéndonos alabar á Dios y tratar de los verdaderos y perpetuos bienes, que son los celestiales, con razon se maravillan los ángeles, y dicen: ¿quién es esta ánima, que tan alto vuela, desterrándose de las cosas del suelo y empleándose en contemplar solamente las que acá tenemos presentes del cielo? Y áun nos espanta que con tanto gusto y deleite se ejercite en obra tan alta, y que, suspendidos los sentidos, repose y goce en su Señor y Criador, alabándole y regalándose con Él. Se ha de notar que con dudar y preguntar *¿quién es?* declaran en cúya virtud una ánima flaca por sí misma puede hacer obra tan heroica. Está apoyada sobre el brazo de su amado Esposo, Cristo. Con tal favor y apoyo, ¿qué no podrá una ánima? *Todo lo puedo*, decía el Apóstol, *en el que me esfuerza* (1). Gran gigante es una ánima unida por fe y amor con Cristo. Ningun contrario se la pone delante que no dé con él en tierra. El mundo huye de ella: y el demonio la teme y se espanta. Decía el Santo Job. *Ponedme Vos*, Señor, *cerca de Vos, y pelee quien quisiere contra de mí* (2). No huye de la pelea como cobarde, ántes se ofrece á ella y pone desafío contra todos sus contrarios. Esto es de corazon generoso y fuerte. ¿Cómo, dicen los ángeles, de ese desierto, donde hay tantas bestias fieras, soberbia, avaricia, envidia y tanta ira, viene acá cosa tan buena, tan humilde, tan mansa y caritativa? Si subiera del paraíso terrenal, á donde Dios puso á Adan y Eva, y los crió, dándoles su gracia y la justicia original, no fuera tanto de admirar: mas que de ese valle de lágrimas, donde hay tantas miserias y peligros para caer en pecado, suba tan limpia tan resplande-

(1) Filip., iv.
(2) Job, xvii.

ciente y tan graciosa, esto, ¿á quién no pondrá en admiracion? y dirá: ¿quién es esta, que sube con tanta abundancia de regalos y alegría, asida de la mano de su amado Esposo?

Podía responder el ánima á la pregunta de los ciudadanos del cielo: *La mano derecha del Señor me ha ensalzado; la mano del Señor ha obrado virtud* (1). Palabras son del rey David, que manifiestan la misericordia que Dios hace con una ánima en esta vida, convirtiéndola y sacándola del mundo, para que sirva á su Criador y Señor; y áun declaran la merced tan grande que hace con cada un ánima cuando la lleva consigo al cielo. Promesa es que por su clemencia Cristo hizo, no solamente á sus Apóstoles, sinó á sus amigos todos: *Otra vez vendré y llevaros he conmigo* (2). Vendré á vuestra muerte y os honraré, y se acabarán vuestros trabajos, y os llevaré en mi compañía á descansar en la gloria. Yo creo que pidiendo esta palabra y promesa, cuando San Juan, en la isla de Pathmos, oyó aquella palabra: *Yo vendré presto*, acabó su Apocalípsis el amado de Jesús, diciendo: *Venid, Señor Jesus*. Venid presto enhorabuena y llevadme con Vos. Responderá, pues, el ánima dichosa, que sube con tanto favor y alegría, y dirá á los ángeles: sabed que todo mi bien me ha venido de la mano de este mi amado Cristo, porque su mano derecha obró virtud conmigo, dándome su gracia y ensalzándome á tan gran dignidad, como ahora veis; y esta mano poderosa ha obrado virtud, glorificándome. Este Señor peleó con la muerte, y resucitó y venció; y de esta victoria gozo yo por su gran misericordia. Vosotros ¡oh bienaventurados ángeles! ayudadme á dar gracias á tan liberal Señor, con cuya virtud yo vencí mis enemigos espirituales, y en cuya sangre Faraon y su ejército quedó vencido, como antiguamente, para librar su pueblo

(1) Psalm. cxvii.
(2) Joan., xiv.

de aquel tirano, maravillosamente Dios lo obró. Y pues allí Moises con todo el pueblo dió gracias á Dios por tan maravillosa victoria, razon es que todos cantemos alabanzas á su Magestad, y digamos: *Cantemos al Señor, que gloriosamente es engrandecido, pues ha derribado en el mar al caballo y al caballero* (1). En el mar de su preciosa sangre y muerte queda el pecado vencido y el inventor de él, Satanas.

Epilogando en breve esta obra, diremos que la victoria de la muerte sólo uno la pudo ganar, el cual es nuestro Salvador Jesucristo, porque la muerte no puede morir sinó en su contrario, que es la vida, y sólo este Rey soberano pudo decir: *Yo soy resurreccion y vida* (2). Por tanto Él solo triunfó de la muerte; y porque es cabeza de los predestinados, esta victoria estambien de ellos. De aquí es que la muerte temporal no les espanta, ántes les es suave y dulce, porque es ya muerta. Hallan panal dulce en la boca del leon, que mató el fuerte Sanson. Leon bravo era la muerte ántes que el Señor muriese. Y si Eliseo con sal quitó la amargura de las aguas de Jericó, ¿por qué el Profeta de los profetas, Cristo, con su preciosa muerte no hará suave el tránsito y muerte de sus amigos? Maná suave es á los que han salido de Egipto, no con el cuerpo solamente, sinó con el deseo, sirviendo á Dios en el desierto de la penitencia, aunque á los malos es desabrida y más amarga que la hiel, porque áun se quedan en Egipto, que es reino del demonio, atormentador de los que le sirven. Estos miserables no gozan de la victoria que el Señor del mundo les ganó con tanto trabajo; y por tanto les dará su maldicion, enviándolos al fuego eterno en compañía de los demonios; y resucitando, será para su mayor tormento, penando con el cuerpo y con el ánima. Los justos resucitarán para mayor gloria y resplande-

(1) Exod., xv.
(2) Joan., xi.

cerán sus cuerpos gloriosos como el sol. A éstos llama nuestro Salvador, para darles corona de gloria y pagarles sus buenos trabajos; de cuya subida al cielo los ángeles se admiran, y alaban mucho á Jesucristo, que tanto favor les dió, para que de este desierto y valle de lágrimas fuesen al cielo, que es su propia tierra, para donde fueron criados, donde perpetuamente gocen de la vista y hermosura de su Criador y Señor, al cual sea gloria y alabanza por todos los siglos. Amen.

ÍNDICE

DE LAS COSAS NOTABLES QUE CONTIENEN ESTOS DOS TOMOS

El primer número indica la página, el segundo el tomo.

A

Adulterio. Los egipcios lo juzgaban mayor delito que el homicidio. 278, 1.

Alma. En pecado es un infierno abreviado. 189, 1. El mayor castigo que la da Dios, es apartarla de sí. 248 y sigs., 1.

Ambicion y ambicioso. La ambicion de mandar nace de no mirar las penalidades que acarrea el mando. 39, 1. El ambicioso da muestras de que está pobre de virtudes. 93, 1.

Amistad. Sólo dura la del mundo lo que dura el interes. 274, 2.

Amor de Dios y del prójimo. El amor del prójimo tiene medida, el de Dios no tiene tasa. 41, 1. El amor de Dios y el del prójimo están simbolizados en las ruedas de la carroza de Ezequiel. 42, 1.

Alejandro Magno. Caso que le sucedió con unos pintores. 39, 1.

Ángeles. Por qué no hicieron los ángeles el arca de Noé. 128, 2.

Audiencia. Sentencia grande, la que dijo una mujer á Alejandro Magno, porque no la daba audiencia. 48, 1.

B

Bautismo. Los párvulos que murieron sin bautismo no padecen pena de sentido. 229, 2.

Beneficios eclesiásticos. En quiénes se deben proveer, 92, 1.
Bienes. Los de los eclesiásticos son de los pobres. 104, 1.

C

Camino. El del vicio es áspero y dificultoso. 160 y 187, 2.
Casado. El que tiene medianas conveniencias es más feliz que los ricos. 298, 1.
Castidad. Se alaba y aconseja. 209 y sigs., 1. En los triunfos de la castidad se renueva el prodigio de los tres niños de Babilonia. 211, 1.
Cristo. ¿Por qué lloró la pérdida de Jerusalen el día de Ramos, y no otro día? 38 y 52. 1. Dirá á los obispos: ¿Cómo entraste á la dignidad? 95, 1. Fué peregrino en el mundo. 128, 1. Nació en el mundo cuando más lo desmerecía. 130, 1. Padeció mucho en la muerte de los Santos Inocentes. 132, 1. La gentilidad siempre dió á Cristo título de Rey y siempre se lo quitó la sinagoga. 148, 1. Fué ángel de gran consejo y lo dió contra sí. 171, 1. Sus manos son de oro, labradas á torno, y por qué. 195, 1. De tal suerte atendió en la cruz al consuelo de su Madre, que no faltó á la obra y obedecía al Padre. 227, 1. En cuanto hombre, es Rey. 254, 1. Amor con que padeció. 81, 2. Lloró por Lázaro, y ¿por qué? 94, 2. Venciendo la muerte venció tres muertes. 168, 2. Temió la muerte, y ¿por qué? 199, 2.
Clemencia. La de los reyes asegura el trono. 37 y sigs., 1.
Ciro. Fué rey muy del agrado de Dios, y ¿por qué? 28, 2.
Comunion. Sea al ménos de ocho en ocho días, segun aconseja San Agustin. 79, 2.
Conciencia. La pura es el mayor bien del mundo. 68 y siguientes, 2. La mala es un continuado martirio. 159, 2.
Confesion. Los escrupulosos no hacen confesion general sin consejo de su confesor. 76, 2.

Coro. Como se ha de ir y estar en él. 192, 1. No estorba la predicacion, ántes la ayuda. 32, 2. El rezar en él los maitines á prima noche los enfermos y ancianos es costumbre antigua de nuestra órden. Ibid.

Cruz. En todos los estados de la Iglesia hay su propia cruz. 174, 2. En la de Cristo aprenden los siervos de Dios el desprecio del mundo. 179, 2.

D

David. Fué á medida del corazon de Dios, y ¿por qué? 112, 1. Fué más valiente en vencerse á sí, que en vencer á Goliat. 240, 1.

Demonio. Magnifica la misericordia de Dios ántes que se cometa el pecado y despues de cometido engrandece su justicia. 65, 2. No tiene más poder que el que le da el cristiano. 170, 2.

Difuntos. Se han de llorar con moderacion. 264, 2.

Dios. Da más que promete. 196, 1. Premia más de lo que merecemos y castiga ménos de lo que somos dignos. 141 y 240, 2. De muchas maneras llama á penitencia. 188, 2.

Dote. Aristóteles dijo: es mejor que el dote de la mujer sea corto y moderado. 297, 1.

E

Eclesiásticos. Deben socorrer á sus parientes, pero nó enriquecerlos. 105, 1.

Enfermedad. Nos lleva hacia Dios. 5 y sigs. y 26, 2. Muchas veces el pecar es causa de enfermar. 11 y 252. Hace Dios ahora con la enfermedad lo que hacían los tiranos con los mártires. 14, 2.

Enfermo. La piedad con los enfermos pobres se persuade. 15, 2.

Escándalo. Merece gran pena. 136, 2.

Escrúpulos. Sus causas se demuestran. 63, 2. Sólo los que los han experimentado conocen la fatiga que causan. 71, 2. Cómo se han de curar los escrúpulos. 72 y sigs. y 194, 2.
Estado. No es el mejor para uno el que es mas perfecto, sinó aquel á que Dios le llama. 111, 1.
Estrella. La de los Magos fué de nuevo criada. 144, 1. Algunos afirman se veía en ella una señora con un niño en los brazos. 145, 1. Por qué se les ocultó á los Magos al entrar en Jerusalen. 150, 1.
Eva. Mayor fué la pena que Dios dió á Eva que la que dió á Adan. 136, 2.
Eucaristía. Es pan de vida y es espada. 70, 2.
Ejemplo de un hombre que se condenó por no cumplir un testamento. 248, 2.

F

Fe. Hase de rendir el entendimiento á la fe en lo que no alcanza. 151, 1. En las tentacionos contra la fe la mejor resistencia es acudir á Dios y no hacer caso de la tentacion. 84, 2. El argumento de mayor credibilidad de nuestra fe es haber persuadido al mundo unos desvalidos hombres una religion tan estrecha y tan perfecta. 191, 2.
Fidelidad. En qué consiste la fidelidad del que sirve á Dios ó á los hombres. 59, 1.

G

Gloria. La eterna se explica en el Evangelio con metáforas. 249, 2.
Gustos del cielo. No hay retórica que los refiera. 158, 1. En esta vida no son perfectos. 303, 1. No se consiguen sinó con la negacion de la propia voluntad. 79, 2.

H

Hado. El ponerle es desatino y blasfemia. 144 y sigs., 1.
Hijas. Cuál debe ser su crianza. 288, 1.
Hombre. Cuándo será mundo mayor. Dedic. al príncipe. 18, 1. Qué misterio hay en decir San Lúcas que en Jerusalen había un hombre, siendo ciudad tan populosa. 181, 1. Por no ser hombre Adan se perdió. 285, 1. Desde que nace comienza á morir. 122, 2. El no morir en el estado de inocencia era don de gracia. 139, 2. Nace, y vive lleno de miserias. 142, 2.
Humildad. Humildad honrada pocas veces se halla. 70, 1. Una es por fuerza, otra de voluntad. 239, 1. Se aconseja. 238, 1. Anda siempre acompañada de la paciencia. 241 y 242, 1. Cuáles son sus grados. 246, 1.

I

Ídolo. Es el obispo que no visita, y áun peor. 64, 1.
Infierno. Qué lugar es. 233, 2. Cuán útil la consideracion de sus penas. 283, 2.

J

Juicio. Será riguroso el juicio. 101, 2. Uno es universal, y otro particular. 124, 2. Los juicios de Dios son incomprensibles. 278, 2.
Justos. Aprovéchanse de las victorias que Cristo les ganó. 172, 2. Su muerte es preciosa. 206, 2. Y aunque sea arrebatada no es mala. 212, 2. No mueren súbitamente. 217, 2.

L

Ladrones. Tormento cruel que daban unos ladrones á los que cogían. 108, 2.

Lámpara encendida es la obra hecha en gracia, y apagada la que es hecha en pecado mortal, aunque en sí sea buena. 258, 1.

Lengua. Daños que ocasiona. 236, 2.

Letras. Sin virtud son como la carta de Urías. 37, 2.

Limosna. Es más acepta á los ojos de Dios la que se da á los pobres de presente. 105, 1. De qué causa procede que los señores den limosna á los extraños y no á sus vasallos y criados pobres. 115, 1. Enriquece al limosnero. 305, 1. No atiende Dios á la cantidad que se da, sinó al afecto. 308, 1. Se ha de hacer de lo propio, y no de lo ajeno. 323, 1.

M

Mago. Es lo mismo que sabio. 136, 1. La fe de los Magos es confusion de los sacerdotes y doctores de la ley. 138, 1. Encareció el Evangelista que, siendo tan grandes señores, buscasen á Cristo. Id.

María Santísima. Con María Santísima hallaron los reyes y los pastores á Cristo. 160, 1. Fué concebida sin pecado original. 145 y 146, 2. Su muerte fué dulce. 148, 2.

Marido. Reprenda á su mujer cuando lo pida la necesidad. 285, 1. Muchas veces debe tomar el consejo de su mujer. 286, 1.

Mártires. Son semejantes á los elefantes de Antíoco. 33, 1.

Matrimonio. Lo hubo verdadero entre María Santísima y San José. 279, 1. Trae muchas penalidades. 281, 1. Cuál debe ser el fin del matrimonio. 293, 1.

Medicina. Es muy necesaria medicina para el escrupuloso el obedecer á su confesor. 76, 2.

Santa Mónica. Fué muy limosnera. 322, 1.
Muerte. Es amarga á los malos y suave á los buenos. 96 y 107, 2. Su memoria cuán útil es. 103, 2. Está más cerca de lo que se piensa. 180 y sigs., 2. Quién fué autor de la muerte. 129, 2. Motivos por que se teme. 155, 2. Los justos no la han de temer. 190, 2. La de los pecadores es pésima. 201 y sigs., 2.
Mujer casada. Cuáles deben ser sus adornos. 292 y sigs., 1.
Militares. Deben contentarse con su sueldo, y medirse á él. 114, 1.

N

Número. El de diez es perfecto. 257, 1.

O

Obediencia. La mujer debe obediencia á su marido. 290 y sig. 1. Débese obediencia á los reyes. 26, 1. Explícase esta virtud. 220 y 221, 1.
Obediente. Perfecto es el que dice al prelado: ¿qué queréis que haga? 225, 1. El imperfecto aquel á quien el prelado dice: ¿qué quieres que haga? 226, 1.
Obispado. Si hay obligacion de aceptarlo cuando el súbdito es obligado por obediencia. 96, 1.
Obispo. Ha de tener cinco condiciones, que pide Cristo en el Evangelio. *Quis putas est fidelis servus, etc.* 53, 1. La primera es ser fiel. 57, 1. La segunda ser siervo de Dios. 72, 1. La tercera ser prudente. 87, 1. La cuarta ser puesto en la dignidad de mano de Dios. 93, 1. La quinta que sea limosnero. 99, 1. Utilidades de hacer las visitas por sí propio. 61, 1.
Ocasiones. Quien quita las remotas léjos está de caer en pecado. 203, 1.

Oracion. Su necesidad. 302, 1. Es fuente de todas las virtudes. 310, 1. Usar de oraciones jaculatorias es muy provechoso. 311, 1. Es necesaria para entender la Sagrada Escritura. 31, 2.

P

Padres de familias. No deben violentar á los hijos en la eleccion de estado. 147 y 289, 1. Cuidado que deben tener en criar bien sus hijos. 286, 1.

Parábola. De las diez vírgenes se explica. 252 y sigs., 1.

Pastor. Similitud que hay entre los nombres de pastor y rey. 28, 1.

Paz. Sólo la logran verdadera los siervos de Dios. 78, 1.

Pecado. Parece animal *mostrenco.* 135, 2.

Pecado venial. Cuán pernicioso es. 265, 1, y 241, 2.

Pecador. Mala señal cuando no le remuerde la conciencia. 69, 2. Pónese tan desfigurado por la culpa, que Dios no le conoce. 138, 2.

Penitencia. Es cosa muy arriesgada dilatarla hasta la muerte. 186, 2.

Penitente. Da señal de no tener dolor cuando no se sujeta al confesor. 110, 1.

Perfeccion. No se alcanza en un día, sinó poco á poco y con la perseverancia. 77, 2.

Perdonar al enemigo es mayor sacrificio que el ayuno, cilicio, etc. 112, 1.

Perseverancia. Su necesidad. 229 y 230, 1. Persuádese la virtud de la perseverancia. 323, 1, y 85, 2.

Peticion. Muchas veces condesciende Dios á la peticion de los pecadores en castigo de sus pecados, y niega lo que piden los justos. 23, 2.

Platon. Dijo que la verdadera filosofía es la memoria de la muerte. 104, 2. Conoció la inmortalidad del alma. 227, 2. Pintó las penas del infierno. 234, 2.

Pobreza. Enséñala Cristo con su ejemplo. 81, 1. Aconséjase esta virtud. 214, 1.

Pobres. Están cerca de Cristo. 141, 1.

Presencia de Dios. Andar en presencia de Dios es ejercicio excelente. 312, 1. Está este ejercicio muy unido con la perfeccion. 176 y 177, 2.

Predicador. Ha de predicar el Evangelio y no donaires. 100, 1; y 40, 50 y 56, 2. Ha de tener obras y palabras. 101, 1; y 36 y 54, 2. Cuál debe ser para aprovechar. 34 y 35, 2. El que predica sin espíritu es trabuco sin bala. 38, 2. Ha de predicar en los pueblos, aunque sean pequeños. 42, 2. Ni se ha de satisfacer de su habilidad, ni ha de quedar tan descontento de su sermon que se desasosiegue. 46, 2.

Prelado. ¿Por qué reprendió Cristo en el huerto á sólo San Pedro? 60, 1.

Prudencia. Es guía de todas las virtudes. 87, 1.

Purgatorio. En esta vida lo da Dios á los justos. 221, 2. Píntanse sus penas. 239, 2. Medios para librar las almas del purgatorio. 244, 2.

Q

Quejas. Quéjase Dios á los sacerdotes. 177, 1. Quéjase Cristo de que, habiendo muerto por todos, no todos se aprovechen de su muerte y pasion. 207, 2.

R

Religiosos. Están simbolizados en los nazareos de la Ley antigua. 201, 1. Han de estar muertos al mundo. 205, 1. Propietarios los aborrece Dios. 217, 1. ¿Qué es el que con color de asistir á sus padres sale de la religion? 227, 1. Aunque no está obligado á ser perfecto, lo está á procurar la perfeccion. 229, 1.

Revelacion. Da señal de ser de Dios si se conforma con la Sagrada Escritura. 151, 1.
Ricos. ¿Por qué no nombra Cristo al rico avariento, habiendo nombrado á Lázaro? 232, 2.
Riquezas. Son pocos los que usan bien de ellas. 217, 1.

S

Sabios. Deben ser honrados de los príncipes. 154, 1.
Sacerdote. Ha de tener la ciencia en los labios y no en los libros. 168, 1. Virtudes de que debe estar adornado. 165 y sigs., 1. Es ángel del Señor. 171, 1. Aunque sea malo debe ser reverenciado. 178 y 180, 1. Ha de tener manos y lengua. 198, 1.
Santos. Cuánto importa tener á alguno por especial protector para la muerte. 273 y sigs., 2.
Salarios. No es lícito á los criados tomar alguna cosa de sus amos, aunque su salario sea corto. 115, 1.
Sepulcros. Los suntuosos se reprenden. 257, 2.
Sequedad. No por ella se dejen los ejercicios espirituales. 324, 1.
Sermon. No exceda de una hora. 52, 2.
Siervo de Dios. Tiene gran señorio. 72, 1. Condiciones que ha de tener. 74, 1.
Silencio. Su necesidad en los religiosos. 250, 1.
Simeon. Sus grandes virtudes. 181, 1.
Sinceridad. Se alaba y aconseja. 120, 1.
Sion. Quiere decir atalaya. 69, 1.
Soberbia. Está simbolizada en el ídolo Bel de Babilonia. 242, 1.
Soberbios. Son descorteses. 119, 1.
Soledad de Nuestra Señora. Se pinta. 316, 1.
Sombra. ¿Por qué la de San Pedro y no la de otro Apóstol hacía milagros? 61, 1.
Superiores. No pongan muchos preceptos á sus súbditos. 130, 2.

T

Temor. Es de tres maneras: servil, inicial y filial: vé sus diferencias. 186, 1.

Templo. Castiga Dios á los que no le guardan la debida reverencia. 180, 1. Cómo se ha de estar en él. 191, 1.

Tentacion. La tentacion es útil: entrar en la red de la tentacion se ha de huir. 60, 1. Al principio se ha de resistir. 213, 1. Es maestra que enseña grandes cosas. 193, 2.

Testamento. El nuevo y viejo están figurados en los dos querubines del propiciatorio. 137, 1, y 197, 2. No se espere á hacerle á la hora de la muerte. 25, 2.

Trabajos. Llaman hácia Dios al alma. 303, 1.

Tributos justos. Se deben pagar, aunque no se pidan, por no saberlo. 124, 1. Grandes daños vinieron al pueblo de Israel por nuevos impuestos. 125, 1.

Tribulaciones. Frutos que sacamos de ellas. 18 y sigs., 2.

V

Vanagloria. La debe huir toda criatura. 65, 1.

Venganza. Aféase este vicio. 111 y sigs., 1. Cúbrese con capa de justicia y celo. 118, 1.

Verdad. Los que á los reyes no tratan verdad merecen el castigo de Aman. 39, 1. Muchas veces no les dicen más que la mitad. 157, 1. No es amarga sinó al paladar llagado. 158, 1 Sentencia de un filósofo sobre esta virtud. 40, 1.

Vida. La corporal se puede desear, y para qué. 267, 2.

Vino. Los mozos lo han de usar sólo por necesidad. 214, 1.

Viuda. Cuál es verdadera viuda y cuál no. 300, 1. La perseverancia en la viudez se persuade. 309, 1.

Union. Persuádese la union entre los casados. 284, 1

Voluntad de Dios. Feliz el príncipe que hace la voluntad de Dios y no la suya. 29, 1.

ÍNDICE

Pág.

EPISTOLARIO CRISTIANO PARA TODOS LOS ESTADOS

Epístola nona.—Para una persona enferma.—Trata de la paciencia que se ha de tener en la enfermedad. . 5
Epístola décima.—Para un predicador.—Trata de la dignidad y dificultad que hay en el oficio de predicador. 29
Epístola undécima.—Para una persona afligida de escrúpulos.—Trata de dónde nacen y qué remedios tienen. 60
Epístola duodécima.—Para una viuda á quien se le murió su padre.—Trata como la muerte cristiana es entrada del cielo. 86

VICTORIA DE LA MUERTE

Prólogo al sabio lector. 117
Capítulo primero.—De la sentencia universal que está dada, para que todos los hijos de Adan mueran. . 119
Capítulo II.—Que solamente el hombre ha de ser presentado para dar cuenta delante de Dios. 122
Capítulo III.—Quién fué el autor de la muerte. . . . 126
Capítulo IV.—Que el hombre es autor de la muerte. . 129
Capítulo V.—Que por el hombre entró la muerte en el mundo. 133
Capítulo VI.—De tres muertes que el pecado obró en el hombre. 137
Capítulo VII.—Que fué nuestro Dios misericordioso y justo en condenar á muerte á nuestro padre Adan y á sus descendientes. 140
Capítulo VIII.—Que por la herencia triste de la culpa original estamos condenados á muerte. 144
Capítulo IX.—Cuán útil es la memoria de la muerte. 149
Capítulo X.—De las cosas que pasan en la muerte. . . 154
Capítulo XI.—Que la muerte es desabrida á los malos y suave á los buenos. 158
Capítulo XII.—De la victoria que nuestro Salvador ganó de la muerte para sus amigos. 163
Capítulo XIII.—De tres muertes que nuestro Salvador venció en la cruz. 167
Capítulo XIV.—Como los justos se aprovechan de las

Págs.

tres victorias, que Cristo les ganó. 172
Capítulo XV.—Como los justos vencen estando en la cruz con Cristo. 176
Capítulo XVI.—Que la muerte no tarda. 180
Capítulo XVII.—Que es gran atrevimiento dejar la penitencia para el día de la muerte. 185
Capítulo XVIII.—Que los justos no han de temer la muerte. 190
Capítulo XIX.—Que los perfectos varones no temen la muerte. 197
Capítulo XX.—Cuán mala es la muerte de los malos. . 201
Capítulo XXI.—Que la muerte de los justos estima Dios en mucho. 206
Capítulo XXII.—Que el justo, como quiera que muera, va al cielo. 211
Capítulo XXIII.—Que el justo no muere muerte subitánea. 217
Capítulo XXIV.—Que nuestro Dios da á los justos enfermedades para que aquí tengan purgatorio. . . 221
Capítulo XXV.—De los diversos lugares, donde van las ánimas de los que mueren. 226
Capítulo XXVI.—Del primer aposento de los malos, que es el infierno. 231
Capítulo XXVII.—Del aposento segundo de las ánimas, que es el purgatorio. 238
Capítulo XXVIII.—De los remedios que tienen las ánimas del purgatorio. 243
Capítulo XXIX.—Del tercer aposento de las ánimas, que es el cielo empíreo. 249
Capítulo XXX.—Del poco cuidado que los Padres antiguos tuvieron de ricos sepulcros. 256
Capítulo XXXI.—Que los difuntos se han de llorar con moderacion. 262
Capítulo XXXII.—Que el cristiano puede con mérito desear la vida. 267
Capítulo XXXIII.—Que es muy provechoso que el que muere tenga algun santo por abogado. 273
Capítulo XXXIV.—Cuán justo es Dios en condenar á pena eterna al que muere en pecado mortal. . . . 278
Capítulo XXXV.—Cuán liberal es Dios en premiar á los justos. 285
Capítulo XXXVI.—Cómo Cristo consuela en la muerte á cada ánima de sus amigos. 294
Capítulo último.—Que se admiran los ángeles de ver una ánima subir al cielo. 302

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
53	3	razon	sazon
63	16	en	es
66	24	pegue	peque
93	6	Venid	Velad
140	20	pensando	penando
218	11	conservacion	conversacion
243	23	Las	Mas

240.83
Or6

46437

OROZCO, ALONSO DE, VEN.
AUTHOR

Obras.
TITLE

Tomos I. y II.

DATE DUE | BORROWER'S NAME

STORAGE - CBPL

46437